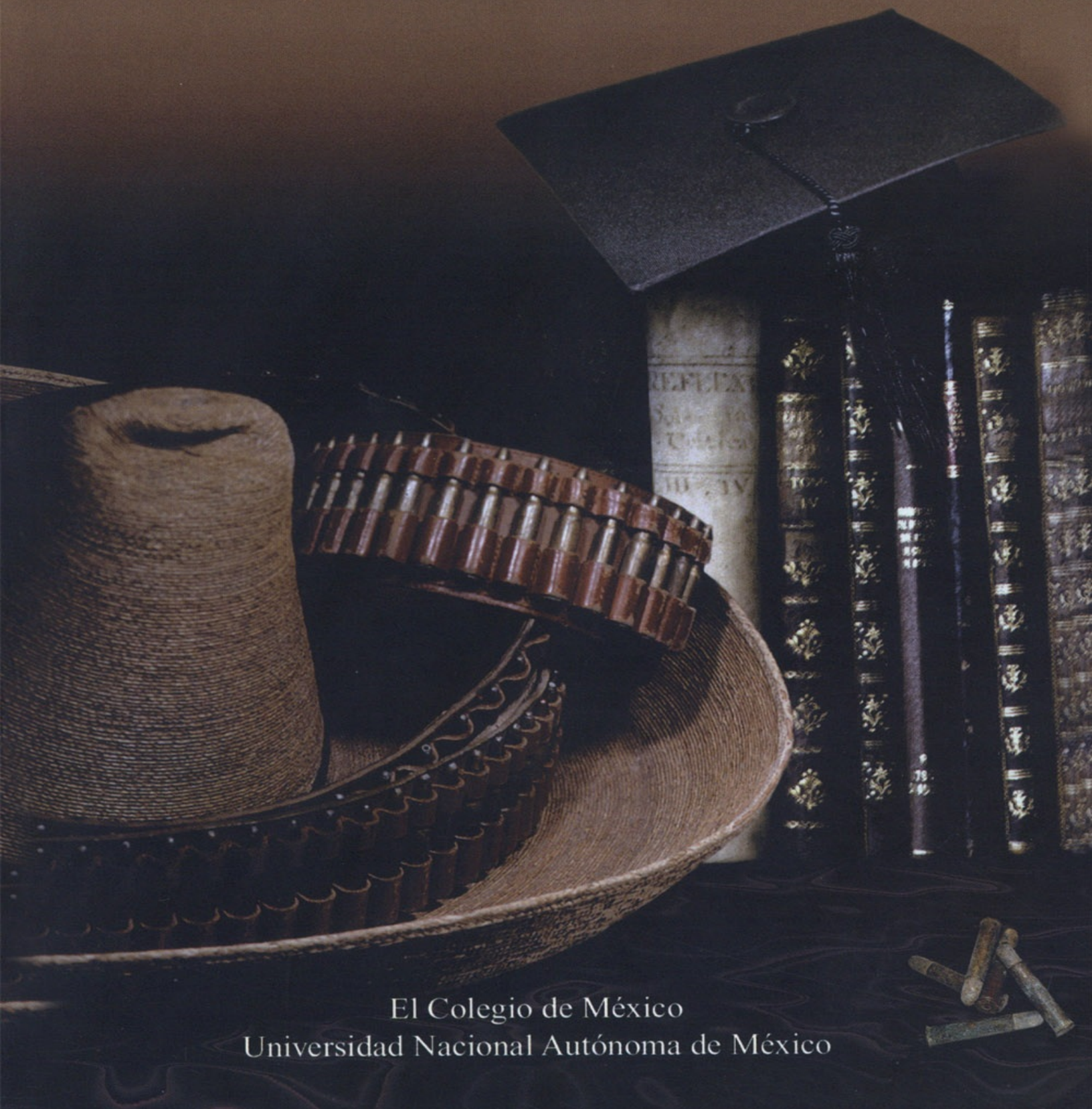
Rudos contra científicos

La Universidad Nacional durante la revolución mexicana

Javier Garciadiego



El Colegio de México
Universidad Nacional Autónoma de México

RUDOS CONTRA CIENTÍFICOS
La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

RUDOS CONTRA CIENTÍFICOS
La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana

Javier Garciadiego Dantan

EL COLEGIO DE MÉXICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

378.72
G2162r

Garciadiego Dantan, Javier
Rudos contra científicos : la Universidad Nacional durante la revolución mexicana / Javier Garciadiego Dantan.-- México : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad, 2000, c l996.
455 p., [40] p. de lám. : fot. (byn) ; 22 cm.

ISBN 968-12-0690-8

1. México (Ciudad)-Universidad Nacional-Historia. 2. Educación y estado-México-Historia. 3. México-Historia-Revolución, 1910-1920.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.

Fotografía y diseño de portada de Agustín Estrada

Obra bajo Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional.

Primera reimpresión, 2000
Primera edición, 1996

D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Humanidades
Centro de Estudios sobre la Universidad
Circuito Cultural “Mario de la Cueva”
Ciudad Universitaria
04510 México, D.F.

ISBN 968-12-0690-8

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Cuando en 1988 presenté una versión anterior de este trabajo como tesis doctoral en la Universidad de Chicago, la dediqué a Ángeles, “cuya compañía es la felicidad de mi vida”; a Javier y a Emilio, “que fueron gestados, nacieron y dieron sus primeros pasos” al mismo tiempo que realizaba la investigación y redacción de la misma, y a la Universidad de Chicago, “a su espíritu, recintos y espacios, especialmente a sus gárgolas y al tañido de las campanas de la Mitchell Tower del Hutchinson Commons”.

Hoy, ocho años después, ratifico dicha dedicatoria: añoro la Universidad de Chicago; Javier y Emilio ya corren y se han convertido en unas estupendas personitas, y la compañía de Ángeles sigue siendo la mayor felicidad de mi vida.

ÍNDICE

Cubierta
Portadilla
Portada
Créditos
ÍNDICE
Agradecimientos
Introducción
I. La efemérides pretenciosa
    Del pasado remoto al ayer inmediato
    ¿Proyecto adecuado o momento oportuno?
    Farol de la calle...
    La solemne inauguración
II. Del nacimiento de una institución al estallido de una revolución
    Diversión y nacionalismo
    Los estudiantes y su ingreso en la política
    Filiaciones iniciales
    Los estudiantes, porfiristas devotos
    La violencia de noviembre
    Estudiantes maderistas
III. De la ilusión al desencanto
    El “cerebro” antiuniversitario
    La aparente normalidad
    Estructura abigarrada y anacrónica
    Una contingencia benéfica
IV. Nuevas actividades y viejas preferencias
    Viejos amores
    Breve amistad y prolongada animosidad
    Nacionalismo oposicionista

De la continuidad a los cambios
Escisiones política y académica
Escisión por la cultura
Nacionalismo conservador
V. Sables y togas
El “cuartelazo” y los universitarios
Profesores oposicionistas y rebeldes
Estudiantes revolucionarios
Militarización disciplinaria
Nacionalismo juvenil
VI. Resultado paradójico
Hacia un nuevo proyecto
Mejoría académica
La reforma antipositivista
La nueva universidad
VII. Radicalización y caos
Tiempos nuevos y nuevos hombres
Las nuevas ideas
Y llegó Vasconcelos...
El caótico 1915
“Catrines”, agraristas o “doitores”
VIII. Maduración y moderación
Colaboradores y refractarios
De libertarios a autoritarios
Nueva reforma
Madurez política
El nuevo nacionalismo
Nueva cultura y nuevos protagonistas
IX. El pacto político-académico
Falsa promesa y dura realidad
La pérdida de la hija predilecta
“Grillos” frente a políticos
Civilistas y cosmopolitas
Latinoamericanistas viajeros
X. La lenta recuperación
Problemas financieros
Recuperación y transformación
¿Restauración universitaria?
Modernización y transformación

Moderación y sensatez
Las viejas artes y la nueva cultura
Epílogo. “Ya llegó el que estaba ausente...”
Fuentes
Archivos
Fuentes impresas
Colecciones de correspondencia
Periódicos
Bibliografía general

AGRADECIMIENTOS

Para la realización de este trabajo recibí tres tipos de ayuda: económica, documental y académica. Mis cuatro años de estudiante de posgrado en la Universidad de Chicago (1978-1982) fueron financiados por el Conacyt, nunca suficientemente elogiado. Después de concluida la investigación para la tesis regresé a Chicago (1986-1988) a redactarla y defenderla, lo que pude hacer gracias al apoyo económico de la UNAM y de la propia Universidad de Chicago. Asimismo, en 1982 ésta me facilitó los recursos para consultar el archivo de Francisco Vázquez Gómez, que se encuentra en la Morris Library de la Southern Illinois University, y en el verano de 1987 pude consultar el archivo de Samuel Guy Inman, que se localiza en la Library of Congress, en Washington, gracias al apoyo de la Mellon Foundation. Finalmente, pude convertir aquella tesis en el presente libro trabajando en la UNAM (1988-1990), donde recibí el apoyo de Fernando Pérez Correa, José Luis Barros y María del Refugio González, y después en El Colegio de México, desde 1991, institución en la que hice mis estudios de historia y a la que pude volver como profesor gracias a la confianza de Soledad Loaeza, Mario Ojeda, José Luis Reyna y Rafael Segovia. Agradezco muy especialmente a Alicia Hernández y a Andrés Lira por su apoyo para que el libro fuera publicado en la prestigiada colección del Centro de Estudios Históricos.

Respecto a la documentación utilizada, estoy profundamente agradecido al personal del Archivo Histórico de la UNAM, Archivo General de la Nación y Hemeroteca Nacional, además, al personal de las bibliotecas mencionadas en el párrafo anterior, aunque destaca la ayuda de doña Dora Rodríguez de Pinzón, quien me permitió consultar su catálogo del archivo del Consejo Universitario. También hago público mi reconocimiento al Center for Research Libraries y al Interlibrary Loan Department, de la Universidad de Chicago, en cuya espléndida y comodísima biblioteca —la Regenstein— escribí la primera versión del libro. Mi agradecimiento abarca a las instituciones que facilitaron las ilustraciones, en

especial a Jaime del Arenal. Mención aparte merecen Mauricio y Elena Gómez Morín, quienes no sólo me franquearon su casa para poder consultar el archivo de don Manuel, sino que me han brindado su excepcional amistad.

En distintos momentos del trabajo me beneficié del apoyo de diferentes ayudantes, como Gabriela Urquiza, Ivonne Mijares, Angélica Oliver y Laura Salinas para consultar la prensa, o como Sandra Figueroa para la revisión de los expedientes de algunos de los actores de lo aquí narrado. La mecanografía fue hecha, más de una vez y siempre con paciencia y eficacia, por Margarita Mendoza y Lorena Gómez; asimismo, María del Rayo González y Begoña Hernández realizaron varias veces la engorrosa labor de cotejo, y el índice, la obtención de las ilustraciones y el uniformado de las notas se deben a la empeñosa labor de esta última.

Aun siendo enormes mis agradecimientos a todos los mencionados, es mucho mayor el que debo a mi queridísimo maestro Friedrich Katz, cuya dirección hizo posible aquella tesis, pero quien, obviamente, no es responsable de las muchas deficiencias del más leal de sus discípulos.

INTRODUCCIÓN

Todo libro tiene su propia historia, sobre todo en lo que concierne a sus orígenes, las más de las veces fortuitos; a sus objetivos, casi siempre sobres timados, y a su evolución, necesariamente tortuosa. Éste no es la excepción: después de concluir los requisitos escolares en la Universidad de Chicago regresé a México para hacer la investigación de mi tesis doctoral. En un principio deseé trabajar sobre la oposición de algunos ejércitos campesinos al primer gobierno posrevolucionario. Sin embargo, la plaza que me asignó la UNAM estaba en su Archivo Histórico, en cuyos ricos acervos pronto encontré una extensa y desconocida serie de documentos sobre la Universidad Nacional durante el decenio revolucionario, entre 1910 y 1920.

Inmediatamente vi dos ventajas en trabajar sobre ese tema: la información era "virgen", y en el previsible caso de que el resultado fuera mediocre, por lo menos tendría el valor de llenar un "hueco" historiográfico, pues nuestra historiografía universitaria cuenta con varios trabajos sobre la fundación de la institución en 1910, pero luego sólo han provocado interés el rectorado de Vasconcelos y la lucha por la autonomía, permaneciendo ignorados los años de 1911 a 1920. Cuando mucho se dice, simplemente, que fueron años muy problemáticos y que son de difícil estudio. El reto historiográfico era atractivo, pero lo fue mucho más cuando me convencí de la relevancia del tema, pues la destrucción del antiguo régimen y la aparición de un nuevo orden social después de la lucha revolucionaria tuvo un gran impacto en la Universidad Nacional, al grado de poderse afirmar que para 1920 su naturaleza había cambiado radicalmente; incluso podría decirse que el verdadero nacimiento de la institución fue en 1920 y no en 1910, y que el legado del porfirista Justo Sierra es menor que el del revolucionario José Vasconcelos.

Contra lo que pudiera pensarse, este libro no es de historia de la educación, pues los asuntos pedagógicos no son los fundamentales; tampoco es de historia intelectual, pues las ideas e ideologías de aquellos años son apenas mencionadas.

Es una obra de historia política que incluye elementos de historia de la educación y de las ideas, así como algo de historia de instituciones, en tanto que uno de los objetivos era analizar la difícil actuación y la rápida transformación de una de ellas. De hecho, este libro pretende ser la historia de la sobrevivencia, continuidad y transformación —todo a la vez— de una institución porfirista luego hecha posrevolucionaria, para lo que se tuvo que hacer, paralelamente, la historia de las políticas gubernamentales en educación superior, analizando y describiendo sus características principales, sus continuidades y cambios. De allí su título: a pesar de que varios colegas y amigos me sugirieron cambiarlo, decidí mantenerlo por ilustrativo; finalmente el tema es la lucha de los revolucionarios contra una institución porfirista, 'Científica'.

Es obvio que me habría gustado que la obra tuviese más elementos de historia social. Desafortunadamente no existe documentación suficiente sobre los orígenes sociales y el nivel económico de los miembros de la comunidad universitaria. A partir de la información existente llegué a la conclusión de que la gran mayoría de dicha comunidad provenía de las clases medias y altas, pues sólo una minoría de estudiantes gozaba de becas. Esta misma información permite asegurar también que muchos profesores y alumnos se hallaban vinculados con el grupo dominante en política, tanto en el ámbito nacional como en el regional, lo que explica la debilidad de la participación de la comunidad en la lucha armada.

A pesar de que el libro está dedicado a describir la situación de la Universidad Nacional entre 1910 y 1920, pretende también hacer una contribución a la historiografía de la Revolución mexicana. Si ayer ésta se había concentrado en estudiar sus conflictos políticos, los asuntos diplomáticos y las mayores acciones militares, hoy ya se preocupa de los procesos regionales, de la actuación de los líderes secundarios, de la participación de los grupos sociales amplios y hasta de la naturaleza de los personajes "negros". En cuanto a la historia educativa y de las ideas, la atención ha sido puesta en la educación elemental y en la actuación revolucionaria de algunos profesores, así como en la postura de los periodistas y de varios conocidos ideólogos del movimiento revolucionario. Por su parte, este libro pretende ser el primero que versa sobre la educación superior y sobre los estudiantes y profesores universitarios, por abrumadora mayoría urbanos, económicamente acomodados, tradicionalistas y moderados en política. Así, podría ser el primer trabajo que concentre su atención en la conducta de un grupo de la clase media urbana durante la Revolución mexicana.

La suerte de haber encontrado "fuentes" desconocidas empequeñeció ante la oportunidad de discurrir sobre un tema original, importante y polémico. En

efecto, dos lugares comunes resultaron en especial atractivos: en caso de ser cierto que la Revolución mexicana fuera, al menos en parte, un conflicto generacional, puesto que los jóvenes habrían decidido derrocar un sistema que les estaba cerrado —por gerontocrático— y que les escamoteaba sus aspiraciones crecientes, una evaluación de la verdadera conducta de los jóvenes universitarios debía tener una importancia considerable. Más aún, como tamr bién se ha dicho que los profesionistas jóvenes se opusieron al sistema porfirista porque los mejores empleos se destinaban a “favoritos” o a extranjeros, por lo que muchos de aquellos completaban sus ingresos o buscaban prestigiarse haciéndose profesores universitarios, una evaluación de las posturas políticas de éstos debía ser igualmente importante. En resumen, este trabajo versa sobre la actitud, hasta hoy ignorada, de un grupo social que teóricamente debió tener un papel fundamental en el desarrollo de la Revolución mexicana, al igual que grupos similares lo tuvieron en otras revoluciones, como la rusa y la china o la cubana y la nicaragüense, por lo que el estudio del caso mexicano podría resultar de utilidad para la sociología histórica latinoamericana.

Este estudio no pretende ser la historia de las actitudes políticas de los miembros jóvenes de la clase media urbana del país, pues no es un trabajo generacional; sino que se refiere en conjunto a los universitarios —alumnos y profesores, por lo tanto jóvenes, adultos y ancianos— de la ciudad de México. Es una historia general de la institución que fue la Universidad Nacional entre 1910 y 1920, considerando sobre todo sus relaciones con los diferentes movimientos sociales y gobiernos habidos en el decenio, y las distintas posturas políticas sostenidas por los universitarios. En términos cronológicos el trabajo se ubica en los siguientes escenarios: el auge final y el derrumbe del porfirismo, el ascenso y crisis de Madero, el régimen militarista de Huerta, el caos convencionista y los años más moderados y constructivos de Carranza, hasta concluir con los brillantes momentos del rectorado de Vasconcelos. En lugar de dar una aseveración categórica sobre si su participación en la lucha fue magra o generosa, fundamental o marginal, se pretende describirla y explicarla. Cualquiera que haya sido su naturaleza cuantitativa, se pretende demostrar que la oposición de la comunidad universitaria a Madero y su apoyo a Huerta fueron más importantes que lo que tradicionalmente se ha pensado. Asimismo, pretende explicar su colaboración con los constitucionalistas en los inicios de la reconstrucción política, económica y cultural del país. Aunque es obvia la importancia que los profesionistas han tenido en los años subsiguientes, el objetivo es analizar la que tuvieron entonces, durante la Revolución.

También se pretende analizar cómo fue que el triunfo revolucionario afectó, obstaculizó y finalmente impidió la continuación del proyecto universitario de

Díaz, ‘los Científicos’ y Huerta, quienes responsabilizaban del desarrollo del país a la gente educada profesionalmente. En otras palabras, se tratará de dilucidar el costo de la Revolución mexicana en cultura y educación superior, o sea en capital humano, costo identificable con la sustitución de los experimentados profesionistas de antes por los improvisados jóvenes educados profesionalmente durante los años revolucionarios, si bien los primeros eran muy pocos y los segundos fueron cada vez más numerosos. Evaluar los costos de la Revolución mexicana no es usual en la historiografía del periodo, como tampoco lo es estudiar a un grupo mayoritariamente opuesto a la misma y actuante en un escenario como la ciudad de México, que permaneció inalterada y tranquila durante casi todo el decenio. Así, la imagen que este libro contiene de la Revolución mexicana es necesariamente peculiar: mientras varias regiones del país se hallaban incendiadas y miles de mexicanos tenían las armas en la mano, la comunidad universitaria y su entorno disfrutaron de una paz casi ininterrumpida. A pesar de ello, la Universidad Nacional sufrió una transformación profunda, la que no obstante permitió algunas continuidades notables. En última instancia, en la comunidad universitaria se reprodujeron los principales conflictos del periodo: primero los habidos entre ‘Científicos’ y reyistas; posteriormente los de porfiristas y maderistas, así como el antimaderismo generalizado de 1912. Asimismo, la Universidad Nacional sufrió la militarización de 1913 y 1914, el caos de 1915 y la muy lenta recuperación habida entre 1916 y 1920, hasta que se apresuró el ritmo y se hizo más imaginativa y esperanzadora con la llegada de los sonorenses, al grado de haberse transformado la recuperación en renovación. Si a esto se agrega que durante esos años la Universidad Nacional adoleció de falta de continuidad en sus autoridades y proyectos, de graves carencias económicas y de incomprensiones y aislamiento, se puede concluir que este trabajo es, en más de un sentido, la historia de una institución fundamental para el país, que fue fundada y redefinida durante la Revolución.

I. LA EFEMÉRIDES PRETENCIOSA

DEL PASADO REMOTO AL AYER INMEDIATO

La Universidad Nacional de México hizo evidente su naturaleza dicotómica desde su fundación en 1910: mientras que para unos era la coronación de un sistema educativo diseñado y construido con esmero, para otros su creación no fue sino la manera de probar, durante los festejos para celebrar el centenario de la Independencia, que México había alcanzado el grado de nación civilizada. El momento de su fundación le imprimió otra doble naturaleza: puede ser vista como "el canto del cisne" de un sistema sociopolítico en profunda crisis, o como una de las primeras manifestaciones socioculturales de los nuevos tiempos.

La Universidad Nacional de México posee otras características notables: es longeva, es importante social y culturalmente, y en política es estratégica. Esto es, su evolución ha sido paralela a la de la ciudad de México —acaso a la del país entero—, y desde mediados del siglo XVI hasta el último tercio del XX, salvo algunas interrupciones, fue la única institución de enseñanza superior en todo el escenario nacional. Fundada unos treinta años después de la victoria de los españoles sobre los mexicas, el objetivo era crear una institución en la que los criollos y los mestizos pudieran ser instruidos para beneficio del nuevo país y para que no fuera forzoso estudiar en España o importar de allí a la gente preparada adecuadamente. Debido a que el rey de Castilla financió su creación y aprobó su estatus legal, y a que el papa Clemente VIII certificó en 1595 su constitución y dispuso que los estudios de teología y derecho canónico fueran autorizados por la Iglesia católica, se la conoció como la Real y Pontificia Universidad de México.

Es incuestionable que fue una institución muy tradicional: la enseñanza y el aprendizaje se basaron, durante casi dos siglos, en unos cuantos libros escolásticos. Durante el XVIII los Borbones hicieron varias reformas buscando que el imperio español se adecuara a los tiempos. Por ejemplo, en la ciudad de

México se establecieron varias instituciones de enseñanza superior e investigación, como el Real Seminario de Minas, el Jardín Botánico y la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos. La Universidad clamó, vanamente, que sus derechos y privilegios estaban siendo violados y dañados con ello. Como obvia consecuencia, entre la vieja y las nuevas instituciones surgieron varios conflictos, a pesar de los cuales la Real y Pontificia se mantuvo intacta: su estructura, reglamento, programas y textos no fueron cambiados; es más, confirmó su misoneísmo al oponerse a la incorporación de intelectuales modernos e ilustrados, como Antonio Alzate e Ignacio Bartolache, quien a pesar de haber escrito el único tratado actualizado de matemáticas, nunca formó parte de su profesorado.[1]

A pesar de ser una institución de criollos y mestizos, el conservadurismo de la Real y Pontificia fue mayor que su nacionalismo: sólo así se explica su oposición al movimiento independentista de principios del siglo XIX.[2] En contraste con su apacible vida durante la época colonial, sus primeros cincuenta años del periodo nacional fueron extremadamente turbulentos debido a que fue objeto de permanente controversia entre liberales y conservadores. Varios gobiernos liberales, empezando por el de Valentín Gómez Farías en 1833, la clausuraron por considerarla inútil e irreformable. Alegaban que el país necesitaba instituciones en las que se pudieran aprender derecho civil y lenguas modernas en lugar de teología, derecho canónico y latín, pues eran conocimientos imprescindibles para organizar un nuevo Estado y para adaptarse a la inédita situación internacional, plena de contactos con Francia, Inglaterra y Estados Unidos; además, los liberales urgían la impartición de enseñanzas prácticas que encauzaran la explotación de las riquezas nacionales. Para sustituir a la Real y Pontificia fueron creadas algunas instituciones de enseñanza superior en la ciudad de México, mientras que en la provincia se establecieron varios institutos científicos y literarios como alternativa a los colegios católicos, de por sí insuficientes y en decadencia académica desde la expulsión de los jesuitas en el último tercio del siglo XVIII.[3] Para consolidarse como el grupo dominante —social, política, económica y culturalmente—, los criollos y mestizos liberales requerían mejorar su instrucción, por lo que fundaron sus propias instituciones educativas, seculares y secularizadoras.

Por su parte, los conservadores recalcitrantes sostenían que los nuevos conocimientos eran inútiles y peligrosos y siguieron prefiriendo una educación más moral que intelectual. Por lo tanto, mantuvieron funcionando la universidad cada vez que ejercieron el poder. Maximiliano, jefe liberal de un gobierno conservador, la cerró en 1865, pues rechazaba el proyecto de una universidad

imperial en México; en cambio, creó varias escuelas profesionales modernas. Debido a que Maximiliano fue derrotado dos años después, obteniendo los liberales la victoria definitiva, la universidad permaneció cerrada durante largo tiempo. No obstante las lúgubres premoniciones de los conservadores, los resultados de las nuevas instituciones educativas fueron estimables; acaso hasta promisorios. Por lo tanto, nadie consideró deseable la reapertura de la universidad o que la Iglesia católica volviera a dominar la educación superior. Durante los tres últimos decenios del siglo XIX la educación superior mexicana se basó en una estructura distinta y en bases filosóficas y pedagógicas radicalmente nuevas. El centro del naciente sistema fue la Preparatoria; sus fundamentos, los del positivismo. Esto es, las autoridades consideraron que la educación nacional necesitaba actitudes y métodos científicos, pero aún no una universidad.[4]

Este proyecto no implicaba el debilitamiento de la instrucción profesional. Por el contrario, entonces se fundaron las escuelas nacionales de Jurisprudencia, Medicina, Ingenieros y Bellas Artes, cada una con un currículum actualizado y edificio propio. Las dos primeras tenían antecedentes desde el siglo XVI; las dos últimas, desde el XVIII, pero todas se beneficiaron de la estabilidad de finales del XIX. Su calidad tuvo que ser considerable, pues de otra manera no se explicaría su buena marcha a principios del siglo XX. Buscando conformar un sistema de educación superior más completo y acorde con los tiempos, se crearon también el Observatorio Astronómico, dos museos importantes —el de Historia Natural y el de Arqueología, Historia y Etnología— y, sobre todo, dos nuevas escuelas: Comercio y Agricultura; es más, también surgieron tres institutos de investigación médica. Acaso todo lo anterior justifique llamar a la segunda mitad del XIX la época “de oro” de la educación profesional.[5]

Aunque ubicadas en “el barrio estudiantil”, las cuatro escuelas profesionales estaban desligadas administrativa y jurídicamente.[6] La única persona que desde un principio intentó remediar dicho aislamiento fue el entonces joven diputado Justo Sierra, nacido en Campeche, pero educado en Mérida y en la ciudad de México, quien se inició en la literatura en el cenáculo de Ignacio M. Altamirano, y en la política como simpatizante de Manuel González. A principios de 1881 propuso —primero en la prensa y luego en el Congreso— la creación de una universidad pública pero independiente, a partir de la integración de las escuelas profesionales existentes con la Normal y la Preparatoria, a las que debía añadirse una nueva escuela que debería dedicarse a la formación de profesores e investigadores de alto nivel; según Sierra, la institución debía ser abiertamente positivista, con una enseñanza “enciclopédica” basada en el “método

científico”.[7] Por primera vez en la historia del país se proponía la creación de una universidad laica y desde una posición no católica.[8] No obstante que su propuesta ni siquiera fue discutida por los diputados, pues las comisiones encargadas no rindieron su dictamen, dicho proyecto puede ser considerado el origen de la universidad moderna en México.

La sugerencia de Sierra no tuvo éxito entonces por prematura, ya que el sistema educativo nacional no estaba suficientemente maduro: era inaceptable crear una universidad cuando la educación primaria e intermedia eran aún deficientes e insuficientes.[9] Además, eran tiempos de reconciliación política, por lo que intentar establecer una universidad era inoportuno pues habrían renacido las polémicas y los conflictos. Para colmo, Sierra estaba lejos de ser un político influyente y poderoso; tan sólo era miembro del grupo que apoyaba al presidente González, al que los porfiristas controlaron y maniataron en grado considerable. Sobre todo, era impropio proponer una “corporación independiente” cuando el objetivo nacional era construir un Estado a partir de un gobierno omnipresente. A principios del siglo XX, en cambio, Sierra había aumentado enormemente su poder al formar parte de la élite política porfirista por medio del grupo de los ‘Científicos’, al grado que llegó a colaborar con el poder ejecutivo como subsecretario y como secretario. En 1881 había sido derrotado pero había aprendido la lección. Gracias a la duración del porfiriato y a la paciencia, obstinación y longevidad del propio Sierra,[10] en 1910 pudo revitalizar con éxito su plan. Además de que el momento era oportuno y de que fue lanzado desde la posición política adecuada, su proyecto y el sistema educativo nacional habían mejorado considerablemente,[11] lo cual no implica que no padecieran ambos serias limitaciones.

¿PROYECTO ADECUADO O MOMENTO OPORTUNO?

En 1910 México habría de celebrar pomposamente el centenario de su Independencia para demostrar al mundo que era una nación civilizada. La existencia de una universidad resultaba imprescindible para ello, por lo que el proyecto de Sierra fue revivido. Esto no implica, claro está, que Sierra hubiera abandonado su sueño desde 1881: cuando menos en 1902, 1905 y 1907 había pedido y prometido una universidad a políticos y educadores.[12] Sin embargo, la capacidad de decisión de Sierra había aumentado notablemente en las postrimerías del porfiriato, en especial desde que en 1905 fundó la Secretaría de Instrucción Pública, que antes era sólo una sección de la de Justicia. Puede

decirse incluso que desde ese momento Sierra estuvo en posibilidad de crear su universidad.

Así, envió a Estados Unidos a Ezequiel A. Chávez —su principal colaborador, quien había sido estudiante de la Preparatoria y de Jurisprudencia en el decenio de 1880, años de auge del positivismo, y quien pronto había llegado a ser docente en la primera de ellas— para analizar el funcionamiento de algunas universidades.[13] Llegado el momento, Sierra responsabilizó al mismo Chávez de redactar una primera versión de los documentos constitutivos de la nueva institución. Su Proyecto de Ley Orgánica de la Universidad Nacional, de más de treinta artículos, pretendía crear una universidad muy completa, integrada por las escuelas profesionales existentes, por varias instituciones científicas y culturales y por una escuela más, que debía crearse y ser llamada de Altos Estudios. En el proyecto de Chávez se detallaba la forma de administración interna; sin embargo, no había mayores explicaciones sobre las relaciones con el gobierno: la única era que el rector sería nombrado por el presidente del país a partir de propuestas concretas del Consejo Universitario.[14]

La versión final fue distinta. Unas modificaciones fueron hechas por el propio Sierra; otras, por el Consejo Superior de Educación Pública, grupo de educadores notables; unas más, por el Congreso nacional. Sierra presentó su Proyecto de Ley Constitutiva de la Universidad Nacional a ese grupo de educadores distinguidos en la sesión del 17 de enero de 1910.[15] Para evitar retrasos y contratiempos se formó una comisión presidida por el propio Chávez, también miembro de dicho Consejo Superior, la que hizo algunas correcciones y adiciones poco sustantivas en las reuniones siguientes. Sin embargo, aunque el proyecto del ministerio —léase Chávez y Sierra— en general fue aceptado, ciertos aspectos fueron discutidos en detalle y en algunos casos hasta con admirable convicción. Por ejemplo, hubo quien cuestionara la integración de la Preparatoria —idea más de Sierra que de Chávez—, pues no era una escuela universitaria auténtica; también fue criticada la nominación del ministro de Instrucción como la más alta autoridad universitaria, puesto que limitaba la independencia de la institución,[16] enmiendas ambas que no fueron aceptadas.

Una vez que el Consejo Superior de Educación aprobó el proyecto, éste fue enviado a los diputados. El día de su presentación, 26 de abril de 1910, Sierra pronunció uno de sus más famosos discursos, explicando brillantemente las bondades del proyecto.[17] Al margen de que su alocución haya sido “memorable”, en rigor era innecesaria, ya que la propuesta gozaba del apoyo total de don Porfirio; Sierra formaba parte de los ‘Científicos’, grupo que dominaba numéricamente a los legisladores, e incluso don Justo contaba con

algunos colaboradores y amigos entre éstos, los que apoyarían denodadamente el proyecto, como lo hicieron Porfirio Parra y Manuel M. Flores, quienes a la creación de la universidad serían directores de Altos Estudios y de la Preparatoria, respectivamente, así como Víctor Manuel Castillo, profesor en Jurisprudencia.[18] En forma previsible los diputados sólo introdujeron cambios menores, como que el director de Educación Primaria fuera siempre miembro del Consejo Universitario; que los delegados estudiantiles en el mismo no tuvieran voto, y que el rector forzosamente diera un informe anual.[19] Así, el proyecto de Sierra de 1910 tuvo un destino radicalmente distinto al de 1881, y aunque no puede decirse que haya sido festinado, lo cierto es que la ley que creaba la universidad fue discutida y promulgada tan sólo en un mes. Dicha ley contenía 17 artículos, más cuatro transitorios, y disponía lo relativo a sus elementos constitutivos, a las autoridades supremas —ministro, rector y Consejo Universitario—, a la manera en que serían nombrados e integrados el rector y dicho consejo, sobre sus funciones y atribuciones, así como lo concerniente a los bienes y recursos de la nueva institución.[20]

Obviamente, otros grupos fueron menos obsecuentes que los legisladores. Por ejemplo, la poderosa y respetada prensa católica criticó la creación de una universidad gubernamental, atacándola por positivista.[21] Paradójicamente, los positivistas ortodoxos —Agustín Aragón y Horacio Barreda— también la criticaron duramente, argumentando que su creación era un "retroceso", producto de las confusas ideas y de la contradictoria política educativa de Sierra; para ellos esa universidad estaba destinada a ser teológica y metafísica pero nunca auténticamente científica. Como era previsible, la prensa oficialista defendió a Sierra, asegurando que las críticas provenían de "espíritus fatalistas". Por su parte, Sierra y sus colaboradores carecían de tiempo para polemizar con sus adversarios, pues tenían que organizar la nueva institución. La única excepción fue Antonio Caso, sierrista leal, polemista congènito, ya enemigo del positivismo y joven profesor en la Escuela de Jurisprudencia, quien respondió a las críticas con ironía y rigor filosófico. Para él la oposición de Aragón era producto de su "odio sectario" y de su "fanático celo", los que lo incapacitaban para entender que la nueva institución era producto de la "generación nueva, ávida de ciencia y de libertad", a la vez que era la única manera de establecer "la mayor reciprocidad posible entre todas las ramas de la actividad intelectual".[22]

La idea de Caso sobre el nacimiento de la Universidad Nacional no es generalizable a los demás miembros de la comunidad, y menos aún a la sociedad en su conjunto; de hecho, los motivos de su surgimiento fueron tan complejos como variados. ¿En qué consistió, realmente, la fundación de la Universidad

Nacional? ¿Cuáles fueron sus características principales? ¿Qué pretendían Sierra y Chávez? ¿Cuáles fueron los obstáculos mayores? ¿Cuáles los logros inmediatos? Para comenzar, no hubo problemas graves de financiamiento, pues la inauguración de la Universidad Nacional no supuso la erección de nuevas construcciones. En realidad, dicha fundación se redujo a la organización de una oficina rectoral, pues todas las dependencias que conformarían la nueva institución, ya fueran la Preparatoria, las escuelas profesionales existentes o los institutos de cultura e investigación que le habían sido adscritos, contaban con instalaciones. La excepción era Altos Estudios, pero se había decidido que no dispondría de edificio propio. Es más, las oficinas del rector y la sede del Consejo Universitario estarían temporalmente en la vieja Escuela Normal, aprovechando que ésta estrenaría edificio durante los festejos del centenario, lo que permite afirmar que a finales del porfiriato todavía era prioritario el mejoramiento de la educación primaria; a su vez, ilustrativa y significativamente, el vetusto edificio de la universidad colonial comenzó a ser reparado con miras a convertirse en la sede definitiva de la Universidad Nacional.[23]

A diferencia del asunto de las instalaciones, la selección de los funcionarios universitarios fue bastante compleja. Evidencia clarísima del espíritu de Sierra, las designaciones hechas fueron muy conciliadoras. Don Justo nombró como primer rector a Joaquín Eguía Lis, católico y conservador casi octogenario, profesor suyo de derecho romano y con experiencia mínima de funcionario educativo, quien desde 1874 era director del Registro Público de la Propiedad. Como secretario se designó a Antonio Caso, quien aunque aún no cumplía los treinta años, era el más conocido representante de las nuevas corrientes de pensamiento y el miembro de los grupos culturales emergentes con formación más académica;[24] finalmente, mientras que los directores de todas las escuelas profesionales permanecerían en sus puestos, Porfirio Parra quedó como director de Altos Estudios y Manuel M. Flores fue designado para sustituir al propio Parra en la Preparatoria, puesto que ya había desempeñado.[25] Así, dos positivistas quedaban al frente de las instituciones que Sierra y Chávez consideraban más importantes, lo que obliga a matizar las concepciones que suponen que la fundación de la Universidad Nacional y la creación de Altos Estudios implicaban un golpe letal al positivismo.[26] Definitivamente, la naciente universidad se caracterizó por sus innegables continuidades con las escuelas profesionales, en lo físico, lo académico, lo ideológico y lo político-administrativo. En 1910 fue parco y limitado lo novedoso y lo modernizante, ya se tratara de la erección de nuevas construcciones, de la adopción de otras

posturas pedagógicas, de la impartición de nuevos conocimientos, de la incorporación de académicos jóvenes o de la consecución de mayor libertad para la nueva institución.

La integración del primer Consejo Universitario dio lugar a pocas dificultades, a pesar de que algunos de sus miembros tenían que ser elegidos, pues debía conformarse por el rector, los directores de las escuelas profesionales y el director de Educación Primaria, así como por cuatro académicos designados por la Secretaría de Instrucción Pública y dos profesores y un alumno que debían elegirse en cada escuela. Puesto que tenía que estar instalado a finales de septiembre, las autoridades convocaron a dichas elecciones para mediados de agosto, las que se llevaron a cabo puntual y ordenadamente.[27] La creación de un auténtico profesorado de tiempo completo resultó más difícil, pues la mayoría vivía de la práctica de sus profesiones. Sin un cuerpo magisterial de ese tipo era complicado mejorar la educación superior: se requería aumentar los salarios y reducir el número de profesores, conservando a los más capaces y dúctiles. Sin embargo, era difícil justificar modificaciones serias en este sentido, puesto que no aumentaría la población estudiantil ni se iba a desarrollar la investigación. Ésto es, la fundación de la Universidad Nacional no significó crecimiento o mejoramiento de las principales actividades propiamente universitarias: ni se enseñaría mejor ni se investigaría más. La integración político-administrativa de las escuelas no era beneficio suficiente.

Sierra y Chávez sabían que otro problema con el que nacía la Universidad Nacional era la falta de sentido de pertenencia a dicha comunidad. Para remediarlo, además de como estímulo sustituto de cualquier incremento salarial, se concedieron grados honoríficos a un número exagerado de profesores, buscando fomentar así la lealtad a la nueva institución. Por ello, a finales de junio de ese 1910 la Secretaría de Instrucción solicitó a cada escuela que enviara una lista con los nombres de hasta una cuarta parte del total de sus profesores, siempre y cuando tuvieran varios años de buenos servicios y concibieran las obligaciones magisteriales como uno de los aspectos más importantes de su vida. Para evitar favoritismos, las listas fueron confeccionadas por las juntas de profesores de cada escuela, pero esto multiplicó la variedad de interpretaciones que de por sí permitían términos tan generosos como indefinidos. La Preparatoria nominó a veinticinco; Jurisprudencia, a cinco; Medicina, a catorce; Ingenieros, seis. Este asunto provocó el primer malentendido entre la Secretaría de Instrucción y la Universidad Nacional, pues la primera rechazó a varios de los propuestos por la Preparatoria. Tenía razón en que Nemesio García Naranjo tenía sólo veintiocho años de edad y menos de tres de antigüedad docente, pero también se argumentó juventud para rechazar a los profesores de Jurisprudencia

Jorge Vera Estañol y Víctor Manuel Castillo, a pesar de que eran, respectivamente, diez y veinte años mayores que García Naranjo; además, la Secretaría de Instrucción hizo varios cambios en la lista de Medicina: rechazó a casi la mitad de sus candidatos e introdujo unilateralmente a Aureliano Urrutia. Para evitar problemas de autoridad interna, los directores de todas las escuelas fueron hechos doctores *ex officio*.[28] Con todo ello se buscaba dignificar y dar más lustre a la nueva institución, que nacería con numerosos académicos así premiados, los cuales en realidad no eran siquiera profesores de tiempo completo.

FAROL DE LA CALLE...

Si la elección de parte de los miembros del Consejo Universitario y la nominación de los doctores *ex officio* fue, principalmente, responsabilidad de cada escuela, la preparación de los festejos inauguratorios recayó en Sierra y sus más cercanos colaboradores. La responsabilidad era mayor porque los aspectos protocolarios eran fundamentales, ya que Díaz estaba interesado en promover su imagen y la del país. El sagaz don Porfirio estaba en lo cierto: era difícil encontrar entre las festividades del centenario una con más relevancia y encanto que la inauguración de la Universidad. Tales preparativos comenzaron hacia marzo de 1910, cuando varias universidades fueron invitadas a enviar representantes a la inauguración. Las primeras en ser convidadas fueron las de París, Londres, Berlín, Roma, Génova, Oviedo, Harvard, Columbia, Pensilvania y La Habana. Aunque no se sabe con certeza quién hizo la selección ni cuáles fueron las razones para escoger a dichas universidades, se infiere, por la presencia de la universidad neoyorquina de Columbia, que Ezequiel A. Chávez fue, al menos en parte, el responsable de la lista,[29] así como se deduce que el prestigio y los vínculos de Rafael Altamira en el país dieron lugar a la invitación a la Universidad de Oviedo.[30] De cualquier manera, pronto la selección fue enriquecida con las universidades de Oxford, Cambridge, Viena, Tokio, Lima, Buenos Aires, Santiago de Chile y Río de Janeiro, así como con las estadunidenses de Chicago, Cornell, Johns Hopkins, el MIT, la Northwestern, Princeton, Stanford, Washington —en San Luis, Missouri—, Wesleyan, Yale, Nebraska, Syracuse y Texas. Debido a que la mayoría de las universidades europeas anunciaron que no podían enviar un delegado especial, Sierra y sus colaboradores tuvieron que concentrarse en las de Estados Unidos, cuya proximidad hacía más probable que aceptaran. Ante el riesgo de que la inauguración resultara deslucida, a los delegados estadunidenses se les ofreció

transportación gratuita desde la frontera.[31]

Las respuestas difirieron grandemente. Algunas universidades, principalmente europeas, sólo enviaron felicitaciones, como las de Londres, Roma y Viena, aunque idéntica actitud asumieron varias del continente americano, como las de Buenos Aires, Johns Hopkins y Wesleyan, Otras enviaron algún profesor, como las de La Habana, Chicago, Pensilvania, Stanford y Yale. Las instituciones más sensatas aprovecharon la ocasión para enviar representantes que se beneficiaran académicamente de su estancia o que tuvieran que viajar a México por alguna otra razón: entre las primeras, las de París, Cornell y Stanford enviaron a su profesor de español; Harvard, al de arqueología mesoamericana, y la de Texas, al historiador Eugene C. Bolton, que pasó todo el verano investigando en los archivos de la ciudad de México. Por su parte, la de Berlín envió a Edward Seler, quien de cualquier modo tenía que asistir al Congreso de Americanistas, y las de Oxford y Columbia designaron respectivamente a James Mark Baldwin y Franz Boas, quienes tenían que estar en México en septiembre para impartir cátedras en la Escuela de Altos Estudios.[32] Hubo incluso decisiones más económicas: universidades como MIT, la Northwestern, Princeton y Syracuse aprovecharon a exalumnos mexicanos o residentes en México;[33] asimismo, las de Génova y Washington —en Missouri— nombraron como delegado al cónsul de su respectivo país; finalmente, la de Oviedo designó como representantes a un exalumno y al presidente del club social hispánico más importante de la ciudad de México, el Casino Español, don Telésforo García.[34]

A finales de julio, cuando las invitaciones ya habían sido enviadas, Sierra decidió otorgar un carácter especial a las universidades de París, Salamanca y Berkeley: en lugar de simples invitadas a la inauguración fueron designadas “madrinas” de la Universidad Nacional. La de París, porque era la más antigua —según un malinformado Sierra— y la más influyente de la época moderna; la de Salamanca, porque había sido el ejemplo de la universidad colonial mexicana; la de Berkeley, porque fue considerada el mejor modelo de universidad en ese momento. La de París no cambió su delegado, monsieur Martinenche, profesor de español; Berkeley sí lo hizo: agradecida por tan grande halago, envió a su rector, míster Benjamin Ide Wheeler; por su parte, la de Salamanca permaneció reacia a enviar representante alguno, no obstante que Sierra se lo pidió de manera muy afectuosa a su rector, don Miguel de Unamuno.[35]

A pesar de tal ausencia y de la falta de respuesta de las universidades de Cambridge y Río de Janeiro, el buen número de representantes extranjeros dio gran solemnidad a la ceremonia de inauguración. Con todo, esta demostración de

simpatía internacional no tuvo consecuencias académicas directas, salvo la contratación del profesor Rowe, delegado de la Universidad de Pensilvania, para que impartiera un curso de ciencia política.[36] Más que como el inicio de benéficas relaciones académicas o como el aval y reconocimiento de las universidades extranjeras a la mexicana, la inauguración fue pensada como una estrategia para obtener reconocimiento internacional para don Porfirio y su gobierno. Las ventajas políticas prevalecieron sobre los asuntos filosófico-pedagógicos y sobre las necesidades que en el país había de determinados profesionistas.

El carácter político de la inauguración se manifiesta también en las invitaciones a varios funcionarios educativos estadunidenses[37] y se confirma con el otorgamiento de varios doctorados *honoris causa*. En efecto, una lista preliminar, hecha indudablemente por Ezequiel Chávez, incluía a casi treinta científicos, a dos escritores —Tolstoi y Emilio Verhaeren—, al rector de Berkeley, a Theodore Roosevelt y a los mexicanos José Yves Limantour, Gabriel Mancera y Agustín Rivera. Sus profesiones y nacionalidades ilustran las aspiraciones para la nueva institución; al mismo tiempo, dicha lista muestra claramente los amplios intereses intelectuales de Chávez, su asombrosa capacidad para recabar información sobre las novedades académicas y su inveterado eclecticismo. Incluía a seis franceses, a cuatro alemanes, a cuatro británicos, a dos austríacos, a un belga, a un holandés, a un sueco y a cuatro estadunidenses sin contar a Roosevelt. En cuanto a las profesiones, al margen de Roosevelt y los mexicanos —y a pesar de las dificultades para delimitar rigurosamente las respectivas áreas de trabajo— había cinco médicos, cuatro físicos, cuatro psicólogos, tres filósofos y un número similar de científicos sociales. Sin embargo, dos de los filósofos —el danés Hoffding y el bostoniano William James— estaban profundamente involucrados en la psicología, lo mismo que Karl Lamprecht, uno de los historiadores laureados.[38] La importancia que Chávez daba a la psicología, por entonces campo de estudio todavía indefinido pero hacia el cual en más de un sentido él se inclinaba, es notablemente significativa: la indefinición fue una de las características tempranas de la institución.

La muy personal lista de Chávez fue modificada profundamente por Sierra, pues para complacer a don Porfirio transformó su naturaleza: los científicos fueron reducidos a tres —Behring, Laveron y Lister—, todos médicos, mientras que los biólogos, físicos, geólogos, matemáticos y químicos fueron simplemente eliminados; asimismo, los científicos sociales, filósofos, psicólogos y escritores tampoco habrían de ser premiados. En cambio, fue incluido Rafael Altamira,

menos por su labor de jurista o historiador que por sus incansables actividades en favor de un mejor entendimiento hispanoamericano. Comprensiblemente, la política predominó en la lista de Díaz: al nombre de Roosevelt agregó el del italiano Víctor Manuel III, monarca liberal prestigiado por su labor en favor de la concordia internacional. Así, Europa y Norteamérica eran homenajeadas en la misma forma, aunque la comunidad empresarial estadunidense fue honrada por medio del filantrópico industrial Andrew Carnegie.[39] Don Porfirio también utilizó el otorgamiento de los doctorados *honoris causa* para realizar maniobras de política nacional: fueron distinguidos el político y hacendista José Yves Limantour, jefe del grupo 'Científico'; el modernizante y generoso empresario Gabriel Mancera y Agustín Rivera, sacerdote católico, orador sagrado, polígrafo y conocido intelectual liberal provinciano.[40]

LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

Don Porfirio sabía que debido a su edad las festividades de septiembre de 1910 serían su última oportunidad de actuar como celebridad internacional. Por ello decidió darles gran pompa, buscando dejar un recuerdo imborrable. Gracias a una generosa partida especial del presupuesto de 1910,[41] y a la meticulosidad de los colaboradores de Díaz, el resultado fue gratificados México fue "rehabilitado" y la labor gubernamental del porfiriato fue considerada titánica.[42] La celebración consistió en más de tres semanas de festejos diversos. Los hubo de carácter histórico y de naturaleza académica, para demostrar que el país tenía un pasado del cual enorgullecerse y un futuro para el que se preparaba con seriedad. Ejemplos de lo primero serían la recuperación, merced a un gracioso obsequio de España, de algunas prendas de vestir de José María Morelos, y la transformación en museo de algunas propiedades de Miguel Hidalgo, héroes principales de la efemérides que se conmemoraba;[43] asimismo, durante esos días se celebró en la capital del país el Congreso de Americanistas[44] y tuvieron lugar varios concursos de composiciones históricas y literarias sobre el movimiento independentista.[45] El gobierno no era la única agencia activa: el grupo cultural Ateneo de la Juventud, formado en 1909 por estudiantes y profesores de Jurisprudencia con inquietudes intelectuales o literarias —como Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, entre otros—, organizó una célebre serie de conferencias de corte nacionalista.[46] Obviamente, las celebraciones no se redujeron a historia o literatura: el gobierno patrocinó una ópera compuesta por Julián Carrillo y una exhibición de "arte nacional"

organizada por el pintor Gerardo Murillo, ya desde entonces conocido como “Dr. Atl”.[47]

Las celebraciones también incluyeron la inauguración de edificios públicos, como el Manicomio, para demostrar que el país tenía una economía solvente y un gobierno activo, atinado y responsable. No obstante que algunos edificios no pudieron ser concluidos según lo deseado, como el Teatro Nacional —que se llamaría luego Palacio de Bellas Artes— y la Cámara de Diputados, y de que otros apenas fueron iniciados, como la cárcel de Lecumberri,[48] el prestigio de don Porfirio se acrecentó de manera notable. También hubo varios homenajes a héroes de otras naciones, con el objeto de mejorar las relaciones bilaterales: por ejemplo, se inició la construcción de estatuas de Giussepe Garibaldi, Louis Pasteur y George Washington.[49] Por último, hubo actividades meramente sociales, recreativas, como el baile en el Palacio Nacional organizado por don Porfirio y su esposa, el que según el cronista oficial fue “la más espléndida y elegante fiesta social del programa del centenario”.[50] Díaz, sus colaboradores, sus amigos, los representantes extranjeros y la mayoría de los habitantes de la ciudad estaban más que complacidos. Algunas manifestaciones contra don Porfirio no pudieron opacar la felicidad nacional.[51]

Mientras que el baile en Palacio Nacional fue quizás el festejo social más agradable, el momento más solemne de las celebraciones consistió en la inauguración de la Universidad Nacional. La ceremonia se caracterizó por su “severa grandeza”. Los muchos meses de preparativos no fueron en vano. Sin embargo, habría sido preferible que Sierra y sus colaboradores hubieran dedicado más tiempo a planear la estructura de la nueva institución, pues está claro que las discusiones sobre su naturaleza, composición y programas tomaron mucho menos tiempo que los preparativos de la ceremonia inaugural. Lo anterior obliga a considerar la posibilidad de que haya sido fundada como remate culminante de las celebraciones: no sólo no hubo presión alguna por parte de la comunidad académica —profesores o alumnos— para que se creara una universidad, sino que varias escuelas profesionales de provincia cerraron durante el porfiriato por falta de demanda estudiantil.[52] Es incuestionable que fue una típica creación gubernamental, vertical, desde arriba. Una vez aceptado esto faltaría dilucidar si la decisión de las autoridades fue resultado de un programa serio para completar el sistema educativo nacional o si se debió a simples necesidades políticas coyunturales. Es decir: ¿fue producto de una estrategia largamente diseñada por Sierra, o el pragmático Díaz, psicólogo intuitivo, simplemente forzó a don Justo a revivir sus sueños? Seguramente ambas cosas son ciertas: el paciente Sierra aprovechó al vanidoso gobernante.

La ceremonia de inauguración tuvo lugar el 22 de septiembre en el anfiteatro de la Preparatoria, cuya belleza subyugó a la concurrencia.[53] Ésta se componía de los miembros del gabinete y otros políticos destacados; del cuerpo diplomático, incluyendo a los representantes especiales enviados por varios países; de los delegados de las universidades extranjeras; de las comisiones oficiales de las instituciones que habrían de integrar la nueva universidad,[54] y del primer Consejo Universitario. Evidentemente, el elevado número de asientos reservados permite suponer que quedó muy poco espacio disponible para la mayoría del profesorado y del estudiantado, a pesar de que la crónica oficial asegure que el segundo piso estuvo ocupado por profesores y estudiantes.[55]

La ceremonia tuvo cuatro episodios. El primero fue un discurso de Justo Sierra, calificado por el cronista oficial como brillante. Es más, *El Imparcial*, el más influyente periódico del país, aseguró que había sido el discurso más bello de los pronunciados en México desde el inicio del siglo. Los otros periódicos, aunque también lo elogiaron, no fueron tan exagerados.[56] Además de su capacidad literaria y del conocimiento enciclopédico manifestado, Sierra expresó en él sus ideas sobre lo que debía ser la Universidad Nacional.[57] Para don Justo el fin de la nueva institución era la educación integral de los estudiantes y no sólo el avance de la ciencia, lo que lo distanciaba del positivismo; además, debía dedicar mucha atención a la realidad social del país. Sierra deseaba una institución auténticamente nacional, abierta a todos los que tuvieran la capacidad intelectual suficiente, cualquiera que fuera su origen social. Tolerancia, liberalismo y democracia, según él, caracterizarían a la naciente universidad.

En su discurso Sierra elogió la política educativa de los gobiernos liberales del siglo XIX, incluyendo obviamente la de don Porfirio, y criticó a la Real y Pontificia Universidad de México; por ejemplo, le reclamó que hubiera estado cerrada a todo pensamiento distinto al escolasticismo católico y que sucesivamente hubiera rechazado las innovaciones traídas por la Reforma, el Racionalismo y la Ilustración. Sierra le reclamó no haber realizado algo sustancial durante tres siglos; para él era ya cadáver cuando fue disuelta en 1833. Don Justo la aceptaba como ancestro pero no como antecedente directo; insistió en que era una institución completamente nueva, que nacía fuerte y sólida gracias al apoyo de don Porfirio. Dicho discurso mostró de manera clara la faz política de Sierra, cuya idea acerca de la ausencia de continuidad entre las dos universidades tenía como objetivo, seguramente, evitar las críticas de liberales y positivistas, que eran las ideologías favoritas de sus compañeros miembros de la élite política nacional.

Al término del discurso don Porfirio declaró que la Universidad Nacional

quedaba inaugurada solemne y legalmente. El subsecretario Chávez mentó entonces los nombres de los honrados con los doctorados *honoris causa* y *ex officio*, siendo los más aplaudidos, aparentemente, Roosevelt y Limantour.[58] Chávez leyó también los saludos enviados por este último, pues se encontraba en Europa, por las universidades de Roma, Viena, Chicago, Johns Hopkins y Buenos Aires, y por las autoridades educativas estadunidenses invitadas pero imposibilitadas de asistir. En seguida los representantes de las universidades extranjeras presentes expresaron sus mejores deseos para la naciente institución: al principio lo hicieron los representantes de las universidades "madrinas", monsieur Martinenche y míster Benjamin Ide Wheeler, de París y Berkeley respectivamente;[59] los demás representantes leyeron sus saludos en orden de antigüedad institucional: primero el de Oxford y al final el de Stanford. Como muestra de su agradecimiento a don Porfirio por el irrestricto apoyo y a las universidades extranjeras por sus generosas expresiones, Sierra los alabó en latín. Para finalizar el acto se marchó en jerarquizada procesión hasta donde se habían instalado las oficinas del rector,[60] para que Joaquín Eguía Lis tomara posesión de ellas. Hacia el mediodía del 22 de septiembre de 1910 México tenía, otra vez, una universidad.

Todos los preparativos, sucesos y aspectos de la inauguración tienen significados más profundos que los aparentes. Se puede concluir que Ezequiel Chávez estuvo más involucrado que Justo Sierra en el diseño de la Universidad Nacional, pues mientras uno se dedicó a ello casi por entero, el otro tenía muchos otros asuntos que atender, y mientras uno estaba bien informado acerca de las transformaciones últimas en materia de educación superior, el otro tenía decenios dedicado a la educación básica y secundaría del país. También se puede concluir que la creación de la Universidad Nacional no significó, en ese momento, cambio mayor alguno en la filosofía de la educación superior porfirio-positivista: cierto es que algunas autoridades universitarias mantenían posiciones pedagógicas diferentes, pero todavía eran mayoría los positivistas sobre un par de católicos y espiritualistas. También resulta evidente que las circunstancias históricas y geopolíticas impusieron a la Universidad Nacional una mayor relación con las universidades estadunidenses que con las europeas, situación lamentada por Sierra y aplaudida por Chávez. Tanto por los claros señalamientos de Justo Sierra como por la grosera actitud de las universidades españolas —recuérdese que la de Salamanca no envió representante alguno no obstante haber sido honrada como "madrina", y que la de Oviedo designó como tal a don Telésforo García, presidente de un club social—, es evidente que la Universidad Nacional surgió sin mayores vinculaciones con sus antecedentes hispánico-

coloniales. Sin embargo, no habiendo constituido una transformación, por radical que pudiera haber sido, de la Real y Pontificia, y siendo tan poco lo creado —una escueta oficina rectoral, un maniatado Consejo que buscaba darle un carácter colegiado y una Escuela de Altos Estudios, más inventada que creada—, es válido preguntarse: ¿en qué consistió, realmente, esa fundación? ¿Es correcto seguir creyendo que la Universidad Nacional de México surgió en 1910?

Cualquiera que sea la respuesta, es preciso consignar que un lamentable acontecimiento entristeció parcialmente la efemérides: ya en la ciudad de México, y a dos días de la ceremonia, murió repentinamente el delegado de la universidad de Stanford, John Ernest Matzke.[61] Para los triunfalistas funcionaríos, para los resignados y fatalistas católicos y aun para los insatisfechos positivistas, el triste suceso tuvo que ser una sombría premonición. Al margen de tales presagios y a pesar de las deficiencias del proyecto, la fundación de la Universidad Nacional fue una decisión previsora que trajo al país, pasado el tiempo, incalculables beneficios.

Notas al pie

[1] Reconozco que esta panorámica visión ele la universidad mexicana durante la etapa colonial resulta caricaturesca. En todo caso, el lector interesado debe complementar —más bien sustituir— los viejos estudios de Alberto María Carreño o Julio Jiménez Rueda con los escritos de jóvenes investigadores como Enrique González, Lorenzo Luna y Margarita Menegus. Véanse sus capítulos en *La Universidad en el tiempo*, México, UNAM, 1985, pp. 11-37.

[2] José Luis Soberanes, "La Universidad frente al levantamiento de Hidalgo", en *Memorias del Primer Encuentro de Historia sobre la Universidad*, México, UNAM, 1984, pp. 32-39. La hipótesis de Soberanes debe tomarse con reservas, pues su análisis se limita a la postura de las autoridades, sin tomar en cuenta la de los otros miembros de la comunidad.

[3] Anne Staples, "Los institutos literarios y científicos de México", en *ibid.*, pp. 43-54. Véase también Rosalina Ríos Zúñiga, "Educación y secularización. La problemática de los institutos literarios en el siglo XIX (1824-1857)", tesis de licenciatura en historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1992. Esta autora nos previene contra los maniqueísmos historiográficos de que han sido víctimas tales institutos: ni fueron propiedad estricta de los liberales, ni fueron antirreligiosos.

[4] Lourdes Alvarado, *De la Real y Pontificia Universidad de México a la Universidad Nacional de México*, México, UNAM, serie Pensamiento Universitario, núm. 65, 1986. De la misma autora, *La polémica en tomo a la idea de Universidad en el siglo XIX*, México, UNAM, 1994.

[5] No existen suficientes estudios serios sobre las escuelas profesionales durante el porfiriato. La principal excepción es el trabajo de Mílada Bazant, *Historia de la educación durante el porjiriato*, México, El Colegio de México, 1993.

[6] Gilberto F. Aguilar, *El barrio estudiantil de México*, s.e., 1951.

[7] Ambos documentos se encuentran en Justo Sierra, *Obras completas*, 16 vols., México, UNAM, 1948-1994, VIII, pp. 65-69 y 333-337 (en adelante, oc).

[8] Entre 1895 y 1896 se erigió una nueva Pontificia Universidad Mexicana. Aunque podría ser vista como el renacimiento de la vieja institución colonial por su catolicismo y tradicionalismo, no se reconocía como hija de la Universidad de Salamanca sino de la Gregoriana de Roma y carecía del ca rácter civil que en parte tuvo la primera.

[9] Las críticas al proyecto de Sierra, hechas por Luis E. Ruiz y Enrique M. de los Ríos, en Juan Hernández Luna (editor), *La Universidad de Justo Sierra*, México, SEP, 1948, pp. 139-151.

[10] Los mejores estudios biográficos son: Agustín Yáñez, *Don Justo Sierra*, México, UNAM, 1950; Claude Dumas, Justo *Sierra y el México de su tiempo*, 2 vols., México, UNAM, 1986.

[11] Los mejores análisis de la educación primaria en México durante el porfiriato son: Mary Kay Vaughan, *Estado, clases sociales y educación en México*, 2 vols., México, SEP-FCE, 1982; Ernesto Meneses Morales, *Tendencias educativas oficiales en México, 1821-1911*, México, Editorial Porrúa y Centro de Estudios Educativos, 1983. Para este asunto véanse los capítulos XI a XX. Esta obra es igualmente útil para analizar la educación brindada en la Preparatoria, lectura que debe complementarse, necesariamente, con la del libro de Clementina Díaz y de Ovando, *La Escuela Nacional Preparatoria*, 2 vols., México, UNAM, 1972.

[12] Alfonso de Maria y Campos, *Estudio histórico-jurídico de la Universidad Nacional (1881-1929)*, México, UNAM, 1975, pp. 56-64. Lía García Verástegui, *Del proyecto nacional para una universidad en México*, México, UNAM, 1984, pp. 64-66, 68 y 74.

[13] Archivo Histórico de la UNAM, Fondo Alumnos, expediente núm. 39948 (en adelante, FA). Fondo Trabajadores, expediente núm. 341 (en adelante FT), Juan Hernández Luna, *Ezequiel A. Chávez, impulsor*

de la educación mexicana, México, UNAM, 1981, pp. 119-120. En realidad, Chávez viajó a Estados Unidos en 1903, 1906, 1907 y 1909, y en 1908 lo hizo al este de ese país con otros objetivos. Cf. Leticia Chávez, *Recordando a mi padre*, 10 vols., México, s.e., 1967, II, pp. 106-135.

[14] De María y Campos, Alfonso *Estudio*..., pp. 66-74 (apéndice 5).

[15] El cambio de "orgánica" a "constitutiva" demuestra que Sierra hizo personalmente algunas modificaciones al proyecto de Chávez.

[16] Boletín de Instrucción Pública, XIV, 3-4, pp, 493-498, 500-501, 503 y 505-506 (en adelante, *BIP)*, *El Imparcial*, 5, 22 y 27 de abril de 1910.

[17] Justo Sierra, oc, V, pp. 416-428.

[18] *El País*, 14 y 15 de mayo de 1910.

[19] *BIP*, XVI, 1-2, pp. 5-6.

[20] La Ley Constitutiva de la Universidad de México está fechada el 26 de mayo. Dos versiones impresas y tres mecanográficas se encuentran en el Archivo Histórico de la UNAM, Fondo Universidad Nacional, ramo Rectoría, caja 3, expediente 49 (en adelante, FUN, RR).

[21] *El País*, 19 y 21 de mayo de 1910.

[22] El escrito de Aragón, "Dos discursos universitarios del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes", en Hernández Luna, *La Universidad de...*, pp. 159-180. La respuesta de Antonio Caso, en sus *Obras completas*, 12 vols., México, UNAM, 1971,1, pp. 1-45. Un análisis de la polémica en *El Imparcial*, 26 de agosto de 1910. Véase también Juan Hernández Luna, "Sobre la fundación de la Universidad Nacional. Antonio Caso *vs.* Agustín Aragón", *Historia Mexicana*, XVI, núm. 3 (enero-marzo de 1967), México, El Colegio de México, pp. 368-381. Otra reflexión sobre dicho debate, en Gloria Villegas, "La Universidad de Justo Sierra y la Revolución", en *Memoria del primer encuentro de historia sobre la Universidad*, México, UNAM, 1984, pp. 85 ss. La historia "clásica" sobre el trasfondo filosófico intelectual y pedagógico del periodo es la de Leopoldo. Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968. Sin duda la mejor aportación reciente es la de Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Editorial Vuelta, 1991.

[23] *El Imparcial*, 12 de agosto de 1910. *The Mexican Hera Id*, 13 de septiembre de 1910. *El País*, 12 de junio de 1910. Véase además la obra citada en la nota 6. Los interesados en la historia del edificio de San Ildefonso deben consultar a José Rojas Garci dueñas, *El antiguo Colegio de San Ildefonso*, México, UNAM, 1951.

[24] Para Eguía Us, véase n\ exp. 20, f. 146. Para los primeros años de Caso, consúltese el ensayo de José Gaos, "Las mocedades de Caso", en *Homenaje a Caso*, México, Centro de Estudios Filosóficos, Editorial Stylo, 1947, pp. 17-38; véase también el primer capítulo de la obra de Raúl Cardiel Reyes, *Retomo a Caso*, México, UNAM, 1986.

[25] Lourdes Alvarado, "Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza biográfica", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. XI, México, UNAM, 1988, pp. 183-199. Héctor Díaz Zermeño, Introducción a Manuel Flores, *Tratado elemental de pedagogía*, México, UNAM, 1986.

[26] Edmundo O'Gorman, en su clásico ensayo, fue el primero en argumentarlo. Su error radica, a mi juicio, en que analiza más la evolución del pensamiento de Justo Sierra que las circunstancias históricas en que se dio la fundación. Una edición reciente del "Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México", enriquecida con un breve texto de 1985, en el núm. 62 de la colección *Pensamiento Universitario*, México, UNAM, 1986.

[27] FUN, RR, c. 2, exp. 24, f. 457; exp. 26, ff. 471, 475-476, 480-482.

[28] *Ibid*., exp. 27, ff. 491-493, 498-500, 507; c. 3, exp. 35, ff. 810-812, 814-816, 818-829. *El Imparcial*, 22 de septiembre de 1910. Los años de nacimiento de García Naranjo, Vera Estañol y Castillo son, respectivamente, 1883, 1873 y 1863.

[29] Según testimonio de su hija, Ezequiel Chávez tenía con Franz Boas, quien vendría como

representante de Columbia, “una fuerte relación intelectual y afectiva”. Cf. Leticia Chávez, II, p. 139.

[30] Para las relaciones de Altamira con el México de 1910, véase el prólogo de Jaime del Arenal a su edición de las conferencias que Altamira impartió en el país a finales de 1909 y principios de 1910. Cf. Rafael Altamira y Crevea, *La formación del jurista,* estudio preliminar, edición y notas de Jaime del Arenal, México, Escuela Libre de Derecho, 1993.

[31] A los europeos se les ofreció lo mismo, desde Veracruz. Véase FUN, RR, c. 2, exp. 33, ff. 578, 581-583, 591, 598, 603-604, 607, 616, 643, 645.

[32] *Ibid.,* ff. 586, 594, 596, 602, 615, 618, 620, 623, 628, 637-638, 640, 652-655, 667, 676, 679-680, 683, 696, 703-704, 712, 719-720, 742. Boas, de Columbia, y Tozzer y Barbour, de Harvard, también iban a asistir al Congreso de Americanistas. Véase *ibid.,* ff. 736, 741, 752. En un principio se dijo que Baldwin representaría a la de Johns Hopkins en lugar de a la de Oxford. Véase *El Imparcial,* 1 y 13 de julio de 1910.

[33] FUN, RR, c. 2, exp. 33, ff. 610, 626, 651, 656, 663, 692, 695, 715; exp. 34, ff. 797, 807.

[34] *Ibid*., exp. 33, ff. 602, 656, 664, 669-672, 699-700. Resulta evidente que fue el propio cónsul estadunidense, Arnold Shanklin, quien presionó a Sierra para que se invitara a la Universidad de Washington, Missouri, en la que había estudiado, y que luego de lograrlo se ofreció voluntariamente como un representante que no requería de erogaciones para viáticos.

[35] *Ibid*., ff. 625, 632-633, 722. La amistad entre su rector y el subsecretario Ezequiel A. Chávez, pieza clave en todo lo concerniente a la fundación de la Universidad Nacional, fue decisiva para tan encendido elogio y tan distinguido honor a la Universidad de Berkeley. Cf, Leticia Chávez, II, p. 141.

[36] FUN, RR, c. 2 exp. 33, f. 727. La contratación de los profesores Baldwin y Boas fue anterior, relacionada con el proyecto de creación de la Escuela de Altos Estudios.

[37] Los principales ejemplos son el director de la Biblioteca del Congreso y el comisionado de Educación. Cf. *ibid.,* c. 1, exp. 12, f. 288; c. 2, exp, 31, ff. 565-566; exp. 34, ff. 783, 789, 791-793, 795-796, 799, 801-802, 805.

[38] *Ibid.,* exp. 27, ff. 514-515.

[39] *Ibid.,* ff. 485-490, 493-494; exp. 28, ff. 516-517.

[40] Agustín Rivera fue dos veces homenajeado por la Universidad Nacional, ambas de manera exagerada. Si en 1910 se le hizo doctor *honoris causa,* años después Vasconcelos publicó una obra suya en la colección de “Clásicos”, junto a Homero, Platón, Plutarco, Dante y Tolstoi, entre otros. Acaso sea más inexplicable que haya pronunciado, además, el discurso oficial —excesivamente largo— en la ceremonia principal de las celebraciones del centenario. Don Mariano Azuela, su sobrino y paisano —ambos eran de Lagos de Moreno— lo considera “sabio” y partidario del progreso, de la ilustración, de la ciencia y de la democracia. Véase su biografía en el vol. III de sus *Obras completas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 420-511. Federico Gamboa también le encuentra “marcadas tendencias liberales”; respecto a lo extenso de su discurso dice que don Agustín “plumeó demasiado”. Cf. *Mi Diario,* 5 vols., México, Ediciones Botas, 1907-1938, V, pp. 193-194.

[41] *El País,* 17 de mayo de 1910.

[42] Federico Gamboa, subsecretario de Relaciones Exteriores, el más destacado novelista del momento y figura clave en los festejos, asegura que éstos fueron una “avalancha”: asistió a sesenta banquetes y preparó cerca de cien discursos (confiesa que al final se le agotaron las palabras). Según él, septiembre de 1910 fue como un sueño, un mes memorable, de esperanzas e íntima felicidad nacional; un mes de retribución por tantos años de malquerencia internacional. Véase Gamboa, V, pp, 181-193.

[43] *El País*, 3 de septiembre de 1910. Gamboa, V, p. 184. El gobierno estadunidense tuvo la idea de devolver al de México, como obsequio, algunas banderas capturadas en la guerra de 1847; sin embargo, el secretario de Estado Knox convenció al presidente Taft de no hacerlo. Cf. National Archives, Records of the Department of State, Record Group 59, Memorándum de la División of Latin American Affairs al secretario de Estado/, s.f., 812.42/ 23365/1; secretario de Estado al presidente/, s.f., *ibid.,* 2a. (en adelante, RDS).

[44] *El Imparcial*, 8 de septiembre de 1910. Esa reunión —la decimoséptima— tuvo dos sedes: Buenos Aires y la ciudad de México.

[45] *BIP*, XV, pp. 747-749. El ganador del más importante fue Alfonso Teja Zabre, “Tejita" para sus amigos y compañeros. Nacido en 1888 en San Luis de La Paz, Gto., estudió la primaria en Pachuca, y en la ciudad de México la preparatoria y la carrera de abogado, a pesar de lo cual se dedicó principalmente a la historia y la literatura. Cf. *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana*, 8 vols., México, inehrm, 1990-1994, III, p. 370 (en adelante *DHBRM).*

[46] Los temas fueron las poesías de Sor Juana y de Othón y el pensamiento de Barreda, Hostos y Rodó. Cf. *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Juan Hernández Luna (editor), México, UNAM, 1962. Véase también José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, INEHRM, 1979. Actualmente el más destacado estudioso del Ateneo es Fernando Curiel. Estoy en espera del trabajo definitivo y de la antología que prepara, titulados, respectivamente, *Semblanza de dos ateneístas* y *Varia atenea.* Son igualmente recomendables los trabajos en curso de Susana Quintanilla y el reciente libro de Alfonso García Morales, consignados en la bibliografía.

[47] FUN, RR, c. 3, exp. 53, ff. 1016-1017. Otra versión da una idea más conflictiva de la exposición del Dr. Atl, pues sostiene que tuvo que encabezar la oposición de los estudiantes de San Carlos, molestos por la exhibición de pintura española organizada por la dirección de la Academia, y que como concesión a su demanda se le permitió coordinar la de pintura nacional. Cf. *DHBRM*, IV, pp. 132-133.

[48] Genaro García, *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México*, México, Museo Nacional, 1911, p. 207.

[49] A diferencia de las dos primeras, la estatua de Washington no fue un obsequio gubernamental, sino de la colonia estadunidense residente en México, encabezada por el exembsyador David E. Thompson. La estatua fue inaugurada a principios de 1912. Véase RDS, 812.45 A/23380/79; 812.413/27; 812.45 A/23380/45-47.

[50] Genaro García, *op. cit*., p. 284.

[51] Federico Gamboa narra, con sorna y cinismo, cómo engañó al embajador especial de Alemania durante la cena del “grito”. Sucedió que una manifestación antirreeleccionista irrumpió en el Zócalo portando estandartes de Madero, los que se convirtieron, al conjuro de Gamboa, en retratos de un Porfirio Díaz joven y barbado. Cf. *Mi diario*, V, pp. 187-189.

[52] Cerraron, entre otras, la Escuela de Jurisprudencia de Chihuahua y las de Leyes, Comercio e Ingeniería del Estado de México. Cf. *DHBRM*, II, p, 381; III, pp. 257-259. Véase también Bazant, pp. 218-220, En rigor, el cierre de esas escuelas en provincia obligó al envío de muchos jóvenes becados a la ciudad de México, provocando un aumento poblacional que seguramente influyó en la creación de una universidad en la capital del país.

[53] *El Imparcial*, 7 y 21 de abril; 15 de julio; 27 de septiembre de 1910. El anfiteatro fue reconstruido y acondicionado por el arquitecto Samuel Chávez, hermano del subsecretario de Instrucción Pública, a quien Sierra había encargado lo concerniente a la universidad. Tal parece que desde 1904 había realizado algunas obras para ampliar el edificio. Cf. Clementina Díaz y de Ovando, II, p. 515.

[54] Las comisiones de las escuelas —Preparatoria, Jurisprudencia, Medicina e Ingenieros— constaban de los respectivos directores y de los profesores que iban a recibir el doctorado *ex officio;* cada comisión debía llevar el estandarte de su escuela. Los directores de los institutos Médico, Patológico y Bacteriológico; de los observatorios Astronómico y Meteorológico; de las comisiones Geográfico-Exploradora y Geodésica, así como algunos funcionarios del Departamento Agrícola, debían conformar la comitiva de Altos Estudios, que todavía no contaba con profesores; como tampoco tenía estandarte, se dispuso que portara la bandera nacional. Véase FUN, RR, C. 2, exp. 22, ff. 445-447.

[55] *Ibid*., exp. 32, f. 570. *El Imparcial*, 22 de septiembre de 1910. *El País*, 23 de sepdembre de 1910.

[56] *El Correo Español*, 23 de septiembre de 1910. *El Imparcial*, 23 de septiembre de 1910. Genaro García, p. 203.

[57] Sierra citó a Agripa d'Aubigne, Bergson, Claude Bernard, Comte, Emerson, William James, Leibnitz, Nietzche, Shakespeare y Tácito, y mencionó, entre otros, a Emilio Castelar, Garibaldi, Gladstone, Horacio, Víctor Hugo, León XIII, Abraham Lincoln, Marx y Sarmiento, junto con los mexicanos Benito Juárez, héroe liberal, y Agustín Rivera, sacerdote católico. Véase el célebre discurso en Sierra, oc, V, pp. 447-462.

[58] *El Imparcial*, 23 de septiembre de 1910. El doctorado *honoris causa* de Limantour debe ser visto como un reconocimiento explícito a los 'Científicos' por el hábil manejo de la política económica nacional; con ello don Porfirio acrecentaba la confianza que le tenían la mayoría de los países acreedores e inversores.

[59] El discurso de Martinenche fue publicado en *El Imparcial* el 27 de septiembre de 1910. Recuérdese que en un principio se había acordado que serían tres las universidades "madrinas", siendo la otra elegida la de Salamanca. A pesar de que no envió representante alguno, los periódicos hispanófilos insistieron en que las tres conservaron la misma función. Sin embargo, oficialmente sólo fueron "madrinas" las de París y Berkeley. Véase *El Correo Español*, 23 de septiembre de 1910; *El Imparcial*, 22 de septiembre de 1910.

[60] Para las disposiciones sobre el protocolo de la procesión, véase Samuel García Cuéllar, jefe del Estado Mayor Presidencial, ajusto Sierra, secretario Instrucción, 21 de septiembre de 1910, en FUN, RR, c. 2, exp. 32, f. 576.

[61] La Secretaría de Instrucción Pública mostró de nuevo sus capacidades organizativas, al arreglar rápidamente una ceremonia luctuosa. Además, un grupo de académicos mexicanos llevó el cadáver a Estados Unidos. Como quiera que fuese, todo parece indicar que Stanford nombró un delegado sustituto en el último momento, con toda seguridad un exalumno residente en México. Véase la documentación correspondiente en FUN, RR, c. 1, exp. 4, ff. 85-88.

II. DEL NACIMIENTO DE UNA INSTITUCIÓN AL ESTALLIDO DE UNA REVOLUCIÓN

DIVERSIÓN Y NACIONALISMO

Los estudiantes de las escuelas profesionales de la ciudad de México no participaron ni en la inauguración de la Universidad Nacional ni en las celebraciones oficiales del centenario. Acaso la única excepción fue el gran baile de la noche del 23 de septiembre en Palacio Nacional, en tanto que se pidió al presidente de la Unión Universal de Estudiantes —agrupación minoritaria, asentada en la Preparatoria y ligada a algunos políticos porfiristas— que elaborara una lista de los estudiantes que merecieran asistir al baile. La lista incluyó veinte nombres, la mayoría de ellos de directivos de las sociedades estudiantiles.[1] Por otro lado, en la Escuela de Agricultura se instaló en septiembre una exposición agrícola y ganadera como parte de las celebraciones, aunque fue más bien organizada por las autoridades de la escuela y la Sociedad Nacional de Ganaderos, pues la participación estudiantil se limitó a la edición de un número especial de su revista —*México Agrícola*, que gozaba de apoyo oficial— acerca de la exposición.[2] En cualquier caso, Agricultura no era una escuela típicamente profesional: no dependía de la Secretaría de Instrucción Pública sino de la de Fomento, y de acuerdo con el proyecto de Sierra y Chávez no debía ser integrada en la universidad. Por lo mismo, más que de universítanos la exposición agropecuaria fue de carácter oficial: don Porfirio la inauguró y premió personalmente a los mejores ganaderos.[3]

Las acciones genuinamente organizadas por estudiantes tuvieron una naturaleza radicalmente distinta, consistiendo principalmente en desfiles y manifestaciones muy preparados. Para ello se formó un comité que coordinaría

la organización de los festejos, el que incluyó a representantes de todas las escuelas profesionales; estuvo encabezado por Luis Jasso, líder de Jurisprudencia que trabajó en el asunto desde mediados de julio. Las primeras propuestas fueron organizar una procesión con antorchas la noche del 15 de septiembre, o una serenata desde camiones descubiertos y ataviados con adornos "venecianos". Para mediados de agosto el comité propuso un programa que incluía festivales literarios y musicales, un banquete, una kermesse, una charreada y la serenata;[4] esto es, actos de mero entretenimiento. Dos semanas después el programa cambió radicalmente: para el 7 de septiembre se planeó una procesión en honor de los héroes de la guerra contra Estados Unidos; la serenata, la madrugada del 16, en la que cantarían el himno de los estudiantes compuesto para la ocasión por el líder de Medicina, Francisco Castillo Nájera; el día 19 una ceremonia en honor de Benito Juárez, y el día 22 otro homenaje a los "niños héroes".[5] O sea, en lugar de los actos de entretenimiento originales se propusieron después manifestaciones nacionalistas contra Estados Unidos y Francia. ¿Por qué tal cambio? ¿Quiénes fueron sus promotores?

Aunque con variantes, éste fue el programa realizado. Finalmente los homenajes a los héroes de 1847 fueron reducidos a uno, que tuvo lugar el 10 de septiembre con gran éxito. Curiosamente, Luis Jasso, quien dos meses antes había propuesto solamente serenatas y actos similares, desempeñó un papel relevante, como lo tuvo en el también exitoso homenaje a Juárez del día 19.[6] Tal vez se debió a que Jasso se disciplinó, por ser el presidente del comité organizador, aunque pudo suscitarse asimismo por su volubilidad política. Cualquiera que haya sido la motivación, no puede negarse que el hidalguense Jasso tenía capacidades predictivas, olfato político: la serenata fue un completo fracaso y tuvo que ser repetida diez días después. Algunos alegaron que la causa fue la falta de estudiantinas,[7] aunque quizás se explique por el nacionalismo de los jóvenes universitarios de la ciudad de México, quienes rechazaron los actos de simple solaz y diversión y los festejos organizados con apoyo oficial por algunos estudiantes explícitamente vinculados con el régimen.[8]

Los jóvenes universitarios también mostraron su nacionalismo de manera espontánea, debido a un imprevisto problema diplomático. Rubén Darío había sido nombrado por el gobierno nicaragüense como su representante especial para los festejos del centenario en México, pero el mandatario nicaragüense en turno —José Madriz— fue derrocado mientras Darío venía en camino desde Francia, negándose el gobierno mexicano a acreditarlo pues sus credenciales habían dejado de ser válidas. Debido a que Darío era conocido como un gran poeta y un abierto crítico de Estados Unidos desde la guerra de 1898 con España, la

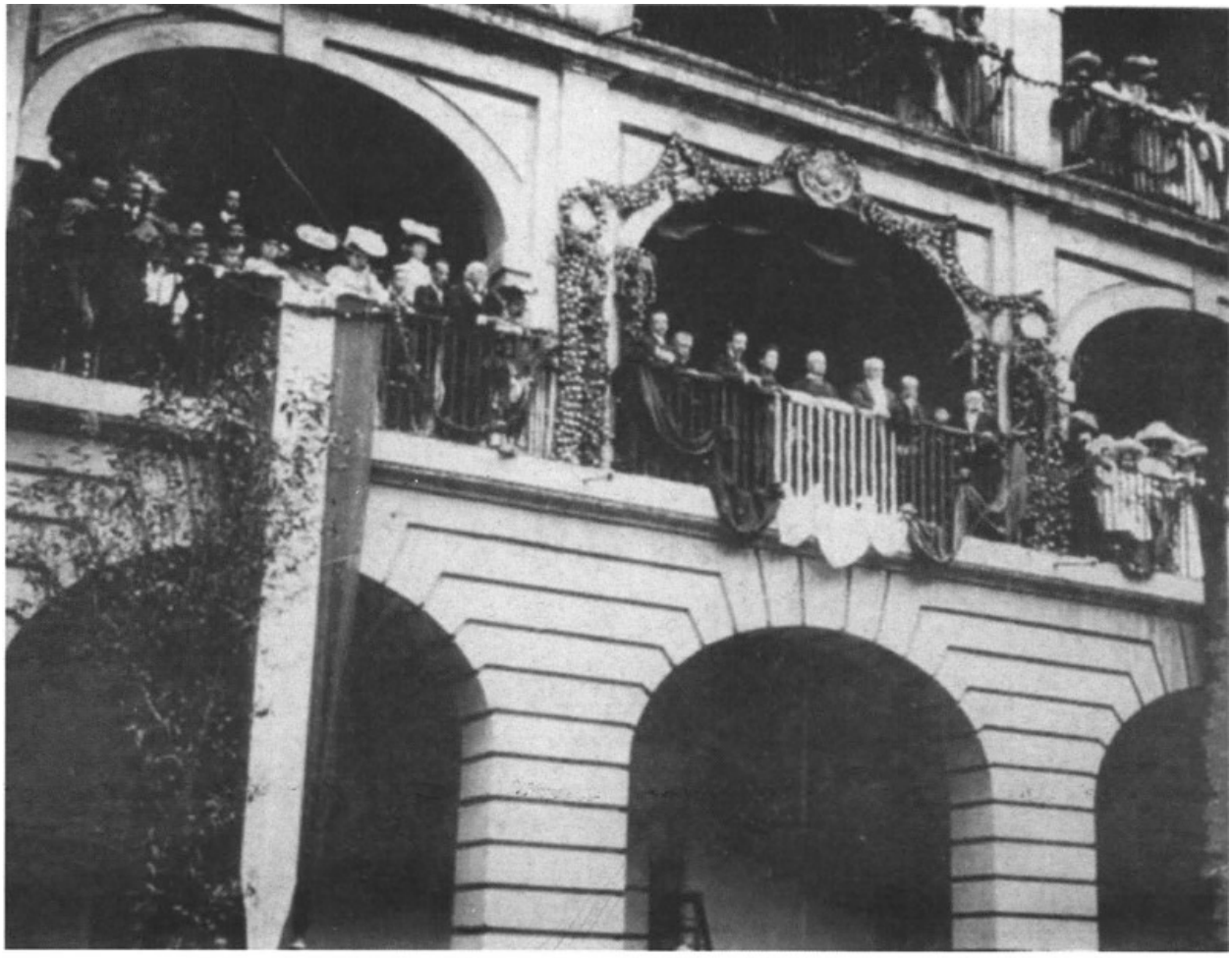
negativa de Díaz a recibirlo fue considerada por muchos como producto de la presión de la embajada entadunidense, que fue acusada de aprovecharse del vulnerable estatus diplomático de Darío. El asunto se convirtió inmediatamente en conflicto político nacional: el periódico progobiernista *El Imparcial* apoyó la postura de don Porfirio, mientras que el católico *El País*, moderadamente oposicionista, publicó duras críticas a dicha actitud.[9]

Por otra parte, un buen número de jóvenes intelectuales se reunió en la oficinas de la *Revista Moderna de México* para organizar homenajes a Darío. Aunque varios participantes estaban ligados al gobierno, como el joven poeta y diputado Nemesio García Naranjo o los hijos de Justo Sierra y Jesús Valenzuela, la mayoría era independiente, como Rafael López. Además, Darío fue recibido muy cariñosamente en Veracruz, donde los jóvenes del Colegio Preparatoriano de Jalapa le organizaron una serenata.[10] Al abandonar el país, Darío se llevó una magnífica opinión de los estudiantes y de los jóvenes intelectuales. Aunque difícilmente pudo imaginar que sería la causa del primer estallido de violencia estudiantil de la época, lo cierto es que algunos jóvenes consideraron después que la defensa del poeta contra Díaz y la velada intromisión estadunidense fue el inicio de la lucha que asolaría al país desde finales de 1910. En efecto, durante el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, en septiembre de 1910, el primer asunto no educativo que se discutió fue el caso Darío, y las manifestaciones iniciales contra don Porfirio fueron resultado del apoyo estudiantil al poeta.[11] Así, los jóvenes de la clase media capitalina manifestaron inesperadamente su nacionalismo, si bien luego expresarían otros resentimientos contra el sistema.

Escudo oficial de la universidad sierrista.

Justo Sierra, creador de la Universidad Nacional de México.
(AHUNAM, Fondo Justo Sierra.)

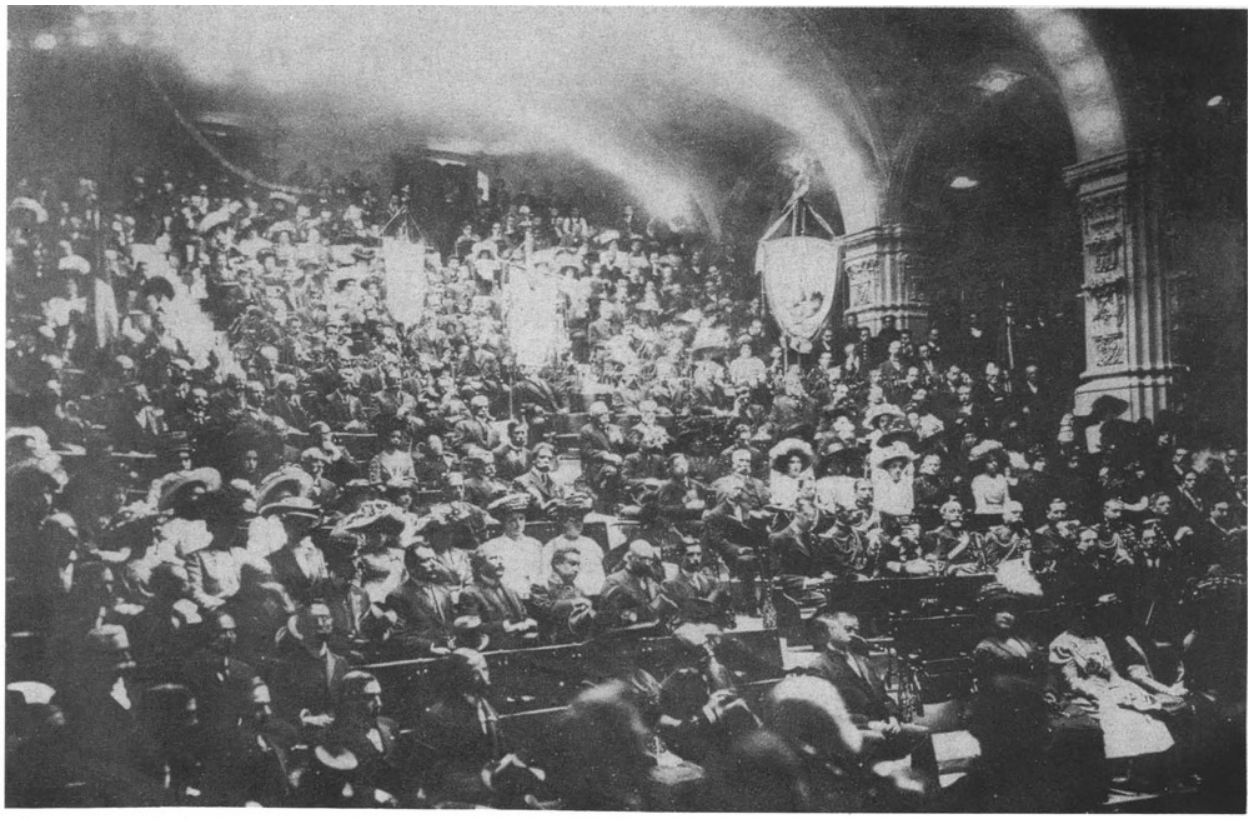
Ezequiel A. Chávez, apóstol universitario.
(AHUNAM, Fondo Ezequiel A. Chávez.)



La inauguración de la Universidad Nacional de México, acontecimiento social y político.
(AHUNAM, Fondo Ezequiel A. Chávez.)

Justo Sierra y algunos delegados de universidades extranjeras. (AHUNAM, Fondo Ezequiel A. Chávez.)

Los representantes de universidades extranjeras marchan rumbo a la ceremonia. (AHUNAM, Fondo Ezequiel A. Chávez.)



Asistentes a la ceremonia inaugural. (AHUNAM, Fondo Ezequiel A. Chávez.)

Joaquín Eguía Lis, primer rector.
(AHUNAM, Fondo Rectores.)

LOS ESTUDIANTES Y SU INGRESO EN LA POLÍTICA

Al igual que el gobierno porfirista y el movimiento maderista, los jóvenes universitarios también eligieron las postrimerías de 1910 como el momento más oportuno para mostrar sus progresos, capacidades y aspiraciones. Los estudiantes estuvieron más interesados en la organización de su primera reunión nacional que involucrados en la inauguración de la universidad o en las solemnes celebraciones oficiales. Si don Justo y sus colaboradores habían organizado cuidadosamente la inauguración de la universidad durante meses, los estudiantes hicieron lo mismo para su congreso: aunque no tenían que hacer trámites internacionales, realizaron labores organizativas a lo largo y ancho del país. Así como Díaz había decidido que la nación estaba preparada para mostrar al mundo sus avances, como Sierra estaba convencido de que el sistema educativo se hallaba listo para coronar su organización y como Madero había llegado a creer que México ya era capaz de gobernarse democráticamente, los estudiantes resolvieron mostrar que deseaban y merecían tener una mayor participación en su educación. Sin embargo, sus objetivos fueron interpretados erróneamente por el gobierno.

Al principio don Porfirio pensó que lo que pretendían era participar en los festejos del centenario por medio de su congreso; creyó también que deseaban mostrarle lo ansiosos que estaban por ser incorporados a su gobierno; muy tarde entendió que algunos jóvenes efectivamente buscaban participar en política, pero contra el régimen. La reciente y creciente insatisfacción de los sectores jóvenes de la clase media urbana resultó una advertencia demasiado tardía para el gobierno. Aunque oficialmente el primer congreso estudiantil sólo tenía objetivos educativos, desde un principio estuvo profundamente politizado. La idea surgió a principios de 1910 gracias a Alfonso Cabrera, nativo de Puebla y estudiante avanzado de Medicina,[12] muy activo en política y hermano de Luis Cabrera, ya entonces conocido como prometedor abogado y como joven ideólogo del movimiento reyista, sobre todo por sus agudas críticas contra el grupo ‘Científico’. De cualquier modo, sería exagerado considerar al congreso estudiantil una maniobra reyista, no obstante la fuerza de este movimiento entre los jóvenes de la clase media urbana, que varios de los organizadores fueran abiertamente reyistas, y que un hijo del propio Reyes, Alfonso, fuera delegado de la Escuela de Jurisprudencia de Nuevo León a pesar de no estudiar en ella.[13] Sería igualmente erróneo definirlo en conjunto como oposicionista.[14]

Al inicio el proyecto gozó de la simpatía de don Porfirio y del apoyo de don Justo, quien no se limitó a facilitar el uso del Palacio de Minería, como alegó

uno de los organizadores, sino que dio a Atilano Guerra, presidente del congreso, 3 000 pesos “para los gastos”.[15] Además, el jefe del Estado Mayor Presidencial permitió a los dirigentes utilizar el hipódromo para organizar una carrera de caballos, pues pretendían obtener así recursos para sufragar los gastos de tan amplia reunión; con el mismo objetivo fueron organizadas dos corridas de toros y un espectáculo musical. Don Porfirio sólo dejó de asistir a una de las primeras,[16] manifestando claramente sus simpatías por los esfuerzos de los jóvenes. Su actitud fue tan evidente que muchas autoridades creyeron que el congreso estudiantil era uno más de los muchos actos auspiciados por el gobierno para engrandecer los festejos del centenario;[17] sólo después cambiarían de idea.

El proceso de organización fue complicado. Al principio se instaló un comité con miembros de las escuelas profesionales de la ciudad de México. Su primera tarea consistía en convencer a los estudiantes de todo el país para que enviaran delegados al congreso, que se celebraría en la capital durante la primera mitad de septiembre, aprovechando de ese modo la suspensión de labores decretada por el gobierno para que la población del país disfrutara plenamente las conmemoraciones del centenario. Varios de los directivos realizaron una muy laboriosa campaña, negociando con estudiantes, autoridades educativas y políticos locales.[18] Con el fin de contar con representantes de las escuelas católicas, los dirigentes estudiantiles buscaron la aprobación de la alta jerarquía eclesiástica, como lo prueba la comisión —encabezada por el líder de Medicina, Francisco Castillo Nájera— que solicitó el apoyo del arzobispo José Mora.[19] En términos generales, sus esfuerzos se vieron retribuidos: pronto recibieron respuesta positiva de aproximadamente cien escuelas de provincia y de alrededor de veinte de la capital. Es más, el aumento de actividades dirigidas a la obtención de recursos económicos se debió, precisamente, al gran número de delegados de escuelas provincianas que deseaban participar. Con todo, el número de aceptaciones institucionales no fue el problema mayor, sino la designación de los representantes, pues provocó inevitables conflictos políticos.[20]

La definición de las normas de procedimiento fue hecha por los organizadores principales, quienes se vieron obligados a aceptar algunos cambios ante el peso que tomaron los provincianos.[21] Después de saberse cuántos y quiénes asistirían, se precisó el objetivo del congreso. En principio se reduciría a analizar asuntos pedagógicos, tales como la manera óptima de evaluar el aprendizaje y de mejorar los métodos de enseñanza, o sobre la conveniencia o inconveniencia de los premios y castigos; también se discutirían problemas institucionales, como la situación legal de los estudiantes irregulares,

libres y oyentes, o sobre los medios más adecuados para contratar al profesorado; por último, también se discutirían algunos problemas estructurales del sistema educativo nacional, como el de las escuelas preparatorias y profesionales regionales o privadas, así como sobre sus relaciones con las escuelas universitarias capitalinas públicas. Las resoluciones serían entregadas a las autoridades educativas, pues se pretendía que fueran aprovechadas en futuras mejoras a la educación nacional. Ningún tema político sería discutido: cuando más, algunas ponencias versarían sobre la forma de favorecer la solidaridad estudiantil.[22] De cualquier modo, la sola demanda de ser tomados en cuenta en la renovación del sistema educativo era muy audaz y absolutamente extraña para un régimen autoritario en el que la juventud no tenía poder para opinar. Además, aunque los temas políticos estuvieran vetados, el hecho de reunirse a debatir era altamente político, y reflejaba su concordancia con el espíritu de su tiempo, el de los afanes democratizadores en las postrimerías del porfiriato.

Como se tenía planeado, el congreso fue inaugurado el día 6 de septiembre, previa elección —la víspera— de la mesa directiva. A diferencia del comité organizador, esta vez sí se incluyó a estudiantes de provincia: el segundo y el tercer vicepresidentes, Luis Sánchez Pontón y Ricardo Pérez Álvarez, eran de Puebla y San Luis Potosí, respectivamente; Isabel Díaz González, que también resultó electa, provenía de Toluca.[23] La asistencia de delegados ascendió finalmente a cerca de cien jóvenes a nombre de 53 instituciones de casi todas las regiones del país, aunque comprensiblemente la ciudad de México tuvo la representación más numerosa, pues catorce eran capitalinas y porque escuelas como Medicina, Jurisprudencia, Bellas Artes, Agricultura, Homeopática, Artes y Oficios, Dental, Comercio, Conservatorio, Normal de Profesores, Artes y Oficios para Señoritas y la Preparatoria tuvieron un par de representantes. De cualquier modo, era muy significativo tener delegaciones de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Veracruz, Tabasco, Oaxaca, Jalisco y Sinaloa, así como de Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Guanajuato, Hidalgo, Puebla y el Estado de México.[24] Con todo, si se analiza por instituciones representadas resulta claro que, no obstante las promesas del arzobispo Mora, las escuelas católicas desatendieron la convocatoria, por lo que se puede concluir que la reunión congregó mayoritariamente a jóvenes de clase media y media-baja, educados en el sistema público, quienes por un lado tenían una relación “clientelista” con el gobierno, pero por el otro sufrían su impermeabilidad y las graves dificultades económicas del momento. Su postura política ante él era, por lo tanto, ambigua y heterogénea.

¿Qué sucedió en el congreso? ¿Cuáles fueron los temas y orientaciones de las

discusiones? ¿Cómo y por qué trascendieron los asuntos educativos fijados de antemano? ¿Cómo fue que se convirtió en un congreso considerablemente político? ¿Fue sorpresivo el resultado final del congreso? Para los políticos más astutos, comenzando por el propio Díaz, desde antes de inaugurado estaba claro que el congreso no sería lo que los organizadores habían prometido, pues varios de los delegados tenían abiertas actitudes oposicionistas. A esto se debió que don Porfirio faltara a su compromiso de asistir a la inauguración. Sin embargo, puesto que la ideología política de algunos organizadores era antiporfirista —como era el caso de Alfonso Cabrera—,[25] lo sorprendente es que el resultado final del congreso no haya sido previsto por los políticos experimentados. Por el contrario, no pocos creyeron hasta el final que el congreso estudiantil gozaba de la bendición oficial: algunos miembros de la oligarquía, como Gabriel Mancera, y hasta un par de gobernadores —como los de Coahuila y San Luis Potosí— pagaron viáticos a los delegados de sus escuelas estatales; otros, como los de Chihuahua, Nuevo León, Zacatecas y Tabasco, enviaron saludos especiales a los reunidos.[26]

La prensa nacional describió la reunión como muy académica, serena y ordenada. Según ésta, el primer día sólo había habido discursos de bienvenida, fraternidad y buenos deseos, en los que se había subrayado la gran misión que tenía la juventud; según dicha prensa, durante los siguientes días los delegados discutieron sobre premios y castigos, sobre la posible alternancia o combinación de evaluaciones y exámenes, así como sobre los medios para mejorar la calidad del profesorado. En sus conclusiones, críticas y propositivas, entregadas formal y solemnemente a las autoridades, propusieron una combinación evaluatoria de exámenes y reconocimientos, prefijada y homogénea, así como la supresión de los castigos; además, solicitaron premios y estímulos útiles para los mejores alumnos en lugar de medallas y diplomas, y pidieron que los exámenes profesionales fueran teórico-prácticos y que se buscara la forma adecuada para contratar a los profesores idóneos. Lo más importante fue que demandaron participar, al menos de manera informativa, en la elaboración de las próximas leyes educativas, reglamentos y programas,[27]

Es indudable que las propuestas estudiantiles eran razonables; algunas eran, por otra parte, aceptables y manejables por las autoridades. Sin embargo, es evidente que ambos grupos tenían una idea radicalmente distinta de lo que debía ser la educación profesional en el país. La importancia ganada por los delegados de provincia durante las sesiones y el número y naturaleza de las instituciones representadas mostraron claramente que el proyecto de educación superior de Sierra y Chávez era centralista, restrictivo y estrecho; en una palabra, anacrónico

aun antes de nacido. En efecto, en el congreso estudiantil estaban representadas escuelas y profesiones que no habían sido utilizadas por Sierra y Chávez para la conformación de la Universidad Nacional. Por otra parte, en el congreso se pidió una mayor participación estudiantil en el gobierno de las instituciones y en la elaboración de las políticas educativas, propuesta que rebasaba lo que se concedía en las disposiciones reglamentarias de la novísima Universidad Nacional. Por lo tanto, aunque hubo quienes vieron al Primer Congreso Nacional de Estudiantes como paralelo y complementario a la inauguración de la universidad, en rigor debe ser visto como la confrontación de dos proyectos y como la prueba irrefutable de que el de Sierra, por encomiable que fuera, dejaba insatisfechas las demandas de la mayor parte del estudiantado preparatoriano y universitario del país.

El congreso estudiantil también puede ser visto como la primera intromisión de los jóvenes en la esfera política nacional en el siglo XX. Durante las sesiones los delegados no se limitaron a promover la creación de sociedades estudiantiles donde no las había, ni a planear su agrupación posterior en una federación. Los jóvenes tampoco se redujeron a solicitar la creación de instituciones destinadas a la educación agrícola, industrial y de normalistas, ni a promover la construcción de escuelas "libres" o de escuelas profesionales en la provincia.[28] Cierto es que se decidió organizar un comité ejecutivo permanente, encabezado por Alfonso Cabrera, con el encargo de presionar para que se llevaran a cabo las resoluciones del congreso.[29] Sin embargo, más importante fue que el congreso rebasó lo educativo y se sumó a las expresiones de crisis sociopolítica del porfiriato. Aunque se había planeado un final a la vez solemne y espectacular, con la presencia del propio don Porfirio, de manera significativa la reunión no tuvo una clausura formal sino tan sólo un banquete para los delegados, luego del cual regresaron a sus lugares de origen los que habían permanecido parlamentando.[30] ¿Cuál fue la causa de estos cambios? ¿Cuándo y por qué comenzó a molestarle a Díaz la reunión estudiantil? ¿Fue un engaño maquinado por algunos jóvenes politizados, o un proceso de radicalización tardía y espontánea? Es comprensible que Díaz haya previsto problemas desde antes del inicio del congreso, pues era consciente de que buena parte de la clase media urbana se había radicalizado con el movimiento reyista y, posteriormente, con la campaña antirreleccionista, el fraude electoral y el encarcelamiento del mismo Madero. Esta radicalización postrera se agravó por el problema de Rubén Darío y, en el caso de algunos delegados, por el dispendio y lujo innecesarios que percibieron en las celebraciones del centenario.[31]

Francisco Castillo Nájera, duranguense delegado por la Escuela de Medicina

capitalina, asegura que desde la primera sesión se criticó duramente el intervencionismo estadunidense y la complaciente actitud de don Porfirio en el caso Darío.[32] El mismo líder afirma que en respuesta, el gobierno amenazó con negarles el uso del Palacio de Minería para la celebración de las reuniones, pero que los dirigentes estudiantiles advirtieron a don Justo que continuarían su congreso en algún parque, una plaza o en cualquier espacio público conveniente. Debido a la presencia de los representantes extranjeros por los festejos del centenario se consideró inoportuno provocar una reacción oposicionista o violenta de los jóvenes; por lo tanto, no pudo recurrirse al autoritarismo y a la represión, y Sierra les permitió, sabiamente, continuar allí sus sesiones, conminándolos a que restringieran sus actividades al edificio. Como precaución el gobierno prohibió la publicación en la prensa de cualquier noticia disonante,[33] y seguramente por ello la imagen del congreso resultó "maquillada" en sumo grado. A su vez, José Domingo Lavín, delegado de Tamaulipas, sostiene que el congreso se desarrolló tranquilamente al principio y que los problemas surgieron hasta la noche del 13 de septiembre, una semana después de iniciado, cuando algunos delegados se incorporaron a una manifestación oposicionista que tuvo lugar en la calle de La Cadena, justo frente al domicilio de don Porfirio, la que exigía la renuncia de Díaz a la presidencia y criticaba sus interesadas groserías al poeta nicaragüense.[34]

¿Son versiones complementarias o contradictorias? ¿Cuál contiene mayor grado de veracidad? ¿Son testimonios de desmemoriados? Lavín no menciona los conflictos por el poeta nicaragüense, mientras que Castillo Nájera se refiere a ambos, a los iniciales por Darío y a la manifestación del 13; es más, asegura que ésta fue reprimida, habiendo sido aprehendidos, entre otros, Alfonso G. Alarcón y Luis Sánchez Pontón, ambos poblanos, y el delegado por Jurisprudencia, Jesús Acuña; sin embargo, afirma que tuvo lugar en el parque de La Alameda e insiste en que la causa era otra vez Darío y no la renuncia de don Porfirio. El problema de la diversidad de versiones no es gratuito o prescindible; implica un problema clave: ¿Eran los estudiantes simplemente nacionalistas, radicalizados por la prohibición a Darío de que pasara de Veracruz a la ciudad de México, lo que hacía inútiles sus preparativos para la recepción? ¿Se oponían a la permanencia en el poder de Díaz? ¿En qué términos y por medio de cuáles delegados se condenó el latifundismo durante las sesiones? ¿Fue el congreso, como dice el delegado Luis L. León, la "oportunidad" de que los jóvenes se constituyeran en "paladines de las ideas revolucionarias"?[35] En caso de que fueran asimismo antiporfiristas: ¿Fue su actitud espontánea y tardía? ¿Tenían ligas previas con los movimientos antirreeleccionistas? De ser así: ¿eran renuentes y radicalizados

reyistas? ¿Eran maderistas genuinos?

FILIACIONES INICIALES

Es evidente que el movimiento reyista gozaba de mayores simpatías entre los jóvenes pertenecientes a la clase media urbana. Acaso el mejor ejemplo sea el abrumador reyismo de los estudiantes de Guadalajara, los que fueron menos que tibios con Madero.[36] Para los jóvenes universitarios Madero era un extraño, a diferencia de Reyes, cuyos hijos —Rodolfo y Alfonso— eran miembros prominentes de la comunidad académica. En efecto, Alfonso era estudiante en Jurisprudencia y ya se le conocía su vocación literaria; además de haber publicado algunos escritos en la *Revista Moderna*, era miembro prominente del Ateneo de la Juventud, agrupación renovadora de corrientes de pensamiento y divulgadora de cultura, creada en 1909 por un grupo de jóvenes posteriormente célebre. Su prestigio era tal, que fue elegido a mediados de 1910 delegado de los estudiantes de su escuela en el Consejo Universitario. Aún así, ni remotamente podía compararse su prestigio con la fama de su hermano Rodolfo, impetuoso lugarteniente político de su padre, feroz enemigo de los 'Científicos' y carismàtico profesor en la Escuela de Jurisprudencia durante los primeros años del siglo.[37] Muchos alumnos se convirtieron en oposicionistas en su cátedra, siempre crítica del porfiriato. Isidro Fabela, por ejemplo, reconoce que su elocuencia modificó sus actitudes y las de varios condiscípulos, pues gracias a su curso de derecho constitucional entendieron que Díaz violaba constantemente la Constitución y que no era el supuesto guía paternal de la nación, sino un dictador culpable de las vergonzosas condiciones del país. Fabela asegura que Alfonso Cravioto y José Vasconcelos también se hicieron oposicionistas gracias a Rodolfo Reyes. La lista de los iniciados por él puede ser ampliada considerablemente; otro ejemplo significativo es Miguel Alessio Robles.[38]

Es incuestionable la gran influencia que Rodolfo Reyes tuvo sobre los jóvenes estudiantes de Jurisprudencia, muchos de los cuales se dedicaron a la política. A finales de 1904 fue injustamente desposeído de su cátedra, siendo obligado a actuar únicamente en la esfera política. Con ello su influencia dejó de limitarse a los estudiantes, por lo que para las postrimerías del porfiriato Rodolfo Reyes era muy conocido por la mayoría de los miembros de las clases media y alta. Es obvio que no todos los oposicionistas de la clase media urbana eran reyistas, aunque sí la mayoría. Pocos juicios al respecto tan sinceros como el de Nemesio García Naranjo, estudiante de Jurisprudencia entre 1903 y 1909, quien a pesar de ser un feroz antirreyista por añejos conflictos político-familiares

locales, reconoce que la mayoría de sus condiscípulos apoyaba al general; los recuerda adornando sus solapas con el clavel rojo, insignia y amuleto del movimiento.[39] Jorge Prieto Laurens, años más joven que García Naranjo y quien no fue alumno de Rodolfo Reyes, fue uno de los muchos que usaron el clavel como símbolo, demostrando que para 1910 su influencia no se reducía a sus discípulos; más aún, Prieto Laurens era un ferviente católico, pero como el reyismo era el más fuerte de los movimientos oposicionistas, atrajo y amalgamó gente de ideologías diversas.[40]

Una cantidad también considerable de estudiantes universitarios prefería operar bajo lincamientos católicos, ya fueran de eclesiásticos o de civiles. Sin embargo, su alto número no se reflejaba en su escasa fuerza e influencia, imputable a la falta de organización, situación que pretendió remediarse en 1911 con la creación de la Liga de Estudiantes Católicos.[41] Por otro lado, algunos intelectuales independientes, profesores y estudiantes, simpatizaron con diversas agrupaciones liberales, las que alcanzaron su mayor prestigio y fuerza a principios de siglo, preferentemente en regiones distantes de la capital del país. Sin embargo, la creciente radicalización del movimiento, sobre todo de su facción magonista, lo llevó a violentas posiciones revolucionarias, incluso de tendencias anarquistas, lo que impidió que tuviera mayor aceptación entre los profesores y los jóvenes de la clase media capitalina, que llegado el caso apoyarían, cuando más, alternativas legales y reformistas.

No sólo el magonismo estaba en crisis en 1910; lo mismo acontecía al reyismo: numerosos simpatizantes del conocido militar también se tomaron antirreelecionistas. ¿Fue éste el caso de los oposicionistas que participaron en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes? En rigor, tal parece que la única mención del maderismo durante las sesiones fue hecha por el vicepresidente del congreso, Gustavo P. Serrano, estudiante capitalino de Ingenieros, quien denunció la injusticia de obstaculizar las labores de los profesores antirreeleccionistas, presumiblemente pocos.[42] Sin embargo, es un hecho que varios delegados simpatizaban con Madero; algunos eran, inclusive, miembros activos de su movimiento. El mejor ejemplo es Alfonso G. Alarcón, nacido en Chilpancingo, Guerrero, e hijo de un diputado antiporfirista que sufrió prisión en San Juan de Ulúa y deportación a Quintana Roo. Con el tiempo Alarcón estudió medicina en Puebla, llegando a ser presidente de la sociedad de estudiantes local, cargo que le valió ser vocero oficial de las escuelas de provincia en la inauguración del congreso. Además de sus intereses culturales —dirigía la revista *Don Quijote*—, Alarcón había mostrado su maderismo varios meses antes, al colaborar en la campaña electoral antirreeleccionista en Puebla, lo que

le causó un breve encarcelamiento, al igual que a su amigo y compañero Luis Sánchez Pontón, también participante en el congreso del que llegó a ser segundo vicepresidente.[43] La elección de Alarcón y Sánchez Pontón es muy reveladora de la independencia del estudiantado poblano. Asimismo, su designación para funciones tan importantes en el congreso demuestra el antiporfirismo que lo permeaba. Sin embargo, ¿podría generalizarse esta postura al total de la población estudiantil?

Para responder se tiene que analizar la actitud que el estudiantado tuvo hacia el congreso, sobre todo cuando trascendió el ámbito educativo y se convirtió en suceso político. Es decir, dilucidar qué opinó la masa del estudiantado sobre las resoluciones pedagógicas de sus delegados, y cómo reaccionó ante las posturas políticas asumidas por sus representantes. La mayoría del estudiantado del país no pudo conocer suficientemente el desarrollo y los avatares del congreso, pues las limitaciones de la prensa regional fueron agravadas por la censura de la capitalina y por la apabullante publicidad dada a los otros festejos conmemorativos. Resultó igualmente desorientador que las agrupaciones estudiantiles más oficialistas se opusieran al congreso, como lo prueba la organización de una kermesse por la poco representativa Unión Universal de Estudiantes.[44] Debido a que esta agrupación estaba muy ligada a los 'Científicos', el objetivo de la kermesse debe haber sido debilitar el congreso estudiantil, considerablemente reyista. De cualquier modo, la repentina clausura y el violento final del congreso debieron tener un impacto politizante en un buen número de estudiantes de todo el país: Emilio Portes Gil, estudiante en la Normal de su natal Tamaulipas, asegura que al regresar a sus regiones los delegados hicieron abierta y efectiva propaganda contra el régimen porfirista.[45] Cuando menos esto fue cierto para algunos, como para los poblanos Alfonso G. Alarcón y Luis Sánchez Pontón. Sin embargo, ¿fue Puebla el único caso con excongresistas radicalizados? Contra la opinión de un exagerado Portes Gil, es evidente que no todos los delegados se convirtieron en agitadores; es más, muchos reiniciaron inmediatamente su vida de escolapios: los de las escuelas del Estado de México, por ejemplo, fueron agasajados por sus condiscípulos por su académica conducta.[46] Sin embargo, las secuelas políticas del congreso no pueden limitarse a las actividades posteriores de los delegados: en octubre de 1910 hubo un movimiento estudiantil en Yucatán, en el que participó el delegado, pues los jóvenes se opusieron a la destitución y expulsión del estado del profesor oposicionista José Inés Novelo.

La importancia del Primer Congreso Nacional de Estudiantes para el estallido de la Revolución mexicana no debe ser minimizada. En efecto, había un número

considerable de oposicionistas entre los participantes, así hayan sido mayoritariamente reyistas; además, con el tiempo varios excongresistas participaron en diferentes etapas de la lucha, con posturas diversas y en facciones distintas. Algunos ejemplos pueden ser Jesús Acuña, Alfonso G. Alarcón, Francisco de la Barrera, Francisco Castillo Nájera, Gustavo Durán González, José Domingo Lavín, Luis L. León, Aurelio Manrique, Enrique Pérez Arce, Alfonso Priani, Aarón Sáenz, Luis Sánchez Pontón, Gustavo P. Serrano, Basilio Vadillo y Gustavo Velasco. A éstos deben agregarse Alfonso Cabrera y Emilio Portes Gil: el primero, creador de la idea del congreso, asistió a éste como orador libre;[47] el segundo había sido elegido por sus condiscípulos como su representante, pero no pudo asistir por ciertas intrigas de las autoridades educativas y políticas de Tamaulipas.[48] El reducido número —cerca de mil— de estudiantes universitarios en el México de 1910 explica su aparente participación marginal en la lucha revolucionaria. Más que su cuantía, lo que debe considerarse son las características y consecuencias de su participación: dos miembros del congreso estudiantil, Acuña y Sáenz, ambos norteños, llegaron a ser secretarios particulares de líderes como Venustiano Carranza y Alvaro Obregón; Castillo Nájera fue médico en el ejército revolucionario y posteriormente embajador ante Estados Unidos durante los sexenios cardenista y avilacamachista, cuando se expropió el petróleo y se logró la reconciliación con Estados Unidos; Alarcón fue diputado durante la célebre XXVI Legislatura; Aurelio Manrique fue un poderoso y combativo obregonista; Luis L. León, de la Escuela de Agricultura, fue uno de los políticos callistas más influyentes, Sánchez Pontón llegó a ser secretario de Educación Pública a principios de la presidencia de Manuel Ávila Camacho, en 1941, y Vadillo, nativo de Jalisco pero criado en Colima, fue destacado obregonista y breve gobernador de Jalisco.[49]

Puede concluirse que a finales de 1910 no pocos estudiantes universitarios tenían su propio proyecto educativo y una concepción de la política pedagógica diferente de la de la élite porfirista; que la radicalización de parte del estudiantado durante la segunda mitad de 1910 fue consecuencia de la creciente insatisfacción de las clases medias urbanas, sobre todo gracias a las movilizaciones reyista y antirreeleccionista; que algunos estudiantes desempeñaron importantes puestos civiles durante la guerra, pues rápidamente alcanzaron altos puestos políticos, administrativos y diplomáticos durante los años de la lucha; por último, que sólo una minoría participó en la contienda, mientras que la mayoría permaneció neutral y expectante, aunque sobre todo se expresó contraria a ella.

No obstante que algunos delegados al congreso estudiantil participaron en la revolución y que varios grupos de estudiantes apoyaron a Madero en diferentes regiones del país, José Vasconcelos acusó a los jóvenes de haber sido unos paniaguados del régimen porfirista, asegurando que incluso alabaron a Díaz a cambio de ciertos beneficios.[50] Con artificial indignación los jóvenes rechazaron los cargos, aunque ninguno pudo probar que el estudiantado había tenido un papel significativo en el maderismo.[51] Vasconcelos tenía un conocimiento directo del asunto y, al margen de su irónico estilo, es evidente que decía la verdad. ¿Por qué los estudiantes no apoyaron a Madero? ¿Cuándo, cómo y por qué comenzaron a apoyar a Díaz, considerando que habían sido contrarios a su reelección de 1892? ¿Cómo explicar su porfirismo? ¿Cómo se manifestó? ¿Por qué se prolongó más que el de otros grupos sociales similares?

La historia de la participación política de los estudiantes durante los últimos decenios del XIX y los primeros años del presente siglo se define en cuatro momentos distintos. Hacia mediados de 1875, en las postrimerías de la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada, los estudiantes protestaron contra los reglamentos disciplinarios de las escuelas profesionales y pronto pasaron a luchar, infructuosamente, por crear una universidad "libre".[52] Pocos años después, hacia el final de la presidencia de Manuel González, los estudiantes desempeñaron un importante papel en las acusaciones de corrupción, incapacidad y falta de nacionalismo contra éste. Las manifestaciones contra la acuñación de monedas de níquel y frente al reconocimiento de la deuda con Inglaterra fueron duramente reprimidas, por lo que los líderes siguieron siendo vistos como héroes un par de lustros después; en los primeros años del siglo algunos de ellos se habían hecho oposicionistas adultos, en todo caso moderados y mayoritariamente reyistas, como Diódoro Batalla y Carlos Basave.[53]

La oposición de 1875 tuvo objetivos académicos; la de 1884, políticos. Lo mismo sucedió en 1892, cuando los estudiantes se opusieron a la tercera reelección de Díaz. Entre los líderes destacaron Joaquín Clausell, estudiante de Jurisprudencia y luego periodista de oposición y pintor impresionista; Querido Moheno, con el tiempo prestigioso abogado, polémico periodista y orador notable, así como combativo político huertista, y los hermanos Flores Magón.[54] De cualquier modo, la animadversión distaba de ser generalizada: durante los conflictos de mayo de 1892 otros estudiantes, encabezados por Manuel Calero, Ezequiel A. Chávez y Jesús Urueta, organizaron el Club Porfirista de la Juventud, para apoyar la reelección.[55] En rigor, 1892 es el momento de la

transformación de la actitud política de los estudiantes. Vasconcelos afirmó que entonces se hicieron porfiristas, como lo prueba que a partir de esa fecha sólo hubiera un par de incidentes aislados: en 1896 algunos estudiantes de Jurisprudencia, dirigidos por José Ferrel —posteriormente candidato independiente a la gubernatura de Sinaloa en 1909—,[56] realizaron una manifestación contra la reelección de Díaz, la que fue inmediatamente dispersada, sin consecuencias; en 1907 los estudiantes de Medicina protestaron por la conducta del director, encabezados por Alfonso Cabrera y José Siurob, quienes luego destacarían en la política estudiantil y en el movimiento revolucionario. Por último, a mediados de 1910 los estudiantes de Medicina elevaron quejas al gobierno por las condiciones físicas de su escuela y por la negativa del Hospital General a emplearlos como "internos" o como ayudantes de los médicos.[57]

¿Por qué fue porfirista la mayoría de los estudiantes si no había espacios políticos para la juventud en tan gerontocrático régimen? Si se considera que en 1910 la población de estudiantes universitarios era inferior a mil jóvenes,[58] debe concluirse que la educación superior no era accesible entonces a toda la clase media, sino que se dirigía, principalmente, a las clases alta y media-alta. En la ciudad de México se encontraban también la Escuela Nacional Preparatoria, dos de la Normal y dos de Artes y Oficios —para hombres y mujeres—, así como la Escuela de Agricultura, todas las cuales hacían un reclutamiento socioeconómico inferior. En cambio, en las escuelas universitarias proliferaban los hijos y parientes de políticos distinguidos. Isidro Fabela, él mismo de familia de hacendados, recuerda entre otros a los hijos del subsecretario de Hacienda y del ministro de Comunicaciones, al del senador Guillermo Obregón y a los de dos miembros de la Suprema Corte de Justicia; Fabela también menciona a Julián Morineau, cuyo padre era el mejor amigo del vicepresidente Ramón Corral. Por ello asegura que Jurisprudencia era la escuela donde se formaban los futuros políticos.[59] Esto explica que la mayoría de los estudiantes fuera porfirista, y explica también que la mayoría de los oposicionistas fuera reyista, lo que implicaba ser parcialmente porfirista; esto es, consideraban la política una lucha entre grupos dentro de la élite, en la que las masas y la clase media provinciana no debían intervenir.

La falta de oposición entre los estudiantes universitarios de la ciudad de México es doblemente explicable: por el linaje y por los beneficios directos. En efecto, desde la creación de la Secretaría de Instrucción Pública —en 1905— se había favorecido a la Escuela Nacional Preparatoria y a las escuelas profesionales,[60] Es obvio que Justo Sierra promovió y protegió a dicho sector de

la sociedad, ya enviando estudiantes sobresalientes en ciencias, humanidades y arte —como Félix Palavicini, Jesús Urueta y Diego Rivera— a continuar sus estudios en el extranjero,[61] ya sirviendo de protector de jóvenes rebeldes, cultural y filosóficamente, como a aquéllos del Ateneo de la Juventud. La preocupación de Sierra por los estudiantes fue honesta y constante pero no única. El régimen de don Porfirio ha sido acusado persistentemente de haber estado vedado para las nuevas generaciones. Sin embargo, en ciertos momentos sus colaboradores envejecieron, por lo que Díaz tuvo que buscar sustitutos: los 'Científicos' y Bernardo Reyes fueron, precisamente, los primeros en beneficiarse de estos remplazos; años después el astuto político Rosendo Pineda percibió que era necesario otra vez reclutar a los jóvenes más brillantes para evitar un conflicto generacional, y aunque esta decisión fue tomada excesivamente tarde, jóvenes como Nemesio García Naranjo, José María Lozano y Ezequiel A. Chávez pudieron alcanzar altos puestos políticos en las postrimerías del porfiriato.[62]

La preocupación de Sierra era excepcional en tanto que fue la única no egoísta. Hacia 1909 y 1910 los 'Científicos' trataron de obtener el apoyo estudiantil, o cuando menos de reducir las simpatías del sector hacia el reyismo. Como los hijos de Limantour no eran ni un profesor popular ni un talentoso joven escritor —como los de Reyes—, y como el financiero carecía del carisma del militar, su acercamiento a los estudiantes provino de su filantrópico apoyo a la construcción de una residencia estudiantil Durante el primer concierto de la orquesta de los estudiantes preparatorianos, con la presencia de Limantour, Enrique C. Creel —secretario de Relaciones Exteriores— y Justo Sierra, este último cedió al primero el honor de presidirlo, en atención a su cariño por los estudiantes.[63] Sería incorrecto afirmar que mientras Sierra se preocupó por los estudiantes talentosos, Reyes lo hacía por los inconformes, y los 'Científicos' por los pobres. Lo cierto es que éstos también atrajeron a jóvenes destacados, por medio de Pablo y Miguel Macedo, profesores de Jurisprudencia, o de Joaquín Casasús, cuya influencia no se limitaba a la Escuela de Comercio.[64]

Los estudiantes también se volvieron porfiristas por otros procedimientos. La cooptación resulta una explicación excesivamente severa para describir el proceso de entendimiento entre el gobierno y los estudiantes, profesores e intelectuales, así como con la clase media urbana en general; sería más adecuado utilizar el concepto de socialización. Otra vez fue Sierra la pieza clave, en tanto que estaba muy difundido su ideal de un progreso evolutivo y pacífico. Todos eran testigos de los avances del país y nadie deseaba la reaparición de la anarquía prevaleciente en el siglo XIX. No es sorprendente que el sucesor de

Justo Sierra en la Secretaría de Instrucción fuera Jorge Vera Estañol, presidente del Partido Evolucionista; asimismo, Ezequiel A. Chávez, universitario fundamental durante esos años, fue funcionario de dicho partido, en el que se puede adivinar una considerable participación magisterial. Aunque no hayan alcanzado puestos importantes en la organización, es un hecho que la mayoría de los estudiantes simpatizaban con la idea evolutiva y apoyaron al fundador e ideólogo Jorge Vera Estañol, de gran prestigio como profesor y cuyas inquietudes políticas lo llevaron a cooperar con el último gabinete de Díaz y, después, con el primero de Victoriano Huerta.[65]

Es obvio que en 1910 los estudiantes universitarios capitalinos no tenían suficientes razones para participar en una violenta oposición contra Díaz. Sin embargo, sí deseaban cambios: los reyistas ambicionaban un sistema más abierto y popular; los 'Científicos', uno más institucional y profesional; los maderistas, uno más moderno y democrático. Sin embargo, todos deseaban tales cambios mediante una evolución pacífica. Sería difícil negar la función de Sierra en la durabilidad del sistema porfirista y en la falta de participación de los intelectuales en el proceso revolucionario.[66] Gracias a las ideas de Sierra y a sus diligentes actividades en beneficio del sector educativo, la mayoría de los estudiantes apoyaron a Díaz contra Madero. No lo hacían sólo por su origen de clase social o por los beneficios recibidos; también influyó un auténtico agradecimiento y beneplácito por la paz y el progreso disfrutados, así como por la magnífica educación recibida.

LA VIOLENCIA DE NOVIEMBRE

Los últimos días de noviembre fueron el momento escogido por Madero y sus colaboradores para iniciar la fase violenta de la lucha para arrebatar el poder a Díaz. Curiosamente, como en septiembre, estallaron también movilizaciones estudiantiles. Sin embargo, a diferencia del congreso estudiantil, minuciosamente preparado a pesar de su imprevisto final, en esta ocasión los jóvenes actuaron de manera espontánea. Así, los simpáticos y pacíficos estudiantes del porfiriato o los serios y conscientes jóvenes del congreso de septiembre, se tornaron violentos repentinamente. Las manifestaciones de septiembre en favor de Rubén Darío y en contra de la última reelección de don Porfirio palidecieron en comparación con los sucesos de mediados de noviembre, y en cosa de diez días los capitalinos más perceptivos pudieron predecir que los años de paz habían terminado; que los tiempos de Díaz y su sistema estaban por concluir, y que el país habría de padecer otra vez a causa de

una prolongada violencia política. Es más, algunos diplomáticos encontraron cierta continuidad —a mi modo de ver cuestionable— entre esa violencia estudiantil de la segunda semana de noviembre y el estallido del movimiento maderista a finales de ese mes.

Los acontecimientos fueron imprevistos pero explicables: a principios de noviembre de 1910 se publicó la noticia de la muerte en Rock Springs, Texas, del mexicano Antonio Rodríguez, presunto asesino de una estadunidense, linchado por una muchedumbre que lo sacó de la cárcel y lo quemó.[67] Algunos periódicos no sólo informaron sobre el hecho, sino que publicaron editoriales considerados por el embajador estadunidense como "inflamatorios", y por ello causa directa de los disturbios.[68] Estos estallaron la noche del 8, cuando los estudiantes salieron en manifestación lanzando "mueras" a los "gringos", asediando el edificio consular y lapidando *The Mexican Herald*, el principal periódico de la colonia estadunidense en México. Con todo, esta manifestación fue menos violenta que las siguientes. La mañana del 9 los estudiantes salieron otra vez en manifestación, pero en esta ocasión el gobierno también fue objeto de sus diatribas, respuesta evidente a los arrestos de la víspera. Los jóvenes solicitaron al gobernador de la ciudad, Guillermo de Landa y Escandón, la liberación de sus condiscípulos y, a pesar de haber recibido promesas de su pronta liberación, atacaron todo negocio estadunidense que encontraron a su paso por las calles del centro de la ciudad, en uno de los cuales quemaron una bandera, con lo que se agravó el problema diplomático.[69] Lo que es peor, esa noche atacaron al periódico progubernamental *El Imparcial*, el que incluso intentaron incendiar, por lo que las autoridades inmediatamente comprendieron que las manifestaciones habían rebasado su índole nacionalista, pues atacar *El Imparcial* era atacar una pieza clave del sistema porfirista. Debido a este cambio y a la comprensible presión diplomática, la represión se hizo más severa: murió Luis Soriano, estudiante de la Preparatoria, y José Casas fue herido de gravedad; obviamente, muchos fueron arrestados.[70]

Las medidas gubernamentales, preventivas o violentas, modificaron el curso de los hechos.[71] Algunas escuelas fueron clausuradas y las fuerzas policiales fueron reforzadas. Cuando los estudiantes trataron de organizar una manifestación en las afueras de la Escuela de Medicina, fueron dispersados y se hicieron nuevos arrestos. Para evitar que esto se repitiera, los jóvenes organizaron la siguiente reunión dentro de Jurisprudencia, en la que se formó una comisión encabezada por José Buenabad y Luis Jasso para protestar ante el gobernador de la ciudad por la muerte de Soriano y la prisión de los compañeros. La respuesta del gobernador Landa y Escandón fue amenazadora: expresó a los

estudiantes que la próxima manifestación sería “enérgicamente reprimida”; peor aún, advirtió a los delegados que había ordenado a la policía disparar. Al saberse esto, y dado que la policía comenzó a cercar la escuela, se decidió disolver la asamblea.[72] Comprensiblemente, después del día 11 los estudiantes atemperaron su conducta, pues la policía patrullaba la zona céntrica de la ciudad y era impensable proceder contra negocio estadunidense alguno. Así, los desórdenes yancófobos sólo duraron un par de días; a partir de entonces los esfuerzos se dirigieron a la liberación de los condiscípulos, sobre todo después de que por la presión diplomática estadunidense las autoridades judiciales mexicanas endurecieron su postura.[73]

¿Cuál fue la importancia de los disturbios? Las consecuencias físicas y económicas fueron mínimas: los daños y perjuicios fueron calculados en mil dólares y sólo algunos estadunidenses resultaron heridos, todos en forma leve —entre ellos el hijo del embajador—, pues en pocos casos se pasó de las injurias y amenazas.[74] Es más, los daños sufridos por *TheMexican Herald* fueron mucho menores que los de *El Imparcial*.[75] Las secuelas diplomáticas también fueron menores. Fiel a su personalidad, el embajador Wilson intentó hacer un gran escándalo, pero el presidente Taft y el secretario Knox no aceptaron su sugerencia. Desde su primer informe Wilson había asegurado que las autoridades mexicanas no estaban resolviendo el problema, ya fuera porque no deseaban hacerlo o porque eran incapaces de ello; además, hizo una descripción muy exagerada de los sucesos. Después, cuando la situación quedó controlada, trató de mantener preocupados a los funcionarios de Washington, insistiendo en el peligro de una generalización de las actitudes yancófobas en otras ciudades del país.[76] Aunque sólo hubo desórdenes similares en Guadalajara, volvió Wilson a mostrar su naturaleza alarmista e insincera. Con todo, el gobierno estadunidense interpretó los hechos de modo diferente, en buena medida gracias a que otras informaciones balancearon los mensajes del embajador Wilson. Por ejemplo, el presidente Taft recibió un telegrama de un testigo ocular, quien consideró los desórdenes como triviales: “unos pocos vidrios rotos” por “estudiantes y niños”. Por su parte, el secretario de Estado nunca creyó que el gobierno de Díaz hubiera estado inactivo, ya que desde la primera manifestación había habido represión policial y varios arrestos; según Knox, don Porfirio no era culpable sino víctima de una estratagema de sus opositores para ponerlo en predicamento con Estados Unidos.[77]

¿Por qué no hubo antes otras manifestaciones yancófobas? ¿Habían carecido los estudiantes de pretextos para expresar su nacionalismo?[78] ¿Se incrementó éste durante los últimos meses, en concreto desde las catárticas celebraciones por

el centenario? ¿Estaban ligados esos disturbios a un problema político nacional, como la convocatoria maderista a una insurrección para el día 20 de ese mes? Las autoridades mexicanas y estadunidenses coincidieron desde un principio en que los desórdenes, aunque llevados a cabo por estudiantes, habían sido promovidos clandestinamente por los enemigos de Díaz. El embajador Wilson, por ejemplo, estaba convencido de que los jóvenes habían sido utilizados por políticos de oposición para desacreditar al régimen.[79] ¿Quiénes fueron en verdad aquellos revoltosos? ¿Cuáles eran sus ideologías y filiaciones políticas? Está claro que los manifestantes no lanzaban "vivas" a Madero ni portaban su efigie, aunque esto bien pudo ser una táctica para esconder su filiación. Ideológicamente, sólo es posible afirmar que eran antiestadunidenses y parcialmente antiporfíristas. En efecto, el ataque a *El Imparcial* permite suponerlo, aunque ninguna autoridad mexicana, ni siquiera el jefe de la Policía, el gobernador capitalino o el secretario de Relaciones Exteriores, fue vituperada; es más, tampoco don Porfirio fue criticado directamente.

Comprensiblemente, el cónsul estadunidense en la ciudad de México sostuvo que los estudiantes habían sido los causantes directos de los disturbios, aunque aceptaba una gran participación de personas ajenas al gremio; según el embajador, además de estudiantes universitarios participaron tenderos y artesanos. Si la información sobre el número de participantes es razonablemente correcta —mil la noche del 8 y casi cinco mil al día siguiente—,[80] se tiene que aceptar que el día de mayor violencia hubo participación mayoritaria de gente ajena, dado que no había tal número de estudiantes en la ciudad, ni siquiera incluyendo a los de las escuelas que no pertenecían a la Universidad Nacional. Al efecto, se sabe de gente que, no siendo estudiante, participó en los disturbios; un ejemplo entre muchos es Francisco J. Múgica, joven michoacano recién llegado a la capital en busca de empleo.[81] Como quiera que sea, los líderes eran estudiantes: ellos fueron los oradores y quienes determinaron las rutas de marcha; además, los puntos de reunión y partida siempre fueron escuelas; igualmente ilustrativo es que los arrestados fueran mayoritariamente estudiantes, así como el muerto y los heridos. Aun así, es preciso cuestionarse si ellos fueron los responsables de los episodios más violentos. No hay duda de que ellos quemaron la bandera estadunidense, pero cuando fue atacado *El Imparcial* la turba ya no pudo estar dominada por estudiantes. Es más, muchos de éstos declararon que el ataque fue perpetrado por el populacho incorporado a las manifestaciones.[82] Sin embargo, su alegato puede ser visto como un intento de exculpar a sus compañeros, o como la expresión de una ideología nacionalista y conservadora, ajena y hasta contraria a las clases bajas. En efecto, a finales de

1910 los estudiantes universitarios de la ciudad de México no tenían alianzas con las clases bajas ni estaban mayormente involucrados con el inminente movimiento revolucionario. Por ello no sorprende que su agitación sólo haya durado un par de días y que su movilización no haya continuado durante la rebelión maderista. Nacionalismo y revolucionismo deben ser diferenciados; sólo así se explica que, no obstante que pocos días después estallara la rebelión en el norte del país, los estudiantes volvieran a sus actividades y deberes cotidianos.

Aun aceptando que la participación no estudiantil fue significativa, y concediendo —con reservas— que los ajenos al gremio pudieron haber sido los responsables de los hechos más violentos, los principales protagonistas fueron estudiantes. Sin embargo, esta conclusión es aún demasiado amplia e imprecisa. ¿Qué tipo de estudiantes fueron los más activos? ¿De qué escuelas procedían? A diferencia del congreso de septiembre, en esta ocasión sólo participaron estudiantes varones; tampoco hubo, aparentemente, mayor participación de estudiantes provenientes de la Normal o de la Escuela de Artes y Oficios, lo que implicaría una escasa participación de jóvenes de orígenes sociales más bajos. Entre las escuelas profesionales no universitarias sólo Agricultura estuvo activa.[83] Como antes, la escuela más radical fue Medicina, aunque Ingenieros y la Preparatoria también participaron. Como antes, los estudiantes de Jurisprudencia tuvieron una actitud más moderada, y lo mismo sucedió con los de Comercio y el Conservatorio Nacional. Todo esto se deduce de los trayectos de las manifestaciones, de los nombres e instituciones de procedencia de los jóvenes arrestados, de la decisión del gobierno de clausurar ciertas escuelas —Bellas Artes, Minería y Artes y Oficios laboraron normalmente— y de los castigos impuestos por las autoridades educativas.[84]

Otra característica notable fue la gran participación de estudiantes nacidos en provincia, acaso debida a que estar fuera del control familiar les permitía llevar una vida menos disciplinada y rigurosa. Por ejemplo, de Tabasco lo hicieron José Domingo Ramírez Garrido, estudiante de medicina que ya había mostrado su maderismo como miembro del Club Central Antirreeleccionista y quien fuera el orador más incendiario en el asalto a *El Imparcial*; Federico Martínez Escobar, de Medicina, y el preparatoriano Ernesto Aguirre Colorado.[85] También participaron Luis Jasso y José Siurob, hidalguense y queretano, respectivamente. Debido a que Esteban Maqueo Castellanos, prominente abogado y hasta hacía poco intelectual y político independiente, se negó a actuar como defensor de los encarcelados, el caso fue tomado por el coahuilense Jesús Acuña, quien acababa de terminar sus estudios en Jurisprudencia.[86] La intervención de Acuña sólo liga

parcialmente los disturbios de noviembre con el congreso estudiantil de septiembre, pues actuó como defensor de los encarcelados y no como líder. De hecho, en ambos movimientos hubo un liderazgo muy diferente, siendo menos académico el de noviembre. Casi contemporáneos, en ambos hubo manifestaciones nacionalistas que devinieron parcialmente antigubernamentales: si uno comenzó con su apoyo a Rubén Darío y terminó como movimiento contrario a la reelección de Díaz, los otros fueron provocados por la noticia del linchamiento de Antonio Rodríguez y terminaron con el ataque a *El Imparcial*. Sin embargo, los disturbios de principios de noviembre no fueron meramente estudiantiles; además, los estudiantes participantes fueron en todo caso alumnos de las escuelas universitarias locales, mientras que en el congreso de septiembre estuvieron representadas casi todas las escuelas medias y profesionales públicas del país. Por último, mientras el congreso tuvo un alcance nacional, los disturbios fueron un fenómeno capitalino, con excepción de ciertas repercusiones en algunas ciudades del interior.

Entre éstas, el caso más grave fue el de Guadalajara. Al igual que en la capital, las manifestaciones fueron organizadas por estudiantes pero atrajeron al populacho. Varios estadunidenses fueron levemente heridos, algunas instituciones estadunidenses sufrieron daños y también se quemó una bandera.[87] En Puebla y San Luis Potosí, de donde provinieron los congresistas más activos y radicales y donde había la mayor oposición estudiantil contra Díaz, los disturbios también tuvieron impacto: Alfonso G. Alarcón y Luis Sánchez Pontón, delegados poblanos que luego participaron en la revolución, solicitaron a la Confederación Nacional de Estudiantes que protestara formalmente por el linchamiento.[88] Por su parte, en San Luis Potosí surgieron inmediatamente muestras de apoyo a los compañeros capitalinos, elogiados por defender “con orgullo la dignidad de la nación”. Más aún, los estudiantes potosinos intentaron realizar una manifestación, pero el gobierno local negó el permiso pues sospechó que algo grave sucedería, al grado de que las tropas federales acuarteladas en la vecina Coahuila fueron trasladadas a San Luis Potosí, probablemente por el temor de que los estudiantes pudieran unirse a los telegrafistas, en esos momentos en huelga, o a los ferrocarrileros, que por su parte quisieron hacer un boicot a los productos estadunidenses, sobre todo debido al mal ambiente provocado por los “incendiarios” artículos de la prensa local.[89] Estudiantes de varías otras ciudades reaccionaron al linchamiento: los estudiantes del Instituto Científico y Literario de Toluca expresaron su enojo en la prensa nacional; los de Oaxaca y los del Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, se mostraron solidarios con sus compañeros capitalinos por medio de ordenadas

manifestaciones, si bien el gobierno michoacano expulsó a varios estudiantes, motivo por el cual se organizó otra manifestación para protestar contra las "arbitrarias" autoridades, la que fue violentamente reprimida;[90] en San Juan Bautista, capital de Tabasco, un "pequeño grupo" de jóvenes "irresponsables" solicitó permiso para organizar una manifestación antiyanqui, pero la respuesta fue negativa y los estudiantes se dispersaron sin consecuencias.[91]

Las noticias del linchamiento de Rodríguez no afectaron sólo a la población estudiantil de las principales ciudades. El nacionalismo era un elemento básico de la ideología proletaria, especialmente entre los ferrocarrileros, quienes por ejemplo trataron de apoyar las movilizaciones de los estudiantes en San Luis Potosí. En Veracruz la policía dispersó una manifestación de trabajadores, circuló el rumor de que los estibadores harían un boicot a los barcos estadunidenses y se publicó en un volante "sedicioso" la "más radical" de todas las protestas por el linchamiento. A su vez, los ferrocarrileros de Tampico trataron de organizar una manifestación, pero las amenazas de las autoridades los obligaron a suspenderla. Además, la prensa local de casi todo el país compartió una actitud yancófoba,[92] lo que orilló al embajador Wilson a creer que, debido a que la insurrección maderista estaba programada para el día 20, había una relación entre ambos hechos; así, su temor era que el sentimiento antiestadunidense penetrara en la lucha contra don Porfirio.

Como quiera que sea, las ciudades de México y Guadalajara, donde tuvieron lugar los peores desórdenes, permanecerían en paz los años siguientes. En cambio, lugares en calma durante esa segunda semana de noviembre se levantarían en armas durante largo tiempo. En Chihuahua, por ejemplo, sólo hubo una pacífica manifestación; en Sinaloa ni siquiera eso, pues la situación permaneció "absolutamente calmada"; en Coahuila tampoco hubo manifestaciones nacionalistas, y los estadunidenses residentes en Durango afirmaron que sus relaciones con los nativos permanecieron "cordiales". El caso extremo fue el de Sonora, donde algunos mexicanos demandaron un severo castigo para los estudiantes de la capital y de Guadalajara; incluso planearon organizar una manifestación contra ellos, pero desistieron porque podría dar la impresión de que concedían demasiada importancia a eventos "menores".[93] En rigor, estaban en lo cierto: los disturbios fueron sucesos menores en comparación con los que pronto acaecerían. Sin embargo, lo importante era que esos desórdenes fueran la primera oposición realmente violenta en la capital del país en más de quince años. Para sorpresa y mentís a José Vasconcelos, los estudiantes fueron los protagonistas de aquellos sucesos.

ESTUDIANTES MADERISTAS

Como la gran mayoría de los que luego se autollamarían "veteranos del maderismo", algunos estudiantes universitarios sólo se hicieron maderistas hasta después de la caída de Díaz, a mediados de 1911. Sin pretensiones de hacer un juicio políticomoral, ¿cuántos lo eran un año antes? ¿Cuántos colaboraron en su campaña electoral? ¿Cuántos tomaron las armas contra don Porfirio? Aunque la mayoría del estudiantado, en la capital o en la provincia, no era antiporfirista, es obvio que había otros oposicionistas además de los que se congregaron en septiembre y de los que marcharon casi amotinados dos meses después. Los hubo, por ejemplo, en San Luis Potosí, donde había surgido cierta tradición de antiporfirismo estudiantil desde 1899, cuando Antonio Díaz Soto y Gama —aspirante a abogado y de ideología liberal, ligado después, sucesivamente, a los Flores Magón, a Emiliano Zapata y a Obregón— encabezó una manifestación de los estudiantes de la localidad en apoyo a Benito Juárez y contra la política de acercamiento a la Iglesia católica. Menos de dos años después Soto y Gama fundaba el Comité Liberal Estudiantil, que tuvo un papel fundamental en el liberalismo de principios de siglo. La ideología liberal también se desarrolló en la Normal potosina, donde Librado Rivera actuaba como "un agitador en el salón de clases". Entre sus estudiantes se hallaba Antonio I. Villarreal, uno de los muchos que luego pasarían del magonismo al maderismo y al carrancismo. Soto y Gama y Villarreal ejemplifican las dificultades de la oposición estudiantil a Díaz: el primero, luego de ser un importante dirigente del movimiento liberal entre 1900 y 1903, al grado de sufrir prisiones y exilios, abandonó el movimiento hacia 1904 por problemas económicos y familiares, para no volver a participar en política hasta después del colapso del régimen porfirista.[94] Villarreal llegó a ser secretario del magonismo y el responsable de los aspectos educativos del Programa del Partido Liberal Mexicano; sin embargo, más inclinado hacia el socialismo que hacia el anarquismo, su influencia en el grupo declinó después de 1908, y a principios de 1911 se hizo maderista.[95]

El apoliticismo temporal de Soto y Gama y la radicalización y los exilios de Villarreal y de su maestro Rivera explican por qué los estudiantes potosinos permanecieron tranquilos desde 1903, aproximadamente, hasta la aparición de Madero. En efecto, a principios de junio de 1910, cuando Madero visitó la ciudad durante su campaña electoral, más de cincuenta de ellos —uno de los cuales era Jesús Silva Herzog— fueron a vitorearlo a la estación ferroviaria: uno de los discursos de bienvenida fue de Carlos Siller y Siller, de la escuela local de leyes.[96] Más importante resultó que en el Instituto Científico Literario hubiera

un club antirreeleccionista fundado por Pedro Antonio de los Santos, uno de los maderistas más importantes en la entidad, entre cuyos miembros estaban Manuel Aguirre Berlanga, coahuilense que tuvo que abandonar sus estudios de abogado en su entidad natal por sus actividades oposicionistas, continuando ambos —estudios y labores políticas— en San Luis Potosí, y quien luego sería eminente carrancista; Samuel Santos, hermano de Pedro Antonio y también destacado revolucionario, así como Severino Martínez, Gabriel García Rojas y Juan Barragán, durante largo tiempo el más cercano colaborador de Venustiano Carranza. Sus principales actividades fueron una manifestación en honor de Benito Juárez que devino antiporfirista y contraria al gobernador local, y una manifestación en favor de Madero durante los días del congreso estudiantil nacional. Cuando éste fue encarcelado en San Luis Potosí, Pedro Antonio de los Santos, estudiante avanzado de leyes, lo ayudó a obtener los beneficios legales que habrían de facilitar su huida para poder dar inicio a la lucha armada contra Porfirio Díaz.[97]

Aunque alumno en una institución de provincia, Pedro Antonio de los Santos fue el estudiante universitario de mayor importancia política y militar en la rebelión maderista. Una figura también prominente fue Juan Andreu Almazán, miembro del grupo encabezado por Aquiles Serdán. Nativo de Olinalá, Guerrero, Almazán estudiaba medicina en Puebla y su función dentro del grupo era atraer a los trabajadores de las fábricas de la región; así, asegura que por encontrarse adoctrinando en una de éstas no estuvo presente en la defensa del domicilio de Serdán, derrota que lo orilló a huir de Puebla y a tomar las armas en su estado natal, cambio que lo puso al frente de grupos campesinos en lugar de urbanos.[98] Almazán no fue el único estudiante en el grupo complotista local; otros eran Epifemio Martínez, de la Normal, y Manuel Paz y Puente, ambos sobrevivientes del ataque de la policía.[99] Podría aún agregarse a Adolfo León Ossorio, menor que los anteriores y quien tampoco estuvo presente en la refriega del 18 de noviembre por hallarse precisamente en la escuela.[100] Obviamente, hubo también estudiantes maderistas en Coahuila, su tierra natal, como Arnulfo González, quien desde 1909, siendo aún estudiante de leyes, fue designado por Madero secretario del club antirreeleccionista de Piedras Negras, y quien meses después tomaría las armas contra don Porfirio; o como Aarón Sáenz, uno de los responsables de la politización de la agrupación cultural estudiantil “Juan Antonio de la Fuente”. Hubo algunos otros casos en Jalapa y Ciudad Victoria. En ésta, por ejemplo, una comisión de estudiantes fue a la estación de ferrocarril a saludar a Madero a su paso por la ciudad, durante su campaña electoral. En Jalapa destacaron como estudiantes maderistas los hermanos Rodolfo y Eduardo

Neri, especialmente el segundo, luego diputado maderista en la XXVI Legislatura, opositor a Huerta y por un tiempo secretario privado de Jesús Carranza.[101]

Debido a que los estudiantes profesionales y universitarios eran miembros de las clases media y alta urbanas, era poco probable que participaran en una lucha armada. En el México de 1910 era relativamente más fácil hacerse revolucionario en el campo, aun sin una participación política previa o sin una ideología coherentemente confeccionada, ya que la mayoría de la población rural tenía la imprescindible habilidad en el manejo de armas y caballos, además de obvias ventajas geográficas. Por lo tanto, si el apoyo político de los estudiantes a Madero era restringido, el militar fue mínimo; es más, Pedro Antonio de los Santos, el estudiante universitario con mayor participación en toda la lucha armada contra Díaz, era más un ranchero instruido que un típico estudiante de clase media o alta urbana con aspiraciones profesionales, y su oposicionismo no provino del ambiente universitario —lecturas de tema social, romanticismo político o influencia de profesores o condiscípulos— sino de la conflictiva estructura sociopolítica local. Se levantó en armas el 20 de noviembre, pero debido al fracaso del movimiento en la región se dirigió a Estados Unidos para obtener ayuda de Madero y poder tomar las armas de nuevo. Su regreso al país se pospuso por supuestos problemas de salud, aunque finalmente lo hizo a tiempo de tomar Cerritos a mediados de mayo de 1911 y de encabezar la ocupación de la ciudad de San Luis Potosí el primer día de junio.[102] Otro ejemplo similar fue el esfuerzo de Gabino Bandera, Salvador Vicente González, Fidel Guillén, Miguel Ortega y otros estudiantes de las escuelas de Jurisprudencia y Medicina de la ciudad de México, por levantarse en armas en su nativo Guerrero, en enero de 1911.[103]

Si resulta comprensible la poca participación de los estudiantes en los alzamientos rurales, ¿cuál fue su conducta en los de escenario y naturaleza urbanos? Además del fracasado complot serdanista en Puebla, en el que estaban involucrados varios, cerca de doscientos hombres fueron arrestados a finales de noviembre en la ciudad de México por la conspiración del ingeniero Alfredo Robles Domínguez y Francisco Cosío Robelo. En esta ocasión también estuvieron involucrados varios miembros de la comunidad universitaria. Meses después, poco antes de que cayera el gobierno de Díaz, tuvo lugar en la ciudad de México la conspiración de Tacubaya, por la que se intentó atraer a la lucha a algunas de las fuerzas federales acantonadas en los cuarteles de esa población. Entre los inmiscuidos estaban Camilo Arriaga y José Vasconcelos, así como los jóvenes veteranos de los disturbios antiyanquis de noviembre, José Domingo

Ramírez Garrido, José Siurob y León Gual, quienes incorporaron a algunos condiscípulos, como el estudiante de leyes chiapaneco Rafael Cal y Mayor. A causa de una inefable denuncia, Gual y Siurob fueron aprehendidos y Ramírez Garrido tuvo que huir de la capital y dirigirse a su natal Tabasco, donde se levantó en armas.[104]

La conspiración de Tacubaya tuvo lugar en marzo de 1911, hallándose ya Díaz en una situación difícil, a pesar de lo cual la mayoría de los jóvenes universitarios seguía siendo partidaria suya. Por ejemplo, en plena lucha maderista los estudiantes de Jurisprudencia estuvieron muy activos en la organización de una obra de teatro y un concurso de poesía; el mismo don Porfirio fue invitado a presidir ambos, aunque sólo asistió al segundo, ganado por Rafael López.[105] Más aún, la principal preocupación de los jóvenes durante los meses que duró la lucha fue la creación del Casino del Estudiante, lugar de reunión con biblioteca, cafetería, gimnasio, peluquería y salón de billar, idea que provino de la Unión Universal de Estudiantes, asociación mayoritariamente preparatoriana, artificial y ligada a los 'Científicos'. Como al principio su construcción había sido rechazada por su alto costo, los estudiantes decidieron entonces, además de buscar donativos, organizar corridas de toros, kermesses y obras de teatro para obtener recursos. La inauguración fue planeada para principios de febrero —el 5, aniversario de la Constitución— pero tuvo que ser pospuesta pues la situación nacional desmentía el optimismo de los organizadores. Sierra presidió el acto y Rodolfo Reyes, ante la necesidad del gobierno de un arreglo con su padre, el general, fue reactivado en política al brindársele la oportunidad de ser el orador principal.[106] Al parecer las autoridades educativas y los estudiantes ignoraban que por esos días, precisamente, Madero penetraba en el país para encabezar la rebelión, o acaso les pareció irrelevante. En apariencia la mayor parte de la comunidad universitaria no se percataba de los cambios que se estaban imponiendo en el país: el director del flamante casino viajó a Guadalajara para observar en escena a Virginia Fábregas justo cuando en Ciudad Juárez estaba teniendo lugar el combate que decidiría la suerte de don Porfirio, de la revolución y del país.[107]

No puede decirse que los estudiantes fueran unos frívolos irredimibles. Durante esos meses los de Jurisprudencia organizaron también un concurso de ensayos sobre el coyuntural tema de la ley, por lo que resultaba atinado un editorial de *El Imparcial* que aseguraba que los jóvenes universitarios de 1910 ya no eran bohemios, sino hombres conscientes, prácticos y serios.[108] Dicha actitud conservadora se expresó en sus reverencias a don Porfirio y a otros políticos. Por ejemplo, cuando Limantour regresó de Europa para buscar una solución pacífica

a la crisis, los estudiantes de Jurisprudencia organizaron una manifestación para recibirlo.[109] Asimismo, cuando Díaz renovó casi por completo su gabinete, en un intento desesperado de que la rebelión amainara, los estudiantes de Jurisprudencia manifestaron ostensiblemente su alegría por los nombramientos de sus profesores Jorge Vera Estañol para Instrucción Pública —con Julio García como subsecretario— y Demetrio Sodi para la secretaría de Justicia.[110] Aunque es indiscutible que el nuevo gabinete fue conformado por hombres muy capaces intelectualmente,[111] ¿qué buscaban realmente los estudiantes? ¿En verdad creyeron que Díaz se sobrepondría con el nuevo equipo? ¿Los complació la ideología evolucionista de Vera Estañol y la intachable conducta de Sodi, o la posibilidad de que con el nuevo gabinete, de menor promedio de edad, hubiera una apertura para su inclusión en los aparatos político-administrativos?

La actitud de los estudiantes de Jurisprudencia no es generalizable, pues los de Medicina y Agricultura adoptaron una postura muy distinta, aunque tampoco puede ser considerada prorrevolucionaria. El aniversario de la Escuela de Agricultura fue celebrado a finales de febrero con un banquete, una corrida de toros y un baile, y el presidente de la sociedad estudiantil, Luis L. León, entregó un obsequio al ministro Olegario Molina. Cuando éste fue removido debido a la integración del nuevo gabinete, a principios de abril, el profesorado y el estudiantado organizaron una fiesta en su honor.[112] Sin embargo, pocas semanas después esos mismos estudiantes se pusieron en huelga; para colmo, el conflicto pronto evolucionó de educativo a político: primero solicitaron la renuncia del director de la escuela, Basilio Romo, así como mejoras en las condiciones físicas e higiénicas de las instalaciones; poco después demandaron la renuncia del propio Díaz. Sobre todo, no se limitaron a la interrupción de labores sino que organizaron una manifestación antiporfirista, encabezada por Luis L. León, Juan de Dios Bojórquez y Marte R. Gómez, todos norteños y luego revolucionarios, aunque no participaran en la lucha armada maderista. Entre los que sí lo hicieron estaban Segundo Iturríos, nativo de la región de La Laguna y quien conocía personalmente a Madero; un hermano menor de Alberto Fuentes, líder del maderismo en Aguascalientes; un tal Enrique Yerenas, de Colima, y Federico Treviño y Moisés Villers, de Coahuila y Chihuahua respectivamente.[113] Ya fuera resultado de su tardío radicalismo o producto del oportunismo político, la Sociedad de Estudiantes de Agricultura envió a Madero un telegrama de felicitación por su triunfo en Ciudad Juárez.[114] Por otra parte, el conflicto en Agricultura dio lugar a que jóvenes de otras dependencias se movilizaran en su favor: el más importante fue Enrique Estrada, de la Escuela de Ingenieros y hermano de uno de los más cercanos colaboradores de Madero, quien a causa de

la presión gubernamental tuvo que huir de la ciudad de México y levantarse en armas.[115]

También hubo conflictos en Medicina y Bellas Artes, y aunque no reclamaban demandas políticas, por el momento en que estallaron y por las personas involucradas deben ser vistos como problemas políticos. En efecto, a principios de 1911 hubo presiones de los estudiantes de San Carlos —entre ellos David Alfaro Siqueiros— para que se modificara la enseñanza de las artes plásticas, y a finales de abril Medicina sufrió "graves desórdenes",[116] por lo que para evitar que empeorara la situación, las autoridades ordenaron su cierre. La causa fue que los jóvenes deseaban menos cursos y exámenes más sencillos, pero al ser rechazadas sus peticiones se pusieron en huelga y demandaron la renuncia del director, Eduardo Liceaga, médico particular de don Porfirio. Durante la primera mitad de mayo, Díaz enfrentaba las negociaciones de Ciudad Juárez con Madero, por lo que es poco probable que prestara atención alguna a problemas tan menores. Aunque una comisión de estudiantes de Agricultura les ofreció su apoyo y colaboración para que en Medicina se organizara "el mayor movimiento estudiantil de mucho tiempo", sería erróneo imaginarse a don Porfirio preocupado por amenazas de ese tipo. Sin embargo, dado que deseaba conservar en paz el escenario inmediato, Liceaga fue sustituido —recuérdese que los 'Científicos' ya habían salido del gabinete y que un profesor joven y evolucionista se hallaba al frente del ministerio— y se satisficieron la mayoría de las demandas estudiantiles.[117] ¡Cómo no habría Díaz de ceder si por otro lado estaba renunciando a su amadísima presidencia del país!

Estos conflictos fueron los únicos que Díaz tuvo con los estudiantes capitalinos durante la primera mitad de 1911. Resulta innegable que salvo excepciones como Enrique Estrada y Alfonso Cabrera, parientes de maderistas y antiporfiristas ellos mismos, por lo que sufrieron persecuciones gubernamentales, la mayoría del gremio fue contraria a la rebelión y leal a don Porfirio hasta el final. Otra excepción fue la participación de los estudiantes de Colima en la toma del palacio de gobierno local, en mayo de 1911.[118] Con todo, la mayor prueba del alto porfirismo de los capitalinos es que a finales de mayo organizaron una ''corrida de toros" para obtener dinero y así ayudar económicamente a los soldados federales heridos; es más, un par de semanas después los estudiantes homenajearon al ejército porfirista no obstante haber sido vencido, y algunos se mostraron dispuestos a apoyarlo en caso de guerra contra Estados Unidos, para lo que organizaron el batallón "Voluntarios Estudiantiles",[119] lo que debe ser visto como otra muestra de su nacionalismo conservador. Otra característica suya fue el oportunismo: al igual que seis meses

antes, el 23 y 24 de mayo hubo otra vez desórdenes en las ciudades de México y Guadalajara, pero en esta ocasión el motivo fue la salida de Díaz. Una vez conocida su renuncia, los estudiantes trataron de organizar una manifestación para felicitarlo por su decisión y espíritu de sacrificio y pedirle que permaneciera en el país, donde sería adecuadamente honrado. Sorprendentemente, esta conservadora invitación fue suscrita por los rijosos estudiantes de Agricultura y Medicina.[120]

Por otra parte, algunos jóvenes participaron en las alegres y pacíficas manifestaciones para celebrar la renuncia de Díaz, y un grupo de estudiantes estuvo en las celebraciones por la llegada de Madero a la capital. Más aún, fieles a sus tradiciones, los jóvenes pronto organizaron una "velada" en honor de Madero y Vázquez Gómez. Sin embargo, ya fuera por fidelidad a sus costumbres o como manifestación de su escaso afecto por la revolución, al mismo tiempo organizaron la celebración de bienvenida en favor de la actriz italiana Mimí Anglia.[121] No cabe la menor duda: los estudiantes universitarios en la ciudad de México podían organizar un congreso con propuestas educativas alternativas y provocar disturbios de carácter nacionalista. Sin embargo, no estaban dispuestos a que desaparecieran el sistema porfirista y la vida cotidiana de la *belle époque*; sólo así se explica que muchos hayan simpatizado con el movimiento reyista, apenas moderado, y tan sólo unos cuantos con la corriente revolucionaria. Sin embargo, esto no es sólo imputable a la comunidad universitaria, que finalmente actuó como casi toda la clase media y alta urbana, especialmente la capitalina.

Notas al pie

[1] *El Imparcial*, 10 y 20 de agosto de 1910. *El País*, 2 de septiembre de 1910.

[2] Entre los miembros de la sociedad estudiantil de Agricultura y del consejo editorial de la revista estaba Gonzalo Robles, nacido en Costa Rica y quien al final del decenio siguiente estaría muy involucrado en la modernización de la agricultura mexicana y en la creación de algunas instituciones bancarias.

[3] *El Imparcial*, 31 de julio; 23 de agosto; 3, 13, 23 y 25 de septiembre; 3 de octubre de 1910.

[4] *Ibid.*, 11, 14, 26 y 31 de julio; 11 de agosto de 1910.

[5] *Ibid*., 25 y 31 de agosto de 1910.

[6] *Ibid.*, 11, 19 y 21 de septiembre de 1910.

[7] A diferencia de sus cualidades políticas, Jasso era un estudiante mediocre. Cf. FA, exp. 3948. *El Imparcial*, 17 y 18 de septiembre de 1910.

[8] La Unión Universal de Estudiantes, organización repudiada por la mayoría de los jóvenes pero fuertemente apoyada por los 'Científicos', organizó una kermesse cuyos atractivos principales eran un concurso de belleza y la presencia del marqués de Polavieja, enviado especial del gobierno español. Es evidente que resultó infructuoso su intento de restar asistentes a los otros actos estudiantiles y de limar toda aspereza con Estados Unidos y Francia. Véase *El País*, 14 de septiembre de 1910.

[9] *Ibid*., 3 de septiembre de 1910. La documentación más completa sobre el *affaire* Darío en México se encuentra en las primeras 125 páginas del libro *Estudios sobre Rubén Darío*, Ernesto Mejía Sánchez (comp.), México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

[10] Con su reconocida sagacidad política, don Porfirio le negó su carácter diplomático ai tiempo que lo nombró huésped de honor del país. Para el caso Darío véanse *El Imparcial* 4, 5 y 12 de septiembre de 1910, y *El País*, 6 y 13 de septiembre de 1910.

[11] En un ensayo titulado "Rubén Darío en México", Alfonso Reyes asegura que "el hormiguero universitario pareció agitarse" con la llegada del poeta. Éste, en las páginas autobiográficas de *Vida*, luego afirmaría que la actitud del gobierno de Díaz provocó que "los estudiantes en masa e hirviente suma de pueblo" marcharan por las calles de la ciudad de México "en manifestaciones imponentes" contra Estados Unidos; más aún, afirmó que "por la primera vez, después de treinta y tres años de dominio absoluto, se apedreó la casa del viejo cesáreo ...y allí se vio ...el primer relámpago de la revolución". El ensayo de Reyes se encuentra en el vol. IV de sus *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 301-315, y también fue reproducido en la compilación citada en la nota núm. 9.

[12] Francisco Castillo Nájera, prólogo a Alfonso Alarcón. *Burla, burlando... Anales epigramáticos del grupo de delegados al Primer Congreso Nacional de Estudiantes*, México, Editorial Stylo, 1951, p. 11. Alfonso Cabrera había ingresado en la Escuela de Medicina en 1906. Véase su expediente en FA, exp. 30383.

[13] Fondo Instrucción Pública y Bellas Artes, caja 318, expediente 35 (en adelante FIP y BA); también exp. 43. *El País*, 8 de septiembre de 1910.

[14] Ésta ha sido la tendencia historiográfica. Dos delegados al congreso pueden servir de ejemplo: Francisco Castillo Nzyera asegura que el congreso se celebró en una atmósfera amenazante de rebelión; Emilio Portes Gil lo llama "memorable movimiento estudiantil, de gran significado dentro del movimiento libertario". Véase Castillo Nájera, p. 11; Emilio Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución mexicana. Un tratado de interpretación histórica*, México, Instituto Mexicano de Cultura, 1964, pp. 99-100.

[15] Castillo Nájera asegura que no se aceptó ningún apoyo económico del gobierno porque hubiera producido sospechas de falta de independencia. Véase su prólogo a Alarcón, p. 11. Véase también *BIP*, XV,

p. 692.

[16] *El Imparcial*, 30 de junio; 7 y 28 de julio; 2,9,12,15yl6de agosto de 1910. Tal parece que los dirigentes estudiantiles organizaron dos espectáculos musicales para la noche del 19 de agosto, uno en la Preparatoria, al que fue invitada la esposa de Díaz, y otro en el Teatro Principal, en el que actuaría la famosa corista María Conesa, al que comprensiblemente asistió don Porfirio. *Ibid.*, 15 y 22 de agosto de 1910.

[17] Así lo considera el propio cronista oficial. Véase Genaro García, p. 195. Así lo estima también la única estudiosa moderna del tema. Cf. María de Lourdes Velázquez. "La propuesta estudiantil de reforma en 1910 (Primer Congreso Nacional de Estudiantes)", en varios autores, *Tradición y reforma en la Universidad de México*, México, UNAM-Grupo Editorial Miguel Ángel Porrua, 1994, pp. 203-206.

[18] *El Imparcial*, 25 de febrero; 8 de abril; 1 y 14 de julio de 1910. Castillo Nájera, prólogo a Alarcón, p. 11.

[19] *El País*, 24 de mayo de 1910. Tal parece que Castillo Nájera renunció a su puesto de ayudante de profesor para dedicarse plenamente a la organización del congreso. Cf. FT, exp. 3610.

[20] Para la Escuela de Ingenieros, la Normal para Profesores, las escuelas de Puebla y la Normal para Profesores de Oaxaca, véase *El Imparcial*, 14 de julio; 11, 16 y 20 de agosto de 1910.

[21] *Ibid,*, 3 y 14 de julio de 1910.

[22] *Ibid.*, 1, 7 y 27 de julio de 1910.

[23] *Ibid.*, 6 de septiembre de 1910. *El País*, 6 de septiembre de 1910.

[24] *El Impartial*, 2 de septiembre de 1910. *El País*, *7* de septiembre de 1910. Los nombres e instituciones de procedencia de todos los delegados, en Velázquez, pp. 234-236.

[25] Alfonso Cabrera había sido administrador de *El Hijo del Ahuizote*, periódico de su tío Daniel Cabrera, lo que lo llevó a ser encarcelado más de una vez. Cf. *DHDRM*, V, pp. 588-589.

[26] *El Imparcial*, 8 de abril; 12 de agosto de 1910. *El País*, 10 de septiembre de 1910.

[27] *El Imparcial*, 7 y 8 de septiembre de 1910. *El País*, 16 de septiembre de 1910. Un listado de las críticas y propuestas en Velázquez, pp. 215-219. La única colección documental de que se dispone para este asunto está en FIP y ba, c. 318,

[28] Aunque el gobierno porfirista fomentó la educación agrícola, tal parece que la población no tuvo una respuesta entusiasta a dichos esfuerzos, lo que hace más curiosa la demanda juvenil. Cf. Bazant, pp. 248-254. La última propuesta era inadecuada, pues por falta de demanda habían cerrado varias escuelas profesionales provincianas. Véase la nota 52 del capítulo anterior.

[29] *El Imparcial*, 15 y 19 de septiembre de 1910. *El País*, 16 de septiembre de 1910.

[30] *El Imparcial*, 27 de julio; 18 de septiembre de 1910. La politización de la reunión hizo que muchos delegados dejaran de asistir a las sesiones, aunque lo mismo pudo deberse a problemas de financiamiento o al tedio: Alfonso Reyes, ya para entonces lector de los clásicos latinos, dijo: "vine, vi y no volví", Cf. FIP y BA, c. 318, exp. 41.

[31] Uno de los delegados a quien indignó tal situación fue Aarón Sáenz. Véase la entrevista que le hizo Píndaro Urióstegui Miranda, en *Testimonios del proceso revolucionario mexicano*, México, Talleres de Argrin, 1970, p. 355.

[32] *DHBRM*, II, pp. 884-885. Un periódico que simpatizaba con los estudiantes aseguró que el primer día se formó una comisión que participaría en la recepción al poeta. *El País*, 7 de septiembre de 1910.

[33] Castillo Nájera, prólogo a Alarcón, pp. 12-13.

[34] Portes Gil, pp. 99-100. Es revelador que un periódico como *TheMexican Heraldy* tan sensible a toda yancofobia, no haya dado publicidad al asunto, lo que demuestra que funcionó la censura impuesta a la prensa.

[35] *El País*, 10 de septiembre de 1910. Castillo Nájera, prólogo a Alarcón, pp. 10 y 13-14.

Curiosamente, Lavín —por medio de Portes Gil— asegura que Castillo Nájera fue uno de los oradores frente a la residencia presidencial. Luis L. León, *Crónica del poder, en los recuerdos de un político en el México revolucionario*, México, FCE, 1987, pp. 19-20. Leopoldo Cervera, estudiante campechano de odontología sin claras filiaciones políticas, participó en aquella manifestación antiporfirista de septiembre, en la cual fue aprehendido. Cf. *DHBRM*, I, p. 198.

[36] A mediados de 1909 hubo grandes y rispidas movilizaciones estudiantiles en Guadalajara, en las que participaron, entre otros, Rafael Buelna y José Guadalupe Zuño, en repudio a la presencia de la comitiva de campaña de la reelección de Ramón Corral. Cf. *DHBRM*, IV,pp. 47-48, 88-89 y 174-178.

[37] AHUNAM, Fondo Jurisprudencia, Profesores, libro de Actas núm. 179, f. 135. Véase mi ensayo *Política y literatura. Las "vidas paralelas*" *de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes*, México, Condumex, 1989. Para conocer en detalle la actuación docente de Rodolfo Reyes, véase FT, exp. 8080 y 19799.

[38] Isidro Fabela, *Mis memorias de la Revolución*, México, Editorial Jus, 1977, pp. 14-15. Esto no implica que Fabela, Cravioto y Vasconcelos hayan sido reyistas. Más aún, Cravioto era hijo de un exgobernador de Hidalgo removido por Díaz cuando ya no convino a su política, lo que probablemente fue el origen de su antiporfirismo. Participó en un movimiento estudiantil en Pachuca en 1901, y a finales de 1902 ya se hallaba involucrado con la prensa oposicionista y con los emergentes clubes liberales, tan contrarios a don Porfirio como al general Reyes. Inició sus estudios en la Escuela de Jurisprudencia en 1903, continuando con sus labores políticas oposicionistas, las que incluso le causaron una aprehensión. Sin embargo, hacia 1906 decayó su interés por la política y comenzó a participar activamente en agrupaciones y aventuras culturales juveniles, como *Savia Moderna* y el Ateneo de la Juventud. Cf. *DHBRM*, II, pp. 564-565, 615-616. Véase también James Cockcroft, *Intellectual precursors of the Mexican revolution*, Austin, University of Texas Press, 1968, pp. 108, 111.

[39] FA, exp. 2540. Nemesio García Naranjo, *Memorias*, 10 vols., Monterrey, Talleres de El Porvenir, 1946-1948, III, pp. 61 y 69.

[40] Jorge Prieto Laurens, *Cincuenta años de política mexicana; memorias políticas*, México, s.e., 1968, pp. 9, 14.

[41] Antonio Rius Facius, *La juventud católica y la Revolución mexicana, 1910-1925*, México, Editorial Jus, 1963.

[42] *El País*, 10 de septiembre de 1910.

[43] *Ibid.*, 3 de junio de 1910. La actitud de Alarcón y Sánchez Pontón no debe servir para distorsionar el perfil del estudiantado poblano. No todos eran maderistas, como lo demuestra la carta abierta publicada por un grupo de jóvenes del Colegio del Estado en la que se decía que Alarcón y su grupo no representaban la verdadera postura estudiantil hacia Madero, al mismo tiempo que se les acusaba de “revoltosos”. Véase *El Imparcial*, 9 de julio de 1910. *El País*, 6, 7 y 25 de noviembre de 1910. Respecto a Alarcón, véase *DHBRM*, III, pp. 410-411, y Alfonso Ruiz Escalona, *Alfonso G. Alarcón. Vida y significado de un mexicano esencial*, Chihuahua, Editorial del Hospital Central, 1955. Sánchez Pontón estudiaba en el Colegio del Estado y posteriormente estudió en Jurisprudencia, en la ciudad de México. Cf. *DHBRM*, V, pp. 656-657. Una descripción colectiva en Ana María Dolores Huerta Jaramillo, *Los estudiantes poblanos en 1910*, Puebla, Gobierno del Estado, 1992. Esta autora sostiene que los jóvenes poblanos mostraron “viva simpatía” por el maderismo. El trabajo deñnitivo sobre la historia universitaria poblana, y especialmente de su movimiento estudiantil, es el que prepara Alfonso Vélez Pliego, *La Universidad Autónoma de Puebla en la historia de los estudiantes del Colegio del Estado de Puebla, 1867-1910*, mecanoscrito, Puebla, 1996.

[44] *The Mexican Herald*, 15 de septiembre de 1910.

[45] Portes Gil, p. 100.

[46] AHUNAM, Fondo Escuela de Medicina, caja 15, expediente 38. *El Imparcial*, 23 de septiembre de 1910.

[47] Se ha alegado que Alfonso Cabrera no pudo ser elegido porque caía sobre él el veto del gobernador poblano, Mucio P, Martínez, bien informado de su postura andporfirista. Lo cierto es que Cabrera estaba

estudiando medicina en la ciudad de México y Martínez no hubiera podido impedir su designación, de haber sido electo. De cualquier modo, fue nombrado presidente del comité ejecutivo, formado durante el congreso para luchar por sus demandas, lo que puede resultar otra prueba de la radicalización de último momento del congreso.

[48] Portes Gil, pp. 99-100.

[49] Para Acuña, *DHBRM*, pp. 251-252. Aarón Sáenz fue representante del Ateneo Fuente de Saltillo. Cf. FT, exp. 2786. Castillo Nájera era un aprovechado estudiante de medicina, en la que había sido ayudante durante tres años. Cf. *Ibid.*, núm. 3610. Tal parece que Manrique vino como representante del colegio preparatoriano de San Luis Potosí, aunque a mediados de 1910 había sido becado por el gobierno de su estado para estudiar medicina en la ciudad de México. Cf. *ibid.*, núm. 1081. León representó, además de su institución, a la escuela particular de agricultura de los hermanos Escobar, de Ciudad Juárez. Luis L. León, p. 17. Para Sánchez Pontón, DHBRM, V, pp, 656-657; para Vadillo, *ibid.*, IV, pp. 168-170.

[50] Recorte de *El Diaño* [25 o 26] de enero de 1912, en Archivo de Francisco Vázquez Gómez, caja 28, expediente 4, foja 232 (en adelante, AFVG).

[51] Recorte de *El Diario*, 27 de enero de 1912, en *ibid.*, exp. 5, f. 233.

[52] María del Carmen Ruiz Castañeda, *La Universidad libre (1875). Antecedentes de la Universidad Autónoma*, México, UNAM, 1979.

[53] Se pueden consultar numerosos documentos del movimiento estudiantil antigonzalista en el Fondo Carlos Basave y del Castillo Negrete, en el Archivo Histórico de la UNAM; véanse especialmente las cajas 5 y 8.

[54] Para Clausell, véase DHBRM, I, p. 199. Para Querido Moheno, Octavio Gordillo, *Querido Moheno, personaje conflictivo*, tesis de licenciatura en historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Una emotiva descripción de aquellos actos de los Flores Magón, en Samuel Kaplan, *Combatimos la tiranía*, México, INEIIRM, 1958, pp. 25-34.

[55] La única descripción considerablemente detallada que conozco de la politíca estudiantil durante el porfiriato es un escrito inédito de Alfonso de Maria y Campos, a quien agradezco que me haya permitido utilizarlo.

[56] Ferrel era sonorense de nacimiento; además de abogado fue periodista crítico en más de una ocasión, diputado federal en varias legislaturas y candidato al gobierno de Sinaloa por el Partido Democrático, lo que permite suponer en él cierta dosis de reyismo. Cf., *DHBRM*, VI, p. 518.

[57] *DHBRM*, V, pp. 588-589. Otro destacado líder en Medicina fue Manuel Escontría. Véase DonaldJ. Mabry, *The Mexican University and the State: student conflicts, 1910-1971*, College Station, Texas, A *8c* M University Press, 1982, pp. 19-21.

[58] Jurisprudencia tenía 229; Medicina, 443; Ingenieros, 232, y Bellas Artes, 31. El total era de 935.

[59] Fabela, pp. 13, 15.

[60] La felicidad de los estudiantes por la creación de la Secretaría de Instrucción Pública y por la designación de Justo Sierra como su primer responsable se halla descrita en Dumas, II, pp, 186-189.

[61] Para Palavicini, véase José Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias, 2* vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1982,1, p. 313; para Urueta, véase Margarita Urueta, *La historia de un gran desamor*, México, s.e., 1964, pp. 27-55; para Rivera, Bertram Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera*, México, Editorial Diana-SEP, 1986, p. 49.

[62] García Naranjo, V, pp. 24-25. Los dos primeros fueron diputados en la última legislación porfiriana; el tercero era subsecretario desde 1905.

[63] Los documentos sobre los objetivos y reglamentos de la Casa del Estudiante, en *BIP*, XIV-0-1, pp. 190-202. *El Imparcial*, 9 de julio de 1910.

[64] García Naranjo, III, pp. 139-148. Alberto María Carreño (ed.), *Joaquín D. Casasús. Homenajes*

postumos, México, s.e., 1920.

[65] *DIIBRM*, II, pp. 813-814.

[66] Eduardo Blanquel descubrió la influencia de Sierra en las ideas que don Porfirio expresó al periodista estadunidense James Creelman a principios de 1908. Véase Eduardo Blanquel, "Setenta años de la entrevista Díaz-Creelman", en *Vuelta*, núm. 17, abril de 1978, pp. 28-33.

[67] Existe una fútil controversia historiográfica al respecto: hay quien asegura que no era mexicano sino nativo de New México, EE.UU.; otros, que era de Guadalajara; algunos afirman incluso que no fue muerto por el linchamiento sino que sobrevivió, escapó a México y luego participó en la lucha revolucionaria. En rigor, lo importante es que las noticias sobre su linchamiento provocaron desórdenes en la ciudad de México y en otras poblaciones del país.

[68] Henry Lañe Wilson, embajador de EE.UU., al secretario de Estado, 9 de noviembre de 1910, en RDS, 812.00/357.

[69] Henry Lañe Wilson, embajador de EE.UU., al secretario de Estado, 10 de noviembre de 1910, en *ibid.,* 812.00/387. *The Mexican Herald,* 9 de noviembre de 1910.

[70] Arnold Shanklin, cónsul de EE.UU. en la ciudad de México, ai secretario de Estado, 9 de noviembre de 1910, en ROS, 812.00/385. *The Mexican Herald,* 10 de noviembre de 1910. *El País,* 11 de noviembre de 1910.

[71] Como medida preventiva fue prohibida la acostumbrada corrida de toros del domingo, pues la excitación que provocaba el espectáculo —se dijo— podía orillar a los estudiantes a la violencia. Véase *The Mexican Herald,* 10 de noviembre de 1910. *El País,* 11 de noviembre de 1910. Sin embargo, ia carrera de automóviles fue permitida, tal vez porque las corridas de toros son un espectáculo propio de la cultura española, por esos años muy antiestadunidense, mientras que las carreras de automóviles se debían a la reciente influencia estadunidense. Véase *The Mexican Herald,* 14 de noviembre de 1910.

[72] *Ibid*., 11 de noviembre de 1910. *El País,* 11 de noviembre de 1910. Al día siguiente Landa y Escandón declaró que había sido malinterpretado: alegó que había dicho que las fuerzas públicas serían utilizadas para poner término a las manifestaciones. Sin embargo, como la policía ya había sido utilizada, el mensaje sólo podría implicar que se utilizarían armas de fuego en lugar de sables. *Ibid.,* 12 de noviembre de 1910.

[73] Henry Lañe Wilson, embsgador de EE.UU., al secretario de Estado, 10 de noviembre de 1910, RDS, 812.00/360. Wilson aseguró a Knox que ya había solicitado el apoyo del secretario de Relaciones Exteriores, Enrique Creel; también le dijo que Creel le había prometido que se evitaría todo nuevo desorden y que se procedería vigorosamente en el juicio y castigo de los prisioneros. Días después Wilson informó haberse entrevistado con don Porfirio, quien le prometió reprimir "sin misericordia" cualquier otra manifestación. *Ibid* 812.00/379. Sintomáticamente, la oferta de perdón a los estudiantes detenidos la primera noche de desórdenes fue retirada "hasta la completa investigación del caso". Cf. *TheMexican Herald,* 12 de noviembre de 1910.

[74] Henry Lañe Wilson, embajador de EE.UU., al secretario de Estado, 9 de noviembre de 1910, RDS, 812.00/357; Arnold Shanklin, cónsul de EE.UU. en la ciudad de México, al secretario de Estado, 9 de noviembre de 1910, *ibid,,* 812.00/378. *The Mexican Herald,* 12 de noviembre de 1910.

[75] El jefe de la policía capitalina, Félix Díaz, declaró que el odio y resentimiento contra *El Imparcial* habían sido mucho mayores que los mostrados contra las propiedades y las personas estadunidenses. Véase el recorte de *El Diario,* 14 de noviembre de 1910, en RDS, 812.00/450.

[76] Algunos ejemplos de sus informes, en *ibid*., 812.00/357, 364, 366 y 385.

[77] Cassus E. Gillete al presidente de EE.UU., 9 de noviembre de 1910, *ibid*812.00/371; secretario de Estado al presidente de EE.UU., 11 de noviembre de 1910, *ibid.,* 812.00/358.

[78] Un par de meses antes, durante el congreso estudiantil, los jóvenes capitalinos protestaron porque en Texas unos niños mexicanos habían sido expulsados de sus escuelas. Cf. *El País,* 12 de septiembre de 1910.

[79] Véase RDS, 812.00/358 y 365. Cf. Hemy Lañe Wilson, embsyador de EE.UU. al secretario de Estado, 16 de noviembre de 1910, *ibid.*, 812.00/447; véase también *ibid.*, 812.00/450.

[80] Véanse los informes de ambos en *ibid*., 812.00/356, 378 y 385.

[81] Armando de Maria y Campos, *Múgica. Crónica biográfica*, México, CEPSA, 1939, p. 37.

[82] Henry Lañe Wilson, embajador de EE.UU. al secretario de Estado, 15 de noviembre de 1910, *ibid*., 812.00/450. *The Mexican Herald*, 9, 12 y 15 de noviembre de 1910. *El País*, 13 y 15 de noviembre de 1910.

[83] *The Mexican Herald*, 9 de noviembre de 1910. Emilio Valle, aspirante a agrónomo, fue hecho prisionero la primera noche de disturbios. Además, una protesta contra el linchamiento, publicada el día 15 en *El País*, fue firmada por estudiantes de Agricultura. Por otro lado, Luis L. León, presidente de la sociedad de alumnos, asegura que fue encarcelado brevemente luego de ser detenido durante el intento de quemar *El Imparcial*. Entrevista con Luis L. León, en Urióstegui, p. 479. Curiosamente, en sus memorias no menciona los conflictos provocados por el linchamiento de Rodríguez; por lo tanto, tampoco hace referencia a su encarcelamiento. Dice, por otro lado, que fue elegido presidente de la sociedad de alumnos "a principios de 1911". Cf. Luis L. León, p. 18.

[84] *The Mexican Herald*, 9, 10, 12, 13 y 15 de noviembre de 1910. *El País*, 11, 15 y 17 de noviembre de 1910.

[85] J. D. Ramírez Garrido, *Así fue,..*, México, Imprenta Nigromante, 1943, pp. 109-110. Por error, el biógrafo de Ramírez Garrido dice que participó en el complot de Tacubaya de noviembre de 1910, confundiendo ambos conflictos. Cf. Jesús Ezequiel de Dios, *José Domingo, el idealista*, Villahermosa, ICT Ediciones, 1989, p. 111. Véase también Alfonso Taracena, *Historia de la Revolución en Tabasco*, Villahermosa, Ediciones del Gobierno de Tabasco, 1974, p. 50. Taracena no menciona que Ramírez Garrido fuera un estudiante; sólo lo considera orador y periodista de oposición.

[86] *The Mexican Herald*, 15 de noviembre de 1910. *El País*, 15 de noviembre de 1910. Acuña defendió su tesis profesional a finales de mayo de 1911. Cf. FA, exp. 2701.

[87] Magill, cónsul de EE.UU. en Guadalajara, al secretario de Estado, 15 de noviembre de 1910, en RDS, 812.00/438. *The Mexican Herald*, 11 y 14 de noviembre de 1910. Irónicamente, en Guadalajara un niño mexicano fue muerto por un estadunidense que defendía su casa de la turba. Por otra parte, el daño material fue más severo que en la capital: de acuerdo con el cónsul alcanzó varios miles de pesos. Véase Servando Ortoll, "Turbas antiyanquis en Guadalajara en vísperas de la Revolución del diez", en *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*, 2 a. época, vol. I, núm. 2, mayo-agosto de 1983, pp. 2-15.

[88] *El País*, 12 de noviembre de 1910.

[89] Bonney, cónsul en San Luis Potosí, al secretario de Estado, 14 de noviembre de 1910, RDS, 812.00/450. *The Mexican Herald*, 13 de noviembre de 1910. *El País*, 12, 14 y 15 de noviembre de 1910.

[90] Véase RDS, 812.00/379 y 450. Véase también *El País*, 11, 12, 14 y 15 de noviembre de 1910.

[91] Cónsul de EE.UU. en Frontera, al secretario de Estado, 12 de noviembre de 1910, RDS, 812.00/479.

[92] *Ibid.* 450 y 451. *The Mexican Herald*, 12, 14yl5de noviembre de 1910.

[93] Véase RDS, 812.00/361, 386, 394, 397, 437, 450 y 537.

[94] Cockcroft, pp. 72, 73, 83, 94, 123, 127, 129, 153, 162, 175, 189 y 190. Vasconcelos asegura que le pidió a Soto y Gama —recuérdese que eran compañeros de bufete— que se incorporara al maderismo, a lo que se negó por ser aún víctima de una gran desilusión política. Soto y Gama aclaró que no se incorporó al maderismo porque seguía identificado ideológicamente con el magonismo, a pesar de los problemas que pudiera haber tenido con sus líderes.

[95] Cf. Fortunato Lozano, *Antonio L Villarreal, Vida de un gran mexicano*, Monterrey, Impresora Monterrey, 1959. *DHBRM*, V, pp. 281-285.

[96] Jesús Silva Herzog, *Una vida en la vida de México*, México, Siglo XXI Editores, 1972, p. 21. Debido a una severa enfermedad ocular Silva Herzog había tenido que abandonar los estudios unos años

antes. Sin embargo, aún seguía ligado a las agrupaciones culturales juveniles de San Luis Potosí, escribía poesía y era miembro del Ateneo Manuel José Othón, Cf., *ibid.*, pp. 13-19.

[97] *El País*, 8 septiembre 1910. *DHBHM*, I, p. 255. Entrevista ajuan Barragán, en Urióstegui, pp. 192-193. Gonzalo N. Santos, *Memorias*, México, Editorial Grijalbo, 1986, pp. 31-32. Silva Herzog, p. 22. Véase también Mabry, p. 20.

[98] Años después Almazán publicó sus memorias en un periódico de la ciudad de México. Para su época estudiantil, véase *El Universal*, 13-15, 18-20 de septiembre de 1957. Véase también una versión anterior en *Revista Mexicana* (San Antonio, Texas), 11 de noviembre de 1917.

[99] El País, 28 de noviembre de 1910. Erróneamente se consigna que el nombre de Martínez era Efrén y que murió en la refriega. Para una descripción muy detallada —aunque lamentablemente desorganizada—, véase Luis G. Pastor y Carreto, *La revolución, los Serdán,, el protomártir y la historia*, México, Ediciones Casa Poblana, 1970.

[100] Agustín Aragón Leyva, *La vida tormentosa y romántica del general Adolfo León Ossorio y Agüero*, México, Costa-Amic Editor, s.f., pp. 46-56.

[101] *DHBRM*, I, pp. 350-351; III, pp. 172-173. Entrevista con Emilio Portes Gil, en James y Edna Wilkie, *México visto en el siglo XX*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969, p. 493. Entrevista con Aarón Sáenz, en Urióstegui, pp. 151 y 155-156. Entrevista con Eduardo Neri, en *ibid*., pp. 437-441.

[102] Santos, pp. 31-46.

[103] Ian Jacobs, *The Ranchero Revolt: The Mexican Revolution in Guerrero*, Austin, University of Texas Press, 1982, p. 27. Ortega hacía política oposicionista desde antes de trasladarse a estudiar a la capital del país, *DHBRM*, III, pp. 421, 453^54, 472-473 y 478.

[104] Ramírez Garrido, pp. 109-119. Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, pp. 356-357, Cockcroft, pp. 188-189. *DHBRM*, III, pp. 48-50.

[105] *El Imparcial*, 4, 28 y 31 de enero de 1911.

[106] *El Correo Español*, 17 de noviembre de 1910; 25 de enero; 4, 11 y 12 de febrero de 1911. La *Patria*, 14 de diciembre de 1910.

[107] *El Imparcial*, 25 de abril; 2 de mayo de 1911. Concedo que el dirigente estudiantil estaba obligado moralmente a trasladarse a Guadalajara, pues Virginia Fábregas había ofrecido dar al Casino de Estudiantes los ingresos de esa actuación.

[108] *Ibid.*, 27 de enero y 3 de febrero de 1911.

[109] *Ibid.*, 17 y 21 de marzo de 1911.

[110] Demetrio Sodi había estudiado leyes en su natal Oaxaca; llegó a la capital del país para desempeñarse como agente del Ministerio Público, y años después llegó a ser presidente de la Suprema Corte de Justicia. A pesar de su independencia como magistrado, Díaz lo hizo miembro de su último gabinete por su calidad como jurista, su conocida oposición al grupo 'Científico' y su prestigio de funcionario honesto. Su popularidad entre el alumnado provenía de sus dotes como docente y de ser yerno del gran jurista Jacinto Pallares. Cf. María Elena Sodi, *Demetrio Sodi y su tiempo*,, México, Editorial Construcción, 1947.

[111] H. L. Wilson, embajador de EE.UU., al secretario de Estado, 29 de marzo de 1911, en RDS, 812.00/1210. *El Imparcial*, 2 de abril de 1911.

[112] *El Correo Español*, 23 de febrero de 1911. *El Imparcial*, 23 de febrero y 1 de abril de 1911.

[113] *El Correo Español*, 21 de abril de 1911. *El Imparcial*, 21, 22 y 24 de abril de 1911. León, Luis L. pp. 18-19. Ciro de la Garza Treviño, *La Revolución mexicana en el estado de Tamaulipas*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1973-1975,1, pp. 60-61; *DHBRM*, I, p. 457; II, pp. 217-218.

[114] Entrevista a Luis L. León, en Urióstegui, *op. cit.*, pp. 479-481. León asegura que los hermanos

menores de Luis, Eugenio y Adrián Aguirre Benavides estudiaban en Agricultura en ese tiempo, y resultaría sorprendente que no hubieran participado en la lucha considerando la estrecha relación entre su familia y la de Madero.

[115] Estrada era zacatecano, pero sus estudios preparatorianos los hizo en Guadalajara. Tal parece que al principio quiso estudiar en Jurisprudencia, lo que podría ser prueba de su politización. Además, fue un estudiante conflictivo en términos administrativos, pues parte de sus estudios los hizo en la escuela militar de Ingenieros. Cf. fa, exp. 30850. Véase también *DHBRM*, VII, pp. 86-88.

[116] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1477. *DHBRM*, II, pp. 257-259.

[117] *El Imparcial*, 21-23 de abril; 1-2, 4-7, 9, 11, 13, 17-19 de mayo de 1911.

[118] Cabrera fue encarcelado en marzo de 1911. Cf. FA, exp. 30383. A principios de enero también hubo algunos desórdenes en el Internado Nacional. Véase FUN, RR, c. 3, exp. 5. *DHBRM*, I, pp. 509, 520, 525 y 527.

[119] *El Imparcial*, 8 y 20 de mayo; 4 de junio de 1911. Dicho batallón sólo podía ser usado en caso de guerra extranjera, y no para resolver conflictos internos; asimismo, los estudiantes de Medicina organizaron en mayo de 1911 la Cruz Blanca Neutral que, en rigor, debía brindar servicio médico a los heridos sin distinción de bandos. Cf. *DHBRM*, II, pp. 689-690.

[120] RDS, 812.00/1943, 2037 y 2048. Véase también el 812.00/2017. *El Diario*, 24 de mayo de 1911.

[121] *El Imparcial*, 26 de mayo; 6-7 y 14 de junio de 1911.

III. DE LA ILUSIÓN AL DESENCANTO

EL "CEREBRO" ANTIUNIVERSITARIO

El mayor error político de la Universidad Nacional, como institución, fue proceder como si nada hubiera sucedido en el país a finales de 1910; como si don Porfirio, Sierra y los 'Científicos' fueran a estar siempre en posibilidad de protegerla; como si la institución hubiera nacido con un aura que la mantendría al margen de los inevitables revanchismos políticos de los contrarios a Díaz y su sistema, los que la consideraban una institución del antiguo régimen. En términos académicos era admirable pretender ignorar la situación nacional; sin embargo, políticamente era un error grave, puesto que la Universidad Nacional no era independiente del Estado: su autoridad mayor no era el rector sino el secretario de Instrucción Pública. Esto último explica que los cambios comenzaran desde antes de la caída de don Porfirio, con la casi completa remoción de su gabinete.

A finales de marzo de 1911 Jorge Vera Estañol fue designado nuevo responsable de la Secretaría de Instrucción Pública, en lugar de Justo Sierra.[1] Aparentemente Díaz no podía tener planes de mediano y largo plazos con el tardío cambio de sus colaboradores; su objetivo primordial parecía inmediato, de sobrevivencia política, en tanto que el remplazo de un buen número de 'Científicos' satisfacía una de las demandas más importantes de los rebeldes. Lo cierto es que de haber tenido el impacto político deseado o de haber vencido Díaz a los alzados, ese gabinete habría permanecido en el poder durante un buen tiempo; de haber triunfado don Porfirio, no habría sido un gabinete efímero, con encargos urgentes o de simple trámite. Al menos así lo entendió el nuevo ministro, como lo confirma su declaración de que no haría reforma alguna antes de realizar un profundo estudio de la situación educativa, aunque se permitió adelantar que la educación primaria sería la base de su sistema.[2] ¿Se trataba de una idea de la educación diferente a la sostenida por Sierra? ¿Era acaso una

concesión al maderismo?

Es innegable que existían varias diferencias entre Sierra y Vera Estañol, las cuales determinaron sus proyectos y actuaciones. Vera tenía veinticinco años menos, no provenía de las clases altas y era un político relativamente independiente; además, estaba menos interesado en las más altas expresiones del arte y la cultura. Por ello resulta comprensible que su proyecto educativo fuera más popular.[3] Es indiscutible que Vera Estañol era un hombre asombrosamente inteligente, un competente abogado y un talentoso maestro, al grado de que sus colegas lo habían propuesto para que se le confiriera el grado de doctor *ex officio* de la Universidad Nacional, que se le negó sólo por su juventud.[4] Sin embargo, de ninguna manera poseía una cultura equivalente a la de Sierra. Asimismo, el subsecretario designado por Vera, Julio García,[5] también era un destacado abogado y un buen profesor, pero de cultura no comparable a la de Ezequiel Chávez, prolífico polígrafo. Más aún, mientras el secretario particular de Sierra era don Luis G. Urbina, el de Vera fue un tal Rómulo Becerra.[6] Además de haber estado más preocupado por la educación popular que por la alta cultura, a Vera le interesaba la política, y desde tiempo atrás ambicionaba controlar la Escuela de Jurisprudencia, Sin embargo, de repente se encontró como máxima autoridad formal de la Universidad Nacional y como responsable del sistema educativo en su conjunto. Para su desgracia, su mandato fue breve: tuvo que renunciar poco después, a finales de mayo, cuando don Porfirio traspasó la presidencia a León de la Barra.[7] Significativamente, en lugar de regresar a sus deberes magisteriales solicitó una licencia de todos sus puestos universitarios.[8] Es indudable que, una vez que Vera disfrutó del poder político, decidió permanecer en él.

Durante los seis meses que duró el interinato de León de la Barra hubo varios cambios y un buen número de conflictos a pesar de su naturaleza transicional. El gabinete era una mezcla de viejos políticos y de rebeldes triunfantes; uno de éstos era el segundo dirigente político del movimiento, Francisco Vázquez Gómez, quien fue colocado en Instrucción Pública.[9] Tan pronto asumió el puesto se esforzó en introducir cambios e hizo de la Universidad Nacional su principal foco de atención. Médico de profesión, Vázquez Gómez había sido un alumno brillante y un distinguido profesor desde que terminó los estudios; además, no era un neófito en temas educativos: prueba de su interés y conocimientos es que en 1907 había publicado un panfleto en el que criticaba el positivismo imperante en la Preparatoria; asimismo, era miembro de aquel grupo de expertos que discutían las políticas educativas, el Consejo Superior de Educación;[10] es más, fue uno de los pocos que criticó el proyecto sierrista de universidad cuando les fue presentado. Así, no hay duda de que Vázquez Gómez tenía un proyecto

educativo propio, radicalmente distinto, que trató de imponer a cualquier costo.

Además, Vázquez Gómez había sido destacado reyista, abiertamente contrario al grupo político de Sierra, por lo que su actitud puede ser interpretada como una consecuencia de la lucha dentro de la élite política. Su llegada al ministerio de Instrucción tuvo que ser vista como una amenaza al proyecto dominante, el científico-positivista. En una maniobra muy ilustrativa, nombró como subsecretario al conocido escritor José López Portillo, uno de los reyistas más importantes y quien había estado en prisión durante varios meses el año anterior a causa de una intriga de los 'Científicos'.[11] Por lo tanto, era predecible que Vázquez Gómez y López Portillo harían lo posible por acabar con el dominio imperante en el sistema educativo superior. Así se explica que días después de asumir el puesto, el primero ordenara al Consejo Universitario que se interrumpieran las discusiones sobre los cursos que se impartirían y los textos a utilizarse, pero que se estudiaran en cambio los planes y programas de cada escuela y se introdujeran los cambios pertinentes.[12] Aunque su proceder era legal, fue rudo y descortés. Tan descarado intervencionismo motivó la oposición de un número considerable de universitarios: Antonio Caso, secretario de la institución —por ende, su segunda autoridad—, renunció públicamente; su colaborador más cercano, Pedro Henríquez Ureña, solicitó inmediatamente una licencia;[13] los representantes de Jurisprudencia y Altos Estudios, en el Consejo Universitario boicotearon varias sesiones, teniéndose que suspender más de una por falta de *quorum*, si bien otro delegado fustigó a los de Jurisprudencia y Altos Estudios pues su actitud permitía que Vázquez Gómez tomara decisiones respecto a las escuelas sin intervención de los consejeros universitarios.[14] Comprensiblemente, sus decisiones encontraron varios simpatizantes en el consejo: los designados por el ministro y otros como Alfonso Cabrera, dirigente estudiantil oposicionista de Medicina, quien —como su hermano Luis y el mismo Vázquez Gómez— también era un exreyista. Por último, los estudiantes de leyes dieron su apoyo moral a Caso al aplaudir fervorosamente, en irrecusable desagravio, su discurso de inauguración de cursos.[15]

Además de sus ataques al Consejo Universitario —lo llamó "incompetente" para juzgar los problemas de la institución—[16] y de sus intentos por modificar los planes y programas de las escuelas universitarias, Vázquez Gómez trató de introducir cambios radicales en el calendario escolar. Hasta 1906 éste había estado basado en el año natural, con labores entre enero y octubre y vacaciones en noviembre y diciembre. En 1907 Sierra decidió transformarlo en calendario civil, haciéndolo depender del año fiscal, pero sabiamente resolvió que el cambio se haría gradualmente, empézando y acabando los siguientes años

académicos un mes después. Así, en 1911 el año académico debía comenzar en junio, si bien se pospuso unas semanas debido a las celebraciones por el centenario ya que los preparativos del congreso estudiantil hicieron que los jóvenes perdieran muchas clases, lo que se resolvió con un pequeño aplazamiento del calendario.[17] A diferencia de Sierra, Vázquez Gómez pretendió un cambio abrupto, pues deseaba un regreso inmediato al año académico de base natural. Para ello decidió que las escuelas tuvieran un curso "complementario" durante los meses restantes de 1911, o que redujeran a un semestre el programa anual previsto de mediados de 1911 a mediados de 1912.[18] Aunque se dijo que dichos cursos "complementarios" serían para aquellos que hubieran reprobado sus exámenes, la medida fue rechazada por los estudiantes, pues consideraron injusto perder varios meses por favorecer a los incapaces o incumplidos. Como éstos eran muy pocos —sólo tres en Medicina—, el plan de Vázquez Gómez fue criticado por autoritario —pues lo había diseñado sin consultar a la comunidad universitaria— y tildado de absurdo. Sin embargo, a pesar de una oposición considerable, en Medicina se dio el curso complementario, y Jurisprudencia, Ingenieros, Dental, Bellas Artes y otras escuelas profesionales redujeron su calendario de diez a cinco meses. Hacia finales de noviembre se hizo evidente que tan drástica reducción iba a provocar graves limitaciones en el aprovechamiento de los jóvenes, por lo que las autoridades universitarias solicitaron una prolongación del curso, con la consecuencia de que las pretensiones de comenzar el siguiente año lectivo en enero, no podrían llevarse a cabo.[19] Para su beneplácito, entonces Vázquez Gómez tenía varias semanas de no ser secretario, por lo que su plan fue fácilmente desactivado.

La gestión de Vázquez Gómez implicó varios cambios en la jerarquía universitaria. Mantuvo al inofensivo Eguía Lis como rector, pero debido a que el secretario Antonio Caso —el más sólido entre los jóvenes promotores de las nuevas corrientes de pensamiento, protegido de Sierra y simpatizante de don Porfirio y los 'Científicos'— había renunciado por el grosero e inoportuno intervencionismo de Vázquez Gómez, tuvo que ser sustituido por Francisco Pascual García, abogado católico acusado de fanático aunque en realidad era miembro de los grupos progresistas, sensibles socialmente, al interior del elemento católico.[20] Vázquez Gómez también ordenó la sustitución de Manuel Flores, director de la Preparatoria, la mayor y más importante dependencia universitaria, por el ingeniero Francisco Echegaray y Alien.[21] Más aún, por un tiempo cambió también al jefe del departamento que trataba directamente con la Universidad Nacional: en efecto, Alfonso Pruneda se hallaba al frente de la Sección Universitaria, pero se le encomendó organizar la Sección de

Administración a pesar de que era un médico con intereses culturales y pedagógicos, siendo remplazado por Miguel F. Martínez, que hasta entonces sólo tenía experiencia en educación elemental[22]

Algunos de los cambios que Vázquez Gómez trató de imponer durante su breve mandato eran consecuencia de sus posturas política e ideológica. Siendo un prominente reyista y enemigo mortal de los 'Científicos', especialmente en relación con su proyecto educativo, era predecible la remoción de don Manuel Flores, positivista a ultranza y quien había desempeñado varios puestos políticos durante el porflriato bajo el amparo del grupo 'Científico'.[23] Así deben ser vistas algunas medidas nacionalistas y antioligárquicas. Por ejemplo, pretendió despedir a los profesores extranjeros de Altos Estudios, James Mark Baldwin y Franz Boas, porque no enseñaban en español; despidió al aristocrático arquitecto Fernández Castelló, quien gozaba del puesto de inspector de edificios dependientes de la Secretaría de Instrucción Pública.[24] Es incuestionable que la mayoría de las decisiones de Vázquez Gómez buscaba combatir la influencia de los 'Científicos' en el sistema educativo y en la Universidad Nacional: recuérdense los nombramientos de José López Portillo, su corrosivo crítico, y del católico Francisco Pascual García, designación que tenía también implicaciones políticas, pues católicos y 'Científicos' estaban profundamente enfrentados en lo referente a proyectos educativos; además, García tenía claros antecedentes oposicionistas, como sus conflictos con Enrique Creel, gobernador 'Científico' de Chihuahua y luego ministro de Relaciones Exteriores de don Porfirio.

La Escuela de Jurisprudencia estaba muy ligada a los 'Científicos', por lo que pronto fue un apetecible objetivo para Vázquez Gómez. En rigor los cambios habían comenzado antes, con Vera Estañol. En efecto, durante varios años su director había sido Pablo Macedo, quien solicitó una licencia cuando Vera fue puesto al frente de Instrucción Pública. Como prueba de su influencia, aunque también debido a su capacidad académica, su propio hermano Miguel —también 'Científico' importante—[25] fue propuesto como sustituto, pero Vera no lo aceptó y Victoriano Pimentel, profesor de procedimientos civiles y experto en asuntos pedagógicos, resultó el nuevo director.[26] Este golpe no fue comparable con el que vendría después: para comenzar, los ataques de Vázquez Gómez serían dirigidos sobre todo contra Vera Estañol, a quien al dejar el ministerio sólo se le permitió impartir un curso de los dos que venía enseñando.[27] Con todo, el golpe más duro contra la influencia de los porfiristas en Jurisprudencia fue la incorporación al profesorado de Luis Cabrera, también exreyista y acaso el más agudo crítico de los 'Científicos'.[28] La llegada de Cabrera no fue bien vista:

podía ser considerado un intelectual, pero no era un académico, sino un político. Menos de un año después fue ascendido a la dirección de la escuela, decisión que concluyó de manera funesta.

Podría pensarse que todas las decisiones de Vázquez Gómez provocaron gran oposición y terminaron siendo un fracaso. En efecto, fue rechazado por la mayor parte de la comunidad universitaria, especialmente por los alumnos de Jurisprudencia, y aun por los empleados de su propia oficina, la rectoral, llena de sierristas devotos.[29] Comprensiblemente, fue más exitoso en su propia escuela, Medicina, la única donde se modificaron el currículum y el calendario según sus deseos, cambios que sólo provocaron una ligera oposición estudiantil.[30] Acaso esto se debió a que allí satisfizo las demandas juveniles: el gobierno aceptó reparar las instalaciones de la escuela y colocar al Hospital General bajo su control en lugar de bajo el de la Secretaría de Gobernación, a cuyo frente estaba por esos días un hermano suyo, Emilio Vázquez Gómez, quien habría de facilitar las negociaciones. Más aún, Regino González fue nombrado director, como lo proponían los estudiantes, y algunos de los profesores fueron designados jefes de las diferentes secciones; sobre todo, los estudiantes tendrían fácil acceso al hospital como “practicantes”, y les fueron prometidas varias plazas de ayudante de profesor en la escuela.[31] Como era de esperarse, la mayoría de los beneficiarios no fueron los estudiantes más aventajados, sino los involucrados en política, como Alfonso Cabrera, Francisco Castillo Nájera y Aurelio Manrique, miembros del congreso estudiantil, o como José Siurob, participante en los disturbios antiestadunidenses y en la conspiración de Tacubaya,[32] por lo que puede concluirse que Vázquez Gómez favoreció a su escuela y a los estudiantes antiporfiristas y anticientíficos: la política prevaleció sobre lo académico.

En términos generales el periodo ministerial de Vázquez Gómez fue negativo para la Universidad Nacional, no obstante que algunas de sus propuestas eran adecuadas, como lo demuestra que el mismo rector aceptara que los planes y programas de las escuelas necesitaban ser modificados y que los cambios al calendario escolar eran pertinentes a pesar de los problemas inmediatos que causaran.[33] ¿Qué provocó tan agrias reacciones contra Vázquez Gómez, quien no era un extraño para el sector educativo? ¿Las motivaron sus diferencias con el proyecto de Sierra, o sus ataques políticos a los ‘Científicos? ¿Las causaron su despotismo y sus rudos modales? Un aspecto que ayuda a explicar la estruendosa pérdida de reputación de Vázquez Gómez fue su conflictiva situación al interior del gabinete de León de la Barra, en el que había sido impuesto luego de los Tratados de Ciudad Juárez: ser parte del grupo revolucionario le enajenó el apoyo del presidente provisional, quien hizo todo lo posible por desacreditar a la

Revolución, inclusive entorpeciendo las labores de sus ministros partidarios de ella. Mientras Vázquez Gómez enfrentaba la oposición de estudiantes, profesores y funcionarios universitarios, León de la Barra establecía firmes y amigables relaciones con todos ellos, amparado en su prestigio académico-profesional y motivado por sus ambiciones políticas.[34]

Vázquez Gómez renunció días antes de que León de la Barra concluyera su breve presidencia.[35] La segunda mitad de 1911 le resultó funesta políticamente: fracasó en el ministerio de Instrucción Pública y fue derrotado por José María Pino Suárez en la contienda por la vicepresidencia del país. Para colmo, debido a la hostilidad de la comunidad prefirió no volver a las actividades académicas.[36] Después de haber sido llamado el "cerebro de la Revolución" —¿autodesignado o por gracia de los exreyistas?—, se distanció de Madero hasta el grado de haber sido acusado como primer traidor al movimiento. La consecuencia más grave de su gestión fue que ahondó las diferencias entre la Universidad Nacional y el movimiento revolucionario, haciendo más necesarias las alianzas de aquélla con el grupo 'Científico'; es más, con su actitud hostil y sus despóticos modales preparó el ambiente para los conflictos de 1912. Sin embargo, sería erróneo e injusto exagerar las consecuencias de su conducta: en realidad, la política universitaria de Vázquez Gómez fracasó porque trató de desplazar a los 'Científicos' cuando aún eran poderosos, porque no contó con el apoyo del gobierno y de la comunidad, y porque intentó introducir renovadoras medidas pedagógicas en una institución muy ligada todavía con el antiguo régimen.

La aparente normalidad

La institución fundada por don Porfirio y Sierra no era propiamente una universidad, sino una pequeña oficina encabezada por un rector, con cierta jurisdicción sobre las viejas escuelas profesionales, la de Altos Estudios, creada al efecto, y la Preparatoria. Dicho rector no podía gobernar libremente tales escuelas pues ni él ni ellas eran independientes de la Secretaría de Instrucción Pública. En rigor, la rectoría era una oficina intermediaria entre el gobierno y las escuelas, y para facilitar dichas relaciones la secretaría creó la Sección Universitaria, por la que enviaba sus instrucciones y recababa la información necesaria.[37] Por ello, cualquier historia de la Universidad Nacional de aquellos años debe tomar en cuenta las relaciones con el gobierno, las actividades y problemas de la rectoría y la evolución de las diferentes escuelas. Debido a que la Universidad Nacional estaba fragmentada a pesar de los deseos de Sierra, la actitud del gobierno hacia las escuelas variaba de una a otra; asimismo, las

actitudes de éstas y de la rectoría respecto al gobierno fueron igualmente disímiles.

Joaquín Eguía Lis fue nombrado rector por Sierra, con la aprobación de don Porfirio, durante la celebración de su 77° aniversario a mediados de agosto de 1910.[38] Las justificaciones de su designación son ilustrativas de la época: era un reconocimiento a los cincuenta años que había dedicado a la instrucción —enseñaba derecho romano desde el decenio de 1860—; a que había dado lecciones de moral a varias generaciones de estudiantes, pues su vida privada era un ejemplo permanente para la juventud. En resumen, más que un profesor había sido un auténtico educador. El elogio es mayor por provenir de Sierra, para quien además de ser un jurista de vastos conocimientos era un hombre de "alma buena".[39] En términos políticos e ideológicos Eguía Lis era conservador, como lo prueba que haya sido director del Colegio de San Ildefonso durante el gobierno de Maximiliano; también era un católico riguroso que había enseñado derecho canónico.[40] Por su experiencia y calidad, Eguía Lis pudo haber sido una buena elección para mediados de 1910: considerando que Porfirio Díaz y Sierra confiaban permanecer en sus puestos más que los tres años que duraba el mandato rectoril, el apoyo gubernamental estaba garantizado. Además, ser casi octogenario no era un obstáculo en aquellos años para regir una institución para jóvenes. Sin embargo, Eguía Lis no era el hombre adecuado para los tiempos que habrían de venir. ¿Cómo se comportaría sin el respaldo de Sierra? ¿Cómo sortearía los periodos de ministros revolucionarios como Vázquez Gómez y Pino Suárez? ¿Cómo sobreviviría en un ambiente gerontófago? Cuando Vera Estañol estuvo al frente del ministerio durante los últimos dos meses del gobierno porfirista, Eguía Lis conservó sus privilegios pues Vera también había sido su alumno; es más, lo admiró y respetó siempre, hasta el grado de que cuando le fue ofrecido a Eguía el puesto de rector, Vera pronunció el discurso de congratulación.[41] Aunque Vázquez Gómez lo confirmó en el puesto,[42] después las relaciones habrían de ser distantes, con una urbanidad carente de cordialidad.

No es fácil precisar las tareas específicas desarrolladas por Eguía Lis y sus colaboradores. Primero debieron adaptar y equipar sus oficinas, temporalmente en el viejo edificio de la Normal mientras era reparado el inmueble donde había estado la Real y Pontificia.[43] En su informe de labores Eguía detalló los esfuerzos y logros del Consejo Universitario y de las diferentes escuelas, pero no precisó las actividades desarrolladas específicamente por él, presumiblemente pocas, pues las disposiciones legales le asignaban funciones y responsabilidades reducidas. Puede decirse que fue un mediador entre Vázquez Gómez y el Consejo Universitario; asimismo, que su mayor logro consistió en permanecer

en el puesto con cierta dignidad a pesar de que los sucesos lo rebasaron. Sin embargo, debe decirse también que la errónea idea de que durante 1911 y 1912 la Universidad Nacional laboró normalmente se debe a que Eguía sobrevivió en el puesto y a su distinguida y apacible imagen.

El objetivo de Vázquez Gómez no era Eguía Lis sino el Consejo Universitario, y no consistía en enfrentarse con el catolicismo de aquél sino en acabar con la influencia científico-positivista en las escuelas profesionales y la Preparatoria. El Consejo Universitario era una de las instancias más importantes de la nueva universidad; junto con la rectoría, ofrecía la mayor novedad y era una muy importante instancia de poder. Sin embargo, su composición revela su limitada independencia del gobierno: incluía al director, dos profesores y un alumno —sin derecho a voto— de cada escuela; al jefe de la sección de Educación Primaria y a cuatro delegados de la Secretaría de Instrucción Pública; además, era presidido por el rector y su secretario era el de la universidad.[44] Al margen de su enfrentamiento con Vázquez Gómez, el Consejo Universitario trabajó "honorablemente", aunque el rector confesó que le faltó "eficada". De octubre de 1910 a septiembre de 1912 realizó casi sesenta sesiones, en las que se debatió sobre reglamentos internos, las relaciones internacionales de la institución y la mejor manera de homenajear a los más destacados miembros de la (¡omunidad; también se discutió sobre los cursos y textos que se utilizarían en las diferentes escuelas, aunque en las ocasiones —numerosas, por cierto— en que no llegaron a un acuerdo, se mantuvieron los cursos y textos del año precedente; asimismo, las discusiones sobre el tipo y número de exámenes fueron "largas y animadas", como también lo fueron aquellas para seleccionar a los profesores, a pesar de que se basaran en las recomendaciones previas de las respectivas juntas de profesores. Por último, el Consejo Universitario examinó asuntos relativos a la extensión cultural y al modo más adecuado de aumentar sus propios recursos, y resolvió que era inconveniente la incorporación de la Escuela Dental. Con todo, el único plan de estudios revisado y modificado fue el de Medicina.[45]

Otra instancia colegiada fueron las juntas de profesores, ya fueran generales o parciales. Aunque no del todo nuevas, tenían muchos años de no convocarse en escuelas como Medicina y la Preparatoria.[46] Ambos órganos implicaban un gran avance hacia la independencia de la institución, pues hasta entonces las decisiones sobre planes de estudio, programas, cursos, libros de texto y profesores habían sido tomadas en la Secretaría de Instrucción. La colectivización de la toma de decisiones y otros elementos democratizadores correspondían al espíritu de los tiempos; esto es, al estilo de hacer política desde

el triunfo maderista. Sin embargo, aunque la política nacional y la educación superior se tornaron más democráticas, es evidente que numerosos delegados y miembros de la comunidad no estaban completamente preparados para ese tipo de conducta. Además, los delegados fueron cambiados tan a menudo que el Consejo Universitario nunca pudo adquirir un ritmo adecuado de labores: algunos de ellos apenas tuvieron tiempo de entender su responsabilidad y funciones,[47] lo que explica que en dos años no hayan sido capaces de definir su propio reglamento interno.[48]

Aun sin la Revolución habría sido muy difícil que la Universidad Nacional tuviera un éxito inmediato, pues las escuelas sufrieron cambios políticos internos y externos; por ejemplo, se otorgó un poder considerable a las juntas de profesores, lo que obligó a los directores a negociar con ellas además de con el Consejo Universitario, con el rector y con la propia Secretaría de Instrucción, lo cual permite sospechar que las autoridades constantemente se distraían de las preocupaciones académicas para poder resolver las políticas. Por otro lado, los estudiantes y profesores no actuaron como una comunidad universitaria, sino que permanecieron leales a sus escuelas, especialmente los de la Preparatoria,[49] lo que no es condenable, pues la Universidad Nacional de esos años era, en rigor, una yuxtaposición de escuelas que sólo compartían al considerablemente ineficaz Consejo Universitario y al decorativo rector. Por ejemplo, no se contaba con un *campus* sino que los edificios de las escuelas se encontraban diseminados en la zona más céntrica y antigua de la ciudad. Una labor de extensión cultural coordinada por la rectoría habría dado sensación de tareas y fines comunes, pero apenas se hizo un tímido intento. La existencia de edificios habitacionales —dormitorios— pudo haber sido otro elemento unificador, lo mismo que la práctica de deportes, pero no fueron auspiciados. Lo mismo puede decirse del uso político de la tradición de la universidad colonial, pero ésta fue duramente atacada por el propio Sierra, quien insistió en negar que entre ambas hubiera continuidad.[50] Las relaciones internacionales de la nueva institución fueron otro fracaso a pesar de las esperanzas de don Justo. En efecto, desde finales de 1912 estuvo crecientemente aislada: no se envió un representante adecuado al Congreso de Americanistas que se efectuó en Londres, ni los estudiantes designaron delegados al Congreso Estudiantil Americano que tuvo lugar en Perú.[51] La diferencia con 1910 no necesita ser subrayada. En los asuntos que le eran propios, la Universidad Nacional —léase la oficina rectorial— resultó poco eficiente.

Eguía Lis aseguró que durante la segunda mitad de 1911 —el periodo de Vázquez Gómez— la situación en la Universidad Nacional había sido anormal,

pero que durante 1912 había sido satisfactoria.[52] ¿Fue preciso y sincero el rector? ¿Permeó a todos los sectores la anormalidad de los primeros meses? ¿Funcionó en su totalidad después, o subsistieron algunos conflictos y problemas en determinadas dependencias? Al margen del cambio en el calendario escolar, que afectó seriamente a todas las escuelas, la anormalidad de la segunda mitad de 1911 se limitó a algunas de éstas. Además, no todo es imputable a Vázquez Gómez, pues aunque Eguía Lis pretendiera ocultarlo, varios problemas habían surgido desde antes. Se puede concluir, por lo tanto, que la violenta desaparición del gobierno de don Porfirio, a mediados de 1911, no fue la causa directa de todos los problemas de la Universidad Nacional. Contribuyó con varios aspectos de su crisis, pero ésta también se debió a las limitaciones del proyecto de Sierra, a las condiciones reales de las escuelas profesionales hacia 1910 y a los conflictos surgidos por la animosidad entre positivistas, católicos, liberales y representantes de las nuevas corrientes de pensamiento. Por ejemplo, la Escuela de Altos Estudios enfrentó serios problemas desde su inauguración; sin embargo, aunque lats autoridades universitarias alegaron que era atacada y criticada por ignorancia o por motivos políticos, y aunque afirmaron que los problemas provenían de la absoluta falta de recursos económicos,[53] la verdad es que algunas críticas eran consecuencia directa de su prematura fundación y abigarrado proyecto.

Medicina fue otra escuela con serios problemas ajenos a lo sucedido durante la segunda mitad de 1911, causados principalmente por las condiciones de sus instalaciones. El profesor Pruneda consideró que éstas eran tan graves que debería construirse un nuevo edificio, lo más cerca posible del Hospital General. Los estudiantes pidieron a su vez una urgente reparación del edificio escolar —el viejo convento de Santo Domingo, luego Palacio de la Inquisición—,[54] dañado por el tiempo y por la inapropiada técnica restauradora de un arquitecto, y cuyas condiciones se agravaron por el temblor de julio de 1910. El enojo de los futuros médicos se debía a que otras escuelas disfrutaban de mejores instalaciones a pesar de que Medicina contaba con más estudiantes y profesores,[55] y a que la privilegiada Preparatoria había sido objeto de costosas reparaciones.[56] Los estudiantes de Medicina también tuvieron problemas con el gobierno por su demanda de plazas en el Hospital General y por cuestiones académico-disciplinarias, como en abril de 1911, cuando exitosamente se opusieron con violencia —“insurrección”, sentenció el director— a los nuevos reglamentos de exámenes.[57]

Tan pronto llegó al ministerio, Vázquez Gómez forzó a Medicina a cambiar totalmente su plan de estudios, a pesar de que era reciente.[58] Después de seis

meses de discusión en la escuela y en el Consejo Universitario, se promulgó el nuevo plan. Sus principales características consistían en la creación de otra carrera, pues además de médicos, farmacéuticos y parteras, la escuela produciría enfermeras; asimismo, la prolongación de un año de estudios para los médicos, por medio de un internado, y el traslado de las especialidades a Altos Estudios.[59] Para evitar problemas políticos con los estudiantes se acordó que el nuevo plan de estudios no sería retroactivo. Aún así eran predecibles algunos conflictos, por lo que no sorprendió que surgieran varias diferencias entre los profesores, uno de los cuales, el doctor Aureliano Urrutia, obtuvo gran fuerza política como abanderado del nuevo plan y aliado de Vázquez Gómez. Con todo, si bien la oposición estudiantil fue mínima, se realizaron algunas movilizaciones callejeras.[60]

A mediados de 1912 hubo problemas otra vez, cuando el director Fernando Zárraga fue forzado a renunciar, en parte por su rivalidad con el influyente profesor y ambicioso político Aureliano Urrutia, y en parte por el apoyo de los estudiantes a la huelga en la Escuela de Artes y Oficios para Señoritas. Para erradicar la crónica indisciplina de la escuela, Zárraga fue sustituido por un hombre de orden y experiencia, el casi sexagenario poblano Rafael Caraza, médico militar que había reorganizado la Escuela Práctica Médico Militar y que había sido profesor en la propia Escuela de Medicina durante casi veinte años.[61] No obstante su conocimiento de la institución y sus cualidades disciplinarias y organizativas, los conflictos siguieron suscitándose: Urrutia amenazó con renunciar a su cátedra pero los estudiantes se opusieron a su decisión y solicitaron a la secretaría que rechazara la renuncia. Las autoridades actuaron como se les pedía, y cuando Urrutia reanudó sus lecciones, los estudiantes organizaron una manifestación en su honor.[62]

Como consecuencia de su popularidad y fuerza en la escuela, o acaso para agradar a su amigo Victoriano Huerta, a finales de enero de 1913, cuando los rumores de un cuartelazo crecían dramáticamente, Urrutia fue nombrado por Madero director de Medicina. Cualquiera que haya sido la causa de su designación, lo cierto es que Urrutia sí contaba con un proyecto renovador propio. Sus principales propósitos eran cambiar el reglamento interno, obtener plazas para los estudiantes en los hospitales filantrópicos y hacer menos teórico el plan de estudios. Los jóvenes celebraron jubilosamente el ascenso de Urrutia: en una carta abierta le ofrecieron su apoyo absoluto, al mismo tiempo que aceptaron amarlo como profesor porque él amaba a los jóvenes hasta el “delirio”. Uno de sus principales simpatizantes era el líder estudiantil Aurelio Manrique,[63] quien lamentaría sus elogios cuando meses después Urrutia dejó su

supuestamente entrañable magisterio para incorporarse al gabinete huertista. Lo anterior permite concluir que uno de los mayores problemas en Medicina fue el enorme número de cambios de funcionarios, profesores y empleados, ya que tan sólo de septiembre de 1910 a enero de 1913 tuvo cuatro directores: Liceaga, Zárraga, Caraza y Urrutia.[64] Así, la renuncia de don Porfirio tuvo un impacto directo —aunque no necesariamente inmediato— en la Universidad Nacional, al provocar la renovación total de los aparatos de mando y poder: gobernadores y jefes políticos, o secretarios, subsecretarios y así sucesivamente hasta alcanzar a directores y profesores.

El número de designaciones y renuncias en Medicina es pequeño frente al de Jurisprudencia, pues en el mismo lapso —menos de año y medio— tuvo siete directores: Pablo Macedo, Victoriano Pimentel, Julio García, Pedro Lascuráin, Luis Cabrera, y Pimentel y García para un segundo periodo.[65] La situación fue peor respecto al profesorado, comenzando los cambios desde un principio: Eguía Lis renunció a su curso de derecho romano al ser designado rector; posteriormente, a principios de 1911, Vera Estañol, Sodi, Julio García y Miguel Macedo renunciaron a los suyos cuando fueron hechos miembros del último gobierno de don Porfirio;[66] poco después Francisco S. Carvajal renunció a su cátedra para ser el representante del gobierno en las pláticas de paz con los rebeldes maderistas; a finales de año Miguel Díaz Lombardo renunció a su cátedra de derecho civil porque Madero lo nombró ministro de Instrucción Pública, y Rodolfo Reyes renunció a la suya de derecho constitucional para participar en el movimiento oposicionista de su padre. Los sujetos y motivos de las renuncias confirman las ligas entre la academia y la élite política porfiriana. El alto número de ellas lo determinaron los tres grandes cambios sufridos en la administración pública federal en 1911.

Durante 1912 las principales renuncias fueron las de Pedro Lascuráin y Julio García, que pasaron a la Secretaría de Relaciones Exteriores; las de Enrique Martínez Sobral y Víctor M. Castillo, pues el primero dejó su cátedra de economía política para ser cónsul en Nueva York, mientras que el segundo dejó la suya por una comisión diplomática; por último, también el novel profesor Luis Cabrera dejaría la escuela por razones políticas, pues fue electo diputado.[67] El mismo rector Eguía Lis reconoció que los cambios en la composición del profesorado habían provocado “graves daños” a la escuela, hasta el grado de tener que solicitar ayuda en busca de sustitutos a la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia y al Nacional Colegio de Abogados.[68] Estos cambios fueron provocados por la revolución y por la insuficiencia del aparato político-administrativo nacional. Así, Porfirio Díaz, León de la Barra y Madero

tuvieron que ocupar, por tanto cambio político, numerosos puestos vacantes con profesores de Jurisprudencia, quienes además de contar con la capacidad y la preparación adecuada tenían una clara vocación política. Para colmo, el cuerpo de profesores de Jurisprudencia se vio afectado por otras circunstancias, como la avanzada edad de algunos, como Emilio Pardo, miembro del grupo 'Científico', respetado abogado y muy estimado profesor, quien murió en enero de 1911;[69] o como la creación de una nueva escuela de leyes a mediados de 1912, pues mientras varios profesores decidieron enseñar en ambas instituciones, algunos dejaron la antigua por la nueva.[70]

Los conflictos internos de Medicina o Jurisprudencia y la costosa "sangría" a ésta por el aparato gubernamental no pueden generalizarse a las otras escuelas. La Preparatoria, Ingenieros y la sección de Arquitectura de Bellas Artes sufrieron pocos problemas. Las actividades en éstas fueron normales, como alegaba Eguía Lis. En septiembre de 1910 la dirección de la Preparatoria fue entregada a Manuel Flores, quien había desempeñado un papel fundamental para que el credo positivista dominara la educación pública nacional y había sido durante muchos años un político porfirista ligado al grupo 'Científico'.[71] Considerando las duras críticas de Vázquez Gómez al positivismo y su propia postura política, la salida de Flores a su llegada al ministerio era absolutamente predecible. Varios estudiantes de la Preparatoria y de otras escuelas universitarias solicitaron que se designara a Vasconcelos para llenar tal vacante; lo mismo hicieron algunos de sus amigos y compañeros del Ateneo de la Juventud, como Julio Torri, Mariano Silva y Aceves, y Martín Luis Guzmán, quienes al parecer desconocían las tensas relaciones existentes entre Vázquez Gómez y Vasconcelos desde el triunfo maderista, así como la pobre opinión que León de la Barra y Vasconcelos tenían el uno del otro.[72]

Otro grupo de estudiantes pidió que se nombrara a Miguel Schultz, acaso el más prestigiado profesor de geografía en la Preparatoria, autor del libro de texto, hombre de vasta cultura y enorme experiencia en el sector educativo —fundador de la Escuela Normal para Profesores y miembro de la Junta Directiva de Instrucción Pública y del Consejo de Educación—, quien ya había sido director interino de la Preparatoria en 1904.[73] Sin embargo, Vázquez Gómez designó finalmente al ingeniero Francisco Echegaray y Alien, un respetado profesor de matemáticas que, como Schultz, había sido honrado en 1910 con el grado de doctor *ex officio* y quien era el de edad más avanzada en toda la Preparatoria.[74] El nombramiento de Echegaray debió molestar a los simpatizantes de Vasconcelos y Schultz pero fue muy bien recibido por la mayor parte de la comunidad debido a que Echegaray era muy querido, como lo demuestra el

haber sido espontánea y unánimemente defendido por los estudiantes cuando se cuestionó su capacidad como matemático.[75] Su buena relación con los jóvenes puede haber sido la razón del progreso de la escuela durante 1911 y 1912, pues el único problema habido fue el curso irregular impuesto por Vázquez Gómez en la segunda mitad de 1911. Significativamente, el otro único conflicto consistió en la sustitución, poco después de terminado el interinato delabarrista, de Echegaray por Valentín Gama, destacado profesor en Ingenieros pero desconocido en la Preparatoria. Aunque el gobierno aseguró que la remoción de Echegaray se debía a su edad y mala salud, los estudiantes estaban convencidos de que se trataba de una maniobra para beneficiar a Gama por su maderismo. Afortunadamente el conflicto no se agravó gracias a la promesa gubernamental de colocar a Echegaray en otro puesto —lo que desmentía los argumentos de su remoción— y porque Gama resultó ser un director aceptable y razonable. Otra causa de la estabilidad de la Preparatoria fue que el subsecretario de Instrucción, Alberto J. Pañi, era un "buen aliado" y un "excelente amigo" de la escuela, lo que le ahorró trámites, acrecentó el presupuesto y evitó malentendidos.[76]

Por otra parte, los estudios de arquitectura sufrieron otro tipo de problemas, provocados por el proyecto creador de la Universidad Nacional. Hasta 1910 dichos estudios se cursaban en la Escuela de Bellas Artes, donde también existían programas para estudiar pintura y escultura; sin embargo, la Universidad Nacional sólo absorbió la sección de Arquitectura, dejando a un lado las otras dos, no obstante que todas permanecerían en el mismo edificio y bajo el mismo director. Esta decisión trajo como consecuencias inmediatas una aguda desorganización y la oposición de los profesores y estudiantes discriminados.[77] Arquitectura era una comunidad pequeña y pacífica que contaba con 31 estudiantes en 1910, 23 en 1911 y 32 en 1912; en Pintura sucedía lo contrario, pues tenía alrededor de mil estudiantes debido a los cursos elementales de dibujo, siempre con nutrida inscripción y asistencia. A mediados de 1911 numerosos estudiantes, con el apoyo de algunos maestros, se pusieron en huelga. Sus reclamos fueron dirigidos contra el director Antonio Rivas Mercado, quien había logrado sobrevivir a la caída de don Porfirio y al que acusaban de haber disuelto la sociedad estudiantil y de proteger a profesores incapaces. En el fondo la causa del problema era el favoritismo institucional hacia la sección de Arquitectura. El conflicto se prolongó durante varios meses y dio lugar a "violentos desórdenes". Entre los líderes estudiantiles se encontraban Raziel Cabildo y José Clemente Orozco, quien para entonces había exhibido algunas de sus primeras obras durante los festejos del centenario.[78]

Rivas Mercado renunció a consecuencia del movimiento en su contra, y en

febrero de 1912 —inicio del siguiente año académico— fue sustituido por Manuel M. Gorozpe. El nuevo director también se mostró incapaz de resolver el antagonismo reinante, y meses después un grupo de profesores y estudiantes solicitó que se nombrara en su lugar al pintor Alfredo Ramos Martínez, recién regresado de Francia. Sin embargo, el gobierno prefirió designar a Jesús Galindo y Villa, arquitecto de profesión aunque dedicado preferentemente a las labores históricas, pero quien tenía experiencia docente y mayor capacidad política y administrativa, como permitía suponerlo el hecho de que por ese tiempo estuviera al frente de los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores y que antes hubiera sido regidor de la ciudad de México.[79] Si bien la sección de Arquitectura gozó de absoluta calma, de finales de 1910 a principios de 1913 la Escuela de Bellas Artes sufrió constantes problemas, los que seguramente tuvieron algún impacto en su única sección universitaria.

La Escuela de Ingenieros también prosperó, pues recuperó la Escuela Práctica de Minas, en Pachuca, destinándola a estudios empíricos en ingeniería de minas; fue reparado su edificio, que había sido dañado por el terremoto de 1910; la biblioteca se enriqueció con dos valiosas adquisiciones, y sus mejores alumnos obtuvieron apoyo económico para continuar su preparación en el extranjero. Otra prueba de su buena marcha es que durante todo ese tiempo sólo tuvo un director, Luis Salazar, profesor desde 1885 y director de la escuela desde 1906.[80] Un factor fundamental para su prosperidad fue que, a diferencia de Jurisprudencia, el director era más técnico que político, mientras que muy pocos profesores eran maderistas, como Alberto J. Pañi y Valentín Gama,[81] lo que impidió la “sangría”, al tiempo que la mayoría de la comunidad, también a diferencia de Jurisprudencia, era básicamente apolítica.

ESTRUCTURA ABIGARRADA Y ANACRÓNICA

Para cualquier institución nueva resulta difícil lograr grandes éxitos en poco tiempo; lo es más cuando ese tiempo incluye periodos turbulentos; sin embargo, es casi imposible alcanzarlos si además la nueva institución nace con errores graves. Éste fue el caso de la Universidad Nacional, fundada dos meses antes de que estallara la Revolución mexicana, a partir de un proyecto débil y limitado. En rigor, la Universidad Nacional fue formada por la integración de las escuelas profesionales de Jurisprudencia, Medicina e Ingenieros; por la sección de Arquitectura, perteneciente a Bellas Artes; por la Escuela de Altos Estudios, única de nueva creación, y por la Preparatoria.[82] Significativamente, menos de dos años después la estructura decidida por Sierra fue severamente cuestionada.

En efecto, para don Justo la Universidad Nacional no debía incluir una escuela de educación —la Normal—, a pesar de que este tipo de escuelas ya eran importantes dependencias en las universidades europeas y estadunidenses; también vetó carreras “concretas y utilitarias”, como comercio y economía, por su naturaleza casi vulgar, y rechazó toda disciplina “industrial”, aunque reconoció que este tipo de estudios tendrían que ser incorporados en el futuro.[83] En cambio, Sierra confió la educación intermedia a la Universidad Nacional mediante la integración de la Preparatoria. Así, por un lado era una universidad muy limitada, pues sólo tenía un reducido número de carreras; por el otro era excesivamente amplia, en tanto que ofrecía desde educación intermedia hasta de especialización. Si como proyecto de largo plazo era vulnerable, en su momento histórico resultaba desacertado: ¿Estaba en condiciones de cumplir tal oferta educativa? ¿Cuáles fueron las razones académicas del proyecto de Sierra? ¿Era éste anticuado prematuramente? ¿No contradecía el modelo de desarrollo económico del gobierno? ¿Actuó Sierra más como humanista que como ‘Científico? Si bien los beneficios que con el tiempo la Universidad Nacional habría de traer al país son incuestionables, ¿cuáles eran los que podría aportar inmediatamente?

Parece obvio que la universidad nacía rebasada por su tiempo, en tanto se ajustaba al tradicional modelo decimonónico de profesiones liberales; para colmo, éstas fueron integradas a la nueva institución sin sufrir cambios en sus programas y planes de estudio, sin modernizarse. Otra prueba más del tradicionalismo imperante en su fundación fue la actitud hacia los estudios dentales, decisivos para el mejoramiento de la higiene pública que en forma denodada se buscó alcanzar entonces. Si bien en julio de 1910 se independizó de Medicina su sección dental, transformándose en la Escuela de Enseñanza Dental, con su propio edificio, programa y profesorado,[84] curiosamente en septiembre no fue integrada a la Universidad, a pesar de que un par de meses antes se le había reconocido la madurez académica suficiente para ser escuela independiente. Su caso fue reexaminado, tan pronto Madero llegó a la presidencia, por un comité formado por Alfonso Pruneda y el director de Medicina, entre otros, que resolvió que la incorporación de la Escuela Dental a la Universidad Nacional sería inconveniente porque no tenía una naturaleza auténticamente científica, argumentándose además que su inclusión obligaría a una modificación de la Ley Constitutiva, que sólo podía realizar el Congreso federal. Sin embargo, atribuyéndose facultades indebidamente, y en flagrante contradicción, dicho comité recomendó que la Universidad Nacional controlara sus programas y la selección de su profesorado, lo que también implicaba una

modificación legislativa. El gobierno rechazó la sugerencia, y el estatus de la Escuela de Enseñanza Dental permaneció igual durante varios años.[85]

Además de anacrónica, la Universidad Nacional nació innecesariamente compleja. Recuérdese que de las tres secciones que formaban la Escuela de Bellas Artes sólo una fue incorporada, Arquitectura, y que dicha absorción fue parcial, pues físicamente Arquitectura permaneció con las otras secciones.[86] Así, el director —Antonio Rivas Mercado— tenía que ventilar los asuntos de Arquitectura con el rector y con el Consejo Universitario, y los relativos a Pintura y Escultura con la Secretaría de Instrucción. Las actitudes del profesorado y de los estudiantes reflejaron claramente la diferencia: los de Arquitectura quedaron complacidos y permanecieron en calma durante esos años; los otros se supieron discriminados e inmediatamente provocaron problemas políticos. Menos de dos años después las consecuencias eran evidentes, y acaso en respuesta al movimiento estudiantil local de 1911 fueron reunificadas las tres secciones a mediados de 1912, en una institución superior llamada Academia de Bellas Artes, la que tuvo una relación formal muy confusa con la Universidad Nacional.[87]

La más sorprendente característica de la Universidad Nacional fue incluir a la institución que ofrecía la educación intermedia en la ciudad, la célebre Preparatoria. Los argumentos de Sierra al respecto no parecen convincentes: ¿Cómo justificar que vetó carreras profesionales mientras que integró una escuela que impartía instrucción de nivel inferior al universitario? ¿Se previo que, considerando el número total de estudiantes, el rector habría de gobernar a más preparatorianos que profesionales?[88] El error no se limitaba a Sierra sino que permeó, o procedía, de sus más cercanos colaboradores. Por ejemplo, en lugar de cuestionar la inclusión de la Preparatoria, el rector Eguía Lis sugirió la creación de otras instituciones similares.[89] Cuando el proyecto fue discutido en el Consejo Superior de Educación, a mediados de 1910, el único opositor fue Francisco Vázquez Gómez, para quien la universidad debía capacitar a los estudiantes en campos profesionales específicos, mientras que la Preparatoria debía impartir una educación general; esto es, no sólo tenían diferencias de grado o nivel sino, sobre todo, de objetivo. La réplica a Vázquez Gómez fue hecha personalmente por Sierra y Chávez y secundada por los demás miembros del grupo,[90] expertos y sensatos pero disciplinados.

La estructura se hizo aún más abigarrada con la creación de la Escuela de Altos Estudios, inaugurada también en una “severa” ceremonia durante los festejos por el centenario de la Independencia. En esta ocasión el discurso inaugural no fue de Sierra, sino de Ezequiel A. Chávez, su principal colaborador

y diseñador de la idea de Altos Estudios. Significativamente, la dirección de la nueva escuela no fue entregada a un hombre neutro, como Eguía Lis, sino a Porfirio Parra, médico y escritor, profesor en la Preparatoria y en Medicina, inveterado positivista y senador porfirista merced al apoyo de los 'Científicos'.[91] Resulta muy ilustrativo de los procedimientos políticos de don Porfirio el haber puesto al frente de la nueva escuela a un viejo educador, pues la conveniencia inmediata prevaleció sobre la calidad y la coherencia del proyecto a mediano y largo plazos: ¿Qué consecuencias tendría la dirección de un hombre conservador en una institución anunciada como innovadora? ¿Cuál habría de ser la estructura de Altos Estudios? ¿Cuáles sus objetivos? ¿Cuáles serían sus principales características? ¿Cómo calificar su funcionamiento?

De acuerdo con su decreto de creación, de abril de 1910, sus objetivos eran perfeccionar la instrucción obtenida por los jóvenes en las escuelas profesionales, llevar a cabo investigación científica y preparar profesores para la secundaria, la preparatoria y las otras escuelas profesionales y universitarias. Se dividiría en tres secciones: ciencias exactas —física y biología—, humanidades, y ciencias políticas y sociales.[92] Para darle un componente real y respetable pronto se le asignaron los institutos Médico, Patológico y Bacteriológico, los museos de Historia Natural y de Arqueología, Historia y Etnología, así como la Inspección General de Monumentos Arqueológicos. Las dos últimas instituciones fueron incorporadas a la sección de ciencias políticas y sociales, y el resto a la de ciencias exactas, dejando a la sección de humanidades sin elementos ni sustancia.[93] Las pretensiones de Altos Estudios eran inconmensurables: Sierra y Chávez afirmaron que iba a ser la base de la Universidad Nacional, con un nivel de educación más elevado que el de las otras escuelas, no tanto por su calidad como por su naturaleza. Para Chávez, Altos Estudios no se limitaría a la trasmisión de conocimientos, sino que los iba a producir, al hacer descubrimientos esenciales en tanto que buscaría "verdades desconocidas"; así, como consecuencia obvia pronto tendría reputación internacional. Según Sierra, contaría con "los príncipes del arte y de las ciencias", con "las mejores voces del mundo".[94]

¿Qué fue, en realidad, Altos Estudios? A pesar de las pretensiones de sus creadores no devino la gran escuela que prometieron. Sería un error culpar a la lucha armada de su fracaso, pues éste ya era evidente hacia 1912, cuando la ciudad de México aún no había sido afectada por la violencia. Cierto es que la salida de Sierra y Chávez la dejó desprotegida y sin dirección, y que Vázquez Gómez era enemigo abierto de la institución. Sin embargo, la causa del declive fue su propio proyecto y estructura. En primer lugar, no era una típica escuela

universitaria, ya que si bien contaba con las autoridades y empleados acostumbrados, a diferencia de las otras escuelas podía tener tres tipos de profesores: además de los ordinarios contaba con algunos extraordinarios para cursos especiales y con profesores “libres” para cursos abiertos.[95] Sin lugar a dudas la variedad de profesores distinguió a Altos Estudios, pero su mayor problema fue haber sido fundada a pesar de la falta de demanda estudiantil y sin profesores adecuados ni programa. A finales de 1911, un año después de su creación, sólo tenía tres profesores y el propio director reconocía que aún no se habían decidido los cursos regulares que se ofrecerían en el siguiente año lectivo,[96] ni cuál sería su naturaleza.

Esos tres profesores eran extranjeros, y por lo menos dos de ellos gozaban de buena reputación internacional. En este sentido las pretensiones de Sierra fueron parcialmente cumplidas al principio. James Mark Baldwin, de la Johns Hopkins University, fue contratado para impartir un curso de psicosociología a partir de finales de 1910; Franz Boas, de la Columbia University, para uno de antropología y dos seminarios: en antropometría y lenguas indias, desde principios de 1911; Carlos Reiche, germano-chileno, fue contratado para impartir un curso de botánica durante la segunda mitad de ese año.[97] Los tres fueron recontratados para otros cursos como prueba de confianza en su capacidad y en el proyecto de la escuela. Sin embargo, el número de estudiantes registrados decayó drásticamente: Baldwin tuvo alrededor de cien alumnos en su primer curso, pero sólo veinte en el segundo; Boas tuvo primero alrededor de cien estudiantes, sumados los de su curso y los de los seminarios, pero para el segundo año, sólo cerca de treinta; la reducción en el de Reiche fue de treinta a quince, aproximadamente.[98] El desplome de la matrícula demuestra que existían serios problemas con estos cursos, únicos impartidos durante el primer año y medio de vida de Altos Estudios, lo que se confirma por el ausentismo de los estudiantes registrados: de los cien alumnos de Baldwin asistían con asiduidad menos de veinticinco; en dos ocasiones fue suspendido el curso de Boas por la falta total de alumnos y la frecuencia semanal de las sesiones tuvo que ser espaciada.[99] Más aún, muchos alumnos no concluyeron los cursos: de los cien estudiantes registrados con Baldwin sólo diez presentaron el trabajo final,[100] cifra alarmante en un sistema educativo autoritario y para una escuela con tantas pretensiones.

¿Cuáles fueron las causas del problema: el desempeño de los profesores o la falta de capacidad de los estudiantes? De ninguna manera lo fue la calidad académica de los tres profesores, que era indiscutible; el idioma tampoco constituyó el problema mayor, pues aunque Baldwin enseñó en inglés y la

mayoría de los alumnos estaba incapacitada para entenderlo, Boas y Reiche lo hicieron en español. Al parecer uno de los problemas fue la diversidad de los estudiantes, consecuencia de los severos requerimientos para la inscripción de los jóvenes. Para los cursos de Baldwin y Boas era necesario haber completado los estudios en alguna escuela universitaria y haber trabajado en el tema del curso que se pretendía tomar, y aunque algunos estudiantes podían ser admitidos sin cumplir estas condiciones, a cambio tenían que haber obtenido la máxima calificación en los cursos relacionados con el que desearan llevar en Altos Estudios. El predecible resultado fue que más de la mitad de los alumnos eran simples "oyentes",[101] con menos presión e incentivos para enfrentar y concluir debidamente el curso. Altos Estudios también padeció problemas físicos, pues carecía de edificio, por lo que la docencia tuvo que impartirse en diferentes lugares, como en Jurisprudencia, la Preparatoria, el Museo de Arqueología, Historia y Etnología y hasta en un cuarto totalmente inadecuado adyacente a la oficina del director.[102] En consecuencia, carecía también de laboratorios y de los instrumentos científicos y pedagógicos indispensables para cumplir sus objetivos. Por último, si bien la Secretaría de Instrucción le cedió su propia biblioteca, ésta resultó insuficiente e inadecuada para una escuela con tal variedad de campos de interés, que para colmo resultaban novedosos en el escenario intelectual mexicano.[103] Eran tales las deficiencias, que puede decirse que la suya fue también una fundación nominal, y que el mérito mayor correspondió a quienes andando el tiempo la convirtieron en realidad.

Altos Estudios tuvo asimismo dificultades políticas. Debido a que carecía de un profesorado y de un cuerpo estudiantil propios y regulares, se hallaba impedida de tener una representación legal en el Consejo Universitario. De acuerdo con un artículo transitorio de la Ley Constitutiva, al principio habría de ser representada por el director y el subdirector. Aunque carecía de él, aun en caso de haberlo tenido la falta de profesores y alumnos haría que su delegación fuera menor y distinta de la de las otras escuelas, como lo prueba que a finales de 1912, dos años después de fundada, siguiera inadecuadamente representada. El rector permitió que fueran elegibles los profesores "libres", pero se opuso la Secretaría de Instrucción alegando que el artículo 6º de la Ley Constitutiva disponía que los delegados del profesorado fueran "ordinarios". Poco antes, en busca de algún tipo de representación para la escuela, Baldwin, Boas y Reiche habían sido autorizados a asistir a las sesiones del Consejo Universitario, aunque sin derecho a voto.[104] ¿Deseaban los miembros del Consejo Universitario escuchar las opiniones de los experimentados profesores extranjeros? ¿Se trató de una simple concesión hospitalaria hacia ellos? ¿Interesó a éstos colaborar

institucionalmente en la consolidación de la naciente universidad? ¿Buscaban las autoridades una representación de Altos Estudios, cualesquiera que fuesen los representantes, ya fuera para sentar el precedente o para tener un Consejo Universitario más completo aunque ilegal?

El trato preferente dado a los profesores extranjeros provocó enojos y oposición entre las autoridades educativas, la comunidad universitaria y la opinión pública. Por ejemplo, Vázquez Gómez trató de impedir que Baldwin y Boas fueran contratados otra vez.[105] Sobre todo, el hecho de que sus salarios fueran considerablemente mejores que los de los demás profesores causó serios disgustos entre éstos.[106] El caso de Pedro Henríquez Ureña, dominicano pero residente en México desde hacía algunos años, cuyo nombramiento como profesor de literatura mexicana en la Preparatoria provocó que un periódico nacionalista protestara de manera airada y quejumbrosa,[107] confirma que el nacionalismo imperante en esos días en prácticamente todos los ámbitos de la vida nacional hacía irrealizable el ambicioso proyecto de Sierra, quien como cualquier otro funcionario porfirista perdió la sensibilidad política ante las transformaciones sociohistóricas de principios de siglo. Otros conflictos políticos provinieron de la estructura de la escuela. En efecto, debido a que no tenía edificio, profesorado ni alumnos, sus creadores pretendieron darle algo de sustancia con la integración de los institutos Médico, Patológico y Bacteriológico, y de los museos de Historia Natural y de Arqueología, Historia y Etnología. Sierra y Chávez también quisieron asignarle los observatorios Astronómico y Meteorológico, la Comisión Geográfico-Exploradora y el Instituto Geológico; sin embargo, sólo algunas de estas instituciones pertenecían a la Secretaría de Instrucción, y Sierra no era suficientemente poderoso para forzar a políticos como los ministros de Fomento o Guerra a entregarle tales dependencias. Por ende, permanecieron donde estaban, aunque es de sospechar que de haber sido integradas algunas de éstas a Altos Estudios el resultado habría sido desastroso, al volverse aún más abigarrada su estructura y al crecer sus responsabilidades, no obstante que, como el propio rector reconocía, Altos Estudios no era capaz de coordinar siquiera las actividades de los institutos y museos que se le habían asignado.[108]

UNA CONTINGENCIA BENÉFICA

A mediados de 1912 Altos Estudios experimentó un cambio radical en su orientación y actividades. Su director, el ‘Científico’ Porfirio Parra, murió en julio y fue remplazado por el ubicuo Alfonso Pruneda, quien inmediatamente

designó al joven Alfonso Reyes como secretario de la escuela.[109] Ambos eran miembros del Ateneo y sus nombramientos implicaban un acercamiento a las humanidades. En términos político-pedagógicos, el secretario de Instrucción maderista aprovechó la ocasión para asestar otro golpe a los 'Científicos' y al positivismo, aunque evitando la confrontación abierta gracias a los antecedentes y características de Pruneda, simpatizante de Madero y médico de profesión, funcionario en la secretaría de Instrucción Pública desde su fundación, simpatizante del positivismo hasta la crisis final de éste y siempre con enormes intereses culturales —especialmente musicales— y pedagógicos.[110] Aun así, hubo quien objetó su designación en términos cualitativos, como Nemesio García Naranjo, joven intelectual y poeta ligado a los círculos porfiristas, quien alegó que debió haberse escogido al nuevo director entre Ezequiel Chávez, Manuel Flores o Miguel Macedo,[111] todos "mejores" educadores y más leales al proyecto original de la escuela. El cambio amenazaba las pretensiones de Sierra y Chávez, pues cualquiera que sea el valor intelectual alcanzado después por Pruneda o Reyes, en aquellos días todavía eran promesas y de ninguna manera 'Científicos' o intelectuales consumados. De hecho, con dicho nombramiento el joven Reyes pasó de estudiante "oyente" —cursaba regularmente la carrera de abogado— a segunda autoridad del plantel.

En rigor, los cambios habían comenzado poco antes, desde el mes de marzo, cuando se empezó a ofrecer cursos "libres" y a reducir las exigencias para la inscripción de los jóvenes. En efecto, con el objetivo de aumentar la matrícula se decidió que la terminación de los estudios preparatorios fuera suficiente para poder ingresar en la escuela y se dejó de exigir las máximas calificaciones en los cursos pertinentes. El problema fue hacerlo bajando el nivel académico de la institución en lugar de primero ofrecer cursos y programas adecuados a los tiempos. A principios de junio Antonio Caso comenzó a impartir un curso "libre" de filosofía, que atrajo a noventa estudiantes, entre los que destacaban José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y Pedro Henríquez Ureña, todos, incluyendo a Caso, miembros de El Ateneo.[112] A partir del ejemplo de Caso comenzaron a ofrecerse otros cursos "libres": uno fue de literatura inglesa, otro de francés y uno más de matemáticas, impartidos por Joaquín Palomo Rincón, Jean Mane Dupuy y Sotero Prieto, con alrededor de treinta, noventa y veinticinco estudiantes, respectivamente. Además, algunos de los cursos de especialización de medicina comenzaron a ser ofrecidos por Altos Estudios.[113]

La llegada de Pruneda y Reyes, el curso de Caso sobre filosofía y los de literatura inglesa y francés prueban que fue a partir de mediados de 1912 cuando

Altos Estudios se convirtió en una escuela de humanidades, lo que se confirma con el hecho de que Reyes, tan pronto fue nombrado secretario, creó la sección de lengua nacional y literatura, con participación suya y de Jesús Acevedo, Antonio Caso, Ezequiel Chávez, Pedro Henríquez Ureña, Carlos M. Lazo, Federico Mariscal y Mariano Silva y Aceves, casi todos también ateneístas.[114] Aparte de dos o tres cursos de especialización para médicos y de los cursos "libres" de matemáticas y química de Sotero Prieto y Adolfo Castañares, las ciencias exactas, antes la sección fundamental, decayeron abruptamente: cursos de física y biología, por Góngora y Alfonso L. Herrera, fueron rechazados o pospuestos.[115] Es indudable que el proyecto de Sierra y Chávez fue modificado para evitar que el comportamiento de la escuela fuera otra vez balbuceante y deficiente. Además de la creciente importancia de las humanidades y de la sustitución de prestigiosos académicos extranjeros por jóvenes intelectuales mexicanos, está claro que desde mediados de 1912 Altos Estudios pasó a ser una institución de difusión cultural en lugar de una de investigación científica. Así, a pesar de lo prometido por Sierra y Chávez, no produciría nuevos conocimientos, sino que divulgaría ciertos temas: el mismo Reiche impartió una serie de lecturas "populares" sobre biología.[116]

Es indiscutible que Altos Estudios fue, en el largo plazo, fundamental para el progreso educativo nacional; sin embargo, en el corto resultó un fracaso. Incluso la máxima autoridad universitaria lo reconoció abiertamente: según el rector, su objetivo principal era convertirse en un centro de estudios de posgrado, y argumentaba que no había sido creada para otorgar diplomas de licenciatura como las otras escuelas profesionales, sino para completar el aprendizaje en ciertas disciplinas y para ofrecer diplomas de posgrado;[117] sin embargo, para lograrlo era imprescindible contar con programas auténticos y no sólo con cursos "libres" y "extraordinarios", necesariamente desarticulados. Cuando Reyes y sus amigos ateneístas crearon la sección de lengua nacional y literatura, diseñaron un auténtico programa, con dura disciplina, de entre dos y tres años de duración, pero en lugar de obtener un título de posgrado los estudiantes recibirían un diploma que certificara su capacidad para enseñar dichas materias.[118] Gracias a Pruneda, Reyes y Caso, entre otros, Altos Estudios revivió en la segunda mitad de 1912 y a principios de 1913, tornándose una institución activa. Sus mayores méritos los alcanzaría durante el resto del decenio revolucionario, al satisfacer los intereses extracurriculares de numerosos estudiantes, posibilitar el inicio docente de los principales jóvenes intelectuales de la época y ofrecer las primeras licenciaturas en materias humanísticas.

La influencia de una contingencia no puede ser exagerada. Además de por la

muerte de Parra, la nueva orientación de la escuela fue impuesta por la falta de recursos económicos. Desde la salida de Sierra y Chávez había sido objeto de fuertes críticas de influyentes políticos: primero el ministro Vázquez Gómez exigió la elaboración de programas completos,[119] y a mediados de 1912 los famosos diputados José María Lozano y Francisco de Olaguíbel se opusieron elocuentemente al subsidio federal a Altos Estudios: Lozano argumentó que la escuela era completamente inútil; Olaguíbel la acusó de ser para la élite y demandó que dichos recursos fueran destinados a la creación de más escuelas elementales a todo lo largo del país.[120] Como defensa se argumentó que tales ataques tenían razones personales y políticas; se dijo, por ejemplo, que Lozano y Olaguíbel habían sido despedidos de la Universidad Nacional, de la que eran profesores, y que su objetivo era hacer labor obstruccionista por su irreductible oposicionismo a Madero.[121] Como quiera que fuese, no por ser ciertos tales motivos sus críticas decaían en valor y oportunidad.

Altos Estudios también recibió duras críticas de la comunidad académica más tradicionalista, como lo prueba que los positivistas ortodoxos Agustín Aragón y Horacio Barreda formaran la Confederación Cívica Independiente y formalmente solicitaran que el Congreso Federal disolviera la escuela. Por otra parte, Altos Estudios y la Universidad Nacional en su conjunto fueron defendidos por Félix Palavicini y Alfonso Cabrera, en contra de otros diputados como Serapio Rendón y Demetrio Sodi, que apoyaron a Aragón y a Barreda y votaron por la disolución de Altos Estudios, argumentando que era costosa e innecesaria.[122] La solicitud de Aragón y Barreda fue rechazada y Altos Estudios pudo sobrevivir; sin embargo, puesto que las críticas eran sensatas y los enemigos de la escuela numerosos, el subsidio para el año fiscal de 1912-1913 fue disminuido. Por lo tanto, además de los problemas que tenía, Altos Estudios tuvo que enfrentar desde entonces graves carencias económicas.[123] Desapareció así la posibilidad de contratar a profesores residentes en el extranjero o de patrocinar investigación científica, y se le incapacitó hasta para contratar profesores mexicanos regulares, quedando limitada a conseguir profesores “libres”, gratuitos, lo que era una opción peor que incierta. En resumen, las humanidades desplazaron a las ciencias exactas a partir de 1912, gracias en buena medida, a su menor costo.

La comparación entre la situación de Altos Estudios a finales de 1910 respecto a la de finales de 1912 es conmovedora y esclarecedora: no sólo pasó de científica a humanística, sino que en un primer momento había sido la escuela favorita y dos años después vio amenazada su existencia: aunque no fue clausurada, devino la escuela menos favorecida. Si en 1867 había habido una

gran transformación en el sistema educativo nacional, quedando el positivismo como doctrina pedagógica dominante y la Preparatoria como su principal dependencia, en 1910 Sierra hizo su reforma, pedagógica e ideológicamente mucho más tolerante y plural, y con la Universidad y Altos Estudios como instituciones fundamentales. Indiscutiblemente, al margen de su impacto a mediano y largo plazos, la gran importancia atribuida a la segunda decayó rápidamente. Su pronta transformación en una institución dedicada principalmente a la pedagogía muestra la verdadera situación, naturaleza y necesidades de la educación humanística universitaria del México de entonces.[124]

Aquellas críticas de 1912 fueron dirigidas tanto a Altos Estudios como a la Universidad Nacional. El diputado Lozano aseguró que la creación de la Universidad Nacional sólo tenía objetivos políticos inmediatos, como mejorar la imagen internacional del país durante las celebraciones del centenario, y el diputado Olaguíbel dijo que su fundación había pretendido la satisfacción del sueño de un ministro. Irónica pero significativamente, los ataques a la Universidad Nacional y a Altos Estudios provinieron de personas ligadas política o intelectualmente al porfiriato: José María Lozano se graduó en Jurisprudencia en 1904 y fue uno de los pocos en alcanzar altos puestos políticos a pesar de su juventud, gracias a que abandonó su reyismo temprano para ligarse a Rosendo Pineda, lo que le permitió tener gran participación en la campaña reeleccionista de Díaz y Corral en 1909 y 1910. Olaguíbel también fue reeleccionista y diputado antimaderista; los dos, junto con Nemesio García Naranjo, también crítico de la situación cultural y educativa durante el maderismo, formaron el famoso grupo oposicionista del “cuadrilátero” en la XXVI Legislatura; Olaguíbel era, además, un delicado poeta y un gran orador.[125] A su vez, Horacio Barreda era hijo de Gabino, el padre del positivismo mexicano y creador de la Escuela Nacional Preparatoria;[126] Agustín Aragón era un caso distinto: ingeniero nativo de Morelos, había sido profesor en su escuela por un breve periodo a finales del porfiriato y había desempeñado varios encargos político-burocráticos estando afiliado al grupo reyista; cuando éste desapareció se hizo maderista. Positivista ortodoxo pero con preocupaciones sociales y agrarias, posteriormente colaboraría con el gobierno de la Convención.[127]

No todas las críticas a la Universidad Nacional o a Altos Estudios tuvieron motivos políticos o ideológicos. Salvador Altamirano, egresado de Ingenieros, profesor en la Preparatoria y miembro del Consejo Universitario, aceptó que dichas críticas eran parcialmente válidas, y alegó que la Universidad Nacional estaba demasiado ligada a la política; que los profesores y estudiantes carecían

del espíritu de pertenencia a una comunidad universitaria; que las diferentes escuelas permanecían tan independientes y desintegradas como antes, y que la creación de la Universidad Nacional en 1910 no había servido para mejorar la calidad de la educación profesional. Sin embargo, a diferencia de los otros críticos, Altamirano no pidió su supresión sino que propuso varias "reformas radicales", tales como la construcción de un *campus* en las afueras de la ciudad, financiable con la venta de las antiguas e inadecuadas —aunque céntricas— instalaciones; la creación de un auténtico cuerpo de profesores, con docentes bien remunerados de dedicación completa y el cobro de colegiaturas a los estudiantes. Además, Altamirano propuso la exclusión de la Preparatoria y la creación de carreras modernas, con la misma o mayor importancia que las existentes. Por último, pidió a todos los miembros de la comunidad, incluyendo al rector, que abandonaran su actitud pasiva e intentaran crear una institución más vital. Más que como visionario, Altamirano pensaba a partir de su reciente experiencia como estudiante de posgrado en una prestigiosa universidad estadunidense;[128] en todo caso, fue premonitorio de la reorientación que con el tiempo habría de tomar la Universidad Nacional.

Si las recomendaciones de Altamirano, constituían una alternativa, las críticas de Lozano, Olaguíbel, Aragón y Barreda eran egoístas y algo injustas e ingenuas, pero muy peligrosas. El subsidio para la Universidad Nacional fue aprobado por 83 votos a favor y 68 en contra; esto es, por una decena de votos, para lo que seguramente influyó que varios miembros de la XXVI Legislatura hubieran sido recientemente universitarios, como por ejemplo Alfonso Cabrera, Alfonso Alarcón, el duranguense Rodrigo Gómez Torín, Luis Jasso y el mexiquense Guillermo Ordorica.[129] Probablemente algunos de los que votaron en contra lo hicieron más contra Madero que contra la Universidad Nacional; del mismo modo, no todos los que votaron a favor eran partidarios de la institución, sino que lo hicieron para evitar una probable oposición estudiantil al régimen, preocupados porque las manifestaciones por el caso Ugarte todavía eran recientes. Con todo, de haber triunfado la negativa, la comunidad universitaria difícilmente se hubiera opuesto. Con la excepción de Ezequiel Chávez y Antonio Ramos Pedrueza, ambos diputados, los profesores y estudiantes permanecieron impávidos ante los ataques al subsidio.[130] Probablemente la causa fuera que sabían que las amenazas iban dirigidas contra el pequeño aparato administrativo llamado rectoría y contra la Escuela de Altos Estudios, que no tenía suficientes profesores o estudiantes para defenderla. De haber triunfado la oposición legislativa al presupuesto, las escuelas profesionales habrían vuelto a la sectaria situación anterior a septiembre de 1910, la cual mucha gente añoraba después de

dos años de experiencia insatisfactoria. Para cualquiera era un signo ominoso y terrible que una institución nacida con tantos elogios hubiera ganado demasiados enemigos en tan corto tiempo. Para permanecer debía luchar y cambiar.

Notas al pie

[1] FIP y BA, c. 278, exp. (1) 59, f. 3. El día 25 Vera había sido informado de que Díaz lo había elegido para el puesto debido a sus “habilidades, patrióticos servicios y honorables antecedentes”. Cf Enrique Creel, secretario Relaciones Exteriores, a Jorge Vera Estañol, 25 de marzo de 1911, en *ibid*., f. 5. Véase también *BIP* XVII, p. 19.

[2] *El Imparcial*, 28 de marzo de 1911. Dos semanas después Vera pidió a las autoridades de todas las escuelas universitarias y profesionales de la ciudad que informaran cabalmente sobre su organización, programa, cuerpo profesoral, etc. *Ibid.*, 14 de abril de 1911.

[3] Vera aseguró que aceptó el puesto porque Díaz se comprometió a una política “liberal” y “progresista”. Jorge Vera Estañol, secretario de Instrucción Pública, a Francisco León de la Barra, secretario de Relaciones Exteriores, 24 de mayo de 1911, en *BIP*, XVII, p. 113. En una carta de Vera al director de *El Universal*, de noviembre de 1917, hace una breve autobiografía política e ideológica: se dice partidario de la educación de “las grandes masas” y contrario a la “alta educación de una aristocracia intelectual”; además, insistió en que nunca había sido porfirista, pero que había participado en aquel último gabinete para “colaborar en el planteamiento de las mismas reformas que demandaba la Revolución”. Cf. Archivo Francisco León de la Barra, impresos, carpeta 2, legajo 184 (en adelante AFLB).

[4] Pablo Macedo, director de Jurisprudencia, ajusto Sierra, secretario Instrucción Pública, 12 de agosto de 1910, FUN, RR, 3, exp. 35, f. 818. Ezequiel Chávez, subsecretario Instrucción Pública, a Macedo, 30 de julio de 1910, *ibid.*, f. 823.

[5] *BIP*, XVII, p. 20. Julio García había sido profesor en el Colegio del Estado de Guanajuato desde 1882, y su director hacia 1900; posteriormente fue profesor de derecho civil en la Escuela de Jurisprudencia de la ciudad de México. Véase FUN, RR, c. 3, exp. 35, f. 825; c. 4, exp. 63, f. 1468.

[6] Véase FIP y BA, c. 278, exp. (1) 46, ff. 1 y 3. El joven poeta Rafael López también laboraba como asistente de Sierra y Urbina, pero pronto fue removido. Véase *ibid*., c. 304, exp. 11, f. 1.

[7] *BIP*, XVII, p. 113,

[8] *La Actualidad*, 20 de junio de 1911. *El Imparcial*, 4 de junio de 1911.

[9] FIP y BA, c. 278, exp. 1 (59), f. 8. *BIP*, XVII, p. 116.

[10] Las críticas de Vázquez Gómez al positivismo fueron publicadas en el periódico católico *El Tiempo* y tuvieron una gran repercusión política y cultural. Desafortunadamente, sus memorias no tratan estos asuntos. Véase Francisco Vázquez Gómez, *Memorias políticas, 1909-1913*, México, Imprenta Mundial, 1933. En el Archivo Histórico de la UNAM se conservan numerosos papeles del Consejo Superior de Educación; agradezco a la señora Dora Rodríguez de Pinzón la ayuda que me brindó para consultarlos.

[11] FIP y BA, c. 279, exp. (2) 75, ff. 7-10. *BIP*, XVIII, p. 117. *El País*, 15 de mayo de 1910. La mancuerna venía de tiempo atrás: en 1909 Vázquez Gómez había sido el presidente, y López Portillo el vicepresidente, de la más importante organización reyista, el “Club Soberanía Popular”. Cf. *DHBRM*, II, p. 683.

[12] Francisco Vázquez Gómez, secretario Instrucción Pública, a Joaquín Eguía Lis, rector UN, 9 de junio de 1911, FUN, RR, c. 4, exp. 57, ff. 9, 12. Véase también *BIP*, XVIII, pp. 191-192.

[13] FUN, RR, c. 4, exp. 63, ff. 145-146. *El Imparcial*, 1 de julio de 1911. Henríquez Ureña era un joven escritor dominicano avecindado en México desde 1906, que influía en los grupos culturales juveniles y estudiaba en Jurisprudencia a regañadientes. Su relación con Caso era competitiva y llegó a agravarse considerablemente; sin embargo, su recatada postura ante el conflicto entre Vázquez Gómez y Caso puede explicarse por su condición de extranjero. Una descripción de su estancia en el país se halla en Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989.

[14] FUN, RR, c. 4, exp. 56, ff. 1150 y 1154; c. 5, exp. 73, f. 2069.

[15] *El Imparcial*, 29 de junio; 2 de julio de 1911.

[16] *El Heraldo*, 28 de junio de 1911. *El Imparcial*, 1 de julio de 1911.

[17] FUN, RR, c. 2, exp. 21, ff. 425 y 428-429. *Diaño Oficial*, 9 de enero de 1911, p. 105, en *ibid.*, f. 428. *BIP*, XIX, p. 95; XXI, p. 302. *El Imparcial*, 25 de octubre de 1910; 8 de enero de 1911.

[18] "Apuntes de la Sección Universitaria para el próximo mensaje presidencial", 10 de agosto de 1911, en FIP y BA, c. 284, exp. 13 (4), f. 5. "Memorándum de los principales acuerdos de la Sección Universitaria", 28 de octubre de 1911, *ibid.*, f. 57. Véase también *BIP*, XVIII, pp. 180-190.

[19] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, en *ibid.*, XXI, pp. 293, 300, 304, 306, 309-311. Véase lo referente en los informes de labores de la Preparatoria, Medicina, Ingenieros y Bellas Artes, en *ibid.*, XIX, pp. 79, 537, 952 y 1061. *La Actualidad*, 7 de julio de 1911. *El Imparcial*, 10 y 12 de julio de 1911. *El País*, 13 de septiembre, 30 de noviembre de 1911.

[20] Francisco Vázquez Gómez, secretario Instrucción Pública, a Manuel Flores, director de la Preparatoria, 24 de junio de 1911, en FUN, RR, c. 4, exp. 56, f. 1139; Joaquín Eguía Lis, rector UN, a Manuel Flores, 17 de julio de 1911, en *ibid.*, f. 1141. *La Actualidad*, 14 de julio de 1911. En la caja 29 del archivo de Silvestre Terrazas, que se localiza en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley, se puede encontrar la correspondencia entre Terrazas y García cuando en 1909 y 1910 éste fue abogado del periodista opositor chihuahuense. Todavía en 1927 García le envió un artículo para su publicación en el nuevo *El Correo de Chihuahua*, sobre el problema de los indios yaqui.

[21] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1462. El subdirector, Erasmo Castellanos Quinto, también fue removido. Véase FIP y BA, c. 284, exp. 15 (4), f 59.

[22] Francisco Vázquez Gómez, secretario Instrucción Pública, a Alfonso Pruneda, 26 de septiembre de 1911, *ibid*., c. 304, exp. 10, f. 1. *Ellmparcial*, 1-2 de julio y 20 de agosto de 1911.

[23] Manuel Flores nació en 1853 en Guanajuato. Médico de profesión, había sido director de la Preparatoria Nacional en 1901 y 1910, primero como interino y luego de manera definitiva. Fue diputado al Congreso de la Unión por veinte años y uno de los más convencidos positivistas. Cf. Díaz Zermeño.

[24] "Memorándum principales acuerdos", 28 de octubre de 1911, FIP y BA, c. 284, exp. 13 (4), f. 59. Véase también *ibid.*, c. 278, exp. (1) 44, ff. 1-4.

[25] Pablo Macedo había sido profesor de legislación penal desde 1877, pero solicitaba constantes licencias para poder desempeñar los innumerables encargos públicos que se le hacían. Aunque había renunciado a su cátedra desde 1890, fue hecho director de Jurisprudencia en 1903, situación que aprovechó para volver a impartir clases en 1905. En términos políticos fue un influyente 'Científico' y un leal porfirista: diputado de 1877 a 1882 y de 1892 hasta la caída de Díaz, fue, junto con Justo Sierra, delegado del gobierno mexicano en el Congreso Hispano-Americano de Madrid. En abril de 1911 dejó la dirección con una licencia para desempeñarse en la Agencia Financiera en Londres. Su hermano Miguel, considerablemente más joven, desde 1884 acostumbró suplirlo hasta que obtuvo una plaza hacia 1890. De otra parte, desde mediados de 1910 era uno de los notables del Consejo Superior de Educación. Cf. FEP, núms, 20736 y 19766. Véase también Roberto Hernández Santamaría, "Miguel S. Macedo. Forja y temple de abogados", en *Revista de Investigaciones Jurídicas*, México, Escuela Libre de Derecho, núm. 8, 1984, pp. 21-67.

[26] AFLB, imp., c.2, leg. 173; *El Correo Español*, 30 de marzo; 28 de abril de 1911. *El Imparcial*, 12-14, 28 de abril de 1911. El michoacano Pimentel, educado en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo, había sido director de las revistas *La Escuela Moderna* y *El Niño Mexicano*, y valias veces miembro del Consejo Superior de Educación. Cf. FEP, núm. 19670.

[27] Memorándum a Jorge Vera Estañol, en FUN, RR, C. 4, exp. 63, f. 1470. Vera alegó que estaba de licencia en ambos cursos —véase la nota 8— y que la decisión de las autoridades se fundaba en motivos personales, lo que obviamente fue negado por Vázquez Gómez. Véase *El Imparcial*, 25 y 28 de junio de 1911. Para lograr el control político de Jurisprudencia, Vera contaba con Julio García, su subsecretario y

efímero director de la escuela. Véase FIP y BA, C. 284, exp. 13 (4), f. 59. *El Imparcial*, 3 de junio de 1911.

[28] *Ibid.*, 2 de julio de 1911.

[29] AFLB, imp., c.2, leg. 173. *La Actualidad*, 7 y 19 de julio de 1911. *El País*, 13 de septiembre; 30 de noviembre de 1911.

[30] "Memorándum principales acuerdos", 28 de octubre de 1911, en FIP y BA, c. 284, exp. 13 (4), f. 57. Además, dicha oposición surgió después de la renuncia de Vázquez Gómez. Véase *El País*, 23 de diciembre de 1911.

[31] "Apuntes próximo mensaje presidencial", 10 de agosto de 1911, en FIP y BA, c. 284, exp. 13 (4), f. 5. *El Imparcial*, 26 de junio; 28 de julio; 29 de agosto de 1911. Véase también *BIP*, XVIII, pp. 206-208, 586.

[32] Manrique recibió una beca; Alfonso Cabrera fue nombrado ayudante del inspector médico de la Preparatoria; Siurob fue nombrado ayudante de profesor, y Castillo Nájera quedó de practicante en el Hospital General. Véase FUN, RR, c. 3, exp. 51, ff. 1034-1035; c. 4, exp. 63, f. 1443. fea, núms. 302, 1081 y 3610. *El País*, 26 de noviembre de 1911.

[33] Informe de labores del rector, septiembre 1910 a septiembre 1912, en *BIP*, XXI, pp. 293, 302-303.

[34] El Imparcial, 28 de julio de 1911. *El País*, 9, 18, 22 y 29 de septiembre; 7, 17 y 29 de octubre de 1911. Como en muchos casos, su prestigio académico estaba sobrevaluado; cuando fue profesor en la Preparatoria, a principios de siglo, se destacó por su ausentismo. Cf. Fondo Escuela Nacional Preparatoria, libro 585.

[35] *El País*, 27-28 de octubre de 1911.

[36] Vázquez Gómez solicitó una licencia en su cátedra de patología quirúrgica. Véase AFVG, c. 28, exp. 4, f. 232. Véase también FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1473.

[37] *El Imparcial*, 20 de octubre de 1910. La Sección Universitaria sustituyó a la de Educación Secundaria, Preparatoria y Profesional; su primer director fue el doctor Alfonso Pruneda.

[38] *El Imparcial*, 21 de agosto de 1910.

[39] Justo Sierra, *oc.*, V, pp. 460-461. Eguía era uno de los pocos a los que Sierra llamaba "maestro".

[40] Para algunos datos biográficos de Eguía, véase FIP y BA, c. 295, exp. 40, f. 2. Véase también Manuel Miranda Marrón, *Apuntes biográficos del Maestro D. J. Eguía Lis*, México, 1909.

[41] *El Imparcial*, 18 y 21 de agosto de 1910.

[42] FUN, RR, c. 4, exp. 56, f. 1139.

[43]Joaquín Eguía Lis, rector un, ajusto Sierra, secretario Instrucción Pública, 5 de diciembre de 1910, en *ibid*c. 3, exp. 46, ff. 962 y 966; véase también exp. 43, ff. 932 y 934. *El Imparcial*, 30 de octubre de 1910.

[44] Artículos 6 a 8 de la Ley Constitutiva de la Universidad Nacional. Véase también Joaquín Eguía Lis, rector un, a Justo Sierra, secretario Instrucción Pública, 5 de diciembre de 1910, en FUN, RR, c. 3, exp. 50, f. 1009.

[45] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, en *BIP*, XXI, pp. 290-297. Véase también FUN, RR, c. 4, exp. 56, ff. 1152, 1155, 1158 y 1166.

[46] Informe de labores de Medicina, junio de 1910 a enero de 1912, en *BlP* XIX, pp. 75-76. Informe de labores de Preparatoria, julio de 1911 a marzo de 1912, *ibid.y* p. 538.

[47] El mejor ejemplo es el de Jurisprudencia: en un primer momento, además de Pablo Macedo, miembro del consejo por ser director de la escuela, participaron como profesores electos Joaquín Eguía Lis y Emilio Pardo. Los tres fueron pronto sustituidos: Macedo por renunciar, Eguía Lis por haber sido designado rector y Pardo porque falleció. Los sustitutos fueron, respectivamente, Victoriano Pimentel, Julio García y Demetrio Sodi. Sin embargo, García fue hecho subsecretario de Instrucción Pública y Sodi secretario de Justicia, por lo que ambos tuvieron que dejar el consejo. Miguel Díaz Lombardo fue elegido

para sustituir a Sodi, pero menos de un año después Madero lo nombró secretario de Instrucción. Los cambios siguieron sucediéndose por un buen tiempo; para colmo, el delegado estudiantil sólo duraba un año en el cargo, lo que agravaba la falta de estabilidad en el Consejo Universitario.

[48] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 295.

[49] Informe de labores de Preparatoria, julio de 1911 a marzo de 1912, *ibid.*, XIX, p. 551. Informe de labores de Medicina, 1912, *ibid*., XXI, p. 345.

[50] Las críticas de Sierra a la Real y Pontificia se encuentran en su famoso discurso de inauguración. Véase Sierra, *OC*, V, pp. 453-456.

[51] El historiador Francisco del Paso y Troncoso, por largo tiempo comisionado en España, había sido designado representante de la Universidad Nacional en el congreso; sin embargo, no pudo asistir ni fue remplazado. Véase FIP y BA, c. 283, exp. 8 (37), f. 1; c. 276, exp. 25, ff. 4 y 7. Véase también FUN, RR, c. 4, exp. 61, f. 1363.

[52] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 288.

[53] *Ibid*., pp. 316-319.

[54] Varios autores, *El palacio de la Escuela de Medicina*, México, UNAM, 1983, pp. 54-55, 89-90, 129-148.

[55] En 1910 Jurisprudencia tenía 156 estudiantes; Ingenieros, 231, y la sección de Arquitectura de Bellas Artes, 31. Mientras tanto, Medicina tenía 398, veinte menos que todas las demás juntas. Véase Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, pp. 306, 309-311. Otras fuentes asignan 165 a Jurisprudencia. Cf. *ibid*., XV, p. 273. En 1911 ésta tuvo 277 estudiantes; Ingenieros, 202; Altos Estudios, 136, y Medicina, 541. Véase “Datos para mensaje presidencial", agosto de 1912, en FIP y BA, c. 284, exp. 1 (4), f. 18.

[56] El arquitecto encargado era Samuel Chávez, hermano de Ezequiel, subsecretario de Instrucción. Véase *BIP*, XVI, pp. 669-686.

[57] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 147. Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 310, Informe de labores de Medicina, junio de 1910 a enero de 1912, *ibid*., XIX, p. 77. *El Imparcial*, 8 de enero; 21-23, 29 de abril; 1, 2, 4, 6-7, 9, 13, 17, 19 de mayo; 22 de agosto de 1911. *Nueva Era*, 22 de junio de 1912.

[58] Tal parece que el plan de estudios había sido reformado a finales de 1906. Véase Informe de labores de Medicina, 1912, *BIP*, XXI, p. 350.

[59] El programa puede consultarse en *ibid*., XIX, pp. 49-51.

[60] Memorándum director de Medicina, en FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1477. Véase también *El País*, 23 de diciembre de 1911.

[61] *El Correo Español*, 24 de abril de 1912. *El Imparcial*, 25, 27-28, 30 de abril de 1912. Para los datos curriculares de Caraza, Cf. FEP, núm. 6 679. También había sido jefe del cuerpo médico de la Secretaría de Guerra.

[62] *El Imparcial*, 16 y 27 de julio de 1912. Urrutia enseñaba terapéutica quirúrgica. Cf. FEP, núm. 1905. El desarrollo del conflicto en FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1472.

[63] *Nueva Era*, 28 de enero y 4 de febrero de 1913. Manrique, participante destacado en el congreso estudiantil de 1910 y luego abierto maderista —posteriormente fue figura clave en el proceso posrevolucionario en su natal San Luis Potosí—, aseguró que la llegada de Urrutia iniciaba una “nueva era” para Medicina.

[64] “Datos para mensaje presidencial”, agosto de 1912, en Firy ba, c. 284, exp. 1 (4), f. 26. *El Imparcial*, 12 de julio de 1911. *Nueva Era*, 3 de mayo de 1912 y 3 de febrero de 1913.

[65] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912; *BIP*, XXI, p. 306. Informe de labores de Jurisprudencia, mayo de 1910 a junio de 1911, *ibid.*, XVIII, p. 202. Informe de labores de

Jurisprudencia, marzo de 1912 a febrero de 1913, *ibid.*, XXI, p. 337. *El Imparcial*, 3 de junio de 1911; 8 de enero de 1912. *Nueva Era*, 9 de febrero de 1913.

[66] Vera y Sodi fueron ministros de Instrucción Pública y Justicia, respectivamente; García y Macedo fueron subsecretarios de Instrucción y Gobernación. Además, García decidió después contender por la gubernatura de su natal Guanajuato. Cf. AFLB, imp., c. 2, leg. 173.

[67] FIP y BA, c. 280, exp. 3-21 (145) f. 1, FUN, RR, c. 4, exp. 63, ff. 1468, 1470. Informe de labores de Jurisprudencia, mayo de 1910 a junio de 1911, *BIP*, XVIII, pp. 203-204. Informe de labores de Jurisprudencia, marzo de 1912 a febrero de 1913, *ibid*., XXI, pp. 330-340. *El Imparcial*, 7 de abril; 4 de junio de 1911; 24 de julio y 22 de octubre de 1912. *El País*, 22 de octubre; 11 de noviembre de 1911.

[68] "Relación puntos principales despachados", 23 de febrero de 1912, FIP y BA, c. 284, exp. 14, f. 15. Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 307.

[69] Emilio Pardo había sido condecorado como doctor *ex officio* cuando la creación de la Universidad Nacional, y luego había sido elegido para representar a su escuela en el primer Consejo Universitario. Véase FUN, RR, c. 3, exp. 54, f. 1124; c. 4, exp. 63, f. 1452. Informe de labores de Jurisprudencia, mayo de 1910 a junio de 1911, *BIP*, XVIII, p. 201. *Ellmparcial*, 15 y 20 de enero de 1911. Victoriano Salado Álvarez, quien presumía de ser uno de los pocos amigos de Pardo, asegura que en derecho internacional éste "lo sabía todo" y que además era "el consultor del general Díaz para los muchísimos asuntos en que se le nombraba árbitro". Cf. *Memorias. Tiempo Nuevo*, México, Ediapsa, 1946, p. 232.

[70] Informe de labores de Jurisprudencia, marzo de 1912 a febrero de 1913, *BIP*, XXI, p. 340. *Nueva Era*, 1 de junio de 1912.

[71] Manuel Flores fue el primer director de la sección Enseñanza Primaria y Normal. Para otros datos véase la nota 23.

[72] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1465. *La Actualidad*, 15 de junio de 1911. *El Imparcial*, 14 de junio de 1911. Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, p. 382.

[73] *El Imparcial*, 24 de junio de 1911. Los datos biográficos de Schulz en FUN, RR, c. 6, exp. 84, ff. 2409-2411; también en DHBRM, II, p. 801. Acaso sus numerosos empleos en la administración porfirista provocaron la desconfianza y el recelo de Vázquez Gómez.

[74] FUN, RR, *ibid.*, c. 3, exp. 35, ff. 814-815. Véase también *ibid.*, c. 4, exp. 63, f. 1462. *La Actualidad*, 10 de julio de 1911. *El Imparcial*, 8 de julio de 1911.

[75] Informe de labores de Preparatoria, julio de 1911 a marzo de 1912, *BIP*, XIX, p. 535.

[76] *Ibid.*, XIX, pp. 535, 537 y 552. Informe de labores de Preparatoria, 1912, *ibid.*, XXI, pp. 328, 330 y 332. *El Español*, 16 de marzo de 1912. *El Imparcial*, 15-17 de marzo de 1912. Desde mediados de 1911, cuando se sustituyó a Manuel Flores, Gama había sido uno de los candidatos del gobierno para el puesto. Cf. *La Actualidad*, 29 de junio de 1911.

[77] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 311. *El País*, 3 de noviembre de 1910.

[78] FUN, RR, c. 4, exp. 63, ff. 1449-1450. Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 311. Informe de labores de Bellas Artes, julio de 1911 a enero de 1912, XXI, pp. 1061-1064. *La Actualidad*, 28 de julio de 1911. Orozco estaba lejos de ser un alumno ejemplar: estudió unos años en Agricultura y en la Preparatoria, para volver después, hacia 1906, a la Academia de San Carlos, donde años antes había tomado unas clases de pintura. Cf. *DHBRM*, IV, pp. 137-140.

[79] En ese 1912 Galindo y Villa era profesor en el Museo de Arqueología, Historia y Etnología, como sustituto de Genaro García. Véase FUN, RR, c. 4, exp. 61, ff. 1262-1263. *El Imparcial*, 28 de agosto y 16 de octubre de 1912.

[80] "Datos para mensaje presidencial", agosto de 1912, en FIP y BA, c. 284, exp. 1 (4), f. 26. Informe de labores de Ingenieros, mayo de 1910 ajunio de 1911, bip, XVIII, pp. 596-597, 600; Informe de labores, julio de 1911 a mayo de 1912, *ibid.*, XIX, pp. 952-958; Informe de labores, abril a noviembre de 1912,

ifóA.XXI, pp. 407,411.

[81] Luis Salazar estuvo vinculado a la política económica del porfiriato en tanto que intervino en la construcción y mantenimiento de importantes obras de infraestructura (carreteras, vías férreas, instalaciones portuarias y modernizaciones urbanas). Cf. FEP, núm. 19685. *El Imparcial*, 18 de agosto de l911 y l3 de agosto de 1912. Otro profesor de militancia maderista era Francisco Urquidi. Para datos sobre Pañi, véanse sus *Apuntes autobiográficos*, 2 vols., México, Librería de Manuel Por rúa, 1950.

[82] Artículo 2º de la Ley Constitutiva.

[83] Sierra, *OC* V, pp. 457-458.

[84] FIP y BA, c. 305, exp. 10, f. 1. *El Imparcial*, 2 de julio de 1910.

[85] FIP y BA, c. 284, exp. 14, f. 15. FUN, RR, c, 4, exp. 56, f. 1156; exp. 58, ff. 1177-1179. Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, pp. 294-295. A finales de la presidencia de Madero cambió su nombre a Escuela Odontológica Nacional. *Véase Nueva Era*, 18 de enero de 1913.

[86] FIP y BA, c. 284, exp. 13 (4), f. 5.

[87] "Datos para mensaje presidencial", agosto de 1912, *ibid.*, exp. (4), f. 26, *Nueva Era*, 25 de junio de 1912.

[88] En 1910 la Preparatoria tenía 991 estudiantes, en tanto que Jurisprudencia, Medicina, Ingenieros y Arquitectura tenían, juntas, 935.

[89] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 305.

[90] El único que apoyó a Vázquez Gómez fue el consejero Olmedo. Véase acta de la sesión del 4 de abril de 1910, en *BIP*, XIV, pp. 500-501.

[91] Cuando Parra murió, los principales participantes en el elogio fúnebre fueron Joaquín D. Casassús, Enrique Creel y Francisco León de la Barra, todos 'Científicos'. Véase *El Imparcial*, 17 y 19 de julio de 1912.

[92] Jorge Vera Estañol, secretario Instrucción Pública, al secretario de la Cámara de Diputados, 15 de mayo de 1911, en *BIP*, XVIII, p. 27.

[93] *Ibid.*, XVI, p. 76. El decreto data del 16 de noviembre de 1910.

[94] El discurso inaugural de Chávez, del 18 de septiembre de 1910, en *La Universidad Nacional de México* (1910), pp. 21-30. La afirmación de don Justo se encuentra en el discurso inaugural de la UN. Cf. Sierra, oc, V, pp. 447-462,

[95] Porfirio Parra, director Altos Estudios, ajusto Sierra, secretario Instrucción Pública, 16 de marzo de 1911, en FIP y BA, c. 305, exp. 21, ff. 1-2. Véase también FUN, RR, c. 4, exp. 62, f. 1399.

[96] Informe de labores de Altos Estudios, septiembre de 1910 a octubre de 1911, en *BIP*, XVIII, p. 610.

[97] *Ibid.*, XVI, pp. 77-78; *ibid.*, XVII, p. 59. *El Imparcial*, 10 y 19 de octubre de 1910; 1 de enero; 5 y 19 de febrero; 18 de mayo de 1911. Baldwin estuvo en ambas inauguraciones —Altos Estudios y Universidad Nacional— como representante de la Oxford University: ¿por qué no representó a su universidad, como lo hizo Boas?

[98] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 313. *Nueva Era*, 19 de mayo de 1912.

[99] Informe de labores de Altos Estudios, septiembre de 1910 a octubre de 1911, *BIP*, XVIII, pp. 607-608.

[100] Los profesores estadunidenses trajeron novedosas formas de evaluación, pues en lugar de los tradicionales exámenes, los estudiantes tuvieron que escribir un ensayo. Según Baldwin, el mejor fue el escrito por Genaro Fernández Mac Gregor, egresado para entonces de Jurisprudencia. Otra novedad fue la duración del curso: si el de Reiche fue semestral los otros fueron bimestrales. Cf. AHUNAM, Fondo

Escuela de Altos Estudios, caja 7, expediente 134, ff. 3820-3022.

[101] Porfirio Parra, director, Altos Estudios, a J. Sierra, secretario Instrucción Pública, 4 de noviembre de 1910, en *ibid.*, XVI, p. 82. Informe de labores de Altos Estudios, septiembre de 1910 a octubre de 1911, *ibid*., XVIII, pp. 604, 606.

[102] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *ibid.*, XXI, p. 313. Informe de labores de Altos Estudios, septiembre de 1910 a octubre de 1911, *ibid*., XVIII, p. 604. *El Imparcial*, 19 de octubre de 1910; 6 de julio de 1911.

[103] Informe de labores de Reiche, julio de 1911 a enero de 1912, *BIP*, XIX, p. 526. Informe de labores de Altos Estudios, septiembre de 1910 a octubre de 1911, *ibid.*, XVIII, pp. 603-604, 609. *El Imparcial*, 21 de enero de 1911.

[104] Alfonso Pruneda, director Altos Estudios, a Joaquín Eguía Lis, rector un, 11 de octubre de 1912, ahunam, Fondo Ezequiel Chávez, ramo universidad, caja 1, documento 79 (en adelante, FECH, ru). Francisco Pascual García, secretario un, a Pruneda, 12 de octubre de 1912, *ibid.*, doc. 75. Eguía Lis a José María Pino Suárez, secretario Instrucción Pública, 7 y 8 de noviembre de 1912, *ibid.*, docs. 73-74. *El Imparcial*, 13 de marzo de 1912.

[105] "Memorándum principales acuerdos", 28 de octubre de 1911, FIP y BA, c. 284, exp. 13(4), f. 59.

[106] Baldwin y Boas recibieron cuatro mil pesos por un curso de diez y de seis semanas, respectivamente, mientras que el director de Altos Estudios ganaba seis mil pesos anuales. Véase bip, XVI, pp. 77, 83; XVII, p. 59; XVIII, p. 620.

[107] "Se ha tenido la necesidad de llamar a un extranjero para que enseñe literatura patria a los nacionales'[1], *El Ahuizote*, 25 de mayo de 1912. Henríquez Ureña tenía un alto puesto en la oficina del rector y estaba muy involucrado en Altos Estudios. Más importante: era un auténtico conocedor de la literatura mexicana (recuérdese, por ejemplo, que había sido invitado por don Luis G. Urbina para que colaborara con él en la famosa *Antología del Centenario*, selección de la literatura escrita entre 1810 y 1821). Los trabajos y los días de Henríquez Ureña en México han sido reconstruidos, además de por Alfredo A. Roggiano, por Enrique Krauze en un ensayo titulado "El crítico errante", en *Memoria del segundo encuentro sobre historia de la Universidad*, México, UNAM, 1986, pp. 13-49. Una muestra de su interés y sabiduría en literatura mexicana es la antología preparada por José Luis Martínez: *Pedro Henríquez Ureña, estudios mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

[108] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP* XXI, p. 315. Véase también la nota 93.

[109] Fondo de la Escuela de Altos Estudios, c. 10, exp. 195, f. 5479. Informe de labores de Altos Estudios, julio de 1912 a enero de 1913, *BIP*, XXI, p. 321. *El Imparcial*, 17 y 23 de julio de 1912. Para el nombramiento del joven Reyes, véase kep, núm. 2 325.

[110] Pruneda había sido el primer jefe de la Sección Universitaria de la secretaría, en 1910. Véase FEP, núm. 577; véase también *DHBRM*, II, pp. 789-790.

[111] García Naranjo escribió un artículo periodístico muy sarcástico, titulado "Gedeón es menos dañoso que Alarico Pruneda en Altos Estudios", en el que aseguró que el nombramiento de Emiliano Zapata habría sido menos infamante, y que era preferible cerrar la escuela a confiarla a una "dirección impía". Cf. *El Ahuizote*, 3 de agosto de 1912.

[112] *El Imparcial*, 13 y 16 de marzo de 1912. *Nueva Era*, 28 de mayo; 1 y 11 de junio de 1912.

[113] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 314. Informe de labores de Altos Estudios, julio de 1912 a enero de 1913, *ibid*., pp. 322-332. *El Imparcial*, 19 de septiembre de 1912.

[114] El proyecto de Reyes fue aprobado después de la caída del gobierno de Madero. Véase Jorge Vera Estañol, secretario Instrucción Pública, a Ezequiel Chávez, director Altos Estudios, 28 de marzo de 1913, en *BIP*, XXI, pp. 325-332.

[115] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912; *ibid.*, p. 314; Informe de labores de Altos Estudios, julio de 1912 a enero de 1913, *ibid.*, pp. 322-323.

[116] Porfirio Parra, director Altos Estudios, a Miguel Díaz Lombardo, secretario Instrucción Pública, 7 de febrero de 1912, *ibid.*, XIX, p. 525. *Nueva Era*, 21 de mayo; 8 y 15 de junio de 1912.

[117] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, pp. 312-313, 315.

[118] El programa, los requisitos de ingreso y las condiciones disciplinarias fueron publicados en *ibid*pp. 326-328.

[119] José López Portillo, subsecretario Instrucción Pública, a Joaquín Eguía Lis, rector UN, 2 de septiembre de 1911, en *ibid*., XVIII, p. 601.

[120] *Historia de la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura Federal*, 6 vols., Diego Arenas Guzmán (comp.), México, INEHRM, 1961-1963, III, pp. 387-433 (en adelante, HCD, XXVI).

[121] *Nueva Era*, 11 de mayo de 1912.

[122] Un buen análisis de la actitud de la XXVI Legislatura respecto a la Universidad Nacional, en Josefina Mac Gregor, "La Universidad Nacional: ¿porfirista o revolucionaria?", en *Eslabones*, núm. 4, México, Sociedad Nacional de Estudios Regionales, julio-diciembre 1992, pp. 29-40.

[123] Informe de labores de Altos Estudios, julio de 1912 a enero de 1913, *BIP*, XXI, p. 321.

[124] La historiografía de Altos Estudios puede resumirse de la siguiente manera: el trabajo de Beatriz Ruiz Gaytán tiene el mérito de haber sido pionero, y el defecto de ser exageradamente complaciente; el de Patricia Ducoing contiene información valiosa pero limita su estudio a un aspecto —el pedagógico— de la institución; por los adelantos presentados, el trabajo más maduro y analítico promete ser el que Gabriela Cano está por concluir, como tesis de doctorado en historia, por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

[125] FUN, RR, c. 3, exp. 51, f. 1013. *DHBRM*, IV, pp. 117-118. Para las labores de Lozano y Olaguíbel como grupo político, véase Josefina Mac Gregor, *La XXVI Legislatura. Un episodio en la historia legislativa de México*, México, Instituto de Investigaciones Legislativas, 1983.

[126] Recuérdese que Horacio Barreda se había manifestado como acervo crítico de la Universidad Nacional y de Altos Estudios desde 1910, al igual que Agustín Aragón.

[127] fep, núm. 3 236. *DHBRM*, IV, pp. 317-318. Otro ejemplo de un positivista con filiación política reyista y con orientación social agrarista fue Andrés Molina Enríquez.

[128] Salvador Altamirano ajoaquín Eguía Lis, rector un, 4 de julio de 1912, FUN, RR, c. 5, exp. 73, ff. 2064-2069. fea, núm. 3 833.

[129] *DHBRM*, II, pp. 792, 954-955; III, p. 185. Gómez Torín había participado en el Partido Democrático; Ordorica había trabajado con Luis Cabrera, causa o consecuencia de su politización, y Jasso era moderadamente opositor a Madero, en tanto que miembro del grupo de liberales de Jesús Flores Magón, Juan Sarabia, Fernando Iglesias Calderón y Antonio Díaz Soto y Gama, quienes intentaron publicar su propio *Regeneración*, resultando sólo un remedo.

[130] *Nueva Era*, 12 de mayo de 1912. Félix Palavicini, influyente político en materias educativas, fue uno de los más involucrados en la defensa de un subsidio generoso para la Universidad Nacional. Véase su obra *Los diputados. Lo que se ve y lo que no se ve de la Cámara*, México, Tipografía El Foro, 1913, pp. 511-551.

IV. NUEVAS ACTIVIDADES Y VIEJAS PREFERENCIAS

VIEJOS AMORES

La pasividad de la comunidad universitaria ante las críticas a la institución y los ataques al presupuesto no correspondió al notable activismo político de los estudiantes durante 1912. Puede decirse que fue uno de los grupos más oposicionistas de toda la ciudad de México en ese año, en que estuvieron más interesados en asuntos políticos que en cuestiones académicas, activismo que implicaba un cambio radical respecto al apoliticismo de los veinte años anteriores. ¿Cuál fue la causa de dicho cambio? Numerosos estudiantes y profesores deseaban ingresar en el aparato gubernamental, y la política de Madero, más abierta y gregaria que la anterior, hizo viables varios procedimientos; además, no sólo se facilitó el acceso, sino que hubo abundancia de puestos por los espacios político-burocráticos dejados vacantes por 'Científicos' y reyistas. ¿Por qué, entonces, careció Madero del apoyo de aquellos a quienes beneficiaba? Pudo deberse a que, dado que súbitamente el oposicionismo tuvo libertades y posibilidades de triunfo, profesores y estudiantes acaso percibieron buenas probabilidades de triunfo de sus ídolos; además, seguramente vieron amenazados los favores otorgados por Díaz y Sierra a la educación superior; por último, para ellos Madero era un extraño y un peligroso albur en política. Resulta indiscutible que éstas fueron las principales causas de su oposición a Madero, pues prevalecieron sobre las ventajas que les traía la apertura del sistema político.

¿Fueron las movilizaciones estudiantiles de buena parte de 1912 continuación de las de finales de 1910? ¿Fueron secuelas del congreso estudiantil o de los motines yancófobos? ¿Tuvieron éstos una influencia prolongada entre los jóvenes? Aunque es cierto que a principios de 1912 los

estudiantes organizaron varias manifestaciones nacionalistas, en esta ocasión no fueron dirigidas contra Estados Unidos como país, sino contra la política exterior del gobierno de Madero. Asimismo, el congreso estudiantil, que aparentemente había tenido un profundo impacto en todos los estudiantes a lo largo y ancho del país, no pudo organizarse de nuevo a pesar de que así se había acordado. Varias causas explican la indefinida postergación del segundo congreso estudiantil: primero, de manera lenta pero clara las autoridades educativas empezaron a satisfacer las demandas estudiantiles, como lo prueba que a principios de 1911 los procedimientos de exámenes y control de asistencias fueran reconsiderados.[1] Además el movimiento quedó acéfalo, pues algunos de los principales líderes se graduaron, como Atilano Guerra, presidente del congreso, Jesús Acuña, Alfonso Alarcón y Alfonso Cabrera, creador de la idea;[2] otros obtuvieron empleos universitarios o recibieron becas, como el mismo Alfonso Cabrera, Francisco Castillo Nájera, Aurelio Manrique y hasta Alfonso Reyes, quien llegó a ser secretario de Altos Estudios antes de graduarse;[3] otros pasaron a participar en la política institucional, como los mencionados Cabrera, Castillo Nájera y Reyes, que fueron elegidos delegados estudiantiles en el Consejo Universitario;[4] por último, algunos pudieron participar en la política nacional, como Alfonso Alarcón y Alfonso Cabrera, diputados en la XXVI Legislatura.[5] Era "ley de vida": así como los jóvenes maduraban se hacían hombres, los dirigentes estudiantiles buscaron convertirse en políticos profesionales.

¿Cooptación maderista o satisfacción de sus demandas más profundas? Es indiscutible que la caída de Díaz abrió horizontes para los jóvenes más activos; entre ellos, para los líderes estudiantiles. Sin embargo, puesto que lo demandado en el congreso estudiantil ya era exigible desde otros espacios y mediante otros procedimientos, no había razón para limitarse a actuar en la política estudiantil. Otra causa para la posposición del segundo congreso fue la agria lucha que estalló entre los grupos estudiantiles organizados, especialmente entre las sociedades de alumnos y el Casino de Estudiantes contra la Unión Universal de Estudiantes. El creciente desprestigio de Atilano Guerra, que de presidente del congreso pasó a presidente del casino, también fue decisivo.[6] Obviamente, pudieron haber surgido —y surgieron— nuevos líderes. Sin embargo, lo más grave fue la nueva situación nacional, pues desde finales de 1910 los actos más triviales pero tradicionales —como corridas de toros y serenatas— eran cada vez menos exitosos, provocando la debilidad financiera de todos los grupos estudiantiles, lo que virtualmente impidió la organización y financiamiento de actos más importantes,[7] sobre todo ahora que los estudiantes no recibían el paternalista apoyo económico del gobierno para organizarios. Para colmo, la

caótica situación político-militar de varias regiones del país, como Chihuahua y Morelos, hacía imposible organizar una reunión de carácter nacional.

El decaimiento de la política estrictamente gremial se debió sobre todo a que con la democracia naciente y con la nueva actitud del gobierno hacia los jóvenes, los interesados en política no consideraron necesario esconder sus pretensiones de poder bajo el disfraz de demandas académicas. Aquellos con ambiciones políticas habían descubierto su fuerza y tratarían de colmarlas por métodos más directos. Por lo tanto, sería incorrecto creer que los estudiantes no organizaron un segundo congreso por debilidad; al contrario: tenían ya nuevos intereses o nuevos métodos para satisfacerlos. Así, tan pronto Díaz fue derrocado, profesores y estudiantes participaron en la política nacional por primera vez en mucho tiempo. Cierto es que en la segunda mitad de 1910 habían organizado un congreso que terminó siendo de oposición y provocaron algunos motines yancófobos. Sin embargo, acaso por el desplome del reyismo, su espacio político más natural, permanecieron al margen de la contienda electoral y de la lucha armada maderista. En efecto, su activismo político comenzó a mediados de 1911, contraviniendo las recomendaciones de que se concentraran en sus obligaciones escolares y desobedeciendo la prohibición de utilizar las instalaciones universitarias para actividades políticas, como lo prueba el que dicha disposición tuviera que ser repetida poco después con palabras amenazadoras,[8] cambio de tono que resultó insuficiente e inoportuno.

Era inevitable que profesores y estudiantes aprovecharan el inédito fenómeno de una elección presidencial libre, sobre todo porque prevalecía un ambiente de optimismo renovador y desde hacía dos años los temas dominantes en la opinión pública y en los medios de comunicación eran la sucesión de don Porfirio, la democracia, las elecciones y, en cierto sentido, el inicio de una nueva etapa de la vida nacional, dirigida por una generación no envejecida. Los candidatos en 1911 eran Madero —sin Vázquez Gómez como compañero de fórmula y sin la maquinaria reeleccionista como adversario—, y Bernardo Reyes, desprestigiado ante unos por no haberse resuelto a desafiar a Díaz y odiado por otros que lo culpaban de la inestabilidad y derrumbe del régimen porfirista. Junto a ellos competía el presidente interino, Francisco León de la Barra, apoyado por el Partido Católico Nacional, para vicepresidente de Madero aunque con autonomía y personalidad propia. Las actitudes y posturas de los universitarios fueron claras y previsibles: aunque las actividades y procedimientos les resultaron ciertamente novedosos, permanecieron fieles a sus preferencias.

De la Barra tenía muchos simpatizantes en la comunidad universitaria. Durante su mandato fue con frecuencia homenajeado por los estudiantes

mediante actos culturales y sociales,[9] pero lo significativo es que no lo hacían por su poder, pues su mandato sería breve, sino porque simpatizaban con su política: por ejemplo, algunos aplaudieron su decisión de licenciar al ejército maderista.[10] Fue apoyado también porque el Partido Católico Nacional encontró una amplia base de militantes y simpatizantes entre los miembros jóvenes de la comunidad, quienes formaron el Club Católico de Estudiantes —encabezado por Jorge Prieto Laurens, Luis Beltrán y Enrique M. Zepeda, entre otros—,[11] lo que resulta comprensible si se acepta que a pesar del positivismo, la ideología en verdad dominante entre los profesores y alumnos era el catolicismo, al menos numéricamente. En el caso de la Universidad Nacional sus dos funcionarios principales, el rector Eguía Lis y el secretario Pascual García, eran católicos fervientes; más aún, García estuvo activo durante la campaña electoral en favor de los católicos, hasta el grado de impartir una conferencia ante la Agrupación Electoral Independiente.[12] Además, la comunidad académica apoyó a De la Barra porque había sido parte de ella[13] y porque a pesar de la actuación de su ministro Vázquez Gómez había conservado una buena relación con la Universidad Nacional y con las demás escuelas profesionales. El delabarrismo de los universitarios explica el permiso excepcional otorgado a los exalumnos para usar un salón de clases de la Preparatoria para las reuniones en su favor.[14]

Bernardo Reyes conservaba muchos simpatizantes entre los profesores y estudiantes universitarios, no obstante que su popularidad había declinado abruptamente desde finales de 1909. ¿Quiénes eran esos reyistas todavía leales? El primero era su hijo Rodolfo, uno de los profesores más populares en Jurisprudencia y quien había atraído al reyismo tanto a colegas y alumnos como a condiscípulos en sus tiempos de estudiante.[15] Su otro hijo, Alfonso, sin ser político influyó en algunos de sus amigos, jóvenes escritores que abiertamente simpatizaron con el reyismo; aunque su participación debe haber sido parca y su influencia nula, Julio Torri y Mariano Silva y Aceves, compañeros de Alfonso en Jurisprudencia y en el Ateneo, se solidarizaron con él apoyando a su padre.[16] Aún así, para la comunidad académica el reyismo era mucho más que un efecto del carisma bonhomía de los hijos del afamado general, pues desde principios de siglo éste venía ofreciendo un sistema político abierto, que incorporaría a los sectores jóvenes de las clases medias urbanas, bandera que lo hizo extremadamente popular entre ellos. Sin embargo, Madero ofrecía lo mismo pero tenía mayores probabilidades de ganar las elecciones y de cumplir por ende sus promesas, lo que, junto con la negativa de Reyes a encabezar en 1909 un movimiento oposicionista auténtico, lo hicieron perder buena parte de sus apoyos. También es posible que los enfrentamientos de los estudiantes con

Vázquez Gómez, destacado exreyista, hayan disminuido el número de sus simpatizantes. De cualquier modo, en agosto de 1911 algunos de los líderes estudiantiles más importantes, como Jesús Acuña, Francisco Castillo Nájera, Rafael Lebrija, Octavio Paz, Luis Tornel y Gonzalo Zúñiga, entre otros, organizaron el Club Reyista de Estudiantes.[17] Pocas semanas después su hijo Rodolfo solicitó una licencia para ausentarse de la cátedra con el objeto de organizar la campaña electoral de su padre, en la que varios colegas y alumnos tuvieron puestos de importancia. Es más, a finales de año, cuando el reyismo intentó convertirse en un movimiento rebelde, se aseguró que varios jóvenes participaban en la conspiración, como Gonzalo Zúñiga, jefe del Comité Estudiantil, Juan Barragán y los hermanos Castillo Nájera, considerados especialmente "peligrosos".[18]

Aunque no contó con candidato presidencial, el Partido Evolucionista también atrajo a sectores importantes de la comunidad universitaria. Fue fundado por el destacado profesor en Jurisprudencia y efímero secretario de Instrucción Pública del último gabinete de Díaz, Jorge Vera Estañol, quien solicitó una licencia de su puesto docente para dedicarse completamente a la política. Por lo menos dos de sus miembros más importantes fueron universitarios —uno desde siempre y otro efímero—, Ezequiel Chávez y Luis Manuel Rojas, aunque se ha dicho que el partido estuvo dirigido "en su totalidad" por intelectuales. El Partido Evolucionista se formó sin mayores aspiraciones inmediatas, buscando tan sólo cooperar en la educación cívica del pueblo mexicano y posponiendo sus intereses para las elecciones legislativas siguientes, de mediados de 1912. Más que poder, la mayoría de sus miembros pretendía ejercer la crítica, proponer alternativas y ofrecer sus conocimientos y experiencia; esto es, convertirse en instructores y predicadores cívicos, actividad esencialmente política.[19]

Por su parte, algunos profesores y estudiantes de las escuelas universitarias crearon una organización con objetivos similares a los del Partido Evolucionista, pues no apoyaban a candidato alguno, pero pretendían instruir al pueblo en materia electoral. La idea fue propuesta por los profesores de Ingenieros Valentín Gama y Alberto J. Pañi, y fue recibida de manera entusiasta por los jóvenes, hasta el grado de formarse a finales de agosto de 1911 la Agrupación Democrática Educativa Estudiantil. ¿Fue en verdad una organización políticamente neutral? ¿Cómo habrían de enseñar y orientar sobre un tema que desconocían? Erróneamente, desde sus inicios dicha agrupación se comprometió también a velar por "la pureza" de todo el proceso, lo que la convertía en una organización no sólo instructiva, sino casi judicial y, por ende, conflictiva

políticamente. ¿A quién dirigían sus advertencias y amenazas? ¿Por qué el súbito interés por la limpieza de las elecciones? ¿Por qué no actuaron igual un año antes, durante la contienda entre Díaz y Madero, con numerosos y enormes vicios? ¿Iba la advertencia dirigida a León de la Barra, responsable último de las elecciones, o era para Madero, principal contendiente? Por la ruda actitud que la Agrupación Democrática Educativa Estudiantil tomó contra Pino Suárez, podría suponerse que era una organización antimaderista,[20] lo que la participación de Gama y Pañi desmiente. Al parecer primero apoyó considerablemente a Madero, del que se distanció por causa de Pino Suárez, quien había desplazado al reyista Vázquez Gómez. En efecto, a pesar de las dificultades de éste con la institución universitaria, conservó la simpatía de muchos de los estudiantes más activos en política. En cambio, Pino Suárez fue siempre un motivo de conflicto entre Madero y la comunidad académica.

Breve amistad y prolongada animosidad

A principios de julio de 1911, cuando Madero arribó a la ciudad de México después de vencer a Díaz, fue recibido por sus habitantes de manera muy entusiasta. La participación de algunos estudiantes en aquellas celebraciones callejeras resulta comprensible: si bien Madero contaba con el apoyo de algunos de ellos desde hacía un año, su lucha y victoria seguramente habían aumentado el número de simpatizantes. Del mismo modo, su triunfo electoral de septiembre, así haya sido con Pino Suárez como vicepresidente, provocaría un nuevo aumento de su reputación entre los jóvenes universitarios. Por último, en cuanto ascendió a la presidencia comenzó el tradicional cortejo: un grupo de estudiantes encabezado por Ezequiel Padilla —de Jurisprudencia— participó en las poco espontáneas “mañanitas” cantadas a Madero en la madrugada del día que asumió el poder. Fieles a su tradición, los estudiantes lo homenajearon con corridas de toros y festejos literarios y musicales; fieles al protocolo, Madero y sus colaboradores cumplieron con dichas invitaciones.[21] Sin embargo, es obvio que el apoyo de la comunidad universitaria a Madero fue limitado, pues a diferencia de otros sectores y de otras regiones del país, la comunidad universitaria capitalina conservó gran simpatía por Reyes y De la Barra. Para colmo, incluso ese tímido apoyo tendió a disminuir como consecuencia de los conflictos que estallaron entre la comunidad universitaria y Madero poco después de su toma de posesión. De hecho, a partir de finales de 1911 sus relaciones fueron amistosas sólo en contadas ocasiones.[22]

Hacia septiembre de 1911 Reyes decidió no competir en las elecciones,

dejando a los profesores y estudiantes sin alternativas electorales. Madero quedó como único candidato plausible para la presidencia, aunque por la vicepresidencia competían el despreciado Pino Suárez, el conflictivo Vázquez Gómez y el admirado De la Barra. Al ser declarado vencedor el primero, algunos estudiantes se manifestaron airadamente contra la "imposición" y en favor de León de la Barra: un alumno católico de Jurisprudencia, Manuel Herrera y Lasso, inició entonces su imperecedera oposición a los gobiernos posrevolucionarios con un discurso en el que elogió a De la Barra y criticó al "demagógico" Pino Suárez.[23] Además de por la forzada sustitución de Vázquez Gómez por Pino Suárez, los estudiantes pronto protestarían por la ruda actitud de Pino Suárez con la prensa: el director de *La Revista de Mérida*, un joven poeta del Ateneo, Antonio Mediz Bolio, simpatizante del reyismo, había sido encarcelado. Las protestas de los estudiantes derivaron en verdadera violencia, pues fueron atacados por simpatizantes de Pino Suárez encabezados por Adolfo León Ossorio, quien había sido maderista en Puebla desde sus días de escolapio.[24]

Es indudable que el asunto de la prensa enfrentó a Madero con la comunidad universitaria. En efecto, colaboradores suyos invitaron a los estudiantes a unirse a una manifestación contra los abusos y excesos de varios periódicos contrarios al nuevo gobierno; sin embargo, en lugar de adherirse a ella, algunos jóvenes de Jurisprudencia —como Luis Jasso, muy activo en los festejos estudiantiles del centenario y en los motines antiyanquis de noviembre; Ezequiel Padilla, al principio partidario de Madero; Guillermo Rosell e Hilario Medina, quien pocos años después sería un destacado carrancista— alegaron que, al contrario, debía protestarse contra el gobierno por sus intentos de impedir la libertad de expresión. Por lo tanto, decidieron organizar su propia manifestación en favor de la prensa antigobiernista, idea que apoyaron los estudiantes de Ingenieros. Es más, algunos profesores famosos —como Antonio Caso, Eduardo Pallares y Antonio Ramos Pedrueza— ofrecieron impartir charlas y conferencias sobre el tema en las escuelas universitarias. Aunque ni la manifestación ni las pláticas se llevaron finalmente a cabo, a causa supuestamente de la proximidad de los exámenes y de la negativa de Justo Sierra a respaldar la manifestación,[25] este conflicto fue el primer enfrentamiento político de la comunidad universitaria con el presidente Madero.

Poco después numerosos jóvenes estudiantes participaron en la manifestación vázquezgomista contra Madero, lo que permite afirmar que se incorporaron a la oposición antimaderista por medio del cuestionable Vázquez Gómez.[26] Asimismo, estudiantes que habían alabado o apoyado a Madero en julio o

noviembre de 1911, como Luis Jasso y Ezequiel Padilla, ya estaban en su contra a comienzos de 1912. Aun aceptando que ambos fueran unos oportunistas irredentos —especialmente Padilla, quien después de oponerse al movimiento revolucionario terminó siendo uno de sus mayores beneficiarios—,[27] su actitud refleja una tendencia general. ¿Cuáles fueron las causas de que Madero perdiera su escaso respaldo estudiantil? El apoyo a Pino Suárez y los conflictos con la prensa no son explicaciones suficientes, pues el impopular Ramón Corral había sido impuesto poco antes, primero como candidato y luego como vicepresidente —cargo que muchos universitarios creían que sólo debía ocupar su admirado Bernardo Reyes—, sin provocar oposición alguna. Asimismo, la prensa había tenido muchas menos libertades durante el porfiriato, situación que los estudiantes no podían ignorar u olvidar.

El enfrentamiento tampoco se originó porque Madero fuera contrario a la Universidad Nacional, pues fue respetuoso con ella: mantuvo a Eguía Lis como rector y designó a Miguel Díaz Lombardo y a Alberto J. Pañi, ambos miembros de su profesorado, como las máximas autoridades de la Secretaría de Instrucción.[28] Si Madero y sus colaboradores no constituían una amenaza para la Universidad Nacional como institución, tampoco lo eran para sus profesores y estudiantes: no sólo no reducían sus alternativas laborales, sino que las multiplicaban al abrir el sistema político y cultural del país. En concreto, Jurisprudencia y otras escuelas universitarias siguieron produciendo funcionarios gubernamentales; incluso tuvieron que producir un mayor número, por las vacantes que ocasionó la caída del porfirismo: además de Díaz Lombardo y Pañi, otros ejemplos podrían ser Pedro Lascuráin, Julio García, Gilberto Crespo y Manuel Martínez Sobral.[29] Obviamente, la conformación del aparato gubernamental maderista, federal y estatal, permitió la colaboración de jóvenes universitarios, algunos apenas egresados, como Isidro Fabela, titulado en 1908 y quien ocupó un alto puesto en el gobierno de Chihuahua con Abraham González; como Manuel Aguirre Berlanga, presidente municipal de Piedras Negras en 1912, y como Fortunato Dozal, titulado de ingeniero en 1910 y quien encabezó el sector educativo del gobierno de Guerrero en 1912.[30] El enfrentamiento entre el gobierno y la comunidad universitaria tampoco tuvo una causa económica inmediata, ya que la situación de las clases medias de la ciudad de México no empeoró por la lucha de 1910 y 1911; el caos sobrevendría años después.

Fueron otros los factores que causaron dicho enfrentamiento, el cual tuvo como peores momentos las masivas manifestaciones de principios de 1912, en protesta contra la actitud del gobierno hacia el escritor argentino Manuel Ugarte por sus conferencias antinorteamericanas, y la huelga de mediados de año en

Jurisprudencia, que tuvo como resultado la creación de la Escuela Libre de Derecho. Al parecer los enfrentamientos fueron motivados por celos nacionalistas y por el rechazo al intervencionismo gubernamental, como lo prueba que Madero fuera desafiado primero porque los estudiantes lo consideraron falto de sentimientos nacionalistas. Aun siendo injusta la acusación, debe imputársele a Madero haber carecido de memoria y de habilidad política, pues olvidó que los estudiantes se habían enfrentado antes a Manuel González y a Porfirio Díaz porque consideraron que ninguno de ellos había actuado de manera suficientemente nacionalista en los casos de la deuda inglesa y de la presencia de Rubén Darío durante los festejos del centenario, como también olvidó los motines antiestadunidenses de noviembre de 1910. Madero fue también desafiado cuando decidió cambiar la estructura de poder en Jurisprudencia mediante la incorporación de Luis Cabrera, ajeno al profesorado y con antecedentes amenazadores. En dicha ocasión Madero olvidó que formalmente Díaz y Sierra habían sido respetuosos de las escuelas universitarias, hasta el grado de que sus designaciones y recomendaciones siempre fueron hechas con meticuloso tacto, mientras que la designación de Cabrera fue vista como una provocación y una afrenta, mientras que la de Pino Suárez como ministro de instrucción fue vista como un desatino.

Los conflictos por Ugarte y Cabrera fueron los peores, pero no los únicos; también hubo problemas en Medicina y en la Preparatoria, e incluso se sufrió otro caso, aunque parcial, de secesión institucional. Por lo tanto, es inaceptable la afirmación del rector Eguía Lis de que durante 1912 la Universidad Nacional funcionó “normalmente”.[31] En rigor, sucedió todo lo contrario: 1912 fue tan caótico en la institución como en tantos otros ámbitos del país. Aunque la ciudad de México no fue directamente amenazada por algún grupo rebelde —pues Bernardo Reyes, Pascual Orozco y Félix Díaz se alzaron en lugares distantes y Zapata careció de fuerza—, las actividades oposicionistas de los estudiantes deben ser vistas como parte integral del antimaderismo; como su expresión urbana y clasemediera. Recuérdese que desde mediados de 1912 Madero fue criticado por los más elocuentes diputados y los más importantes escritores, así como inmisericordemente caricaturizado en los periódicos,[32] acusado de ser incapaz de restaurar el orden en el país, todo lo cual fue aplaudido por los profesores y estudiantes.

NACIONALISMO OPOSICIONISTA

Manuel Ugarte, escritor argentino con larga residencia en París, llegó a la ciudad

de México a principios de enero de 1912. Su prestigio era más bien político y provenía de su crítica a Estados Unidos por su actitud con los países latinoamericanos, expresada sobre todo en *El porvenir de América Latina*, publicado en 1911; en términos literarios su mayor logro era *Cuentos de la Pampa*, publicado en francés antes que en español. De cualquier forma, su viaje a México habría de ser más político que literario: primero, porque su presencia en el país le permitiría difundir sus preocupaciones e ideas y observar y analizar los acontecimientos políticos de los últimos dos años; segundo, porque su estancia provocó una gravísima crisis política, terminando de manera impredecible y tormentosa.[33]

Ugarte había sido invitado por el Ateneo de la Juventud para dar una serie de conferencias sobre temas relativos a "la mujer y la poesía", pero una vez llegado decidió hablar sobre la penetración de Estados Unidos en Latinoamérica, a pesar de que había prometido evitar temas políticos.[34] El gobierno primero intentó disuadirlo y luego trató de obstruirlo. Según el presidente del Ateneo, José Vasconcelos, Ugarte no pudo exponer el tema previsto, "Mujeres y poesía", debido a pequeños problemas organizativos, pues se había negado a participar en una sesión doble —el otro ponente sería Pedro González Blanco—, aunque es probable que Ugarte haya descubierto que el abultamiento del programa era sólo una artimaña, pues el Ateneo no acostumbraba ofrecer más de un conferencista por sesión. Con ello se hizo evidente que Vasconcelos, muy cercano al gobierno de Madero, había buscado que Ugarte se negara a impartir su conferencia, lo que dio lugar a que el periódico católico *El Tiempo* lo acusara de intentar sobornar a Ugarte.[35]

Las intenciones de Vasconcelos las confirman otras maniobras gubernamentales. Por ejemplo, Justo Sierra, quien iba a presentar a Ugarte al público, se negó a participar argumentando que no aprobaba que se agrediera a un país con el que México mantenía "buenas relaciones"; siempre conciliador, dijo que admiraba los escritos de Ugarte pero que no compartía todas sus ideas políticas; experimentado funcionario, aseguró que el mismo Ugarte le había sugerido que no presidiera la sesión, ya que acababa de ser nombrado representante oficial de México en España. Obviamente, don Justo negó que hubiera sido utilizado por el ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Calero, para convencer a Ugarte de atenuar sus expresiones; sin embargo, su incorporación al cuerpo diplomático maderista y el hecho de que Calero fuera su yerno, hacen verosímiles las sospechas sobre su conducta. Además, el propio Ugarte insistió en que Sierra le había sugerido que atemperara sus críticas para evitar un posible enojo del gobierno estadunidense. Lo sorprendente es que el

memorioso Sierra olvidara que la única ocasión en que había sido repudiado por los estudiantes había sido en enero de 1885, pues siendo diputado había aprobado el pago de la deuda con Inglaterra.[36] En esta ocasión volvió a ser criticado por los jóvenes, que denunciaron su tibieza y oportunismo. Por otra parte, aun cuando Madero y Calero negaron cualquier intervención del gobierno para impedir que Ugarte expusiera en público sus ideas, Miguel Díaz Lombardo, titular de la Secretaría de Instrucción Pública, no permitió el uso del Teatro Arbeu ni la participación de la Orquesta del Conservatorio en la conferencia de Ugarte, alegando que en varias disposiciones oficiales se prohibía el uso de instalaciones públicas para reuniones políticas. Resulta innegable además que los propietarios del Teatro Hidalgo fueron presionados para que no lo rentaran a Ugarte, y que *Nueva Era* y otros periódicos maderistas sostuvieron una dura campaña contra él.[37]

Al principio el conflicto se limitó al Ateneo, arrepentida institución organizadora, y a los funcionarios diplomáticos y educativos; el estudiantado se involucró hasta que el gobierno y el Ateneo hostilizaron abiertamente a Ugarte: tan pronto el gobierno comenzó a obstruirlo, los estudiantes —especialmente los de Ingenieros, Medicina y los concurrentes al Casinoasumieron su causa como propia, decididos a que impartiera la conferencia sin excusa ni pretexto. En primer lugar, convocaron a una manifestación en favor de Ugarte y del espíritu latinoamericano, y decidieron llevar a cabo una pertinaz campaña de prensa contra los políticos que se oponían a la libertad de expresión. Su llamado tuvo una acogida muy favorable: se dijo que la exitosa manifestación reunió a un total de tres mil personas, cifra superior al total de los estudiantes universitarios, a pesar de que el momento no era apropiado.[38] Los principales oradores fueron Enrique Soto Peimbert, originario de Chihuahua cuyo gobierno lo pensionó en 1908 para que realizara estudios de ingeniería en la ciudad de México, en los que destacó por su aprovechamiento y lo que no fue obstáculo para que actuara siempre en política, habiendo sido fundador del Centro Liberal de Estudiantes, organización que en sus orígenes había oscilado entre medianamente maderista y no personalista; Basilio Vadillo, estudiante en la Normal, originario de Jalisco pero becado por el gobierno de Colima, donde había realizado sus estudios previos, y destacado participante en el congreso de 1910, así como el estudiante de Medicina Manuel Jiménez Rodríguez, quien criticó las políticas estadunidenses hacia Cuba y Nicaragua.[39]

Aun concediendo que la cifra de participantes haya sido abultada por la prensa, es imposible que la manifestación haya atraído a todos los estudiantes. ¿Qué porcentaje de ellos asistió? ¿Cuáles, en concreto? ¿Quiénes eran los otros

participantes? La presencia de Vadillo demuestra que los estudiantes de las escuelas profesionales no universitarias, como Agricultura y la Normal, también colaboraron. Sin embargo, ¿eran estudiantes todos los asistentes? Desde que el gobierno inició su asedio a Ugarte, la defensa de éste también fue asumida por políticos oposicionistas y por la prensa independiente, los que astutamente aprovechaban cualquier error gubernamental para denunciarlo y combatirlo. De hecho, la manifestación también había sido convocada por la Asociación de Periodistas Metropolitanos, por la Prensa Asociada de los estados y por el Partido Antirreeleccionista,[40] constituido por maderistas desilusionados y desafectos desde la sustitución de Vázquez Gómez por Pino Suárez. Por lo tanto, puede concluirse que "el caso Ugarte" dio lugar a que los estudiantes participaran en el oposicionismo político de alcance nacional.

Lo realmente grave fue que el conflicto por Ugarte no se limitó al asunto de la libertad de expresión, sino que también tuvo razones —y secuelas— diplomáticas. ¿Fue el latinoamericanismo de Ugarte un simple pretexto para expresar reclamos políticos internos? Es probable que lo haya sido para los grupos antimaderistas, pero el latinoamericanismo y el nacionalismo fueron ideologías muy difundidas entre los estudiantes mexicanos de aquellos años, lo que permite afirmar que los motivos de la ajgitáción estudiantil no sólo eran legítimos, sino profundos. A pesar de ello, Vasconcelos aprovechó la ocasión para criticar fieramente a los jóvenes por haber simpatizado con Porfirio Díaz y no haber apoyado a Madero. Sus insultos fueron desmedidos e inoportunos: alegó que conformaban una clase social "degenerada", llena de estupidez, y los acusó de haberse vendido al gobierno durante las elecciones de 1910 con tal de obtener el Casino y la Casa del Estudiante; para colmo, atacó también a los profesores de manera desafiante.[41] Como era de esperarse, los estudiantes respondieron inmediatamente, organizando una manifestación contra Vasconcelos.

La prensa aseguró que esta segunda manifestación reunió a mil quinientos estudiantes.[42] Aunque fuera menor el número de participantes que en la anterior marcha, el gobierno decidió clausurar temporalmente las escuelas universitarias a partir del 26 de enero. En esta ocasión los principales oradores fueron Luis Jasso, veterano de las agitaciones estudiantiles de 1910; Manuel Buenabad; el normalista Basilio Vadillo, para entonces ya experimentado oposicionista, y Enrique Estrada, hermano menor de Roque —antes muy cercano a Madero— y estudiante de Ingenieros que había llegado a ser coronel durante la rebelión maderista. Sus discursos fueron enjundiosamente antivasconcelistas y yancófobos, así como abiertamente favorables a Ugarte y a la libertad de prensa,

pero sólo uno de los oradores —Buenabad— atacó a la revolución de 1910 en su conjunto. La manifestación concluyó de manera relativamente violenta, y es indudable que atrajo también a sectores populares no estudiantiles. Se sabe que los manifestantes llegaron hasta el Palacio Nacional para entrevistar a Madero respecto a Ugarte, Calero y Vasconcelos y sobre la actitud supuestamente pronorteamericana del periódico maderista *Nueva Era*, se sabe también que antes de dispersarse pretendieron atacar a ese periódico, al que acusaban de carecer de nacionalismo. Sin embargo, amenazados por el jefe de la policía —Vito Alessio Robles—, finalmente prefirieron disolverse.[43]

Aunque fueran válidos los argumentos de Vasconcelos, políticamente fueron inadecuados.[44] En efecto, como consecuencia empeoraron las relaciones entre Madero y la comunidad universitaria; es más, lo corrosivo de los insultos imposibilitó cualquier avenimiento y en cambio dio lugar a otra manifestación, más violenta que las anteriores, y a ataques más serios contra Madero y su gobierno. Por ejemplo, un estudiante de Jurisprudencia, Flores Miranda, propuso acusar formalmente al presidente ante el Congreso federal como traidor, y Enrique Estrada alegó que los estudiantes sí habían colaborado en la lucha contra Díaz, tanto en la conspiración de Tacubaya como solicitando su renuncia mediante numerosas firmas, y afirmó que el encono de Vasconcelos se debía a que los estudiantes se habían negado a ser "instrumentos de la dictadura maderista".[45] Acorde con su personalidad de duelista verbal, Vasconcelos continuó sus ataques aun sin contar con el apoyo de Madero. Debido a que por la cercanía con éste sus opiniones podían ser consideradas como las del presidente mismo, éste censuró abiertamente a su amigo,[46] dando así lugar a que fuera criticado por algunos políticos y por la opinión pública en su conjunto.[47] ¿Por qué insistió en su agresiva actitud? Vasconcelos tuvo que aceptar que su ataque a los estudiantes era su venganza a la oposición de éstos a que su amante —Elena Arizmendi, "Adriana"— fuera designada para un alto puesto en la Cruz Blanca Neutral o en el sistema hospitalario nacional.[48] Otra plausible razón —no mencionada por los contendientes—, es que el rencor de Vasconcelos podía deberse a que a mediados de 1911 no recibió de los jóvenes muestras de simpatía cuando se le mencionó como posible director de la Preparatoria. De ser cierto este motivo habría que preguntarse: ¿desde cuándo surgió y cuáles eran las razones de la animadversión de los jóvenes preparatorianos de 1911 contra el que luego sería "maestro de América"?

Es probable que por su indomable egocentrismo Vasconcelos haya exagerado su importancia personal en el conflicto, en cuyo estallido influyeron varios factores ideológicos y políticos, sociales y personales. Las consecuencias

también fueron varias: para comenzar, empeoraron las relaciones entre Madero y la comunidad académica capitalina y de otras ciudades del país, como lo demuestran las manifestaciones en favor de Ugarte y en contra de Calero, Vasconcelos y el periódico *Nueva Era* habidas en Guadalajara, Puebla, San Luis Potosí, Toluca, Guanajuato y Aguascalientes, entre otras poblaciones. Lo grave es que esto aceleró el creciente distanciamiento entre Madero y todo el grupo social de la clase media urbana. Para entonces había perdido ya el apoyo de muchos partidarios de origen reyista; el de muchos norteños participantes en la lucha armada pero licenciados durante el gobierno de León de la Barra, y el de los campesinos de Morelos. Peor aún, sus relaciones con los orozquistas y con las fuerzas armadas federales eran ya muy conflictivas. Para colmo, el problema con Ugarte empeoró las que tenía con estos últimos, como lo demuestra la protesta de los alumnos del Colegio Militar contra la falta de nacionalismo de *Nueva Era*,[49] Todo esto permite afirmar que es inaceptable minimizar la importancia del "caso Ugarte", pues sus consecuencias fueron graves.

A todas luces Madero perdió la batalla: los estudiantes casi no fueron reprimidos y sí en cambio muy aplaudidos por la opinión pública; por otra parte, a pesar de que el gobierno siguió poniéndole obstáculos, Ugarte finalmente pronunció su conferencia.[50] Gracias a la publicidad que le hizo el mismo conflicto, el público asistente fue muy numeroso; es más, dada la demanda tuvo que impartir varias charlas más. De hecho Ugarte pasó de simple conferencista extranjero a momentánea figura política: se rumoró que tendría una entrevista con el rebelde Zapata, y un preso político antimaderista, el ingeniero Guillermo Castillo Tapia, solicitó que Ugarte abogara por él.[51] El prestigio del gobierno maderista quedó seriamente dañado, hasta el grado de tener que remover a Manuel Calero de la Secretaría de Relaciones Exteriores, sustituyéndolo por Pedro Lascuráin, profesor en la Escuela de Jurisprudencia, concesión evidente a los estudiantes. La solución no era fácil, pues ceder demasiado a los estudiantes podía ser mal visto por Estados Unidos. Para complacer a ambos y solucionar el dilema se nombró a Calero embajador en Washington y se aseguró al representante norteamericano en México que el gobierno de Madero no compartía el espíritu latinoamericanista, ya que consideraba a Estados Unidos como su primer y más natural aliado.[52] Por último, y cuidando no reavivar el conflicto con los jóvenes, Madero intentó devolver los cargos a los estudiantes, al acusarlos de ser ellos quienes verdaderamente carecían de nacionalismo, pues habían propiciado y alentado las críticas de un extranjero —Ugarte— contra el gobierno de su país.[53]

Madero y Vasconcelos alegaron que Ugarte y los estudiantes habían sido

engañados por miembros del antiguo régimen, especialmente por el Partido Católico, la prensa porfirista y Jorge Vera Estañol.[54] Paradójicamente, durante los disturbios antiestadunidenses de finales de 1910 el gobierno porfirista había acusado a los maderistas de ser los promotores, y *El Imparcial* había sido atacado por los amotinados, que lo consideraban un periódico proyanqui. A principios de 1912 se invirtieron funciones y cargos: Madero acusó a los porfiristas de provocar el problema y *Nueva Era* fue atacado por los estudiantes. Pese a todo, no obstante las acusaciones contra ellos, Díaz y Madero deben ser vistos como nacionalistas; lo mismo debe decirse de los estudiantes: de hecho, el nacionalismo sería el único factor que provocaría permanentemente movilizaciones estudiantiles durante todo el decenio.

DE LA CONTINUIDAD A LOS CAMBIOS

El intervencionismo gubernamental en la educación superior provocó también serios problemas políticos. Sin embargo, dicho intervencionismo no fue una actitud generalizada o permanente. Por el contrario, al principio de su mandato Madero aplicó una política continuista y respetuosa, actitud que fue un factor esencial para la buena marcha de la Universidad Nacional en 1912, situación constantemente presumida por el rector Eguía Lis. Al margen de decisiones triviales aunque simbólicas, como el retiro de las imágenes de don Porfirio de todas las oficinas universitarias, al principio Madero sólo hizo propuestas educativas moderadas, tratando de dar continuidad al proyecto universitario de Sierra: conservó a Eguía Lis como rector, y sustituyó a Vázquez Gómez y a López Portillo, secretario y subsecretario de Instrucción Pública con León de la Barra y exreyistas enfrentados en una batalla sin cuartel contra los ‘Científicos’. Los sustitutos fueron Miguel Díaz Lombardo y Alberto J. Pañi, y aunque ninguno era ‘Científico’, tampoco eran rechazados por éstos; además, ambos estaban ligados al sistema educativo nacional y a la Universidad Nacional en particular.[55]

Díaz Lombardo era miembro de una familia aristocrática y conservadora, pero nunca colaboró con el gobierno porfirista. Distinguido abogado, había trabajado en el bufete del ‘Científico’ Emilio Pardo y era profesor de derecho civil en Jurisprudencia. Debió haber destacado en la esfera académica, ya que fue elegido para representar a sus colegas en el Consejo Universitario y antes había sido seleccionado para el puesto honorífico de vicedirector de la escuela.[56] A su vez, Pañi era un miembro joven de la clase media urbana provinciana —de Aguascalientes—, proveniente de una familia de considerable cultura.[57]

Graduado en la Escuela de Ingenieros en 1902, pronto colaboró en importantes construcciones, como la del palacio del Poder Legislativo federal y la del suministro de aguas a la ciudad de México. Hacia 1911 sustituyó a su jefe, don Manuel Marroquín, en su cátedra en la Escuela de Ingenieros (vías fluviales y obras hidráulicas), y si bien no se hizo un académico, sí obtuvo la experiencia suficiente para convertirse en un profesor estimado, hasta el grado de resultar elegido luego como delegado al primer Consejo Universitario. En términos políticos Pañi pasó de un tibio porfirio-corralismo a un activo maderismo.[58] Debido a lo anterior es comprensible que los nombramientos de Díaz Lombardo y Pañi hayan sido bien recibidos por la comunidad universitaria. Además, por esos días se realizaron otros nombramientos atinados: Alfonso Pruneda volvió a dirigir la Sección Universitaria, como cuando fue creada por Sierra, y Pedro Lascuráin fue hecho director de Jurisprudencia.[59]

Sin embargo, desde finales de febrero de 1912 Madero cambió radicalmente su actitud, probablemente alarmado por el "caso Ugarte". Su objetivo fue designar gente leal a él y que tuviera como principal meta conservar el orden en las escuelas. Para su desgracia, la nueva política le acarreó mayores problemas. Para comenzar, Díaz Lombardo fue sustituido por José María Pino Suárez.[60] Los enigmas aún subsisten: ¿cuál fue la causa de la renuncia del primero? ¿Lo fue la lucha estudiantil en favor de Ugarte o su tan criticada propuesta de reducir la libertad de prensa?[61] Cualquiera que haya sido el motivo, ¿por qué designar a Pino Suárez? Era evidente que sería mal recibido incluso por los universitarios más gobiernistas, pues no podría disponer de tiempo para atender los asuntos del ramo debido a que conservaría la vicepresidencia del país. Esto, y el que desconociera el sector, pudo haber hecho pensar a varios que concedería considerable libertad de acción a ciertas dependencias. Sin embargo, el desprecio y odio que suscitaba eran inmensos; el rechazo fue casi total, numérica y cualitativamente.

El nombramiento de Pino Suárez confirmó la reclamación hecha al nuevo régimen respecto al constante declive de la educación nacional desde la salida de don Porfirio. En efecto, Justo Sierra había sido sustituido por Jorge Vera Estañol, quien a pesar de ser un magnífico abogado, un espléndido profesor y un hombre con un proyecto educativo cabal, no era un intelectual, un hombre de letras, un escritor. Después vino Vázquez Gómez, miembro del profesorado de Medicina y profundo conocedor de los problemas de la educación media y superior en el país, pero quien procedió en realidad como un político vengativo y como un educador sin educación. Luego tocó el turno a Díaz Lombardo, quien aunque aparentemente mediocre, al menos era profesor en Jurisprudencia.[62] Finalmente,

la designación de Pino Suárez fue considerada un fiasco: fue visto no sólo como extraño al sector educativo —cuando más había escrito pésimas poesías y algo de periodismo político—, sino como ajeno a la ciudad de México en su conjunto; se dijo, incluso, que no era problema de disponibilidad ni de preparación, sino que por condiciones congénitas carecía de capacidad para el puesto.

¿Qué pretendía Madero con dicho nombramiento? ¿Qué hizo Pino Suárez en el puesto? ¿Confirmó o desmintió los malos augurios? Resulta difícil creer que Madero ignorara o hubiera olvidado las expresiones antipinistas de los universitarios. Es evidente que evaluó la oposición que provocaría su designación y los objetivos de la misma, optando por lo segundo. Luego de los conflictos por Ugarte, del escaso apoyo electoral otorgado a Madero a finales de 1911 por la comunidad universitaria y de la oposición de los políticos del régimen anterior a pesar del buen trato que les daba, Madero decidió inmiscuirse en el sector educativo para reorientarlo políticamente. Tales pretensiones las confirma el nombramiento del principal colaborador del ocupado Pino, pues aunque Pañi fue ratificado en la subsecretaría, Pino llevó como secretario particular a José Inés Novelo,[63] quien de inmediato pasó a ser el hombre fuerte del ministerio. Sus antecedentes eran claros y elocuentes: originario de Yucatán, fue becado para estudiar las carreras de normalista y abogado en la ciudad de México; de regreso en su estado dirigió el Instituto Literario y el Consejo de Educación Pública, desde donde apoyó el establecimiento de escuelas rurales. Si su proyecto educativo no estaba en consonancia con el del régimen, menos aún lo estaban sus ideas políticas: así, su antirreeleccionismo provocó su despido y su posterior afiliación al maderismo. También poeta, de estilo modernista aunque de reducido valor, Novelo tenía un proyecto educativo alternativo al del grupo ‘Científico’, del que era enemigo político.[64]

Pronto fueron evidentes las repercusiones de dichos nombramientos. Para comenzar, Pino Suárez prometió una educación pública más centralizada, atendida y vigilada por el gobiemo federal; aseguró que dicha educación tendría un espíritu liberal y revolucionario, y advirtió que favorecería la educación popular y elemental.[65] Esto último confirmó los temores de los universitarios, quienes habían confiado en mantener sus privilegios con Díaz Lombardo. Sin embargo, debido a las condiciones del país a mediados de 1912, en plena rebelión orozquista y contienda electoral legislativa, era más fácil obstruir y destruir que proyectar y edificar. Por lo tanto, era improbable que Pino y Novelo pudieran hacer una labor de envergadura en favor de la educación elemental; su gestión fue más destructora y vengativa que constructiva. Así, por su ideología más popular y democrática, y por sus resentimientos contra los políticos

porfiristas, despidieron a los empleados con orígenes sociales aristocráticos, como Antonio Norma, quien disfrutaba de un puesto de abogado consultor en la secretaría.[66]

Para poder llevar adelante su proyecto, Pino tuvo que pedir la renuncia de Pañi, alegando incompatibilidad con sus ideas sobre los fines y procedimientos que debían prevalecer en la secretaría.[67] Una de esas diferencias fue la Universidad Nacional, protegida por Pañi y atacada por Pino.[68] El primer objetivo de éste fue cambiar de inmediato a los directores de todas las escuelas universitarias. Pronto logró sustituir a Echegaray por Valentín Gama en la Preparatoria; a Lascuráin por Luis Cabrera en Jurisprudencia; a Zárraga por Caraza en Medicina, y a Rivas Mercado por Gorozpe en Bellas Artes; además, la muerte de Porfirio Parra facilitó el caso de Altos Estudios, donde fue designado Alfonso Pruneda.[69] Algunos de estos cambios produjeron problemas políticos menores; sólo el de Cabrera los provocaría terribles. El nombramiento de Horacio Barreda fue también realizado para molestar a la comunidad universitaria, ya que en 1910 se había opuesto tenazmente a que se crearan la Universidad Nacional y la Escuela de Altos Estudios; peor aún, a mediados de 1912 había solicitado su disolución.[70] Ilustrativa y significativamente, Pino Suárez lo designó jefe de la Sección Universitaria, que era la dependencia del ministerio a la que correspondía negociar con la Universidad Nacional; es más, también se le nombró uno de los cuatro representantes del ministerio en el Consejo Universitario.[71]

Pino Suárez fue soberbio y descortés en sus relaciones cotidianas con la Universidad Nacional: se negó a asistir a las sesiones del Consejo Universitario, alegando falta de tiempo, y se limitó a girar instrucciones al rector sobre los asuntos que deseaba que fueran discutidos y resueltos inmediatamente en dichas sesiones.[72] Además, abruptamente aseguró que la Universidad Nacional debía ser reorganizada e hizo cargos particulares contra Altos Estudios y Jurisprudencia, a la que criticó por la supresión del curso de derecho romano.[73] En un país donde los modales influyen, la conducta de Pino Suárez fue considerada una amenaza peor que la de Vázquez Gómez, ya que sí contaba con el apoyo de su presidente; del mismo modo, si Vázquez Gómez había cuestionado el control de los ‘Científicos’ en la Preparatoria y en Jurisprudencia, la llegada de Pino y Novelo desató una auténtica guerra por el dominio de esta última. La secuencia de los acontecimientos demuestra que los problemas entre Madero y los universitarios estaban correlacionados, pues uno dio lugar a otro. En efecto, su política universitaria fue de conflicto en conflicto, de fracaso en fracaso, y daba la impresión de que nunca recuperaría la estabilidad. No sólo fue

imprudente, sino también ingenua: por ejemplo, cuando Lascuráin dejó vacante la dirección de Jurisprudencia, al sustituir a Calero en Relaciones Exteriores, el gobierno decidió nombrar a un director que combatiera la influencia de los 'Científicos' en dicha escuela. Se rumoró que los candidatos eran el mismo Pañi —a pesar de ser ingeniero— y Luis Cabrera, siendo éste finalmente el designado.[74] En protesta por la maniobra, esencialmente política y poco respetuosa de los asuntos académicos, Jorge Vera Estañol y Ricardo Guzmán renunciaron a sus cátedras.[75] Los inexpertos funcionarios maderistas no percibieron entonces que la actitud de Vera Estañol era premonitoria de un conflicto de enormes proporciones y profundas consecuencias.

ESCISIONES POLÍTICA Y ACADÉMICA[76]

La oposición de profesores y alumnos al nombramiento de Cabrera fue inmediata y unánime. Durante la ceremonia de toma de posesión Pino Suárez y Cabrera fueron insultados y ridiculizados, especialmente el primero por su desastroso discurso y su paladina aceptación de que el nombramiento tenía motivos y objetivos políticos. Por el contrario, el nombre de Vera Estañol fue vitoreado durante el acto.[77]

Jurisprudencia no era la única escuela asediada por el gobierno, pero fue la que se opuso más radicalmente a la nueva política educativa. ¿Cómo se explica dicha reacción? ¿Cuál era la tradición política de la escuela? Jurisprudencia había tenido relaciones especialmente cordiales con los políticos porfiristas, ya fueran 'Científicos' o reyistas; numerosos alumnos eran incluso hijos de autoridades gubernamentales. También se habían mantenido buenas relaciones dentro de la institución, entre los funcionarios, profesores y alumnos por ejemplo, los directores Pablo Macedo o Julio García y los maestros Jorge Vera Estañol o Rodolfo Reyes eran admirados por la mayoría. No obstante algunos conflictos internos menores, la escuela tenía un fuerte espíritu comunitario y una considerable dosis de homogeneidad. Madero se equivocó al pensar que la escuela conservaría su disciplina y que los exreyistas se solidarizarían con Cabrera. Su error fue olvidar que mantenía en prisión al propio general Reyes, lo que imposibilitaba cualquier apoyo de sus partidarios a la política "anticientífica" en Jurisprudencia. La explicación más verosímil de su agresiva respuesta es que a mediados de 1912 los profesores de Jurisprudencia, 'Científicos' o reyistas, habían perdido todo menos la escuela: era su último bastión, su último recurso, y tenían que defenderlo como la trinchera más estratégica. Esto explica que la lucha contra la imposición de Cabrera fuera la

única de todos esos años con enorme participación de profesores.

Los problemas comenzaron tan pronto Cabrera tomó el cargo. Hombre inteligente pero impulsivo, sus decisiones y propuestas de reforma fueron adecuadas, pero adolecieron de erróneos procedimientos. Peor aún, hizo más desagradable su llegada al cuestionar la honorabilidad de la comunidad entera. En efecto, advirtió que había sido enviado "a moralizar" la escuela, pues hasta entonces ésta se había dedicado a "la pereza" y "al vicio".[78] Tales acusaciones provocaron el repudio total de la comunidad, siempre orgullosa de su escuela: algunos profesores, como Ricardo R. Guzmán,[79] prefirieron renunciar a trabajar bajo la dirección de Cabrera. Es indudable que la estrategia política de éste fue errónea: luego de haber atacado a las anteriores administraciones y al profesorado en su conjunto, en lugar de tratar de obtener el apoyo de los estudiantes decidió hacerlos el siguiente objetivo de sus diatribas. Así, endureció las regulaciones de la biblioteca —lo que también afectaba a los profesores— y clausuró el salón recreativo de los alumnos, argumentando que muchos libros habían sido robados y que se hacía mal uso del salón, pues allí tenían lugar juegos prohibidos y reuniones políticas.[80] Las acusaciones resultaron excesivas en amplitud y gravedad, por lo que Cabrera quedó aislado, con muy pocos simpatizantes y sin posibilidad de establecer alianzas al interior de la institución.

Durante el primer mes de su mandato las relaciones con la comunidad fueron tensas en extremo. Se volvieron explosivas a finales de junio, cuando se impusieron exámenes escritos y los alumnos del último año —quinto— fueron obligados a prestar servicios gratuitos en los tribunales y juzgados, como "práctica" elevada a nueva obligación escolar, a pesar de que ambas eran reformas que habían sido anunciadas desde la llegada de Cabrera.[81] Aunque los líderes estudiantiles más institucionales y moderados —como Alfonso Reyes, delegado al Consejo Universitario— preferían una solución negociada, la mayoría de los alumnos adoptó una posición radical, rechazando los nuevos exámenes y amenazando a las autoridades con declararse en huelga si insistían en imponerlos. Las personalidades de Pino Suárez y Cabrera hacían predecible su ratificación. El conflicto era inevitable y no debe ser atribuido a la señalada prepotencia del segundo, la que fue, en todo caso, sólo el pretexto inmediato. Significativamente, la renuncia de Cabrera se convirtió en el único objetivo y los exámenes y esa especie de "servicio social" dejaron de usarse como banderas.[82] Aunque los estudiantes lo negaron, es incuestionable que el movimiento mostró así su verdadera naturaleza, al evolucionar de académico a político, en concordancia con sus motivaciones más profundas.

Los acontecimientos se sucedieron violenta y vertiginosamente: Cabrera

contestó enfáticamente que no renunciaría por una demanda “ridicula” de unos estudiantes “infantiles” y dispuso que aquellos que se negaran a presentar los nuevos exámenes debían, simplemente, cancelar su inscripción. Pino Suárez, la mayor autoridad educativa del país, apoyó a Cabrera: ordenó que la escuela fuera cerrada hasta nuevo aviso y amenazó a los estudiantes con expulsarlos y reprimirlos. En lugar de acobardarse, los jóvenes adoptaron una conducta más firme, radical y solidaria: cancelaron colectivamente su inscripción, de forma “entusiasta”, haciendo explícito que lo preferían a permanecer en una escuela dirigida por un hombre como Cabrera, político sin experiencia docente.[83] Los sucesos siguientes fueron sorprendentes, pero acordes con las asombrosas características del movimiento. Acaso por ello conserva tantos enigmas: ¿Por qué no se opusieron en 1910 a la imposición de exámenes similares, cuando se hizo efectiva la disposición relativa de 1908? ¿Por qué la mayoría estudiantil se opuso a la sugerencia de su representante —Alfonso Reyes—, de utilizar los procedimientos legales y convencionales? ¿Por qué no buscaron una solución pacífica, sobre todo si ese tipo de demandas había sido favorablemente resuelto desde el congreso estudiantil de 1910?[84] ¿Acaso no había posibilidad alguna de mediación y entendimiento con el exreyista Cabrera?

Aunque es obvio que el conflicto era de naturaleza política, las causas inmediatas fluctúan entre la actitud de Cabrera, fiero enemigo de los ‘Científicos’ y desleal a los reyistas ortodoxos, o su despótica personalidad. Sería aventurado negar la existencia de motivaciones académicas más profundas que la oposición a los nuevos requisitos escolares: ¿Es válido considerar las renuncias de Ricardo R. Guzmán y Jorge Vera Estañol como manifestaciones de un inminente desastre académico en Jurisprudencia? ¿Era Cabrera, en verdad, un jurista mediocre, sin potencialidades académicas?[85] ¿Hasta qué grado y en qué sentido se buscaba modificar dicha escuela? ¿Deseaba y podría atentar Cabrera contra la libertad de cátedra? Si bien Vera Estañol renunció debido a las intrigas y maniobras de Pino Suárez y Cabrera, producto de rivalidades personales y políticas previas,[86] es difícil creer que éstos desearan enfrentarse a todos los colegas; por otra parte, ¿no fue el conflicto instigado también por Vera, difícilmente concebible como propiciatoria víctima indefensa? ¿Acaso el enfrentamiento entre él y Cabrera no expresaba la lucha abierta por el control de Jurisprudencia? Si se toma en consideración que a la caída de Díaz los ‘Científicos’ locales —los hermanos Macedo— habían traspasado el dominio de la escuela a Julio García y luego a Pedro Lascuráin, el conflicto pudo haberse debido a la desilusión, insatisfacción y pánico de profesores y alumnos al ver que el gobierno por primera vez optaba por una alternativa radical, pues la

llegada de Cabrera a la dirección debe ser vista como el primer cambio profundo habido en la escuela, como el arribo a tan estratégico criadero de porfiristas de los hombres e ideales revolucionarios, como el primer ataque real al positivismo imperante. De ser cierto esto habría que dilucidar: ¿Cuál era el proyecto de escuela de leyes de la nueva élite revolucionaria? ¿Qué tipo de abogados deseaban formar?

Una de las características más importantes del movimiento anticabrerista fue la participación del profesorado, pues explica, a su vez, el resultado y sus secuelas. Como respuesta al cierre de las instalaciones dispuesto por las autoridades para evitar que los alumnos las usaran como puntos de reunión, los jóvenes pidieron a los profesores que continuaran impartiendo sus clases, como "cursos libres", en cualquier otro lugar más o menos adecuado, hasta la reapertura del edificio y el arreglo de su situación administrativa. Aunque el Casino de Estudiantes les fue ofrecido inmediatamente, de manera sorprendente decidieron crear una escuela completamente nueva.[87] El movimiento tomó entonces otro rumbo y dimensión: de una lucha política, personal y académica contra Cabrera pasó a ser el gestor de una alternativa al joven sistema de estudios universitarios; de oposicionista pasó a creativo; de movimiento estudiantil evolucionó a magisterial. En resumen, de la lucha contra Cabrera se pasó al esfuerzo por crear una escuela independiente del gobierno, consecuencia final de su rechazo a éste. A pesar de las amistosas declaraciones de Madero al conocer los nuevos objetivos, éstos no gozaron de la simpatía gubernamental. Una educación superior privada era radicalmente contraria a lo propuesto por Sierra en 1910. Así, la más porfirista de las escuelas profesionales era la primera en rechazar el modelo porfirista de universidad; la escuela con los mayores vínculos con el gobierno era la primera que intentaba un rompimiento mayúsculo. La explicación obvia es que rompía con el nuevo gobierno y que no habría asumido tal actitud de subsistir el precedente; sin embargo, aún queda por dilucidar si se rechazaba al nuevo gobierno por su política universitaria o por ser revolucionario, simplemente el victimario del porfiriato.

La nueva naturaleza del movimiento obligó a Cabrera a cambiar de actitud: puesto que la mayoría de los estudiantes estaba involucrada en la creación de la nueva escuela, y dado que obtuvo de inmediato el apoyo del profesorado, Cabrera tenía que actuar atinadamente para evitar que sobreviniera la desintegración total de Jurisprudencia. Debido al cierre del edificio y a la negativa de ambas partes a cualquier tipo de negociaciones, Cabrera se encontró paralizado durante varios días.[88] Por el contrario, los separatistas se hallaban muy activos con los arreglos y preparativos de la inminente apertura de su nueva

institución. Entre los alumnos más diligentes estaban Ezequiel Padilla, jefe de la lucha contra Cabrera y luego responsable de obtener el apoyo de las otras escuelas para el movimiento; Manuel Herrera y Lasso, crítico agudo de la personalidad y actitud de Cabrera y apologista y propagandista de la privatización de la educación superior; los hermanos Mac Gregor, el "incansable" Luis y Vicente, con la experiencia del congreso estudiantil de 1910, donde fue acusado de haber sido uno de los delegados más violentos; Carlos Díaz Dufoo, hijo de un colaborador cercano a Limantour; Castillo Nájera, hermano menor de Francisco, quien había sido uno de los principales líderes estudiantiles en 1910. Otros alumnos que destacaron por su participación fueron José María Gurría Urgell, representante suplente de la escuela ante el Congreso Universitario, Enrique Domínguez, Enrique Jiménez, Romeo Ortega y Rafael Balderrama.[89]

Su compromiso era enorme: tenían que obtener recursos económicos, apoyos políticos, la simpatía de la prensa, un local adecuado en el cual instalar la nueva escuela y, sobre todo, el mejor profesorado disponible. Es indudable que tanto los motivos como las capacidades de algunos se explican por sus antecedentes, empleos y lealtades: Padilla era colaborador del licenciado Ignacio Bravo Betancourt, profesor en la escuela y aspirante antimaderista a la gubernatura de Michoacán; Herrera y Lasso era miembro activo del Partido Católico Nacional; Rogerio Meraz era más periodista que estudiante, y Luis y Vicente Mac Gregor eran veteranos del congreso estudiantil de 1910.[90] Aunque jóvenes, no eran ni apolíticos ni desinteresados. Los alumnos actuaron infatigablemente; sus profesores y varios abogados destacados de la ciudad lo hicieron de manera similar. Luis Méndez, director de la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia, "espontáneamente" donó 500 pesos; los hermanos Pablo y Miguel Macedo, Joaquín Casasús y José Ivés Limantour prometieron donativos; un mecenas anónimo —supuestamente Olegario Molina— contribuyó con 250 pesos mensuales hasta 1914. Los benefactores no fueron únicamente 'Científicos': Serapio Rendón, diputado maderista contrario a la Universidad Nacional, también apoyó económicamente el surgimiento de la nueva escuela, y el reyista Jesús Raz Guzmán pagó al principio la renta del local.[91]

El apoyo académico provino de profesores en activo o retirados, ya de la propia Jurisprudencia, de otras escuelas universitarias, de la Academia de Legislación y Jurisprudencia, o de destacados profesionistas. De los diecisiete que aceptaron ser profesores,[92] sólo cuatro —además de Vera Estañol— enseñaban en Jurisprudencia: Antonio Caso, Agustín Garza Galindo, Eduardo Pallares y Demetrio Sodi; entre los alejados recientemente de Jurisprudencia se

hallaban Miguel S. Macedo y Emilio Rabasa; entre los profesores en funciones en otras escuelas estaba Carlos Díaz Dufoo, de la de Comercio; por su parte, León de la Barra había enseñado en la Preparatoria. A pesar de que algunos de ellos no tenían suficiente experiencia docente —como José María Lozano, con sólo una breve y desafortunada estancia en la Preparatoria, o como José Natividad Macías—,[93] es indudable que en conjunto ese cuerpo docente era magnífico: incluía a personas como León de la Barra, experto intemacionalista; Rabasa, agudo constitucionalista; Díaz Dufoo, muy capaz en materia económica, y Vera Estañol, magnífico profesor de derecho comercial. Sin embargo, entre tantos notables destacaban Demetrio Sodi, jurista auténticamente sabio, y Agustín Rodríguez, prestigioso abogado católico.[94] Como si todos éstos no fueran suficientes para garantizar el éxito de la nueva escuela, los alumnos secesionistas pretendieron obtener la colaboración de otros dos apreciados abogados: Victoriano Pimentel y Francisco Carvajal, ambos profesores de Jurisprudencia, aunque sólo el primero en activo. Carvajal no aceptó por carecer de tiempo, pues era presidente de la Suprema Corte de Justicia, y Pimentel alegó que le parecía injusto abandonar Jurisprudencia, aunque es probable que previera que una pronta renuncia de Cabrera haría probable su ascenso a la dirección, puesto para el que ya había sido recomendado cuando renunció Pedro Lascuráin.[95] La actitud de Pimentel confirma la naturaleza política del conflicto en Jurisprudencia. Si para los estudiantes fue una rebelión creadora, para los profesores se trataba de una lucha revanchista.

En rigor, sólo un tercio de los que enseñarían en la nueva institución eran profesores en activo, lo que demuestra que el conflicto trascendió la esfera académica. Personajes como León de la Barra, Rabasa y Vera Estañol ya eran esencialmente políticos, y Lozano siempre lo había sido. Por lo tanto, a pesar de su calidad intelectual y de su capacidad docente, los más importantes profesores de la Escuela Libre de Derecho, aquellos que escribieron sus estatutos y reglamento, tenían más intereses políticos que académicos: con la excepción de Sodi, quien incluso había sido secretario de Justicia en el último gabinete de Porfirio Díaz, pero cuyas actividades políticas habían sido circunstanciales y limitadas, las preferencias de León de la Barra, Macedo y Rabasa eran evidentes. Es más, por esas fechas Rabasa tenía otro motivo de encono contra Madero, quien pretendía disminuir su gran influencia en el estado de Chiapas.[96] Aun así, sería erróneo considerar la fundación de la Escuela Libre de Derecho simplemente como una oposición más a Madero, como una lucha contra Pino Suárez y Cabrera o como una revancha de los ‘Científicos’, pues es indudable que tuvo varias y complejas razones y finalidades, y que en su creación

participaron elementos muy heterogéneos. En términos políticos había independientes, ‘Científicos’ y reyistas; en términos ideológicos incluía a positivistas, católicos y liberales. Por lo mismo, no puede decirse que el resultado final haya sido la vuelta del grupo que dominaba en la Escuela de Jurisprudencia hasta 1910.[97]

Quizás el grupo más influyente fue el católico. El rector honorario y el vocal de la primera junta directiva, Luis Méndez y Agustín Rodríguez, eran católicos ortodoxos; León de la Barra también estaba ligado al mismo grupo.[98] Numerosos alumnos eran asimismo fervorosos y combativos creyentes, como Manuel Herrera y Lasso. La recuperación de la influencia de los católicos en el sistema educativo pudo darse gracias al declive de los ‘Científicos’ y del positivismo; a la pérdida de reputación del reyismo —atribuible a las desacertadas acciones de Vázquez Gómez y Cabrera—, y a la libertad habida con Madero. Dicha recuperación fue palpable también en la Universidad Nacional, pues el rector Joaquín Eguía Lis y el secretario Francisco Pascual García eran católicos. Acaso esto explique la sorprendente actitud de Eguía Lis durante el conflicto: su pasividad pareció complicidad y simpatía, y es posible que le importara más su credo religioso que su responsabilidad laboral. Sin embargo, no eran católicos Lozano, Macedo, Rabasa o Vera Estañol; es decir, si bien la influencia católica no debe ser sobreestimada,[99] pues es indudable que con la Escuela Libre de Derecho también recuperaron algo de su pasada influencia los ‘Científicos’ y los evolucionistas, con Macedo o Rabasa y Vera Estañol, respectivamente.

El caso de los reyistas fue más complejo. El cuerpo docente de la Escuela Libre de Derecho buscaba incluir los mejores profesores disponibles, y Rodolfo Reyes era considerado uno de ellos. La cuestión es: ¿habría sido invitado a colaborar de haber estado fuera de la prisión? ¿Predominó el odio político sobre el valor académico entre los fundadores? ¿Lo marginaron por su cercanía a Cabrera, antes compañeros, camaradas y socios? ¿Sabían que Rodolfo Reyes había aconsejado a Cabrera respecto a los cambios que intentó introducir en Jurisprudencia?[100] ¿Cuál fue la postura del reyismo frente a la nueva institución? ¿Cuál su actitud ante Cabrera y el destino de Jurisprudencia? Por un lado, Alfonso Reyes fue desplazado como líder estudiantil durante el conflicto, y luego permaneció en Jurisprudencia.[101] Rodolfo también continuó en ésta, aunque sugirió a Cabrera asumir una actitud más conciliatoria y aplaudió la creación de la nueva escuela, con el obvio propósito de capitalizar políticamente el conflicto. Otro profesor reyista, Antonio Ramos Pedrueza, igualmente criticó a Cabrera y después recomendó solucionar el conflicto mediante la

negociación.[102] Es comprensible que el reyismo no haya querido asumir como propio el error político de Cabrera, miembro ya del gobierno maderista; sin embargo, no era fácil que adquiriera mayor influencia en la Escuela Libre de Derecho, dominada por católicos, 'Científicos' y evolucionistas. Por lo tanto, pretendió mantener una postura independiente y conciliatoria, actitud que podría rendirle grandes beneficios, incluso el control de Jurisprudencia, abandonada por los otros grupos. A pesar de que Cabrera se mantuvo en la dirección durante casi toda la presidencia de Madero, su pérdida de prestigio y la salida de los mejores profesores convirtió a Rodolfo Reyes en el hombre más influyente en Jurisprudencia durante la segunda mitad de 1912. Es más, se llegó a rumorar, así haya sido sin fundamento alguno por su extremado antimaderismo, que podría ser el sucesor de Cabrera, acaso con la lealtad institucional como mayor mérito.[103]

Las propuestas conciliatorias de Reyes y otros profesores tuvieron cierto efecto. Sin embargo, fue el sorprendente resultado del conflicto lo que obligó al gobierno a modificar su postura. La Escuela de Jurisprudencia se hallaba virtualmente aniquilada cuando fue reabierta a mediados de julio: sólo 20 de casi 240 alumnos retomaron a clases, mientras que la Escuela Libre de Derecho tuvo casi 180 el día de la inauguración, quedando 40 en posición indefinida. A principios de septiembre las cifras continuaban casi idénticas: los alumnos de la Escuela Libre de Derecho habían ascendido a más de 190, y cerca de 30 habían decidido permanecer en Jurisprudencia. La renuncia de Cabrera, en enero de 1913, hizo que al final las filiaciones se dividieran equitativamente, llevándose la Escuela Libre de Derecho poco más de la mitad de los alumnos. Sin embargo, la pérdida era peor de lo que las cifras indicaban, pues hasta el rector aceptó que se habían ido los mejores estudiantes.[104] Las pérdidas docentes fueron igualmente costosas: Pallares y Sodi abandonaron Jurisprudencia para siempre, lo mismo que Macedo y Vera Estañol; otros, como Caso y Garza Galindo, enseñarían en ambas instituciones. Cabrera se vio obligado a aceptar a profesores de ambas, como tuvo que tolerar que numerosos jóvenes se inscribieran formalmente en Jurisprudencia con el único objetivo de obtener un diploma sin trabas, aunque en realidad asistían regularmente a la Escuela Libre de Derecho debido a su mejor profesorado y a su estimulante y optimista ambiente.[105]

Cabrera fue, indudablemente, el gran perdedor. Aun concediendo —sin aceptar— que sus objetivos como director fueran académicos, sus torpes procedimientos fueron la causa inmediata de serios daños a Jurisprudencia. Si sus objetivos eran políticos, como aseguraron sus oponentes, su fracaso como

funcionario educativo impidió que llegara a ser miembro del gabinete de Madero.[106] Cierto es que poco después del conflicto fue elegido diputado para la XXVI Legislatura, no obstante la ruidosa oposición estudiantil, y que permaneció al frente de Jurisprudencia, a pesar de las constantes solicitudes de que fuera removido, hasta principios de 1913, cuando fue sustituido por Victoriano Pimentel, quien así vio cumplidas sus premoniciones y ambiciones.[107] Sin embargo, la fama de arrogante e impulsivo lo acompañaría toda su vida. Además, cuando tuvo que dejar la política, después de la caída del carrancismo, Cabrera no pudo encontrar —como tantos otros políticos— refugio en la vida académica, lo que hizo que su amargura aumentara.

El triunfo de los anticabreristas fue total. El éxito de la Escuela Libre de Derecho fue tan rápido y notable que provoca dudas y sospechas sobre los verdaderos motivos y recursos para su fundación. El 26 de junio los alumnos decidieron oponerse a los exámenes; al día siguiente declararon la huelga; dos días después comenzaron a pedir la renuncia de Cabrera y a pensar en la posibilidad de organizar “cursos libres” mientras durara el conflicto. La idea de crear una nueva escuela fue expuesta a partir del 3 de julio. Para mayor asombro, la nueva institución fue inaugurada tan sólo tres semanas después, en un edificio con instalaciones adecuadas, con un profesorado muy capaz y completo, y con más y mejores alumnos que Jurisprudencia.[108] ¿Cómo pudo lograrse esto? ¿Cómo se explica tanta rapidez y eficiencia? Aunque los interesados actuaron con gran motivación, es obvio que ello no era suficiente. Es verdad que varios abogados poderosos —en términos políticos, económicos, sociales e intelectuales— apoyaron totalmente el proyecto; sin embargo, siendo éstos mayoritariamente institucionales, partidarios de la política palaciega y contrarios a las agitaciones radicales, la rapidez y franqueza con que lo apoyaron hace verosímil la creencia en un proyecto premeditado. Debido a que su enfrentamiento con Cabrera surgió desde la llegada de éste a Jurisprudencia, dos meses antes del movimiento, es muy probable que Vera Estañol llevara ese tiempo soñando y planeando la creación de una institución propia, para lo cual era imprescindible, como coyuntura gestora, una severa crisis en Jurisprudencia.

De este modo surge como interpretación verosímil que los abogados hayan aprovechado en beneficio propio, sin provocarlo, al movimiento estudiantil, aunque finalmente resultaría en beneficio mutuo. Tan pronto aceptaron ayudar a los jóvenes, Demetrio Sodi y Agustín Rodríguez recomendaron atinadamente a los líderes estudiantiles que dieran nuevas banderas a su lucha. El propósito era legitimar a la Escuela Libre de Derecho mediante orígenes más respetables: en lugar de una huelga contra nuevos exámenes o de una lucha contra un

funcionario, por nefasto que pudiera ser, se debía poner énfasis en la búsqueda de una educación superior independiente.[109] Prevista u oportunista, la participación de tantos abogados notables cambió la naturaleza y el resultado del movimiento y atrajo el apoyo de la opinión pública.[110] En resumen, si la lucha contra Cabrera y la paralización de Jurisprudencia fue básicamente obra de los jóvenes, en la creación de la Escuela Libre de Derecho resultan igualmente importantes los profesores y varios políticos y abogados independientes.

Manuel Herrera y Lasso, uno de los principales líderes estudiantiles, aseguró primero que el único objetivo de la lucha era la renuncia de Cabrera; sin embargo, un mes después, en su discurso durante la inauguración de la Escuela Libre de Derecho, afirmó que el verdadero objetivo había sido conquistar la libertad educativa.[111] ¿Era aquel joven un oportunista? ¿Se trataba de un visionario? Además de que toda su vida demostró ser un hombre de principios políticos independientes, otros elementos permiten afirmar que la búsqueda de la libertad educativa no fue sólo un argumento demagógico ni una mera estrategia política. Por ejemplo, aunque permaneció impartiendo cursos en un par de escuelas universitarias públicas, Antonio Caso era un opositor decidido y sincero al intervencionismo estatal desacertado y exagerado: en el lapso de año y medio se opuso a Vázquez Gómez, Pino Suárez y Cabrera, aceptó colaborar con la Escuela Libre de Derecho y, poco después, con la Universidad Popular. Aunque Caso prefería la libertad académica total, la orientación y procedimientos del intervencionismo de Justo Sierra y Ezequiel Chávez le habían parecido soportables, quizás hasta benéficos; no así los de Vázquez Gómez, Pino Suárez y Cabrera.[112] Obviamente, los católicos también eran contrarios a que el gobierno controlara la educación, pues ello los había marginado del ámbito educativo desde el último tercio del siglo XIX, aunque antes hubieran avalado el dominio estatal de la educación durante los tres siglos del periodo colonial, cuando el gobierno simplemente les endosó tal responsabilidad.

¿Fue común a todos los participantes ese sincero afán por la libertad educativa? ¿Luchaban contra el intervencionismo estatal en la educación *per se*, o contra su personificación concreta en Cabrera? En rigor sus afanes libertarios no deben ser exagerados, pues es evidente que la mayoría se opuso a la intervención gubernamental en la educación sólo cuando afectó sus intereses. Por ejemplo, León de la Barra era el presidente del país cuando se produjeron las drásticas intervenciones de su ministro Vázquez Gómez; José María Lozano fue, aunque brevemente, ministro de Instrucción Pública con Huerta;[113] Miguel Macedo se había beneficiado enormemente de la relación entre los ‘Científicos’ y Jurisprudencia durante el porfiriato; José Natividad Macías fue después la

mayor autoridad universitaria con Carranza, y Vera Estañol fue ministro de Instrucción Pública en dos ocasiones, con Díaz y con Huerta. Si todos éstos —junto con el resto de los profesores y la totalidad de los alumnos que fundaron la Escuela Libre de Derecho— eran auténticos enemigos del intervencionismo estatal en la educación superior, ¿por qué no se opusieron al proyecto universitario de Díaz y Sierra? ¿Por qué no lucharon desde entonces por la autonomía universitaria? ¿Por qué no se opusieron después a la militarización y al cambio de filosofía educativa que Huerta impuso en la Preparatoria, lo que era más grave que la imposición de cualquier funcionario?

Es muy probable que de haber permanecido un colega como Miguel Díaz Lombardo al frente de la Secretaría de Instrucción Pública, y de haber sido nombrado un director más afín y amable con la comunidad para sustituir a Lascuráin, difícilmente se habrían rebelado. Por sus causas y objetivos parece incuestionable que este movimiento fuera político: los 'Científicos' afincados en Jurisprudencia buscaban defender su último reducto de poder y, al mismo tiempo, provocar un nuevo problema a la administración maderista, para lo cual tuvieron que establecer alianzas con otros grupos interesados. De haber sido Cabrera la única causa del conflicto resultaría muy difícil explicar la activa participación de muchos abogados ajenos a Jurisprudencia, o incluso al sistema educativo en su conjunto. Asimismo, de haber sido los fundadores de la Escuela Libre de Derecho auténticos luchadores por la libertad educativa, ¿cómo se explica que varios profesores hayan seguido impartiendo clases en Jurisprudencia, todavía dirigida por Cabrera?[114]

Por otra parte, resulta difícil creer que la única escuela universitaria con defensores de la libertad fuera Jurisprudencia. Madero y Pino Suárez impusieron un nuevo director en casi todas ellas, sin consecuencias graves. Por ejemplo, designaron a Valentín Gama y a Rafael Caraza en la Preparatoria y Medicina, respectivamente. Aunque esta última era la escuela con mayor tradición reciente de oposicionismo, y aunque ninguno de ellos fue bien recibido por los estudiantes y el profesorado, no estallaron problemas serios ni, por lo tanto, se crearon escuelas "libres". Si bien Gama y Caraza no eran "fuereños" para esas instituciones, ni odiados como Cabrera, lo cierto es que Jurisprudencia estaba más politizada y era más estratégica que las otras; además, en relación con ella había tantos intereses en juego, que los creadores de la Escuela Libre de Derecho se cuidaron de no presentar su caso como uno de hostilidad u oposición al gobierno,[115] contra el que varios tenían, por otra parte, reclamaciones concretas. Demetrio Sodi alegó que todo se estaba haciendo de acuerdo con la Constitución, que no imponía el monopolio de la educación por el gobierno.

Asimismo, más que como una alternativa a la educación pública, la Escuela Libre de Derecho fue presentada como una colaboración con un gobierno con dificultades financieras y organizativas, aunque también como un proyecto novedoso pero afín al momento de progreso democrático que vivía el país.[116]

Dicha estrategia fue exitosa, pues la actitud del gobierno hacia la Escuela Libre de Derecho resultó contradictoria: Madero, hombre conciliador, mostró ciertas simpatías hacia ella; Cabrera, siempre empecinado, mantuvo su rígido rechazo;[117] Pino Suárez, obtuso congènito, parecía no entender la naturaleza del conflicto, y Eguía Lis, aunque lamentó sus orígenes, alabó abiertamente a la nueva escuela,[118] hasta el grado de dar la impresión de que, en última instancia, prefería la escisión en Jurisprudencia a la imposición de Cabrera. De cualquier modo, el gobierno de Madero nunca otorgó sanción oficial a los diplomas emitidos por la Escuela Libre de Derecho, a pesar de cierta presión de la opinión pública para que lo hiciera. Mientras los senadores acordaron aceptar oficialmente dichos diplomas, los diputados se opusieron, no obstante que los más hábiles entre ellos hicieron suya dicha causa[119] —lo que resulta otra prueba de la naturaleza política del conflicto—, aunque de ninguna manera dicha negativa sea una sorpresa: Cabrera era un diputado muy influyente y José Inés Novelo, antes secretario particular de Pino Suárez, encabezaba la Primera Comisión de Instrucción Pública.[120]

Sería simplista afirmar que, salvo la buena voluntad de Madero y Eguía Lis, la Escuela Libre de Derecho sufrió el rechazo del gobierno en pleno. Por ejemplo, Pedro Lascuráin y Julio García —antiguo profesor y director de Jurisprudencia, quien también fue causa de conflictos entre Cabrera y los estudiantes—, secretario y subsecretario de Relaciones Exteriores, eran amigos, colegas y compañeros ideológicos de la mayoría del profesorado de la Escuela Libre de Derecho. Es más, un par de meses después del conflicto todos ellos formaron, con apoyo oficial, la Sociedad de Derecho Internacional.[121] Además, el Nacional Colegio de Abogados, que incluía a juristas como Luis Méndez o los hermanos Macedo y que era subsidiado por el gobierno de Madero, se convirtió en el principal apoyo económico de la nueva institución.[122] Posteriormente la politización de Jurisprudencia fue trasplantada a la Escuela Libre de Derecho, que en buena medida fue creada para recuperar influencia en la formación de funcionarios y políticos. Su futuro inmediato prueba que la cuestión de fondo era recuperar la relación íntima con el gobierno en turno: la llegada de Huerta cambió la situación de la Escuela Libre de Derecho, pues ya no se mostró tan independiente del poder público, aunque posteriormente el triunfo revolucionario antihuertista la obligó a retomar su naturaleza original.

ESCISIÓN POR LA CULTURA

Si la Escuela Libre de Derecho fue resultado de la lucha contra el intervencionismo gubernamental en la educación superior, ¿cuáles fueron las consecuencias de su creación? A mediano y largo plazos se convirtió en una prestigiosa escuela; en el corto sirvió como estímulo para otro tipo de escisión, que culminó con la fundación de la Universidad Popular. Esta vez la separación no provino de los estudiantes, pues fue llevada a cabo por profesores e intelectuales. Además, no surgió por el intervencionismo estatal sino precisamente por lo contrario: la falta de actividad gubernamental en el campo cultural.

De acuerdo con el artículo 8o. de su Ley Constitutiva, la Universidad Nacional debía desempeñar labores de difusión cultural. A tan sólo un mes de fundada, un miembro del Consejo Universitario —Miguel F. Martínez— propuso que se cumpliera dicho mandato a la brevedad posible. El rector aceptó la propuesta y pidió a Martínez un proyecto, que éste entregó antes de que concluyera 1910. Dicho proyecto fue pronto aprobado por una comisión de tres miembros del Consejo Universitario, la cual propuso la creación de otra comisión que dirigiera la labor práctica de divulgación cultural. Sin embargo, debe haber surgido un problema serio —inactividad o incompatibilidad—, pues sus integrantes fueron todos remplazados en octubre de 1911; así, a principios de 1912 la Universidad Nacional todavía no iniciaba el cumplimiento de su compromiso de difusión cultural. Peor aún, a mediados de ese año Eguía Lis tuvo que reconocer que, no obstante disponerse de un programa muy detallado, éste todavía no había sido puesto en marcha.[123]

A finales de 1912, de acuerdo con los tiempos nuevos y la inédita situación nacional, numerosos intelectuales estaban interesados en hacer labor de difusión cultural y, en un sentido más amplio, en colaborar con la educación de las masas. Si la educación rural se consideraba un compromiso gubernamental por causa de los impedimentos de la Iglesia católica y el desinterés de los hacendados, la educación cultural de los obreros y de las masas urbanas fue atendida de manera creciente por académicos y políticos conservadores,[124] por algunos jóvenes intelectuales y apolíticos, así como por jóvenes intelectuales progresistas ligados al gobierno de Madero. Tal vez no resulte sorprendente constatar que muchos de ellos habían sido o aún eran miembros del Ateneo de la Juventud, por lo que puede asegurarse que la moderna divulgación cultural nació en el país con dicho grupo.[125] Si en 1909 su actividad principal fue el combate al positivismo en crisis, hacia 1912 adoptó una postura cultural muy distinta, ajeno a los debates

elitistas, concentrado en labores propositivas y urgentes, dirigidas a otros grupos sociales.

A principios de 1912, como consecuencia de la actitud del Ateneo frente a Ugarte, Nemesio García Naranjo renunció públicamente al grupo. Menos de dos meses después creó, junto con José María Lozano, Francisco Olaguíbel, Carlos Pereyra y Santiago J. Sierra, entre otros, el Club Honor y Patria, que pretendía impartir conferencias y charlas a los obreros. Los nombres y posturas de los involucrados evidenciaron el cariz político de la asociación. Como la competencia por la simpatía de las masas no era un asunto desatendible, la prensa maderista inició la polémica asegurando que el Club Honor y Patria nunca tendría una sesión exitosa,[126] pues los obreros conocían sus orígenes políticos e ideología. Resulta obvio que la agrupación buscaba competir con los intelectuales ligados al gobierno por obtener el apoyo obrero. Sólo así se explica la conferencia de Pereyra en la que recomendó a los trabajadores rechazar a los líderes y políticos "malignos" que sólo buscaban satisfacer sus propios intereses.[127] ¿Fracasó el Club Honor y Patria? ¿Logró aumentar el nivel cultural de los trabajadores? ¿Pudo alejar a los obreros del gobierno maderista? Cualquiera que haya sido el resultado, lo importante es el repentino interés de los intelectuales por participar en la educación de las clases bajas urbanas.

A su vez, entre los miembros del gobierno el más interesado en la difusión cultural y en la educación popular era Alberto J. Pañi, miembro del Ateneo y subsecretario de Instrucción Pública. A principios de 1912, y aprovechando el poder de su cargo, había urgido al rector a que cumpliera las obligaciones de la institución al respecto.[128] ¿Cómo se explica entonces que Pino Suárez y José Inés Novelo, los otros funcionarios importantes en el ministerio de Instrucción Pública, se opusieran después a Pañi, si los tres eran decididos partidarios de la educación popular? ¿Cómo se explica que Pino y Novelo no hayan ideado algún tipo de plan para el mejoramiento cultural de los obreros? A mediados de 1912 Pañi salió del ministerio, lo que aprovechó para regresar a su docencia en Ingenieros y a las reuniones del Ateneo. En una de ellas, acaecida en octubre, Vasconcelos y Pedro González Blanco propusieron ofrecer una serie de conferencias como la habida en 1910 con motivo de ios festejos del centenario, aunque precisaron que ahora debería tener un carácter más popular. En respuesta, Henríquez Ureña recomendó que el Ateneo conservara su naturaleza, y que en cambio se creara una institución subsidiaria que satisficiera el nuevo propósito. Se formó una comisión, con González Blanco, Pañi y Alfonso Pruneda —recientemente nombrado director de Altos Estudios—, la cual recomendó pocos días después la creación de la Universidad Popular Mexicana,

con Pañi como rector, Pruneda como vicerrector y Martín Luis Guzmán como secretario,[129] todos ellos simpatizantes de Madero y de su revolución, lo que no puede decirse de los otros involucrados originalmente.

La Universidad Popular no fue planeada como una alternativa a la Universidad Nacional, a diferencia de la Escuela Libre de Derecho respecto a Jurisprudencia: no impartiría enseñanza profesional alguna ni otorgaría títulos o grados; sus actividades consistirían en conferencias aisladas y visitas guiadas a museos y sitios históricos, y los conferencistas y guías, por lo general miembros del Ateneo, escogerían libremente el tema a tratar o el sitio a visitar, con la única restricción de que los temas políticos quedarían prohibidos. Los objetivos eran el mejoramiento de la situación de los obreros y sus familias, así como la promoción del nacionalismo por medio del conocimiento y la cultura.[130] Sin embargo, la ideología y militancia políticas de los directores eran obvias.

Puesto que no constituía una alternativa a la Universidad Nacional, tampoco fue presentada como una escisión. Sin embargo, si Pañi había sido subsecretario de Instrucción Pública hasta poco antes y Pruneda era en ese momento el director de Altos Estudios, ¿qué significado tenía su protagónica participación en esta aventura para la política educativa y cultural del gobierno y de la Universidad Nacional? Del mismo modo, si los primeros y más activos conferencistas —Antonio Caso, Henríquez Ureña y Alfonso Reyes— eran miembros destacados de la comunidad universitaria, ¿cómo explicar que se hayan involucrado con la nueva institución? La única respuesta verosímil es doble: todos ellos, obviamente, percibieron los cambios en la situación histórica, caracterizada por el reciente e impetuoso ascenso sociopolítico de las clases populares, y se hallaban desilusionados con los débiles esfuerzos de la Universidad Nacional y del gobierno para proporcionar a dichas clases una educación cultural.[131] Además, consideraron la designación de Pino Suárez un grave error y vieron en la renuncia de Pañi un insulto y un duro golpe contra los nuevos intelectuales, por lo que su elección como rector de la Universidad Popular era un desagravio personal y una condena a la política educativa de Madero. Así, mientras que para unos, como Vasconcelos o Martín Luis Guzmán, la creación de la Universidad Popular era una manera indirecta de colaborar con el régimen, para otros, como Caso, era una forma indirecta de criticarlo.

Es innegable que la Universidad Nacional también desilusionaba a los ateneístas. Poseía los atributos legales y los recursos económicos imprescindibles para llevar a cabo una gran labor de promoción cultural;[132] contaba con un considerable número de profesores dispuestos y capaces, y disponía de más de un edificio adecuado para dicha labor, como el Anfiteatro de

la Preparatoria y el Teatro Arbeu —rentado de manera casi permanente—, que ya eran usados para ocasionales conciertos y conferencias.[133] Desgraciadamente, interminables obstáculos burocráticos y legales, así como la necesidad de enfrentar problemas considerados mayores, impidieron que se cumpliera con el compromiso. Dado que Pruneda y Alfonso Reyes eran los principales funcionarios en Altos Estudios desde mediados de 1912, puede conjeturarse sobre si desearon hacer de Altos Estudios una institución de difusión cultural selectiva, en temas y audiencias, dejando a la Universidad Popular como una institución complementaria, con distintos objetivos, lo que coincidía con la naturaleza dual que Henríquez Ureña asignó al Ateneo y a su subsidiaria, la Universidad Popular.

Por otro lado, ¿hasta qué grado la creación de la Universidad Popular fue una consecuencia, aun indirecta, de la fundación de la Escuela Libre de Derecho?[134] ¿Se trató de una respuesta a la creación del Club Honor y Patria? ¿Fue un intento de superar las limitaciones del Ateneo, pertinente en 1909 y 1910 pero inútil y anacrónico para 1911 y 1912? ¿Era una estrategia de los más politizados miembros del grupo, como Pañi y Vasconcelos, para adecuar el Ateneo a la nueva situación social o para vincularlo al gobierno? Más importante aún: ¿en qué grado ambas secesiones probaban que el proyecto universitario de Sierra y Chávez exigía ser actualizado? ¿Eran una prueba del fracaso educativo del Estado de entonces? ¿Demostraban la falta de una actitud auténticamente comunitaria? ¿Hasta qué grado la Universidad Popular fue reflejo de la nueva balanza de poder, con la oligarquía en declive, la clase media asumiendo las decisiones políticas y las clases populares exigiendo un mejor trato?

La Universidad Popular fue resultado del conflicto entre el viejo y el nuevo proyecto de educación cultural, y entre el viejo y el nuevo concepto sobre la responsabilidad de los intelectuales, mientras que la Escuela Libre de Derecho había sido resultado del conflicto entre los viejos educadores y las nuevas políticas educativas. En rigor, las dos secesiones confirman que la educación y la cultura tuvieron que pasar, a la caída del porfiriato, por un proceso de ajustes políticos y de redefinición de objetivos sociales. De otra parte, dichas escisiones no demuestran que el gobierno haya fracasado totalmente como educador: cuando menos la Universidad Popular no nació enfrentada al gobierno y pudo mantenerse neutral gracias al apoliticismo de la mayoría de sus miembros y al maderismo de su mesa directiva. Igualmente ilustrativo resulta que no haya habido después otras escisiones; al contrario, la Universidad Popular desapareció a los pocos años y la Escuela de Jurisprudencia se recuperó en breve tiempo. En particular, si bien la calidad de la Escuela Libre de Derecho fue encomiable

desde un principio, durante el régimen de Madero la Universidad Popular sólo tuvo tiempo de organizar cuatro conferencias: la primera la impartió Pedro González Blanco; en las siguientes Pruneda disertó sobre enfermedades y microbios y Martín Luis Guzmán leyó algunos poemas; la última fue pronunciada por Pedro Henríquez Ureña a los operarios de El Buen Tono —¡sabio nombre para una tabacalera!—, con el tema de Wagner y su importancia para la evolución de la ópera.[135] Obviamente, en ninguna de ellas la asistencia fue nutrida, por lo que pronto se hizo evidente que la Universidad Popular tampoco era la alternativa adecuada para lograr el enriquecimiento cultural de las masas urbanas capitalinas. Su herencia fue más bien un ejemplo que debía ser seguido por el gobierno y por los apóstoles culturales posteriores.[136]

NACIONALISMO CONSERVADOR

A principios de 1912, a causa del conflicto por el escritor argentino Manuel Ugarte, Madero perdió el respaldo de algunos estudiantes que lo habían apoyado desde el principio y la simpatía que pudo haber obtenido del estudiantado en general. Sin embargo, sería erróneo afirmar que los estudiantes se opusieron a Madero a todo lo largo de 1912. A principios de marzo, menos de dos meses después del "caso Ugarte", los jóvenes universitarios de la ciudad de México apoyaron al gobierno ante la rebelión supuestamente encabezada por Emilio Vázquez Gómez.[137] El movimiento de apoyo surgió en la Escuela de Agricultura, donde los estudiantes lanzaron un manifiesto "pacifista" que debía ser leído en las escuelas, iglesias y fábricas. También dirigieron un telegrama a Vázquez Gómez, exigiéndole que abandonara su postura "hostil" y haciéndole saber que repudiaban su conducta "antipatriótica". En realidad el manifiesto no era tan pacifista, pues los estudiantes pedían que la Secretaría de Guerra los instruyera militarmente; tampoco era neutral en política: de manera ilustrativa los jóvenes elogiaban con entusiasmo al Ejército Federal, herencia del porfiriato que se había tornado el sector más conservador del gobierno maderista.[138]

Los estudiantes de Agricultura fueron pronto imitados por los de Escultura y Pintura, quienes manifestaron su deseo "de ser los primeros en sacrificarse por el país y su gobierno".[139] A su vez, los de la Preparatoria organizaron una nutrida manifestación en honor de Madero, en la que participaron contingentes de las escuelas profesionales y que resultó un desfile juvenil muy exitoso.[140] Es indudable que al menos temporalmente aquellos jóvenes mejoraron sus relaciones con el gobierno, a pesar de lo cual surgen varias dudas

inevitablemente: ¿Deseaban realmente apoyar a Madero? ¿No se debió tal respaldo, más bien, a su desconfianza hacia Emilio Vázquez Gómez, hermano de Francisco, su odiado enemigo? ¿Se debió este rechazo al carácter radical y anárquico de la rebelión? ¿Les parecía el gobierno de Madero el mal menor?

El movimiento vazquista nunca se desarrolló plenamente, por lo que Madero no necesitó la colaboración militar que los estudiantes le habían ofrecido. Poco después, sin embargo, las zonas centrales del norte del país sufrieron la erupción de la rebelión orozquista, que pronto constituyó una gran amenaza militar para el gobierno. Acaso por esto los estudiantes fueron mucho más precavidos: declinó la intensidad de sus críticas a los rebeldes y, sobre todo, no fueron renovadas sus ofertas para ayudar militarmente al gobierno. Cuando mucho los estudiantes participaron en una manifestación en favor de la paz, y un pequeño grupo de jóvenes de Medicina se ofreció a ir al campo de batalla para proporcionar servicios médicos por medio de la Cruz Blanca Neutral.[141] De otra parte, como había sucedido con las rebeliones zapatista y vazquista, la orozquista tampoco atrajo estudiantes. Por el contrario, al igual que sucedió con el alzamiento en el vecino estado de Morelos, la rebelión orozquista aterrorizó a los capitalinos, sobre todo después de sus victorias iniciales. A pesar de que uno de los intelectuales de Orozco era Ricardo Gómez Robelo, reconocido joven poeta ateneísta,[142] está claro que muy pocos estudiantes participaron en la rebelión: una de las excepciones fue Eduardo Andrade, de Ingenieros, quien murió fusilado por el gobierno.[143]

La yancofobia y desorden de la rebelión orozquista enfadó al gobierno de Estados Unidos, que públicamente presionó a Madero para que resolviera la situación a la mayor brevedad. La consecuencia de tan descortés exigencia fue el renacimiento del nacionalismo estudiantil. A diferencia de cuando aconteció “el caso Ugarte”, en esta ocasión los jóvenes apoyaron al gobierno, pues consideraban que había adoptado la postura nacionalista adecuada ante la injusta intromisión estadunidense. A mediados de abril se reunieron en el Casino de Estudiantes los jóvenes Aarón Sáenz, de Jurisprudencia, Aurelio Manrique, de la Normal, y un par de líderes de Medicina, para discutir la actitud que se debía asumir en caso de que surgiera un conflicto internacional. Ilustrativamente, aprovecharon la ocasión para por lo pronto enviar un telegrama de apoyo a Madero. Los estudiantes, especialmente los de Ingenieros, Medicina y la Preparatoria, crearon la Unión Estudiantil de Defensa Nacional, con Enrique Estrada como presidente, y se organizaron en grupos de “voluntarios” decididos a recibir instrucción militar y así prepararse para tomar las armas en caso de guerra internacional; a su vez, Luis Jasso propuso organizar cuerpos de

“voluntarios” en otras ciudades, como ya lo habían hecho los jóvenes de Puebla, y Enrique Soto Peimbert pidió a las mujeres que participaran como enfermeras. A finales de abril la Unión Estudiantil de Defensa Nacional declaró, oficial y solemnemente, que los estudiantes tenían una deuda moral con la patria en tanto que su educación había sido financiada por el pueblo, y que para saldarla debían luchar como soldados voluntarios en caso de invasión extranjera; por ello declararon que habían solicitado instrucción militar, aunque dejaron bien claro, por otra parte, que ello no debía implicar la organización militarista de las escuelas.[144]

Aquellos sucesos de marzo y abril de 1912 permitieron a Madero recuperar el apoyo de algunos líderes como Enrique Estrada, Aurelio Manrique y Enrique Soto Peimbert, quienes se habían distanciado de él por la imposición de Pino Suárez o las obstrucciones a Ugarte. De manera premonitoria, Jurisprudencia, en cambio, fue la escuela que asumió la actitud más tibia, a pesar de la participación de Luis Jasso y José María Gurría Urgell. Sin embargo, queda una duda insoslayable: ¿apoyaban realmente a Madero los jóvenes, o el movimiento fue, en rigor, otra expresión de su indeclinable nacionalismo? La respuesta no puede ser categórica: es cierto que la Unión Estudiantil de Defensa Nacional perdió su ímpetu inicial al hacerse evidente que la probabilidad de guerra internacional era prácticamente nula, por lo que algunos estudiantes dejaron de asistir a las lecciones militares, pero también es cierto que las relaciones entre Madero y los estudiantes mejoraron notablemente por entonces, hasta el grado de que el presidente accedió a presidir la ceremonia de graduación de la Preparatoria a principios de junio y de que se permitió solicitar el apoyo de los jóvenes no sólo en su lucha en caso de conflictos internacionales, sino también en su lucha contra las rebeliones locales, contrarias a las instituciones legales del país.[145]

Con todo, el acercamiento no fue ni duradero ni general, pues pronto estalló el conflicto por Cabrera en Jurisprudencia. Consciente de los problemas que podría causar una oposición masiva y prolongada de los estudiantes, Madero buscó inmediatamente después mejorar su relación con los jóvenes. Por ello a mediados de agosto, por medio de Alberto J. Pañi y Alfonso Pruneda —los mismos que un año antes habían tratado de crear una organización estudiantil que apoyara a Madero en las elecciones de 1911 y que tiempo después crearon la Universidad Popular— pretendió organizar a los estudiantes en una confederación, la Asociación de Estudiantes Universitarios, que recibiría apoyo financiero de las autoridades educativas. Madero también se mostró dispuesto a subsidiar el Casino Nacional de Estudiantes si sus afiliados aceptaban acabar con su oposición al gobierno, pero sus propuestas fueron hechas del conocimiento

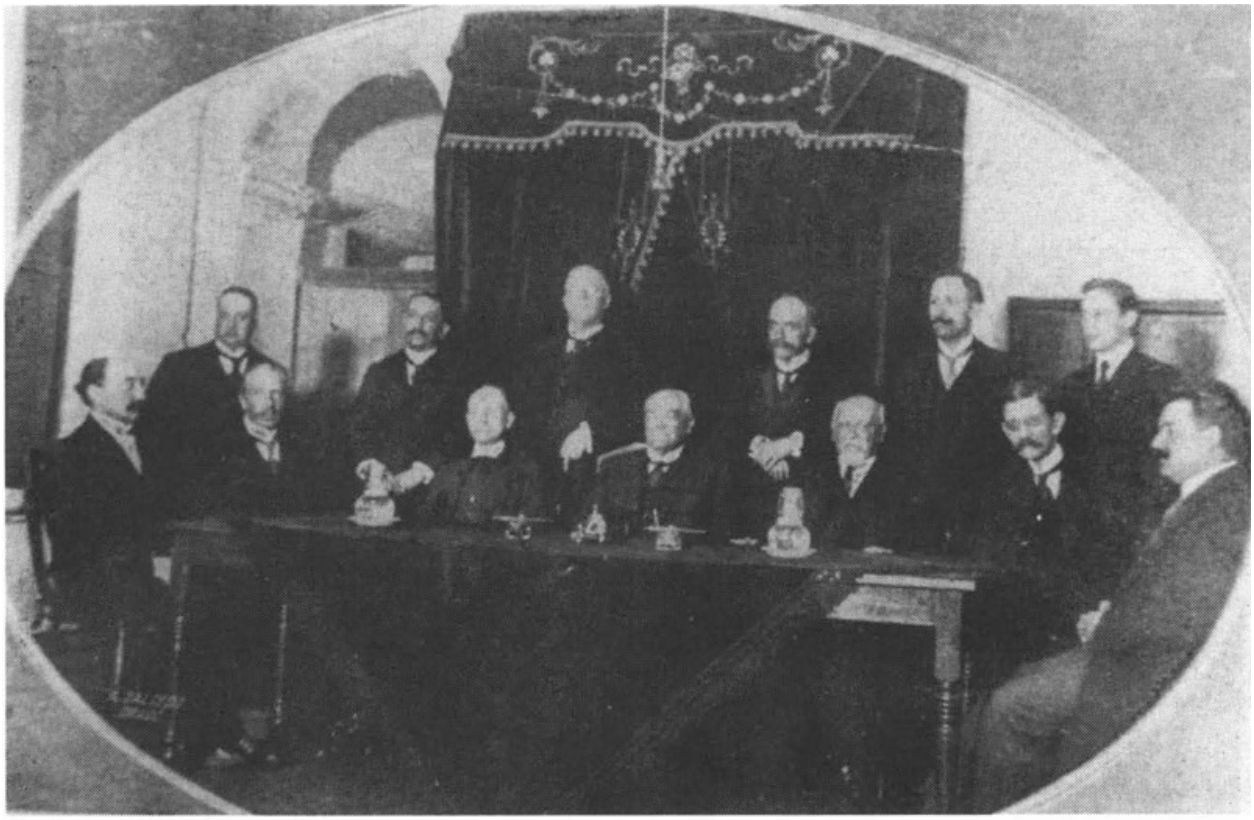
público en forma desafortunada, por lo que los estudiantes las rechazaron, no obstante la afirmación de Pruneda de que todo se había debido a un malentendido.[146] De cualquier modo, ya no se repitieron conflictos como el de Jurisprudencia y la Escuela Libre de Derecho, y la organización de la Universidad Popular incluso puede ser vista, al menos en parte, como un ingenioso plan del gobierno para ganarse el apoyo de algunos profesores jóvenes pero distinguidos, quienes a la postre le podrían granjear cierto apoyo estudiantil. No es casual que en la fundación de la Universidad Popular estuvieran Pañi y Pruneda, quienes en dos ocasiones anteriores habían intentado vincular al gobierno con los estudiantes. En todo caso, de no lograrlo por lo menos ganarían el apoyo de los obreros, agradecidos por el súbito interés en educarlos.

El presidente Francisco León de la Barra con José López Portillo y Rojas y Manuel Calero, en la entrega de premios a alumnos distinguidos. (Archivo Casasola, INAH.)

Alfonso Pruneda, el apóstol de la Universidad Popular.
(AHUNAM, Fondo Alfonso Pruneda.)

Francisco I. Madero con los jóvenes huelguistas de Jurisprudencia. (Archivo Fotográfico de la Escuela Libre de Derecho, ELD.)

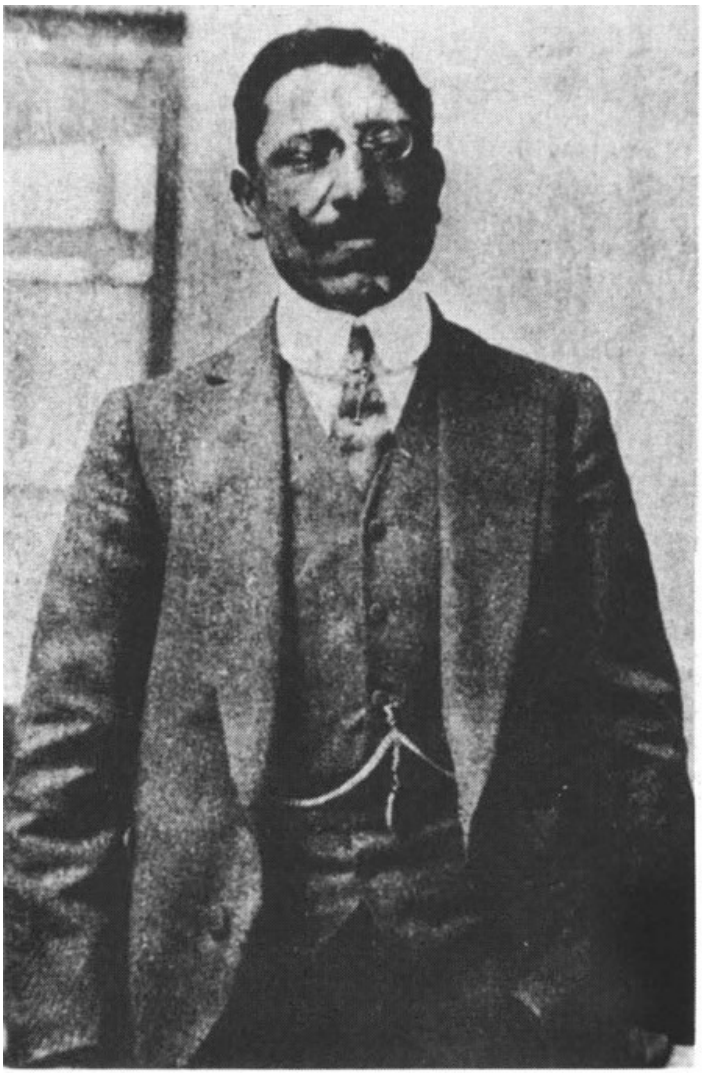
Jorge Vera Estañol, Francisco León de la Barra y otros protesores de la Escuela Libre de Derecho.
(Archivo fotográfico de la ELD.)



Emilio Rabasa y otros profesores de la Escuela Libre de Derecho.
(Archivo fotográfico de la ELD.)

Firma de la Constitución de la Libre de Derecho.
(Archivo fotográfico de la ELD.)

De la Barra, Rabasa y profesores fundadores de la Escuela Libre de Derecho.
(Archivo fotográfico de la ELD.)



Jorge Vera Estañol, actor fundamental en la política universitaria.
(AHUNAM, Fondo Escuela de Jurisprudencia.)

Luis Cabrera, conflictivo director de la Escuela de Jurisprudencia.
(Tomada de: Lucio Mendieta y Núñez, *Historia de la Facultad de Derecho*, 2a. ed. México, UNAM, 1975.)

Estudiantes huelguistas en la Escuela Nacional de Jurisprudencia (Tomada de Jaime del Arenal, *Luis Cabrera, Director Nacional de Jurisprudencia*, México, CESU-UNAM, 1989.)

Manuel Ugarte durante su tumultuosa conferencia. (Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, t. 2, p. 444.)

Los grupos de voluntarios que se habían organizado en abril y mayo en la Preparatoria, Ingenieros y Medicina, fueron disueltos en octubre, una vez pasado el desfile conmemorativo del aniversario de la Independencia.[147] Sin embargo, aunque participaron en el festejo oficial, los estudiantes realizaron además un desfile particular la víspera, el día 15, aunque advirtiendo que ello carecía de "significado político". En pocas ocasiones resulta tan oportuno el refrán que reza: "satisfacción no pedida...": ¿en verdad lo hicieron como última práctica, o por fidelidad a la costumbre porfirista de marchar el día 15 de septiembre, también aniversario de Díaz?[148] Si tanto les gustaban los desfiles, ¿por qué no organizaron uno para celebrar el segundo aniversario del inicio de la Revolución? Es muy significativo constatar que mientras los estudiantes honraban espontáneamente a Hidalgo o a Juárez, los homenajes a la Revolución tenían que ser organizados por las autoridades, a pesar de lo cual no se lograba participación alguna de los jóvenes.[149] La única explicación plausible consiste en que dichos jóvenes preferían el antiguo régimen al nuevo: en 1911 y 1912 Antonio Caso impartió sendas conferencias para conmemorar la Independencia, pero ninguna en favor de la Revolución, que fue abiertamente criticada en la segunda de sus charlas. Para confirmar la hipótesis considérese que pocas

semanas después, durante el discurso por el fin del año académico, el nombre de Porfirio Díaz fue vitoreado con entusiasmo por los jóvenes.[150]

Debe concluirse por lo tanto que el apoyo a Madero se limitó al periodo de sus desavenencias con Estados Unidos, pero que durante la mayor parte de su gobierno él y sus colaboradores —Pino Suárez, Cabrera y Vasconcelos— fueron atacados por los estudiantes a causa de asuntos que no les habían molestado antes —con Díaz— ni les molestarían después —con Huerta. Además, durante 1912 los jóvenes apoyaron al expresidente interino León de la Barra, honraron al periodista católico de oposición Trinidad Sánchez Santos, mantuvieron una espléndida relación con el Ejército Federal[151] y pidieron a Madero que fuera clemente con Félix Díaz, el sobrino de don Porfirio, después del fracaso de su rebelión, en la que se rumoró que estaba inmiscuido su admirado León de la Barra.[152] Así, el conservadurismo de los estudiantes resulta incuestionable, sobre todo si se considera que nunca criticaron la represión contra los zapatistas, ni mucho menos simpatizaron con su rebelión.

Cuatro conclusiones resultan obvias: los alumnos universitarios estuvieron contra Madero, su gobierno y la Revolución; jamás apoyaron lucha popular o progresista alguna; eran nacionalistas, y deseaban la restauración del régimen bajo el cual habían recibido favores y privilegios de don Porfirio y Justo Sierra, en lugar de los constantes insultos que recibieron después, de gente como Cabrera y Vasconcelos.[153] La forma más elocuente en que la comunidad universitaria mostró sus preferencias políticas fue durante el funeral de Justo Sierra, pues no hubo por entonces una muestra similar de afecto, gratitud y admiración.[154] Por si quedara alguna duda, dichas preferencias se confirmarían durante otros fallecimientos: el de los mismos Madero y Pino Suárez, los que acaecerían pocos meses después, en febrero de 1913.

Notas al pie

[1] *El Imparcial*, 8 de enero; 12 de marzo; 29 de abril y 11 de junio de 1911.

[2] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1429. *El País*, 15 de diciembre de 1911. Acuña se graduó en mayo de 1911, y Cabrera en agosto. Cf. FEA, núms. 2701 y 30383. Para Alarcón, véase Ruiz Escalona, p. 75.

[3] FUN, RR, c. 4, exp. 61, ff. 1245 y 1350; exp. 63, f. 1443. FEP, núms. 302, 1 081 y 3 610. Para Reyes, Fondo Escuela de Jurisprudencia, Libro de Actas, Profesores, núm. 179, f. 135.

[4] FUN, RR, c. 5, exp. 73, f. 2063. Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, pp. 299-300. *El Imparcial*, 10 de noviembre de 1912.

[5] Félix Paiavicini, *Los diputados*, pp. 291-296. Ruiz Escalona, pp. 75-76.

[6] *El Imparcial*, 30 de abril y 13 de agosto de 1911; 12 de noviembre de 1912. *Nueva Era*, 9 y 18 de junio de 1912. *El País*, 10 de diciembre de 1911.

[7] *El Imparcial*, 9 de febrero y 13 de noviembre de 1912. *Nueva Era*, 28 de mayo y 16 de junio de 1912. *El País*, 25 de septiembre; 18 y 20 de noviembre; 1, 10 y 30 de diciembre de 1911.

[8] "Memorándum principales acuerdos", 28 de octubre de 1911, en FIP y BA, c. 284, exp. 13(4) f. 58. FUN, RR, c. 4, exp. 61, ff. 1296-1297 y 1299. Circular del secretario Instrucción Pública, julio de 1911, en *BIP*, XVIII, pp. 177-178.

[9] *El País*, 18, 22 y 29 de septiembre; 7, 17 y 29 de octubre de 1911.

[10] *El Imparcial*, 3 y 4 de julio de 1911.

[11] *El País*, 13 de octubre de 1911. El club pasó a llamarse Partido de Estudiantes Católicos, y luego, Liga de... Cf. Antonio Rius Facius, *La juventud católica y la Revolución mexicana, 1910-1925*, México, Editorial Jus, 1963, pp. 27-29. Jorge Prieto Laurens, pp. 14 y 15.

[12] *El País*, 26 de septiembre de 1911.

[13] Para la vida privada y pública de León de la Barra, a falta de una urgente monografía resulta inevitable consultar su archivo, que se encuentra en el Centro de Estudios de Historia de México, Condumex. Por un *curriculum vitae* allí localizado queda claro que fue profesor entre 1888 y 1901, cuando impartió los cursos de Matemáticas, Lógica y Moral en la Preparatoria.

[14] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1464.

[15] Véase mi ensayo citado en la nota 37 del capítulo II.

[16] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 3 de abril de 1909, en *Correspondencia R-HU*, p. 142. Otro joven intelectual que se hizo reyista fue Luis Castillo Ledón; sin embargo no puede generalizarse tal conducta, pues otros amigos de Alfonso, como Antonio Caso y Martín Luis Guzmán, fueron corralistas.

[17] *El Imparcial*, 8 y 11 de agosto de 1911. Prieto Laurens, p. 26.

[18] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1468. Informe de labores de Jurisprudencia, marzo de 1912 a febrero de 1913, *BIP*, XXI, pp. 339-340. *El País*, 24 de noviembre de 1911. Véase también Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, libro encuadernado 850, ff. 210, 218, 221, 229 y 233.

[19] Para la ideología de Vera, AFLB, imp., c. 2, leg. 184. FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1468. Informe de labores de Jurisprudencia, marzo de 1912 a febrero de 1913, *BIP*, XXI, pp. 339-340. *La Actualidad*, 20 de junio de 1911. *Ellmparcial*, 4 y 20 de junio de 1911.

[20] *El Imparcial*, 18 y 22 de agosto de 1911. *El País*, 24 y 29 de septiembre; 2 y 16 de octubre de 1911.

[21] *El Diario*, 7 de noviembre de 1911. *El País*, 5, 8-10 y 29 de noviembre de 1911.

[22] *Nueva Era*, 24 de mayo y 2 de junio de 1912.

[23] *El País*, 15 de octubre de 1911.

[24] *Ibid*., 15, 17 y 19 de octubre de 1911. Adolfo León Ossorio sólo recuerda haber organizado un grupo para atacar las manifestaciones reyistas. Véase sus *Memorias*. *Balance de la revolución*, México, s.e., 1981, p. 19.

[25] *El Imparcial*, 4, 6, 7 y 9 de enero de 1912. *El País*, 31 de diciembre de 1911.

[26] *El Imparcial*, 20 de febrero de 1912.

[27] Se sabe que Ezequiel Padilla se opuso luego al carrancismo, pues simpatizaba con la rebelión de Félix Díaz. A partir de 1920 se incorporó al gobierno: diputado en varias ocasiones, senador otro tanto, procurador general de la República, embajador en un par de países, secretario de Educación Pública y de Relaciones Exteriores; sin embargo, en 1946 fue candidato independiente a la presidencia del país, asumiendo una postura más conservadora que la de Miguel Alemán. Al menos una senaduría y las dos embajadas fueron posteriores a su oposición de 1946, lo que permite considerarlas puestos de consolación y cooptación.

[28] Secretario Relaciones Exteriores a Miguel Díaz Lombardo, 6 de noviembre de 1911, en *BIP*, XIX, p. 6. Díaz Lombardo, secretario Instrucción Pública, a Alberto J. Pañi, 21 de noviembre de 1911, *ibid.*, pp. 6 y 7.

[29] Lascuráin yjulio García, de Jurisprudencia, fueron nombrados secretario y subsecretario Relaciones Exteriores; Crespo, doctor *ex offiáo* en Ingenieros y respetado funcionario del periodo porfirista, fue designado embajador ante Estados Unidos; Martínez Sobral fue enviado al consulado en Nueva York. Véase FUN, RR, c. 2, exp. 27, f. 493; c. 3, exp. 35, f. 829; c. 4, exp. 63, f. 1468. Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 296. Informe de labores de Jurisprudencia, marzo de 1912 a febrero de 1913, *ibid.*, pp. 338-340.

[30] *DHBRM*, I, p. 255; II, p. 371; III, pp. 103-105. Para Fabela véase también FEA, núm. 2557, y su autobiografía *Mis memorias...*, pp. 26-48. Fabela había participado desde la campaña electoral maderista como miembro fundador del Club Liberalismo Progresista.

[31] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, en *ibid.*, p. 288. Curiosamente, en el mismo documento Eguía Lis reconoce que el conflicto en Jurisprudencia fue una verdadera crisis. Véase p. 308.

[32] En un país con tan alto número de analfabetos, los oradores tenían la mayor influencia. Durante su gobierno Madero enfrentó la oposición de grandes oradores, como los diputados García Naranjo, Lozano, Moheno y Olaguíbel, al mismo tiempo que gozó del apoyo de otros igualmente destacados, como Jesús Urueta y Luis Cabrera. En tanto que casi todos éstos eran miembros de la comunidad universitaria, sus palabras tuvieron que ejercer una gran resonancia en ella. Entre los principales escritores, los más abiertamente antimaderistas fueron Salvador Díaz Mirón, acaso el único intelectual ligado al antiguo régimen que participó en la represión contra el alzamiento maderista; José Juan Tablada, que escribió el sarcástico *Madero-Chantecler*; Luis G. Urbina, que renunció a su cátedra en la Preparatoria, y Amado Ñervo, de quien se rumoró que había hecho lo propio en su puesto diplomático en Madrid. Véase *El Imparcial*, 9 de agosto de 1912. *Nueva Era*, 20 de junio de 1912. *El País*, 19 de junio de 1912. Como expresión colectiva de la oposición de los intelectuales a Madero, varios de estos —Enrique González Martínez fue el director y Genaro Estrada el secretario y gerente, y entre los colaboradores destacan Ñervo, Urbina, Pereyra, y entre los jóvenes Alfonso Reyes, Julio Torri, Eduardo Colín y Rafael López— fundaron la revista *Argos*, de breve vida, a principios de 1912. Buenas muestras de dibujos antimaderistas en Salvador Pruneda. *La caricatura como arma política*, México, inehrm, 1958, pp. 355-434.

[33] Pablo Yankelevich, “Ellos y nosotros: escenografía antimaderista y fervor latinoamericano en una conferencia de Ugarte en México”, en *Eslabones*, México, Sociedad Nacional de Estudios Regionales, núm. 4, julio-diciembre 1992, pp. 41-49.

[34] Recorte sin identificación, AFVG, c. 28, exp. 4, f. 232. *El Imparcial*, 4-5 y 15 de enero de 1912.

[35] *Ibid.*, 21, 23-25 de enero de 1912. Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorías.* I, pp. 398-339.

[36] *El Impartial*, 6, 19, 23-26 de enero de 1912. Dumas, I, pp. 233-234. Moisés González Navarro, *El ponfiriato. La vida social*, en *Historia moderna de México*, México, Editorial Hermes, 1957, pp. 624 y 625. A pesar de que Sierra logró permanecer como funcionario en el gobierno maderista, su abandono del sector educativo y su salida del país dejaron a la Universidad Nacional presa de cierta indefensión.

[37] FIP y BA, c. 284, exp. 13(14) f. 58; exp. 14, f. 14. Recorte de *El Diario*, 27 de enero de 1912, en AFVG, c. 28, exp. 5, f. 233; recorte de *El Diario*, sin fecha, *ibid.*, exp. 4, f. 232 (67). *El Imparcial*, 23, 25, 29 de enero y 1 de febrero de 1912. *Nueva Era*, 24 y 26 de enero de 1912.

[38] Finales de enero era para Jurisprudencia y Arquitectura el final del periodo irregular impuesto por Vázquez Gómez, mientras que para la Preparatoria, Ingenieros y Medicina era el inicio del nuevo año lectivo. La matrícula universitaria total era de 2 504 alumnos.

[39] Para Soto Peimbert, véase FEP, núm. 1514. Para Vadillo, véase *DHBRM*, IV, pp. 168-170. Recorte de *El Diario*, 26 de enero de 1912, en AFVG, c. 28, exp. 4, f. 232 (59). *El Imparcial*, 23-28 de enero de 1912. A la fecha, Pablo Serrano escribe una biografía de Vadillo, para presentarla en la UNAM como tesis de doctorado en historia, y que lleva como título tentativo "Basilio Vadillo, revolucionario, político, intelectual y diplomático del occidente mexicano".

[40] Recorte de *El Diario*, sin fecha, en AFVG, c. 28, exp. 4, f. 232 (59-60 y 67). *El Imparcial*, 25-26 y 28 de enero de 1912.

[41] Recorte de *El Diario*, 26 de enero de 1912, en AFVG, c. 28, exp. 4, f. 232 (67). Vasconcelos negó que los estudiantes fueran "desinteresados, nobles y heroicos", y los acusó de ser siempre engañados "por el primer rumor, por la primera sandez, por el primer audaz que les habla".

[42] Se alegó que fueron 600 estudiantes a la asamblea previa, lo que obliga a preguntar quiénes fueron los 900 restantes. En caso de que no fueran estudiantes, ¿podría seguirse considerando manifestación estudiantil, a pesar de no ser éstos la mayoría?

[43] Recorte de *El Diario*, 27 de enero de 1912, en AFVG, c. 28, exp. 5, f. 233 (72-74). *El Correo Español*, 27 de enero de 1912. *El Imparcial*, 27 de enero de 1912.

[44] Vasconcelos fue objeto de la misma acusación que hizo a los estudiantes: Francisco Vázquez Gómez aseguró, con conocimiento de causa, que Vasconcelos había evitado tomar una postura definida durante la lucha armada maderista. Véase *El Imparcial*, 31 de enero de 1912. Es más, recuérdese que Vasconcelos huyó a Estados Unidos cuando aumentó la represión porfirista, y que después no quiso colaborar con la administración maderista, por preferir dedicarse a sus negocios y asuntos particulares. El único estudio que conozco sobre las actividades de Vasconcelos durante la Revolución mexicana que no se limita a repetir lo dicho en sus escritos autobiográficos es el de Ángeles Ruiz, *José Vasconcelos durante la Revolución mexicana*, Universidad de Chicago, 1981, mecanoscrito.

[45] *El Imparcial*, 27 de enero de 1912. Para esas fechas su hermano Roque ya se había distanciado de Madero por causa de la imposición de Pino Suárez. *¿Cuál* habría sido la postura del hermano menor de haber permanecido Roque Estrada en buenos términos con Madero?

[46] Recorte de *El Diario*, 27 de enero de 1912, en AFVG, c. 28, exp. 5, f. 233 (73-74).

[47] *El Ahuizote*, 3 de febrero de 1912. *El Imparcial*, 28 y 30-31 de enero; 2 de febrero de 1912.

[48] Recorte de *El Diario*, 27 de enero de 1912, en AFVG, c. 28, exp. 5, f. 233 (72). *El Imparcial*, 20 y 21 de enero de 1912. *Nueva Era*, 21 de enero de 1912. Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, pp. 400-404.

[49] *El Imparcial*, 28-31 de enero; 2, 4 y 7 de febrero de 1912.

[50] *Ibid.*, 2-4 de febrero de 1912.

[51] *Ibid.*, 9-10, 13, 16, 18 y 19 de febrero de 1912.

[52] Henry Lañe Wilson, embajador de EE.UU. al secretario de Estado, 23 de marzo de 1912, rds, 812.00/3352. Recorte de *The Daily Mexican*, 1 de febrero de 1912, en *ibid.*, 812.00/2757. Recorte de *El*

Siglo, 9 de febrero de 1912, en AFVG, c. 29, exp. 4, f. 238 (41).

[53] Recorte de *The Daily Mexkan*, 1 de febrero de 1912, en RDS, 812.00/2757. Recorte de *El Diario*, 27 de enero de 1912, en AFVG, c. 28, exp. 5, f. 233 (73-74).

[54] *Nueva Era*, 27 de enero de 1912. Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, p. 402.

[55] *BIP*, XIX, 1-2, pp. 5-7. *El País*, 7 y 22 de noviembre de 1911.

[56] FEP, núm. 20019. *DHBRM*, II, pp. 709-710.

[57] Pañi, *Mi contribución*, pp. 17-24.

[58] FEP, núm. 19854. Véase también Pañi, pp. 59-61. Pañi había ingresado como profesor desde 1907.

[59] Para Pruneda, FEP, núm. 577; para Lascuráin, *ibid*., núm. 19765.

[60] FIP y BA, c. 279, exp. 2 (78), f. 1.

[61] *El Imparcial*, 20 de febrero de 1912.

[62] En rigor, el calificativo usado contra él por su exalumno Alfonso Reyes fue más severo: le llamó "tonto". Véase su carta a Pedro Henríquez Ureña, del 25 de abril de 1914, en *Correspondencia R-HU*, p. 302.

[63] FIP y BA, c. 279, exp. 80, f. 5.

[64] Recuérdese que su despido del sector educativo yucateco en 1910 provocó una fuerte movilización estudiantil. Cf. Fondo Escuela de Medicina, caja 15, exp. 38. Véase también *DHBRM*, VII, pp. 731-732.

[65] *El Imparcial*, 1 y 6 de marzo de 1912.

[66] FIP y BA, c. 279, exp. 2 (81), ff. 2-3.

[67] *BIP*, XX, pp. 9-10. *El Imparcial*, 10, 13, 23-24 y 29-30 de agosto de 1912. Pañi fue sustituido por Jerónimo López de Llergo, quien ya tenía un alto puesto en el ministerio.

[68] La buena relación entre Pañi y los universitarios le permitió recuperar inmediatamente su plaza de profesor. Véase FEP, núm. 19854. *El Imparcial*, 12 de septiembre de 1912.

[69] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, pp. 304-312. *El Imparcial*, 25 de abril de 1912.

[70] Véanse los artículos de Juan Hernández Luna y Gloria Villegas citados en la bibliografía.

[71] FIP y BA, c. 292, exp. 2, f. 3. *El Imparcial*, 10 de noviembre de 1912.

[72] José María Pino Suárez, secretario Instrucción Pública, a Joaquín Eguía Lis, rector UN, 22 de junio de 1912, FUN, RR, c. 5, exp. 73, f. 2061.

[73] *Diaño de los debates de la Cámara de Diputados del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos*, México, Imprenta de la Cámara de Diputados, 1910-1920, 7 de diciembre de 1912, pp. 1-7 (en adelante, *DDCD*).

[74] *El Imparcial*, 11 de abril de 1912.

[75] FEP, núm. 19771. *El Imparcial*, 21 de abril de 1912. *El País*, 21 de abril de 1912. Germán Fernández del Castillo, "Noticias históricas sobre la Escuela Libre de Derecho. Orígenes y Fundación", en *Revista Jurídica*, IV, enero-julio de 1928, pp. 16-17.

[76] Este apartado fue utilizado ampliamente para la publicación de un artículo titulado "Los orígenes de la Escuela Libre de Derecho", que apareció en la *Revista de Investigaciones Jurídicas*, núm. 17, 1993, pp. 199-220. Para su elaboración me fueron especialmente útiles los trabajos de Jaime del Arenal, el "clásico" en el tema, tanto sus estudios como sus antologías documentales "La fundación de la Escuela Libre de Derecho", en *Revista de Investigaciones Jurídicas*, núm. 11, 1988, pp. 555-805; "Luis Cabrera, director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia", en *Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM*, núm. 10, 1989 (en adelante, FELD y LCDJ, respectivamente).

[77] *El Imparcial*, 21 y 23 de abril de 1912. *El País*, 23 de abril de 1912. Un participante recuerda que

los estudiantes coreaban “Pino, no; Pino, no”. Fernández del Castillo, “Orígenes...”, p. 17.

[78] Un exalumno de la escuela, convertido por la política en influyente maderista, felicitó a Cabrera por sus afanes regenerativos. Véase carta de Federico González Garza a Luis Cabrera, director de Jurisprudencia, 27 de abril de 1912, en LCDJ, doc. 6. El diagnóstico de la escuela hecho por Cabrera a su llegada, en *ibid.*, doc. 5.

[79] FEP, núm. 19771. Profesor de Procedimientos Penales, dijo renunciar porque sus ocupaciones no le permitían “cumplir adecuadamente con su clase”; sin embargo, resulta paradójico que la dejara en mayo, dado que en abril se había hecho cargo de ella.

[80] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1468. Informe de labores de Jurisprudencia, marzo de 1912 a febrero de 1913, *BIP*, XXI, pp. 339-340. *El Imparcial*, 1 de junio de 1912. *Nueva Era*, 1 y 31 de mayo; 1 de junio de 1912. Fernández del Castillo, “Orígenes...”, pp. 16-18.

[81] LCDJ, docs. 5 y 13. Informe de Labores de Jurisprudencia, marzo de 1912 a febrero de 1913, bip, XXI, p. 340. *Nueva Era*, 5, 11, 20, 22 y 27 de junio de 1912. Fernández del Castillo, “Orígenes...”, pp. 18-19.

[82] FELD, docs. 8 y 17. LCDJ, doc. 13. *El Imparcial*, 21 de julio y 3 de agosto de 1912. *Nueva Era*, 27-29 de junio de 1912. Fernández del Castillo, “Orígenes...”, p. 20. Un estudiante aceptó, muchos años después, que el movimiento tenía más razones personales que académicas o políticas; aseguró que sus condiscípulos lucharon contra Cabrera porque los llamó ladrones de libros. Véase la entrevista a Aarón Sáenz, en Urióstegui, p. 358.

[83] FELD, docs. 13,15,17-18,22-28 y 36. LCDJ, docs. 12-14 y 17. *El Imparcial*, 3-5 de julio de 1912. Fernández del Castillo, “Orígenes...”, pp. 21-23.

[84] Informe de labores de jurisprudencia, marzo de 1912 a febrero de 1913, *BIP*, XXI, p. 336. *Nueva Era*, 1 de mayo; 8 de junio de 1912. Entrevista a Emilio Portes Gil, en Wilkie y Wilkie, *México visto*..., p. 494.

[85] Según unos, Cabrera ingresó en Jurisprudencia como profesor una semana después de la llegada de Madero a la presidencia, para sustituir a Miguel Díaz Lombardo, designado secretario de Instrucción Pública. Véase *El País*, 12 de noviembre de 1911. Otra fuente asegura que lo había hecho desde julio, cuando Vázquez Gómez, antiguo compañero político suyo, era el ministro. Véase *El Imparcial*, 2 de julio de 1911. En cualquier caso, ambas fechas convierten su nombramiento en designación política. El favor del gobierno se confirma al ver que le otorgó la definitividad a pesar de las constantes faltas de asistencia a su cátedra. Cf. Del Arenal, introducción a LCDJ, así como los docs. 11 y 12.

[86] En una breve pero sustanciosa autobiografía política, Vera Estañol reconoció su indeclinable antipinismo. Cf. AFLB, imp., c. 2, leg. 184.

[87] FELD, docs. 19, 29-30. LCDJ, doc. 17. *El Imparcial*, 4 de julio de 1911. Fernández del Castillo, “Orígenes...”, pp. 22-24.

[88] Luis Cabrera, director de Jurisprudencia, a José María Pino Suárez, secretario de Instrucción Pública, 12 de junio de 1912, FIP y BA, c. 307, exp. 19, f. 1.

[89] Listas de los más activos en feld, docs. 14, 120 y 121.

[90] FELD, doc. 38. LCDJ, docs. 26 y 27. *El Imparcial*, 2, 4, 5 y 25 de julio; 10 de agosto de 1912. *Nueva Era*, 28 y 29 de junio de 1912. Fernández del Castillo, *Orígenes*..., pp. 19-27. Jaime del Arenal, “Vasconcelos, Herrera y Lasso y la Escuela Libre de Derecho”, *Revista de Investigaciones Jurídicas*, núm. 9, 1985, pp. 77-78 y 90-92.

[91] *El Imparcialy* 17 de julio; 8 de agosto de 1912. Fernández del Castillo, “Orígenes...”, p. 30. Un joven de nombre Emilio Raz Guzmán, con seguridad familiar de Jesús, participó en el movimiento.

[92] En orden alfabético, fueron Pedro Z. Acué, Ignacio Bravo Betancourt, Francisco de P. Cardona, Antonio Caso, Carlos Díaz Dufoo, Manuel Escalante, Agustín Garza Galindo, Francisco León de la Barra, José María Lozano, Miguel S. Macedo, José Natividad Macías, Eduardo Pallares, Emilio Rabasa, Agustín

Rodríguez, Demetrio Sodi y Jorge Vera Estañol. Algunas “fuentes” también incluyen a Luciano Wiechers, de Jurisprudencia, y a Manuel de la Hoz y Abraham A. López. Véase *El Imparcial*, 25 de julio y 8 de septiembre de 1912. Fernández del Castillo, “Orígenes...”, p. 31.

[93] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1468; c. 5, exp. 70, f. 2008. *El Imparcial*, 16-17, 19, 22-23 de julio y 8 de agosto de 1912. Fernández del Castillo, “Orígenes...”, pp. 16, 24-25 y 31. La salida de la Preparatoria de Lozano, en *Nueva Era*, 11 de mayo de 1912. Macías sólo había sido, muchos años antes, profesor en el Instituto de Guanajuato. Véase FEP, núm. 1578. *DHBRM*, III, p. 338.

[94] Datos sobre Sodi, en María Elena Sodi de Pallares, *Demetrio Sodi y su tiempo*, México, s.e, 1947. Sobre Rodríguez véase la breve síntesis escrita por su amigo y colega Pedro Lascuráin, publicada en la *Revista de Investigaciones Jurídicas*, Escuela Libre de Derecho, núm. 8, México, 1984, pp. 9-12. Para una acusación sobre el clericalismo de Rodríguez, en Fondo Gobernación, Periodo Revolucionario, caja 6, exp. 68 (en adelante FG, PR).

[95] *El Imparcial*, 11 de abril de 1912.

[96] *DHBRM*, II, pp. 63-64, 68-69 y 178-180.

[97] Además de Miguel Macedo, hermano del último director porfirista de Jurisprudencia, también participó en la creación de la Escuela Libre de Derecho, con su mismo puesto, el que había sido secretario de aquélla, don Miguel Alemán. Cf. FELD, docs. 48 y 50.

[98] Siendo presidente del país, en 1911, León de la Barra nombró a Agustín Rodríguez miembro del consejo directivo del Colegio de la Paz. Véase FIP y BA, c. 278, exp. 1 (9), ff. 1-4.

[99] A partir de una declaración de Manuel Herrera y Lasso al respecto *(La Nación*, 16 de julio de 1912), Jaime del Arenal sostiene también esta idea. Véase su estudio “Religión y política en los orígenes de la Escuela Libre de Derecho'[1], en *Memorias del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano, 2* vols., México, UNAM, 1988,1, pp. 39-45.

[100] Rodolfo Reyes se encontraba en prisión acusado de conspirar contra el gobierno de Madero, y desde allí recomendó a Cabrera que aumentara la disciplina en la escuela. Tan pronto quedó libre, a mediados de julio, volvió a sus ocupaciones docentes. Cf. ahunam, Fondo Jurisprudencia, Libro Copiador núm. 333, f. 166. *La Nación*, 14 de julio de 1912.

[101] Terminó los cursos en 1912 y se graduó a mediados de 1913. Véase su *Diario, 1911-1930*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1969, p. 8.

[102] *El Imparcial*, 20 de julio; 8 de agosto de 1912. LCDJ, docs. 30-32. Las restricciones al préstamo bibliotecario provocaron la ira, precisamente, de Ramos Pedrueza, prueba irrefutable de que Cabrera perdió desde un principio el apoyo del estudiantado y del profesorado. Cf. *La Prensa*, 10 de junio de 1912.

[103] Cabrera dejó el puesto el último día de enero de 1913, a dos semanas del derrocamiento de Madero. Véase FIP y BA, c. 284, exp. 15 (366), ff. 3-5. *El Imparcial*, 23 de septiembre de 1912.

[104] lcdj, doc. 40. Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, pp. 307-308. *El Imparcial*, 16, 23, 24 y 27 de julio; 10 de agosto; 8 de septiembre de 1912.

[105] *Ibid.*, 23 de julio; 8, 10, 15 y 29 de agosto; 10 de septiembre de 1912.

[106] LCDJ, doc. 5. *El Imparcial*, 23 y 24 de noviembre de 1912. *El País*, 7 y 8 de julio de 1912. Fernández del Castillo, “Orígenes...”, p. 27.

[107] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (366), ff. 3-5. *El Imparcial*, 6 y 15 de agosto; 23 de septiembre; 15 de octubre de 1912; 30 de enero de 1913. Véase nota 95.

[108] *Ibid.*, 2-4 y 24-25 de julio de 1912. *Nueva Era*, 27 de junio de 1912.

[109] *El Imparcial*, 5,16, 22 y 25 de julio; 3, 20 de agosto; 8 de septiembre de 1912. León de la Barra dijo haber aceptado formar parte del profesorado porque la creación de la nueva escuela era absolutamente ajena a la política (“Satisfacción no pedida...”).

[110] *El Ahuizote*, 27 de julio de 1912. *El Imparcial*, 4 de julio; 3, 10 y 20 de agosto; 21 de septiembre de

1912.

[111] El breve discurso de Herrera y Lasso se publicó en *El Diario*, 25 de julio de 1912. Ilustrativa y significativamente, en él asegura que la fundación de la Escuela Libre de Derecho era más obra de los profesores que de los alumnos.

[112] Sus actividades durante esos meses, a pesar de sus antecedentes porfiristas, impiden afirmar que fuera contrario en todo al gobierno maderista, puesto que Caso era asesor legal de la Dirección de Correos. Véase *El Imparcial*, 21 de marzo de 1912.

[113] Lo fue desde mediados de agosto hasta mediados de septiembre de 1913.

[114] Los mejores ejemplos de catedráticos de ambas instituciones son Antonio Caso y Agustín Garza Galindo.

[115] Aunque pudo haber sido como estrategia, los estudiantes anticabreristas decían simpatizar con el presidente Madero. Cf. *El Tiempo*, 6 de julio de 1912.

[116] *El Imparcial*, 22 de julio; 20 de agosto; 8 y 21 de septiembre de 1912.

[117] Informe presidencial de Madero, septiembre de 1912, en *Los presidentes de México ante la Nación*, 5 vols., México, XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, 1966, III, p. 30 (en adelante, *PMAN*).

[118] Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 308.

[119] *El Imparcial*, 16, 22 y 25 de julio; 3, 10 y 20 de agosto; 8 de septiembre y 12 de octubre de 1912. Según León de la Barra el reconocimiento de los diplomas era clave para el éxito de la institución; según otros sólo significaba una forma de dependencia innecesaria del gobierno.

[120] J. I. Novelo aj. M. Pino Suárez, 7 de noviembre de 1912, en FIP y BA, c. 279, exp. 2 (80), f. 10. *El Imparcial*, 10 de agosto; 18 de septiembre; 8 y 30 de noviembre; 29 de diciembre de 1912. Félix Palavicini también era miembro de la comisión, pero se negó a firmar la resolución negativa.

[121] Además de Lascuráin y García, entre sus miembros incluía a León de la Barra, Joaquín Casasús, Manuel Escalante, Roberto Esteva Ruiz, José Romero, Emilio Rabasa, Francisco Carvajal y Agustín Rodríguez, varios de los cuales eran miembros destacados de la Escuela Libre de Derecho. Cf. *ibid*,., 10 y 28 de septiembre de 1912.

[122] Relación puntos principales, febrero de 1912, en FIP y BA, c. 284, exp. 14, f. 13. FUN, RR, c. 4, exp. 61, f. 1307. *El Imparcial*, 8,21 y 27 de septiembre de 1912.

[123] FUN, RR, c. 2, exp. 29, ff. 518-551; exp. 30, ff. 559-564; c. 4, exp. 56, f. 1158. Véase también FIP y BA, c. 284, exp. 13 (4), ff. 58-59; además, Informe de labores del rector, septiembre de 1910 a septiembre de 1912, *BIP*, XXI, p. 295.

[124] Desde principios de 1910 Pablo Macedo y el Colegio de Abogados financiaban la Escuela del Pueblo, donde se impartían conocimientos rudimentarios a los trabajadores. Sin embargo, su colaboración era sólo financiera, filantrópica, sin participación académica alguna. Véase *BIP*, XVI, pp. 494-496.

[125] Fernando Curiel es quien insiste, acertadamente, en el legado del Ateneo a la obra de divulgación cultural posrevolucionaria. Véase su *Tercera función o crónica y derrota de la cultura*, México, Premiá Editora, 1988.

[126] *El Diario del Hogar*, 25 de marzo de 1912.

[127] El Imparcial, 25 de enero; 10, 15, 20 y 24-26 de marzo de 1912.

[128] Alberto J. Pañi, subsecretario Instrucción Pública, ajoaquín Eguía Lis, rector un, 14 de febrero de 1912, FUN, RR, c. 2, exp. 29, f. 548; véase también c. 4, exp. 56, f. 1162.

[129] Una copia del acta constitutiva, fechada el 3 de diciembre de 1912, en FG, PR, c. 36, exp. 33. También se encuentra una lista de los 14 miembros fundadores, con sus datos básicos: sólo uno rebasaba los 40 años —Enrique González Martínez—, y el resto tenía entre 23 y 34 años.

[130] *El Imparcial*, 29 de noviembre de 1912. Para todo este apartado consúltese el único estudio que conozco sobre el tema: John S. Innes, “The Universidad Popular Mexicana”, *The Americas*, núm. 30, julio de 1973, pp. 110-122.

[131] Cuando mucho el gobierno de Madero había apoyado a los orfeones populares, por cierto poco defendibles como actividades culturales. Véase FIP y BA, c. 284, exp. 1 (4), f. 27.

[132] Tenía sus fondos propios, consistentes en cierta cantidad de dinero que podía ser utilizada, entre otras cosas, en este tipo de actividades, FUN, RR, c. 4, exp. 56, f. 1158; exp. 57, ff. 1167, 1175; c. 5, exp. 69, ff. 1971-1977. *El Imparcial*, 4 de agosto de 1912.

[133] FIP y BA, c. 284, exp. 1 (4), f. 27; exp. 13 (4), ff. 60-61. FUN, RR, c. 4, exp. 61, ff. 1381-1389; c. 5, exp. 65, ff. 1683-1684.

[134] Rafael Diego Fernández sostiene la influencia de Rafael Altamira en la creación de la Escuela Libre de Derecho, a la que así hace heredera de la Institución Libre de Enseñanza, fundada en Madrid en 1876. Por mi parte, considero que su influencia pudo ser mayor en la difusión de las ideas sobre la necesidad de crear universidades populares, como se había hecho en Oviedo y Valencia. Cf. Rafael Diego Fernández. “Don Rafael Altamira y Crevea y la historia del Derecho en México”, en *Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano (1986), 2* vols. México, UNAM; 1988,1, pp, 257-262.

[135] El Imparcial, 25 de octubre; 17, 21 y 30 de noviembre de 1912. Innes, *op. cit.*, p. 118.

[136] Toda aproximación al tema de la Universidad Popular exige la consulta de los textos relativos de sus actores principales, como Pañi, Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Para este último consúltese su *Memorias. Diario*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1989.

[137] La rebelión vazquista se desarrolló en Chihuahua a principios de 1912, y se amparó en el Plan de Tacubaya, firmado en octubre de 1911 por Paulino Martínez, en el que se desconocía a Madero y se apoyaba a Emilio Vázquez Gómez. El movimiento fue pronto derrotado, y puede decirse que nunca tuvo ni poder militar ni fuerza política. Su importancia radica en que en cierto sentido tuvo continuidad en el movimiento orozquista.

[138] Recorte de *La Prensa*, 7 de marzo de 1912, en AFVG, c. 30. *El Correo Español*, 7 de marzo de 1912. *El Imparcial*, 6 y 7 de marzo de 1912.

[139] HCD, XXVI, III, pp. 433-452. *El Correo Español*, 7 de marzo de 1912.

[140] Henry Lañe Wilson, embajador de EE.UU. al secretario de Estado, 10 de marzo de 1912, en ros 812.00/3129. *El Imparcial*, 9 de marzo de 1912.

[141] *El Imparcial*, 15, y 29 de marzo; 28 de julio de 1912. Los estudiantes de Ingenieros organizaron una corrida de toros para obtener recursos económicos para la Cruz Blanca. Véase *Nueva Era*, 18 de junio de 1912.

[142] A finales de 1912 Gómez Robelo fue enjuiciado en Estados Unidos por sus actividades en favor de Orozco. Véase rds, 812.00/4983, 5713. Una breve biografía de Gómez Robelo, en el prólogo de Serge Zaítzeff a Ricardo Gómez Robelo y Carlos Díaz Dufoo, *Obras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, pp. 7-19.

[143] *El Imparcial*, 20 de noviembre de 1912.

[144] *Ibid.*, 18, 23, 26-28 y 30 de abril de 1912.

[145] Madero también entregó, a finales de año, los premios a los mejores alumnos de las escuelas universitarias. Cf. FG, PR, C. 97, exp. 28. Véase también *Nueva Era*, 4, 24-25 y 31 de mayo; 2 de junio de 1912.

[146] *El Correo Español*, 13 de agosto de 1912. *El Imparcial*, 13 de agosto; 26, y 29 de septiembre de 1912.

[147] *El Imparcial*, 4 de octubre de 1912.

[148] Arnold Shanklin, cónsul de EE.UU. al secretario de Estado, 7 de septiembre de 1912, en rds, 812.00/4954. *El Imparcial*, 7,13-14,17 de septiembre de 1912.

[149] FIP y BA, c. 284, exp. 14, f. 14. FUN, RR, c. 4, exp. 61, f. 1343. *Nueva Era*, 8 de mayo de 1911. *El País*, 19 de noviembre de 1911.

[150] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1470. *El Imparcial*, 17 de septiembre; 17 de noviembre de 1912.

[151] *El Correo Español*, 7 y 22 de marzo de 1912. *El Imparcial* 19-22 y 25 de marzo; 8 de abril; 26 de agosto; 10 de noviembre; 12 de diciembre de 1912. *Nueva Era*, 27 de mayo de 1912.

[152] Schuyler, al secretario de Estado, 16 de octubre de 1912, en rds, 812.00/5255. *El Imparcial*, 26 de octubre de 1912. La solicitud de clemencia fue firmada por 600 estudiantes, porcentaje muy alto de la población total.

[153] Uno de los líderes del movimiento contra Cabrera dijo: “nos deben respetar desde el señor presidente de la República hasta el supermuchacho Vasconcelos”. Véase *El Imparcial*, 30 de junio de 1912.

[154] Aunque Sierra murió en España en septiembre, su cadáver arribó a la ciudad de México a finales de la primera semana de octubre, para recibir un impresionante homenaje Cf. *Ibid*., 8-9 de octubre de 1912.

V. SABLES Y TOGAS

EL "CUARTELAZO" Y LOS UNIVERSITARIOS

A principios de 1913 la comunidad universitaria no era partidaria de Madero. Los conflictos por causa de Ugarte y Cabrera eran aún recientes y la pobre actuación de Pino Suárez como secretario de Instrucción era evidente. Es más, durante esas semanas hubo rumores acerca del inminente encarcelamiento de Vera Estañol, acusado de conspiración,[1] lo que empeoró la relación. Por ello resulta comprensible que los estudiantes no hayan mostrado dolor por la caída y muerte de Madero; al contrario, aceptaron con júbilo el "cuartelazo", planeado por su admirado Rodolfo Reyes, y al gobierno surgido con él, pues incluía a varios de sus profesores más estimados.

¿Qué habría sucedido en febrero de 1913 de haber contado Madero con el apoyo estudiantil? ¿Cuáles habrían sido las posturas de las clases alta y media de la ciudad de México? ¿Qué habría ocurrido si los estudiantes hubieran organizado manifestaciones en favor de Madero? ¿Habrían atraído al populacho? ¿Qué habría ocurrido, de haber sido maderistas los estudiantes, si hubieran conservado sus organizaciones militares, aunque hubiesen sido creadas sólo para desfiles o improbables guerras internacionales? Especulaciones al margen, sucedió lo contrario: los estudiantes universitarios dieron su apoyo político al "cuartelazo", sin necesidad siquiera de colaborar militarmente: si bien algunos de los estudiantes que habían recibido instrucción militar durante el gobierno de Madero ofrecieron pronto sus servicios a Huerta, pidiendo su incorporación al ejército, y varios estudiantes de Medicina colaboraron en el Hospital General durante "la decena trágica",[2] la mayoría, apolítica, se limitó a aplaudir a los triunfadores.

Del mismo modo, la mayor parte de los profesores aplaudió la revuelta y apoyó al nuevo gobierno, del que varios incluso llegaron a ser miembros importantes. Por un lado, es probable que Rodolfo Reyes haya incorporado a

algunos de sus colegas y discípulos más cercanos a la conspiración, como después lo hiciera al nuevo gobierno; por otra parte, puesto que Félix Díaz era uno de los principales participantes en el movimiento, no resulta sorpresivo que León de la Barra, en los mejores términos con los estudiantes, haya sido otra vez involucrado, como lo había sido en octubre de 1912 con la anterior rebelión felicista. Otros profesores famosos tuvieron un papel indirecto, pero importante, en la caída de Madero: Ricardo R. Guzmán, que había renunciado a Jurisprudencia en protesta por la designación de Cabrera, y Emilio Rabasa, ya en la Escuela Libre de Derecho por el mismo motivo pero contrario a Madero por motivos de política nacional y estatal —chiapaneca—, fueron miembros del grupo de senadores que durante la crisis exigió su renuncia a Madero.[3] A su vez, el canciller Pedro Lascuráin, antes director y profesor en Jurisprudencia, legitimó el ascenso de Huerta al poder, pues según lo dispuesto por la ley, tomó la presidencia luego de las renuncias de Madero y Pino Suárez y menos de una hora después nombró a Huerta su secretario de Gobernación, para inmediatamente renunciar al poder y legalizar así la llegada de éste a la presidencia constitucional.[4]

Más importante resultó que varios miembros del profesorado pasaran a formar parte del gabinete de Huerta: Francisco León de la Barra, en Relaciones Exteriores; Rodolfo Reyes, en Justicia, y Jorge Vera Estañol, en Instrucción Pública.[5] Las consecuencias de tales colaboraciones no pueden ser minimizadas, pues dieron prestigio nacional e internacional al nuevo gobierno. En efecto, la confianza local en la capacidad de dichos funcionarios ayuda a explicar la aceptación de Huerta por las clases altas y su buena acogida en la ciudad de México,[6] así como la confianza extranjera ayuda a explicar el apoyo a Huerta de los gobiernos y empresarios de Inglaterra y Alemania, y si bien no fue la causa fundamental del reconocimiento diplomático, fue uno de los argumentos más usados para que se le otorgara éste. El mismo Henry Lañe Wilson se amparó en la calidad del gabinete para recomendar el apoyo del gobierno de Washington a Huerta.[7] Puede afirmarse que el repaldo europeo ayudó a Huerta a permanecer en el poder durante año y medio, haciendo que la lucha contra él se prolongara y tornara más radical, moldeando la historia nacional subsecuente. La colaboración de intelectuales y profesores universitarios no se redujo al primer gabinete de Huerta, que fue un grupo nombrado por Félix Díaz y Rodolfo Reyes merced al Pacto de la Embajada.[8] Esta alianza permaneció inalterada durante todo el periodo huertista; entre otros, algunos miembros de los gabinetes subsecuentes fueron Carlos Pereyra, historiador y profesor en la Preparatoria; Federico Gamboa, novelista; José López Portillo y Rojas, subsecretario de

Instrucción Pública con León de la Barra; Roberto Esteva Ruiz, “notable” profesor en Jurisprudencia; Aureliano Urrutia, director de Medicina y reverenciado profesor; José María Lozano, reconocido orador y profesor en la Escuela Libre de Derecho, y Nemesio García Naranjo, poeta y profesor de historia en la Preparatoria.[9]

Indudablemente, la mayor participación de universitarios en gobierno alguno durante el decenio revolucionario tuvo lugar con Huerta, sobre todo si se considera que dicha colaboración no se redujo a los puestos más prominentes, pues varios sólo llegaron a ser subsecretarios, como Agustín Garza Galindo —de Jurisprudencia— en Justicia,[10] o como los poetas Enrique González Martínez y Rubén Valenti, ambos profesores de literatura en la Preparatoria y subsecretarios de Instrucción Pública al principio y al final del periodo, respectivamente.[11] Otros colegas alcanzaron elevadísimos puestos políticos, como Carlos Díaz Dufoo, quien dirigió el influyente diario progubernamental *El Imparcial* y de quien se rumoró que podría ser el sucesor de Esquivel Obregón en la Secretaría de Hacienda, o como su sustituto en *El Imparcial*, el poeta Salvador Díaz Mirón.[12] Otro poeta, José Juan Tablada, fue director del *Diaño Oficial* y el encargado de escribir un panegírico de la reciente carrera militar de Huerta.[13] Por último, Jesús Acevedo, aquel joven arquitecto dedicado a la historia del arte y de la arquitectura colonial que había ideado la creación del Ateneo de la Juventud y quien fuera profesor en la Preparatoria y en Altos Estudios, fue nombrado director del servicio de correos y telégrafos del país; a su vez, Acevedo nombró secretario particular a Julio Torri,[14] lo que sirve de ejemplo del tipo de “cadena” que se dio en los casos de nombramientos de universitarios en puestos políticos.

En particular resulta difícil entender por qué estos dos refinados intelectuales, incapaces técnicamente e inexpertos en política, dirigieron el estratégico servicio de comunicaciones de un país en guerra. La respuesta debe primero generalizarse: ¿por qué estableció Huerta tal alianza con los intelectuales? ¿Se trató sólo de una estratagema para obtener prestigio al mostrar una imagen civilizada y no militarista? ¿Tenía razones más sinceras y profundas?

Si se analizan sus antecedentes personales resulta obvio que Huerta estimaba en alto grado la educación, pues gracias a ella había alcanzado un título profesional y un alto puesto en el ejército, no obstante su infancia miserable y sus orígenes indígenas.[15] De cualquier modo, en 1913 Huerta enfrentaba gravísimos problemas político-militares, por lo que no es creíble que pusiera mayor atención en delinear un proyecto gubernamental de mediano plazo en el que la educación tuviera un lugar predominante. Es obvio que la alianza con la

comunidad académica e intelectual tenía principalmente motivos políticos; además ofrecía la ventaja de que implicaba gastos muy reducidos, por no decir ínfimos. ¿Obtuvo Huerta los resultados que buscaba? ¿Pudieron los intelectuales mejorar la organización de su gobierno? ¿Cuál fue su actuación como políticos? Debido a que algunos tenían una considerable experiencia político-administrativa gracias a su participación en gobiernos anteriores, su actuación fue meritoria. Recuérdese por ejemplo a Rodolfo Reyes, quien a pesar de las circunstancias bélicas realizó una estimable labor en la procuración de la justicia; a Federico Gamboa, quien diplomáticamente venció a John Lind, emisario de Woodrow Wilson; recuérdese sobre todo a Nemesio García Naranjo, joven reformador de la educación nacional.[16] Por último, ¿se redujeron a su ámbito ministerial o intentaron dar un tinte civilizador y humano al huertismo? La respuesta no es generalizable: mientras León de la Barra salvó la vida de Felipe Ángeles y Rodolfo Reyes intercedió por varios estudiantes preparatorianos acusados de colaborar con los rebeldes, Aureliano Urrutia ha sido considerado el responsable de muchos de los peores crímenes políticos de la época, aunque también debe reconocerse que protegió a un exalumno suyo —en Medicina— que había sido aprehendido con las armas en la mano, José Siurob.[17]

En realidad, Huerta no tenía alternativas. Para comenzar, no deseaba tener a sus compañeros de armas en el gabinete sino en los campos de batalla; cuando mucho, algunos podrían tener puestos políticos regionales, lejos de los representantes diplomáticos y de los corresponsales de prensa extranjera. Además, varios de los políticos experimentados a quienes Huerta pudo haber solicitado ayuda se encontraban exiliados desde 1911, y al mismo tiempo desconfiaba de casi todos los políticos profesionales que habían permanecido en el país, pues eran sus probables competidores. Por otra parte, Huerta no deseaba compartir el poder, y los intelectuales no tenían los medios para obligarlo a ello. Hombres capaces todos, su colaboración implicaba varios beneficios y pocos problemas. Comprensiblemente, al principio Huerta utilizó académicos con experiencia administrativa o política, como León de la Barra y Rodolfo Reyes. Posteriormente, cuando éstos renunciaron decepcionados con la conducta de Huerta, por los cambios en la orientación de su gobierno o por el rompimiento de la alianza con los felicistas, los católicos y otros grupos políticos conservadores, Huerta tuvo que apoyarse en gente menos experimentada: fue entonces cuando García Naranjo inició los cambios en Instrucción Pública, cuando Esteva Ruiz fue puesto al frente de Relaciones Exteriores, y cuando a Jesús Acevedo se le ofreció una subsecretaría, a Julio Torri una diputación y a Pascual García una judicatura.[18]

Huerta tenía otra razón para confiar en ellos: su antimaderismo. Las actividades y posturas de León de la Barra y Rodolfo Reyes eran bien conocidas; lo mismo puede decirse de las de Toribio Esquivel Obregón, quien se había enfrentado a Madero desde 1910. Asimismo, José María Lozano y Nemesio García Naranjo se hallaban entre los diputados más violenta y sistemáticamente antimaderistas; por último, Pereyra había sido expulsado del cuerpo docente de la Preparatoria durante el maderismo,[19] y Díaz Mirón, González Martínez y Tablada habían publicado severos ataques contra Madero.[20] Otra obvia razón importante para que Huerta mantuviera buenas relaciones con la comunidad universitaria es que no quiso tener problemas de oposición en la ciudad de México: considerando los sucesos del congreso de 1910 y los desórdenes por causa de Ugarte y Cabrera, creyó que los estudiantes podían ser un riesgo, sobre todo por sus vínculos con la clase media urbana y sus potenciales contactos con las clases populares.

Si éstos fueron los motivos de Huerta para buscar una alianza con la comunidad universitaria, ¿cuáles fueron las razones de ésta para aceptarla? La primera fue que confiaron en que los funcionarios educativos del porfiriato y el viejo profesorado recuperarían el control de las instituciones, como lo hacía suponer el que Vera Estañol volviera a encabezar la Secretaría de Instrucción; que Julio García retomara la dirección de Jurisprudencia, y que Ezequiel A. Chávez quedara al frente de Altos Estudios en lugar de Pruneda.[21] Además, les fueron prometidos mayor apoyo económico y menor intervencionismo gubernamental. En efecto, Huerta pronto ofreció un incremento a los salarios de los profesores y declaró solemnemente que la Universidad Nacional no sufriría ningún cambio diseñado afuera, puesto que cualquier transformación vendría de la propia comunidad.[22] Finalmente, su afán por imponer orden en el país fue otra razón por la que los universitarios depositaron su entera confianza en el nuevo gobernante.

¿Tuvieron los mismos motivos para confiar en Huerta los profesores y los estudiantes? Es obvio que ciertos aspectos satisfacían a ambos, como la inclusión en el gabinete de algunos de los más queridos y admirados profesores. Sin embargo, más grato y provechoso les resultó aún el regreso de muchos de los buenos profesores que habían abandonado la docencia durante el régimen maderista: Manuel Flores, positivista desde los tiempos de Barreda, colaborador estrecho de Sierra y dos veces director de la Preparatoria —una de ellas hasta junio de 1911—, fue designado en ésta profesor de lógica, como Olaguíbel de literatura y Tablada de gramática.[23] Más importante incluso, por su relevancia política, fue que Pereyra volviera a la Preparatoria, y que Miguel Macedo y

Carlos Díaz Dufoo enseñaran otra vez en Jurisprudencia, para demostrar ostensiblemente que la pesadilla de la amenaza de Cabrera había terminado.[24] Por otra parte, los estudiantes también fueron seducidos por la amistosa actitud de Huerta: apenas un mes después de su llegada al poder recibió a un grupo de ellos, encabezado por Ezequiel Padilla, antiguo líder del movimiento contra Cabrera, que buscaba agradecerle sus cortesías y ofrecerle apoyo para su "gran" tarea. Los estudiantes, aprovechando la ocasión, le pidieron que donara un edificio para agrandar su Casino; en respuesta Huerta les ofreció su apoyo y les prometió una "gran sorpresa". Aunque ésta nunca fue cumplida, ni tampoco el irrealizable intento de los estudiantes de donar al gobierno un barco de guerra,[25] la amistad entre ambos fue evidente y resultó duradera.

El rápido acuerdo entre Huerta y los jóvenes no tuvo sólo bases políticas o económicas, pues también influyó el aspecto académico: a principios de marzo el director de Medicina, Aureliano Urrutia, presentó su renuncia a Vera Estañol, alegando que sus propuestas no habían sido apoyadas. Los estudiantes solicitaron a Huerta que respaldara a Urrutia, lo que hizo porque Urrutia era su amigo cercano y para complacerlos, por lo que Huerta obtuvo a cambio un gran apoyo estudiantil. De hecho, la actitud amistosa hacia los jóvenes era generalizada entre los políticos del régimen huertista: Rodolfo Reyes prefería emplear a estudiantes con problemas económicos en la Secretaría de Justicia; Alberto Robles Gil, secretario de Fomento, apoyó decididamente la campaña estudiantil para obtener recursos financieros en beneficio de la Escuela de Agricultura,[26] y José María Lozano, siendo secretario de Comunicaciones, financió la publicación de la revista literaria *Nosotros*, hecha por un grupo de jóvenes poetas de la Normal.[27] ¿Qué obtuvieron los estudiantes a cambio de su apoyo a Huerta? Académicamente, 1913 y 1914 fueron buenos años; más aún, cultural e intelectualmente resultaron tan intensos como los de finales del porfiriato. Sin embargo, a diferencia de entonces no hubo una competencia política entre los colaboradores del presidente, o al menos no como habían competido los 'Científicos' y Bernardo Reyes por el favor de los jóvenes. Además, Huerta pronto enfrentó limitaciones financieras, lo que le impidió obsequiar a éstos con beneficios materiales. Por lo tanto, puede decirse que fueron más las ventajas académicas que las económicas o las políticas, aunque sólo todas en conjunto explican el avenimiento.

La principal característica del periodo fue que los estudiantes, en general, no actuaron en política, a pesar de que algunos desarrollaron estrechas relaciones con funcionarios y políticos mediante simples actividades sociales, empleos u otro tipo de privilegios, como publicaciones o viajes. Un ejemplo podría ser

Manuel Herrera y Lasso, de la Escuela Libre de Derecho, quien llegó a ser secretario particular de Eduardo Tamariz, diputado católico y secretario de Agricultura; otro podría ser Ezequiel Padilla, también líder de la Libre de Derecho, quien utilizó el apoyo del senador Emilio Rabasa para obtener una beca en Europa.[28] Debido a que las contiendas electorales virtualmente desaparecieron y no fue permitido que resurgiera la actitud oposicionista de 1912, resulta comprensible que los estudiantes reasumieran sus tradicionales costumbres políticas o se concentraran en los asuntos académicos. Muy al principio, cuando todavía se creía que Huerta endosaría la presidencia a Félix Díaz, varios estudiantes —especialmente de Jurisprudenciacrearon un par de clubes felicistas, y Alfonso Teja Zabre, joven historiador, profesor y empleado del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, elogió públicamente al sobrino de don Porfirio. Posteriormente, cuando Huerta maniobró para destruir el poder de Félix Díaz, desaparecieron dichas asociaciones, si es que no se habían desvanecido antes, al posponerse las elecciones indefinidamente.[29]

Cuando se realizaron los comicios, a finales de octubre de 1913, los católicos resultaron ser los mayores contendientes de Huerta, a pesar de lo cual los estudiantes católicos no tuvieron gran participación en dicho proceso. En efecto, desde finales de 1911 se habían desilusionado de la política por el triunfo electoral de Pino Suárez sobre el candidato católico para la vicepresidencia; para colmo, durante 1912 la Liga Nacional de Estudiantes Católicos enfrentó serios problemas económicos. Para evitar su desaparición se encargó al sacerdote jesuita Carlos María de Heredia la dirección de aquellos jóvenes, lo que hizo despolitizando la agrupación y dándole un carácter esencialmente intelectual y moral. En 1913 Heredia fue sustituido por Bernardo Bergóend, también sacerdote jesuita, quien favoreció las labores organizativas gremiales, pues su objetivo era la creación de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, aunque continuó el proceso despolitizador de los jóvenes, alegando que su único interés y compromiso público debía ser el social, con base en la doctrina de la Iglesia. Así, con preocupaciones ajenas al aspecto electoral, los estudiantes católicos sólo apoyaron moderadamente al candidato del Partido Católico, don Federico Gamboa.[30] En cambio, otros estudiantes formaron agrupaciones anticatólicas netamente políticas, como el Club Liberal Estudiantil, cuyo presidente era Enrique Soto Peimbert, de Ingenieros,[31] aunque convendría preguntarse si estos estudiantes actuaron como huertistas, o si Huerta simplemente se aprovechó de su jacobinismo.

Como quiera que haya sido, es incuestionable que varias y complejas razones explican el establecimiento de la alianza entre Huerta y la comunidad

universitaria. También resulta incuestionable que ambos se beneficiaron de dicha alianza: el gobierno de Huerta gozó de paz y tranquilidad en la ciudad de México y tuvo varios colaboradores de gran capacidad y prestigio; por su parte, la comunidad universitaria disfrutó de una considerable mejoría en la educación superior y en la cultura. Para su desgracia, la alianza y la mejoría duraron lo que pudo prolongarse el gobierno de Huerta —aproximadamente año y medio—, pues la situación cambiaría radicalmente con el triunfo de los rebeldes.

PROFESORES OPOSICIONISTAS Y REBELDES

La buena relación de Huerta con los universitarios no debe ser exagerada. Para comenzar, el usurpador encontró a varios funcionarios educativos, profesores y estudiantes que eran partidarios del victimado Madero. Los más importantes entre los primeros eran José Inés Novelo, diputado y hasta poco antes secretario particular del vicepresidente Pino Suárez, y Félix Palavicini, diputado y exdirector de la Escuela Industrial de Huérfanos. Quizás tenían la misma importancia, aunque su maderismo era más moderado, Alfonso Pruneda y Valentín Gama, directores de Altos Estudios y de la Preparatoria, respectivamente. También deben ser mencionados Manuel Bauche Alcalde, director del Internado Nacional; Alberto J. Pañi, Rector de la Universidad Popular, y José Vasconcelos, sin ningún cargo oficial pero presidente del influyente grupo cultural El Ateneo. Por su parte, Gama, Pañi y Pruneda eran asimismo profesores, como lo eran —o lo habían sido recientemente— Fernando Iglesias Calderón, Isidro Fabela y Alfonso Cabrera, de igual modo activos en la política maderista. A su vez, Miguel Díaz Lombardo, primer secretario de Instrucción Pública de Madero, y Luis Cabrera, el controvertido director de Jurisprudencia, se encontraban en el extranjero cuando Huerta usurpó el poder, y comprensiblemente ninguno regresó al término de su licencia a cumplir con sus obligaciones docentes en Jurisprudencia,[32] pero en cambio ambos participaron después en la lucha contra Huerta. Del mismo modo, mientras algunos, como Vasconcelos y Fabela, se incorporaron pronto al movimiento antihuertista, otros esperaron hasta que el poder del usurpador comenzó a desmoronarse, y unos más permanecieron hasta el final laborando en la vida académica de la ciudad de México.

Su conducta dependió de la actitud de Huerta hacia ellos, que se rigió por el conocimiento o las presunciones que se tenían de las relaciones de cada uno con los oposicionistas. El protagónico Vasconcelos fue uno de los primeros y más obvios objetivos: a mediados de abril, dos meses después del ascenso de Huerta

al poder, fue encarcelado, pues se supo que había tenido reuniones con influyentes políticos maderistas y que había tratado de fomentar la deserción de varios militares federales. Tan pronto fue liberado, Vasconcelos abandonó el país en un barco que zarpó de Veracruz y en el cual viajaba también Francisco Urquidi, otro universitario maderista y antihuertista. Poco después Carranza lo nombró representante del movimiento constitucionalista en París, y aunque su labor diplomática lo ocupó menos que su descubrimiento del mundo cultural europeo,[33] es innegable que su antihuertismo reflejaba la actitud de un grupo importante, aunque minoritario, del sector educativo nacional. Miguel Díaz Lombardo, quien después de su fracaso al frente de la Secretaría de Instrucción Pública había sido nombrado delegado de México en Francia, permaneció allí como representante de Carranza y del constitucionalismo. Luis Cabrera también se hallaba en Europa después de su desgastante dirección en Jurisprudencia, y permaneció allí hasta finales de 1913, cuando ambos —Díaz Lombardo y él— volvieron al país para participar en la lucha contra Huerta.[34] En todo caso, resulta muy significativo que dos de los personajes más odiados del ámbito académico se encontraran entre los más ostensiblemente contrarios a Huerta, quien en cambio gozó de la simpatía de la mayoría. Su duro acoso a Cabrera y Vasconcelos, agentes de la renovación educativa, era otra prueba de que los de Huerta serían tiempos restauradores en ese ámbito.

Isidro Fabela fue otro predecible blanco para Huerta. Durante buena parte de 1912 había sido colaborador cercano de Abraham González, gobernador maderista de Chihuahua. Luego de la muerte de éste se trasladó a la ciudad de México y asumió su curul en la XXVI Legislatura; además, inmediatamente estableció alianzas con los miembros de la Casa del Obrero Mundial. El obrerismo de su discurso del 1 de mayo hizo que fuera perseguido por la policía, lo que lo orilló al exilio, siguiendo los pasos de Vasconcelos. A mediados de 1913 el joven abogado y miembro fundador del Ateneo se encontraba ya en Piedras Negras, como asesor legal del ejército de Pablo González, y algunos meses después Carranza lo responsabilizó de las relaciones exteriores del movimiento.[35] Otro miembro del Ateneo de filiación antihuertista fue Martín Luis Guzmán, quien primero continuó laborando en la Universidad y luego se unió a la lucha a finales de 1913, llegando a colaborar con Ramón F. Iturbe, Alvaro Obregón, Francisco Villa, Lucio Blanco y José Isabel Robles, entre otros.[36] El triunfo revolucionario explicaría los ascensos de éstos —Fabela, Guzmán y Vasconcelos— a puestos en el sector educativo que antes les fueron vedados, aunque sus antecedentes y capacidades académicas los legitimarían suficientemente.

Otro ateneísta, Alberto J. Pañi, también dio pasos similares. Hasta poco antes subsecretario de Instrucción Pública, a principios de 1913 Pañi era profesor en Ingenieros, jefe del Departamento de Obras Públicas y rector de la Universidad Popular. Según Vasconcelos, la llegada de Huerta le hizo concebir temores por sus puestos burocráticos, preocupación que resultó fundada pues fue cesado en Obras Públicas tan pronto como se nombró a José María Lozano responsable de la Secretaría de Comunicaciones, aunque conservó su cátedra en Ingenieros. Sin embargo, a finales de año, debido a que participaba en la política oposicionista, comenzó a alarmarse por la postura extremadamente represiva que Huerta había adoptado. Por lo tanto, solicitó una licencia en la escuela y abandonó el país. Su ausencia terminó por dejar acéfala a la Universidad Popular, ya de tiempo atrás desatendida por sus actividades políticas de los últimos meses. Si al principio Carranza lo nombró asistente de Roberto Pesqueira en la Agencia Confidencial en Washington, pocos meses después Pañi fue hecho tesorero de todo el movimiento constitucionalista.[37] Ejemplo extremo del profesionista de clase media participante en la Revolución —y beneficiado por ella—, su influencia en los sectores político, financiero y cultural de los gobiernos posrevolucionarios habría de prolongarse durante el resto de su vida.

Como último ejemplo puede mencionarse a Fernando Iglesias Calderón, antiporfirista por herencia e historiador con más preocupaciones políticas que talento, quien había sido nombrado profesor en la Preparatoria durante 1912 en una maniobra para sustituir a Carlos Pereyra. Despreciado por los ‘Científicos’ —debido a sus polémicas con Bulnes— y odiado por los reyistas —por sus ataques a don Bernardo—, un par de meses después de la caída de Madero fue cesado en su puesto docente, que fue devuelto a Pereyra. Dicha alternancia en el puesto no dependió de razones académicas, sino políticas, aunque en este caso existe consenso en que Pereyra era muy superior intelectualmente. Por otra parte, senador en la XXVI Legislatura y periodista independiente, Iglesias Calderón no tenía las mínimas oportunidades de avenimiento con Huerta, a quien culpó de la muerte de Madero, por lo que fue encarcelado. Cuando fue puesto en libertad se incorporó al movimiento antihuertista.[38] El ejemplo de Iglesias Calderón permite concluir que pocos profesores universitarios se incorporaron a la rebelión contra Huerta, y que ninguno de ellos era un docente sobresaliente que pudiera atraer o hacer reflexionar a sus discípulos.

¿Cómo actuaron los universitarios que se incorporaron a la lucha contra Huerta? ¿Cuáles fueron sus actividades principales? ¿En qué tipo de grupos y con qué jefes encontraron mejor acomodo? Cualquier respuesta generalizante induciría al error; cuando más puede decirse que, incapaces de manejar

adecuadamente las armas, todos ellos desempeñaron responsabilidades políticas o administrativas, y que su importancia dependió de sus capacidades intelectuales y de las necesidades del grupo al que se habían incorporado. También puede decirse que hasta mediados de 1914 todos estaban afiliados a jefes carrancistas, salvo Miguel Díaz Lombardo y Manuel Bauche Alcalde, quienes desde un principio se pusieron a las órdenes de Villa. El primero se convirtió en su asesor en asuntos diplomáticos desde que regresó al país; el segundo fue el fundador y primer director de *Vida Nueva*, el principal periódico villista.[39]

Las actividades y experiencias de José Inés Novelo y Félix Palavicini fueron muy distintas a las de los otros intelectuales y universitarios antihuertistas. A pesar de ser legisladores como Luis Cabrera e Isidro Fabela, no siguieron sus pasos sino que permanecieron en la ciudad de México durante todo el régimen de Huerta. Esto no implica que hayan sido cooptados por éste; por el contrario, ambos eran diputados oposicionistas y miembros del bloque "Renovador"; es más, fueron encarcelados cuando Huerta disolvió el Congreso. Sin embargo, una vez libres lograron permanecer en la capital hasta su ocupación por las triunfantes fuerzas constitucionalistas.[40] Alfonso Pruneda y Valentín Gama, que no tenían responsabilidades políticas y cuyo maderismo era inactivo y moderado, también permanecieron en la ciudad de México. A diferencia de los anteriores, gozaron de existencias pacíficas y hasta ventajosas, gracias a que lograron incorporarse al sector educativo de Huerta. Aun así, sería erróneo asegurar que traicionaron a Madero, pues a diferencia de los otros —Cabrera, Díaz Lombardo, Fabela, Novelo, Palavicini, Pañi o Vasconcelos—, no habían colaborado directa o estrechamente con Madero ni eran funcionarios educativos de su gobierno; tan sólo eran miembros de la comunidad universitaria que habían mostrado simpatías hacia él. Su conducta, más flexible, es comprensible. Con todo, sufrieron el rechazo de algunos miembros de la comunidad que se habían opuesto a Madero persistente y radicalmente.

Pruneda, por ejemplo, fue criticado por García Naranjo, el principal ministro de Instrucción Pública bajo Huerta.[41] A pesar de ello, si bien tuvo que renunciar a la dirección de Altos Estudios, conservó su curso en Medicina, que luego cambió por uno en la Preparatoria. Más aún, fue designado delegado de Instrucción Pública ante el Consejo Universitario —donde propuso el homenaje ajusto Sierra— y director del *Boletín de Instrucción Pública*; también fue nombrado miembro de varias comisiones y, sobre todo, director de la Sección Universitaria.[42] Finalmente, después de haber sido un activo y responsable lugarteniente de Pañi durante 1913, heredó la rectoría de la Universidad Popular

a principios de 1914.[43] Así, resulta comprensible que cuando las tropas constitucionalistas ocuparon la ciudad de México, hayan encontrado a un Pruneda diligente, sin quejas personales contra la administración de Huerta pero confiado en que todos apreciarían sus esfuerzos y logros. En cambio, Valentín Gama no pudo adaptarse como Pruneda: tuvo que renunciar como director de la Preparatoria desde febrero de 1913, aunque inmediatamente volvió a impartir su curso en Ingenieros y a mediados de año inició otro en Altos Estudios. Más aún, fue elegido representante de Ingenieros ante el Consejo Universitario, donde participó en la importantísima comisión para la reforma de la Preparatoria.[44] Probablemente la diferencia entre ellos consistió en que mientras Pruneda había sido designado para Altos Estudios debido a la muerte de Porfirio Parra, Gama había sido impuesto en la Preparatoria luego de la muy criticada renuncia de Francisco Echegaray,[45] lo que lo hizo menos aceptable que Pruneda. Así, puede concluirse que los intelectuales y profesores que sólo habían simpatizado con Madero fueron, obviamente, mejor tratados que los que habían desempeñado puestos importantes en el sector educativo de ese gobierno.

ESTUDIANTES REVOLUCIONARIOS

Huerta también encontró a varios estudiantes maderistas, cuya conducta tuvo semejanzas y diferencias respecto a la de los profesores de la misma ideología. Considerando que las perspectivas generacionales y grupales pueden resultar reveladoras, es de preguntarse cuál fue la actitud de los congresistas de 1910 y cuál la de los participantes en los motines de aquel noviembre que aún eran estudiantes a principios de 1913. Del mismo modo, si los participantes en el movimiento contra Luis Cabrera y en favor de la creación de la Escuela Libre de Derecho, como Ezequiel Padilla y Manuel Herrera Lasso, apoyaron decididamente al gobierno usurpador, ¿cuál fue la conducta de los líderes del movimiento en favor de Ugarte? Más importante aún: ¿provocaron un resurgimiento del reyismo estudiantil los sucesos de febrero de 1913, aunque en lugar de favorecer a Bernardo Reyes hayan terminado beneficiando a Victoriano Huerta y Rodolfo Reyes, ambos reyistas? ¿Cómo se recibió el desplazamiento de Félix Díaz a manos de los anteriores?[46] ¿Provocaron el surgimiento de nuevos líderes y de diferentes objetivos la represión a los opositores a Huerta de mediados del año o la disolución del Congreso federal en octubre? ¿Puede hablarse de algún movimiento estudiantil masivo en contra suya?

Algunos estudiantes, además de ser maderistas tenían relaciones previas con Carranza, por lo que obviamente fueron los primeros en rebelarse contra Huerta.

Cuando don Venustiano llegó a la gubernatura de Coahuila, a finales de 1911, clausuró la Escuela de Leyes local —recientemente fundada por Jesús de Valle—, alegando que no había suficientes profesores y alumnos. En compensación, su director, Ernesto Garza Pérez, fue hecho secretario de Gobierno del estado.[47] Por su parte, varios alumnos fueron becados para estudiar en la Escuela de Jurisprudencia de la ciudad de México, como Gustavo Espinoza Míreles, quien en poco tiempo sería un importantísimo carrancista; Aarón Sáenz, quien hizo lo propio en el grupo obregonista, y Alfonso Breceda, hermano menor de Alfredo, otro destacado carrancista. Debido a la rebelión de don Venustiano la situación de estos jóvenes en la escuela se hizo cada vez más difícil e incierta. La mayoría de sus profesores y condiscípulos apoyaba a Huerta, y Rodolfo Reyes se permitía bromas e ironías contra ellos. Así, uno a uno fueron forzados a abandonar la escuela: a mediados de 1913 Espinoza Mireles ya era el secretario particular de Carranza. Por otra parte, don Venustiano pretendió que Aarón Sáenz permaneciera en la ciudad de México y le sirviera de intermediario con los zapatistas; sin embargo, su postura política era tan conocida que impidió esa posibilidad. Debido a que uno de sus condiscípulos y mejores amigos era Fernando Pesqueira, hijo del gobernador revolucionario de Sonora, Sáenz se dirigió a esa región hacia abril de 1913, quedando incorporado al Estado Mayor de Alvaro Obregón. Otros coahuilenses que se unieron a los rebeldes locales fueron el normalista Martín González, y el estudiante de leyes Amulfo González, quien también había sido activo maderista desde 1909.[48]

¿Fue Aarón Sáenz el único delegado al congreso estudiantil que luego se opuso a Huerta formal y abiertamente? ¿Qué hicieron, entre otros, Jesús Acuña, Alfonso Alarcón, Francisco de la Barrera, Alfonso Cabrera, Francisco Castillo Nájera, Gustavo Durán González, Luis L. León, Aurelio Manrique, Luis Sánchez Pontón, Basilio Vadillo e, incluso, Emilio Portes Gil? Todos tomaron actitudes distintas: Jesús Acuña, representante de Jurisprudencia y asesor legal de los condiscípulos encarcelados por los desórdenes antiestadunidenses de finales de 1910, había regresado a su natal Coahuila después de graduarse a mediados de 1911, incorporándose al aparato jurídico local. Sin embargo, cuando comenzó la lucha contra Huerta sustituyó a Garza Pérez y se convirtió en el primer secretario de Gobierno del periodo revolucionario. Acuña también organizó su propia partida de alzados, y posteriormente llegó a ser secretario particular de don Venustiano, miembro destacado de su gabinete preconstitucional y director del Partido Liberal Constitucionalista.[49]

Asimismo, Alfonso G. Alarcón, poeta y joven médico —titulado en Puebla a finales de 1911— activista en la campaña electoral de Madero, había sido

elegido diputado en la XXVI Legislatura. Miembro del bloque “renovador”, fue uno de los pocos que se opusieron a aceptar la renuncia de Madero, reclamando tecnicismos legales. Obviamente figuró entre los diputados encarcelados por Huerta cuando disolvió el congreso, terminando entonces su vida política, pues después de ser liberado se dedicó al ejercicio de su profesión en Tampico.[50] Por su parte, Alfonso Cabrera —hermano menor de Luis— se había graduado en Medicina en agosto de 1911, luego de haber sido fundamental en los brotes de oposicionismo contra Díaz en Medicina y en la organización del congreso estudiantil de 1910. Con el triunfo de Madero se hizo diputado, además de ayudante en los servicios médicos en la Preparatoria, puesto del que fue cesado al cambiar el gobierno. A pesar de haber sido encarcelado por Huerta debido a su constante oposición en la legislatura, Cabrera permaneció en la capital hasta el arribo de las fuerzas constitucionalistas.[51]

Aurelio Manrique, miembro del congreso estudiantil, activista en los desórdenes yancófobos de finales de 1910 y reconocido maderista, adoptó una actitud totalmente distinta, pues participó en la política estudiantil progobiernista durante el periodo de Huerta; por ejemplo, fue elegido secretario del Centro Nacional de Estudiantes pocas semanas antes del desastre huertista y se manifestó siempre como un abierto partidario de Aureliano Urrutia, director de Medicina y desprestigiado secretario de Gobernación, quien lo hizo “estudiante colaborador” en el Instituto Médico y ayudante de profesor en la Preparatoria y en Medicina.[52] Como último ejemplo queda el colimense Basilio Vadillo, de la Normal, quien encabezó a un grupo de condiscípulos —Fernando Torres Vivanco, Gabriel Leyva Velázquez y Adolfo Cienfuegos, entre otros— que infructuosamente trató de levantarse en armas en Jalisco a finales de diciembre de 1913, y que sólo meses después logró incorporarse a los rebeldes.[53]

Seguramente otros miembros oposicionistas del congreso de 1910 continuaron estudiando hasta el triunfo del movimiento constitucionalista, con el que al menos simpatizaron parcialmente y al que luego apoyarían. Por otra parte, resulta evidente la continuidad oposicionista de algunos jóvenes, como Jesús Acuña y Luis L. León, que asistieron en septiembre de 1910 al congreso estudiantil, participaron en noviembre en los desórdenes antiyanquis y solicitaron en abril y mayo de 1911 la renuncia de Porfirio Díaz, para finalmente luchar contra Huerta en 1913 y 1914. Asimismo, otros iniciaron sus actividades políticas durante las violentas manifestaciones nacionalistas de principios de noviembre de 1910, como José Domingo Ramírez Garrido, de Odontología, o los estudiantes de Medicinajosé Siurob y León Gual, todos ellos participantes en la conspiración de Tacubaya, que tuvo lugar unas semanas antes de la renuncia

de don Porfirio, y en la lucha contra Huerta: Ramírez Garrido se incorporó al débil ejército rebelde de su natal Tabasco, en el que pronto alcanzó el generalato, y José Siurob fue médico de las fuerzas obregonistas.[54]

La importancia de la participación estudiantil en los ejércitos constitucionalistas no puede ser medida en términos numéricos, pues los jóvenes universitarios eran muy pocos en 1913 y la lucha fue básicamente rural y tuvo lugar en regiones distantes de la ciudad de México. Resulta más revelador considerar su importancia política, intelectual y administrativa. Si bien Jesús Acuña fue uno de los colaboradores más cercanos de Carranza, y Espinoza Mireles y Aarón Sáenz fueron secretarios particulares de éste y de Alvaro Obregón, respectivamente, otros estudiantes desempeñaron puestos similares con varios jefes secundarios, como Martín Luis Guzmán, estudiante de Jurisprudencia, empleado en Altos Estudios y secretario de la Universidad Popular, quien a finales de 1913 abandonó la ciudad de México para pronto aparecer como secretario de Lucio Blanco.[55] Otro universitario que destacó en el constitucionalismo fue Juan Barragán, quien llegó a ser jefe del Estado Mayor de Carranza no mucho después de que abandonara la "carrera" de Leyes para incorporarse a las fuerzas del noreste, a pesar de que cursaba ya el último año de estudios en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí.[56]

Obviamente, tanto por sus orígenes y costumbres como por sus actividades previas y conocimientos, los jóvenes desempeñaron funciones más secretariales que bélicas; sin embargo, varios estudiantes llegaron a participar en la lucha armada. Como ejemplos, sin pretensiones exahustivas, destacarían: Enrique Estrada, de Ingenieros, quien había participado en la última etapa de la lucha contra Díaz y luego llegó a ser un importante cabecilla antihuertista al frente de un grupo que operó en la zona limítrofe entre Jalisco y Zacatecas;[57] Rafael Caí y Mayor, veterano del complot de Tacubaya contra Díaz y quien se incorporó al zapatismo desde 1913; el coahuilense Manuel Pérez Treviño, de Ingenieros, quien se afilió a las fuerzas gonzalistas, aunque luego se convertiría en uno de los miembros más importantes del grupo sonorense; un joven apellidado Preciado, cuyo hermano era miembro del grupo cercano a Carranza, quien se ofreció a ser el representante de éste en los campamentos zapatistas, y Fidel Guillén, guerrerense, estudiante de Medicina y veterano de la lucha maderista.[58] Otros estudiantes intentaron incorporarse al ejército de Cándido Navarro, que operaba entre Guanajuato y San Luis Potosí, atraídos por los antecedentes de Navarro como profesor rural.[59] Por último, a finales de 1913 y principios de 1914 fueron encarcelados varios estudiantes, acusados de hacer propaganda revolucionaria en sus escuelas,[60] aunque algunos lograron burlar la persecución

y tomar las armas, como Gustavo Baz y un par de condiscípulos en Medicina, que se hicieron zapatistas.[61]

La participación estudiantil en la lucha contra Huerta tuvo otra característica: a diferencia de sus profesores, varios simpatizaron y colaboraron con los zapatistas. Además del innegable atavismo del mundo rural, esto se debió a que muy pocos disponían de recursos económicos suficientes para dirigirse a las regiones norteñas del país, pues dicho viaje los obligaba a ir —casi siempre— primero a Estados Unidos. Otra razón pudo ser que la incorporación a cualquiera de los grupos que merodeaban por las inmediaciones de la ciudad de México podía ser temporal, lo que la hacía más accesible y conveniente a su situación. Además, sus profesores, intelectuales con experiencia, preferían dirigirse al norte porque Carranza intentaba organizar allí un gobierno nacional, lo que hacía que con los surianos tuvieran ellos mejores oportunidades laborales, al encontrar mayores vacantes en su aparato político-burocrático. Por otra parte, es indudable que algunos jóvenes se dirigieron a Morelos porque simpatizaban con los ideales zapatistas, con sus afanes agraristas.

Esta fue la razón para rebelarse de una docena de estudiantes de la Preparatoria, encabezada por Jorge Prieto Laurens, primero reyista y luego activista en organizaciones católicas juveniles, y por José A. Inclán, quien ya había luchado como zapatista contra Díaz en 1911. La conspiración fue descubierta, siendo aprehendidos en el Ajusco en posesión de armas, municiones y correspondencia de Abraham Martínez, secretario privado de Emiliano Zapata. Sorprendentemente, se les trató con indulgencia en comparación con otros grupos de conspiradores, lo que con seguridad se debió a la simpatía y apoyo que recibieron de miembros del gabinete como Rodolfo Reyes, Francisco León de la Barra y Manuel Mondragón, y de varios diputados como José María Lozano, Querido Moheno y José Natividad Macías. La presión estudiantil también influyó: organizaron una “magna” y muy ordenada manifestación en demanda de garantías para las vidas e integridad de sus condiscípulos. Aunque la publicidad también influyó/[62] lo más importante fue que el mismo Huerta no deseaba perder el apoyo estudiantil; además, sabía que recurrir a la violencia dos meses después de la muerte de Madero provocaría, además de una grave crisis en el gabinete, una enorme erosión en su vulnerable reputación gubernamental y personal.

Huerta incluso trató a estos jóvenes rebeldes de manera magnánima: fueron encarcelados sólo durante un tiempo breve y su liberación fue celebrada con un banquete en el Casino de Estudiantes. Alegaron arrepentimiento por su “aventura” juvenil y adujeron que su objetivo era civilizar el movimiento

zapatista, para evitar el pillaje, las violaciones y los asesinatos; en una palabra, para convencerlos de que aunque su causa podía ser justa, sus procedimientos no lo eran. Después de su liberación provisional prometieron alejarse de la política y limitarse a los estudios.[63] Aunque los motivos no están claros del todo, es obvio que la situación pronto cambió: argumentando la violación de ciertos procedimientos legales —retiro de la fianza o abandono de la ciudad de México de algunos—, el juez ordenó su reaprehensión, por lo que varios tuvieron que huir a los campos rebeldes cuando supieron que podían ser otra vez enviados a prisión. ¿Quiénes se rebelaron en la segunda ocasión? ¿Lo hicieron para evadir la actitud crecientemente represiva de Huerta, o por afinidades ideológicas con los zapatistas? Es evidente que Huerta se hizo más represivo desde mediados de 1913: uno de los estudiantes fue temporalmente enviado a Quintana Roo como preso político, y a partir de entonces la mayor parte del grupo fue capturada y liberada por lo menos en una ocasión, para amedrentarlos.[64] Sin embargo, no es sencillo explicar las causas de la severidad tardía de Huerta con estos estudiantes. ¿Se debió a su creciente endurecimiento? ¿Lo permitió la ausencia de sus protectores en el gabinete? ¿Fue respuesta a una creciente oposición juvenil? ¿Hubo tal oposición?

Es indudable que influyeron todos estos factores: Huerta contaba ya con nuevos colaboradores desde mediados de 1913,[65] y tomó la decisión de imponer el orden entre los estudiantes porque, a pesar de sus ofrecimientos y promesas, algunos de ellos volvieron a inmiscuirse en labores de oposición. Más aún, no sólo el grupo prozapatista y los estudiantes abiertamente maderistas o carrancistas le provocaron problemas, pues después de mediados de 1913 comenzaron a rebelarse jóvenes sin antecedentes políticos. En resumen, los estudiantes se caracterizaron, a diferencia de sus profesores o de los funcionarios educativos antihuertistas, por no rehuir la lucha armada, por mostrar cierta simpatía hacia los zapatistas, por la incorporación a la lucha de algunos sin antecedentes políticos, y por haber actuado sin mayores pretensiones como simples soldados o como ayudantes de cabecillas revolucionarios de mediana importancia.

Con todo, la principal característica de su actuación política durante el huertismo es que no fueron un sector oposicionista, de resistencia; difícilmente pueden encontrarse ejemplos de incorporación a la lucha de grupos numerosos de jóvenes; las adhesiones a la causa fueron individuales o de grupos reducidos. Esto es, el congreso de 1910, los motines por la muerte de Antonio Rodríguez o las protestas en favor de Ugarte, movilizaron a la mayoría del gremio, no así las luchas contra Díaz o Huerta.

En última instancia la explicación es obvia, y radica en sus orígenes sociales, sus limitaciones geográficas y sus adscripciones ideológicas. Las diferencias y contrastes así lo confirman. En efecto, los orígenes sociales y los principios ideológicos de los estudiantes normalistas eran distintos de los jóvenes propiamente universitarios, diferencia que explica que entre aquéllos pueda detectarse mayor antihuertismo.[66] Asimismo, los alumnos de Agricultura, casi en su totalidad procedentes de la provincia, no encontraron limitaciones geográficas para sumarse a los alzados, ni se veían incapacitados para el manejo de armas y caballos; sólo así se explica el considerable número de aspirantes a agrónomo que se sumaron a la lucha.[67] Lo mismo vale para los estudiantes profesionales y universitarios de provincia: entre otros, se sabe que hubo grupos de oposicionistas y de rebeldes en la Escuela Normal de Colima —la que había producido en 1911 varios antiporfiristas“ y en la universidad nicolaíta de Morelia, donde el líder estudiantil era Isaac Arriaga.[68] Obviamente, la existencia y conducta de estos grupos de jóvenes rebeldes provincianos dependió de la existencia de instituciones educativas y de las características de los movimientos rebeldes de la entidad. Con todo, al margen de las diferencias, los procesos locales fueron semejantes al capitalino: mayor movilización para protestar por el linchamiento de Antonio Rodríguez en Texas, que para apoyar a Madero en su lucha contra Díaz, o a don Venustiano en la suya contra Huerta.

MILITARIZACIÓN DISCIPLINARIA

Desde el descubrimiento de la conspiración prozapatista, en abril de 1913, las autoridades amenazaron a los estudiantes con endurecer las disposiciones disciplinarias, especialmente aquellas que prohibían las actividades políticas dentro de las instalaciones.[69] Sin embargo, un par de meses después Huerta tomó una postura mucho más agresiva, debido a la reaparición de actividades políticas estudiantiles y a la incorporación de algunos jóvenes a la lucha armada. Por lo tanto, como respuesta punitiva, medida preventiva y redefinición pedagógica, Huerta decidió organizar militarmente la Preparatoria. Aunque prometió que ello no implicaría transformar la naturaleza educativa de la institución, asegurando que todo se reduciría a que uniformes y grados diferenciarían a los elementos componentes de la escuela, y a que oficiales del Ejército Federal supervisarían la organización y aplicación de la disciplina castrense,[70] lo cierto es que tal medida implicaba introducir a la Universidad Nacional en el conflicto político-militar que asolaba al país.

¿Cuál fue la actitud de las autoridades universitarias? ¿Cómo respondieron

los profesores a tan grave intervención estatal? ¿Cómo actuaron los estudiantes? Por mucho, las intervenciones gubernamentales previas —ya fueran las disposiciones de Vázquez Gómez o la imposición de Cabrera— eran triviales comparadas con ésta, lo que hace doblemente sorprendente la complaciente postura de la comunidad universitaria. ¿Por qué una amenaza tan grave no provocó una oposición radical y generalizada? Huerta decretó que la organización militar de la Preparatoria debía imponerse a partir de julio. Al principio, cerca de quinientos jóvenes criticaron y se opusieron abiertamente al proyecto diseñado, obviamente, a espaldas de la comunidad preparatoriana. Sin embargo, después se convocó a una manifestación, acto temerario por la triste fama pública de Huerta, a la que asistieron pocos estudiantes que corearon los nombres de educadores como Barreda y Sierra —civilistas por antonomasia y nada sospechosos de revolucionarios—, se declararon en huelga y enfrentaron a la policía.[71] ¿Cuáles fueron las principales características de este movimiento? ¿Cuál fue el resultado del conflicto? La lucha contra la militarización de la Preparatoria fue débil y efímera porque la mayoría de los alumnos no la apoyó, como tampoco lo hizo el grueso de los estudiantes de las otras escuelas universitarias. Además, el director, el secretario —Miguel Avalos y Genaro Estrada— y el profesorado en pleno apoyaron a Huerta. La única excepción explícita fue Antonio Caso, quien afirmó que el país necesitaba escuelas en los cuarteles y no soldados en las escuelas. Asimismo, un pariente de uno de los jóvenes conspiradores prozapatistas advirtió, correctamente, que la militarización de la Preparatoria no era el medio adecuado para acabar con el “entusiasmo” y la “intranquilidad” juvenil.[72]

El gobierno venció fácil y rápidamente esa oposición minoritaria. Aunque procuró dar la impresión de haber convencido a los dirigentes de la futilidad de su postura y de haber demostrado a la comunidad que la militarización no afectaría los aspectos académicos de la escuela, lo cierto es que desde junio se había hecho evidente que Huerta, ya con Blanquet y Urrutia en el gabinete, no toleraría la mínima oposición. Sin embargo, es indudable que hubo negociaciones con los participantes y que Huerta prefirió la cooptación a la represión. Por ejemplo, el gobierno ofreció uniformes gratis a los estudiantes y diseñó un programa de militarización muy atractivo, con prácticas ecuestres y de tiro y con horarios laxos y medidas disciplinarias poco rígidas. En previsible respuesta, los jóvenes pronto dijeron estar “encantados” con dichas prácticas a pesar de que los militares las estuvieran supervisando.[73]

La situación de la Preparatoria no fue única. La Escuela de Agricultura, que no gozaba de la relativa independencia de que disfrutaban las instituciones

universitarias, había sufrido una militarización parcial desde mediados de 1912 a causa de la rebelión orozquista; por lo tanto, cuando Huerta amenazó con endurecer la militarización, los estudiantes protestaron.[74] Al igual que la de los jóvenes preparatorianos, su lucha fue tibia y moderada. No obstante ello, estas oposiciones evitaron que Huerta militarizara por completo la educación profesional. Su objetivo último era la militarización de toda la educación,[75] pero su finalidad inmediata era evitar la oposición de los estudiantes. Hábil político, Huerta percibía la inconveniencia de perder el apoyo estudiantil, porque podría significar la pérdida de la simpatía de un sector de las clases media y alta de la capital. En un principio se dijo que Medicina, Jurisprudencia, Ingenieros, Bellas Artes y la Normal para Varones serían militarizadas después de la Preparatoria. Sin embargo, ante las protestas en la Preparatoria y Agricultura el gobierno solamente impuso en ellas la práctica de ejercicios físicos. También influyeron, seguramente, las protestas en las propias escuelas: por ejemplo, varios estudiantes de Jurisprudencia amenazaron con cambiarse de manera colectiva a la Escuela Libre de Derecho, pues el carácter privado de la institución la hacía considerablemente inmune a las decisiones oficiales, a pesar de que uno de los profesores de ésta era José María Lozano, nuevo ministro de Instrucción Pública y abierto partidario del proyecto militarizador.[76]

¿Cuál fue el resultado de tan astuta maniobra gubernamental? En términos políticos Huerta obtuvo un buen triunfo: por un lado, no hubo desde entonces otro grupo mayor de diez estudiantes que se rebelara, ya que cuando más se alzaron individualmente, en parejas o en grupos reducidos;[77] por el otro, Huerta no volvió a sufrir oposición estudiantil por la militarización, después hubo incluso profesores y estudiantes que solicitaron voluntariamente la militarización de sus escuelas.[78] Sin embargo, en términos militares su proyecto fue un fracaso: el aprendizaje castrense de los estudiantes no fue suficiente ni para los aparatosos desfiles, y casi ningún joven solicitó su incorporación posterior al Ejército Federal, al grado de que su número fue mucho menor que el de soldados que se distrajo para que los instruyeran.[79] Por lo mismo, Huerta no utilizó a estudiantes universitarios en combates, ni contra los zapatistas ni contra la invasión norteamericana. Además, debido a que la entrada de los tropas constitucionalistas en la ciudad de México fue pacífica, los estudiantes tampoco tuvieron que resistir físicamente, como lo habían hecho en algunas ciudades norteñas.[80] Como era previsible, en términos educativos la militarización fue contraproducente: los ejercicios físicos y militares robaron tiempo a las labores educativas, como lo prueba ampliamente el crecido número de exámenes insatisfactorios.[81] Por lo tanto, la política de Huerta en educación superior no

puede ser elogiada en forma indiscriminada.

NACIONALISMO JUVENIL

Hasta principios de 1913 los estudiantes universitarios mexicanos se habían caracterizado por su nacionalismo. Durante el régimen de Huerta dicha postura se radicalizó debido a los constantes conflictos con el gobierno de Woodrow Wilson. En algunos momentos las tensiones entre ambos países fueron de tal magnitud, que provocaron enormes movilizaciones estudiantiles en favor de Huerta. A mediados de 1913 tuvo lugar la primera expresión de yancofobia en el año: si la grosera intervención del embajador Henry Lañe Wilson en la caída de Madero no la había generado, sí lo hicieron la negativa de Washington a otorgar el reconocimiento diplomático al gobierno de Huerta y su tolerancia con los rebeldes constitucionalistas. En efecto, en julio fue organizada una manifestación contra la actitud del gobierno estadunidense; sin embargo, fue pacífica y poco numerosa: apenas participaron unos mil estudiantes y no hubo incidentes ni desórdenes graves.[82]

Un mes después los estudiantes tuvieron otro motivo para expresar su yancofobia, cuando fueron hechas del conocimiento público las presiones que hacía Woodrow Wilson por medio de su enviado especial John Lind. A su vez, la respuesta del canciller Federico Gamboa, diplomática aunque severa, recibió el apoyo total de la comunidad universitaria. En un primer momento los estudiantes de Medicina enviaron a Huerta un telegrama de felicitación, pero como muchos no lo consideraron suficiente, se reunieron para discutir la conveniencia de organizar una manifestación de homenaje a Huerta, o por lo menos de nombrar una comisión que le transmitiera su simpatía y apoyo. Significativamente, terminaron aprobando ambas propuestas: una comisión lo invitó a observar la manifestación, en la que participarían varios profesores. En efecto, fue encabezada por Francisco Echegaray, director de la Preparatoria hasta la llegada de Madero al poder, y por Julián Sierra, Adolfo Castañares y Alfonso Pruneda, entre otros. Congregó a más de dos mil estudiantes y profesores de la Preparatoria, Ingenieros, Jurisprudencia y Medicina, aunque también hubo contingentes de Odontológica, Agricultura, el Internado Nacional y la Libre de Derecho. Además, la manifestación tuvo eco en algunas poblaciones de provincia: en Puebla, por ejemplo, estudiantes de instituciones públicas y católicas organizaron otra. Además de Huerta, el canciller Federico Gamboa también gozó entonces de gran popularidad entre ellos.[83]

Debido a que las relaciones con Estados Unidos se fueron agravando durante

la segunda mitad del año, los universitarios pudieron expresar en más ocasiones su yancofobia. Por ejemplo, en octubre fue celebrado el “día de la raza” con asombrosa intensidad: en Ingenieros las festividades fueron organizadas por las autoridades y el profesorado; en Medicina lo hicieron los estudiantes; por otro lado, en Jurisprudencia hubo una muy solemne celebración presidida por el secretario García Naranjo y el embajador español, con la participación del profesor de derecho internacional Roberto Esteva Ruiz como orador “notable”. Aún así, puede decirse que la celebración más importante tuvo lugar en la Preparatoria, presidida por García Naranjo y todo el cuerpo diplomático, con la presencia de las principales autoridades universitarias y con Miguel E. Schultz y Telésforo García como oradores.[84]

Obviamente, las manifestaciones antinorteamericanas más numerosas y violentas sobrevinieron con la invasión a Veracruz en abril de 1914, a pesar de que algunos intelectuales y universitarios percibieron que el conflicto estaba siendo utilizado por Huerta para obtener apoyo popular y una tregua con los rebeldes constitucionalistas, como un último, desesperado y muy riesgoso intento de evitar el colapso de su gobierno,[85] y a pesar de que otros creían que el conflicto con Estados Unidos se debía en buena medida a la exagerada yancofobia de Huerta y a la inexperiencia o protagonismo de los principales responsables de la política exterior del país.[86] Como era previsible, la comunidad universitaria apoyó con entusiasmo la conducta de Huerta ante la invasión. Cierto es que el apoyo que los intelectuales y universitarios le habían brindado cuando tomó posesión había decaído con las renuncias de personas —la mayoría profesores suyos— como Vera Estañol, León de la Barra, Carlos Pereyra, Federico Gamboa, Aureliano Urrutia y Rodolfo Reyes, o por la disolución del Congreso federal en octubre de 1913, y que la presencia de García Naranjo en el gabinete y la colaboración de otros académicos como funcionarios secundarios[87] no era suficiente para contrarrestar tal distanciamiento. Sin embargo, los sucesos de abril dieron lugar a la reanudación y al estrechamiento de la alianza. Puede incluso afirmarse que esas semanas fueron las del mayor acercamiento entre Huerta y los universitarios. Sus desaciertos en política nacional fueron asimilados y olvidados por sus conflictos internacionales.

Tan pronto se supo en la ciudad de México del desembarco, en forma espontánea aproximadamente dos mil jóvenes provenientes en su mayoritaría de la Preparatoria, Jurisprudencia e Ingenieros marcharon rumbo a la Secretaría de Instrucción Pública para ofrecer sus servicios a García Naranjo, cuya respuesta fue un discurso improvisado, emotivo y apasionado, en el que dijo a los jóvenes que la Patria les agradecía “la rica dádiva de su sangre pródiga”. Si los

estudiantes de Ingenieros fueron concretos, pues prometieron incorporarse como voluntarios al Ejército Federal y urgieron a los demás estudiantes del país a que organizaran cuerpos de defensa social, los estudiantes varones de la Preparatoria fueron dramáticos: querían ser los primeros en morir defendiendo “la integridad nacional”; las mujeres, más prácticas, ofrecieron servir como enfermeras en los campos de batalla. Los profesores apoyaron también al gobierno nacional. Muchos de ellos, incapaces de tomar las armas, se comprometieron a colaborar según sus posibilidades: los de la Preparatoria, y los de la escuela Odontológica ofrecieron donar sus salarios; un profesor de química fabricaría explosivos gratuitamente, y no pocos empezaron a tomar instrucción militar.[88] Las autoridades educativas también actuaron de inmediato. Genaro García, director de la Preparatoria, advirtió que se transformaría la escuela en una academia militar y propuso crear una comisión de propaganda nacionalista; a su vez, el director de Agricultura ordenó que se intensificara la instrucción militar y que se impartiera ésta a todos los interesados y no sólo a los estudiantes del plantel.

El propio rector Ezequiel Chávez convocó a toda la comunidad universitaria a una manifestación, la cual fue encabezada por el secretario García Naranjo, quien pronunció un discurso, al igual que Antonio Caso. Acaso constreñido por su puesto y el carácter oficial y no espontáneo de la manifestación, en esta ocasión García Naranjo habló con mayor moderación; Caso, en cambio, lo hizo “beligerantemente”.[89] La movilización juvenil de aquellos días fue la mayor exaltación de nacionalismo de la qbmunidad universitaria durante el decenio; también puede ser vista como su mayor apoyo a gobernante alguno en el periodo. Dicho respaldo no se redujo a entusiastas manifestaciones y ardientes promesas, pues estudiantes de la Preparatoria, Jurisprudencia, Medicina y la Normal organizaron comisiones propagandísticas para fomentar el nacionalismo dentro y fuera de 14 ciudad de México. Otros, más atrevidos y optimistas, formaron comisiones que, con la venia gubernamental, intentaron negociar treguas y alianzas con diferentes grupos de rebeldes antihuertistas. Trasladarse a Puebla, Veracruz, Sinaloa, Sonora, Morelos, Guanajuato e Hidalgo, entre otros estados, resultó una aventura para muchos jóvenes. Por ejemplo, Jorge Prieto Laurens, Jacobo Gómez Treviño y Ezequiel Ríos, preparatorianos inmiscuidos en la conspiración prozapatista de 1913, fueron a Morelos a negociar con cabecillas como Timoteo Sánchez y Antonio Barona, aunque como respuesta fueron encarcelados por los surianos. Lo mismo sucedió a los estudiantes que trataron de convencer a Cándido Aguilar de que abandonara a Carranza y apoyara a Huerta en su lucha contra Estados Unidos. Es obvio que los jóvenes que formaron tales comisiones tenían más intereses políticos que el resto de sus

condiscípulos; por lo mismo, algunos fueron capaces de cambiar de filiación y de incorporarse a las fuerzas rebeldes que supuestamente debían atraer hacia el gobierno: algunos ejemplos son Basilio Vadillo, Gabriel Leyva, Adolfo Cienfuegos y Teófilo Álvarez, quienes visitaron a grupos constitucionalistas del noroeste en esa su campaña de propaganda nacionalista.[90]

Además de participar en comisiones propagandísticas o promotoras de alianzas y treguas, ¿qué otras actividades realizaron durante esos días los estudiantes? En términos militares sus promesas de convertirse en soldados no se hicieron realidad: no tomaron parte en acción alguna de armas contra los invasores, pues no las hubo; cuando mucho, estudiantes de Ingenieros acompañaron al general Rubio Navarrete a estudiar las condiciones topográficas de las cercanías de Veracruz, para lo que se les concedió el grado de subtenientes de ingenieros auxiliares. Por otra parte, estudiantes de Medicina impartieron lecciones de primeros auxilios a numerosas mujeres mexicanas, y un grupo de estudiantes de Agricultura dio lecciones militares a casi doscientos obreros. Los estudiantes también se organizaron para facilitar medicinas a los heridos en los enfrentamientos contra los invasores, creando la Proveeduría de Material Sanitario. Asimismo, un periódico literario de la Preparatoria titulado *Bohemia* fue transformado en uno de orientación política, e ilustrativamente su nombre pasó a ser *México Libre.* Por último, los jóvenes crearon la Unión Estudiantil de Defensa Nacional, en la que destacaron Aurelio Manrique, Enrique Soto Peimbert y Manuel Jiménez, entre otros.[91]

Los estudiantes llevaron a cabo su propaganda nacionalista en plazas, mercados, fábricas y estaciones ferrocarrileras. Los esfuerzos de los intelectuales y profesores se dieron en locales más tradicionales y ante audiencias más selectas: desde el principio del conflicto hasta la caída de Huerta impartieron conferencias sobre la invasión y sus causas, la historia de Estados Unidos, sus relaciones con México y América Latina y sobre el nacionalismo mexicano; los lugares donde tuvieron lugar fueron, entre otros, la Preparatoria, el Teatro Arbeu y la Sociedad de Geografía y Estadística. Los ponentes fueron desde destacados profesores e intelectuales como Jesús Galindo y Villa, Genaro García, Federico Mariscal y Enrique Schultz, hasta jóvenes como Hilario Medina, encargado de la biblioteca de Jurisprudencia y hasta hacía poco estudiante allí mismo, pero quien pronto se convirtió en un diplomático y político carrancista.[92] El nacionalismo no fue un fenómeno exclusivo de la comunidad universitaria capitalina: como en noviembre de 1910, también expresaron la misma postura, y por los mismos procedimientos, los pocos estudiantes y profesores universitarios de ciudades como Puebla, San Luis Potosí, Guadalajara y Morelia.[93]

¿Cuál fue la actitud de las autoridades educativas? ¿Fomentaron éstas la movilización de la comunidad universitaria o tan sólo la capitalizaron? ¿Cuáles fueron las consecuencias, en términos educativos, de dicha agitación? García Naranjo negó que el gobierno hubiera auspiciado la yancofobia de esos días, pero es incuestionable que estimuló la agresividad de la prensa favorable a Huerta y que el cierre de las escuelas facilitó las movilizaciones. En efecto, se ordenó que la mayoría de las instalaciones permanecieran cerradas; que en Medicina sólo se dieran cursos sobre primeros auxilios y cirugía y traumatología bélicas, y que en Ingenieros se concentraran en el estudio de fortificaciones y construcción de puentes. Por otra parte, dichas disposiciones no podían prolongarse indefinidamente: a principios de mayo los estudiantes de Jurisprudencia y de la Preparatoria solicitaron la reapertura de sus escuelas, alegando respetuosamente que las tropas estadunidenses iban a permanecer en Veracruz sin avanzar a otras partes del país. El gobierno aceptó su argumento, aunque les advirtió que la instrucción militar no disminuiría. Algunos estudiantes intentaron aprovecharse de la situación y pidieron exámenes más sencillos, alegando que muchos habían dedicado la mayor parte de su tiempo a labores políticas y propagandísticas, pero el gobierno sólo aceptó que los exámenes fueran pospuestos.[94]

Aun cuando lo anterior pudiera suponer cierto enfriamiento de su nacionalismo, la comunidad universitaria jamás rompió su alianza con Huerta. El conflicto con Estados Unidos no le dio ni una tregua con los rebeldes ni el apoyo masivo de la población del país, aunque sí el de los universitarios. Es indudable —cualesquiera que hayan sido los motivos— que Huerta siempre tuvo, y en sus postrimerías de manera exaltada, el apoyo de la comunidad, tanto de profesores como de estudiantes.

Notas al pie

[1] Henry Lañe Wilson, embajador de EE.UU., al secretario de Estado, 6 de enero de 1913, rds, 812.00/5820. Vera Estañol reconoció siempre haber sido contrario a Madero, por “no realizar las reformas ofrecidas” y por cometer “serios errores políticos”. Cf. AFLB, imp., c. 2, leg. 184.

[2] Uno de aquéllos fue Carlos M. Vela, presidente de la sociedad de alumnos de Medicina. Cf. *El Imparcial*, 18 y 28 de marzo; 21 de abril de 1913. Otro fue Alfonso Priani, miembro de la Cruz Blanca Neutral y quien luego de graduarse sería médico del Ejército Federal huertista, si bien despues se hizo constitucionalista. Cf. *DHBRM*, II, pp. 788, 1004-1005.

[3] Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana*, 18 vols., México, Editorial Jus, 1960,1, p. 295.

[4] Acaso la única biografía de Lascuráin sea la de Graziella Altamirano Cozzi, *Pedro Lascuráin. Un episodio en la Revolución mexicana*, tesis de licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras, ITNAM, México, 1979.

[5] Para Vera, véase Fir y ba, c. 280, exp. 3-23 (147), f. 2.

[6] Henry Lañe Wilson, embajador de EE.UU., al secretario de Estado, 20 de febrero de 1913, RDS, 812.00/6277.

[7] Comunicaciones de Henry Lañe Wilson, 26 de febrero, 8 y 15 de mayo de 1913, en *ibid.*, 812.00/6394, 7431 y 7652.

[8] Rodolfo Reyes, *De mi vida: memorias políticas, 2* vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1929-1930, II, pp. 61-68.

[9] El elogio a Esteva Ruiz, pues “sabe muchas cosas y las expone muy bien”, en carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 29 de octubre de 1913, en *Correspondencia HU-R*, p. 228.

[10] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (373), f. 46. FECH, RU, doc. 55. Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 205.

[11] *Ibid*., 20 de octubre de 1913 y 25 de febrero de 1914, pp. 203, 281 y 283. *El Imparcial*, 23 de abril; 9-10 de octubre de 1913. *El País*, 6 de julio de 1913.

[12] Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 205. *El País*, 31 de julio de 1913.

[13] FIP y BA, c. 285, exp. 12, f. 1. El resultado del encargo fue la publicación de ia *Historia de la campaña de la División del Norte*, publicado en 1913 por la imprenta del gobierno federal, y en el que llama a Huerta “el hombre de México”.

[14] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (372), ff. 246, 250. Acevedo fue también encargado de escribir la historia de la Secretaría de Instrucción Pública desde su creación en 1905. Véase *ibid.*, exp. 15 (373), f. 245. Véase también carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 205.

[15] Michael Meyer, *Huerta: a political portrait*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972, pp. 11-12.

[16] Al margen de cualquier asomo de vanidad o de cualquier intento apologético, consúltense *De mi vida*, de Rodolfo Reyes; *Mi diario*, de Gamboa, y las *Memorias*, de García Naranjo.

[17] Fabela, p. 159; García Naranjo, VII, p. 86. *DHBRM*, III, pp. 367-369.

[18] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, pp. 205 y 211. Julio Torri a Alfonso Reyes, octubre de 1913, en apéndice a Julio Torri, *Diálogo de los libros*, editor Serge I. Zaitzeff, México, FCE, 1980, pp. 193-194 (en adelante, *Epistolario T-R).* Genaro Fernández

Mac Gregor, *El río de mi sangre. Memorias*, México, FCE, 1969, p. 240.

[19] Victoriano Salado Álvarez también fue remplazado entonces como profesor de historia en la Preparatoria. Véase FUN, RR, c. 5, exp. 65, f. 1644.

[20] La comedia de Tablada, *Madero Chantecler*, en José Juan Tablada, *Obras* (con una presentación de Jorge Ruedas de la Serna), México, UNAM, 1981, II, pp. 203-245.

[21] Para Julio García, FIP y BA, c. 284, exp. 15 (367), f. 58; exp. 15 (368), f. 56. Para Chávez, *ibid*., f. 100.

[22] Informe Presidencial de Huerta, abril de 1913, PMAN, III, pp. 4849.

[23] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (368), f. 87. *El Imparcial*, 16 de marzo de 1913.

[24]FIP y BA, c. 284, exp. 15 (369), f. 120; exp. 15 (373), f. 245.

[25] *El Imparcial*, 14 y 28 de marzo de 1913.

[26] *Ibid*., 8-9, 14 y 28 de marzo; 17-18, 20 y 30 de junio de 1913.

[27] El grupo estaba dirigido por el joven escritor Rafael López, secretario particular de Lozano, y formado por Francisco González Guerrero, Gregorio López y Fuentes, y Rodrigo Torres Hernández, Véase Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre; 11-12 y 20 de noviembre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, pp. 211, 240-242 y 245.

[28] FG, PR, c. 96, exp. 90. *Correspondencia R-HU*, p. 281. *El País*, 24 de febrero de 1914.

[29] *El Imparcial*, 2, 5, 25 de marzo; 25 de abril de 1913. García Naranjo, VII, p. 352.

[30] Rius Facius, pp. 29-59. Véase también Eduardo J. Correa, *El Partido Católico Nacional y sus directores*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991. Andrés Barquín y Ruiz, *Bernardo Bergóend*, S. J., México, Editorial Jus, 1968.

[31] *El Imparcial*, 11 de marzo; 25 de septiembre; 7, 23 y 27 de octubre de 1913. Existió también el Partido Liberal Juvenil fundado por Rafael de los Ríos, de Jurisprudencia, antirreeleccionista y luego carrancista, quien colaboró en *El Diario del Hogar* y *México Nuevo*. Cf. *DHBRM*, II, p. 794.

[32] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (374), f. 270. fg, pr, c. 65, exp. 6. fech, ru, c. 3, doc. 51.

[33] *El Imparcial*, 18-19 de abril de 1913. Vasconcelos, *La tormenta*, en *Memorias*, I, pp. 470 y ss. Véase también Mílada Bazant, "Estudiantes mexicanos en el extranjero: el caso de los hermanos Urquidi", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, abril junio de 1987, vol. XXXVI, núm. 4, pp. 739-758. Francisco Urquidi había sido secretario de la Escuela de Bellas Artes, desde diciembre de 1906 hasta abril de 1912. Cf. FUN, RR, c. 7, exp. 100, f. 2811.

[34] *DHBRM*, II, pp. 709-710; V, p. 590.

[35] Fabela, pp. 23-26, 53-54, 72-77, 84-86, 97-98,102-123 y 148-150. Pascual Morales y Molina, mexiquense como Fabela y profesor de Derecho en el Instituto Científico y Literario de Toluca, también se incorporó a la lucha contra Huerta, llegando a ser jefe del Estado Mayor de Jesús Carranza, hermano de don Venustiano. Cf. *DHBRM*, III, pp. 172-173.

[36] Tal parece que desde mediados de 1912 tenía un empleo en la Escuela de Altos Estudios —primer ayudante—, el que conservó, aunque con licencia, durante los primeros meses del huertismo. Parece también que de julio a noviembre de 1913 fue secretario de la Biblioteca Nacional. FEP, núm. 560.

[37] Su licencia abarcaba de octubre de 1913 a enero de 1914, pero como no se presentó al concluir ésta ni solicitó prórroga de la misma, se declaró insubsistente su nombramiento. Cf. FEP, núm. 19854. Véase también FIP y BA, c. 284, exp. 15 (371) f. 196; (372) f. 198; (375) f. 301. Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, pp. 203, 205-206. Vasconcelos, *Ulises criollo*, en *Memorias*, I, pp. 405-406. Alberto J. Pañi, *Mi contribución*..., pp. 107-126, 137-143, 173-174 y 200-203; *Apuntes*..., I, pp. 167-256.

[38] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (367), f. 49; (370), f. 171; exp. 15 (371), f. 157.

[39] FUN, RR, c. 5, exp. 70, ff. 1986-2002. *DHBRM*, II, pp. 709-710. Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*, en *Obras completas*, II, pp. 321 y 447.

[40] Félix Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, México, Ediciones Botas, 1937, pp. 173-188.

[41] Henríquez Ureña presume de que intercedió ante García Naranjo en favor de Pruneda. Véase su carta a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 207.

[42] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (368), f. 100; (370), f. 172; c. 293, exp. 7, f. 1. FUN, RR, c. 6, exp, 78, f. 2310. fech, RU, c. 2, doc. 159. *El Imparcial*, 12 de agosto de 1913. Una comisión consistió en elaborar un informe sobre la Escuela de Medicina Homeopática; otra, sobre la Inspección de Monumentos Artísticos e Históricos. Las asombrosas —por su número— responsabilidades y funciones de Pruneda están documentadas en su expediente. Cf. FEP, núm. 577.

[43] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 12 de noviembre de 1913, en *Correspondencia R HU*, p. 246. *ibid.*, 8 de enero de 1914, p. 265. *El País*, 25 de enero de 1914. Pañi, *op. cit.*, pp. 123-126.

[44] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (367), f. 49; (368), f. 100; (369), f. 126; (372), f. 249. FUN, RR, c. 6, exp. 74, f. 2080. FEP, núm. 604. aech, ru, c. 1, doc. 71; c. 6, doc. 6. *El Imparcial*, 21 de diciembre de 1913.

[45] En claro desagravio, Echegaray fue elegido subdirector “honorario" de la Preparatoria a finales de 1913. Cf. *El Imparcial*, 27 de noviembre de 1913.

[46] Francisco Castillo Nájera, líder de Medicina y destacado miembro del congreso de 1910, renovó su fidelidad al reyismo formando el Partido Repu blicano, que apoyaba a Rodolfo Reyes en lugar de a Félix Díaz como heredero de Huerta. Para el reyismo de Castillo Nájera véase, ahsre, le, 850, f. 233.

[47] Garza Pérez se había graduado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1909, con los mayores honores. Jesús de Valle era el padre de Artemio de Valle Arizpe, que por entonces comenzaba su labor literaria. Cf. Miguel Alessio Robles, pp. 11-13.

[48] Entrevista con Aarón Sáenz, en Urióstegui, pp. 357-362. Fabela, p. 145, *DHBRM*. I, pp. 350-351 y 353.

[49] Su titulación en fea, núm. 2 701. Sus datos biográficos, en *DHBRM*, I, pp. 251-252.

[50] Tal parece que obtuvo su libertad gracias a Francisco Pascual García y Pedro Henríquez Ureña, a quienes conocía por la universidad y por dedicar su tiempo de esparcimiento a participar en los grupos culturales de Puebla y la ciudad de México, habiendo sido director, entre 1908 y 1911, de la revista literaria *Don Quijote*. Cf. Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 202; *ibid.*, 22 de noviembre de 1913, p. 247. *DHBRM*, III, pp. 410-411. Véase su biografía escrita por Alfonso Ruiz Escalona.

[51] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (370), f. 170. fun, rr, c. 4, exp. 61, f. 1350; exp. 63, ff. 1429, 1443. fea, núm. 30383. *DHBRM*, V, pp. 588-589.

[52] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (372), ff. 184, 244. fun, rr, c. 4, exp. 61, f. 1242. FEP, núm. 1081. *El Imparcial*, 1,4, 13 de mayo de 1914. Otro estudiante progresista que permaneció en la capital haciendo política estudiantil tradicional fue Enrique Soto Peimbert, vicepresidente de la sociedad estudiantil de Ingenieros. Cf. *ibid.*, 20-22, 28 de marzo de 1914.

[53] Cienfuegos había sido miembro del Club Liberal Estudiantil que en septiembre y octubre de 1913 se había opuesto a la campaña electoral del Partido Católico Nacional, favoreciendo así a Huerta indirectamente. Cf. *El Imparcial*, 25 de septiembre; 7 de octubre de 1913. José Juan Ortega, *Odisea estudiantil universitaria*, México, s.e., 1955, pp. 29-30. A principios de abril de 1914 fue elegido presidente del oficialista Centro Nacional de Estudiantes. Cf. *El Imparcial*, 2 y 30 de abril de 1914. El joven colega Pablo Serrano prepara una tesis doctoral sobre Basilio Vadillo, anunciada ya en la nota 39 del capítu lo IV.

[54] FUN, RR, c. 4, exp. 63, f. 1428. Alvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, París-México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1917, p. 237. José Domingo Ramírez Garrido, *Así fue...*, México, Imprenta Nigromante, 1943, p. 137. Taracena, *Tabasco*pp. 223 y 273. En rigor, León había quedado como pasante de agrónomo, dedicándose a novillero hasta que se incorporó a las fuerzas revolucionarias

efímeramente, a principios de 1914, para seguir toreando hasta 1916, cuando se radicó en Sonora para trabajar con el gobierno de Calles en asuntos agrarios. Cf. León, *op. cit*pp. 19-24.

[55] FIP y BA, c. 284, exp. 15(372), f. 247. FUN, RR, c. 4, exp. 62, f. 1399. Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, *Correspondencia R-HU*, pp. 205-206, 209. *El Imparcial*, 27 y 31 de agosto de 1913.

[56] Entrevista con Juan Barragán, en Urióstegui, pp. 191 y 200-201.

[57] *El País*, 15 de enero de 1914. Afínales de 1913 Enrique Estrada participó en la toma de Juchipila, y en 1914 se incorporó a las fuerzas de Manuel Diéguez, del Ejército del Noroeste. Cf. *DHBRM*, VII, pp. 886-888.

[58] Entrevista con Aarón Sáenz, en Urióstegui, *op. cit.*, p. 361. *El Imparcial*, 7 de junio de 1913. *DHBRM*, I, pp. 409-410; II, pp. 48-50; III, p. 454.

[59] *El Correo Español*, 14 de junio de 1913. *El Imparcial*, 6 de agosto de 1913.

[60] Ibid., 2 de diciembre de 1913. *El País*, 3 y 9 de febrero; 26 de abril de 1914.

[61] Héctor Medina Neri, *Gustavo Baz: guerrillero de Emiliano Zapata*, México, 1979, pp. 43-74. Otro estudiante de Medicina que se incorporó al zapatismo fue José Parrés, hidalguense, miembro fundador en 1911 de la Cruz Blanca Neutral; fiel al zapatismo hasta su pacificación en 1920, después fue gobernador provisional de Morelos. Cf. *DHBRM*, III, pp. 618-619.

[62] *El Correo Español*, 26 de abril de 1913. *El Imparcial*, 24-26 y 28 de abril; 20 de mayo de 1913. *El País*, 25 de abril de 1913. Prieto Laurens, pp. 10 y 20-23.

[63] *El Correo Español*, 28-29 de abril; 20 de mayo de 1913. *El Imparcial*, 25 y 28-30 de abril; 14 y 20-21 de mayo de 1913.

[64] *Ibid*., 1, 3-5, 7 de junio; 5, 16, 26 de agosto; 4-5, 9, 12-17, 19, 21 y 23 de octubre; 1 de diciembre de 1913. *El País*, 17 y 19 de julio de 1913; 11 y 20 de febrero; 11 de marzo de 1914.

[65] Si bien éste fue el caso de León de la Barra y Mondragón, alejados pronto del usurpador, Rodolfo Reyes permaneció en el gabinete algunos meses más, aunque, en rigor, con menor influencia cada día.

[66] Del mismo modo, se dio más proclividad a la lucha entre los alumnos de la Escuela Normal Nocturna. Cf. *DHBRM*, III, p. 201.

[67] Entre otros, Rafael Catalán, Efraín Enríquez, Antonio Martínez Suárez y Bartolomé Vargas. Cf. *ibid.*, I, pp, 164-165; II, pp. 94-95; III, pp. 427 y 639.

[68] Para Colima, *ibid.*, I, pp. 508-509,525. Para Morelia véase José Valdovinos Garza, *La generación nicolaíta de 1913*, Morelia, Universidad Michoacana, 1959. Para este caso véase también, Apolinar Martínez Múgica, *Isaac Arriaga, revolucionario nicolaíta*, Morelia, Universidad Michoacana, 1982.

[69] *El Imparcial*, 28 de abril de 1913.

[70] FIP y BA, c. 285, exp. 1, f. 30. Informe presidencial de Huerta, septiembre de 1913, en pman, III, p. 81. *El Imparcial*, 9 y 20 de mayo; 7 y 13 de junio de 1913.

[71] *El Correo Español*, 2 de julio de 1913. *El Imparcial*, 13 y 20 de junio de 1913. *El País*, 2 y 4 de julio de 1913.

[72] FIP y BA, c. 285, exp. 11, ff. 64-111. *El Imparcial*, 9 de mayo; 22 y 27 de junio; 2-4 de julio de 1913. Coincidiendo con Caso, tiempo después el general carrancista Francisco L. Urquizo propondría la creación de “escuelas-campamentos”, para combatir el analfabetismo de los soldados. Cf. *El Pueblo*, 29 de mayo de 1915.

[73] El Imparcial, 22 y 25 de junio; 4,8, 11 y 13 de agosto de 1913, *El Pais*, 1 y 4-5 de julio de 1913.

[74] El Impacial, 8 de junio de 1913. *DHBRM*, V, pp. 117-118. Al joven Jesús M. Garza, neoleonés, se le expulsó por oponerse a la militarización de la escuela, lo que aprovechó para volver al norte e incorporarse a los alzados, llegando pronto a jefaturar el Estado Mayor de Obregón.

[75] Un ejemplo muy ilustrativo es la organización de los “Batallones de exploradores”, versión mexicana de los *boy scouts*, como parte de una educación paramilitar y extracurricular de los niños. Cf. *BIP* XXII, pp. 187-193.

[76] FIP y BA, c. 281, exp. 41(206), f. *1*. *El Abogado Cristiano*, 21 de agosto de 1913. *El Imparcial*, 25 y 27 de junio; 12-14, 18 y 30 de agosto de 1913.

[77] FUN, RR, c. 6, exp. 75, ff. 2120-2121, 2124, 2134-2135, 2145.

[78] Ejemplos, la Escuela de Comercio a finales de agosto de 1913, y el Colegio de Puebla a mediados de marzo de 1914.

[79] *El Imparcial*, 24 y 30 de agosto; 5 y 17 de septiembre de 1913. A lo largo de 1913 el Internado Nacional produjo sólo siete soldados profesionales. Cf. *ibid.* , 21 de diciembre de 1913.

[80] En algunas ciudades norteñas se organizaron defensas sociales para oponerse a las fuerzas constitucionalistas, mediante las cuales muchos jóvenes de las clases media y alta locales participaron en varias batallas decisivas.

[81] *El Imparcial*, 8 y 22 de octubre de 1913; 18 y 30 de mayo; 10 de julio de 1914. *El País*, 18 de febrero de 1914.

[82] *El Correo Español*, 14 de julio de 1913. *El País*, 8 y 12-13 de julio de 1913.

[83] *El Correo Español*, 11 de agosto de 1913. *El Imparcial*, 8-11, 14, 29 de agosto de 1913. La versión del propio Gamboa se encuentra en su *Diario*. Como era un destacado novelista, gozó de la simpatía de la comunidad universitaria durante el breve tiempo que fue canciller, simpatía que también disfrutó después, cuando fue candidato presidencial del Partido Católico, actitud que lo enemistó con Huerta, y lo obligó a salir del país. Cf. Federico Gamboa, *Diario de...*, editor, José Emilio Pacheco, México, Siglo XXI Editores, 1977, pp. 197-199. Según García Naranjo, las aspiraciones de Gamboa contribuyeron “en mucho a aumentar el escepticismo de Huerta en relación con los personajes de renombre”. Cf VII, p. 166.

[84] *El Imparcial*, 8, 15-16, 18 y 24 de octubre de 1913. El discurso de Esteva Ruiz fue tan elogiado que hubo quien lo consideró factor decisivo para su posterior ascenso a ministro de Relaciones Exteriores. Véase Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 29 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 228; *ibid*., 25 de febrero de 1914, p. 280.

[85] Por ejemplo, así lo entendió Pedro Henríquez Ureña, dominicano con varios años de residencia en México. Véase su carta a Alfonso Reyes del 20 de abril de 1914, en *Correspondencia R-HU*, pp. 298-299.

[86] La acusación se dirigió sobre todo a Esteva Ruiz, experto en teoría pero neófito y torpe en la práctica. Las críticas fueron hechas por Genaro Fernández Mac Gregor, también gran conocedor de la materia y funcionario en la cancillería. Véanse sus memorias, *El río de mi sangre*, pp. 237-240.

[87] Además del propio Esteva Ruiz, otro ejemplo puede ser Jesús Acevedo, director de Correos y Telégrafos.

[88] *El Imparcial*, 22-24 de abril de 1914. García Naranjo, VII, pp. 277-278, 283.

[89] El Imparcial, 24-25 de abril de 1914. Garda Naranjo, VII, pp. 284-285. En esta ocasión dijo que "ya era tiempo de que los hombres cultos se unieran para levantar su voz potente y vigorosa contra el presidente estadunidense que ha trocado su borla de doctor —recuérdese que Woodrow Wilson había sido profesor en la universidad de Princeton— por el trágico turbante de Atila". Además, pidió a los jóvenes que demostraran a los estadunidenses que “sabemos perder los brazos y la vida en Lepanto". Por último, concluyó su discurso con la siguiente arenga: “ISalve, juventud culta! ISalve, sabios maestros! I Salve, Universidad Nacional! He aquí a la sabiduría no excluyente del heroísmo, porque todos sabrán pelear hasta morir”.

[90] El Imparcial, 22-24, 27, 29 de abril; 8-9, 11-12, 18 y 30 de mayo; 4 de julio de 1914. José Juan Ortega, pp. 37-86. Prieto Laurens, pp. 49-52. La mayor politización de estos jóvenes interesados en la unificación nacional frente al invasor se confirma con el hecho de que Cienfuegos y otros compañeros de la Normal —Rubén Vizcarra y José G. Nájera— habían formado la Junta Revolucionaria de Santa Julia. Cf.

DHBRM, I, pp. 87-88, 537; III, pp. 427-428. Para el caso de Leyva véase Carlos McGregor Giacinti, *Trayectoria militar y política de un gobernante*, México, s.e., 1963, pp. 19-21.

[91] *El Imparcial*, 27 y 29 de abril; 8, 11, 22, 30 de mayo de 1914. *El Paladín*, 3 de mayo de 1914.

[92] FUN, RR, c. 4, exp, 63, f. 1469; c. 6, exp. 84, f. 240.

[93] *El Imparcial*, 24 y 28-29 de abril; 1, 5, 8, 10, 13, 17, 25 y 30 de mayo; 7, 10 y 24 de junio; 11 de julio de 1914. *DHBRM*, IV, pp. 109-110.

[94] *El Imparcial*, 29 de abril; 3 de mayo; 8-9 de julio de 1914. Silva Herzog, p. 30.

VI. RESULTADO PARADÓJICO

HACIA UN NUEVO PROYECTO

¿Cuál fue el impacto, en términos académicos, de la alianza entre el gobierno de Huerta y la comunidad universitaria? En general el resultado fue más que beneficioso. Para ello fue necesario que Huerta tuviera un proyecto educativo coherente, pues de otra manera este sector habría sufrido un periodo caótico, agitándose cada vez que el responsable de la Secretaría de Instrucción Pública o de la rectoría fuera sustituido, lo que aconteció varias veces durante el año y medio que duró el huertismo. Fue necesario también que Huerta apoyara a la Secretaría de Instrucción Pública y a la Universidad Nacional, lo que hizo otorgando a la primera una posición fuerte ante el resto del gabinete, financiándolas generosamente y respetando las decisiones internas de la segunda.[1] Sobre todo, era imprescindible el regreso de los profesores alejados de la institución desde la caída de Díaz, como era igualmente necesario que aquellos profesores que habían asumido importantes puestos políticos pudieran cumplir sus obligaciones docentes: resulta sorprendente que altos funcionarios como Rodolfo Reyes, Jorge Vera Estañol, Carlos Pereyra y Agustín Garza Galindo, entre otros, mantuvieran sus cursos, y que varios intelectuales colaboracionistas pudieran dedicarse a asuntos académicos a pesar de sus responsabilidades políticas.[2]

Huerta creyó al principio que permanecería en el poder durante largo tiempo, pues estaba convencido de que la oposición era superable. Sería erróneo creer que sólo concibió un gobierno de naturaleza militarista, pues es innegable que contempló también proyectos sociopolíticos de mediano y largo plazos, así hayan sido insuficientes o equivocados. Uno de ellos era la educación pública; en efecto, para Huerta la Secretaría de Instrucción no podía ser un ministerio marginal ni siquiera en momentos de guerra. Su experiencia personal le había enseñado que el progreso se logra, sobre todo, mediante la educación.[3] Por otra

parte, sus orígenes sociales y su naturaleza psicológica lo convencieron de la necesidad de un nuevo tipo de educación. Por un lado, debía ser extensiva y popular; por el otro, debía erradicar las especulaciones teóricas y volverse más práctica aunque sin convertirse en empirista. En consecuencia, la mayoría del profesorado y de las autoridades educativas intentaron imponer una educación práctica: Urrutia y sus colegas en Medicina fueron los primeros en hacerlo; pronto los siguieron en Ingenieros y Agricultura. Más importante y revelador resulta que los estudiantes hayan manifestado gran satisfacción y alegría por el ofrecimiento de una educación más práctica. Esta característica se prolongó a lo largo de la presidencia de Huerta y permeó a otras secretarías de su gobierno: cuando Eduardo Tamariz fue designado secretario de Agricultura, declaró que la Escuela de Agricultura debía ser más práctica.[4] Nemesio García Naranjo, su último jefe en la Secretaría de Instrucción Pública, quien más duró en el puesto y quien tenía un concepto de educación diferente al del primer secretario, Vera Estañol, también era partidario de una educación práctica.[5] Así, la lucha de Vera Estañol en favor de las escuelas rudimentarias y el golpe de García Naranjo al positivismo tenían mucho en común.

Otra característica del proyecto educativo del gobierno de Huerta fue el apoyo a la educación agrícola, pues hubo intentos por establecer escuelas agrícolas en estados como Oaxaca y Chiapas y se ofreció un curso “libre” en la Escuela cíe Agricultura, obviamente de naturaleza práctica, para cualquier interesado en el asunto. Significativamente, Rómulo Escobar, fundador a finales del porfiriato de una escuela agrícola en Chihuahua, fue designado subsecretario de Fomento.[6] Además, todos los secretarios de Fomento —Manuel Garza Aldape, Leopoldo Rebollar o Eduardo Tamariz— estuvieron interesados en la educación agrícola, esfuerzos que también incluían la mejoría de la enseñanza de la veterinaria.[7]

Otro rasgo distintivo fue el generoso financiamiento, mientras se contó con recursos económicos. En mayo de 1913 el Congreso de la Unión debatió sobre el presupuesto para Instrucción, y a pesar de que —como el año anterior— hubo gran oposición, el monto fue aumentado. Medicina fue la escuela que más se benefició,[8] pero Altos Estudios no sufrió recortes o restricciones graves, como Ezequiel Chávez había predicho equivocadamente en un innecesario folleto apologético.[9] Otro factor importante en la política educativa huertista fue la calidad de los secretarios. El primero fue Jorge Vera Estañol, que había detentado el mismo puesto en el último gabinete de Díaz y quien intentó desarrollar su proyecto de entonces, basado en el establecimiento de escuelas rudimentarias y en enseñar a leer y escribir, así como impartir algunas nociones

básicas de matemáticas e historia a los adultos analfabetos. Los objetivos de Vera se confirman al desglosar su presupuesto: mientras que las escuelas primarías regulares tendrían casi lo mismo que las rudimentarias, ambas recibirían más recursos que las universitarias.[10] Del mismo modo, Vera y la mayoría de los diputados rechazaron la asignación de un subsidio para la organización de actos de “alta” cultura; en cambio, transfirieron dichos fondos para promover su popularización.[11]

Sería incorrecto suponer que Vera Estañol era contrario a la educación superior y a la “alta” cultura, o que carecía de un proyecto sobre el particular. Por un lado, tenía ya algunos años involucrado en ese medio; por el otro, es probable que como ideólogo y figura principal de la Escuela Libre de Derecho tendiera a creer que la educación universitaria debía ser tan independiente del gobierno como fuera posible. Así, su proyecto era despolitizar al sector, y consideraba que su mejora dependía de dos factores: contratar a los mejores profesores, fueran o no ‘Científicos’, lo que implicaba revertir las posturas de Vázquez Gómez, Pino Suárez y Cabrera, y establecer la permanencia definitiva en los puestos por medio de concursos académicos, para evitar incorporaciones o renuncias cada vez que cambiaran los gobernantes o las autoridades educativas.[12] Es evidente que Vera tenía muy presente su experiencia con Vázquez Gómez y Cabrera, cuando tuvo que dejar la docencia; sin embargo, como su caso no era único y sus propuestas eran oportunas debido a la nueva situación nacional, muchos de los profesores que habían abandonado la docencia por razones políticas volvieron a ejercerla,[13] como un acto de revanchismo político o de absoluta justicia académica.

A mediados de junio, menos de cuatro meses después de su nombramiento, Vera renunció al gabinete[14] por razones políticas y personales: para comenzar, el rompimiento entre Huerta y Félix Díaz trajo el consecuente resquebrajamiento de la alianza gobernante en que tanto confiaba Vera; además, no estuvo dispuesto a aceptar el enorme poder que el director de Medicina, Urrutia, comenzó a ejercer en la educación superior por el simple hecho de ser amigo íntimo de Huerta;[15] por otra parte, probablemente Vera se opuso a la amenaza de Huerta de militarizar las escuelas profesionales. Con todo, acaso lo decisivo fue lo inoportuno de su proyecto, pues el astuto y sagaz Huerta pronto se dio cuenta de que los analfabetos mayoritariamente eran campesinos, lo que hacía virtualmente imposible ofrecerles educación puesto que la guerra aumentaba día a día en el campo, resultando inútil gastar recursos en dicho proyecto; además, percibió también el peligro de reunir a los adultos analfabetos de los pueblos y ciudades para impartirles educación, pues era predecible que ello provocaría una

no deseada politización de los asistentes. Así, el pragmático Huerta desechó el generoso proyecto de Vera Estañol.

El sustituto fue Manuel Garza Aldape, conocido reyista originario de Torreón, respetado abogado egresado de Jurisprudencia en la misma generación que Luis Cabrera y Rodolfo Reyes, quien fue su apoyo para llegar al gabinete, así fuera con un nombramiento de transición cuyo único objetivo era restañar los daños provocados por los enfrentamientos entre Vera y Urrutia.[16] Dos meses después Garza Aldape fue sustituido por José María Lozano, conocido en la comunidad universitaria como destacado egresado, intermitente docente e irredento político, quien había participado en la escisionista fundación de la Escuela Libre de Derecho; además, se sabía que Lozano gozaba de la confianza y simpatía de Huerta. Rota la coalición conservadora gobernante, para Huerta era muy importante tener en ese puesto a un hombre suyo, y por añadidura, popular, respetado y capaz de llevar a cabo reformas antiteoréticas y antipositivistas.[17] El sector educativo recibió con beneplácito la noticia, pues aparentemente Lozano era el hombre indicado: experimentado y combativo en política además de conocido en los círculos universitarios e intelectuales.

Su actuación, sin embargo, fue desilusionante. Desde un principio incurrió en contradicciones y manifestó limitaciones. Siendo de ideología liberal, como subsecretario nombró a Eduardo Tamariz, católico recalcitrante. Además, aseguró por un lado que la educación popular y la instrucción rudimentaria serían la base de su proyecto, mientras que por el otro dijo que continuaría las políticas de su maestro Justo Sierra, más amplias y comprehensivas. Lozano declaró también que varios directores serían removidos, que sobrevendrían “cambios mayores” en la Preparatoria y que tendría como principales colaboradores a elementos jóvenes,[18] lo que lo convirtió en un provocador y en una amenaza. Sin embargo, si bien designó al joven poeta Rafael López como su secretario particular, también intentó despedir de la Universidad Nacional a Pedro Henríquez Ureña, uno de sus más talentosos profesores, con gran prestigio entre los jóvenes, por simples intrigas banales. Los desaciertos políticos de Lozano se sucedieron uno después de otro: aunque pretendió nombrar como nuevo rector a Antonio Caso, no pudo convencerlo de aceptar el puesto; para colmo, su segundo candidato para la rectoría fue el senador Emilio Rabasa, ‘Científico’, positivista y hombre de edad más que madura, con gran experiencia política y docente, nombramiento que tampoco pudo llevarse a cabo y que no sólo contradecía su proyecto original, sino que bastó proponerlo para provocar un conflicto entre Huerta y el Congreso federal, preocupado por la sangría que sufría, pues sus mejores hombres eran constantemente llamados a formar parte

del gabinete.[19] Tantos errores y problemas explican que, a pesar del apoyo y simpatía de Huerta, Lozano tuviera que ser sustituido a mediados de septiembre, tan sólo un mes después de su designación. Buscando continuidad en el ministerio, Huerta promovió al subsecretario Tamariz al puesto superior, cambio que, contra lo que pudiera suponerse, no era lineal, pues implicaba la sustitución de un liberal por un católico. Sin embargo, el cambio no llegó a darse, pues la designación del diputado Tamariz fue airadamente rechazada por el Congreso, obligando a Huerta a seleccionar otro prospecto.[20] Paradójicamente, su último candidato resultaría su mejor opción, sin duda un gran secretario de Instrucción.

MEJORÍA ACADÉMICA

A diferencia de lo sucedido en la secretaría, Huerta tuvo que hacer pocos cambios en la Universidad Nacional. En efecto, permitió que Eguía Lis concluyera su periodo rectoral porque era inofensivo, representativo del viejo régimen y no del maderismo, ya que su gestión concluiría en pocos meses y debido a que un pariente de Eguía Lis era uno de los principales colaboradores militares de Huerta.[21] Respecto a las escuelas universitarias, Huerta mantuvo la continuidad en Medicina e Ingenieros, pero cambió a los directores de Altos Estudios, la Preparatoria y Jurisprudencia. Significativamente, sólo removió a los directores de filiación o con simpatías maderistas: Alfonso Pruneda, de Altos Estudios, y Valentín Gama, de la Preparatoria. El primero fue sustituido por Ezequiel Chávez, quien había diseñado esa escuela en 1910; el segundo, por Miguel Ávalos, que reclamaba ser heredero de Justo Sierra.[22] A su vez, en Jurisprudencia fue nombrado Julio García como director definitívo, en lugar del director provisional en funciones desde la licencia que a finales de enero se había concedido a Luis Cabrera, quien había salido del país y a causa del cuartelazo se negaba —comprensiblemente— a regresar para reclamar su puesto.[23] Como quiera que haya sido, el resultado fue el mismo: el aniquilamiento del maderismo en esa escuela, y el nombramiento de un docente de gran prestigio y experiencia para la dirección.

Considerando que se mantuvo al rector y a los directores de Medicina e Ingenieros —Urrutia y Luis Salazar—, y que se nombró a Julio García en Jurisprudencia, puesto que ya había desempeñado antes, a Ezequiel Chávez en Altos Estudios, institución que nadie entendía como él, y a Miguel Ávalos en la Preparatoria, donde ya había impartido el curso de historia que antes fuera de Sierra; y considerando también que la Universidad Nacional sería apoyada económicamente por el gobierno, era predecible que ésta tendría un exitoso año

académico. Obviamente, la condición básica era la tranquilidad político-militar de la ciudad de México, exigencia satisfecha, por lo que los resultados fueron positivos. Un ejemplo podría ser la Escuela de Ingenieros, cuyos estudiantes obtuvieron muy altas calificaciones en los exámenes de finales de 1913 y donde el número de solicitudes de inscripción para el curso de 1914 muestra que la escuela estaba sorteando la crisis nacional mejor de lo que hubiera podido pensarse.[24]

Es indudable que Medicina fue la escuela con mejor desempeño, o cuando menos la que despertó mayores expectativas. Dado que desde el porfiriato había sido la menos favorecida de las escuelas profesionales, el apoyo económico y político concedido por Huerta y la diligencia y capacidad de su director, Urrutia, hicieron del año 1913 el mejor en mucho tiempo. Apenas días después de que Huerta tomara el poder, Urrutia presentó un ambicioso proyecto que incluía mejoras y reparaciones al edificio, la conformación de una mayor y mejor plantilla de profesores mediante concursos para obtener las plazas, la introducción de nuevos cursos y procedimientos de enseñanza y la ampliación institucional de la propia escuela mediante la absorción de varias dependencias relacionadas con la enseñanza médica, como los institutos Médico, Patológico y Bacteriológico, que legalmente formaban parte de Altos Estudios, o como el Hospital General, que dependía de la Secretaría de Gobernación. Según Urrutia el control de dicho hospital mejoraría el aprendizaje de los alumnos, al obtener éstos experiencia práctica y entrenamiento, sobre todo si se lograba que los jefes de las diferentes secciones fueran los propios profesores de la escuela.[25]

Chávez con algunos alumnos de la Preparatoria. (AHUNAM, Fondo Ezequiel A. Chávez.)

Los estudiantes José Inclán, Jorge Prieto Laurens, Gómez Treviño, Arturo Zubieta, Gabriel Soto y otros, aprehendidos en San Lucas Xochimanca al intentar levantarse como zapatistas contra el gobierno huertista. (Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, t. 2, p. 375.)

Los estudiantes de la Escuela de Medicina felicitan al doctor Aureliano Urrutia por su nombramiento como secretario de Gobernación en el gabinete huertista.
(Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, t. 2, p. 618.)

Chávez y Caso protestan ante el ministro de Instrucción Pública, como rector y como director de Altos Estudios, respectivamente.
(Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, t. 3, p. 741.)

El general Victoriano Huerta arenga a los alumnos de la Escuela Preparatoria al entregarles la enseña patria.
(Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, t. 2, p. 667.)

Los preparatorianos militarizados
(Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, t. 2, p. 667.)

Nemesio García Naranjo y Antonio Caso encabezan la manifestación universitaria en protesta por la invasión norteamericana a Veracruz.
(Archivo Casasola, INAH.)

Estudiantes de Derecho se solidarizan con Federico Gamboa por su política nacionalista.
(Archivo Casasola, INAH.)

Alfonso Pruneda y algunos alumnos de la Universidad Popular. (AHUNAM, Fondo Alfonso Pruneda.)

Los estudiantes y el profesorado elogiaron en forma entusiasta los planes de Urrutia: se dijo por ejemplo que la escuela —ya un "cadáver"— iba a recuperar su "esplendor pasado"; que tendría un "renacimiento".[26] Sin incurrir en las odiosas hipérboles, es un hecho que durante la segunda mitad de 1913 la escuela comenzó a experimentar "muchos cambios", sobre todo en cuanto al mejoramiento —cualitativo y cuantitativo— de los profesores y cursos, por el regreso de los estudios farmacológicos y por el envío al extranjero, como becarios, a los mejores egresados.[27] Es más, el boletín de la dependencia se publicó con regularidad, no obstante la pérdida de casi todas las suscripciones de las ciudades de provincia debido al caos producido en el correo por la lucha armada.[28]

Los proyectos y éxitos de Urrutia impresionaron a Huerta, a la mayoría de los políticos y a la opinión pública, lo que explica la derrota de Vera Estañol y de algunos diputados que amenazaron con no aumentar el presupuesto de Medicina, decisión que habría dificultado la reforma y mejora de la escuela.[29] Urrutia derrotó políticamente a Vera, a pesar de que era su superior en el escalafón, por lo menos en tres ocasiones: el asunto del presupuesto fue la segunda, pues cerca de dos meses antes, tan sólo días después de que Vera Estañol fuera nombrado

secretario de Instrucción Pública, Urrutia le había demostrado que gozaba del apoyo de Huerta, del respaldo de toda su comunidad y que era suficientemente influyente y capaz para no requerir de su mediación o su consejo.[30] Debido a sus indudables logros y a su amistad con Huerta, fue hecho secretario de Gobernación, designación que confirmaba su triunfo final sobre Vera: si siendo su superior éste no había podido controlarlo, era previsible que como jefe del gabinete Urrutia buscara vengarse de los obstáculos y límites que Vera había intentado ponerle. Así, resulta comprensible su inmediata renuncia.[31]

La salida de Vera del gabinete no implicó el rompimiento de la alianza entre Huerta y la comunidad universitaria; por el contrario, resultó acentuada no por su sustitución con Garza Aldape sino con la llegada de Urrutia a tan estratégico puesto. Sin embargo, si Huerta deseaba dignificar su gobierno con la colaboración de intelectuales distinguidos, la designación de Urrutia no fue adecuada. Aunque era un médico eminente, un profesor admirado y un director previsor y eficiente, Urrutia fracasó como político. La causa no fue incapacidad sino soberbia y exceso de confianza. Para colmo, por su propia iniciativa se involucró personalmente en algunos de los atentados y crímenes políticos del gobierno. Si bien su participación en éstos ha sido sobrestimada,[32] de ninguna manera su colaboración dignificó al gabinete de Huerta. El suyo es, indudablemente, uno de los peores ejemplos de la participación de los intelectuales mexicanos en política.

Como quiera que haya sido, desde Gobernación Urrutia permaneció activo y poderoso en los círculos médico y universitario: logró encargar la dirección de Medicina a su principal colaborador, el doctor Luis E. Ruiz, quien heredó su proyecto de reformas. Además, como secretario de Gobernación pasó a controlar el Hospital General, nombrando a Manuel Toussaint su director, así como de la Escuela Homeopática y su hospital adjunto, instituciones que intentó suprimir.[33] Su prestigio e influencia le valieron que luego de su salida del gabinete, a mediados de septiembre, volviera a la dirección de la Escuela de Medicina, conservando el dominio sobre el Hospital General por una masiva demanda estudiantil.[34] La actitud de los jóvenes obliga a la siguiente consideración: o la triste fama de Urrutia comenzó después del triunfo de los constitucionalistas, o a la comunidad universitaria no le importaban las deficiencias morales de sus miembros principales. ¿Cinismo o prepotencia por parte de Urrutia? ¿Confianza o complicidad de los universitarios? Pareciera que a pesar de tan tormentoso paso por la política, sus intereses se reducían a lo meramente universitario: Urrutia regresó con “grandes” proyectos nuevos, como dividir el Hospital General en clínicas, utilizando éstas para la enseñanza y entrenamiento de

profesores y estudiantes; insistió en unir ambas instituciones para hacer práctica la instrucción, y trató de recrear la Escuela de Químicos y Homeópatas para llenar un enorme vacío y dar mayor rigor científico a una institución ya existente.[35] Sin embargo, por su fracaso político Urrutia sufrió un distanciamiento de Huerta, lo que erosionó su influencia y poder; además, ahora tuvo que enfrentar no a Garza Aldape sino a Nemesio García Naranjo, un secretario de Instrucción capaz, valiente y que gozaba del respaldo de la comunidad. Como consecuencia, Urrutia dejó de recibir el apoyo que deseaba, por lo que renunció a la dirección de la escuela a principios de 1914. A partir de ese momento sufrió un severo declive, hasta el grado de que pronto se exilió definitivamente del país.[36]

Si Urrutia benefició a su escuela, Vera Estañol hizo lo mismo con la suya, la Escuela Libre de Derecho, aunque en menor medida benefició también a la de Jurisprudencia, su anterior institución. A pesar de ser secretario de Instrucción, Vera permaneció académicamente activo en la Escuela Libre de Derecho, no obstante su origen y naturaleza antigubernamental, diseñando el nuevo programa de estudios. Desde su influyente puesto le ofreció un subsidio, un edificio más adecuado y gestionar el reconocimiento oficial de sus diplomas. Sin embargo, las autoridades de la escuela no aceptaron el edificio, pues consideraron que ello les haría perder su independencia, y prefirieron mudarse al que albergaba al Colegio de Abogados.[37] Tampoco se obtuvo el reconocimiento oficial de sus diplomas, pues aunque algunos estados aceptaron otorgarlo y en el Congreso federal desapareció la actitud antagónica prevaleciente en 1912 contra la Escuela Libre de Derecho, hasta el final del régimen de Huerta los legisladores siguieron discutiendo el grado de independencia que podían tener las instituciones privadas de educación superior.[38]

¿Puede concluirse, de la no aceptación del edificio y del no reconocimiento de sus diplomas, que la Escuela Libre de Derecho se mantuvo independiente durante el gobierno de Huerta? En realidad el edificio no fue rechazado por razones morales o políticas, sino que fue retirado el ofrecimiento porque era imposible incluir su renta en el presupuesto de la Secretaría de Instrucción Pública, pues la Libre de Derecho no formaba parte de ella; asimismo, tampoco podía utilizar alguna instalación propiedad de la Secretaría, pues ésta sufría una terrible escasez de edificios.[39] A pesar de ello, las relaciones entre el gobierno huertista y la Escuela Libre de Derecho fueron muy cordiales, como lo demuestran varios casos de duplicidad de lealtades: Vera fue al mismo tiempo miembro del gabinete y profesor en ella; Emilio Rabasa era un influyente senador y miembro de la directiva de la escuela, y Francisco León de la Barra

también fue directivo de la escuela y miembro del gabinete de Huerta. Algunos otros profesores eran también políticos de importancia: José María Lozano tuvo dos “carteras”, Instrucción Pública y Comunicaciones; Francisco de P. Cardona fue subsecretario en Hacienda, y Agustín Garza Galindo, en Justicia; más aún, Carlos Díaz Dufoo ocupó la dirección de *El Imparcial*, el más importante periódico progubernamental,[40] y Agustín Rodríguez, quien era el rector de la institución, formó parte —con Emilio Rabasa— de la delegación mexicana en las Conferencias de Niágara, realizadas después de la invasión norteamericana a Veracruz.[41] También hubo buenas relaciones con sus estudiantes, quienes pronto organizaron una comisión —encabezada por Ezequiel Padilla— para presentar sus honores a Huerta; asimismo, Manuel Herrera y Lasso, también destacado líder estudiantil anticabrerista, se hizo secretario privado de Eduardo Tamariz, diputado por el Partido Católico y miembro del gabinete.[42]

La Escuela Libre de Derecho desarrolló también cordiales tratos institucionales con la Universidad Nacional. A diferencia de 1912 —mientras estuvo Cabrera en la dirección de Jurisprudencia—, durante 1913 y 1914 varios profesores de la Libre de Derecho volvieron a impartir sus cátedras en Jurisprudencia, como Carlos Díaz Dufoo, Agustín Garza Galindo, Miguel Macedo, Eduardo Pallares, Demetrio Sodi y, claro está, Jorge Vera Estañol.[43] Asimismo, tan pronto Julio García volvió a la dirección de Jurisprudencia, ofreció una amnistía a los estudiantes expulsados por Cabrera. Además, un estudiante de la escuela fue elegido para pronunciar el discurso de inauguración de los cursos de 1914 en el Centro Nacional de Estudiantes,[44] y Herrera y Lasso, Carlos Díaz Dufoo hijo yjosé María Gurría, entre otros, fueron contratados como profesores en la Preparatoria.[45] Más significativa fue la propuesta en favor de Emilio Rabasa como sucesor del rector Eguía Lis para cuando éste concluyera su periodo, a pesar de su relevancia en la institución secesionista. La nominación de Rabasa era, primero que todo, un reconocimiento a su disciplina política y a su capacidad académica; también era, sin embargo, un reconocimiento del éxito de la Escuela Libre de Derecho: si a mediados de 1912 ésta pudo ser considerada una alternativa provisional, menos de dos años después era evidente que había logrado convertirse en una institución permanente y distinguida.[46] Acaso lo más revelador sea que la cordialidad se diera en ambas direcciones: impensable durante el periodo de Madero, el nuevo rector de la Universidad Nacional, Ezequiel Chávez, asistió al homenaje a don Luis Méndez, rector honorario de la Escuela Libre de Derecho.[47]

Si se toman en cuenta el promedio de asistencia de profesores y alumnos y las calificaciones obtenidas por éstos, puede concluirse que Jurisprudencia

también tuvo un buen desempeño entre principios de 1913 y mediados de 1914. Las causas fueron el regreso de buenos profesores y de autoridades más académicas y legitimadas, la conformación de generaciones de alumnos más reducidas, la desaparición del conflictivo clima político de 1912 y el renacimiento del espíritu comunitario.[48] Cuando los buenos profesores abandonaron Jurisprudencia, a mediados de 1912, ésta cayó en manos de maderistas como Luis Cabrera, o de reyistas como Antonio Ramos Pedrueza y Rodolfo Reyes; a finales de 1913, ya sin Cabrera ni Reyes,[49] pero con el apoyo gubernamental, el grupo de orientación 'Científica' —Julio García, Miguel S. Macedo y Carlos Díaz Dufoo, entre otros— logró recuperar en parte el control de la escuela. Así, en buena medida controlaron entonces las dos escuelas de leyes de la ciudad de México.

La Escuela de Altos Estudios también tuvo un buen desempeño durante el gobierno de Huerta, si bien su evolución fue peculiar. Tan pronto Huerta tomó el poder nombró a Ezequiel Chávez director, en lugar de Alfonso Pruneda, quien simpatizaba con Madero.[50] Su designación podría ser considerada la restauración evidente del proyecto original, puesto que Chávez había sido el diseñador de Altos Estudios en 1910. Sin embargo, para 1913 la situación había cambiado drásticamente: en efecto, don Ezequiel encontró una institución que había sobrevivido con dificultades, por lo que, en lugar de repetir su pretensioso discurso inaugural, ahora tuvo que hablar y actuar en términos defensivos, alegando que Altos Estudios era útil en tanto que podía formar profesores universitarios adecuados.[51] Los otros objetivos originales —impartición de posgrados e investigación— no fueron ya mencionados. En realidad, la escuela que recibió Chávez se hallaba dominada por el grupo del Ateneo, por medio de Pruneda, Alfonso Reyes y Antonio Caso, quienes tenían como proyectos principales la creación de una sección en la que se formaran profesores de literatura para escuelas secundarias y la impartición de cursos sobre filosofía,

Chávez heredó con gusto el proyecto, por su vocación humanística y porque había estado relativamente cercano al Ateneo; incluso previamente había sido elegido para impartir uno de los cursos.[52] Sin embargo, meses después impuso un carácter más científico y práctico a la escuela, al crear una sección que preparara profesores de física y química[53] y al establecer dos cursos sobre electricidad, uno experimental y otro práctico, impartidos respectivamente por Salvador Altamirano y Alfonso Castelló.[54] Aunque fue la primera ocasión en que Altos Estudios incorporaba ingenieros —que no estaban contemplados en los planes originales de Sierra y Chávez—, la naturaleza de la escuela siguió siendo humanística, como lo demuestra el hecho de que sus alumnos más

asiduos y dedicados fueran Díaz Dufoo hijo y Herrera y Lasso, de la Escuela Libre de Derecho, o Castro Leal, Toussaint y Vázquez del Mercado, de Jurisprudencia y la Preparatoria. Dicha naturaleza se confirma al haber sido Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña los principales profesores.[55]

Puede afirmarse que la mejoría de la educación superior entre principios de 1913 y mediados de 1914 se debió al ordenado comportamiento estudiantil y al regreso de ciertos profesores y funcionarios. A diferencia de la época de Madero, ahora los jóvenes no organizaron movimiento alguno contra las autoridades del país.[56] Tan sólo hubo un momento de agitación en Medicina, por razones estrictamente escolares, y algunas expresiones aisladas en favor de la revolución. Mientras vastos sectores de la población nacional se hallaban en rebeldía, los estudiantes capitalinos llevaban una existencia tranquila. Durante 1913 sus actividades volvieron a ser las tradicionales, como celebración de efemérides civiles, torneos deportivos, concursos de poesía y bailes; asimismo, sus objetivos fueron otra vez recabar recursos económicos para poder celebrar asuntos tales como el arribo de la primavera. Incluso se creó una asociación cuya finalidad era organizar festivales y bailes.[57]

Su otra gran preocupación extracurricular fue transformar el Casino Nacional de Estudiantes en Centro Nacional de Estudiantes, limitando todo aspecto politizable e imprimiéndole sólo objetivos recreativos. Como en la época de don Porfirio, el presidente o miembros de su gabinete asistieron a sus festejos. Sin embargo, a diferencia del periodo de Díaz, en esta ocasión ni el gobierno ni político alguno financiaron al Centro, por lo que enfrentó graves dificultades económicas, situación que se atribuyó a las duras condiciones del país.[58] A diferencia de 1910, ninguno de los festejos estudiantiles se convirtió en manifestación oposicionista. En septiembre de 1913 cundió la idea de organizar un segundo congreso nacional de estudiantes, pero su realización se pospuso indefinidamente debido a la situación bélica que asolaba gran parte del país, pues hacía muy difícil el traslado de organizadores y delegados.[59]

Paradójicamente, a pesar de la buena marcha de las escuelas universitarias y de la pasividad de los estudiantes, Antonio Caso estaba desconsolado por la situación de los estudios superiores, y el rector Eguía Lis afirmó que 1913 había sido un mal año para la Universidad Nacional.[60] ¿Era Eguía un hombre exageradamente pesimista? Todo lo contrario: en 1912, cuando la Universidad Nacional enfrentó problemas mayores, había afirmado que dicho año merecía un balance positivo. ¿Era, entonces, un hombre obtuso? Tampoco; en rigor, Eguía Lis opinó de manera parcialmente acertada. En primer lugar, las relaciones entre la rectoría y algunos directores de escuela fueron pésimas: si Urrutia, siendo

director, se había enfrentado con Vera Estañol, secretario de Instrucción Pública, al rector lo había simplemente ignorado; además, la Escuela Libre de Derecho no sólo se había consolidado como una institución permanente, sino que era mejor escuela que Jurisprudencia. Por último, a finales de 1913 la Universidad Nacional todavía no había iniciado su programa de extensión cultural; sin embargo, no fue la situación bélica la que lo impidió, pues es evidente que 1913 fue un año muy activo culturalmente en la ciudad de México, gracias a instituciones como el Conservatorio, las sociedades científicas Antonio Alzate y de Geografía y Estadística, la Asociación Cristiana de Jóvenes, la Sociedad Científica de Estudiantes Francisco Díaz Covarrubias, la Sociedad Hispánica de México, la Sociedad de Educadores Populares y, sobre todo, la Universidad Popular.

En efecto, ésta fue muy activa y exitosa. Gracias a la tranquilidad que todavía se gozaba en la ciudad de México y a la capacidad y compromiso de sus miembros, la Universidad Popular impartió dos o tres conferencias semanales a partir de agosto, con ponentes como Antonio Caso, Erasmo Castellanos Quinto, Antonio Castro Leal, Ezequiel Chávez, Carlos González Peña, Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña, Federico Mariscal y Alfonso Pruneda. Su mérito no fue sólo la constancia, y puede asegurarse que algunas de esas conferencias tuvieron gran impacto, como las de Mariscal sobre la arquitectura novohispana, pues dieron lugar a la Ley de Conservación de Monumentos Históricos y Arqueológicos. A pesar de la crisis del Ateneo —del que formaba parte—, provocada por la escisión de algunos miembros que se incorporaron a la lucha antihuertista, en la Universidad Popular se organizaron homenajes ajusto Sierra y al poeta peruano José Santos Chocano, así como conferencias literarias en la Librería Biblos, propiedad del español Francisco Gamoneda.[61]

Por otro lado, la orquesta del Conservatorio ofreció varios conciertos después del regreso de su director, Julián Carrillo, despedido por el gobierno maderista;[62] la Sociedad de Geografía y Estadística mantuvo sus sesiones semanales durante 1913; la Sociedad Antonio Alzate se reunió en treinta ocasiones; en la Asociación Cristiana de Jóvenes se ofrecieron varias conferencias, y la Sociedad Hispánica de México se formó durante la segunda mitad de ese año, con estudiantes de la Normal y de Jurisprudencia. Estas actividades no implicaban un rechazo o una evasión de la vorágine revolucionaria; tampoco reflejaban una miope insensibilidad sociopolítica de los participantes, como lo prueba el que la Sociedad de Educadores Populares haya intentado unir a la comunidad académica con el proletariado y las masas urbanas.[63] Es obvio que el enojo de Eguía Lis no se reducía al hecho de que la Universidad Nacional hubiera sido

superada en difundir la cultura; más bien se debía a que algunos de sus miembros más destacados, como Pedro Henríquez Ureña —al mismo tiempo estudiante en Jurisprudencia, profesor en Altos Estudios y la Preparatoria y uno de los más altos empleados en la rectoría— o Alejandro Quijano —para colmo emparentado con Justo Sierra—, prefirieran presentarse como miembros del Ateneo o de la Universidad Popular.[64] Esto hacía evidente la falta de cohesión aún imperante en la Universidad Nacional a finales de 1913. Aunque seguramente esto afligía a Eguía Lis, es evidente que lo preocupó aún más el deseo de Huerta de militarizar la educación superior. La situación de ésta, por lo tanto, fue ambivalente: entre mejoras evidentes, lastres peliagudos y riesgos graves.

La reforma antipositivista

El principal cambio acaecido en la Universidad Nacional durante el gobierno de Huerta obtuvo merecidos elogios. Paradójicamente, no fue introducido durante la gestión del experimentado Vera Estañol sino durante la de Nemesio García Naranjo, hombre joven que llegó a la Secretaría de Instrucción Pública merced a varias contingencias. En contra de lo previsto, por tener menos influencia y prestigio político que sus antecesores, modificó la esencia y naturaleza de los principios educativos establecidos; por ello García Naranjo debe ser visto como el primer enemigo cabal del positivismo: aunque había sido un miembro efímero y oscuro del Ateneo, fue quien más duramente golpeó la ideología y procedimientos de la educación porfirista. Quizás resulte incorrecto otorgar a García Naranjo todo el crédito, pero es evidente que impuso a la tarea el sello de su personalidad.[65] En rigor, dos meses antes del nombramiento de García Naranjo el general Huerta, influido por Aureliano Urrutia, había decidido dar la responsabilidad de reformar la educación superior nacional a un joven progresista, capaz y emprendedor, y su primera elección había sido José María Lozano. La designación de éste parecía correcta: Huerta necesitaba un hombre respetado y popular, que gozara de su confianza y que compartiera su dureza de carácter. Lozano satisfacía estos requerimientos, pues era conocido en los sectores educativo y cultural y había sido un diputado antimaderista protagónico.[66] Su tarea consistiría en imponer las reformas y la militarización pero cuidando de no romper la alianza entre el gobierno y la comunidad universitaria. Lozano fue bien recibido, y desde un principio prometió comprensión, disciplina, reformas —“cambios mayores”— y oportunidades para los profesores jóvenes.[67] Sin embargo, pronto fracasó por conceder más atención

a otros aspectos de la política nacional que a su ministerio, en el que duró tan sólo un mes.[68]

Aunque García Naranjo compartía varias de las características de Lozano —ambos eran jóvenes talentosos y habían sido belicosos diputados antimaderistas—, Huerta escogió a Eduardo Tamariz para ocupar el puesto vacante.[69] Dado que Tamariz era el subsecretario, seguramente el objetivo de Huerta era dar continuidad a las labores y estabilidad administrativa al ministerio. Es más, si bien Tamariz no era un liberal como Lozano, habría favorecido también reformas en beneficio de la educación práctica como las que impulsó en la Escuela de Agricultura cuando ésta estuvo bajo su dominio;[70] sobre todo, por ser católico también era un previsible enemigo del positivismo. Sin embargo, para enojo de Huerta su sola designación provocó la más abierta oposición del Congreso, donde se alegó que era diputado y debía permanecer como tal; se dijo, sobre todo, que podía revertir el atinado espíritu laicizante de la educación pública nacional. A pesar de las expresiones de apoyo del Centro de Estudiantes Católicos, Tamariz no pudo ocupar el puesto, que entonces fue ofrecido a Nemesio García Naranjo, joven liberal a quien Huerta deseaba colocar en la subsecretaría como contrapeso de Tamariz.[71]

Así, por conflictos políticos ajenos o por mera gracia de la suerte, García Naranjo, quien también era diputado pero cuya designación —a diferencia de la de Tamariz— curiosamente no provocó la ira del Congreso, llegó al gabinete a principios de octubre de 1913.[72] La actitud de los legisladores puede ser explicada por dos razones: porque no deseaban extremar su enfrentamiento con Huerta, a quien acababan de desafiar y vencer con el veto a Tamariz, o porque García Naranjo garantizaba el carácter liberal de la educación. Como quiera que haya sido, también el sector educativo prefería a García Naranjo, pues era más disciplinado, responsable y trabajador que Lozano, y porque se hallaba más involucrado en el mundo educativo y cultural que Tamariz. Poeta en su juventud —se le conocía como “el vate”—, abogado de profesión, de empleo historiador[73] y político por vocación, el aún joven García Naranjo —apenas llegaba a los treinta años— comenzó pronto a diseñar sus reformas. Significativamente, en lugar de hacer nombramientos conciliatorios con los colaboradores principales, nombró como subsecretario a su amigo Rubén Valenti, chiapaneco, también joven poeta, condiscípulo suyo en Jurisprudencia a principios de siglo, profesor de literatura considerablemente popular en la Preparatoria y, sobre todo, abierto antipositivista. Recuérdese que Valenti había criticado duramente al positivismo en 1908 durante el homenaje —ironías de la vida— a Gabino Barreda.[74]

Para poder realizar sus planes García Naranjo tuvo que contar con la

confianza de Huerta, quien a finales de 1913 ya había roto las alianzas políticas con los viejos 'Científicos', y quien como reyista antintelectual que era no se distinguía por su apego al positivismo.[75] Si los limitados golpes previos a esta corriente —recuérdense los de Vázquez Gómez en 1908 y 1911— habían provocado terribles reacciones, ¿cómo se explica que un ataque frontal pudiera realizarse en 1914 de manera tan pacífica? Seguramente influyó que los más connotados herederos y discípulos de Barreda habían languidecido o muerto: Limantour y Pablo Macedo se hallaban en Europa; Manuel Flores ya no era director de la Preparatoria; José Terrés había sido desplazado por Urrutia del control de la profesión médica, y Porfirio Parra y Justo Sierra habían fallecido. Por otra parte, las nuevas corrientes de pensamiento, introducidas por jóvenes como Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, habían minado ya al positivismo; incluso personas como Ezequiel Chávez habían cambiado su credo filosófico recientemente.[76] Por último, también influyó que García Naranjo acompañara sus reformas con atinadas maniobras políticas: organizó homenajes a positivistas destacados como el médico Eduardo Liceaga, el jurista Jacinto Pallares y el educador Manuel Flores; además, a diferencia de Vázquez Gómez, amable y protocolariamente consultó al Consejo Universitario respecto a cada cambio que quiso introducir.[77]

A principios de diciembre de 1913 García Naranjo hizo público su proyecto en un "brillante" discurso ante el Congreso. Allí solicitó permiso para modificar la esencia de la educación pública superior y, consecuentemente, para adecuar la Ley Constitutiva de la Universidad Nacional. En particular, aseguró que después de analizar detenidamente la situación había llegado a la conclusión de que la Preparatoria era la institución que más "urgentemente" necesitaba ser reformada. En forma elegante y generosa García Naranjo reconoció la grandeza de Barreda y la importancia que había tenido la escuela; sin embargo, alegó que después de casi cincuenta años de haber sido fundada la Preparatoria ya era decadente; que su rígido currículum había olvidado, erróneamente, la educación moral, y que a pesar de los grandes cambios que durante esos años había sufrido el país —de una nación que requería disciplina y cohesión ideológica a otra que necesitaba pluralidad y tolerancia—, su carácter autoritario y sectario aún persistía.[78] Como cualquier modificación en la Preparatoria implicaba necesariamente cambios en las escuelas profesionales y en la Universidad Nacional en su conjunto, los legisladores le otorgaron sin reservas el permiso.[79] Entre ellos se hallaba Francisco Pascual García, católico enemigo del positivismo y quien había sido secretario de la Universidad Nacional de mediados de 1911 a 1913, el que aceptó que la reforma era absolutamente necesaria, al margen de que no había propuesto

cambio alguno durante su gestión.[80] Cualesquiera que hayan sido los obstáculos insuperables que enfrentó Francisco Pascual García, puede concluirse que en materia de educación superior el gobierno de Huerta fue mucho más innovador y progresista que el de Madero.

Como político, García Naranjo era claro y directo: si la Preparatoria había sido la fortaleza del positivismo, el primer y más duro golpe tenía que dirigirse contra ella. También era un hombre astuto: si la hirió intelectualmente, la favoreció política y económicamente. Primero relevó del cargo de director al positivista Miguel V. Ávalos, porque se opuso a cualquier otra reforma que no fuera imponer la militarización de la escuela, postura que le permitió convertirse inmediatamente en un senador huertista.[81] García Naranjo designó como sustituto a Genaro García, su viejo jefe y maestro en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología; así, no sólo ganó el apoyo de un tutor sabio, laborioso, prestigiado y con gran experiencia política,[82] sino que con ello obtuvo también el respaldo de los estudiantes y de la mayoría del profesorado pues Avalos se había convertido en una molestia para todos.[83]

García Naranjo buscó también el consejo de universitarios e intelectuales como Francisco Bulnes, Erasmo Castellanos Quinto, Ezequiel Chávez, Roberto Esteva Ruiz y Eduardo Pallares; sobre todo, discutió su proyecto con Antonio Caso. Aunque a éste le disgustó que la reforma proviniera de las autoridades gubernamentales y no de la propia comunidad universitaria, sin importarle que García Naranjo fuera intercambiable de filiación, simpatizó totalmente con los nuevos programas. Más aún: fue Caso quien pronunció el discurso inaugural de 1914 en la Preparatoria y luego fue su primer profesor de metafísica. Ante tanta colaboración confesa, es preciso preguntar ¿qué parte del programa fue ideada por García Naranjo? ¿Cuál fue el impacto de los consejos y propuestas de Genaro García, Castellanos Quinto y Chávez? ¿Cuál fue la influencia de Antonio Caso? ¿Recibió consejos de algún otro? Aunque García Naranjo asegura que la reforma se basó en la propuesta de Castellanos Quinto —supuestamente la más afín a sus ideas—, y que las observaciones de Caso fueron muy valiosas,[84] Henríquez Ureña —la modestia no fue una de sus virtudes— presumía de haber tenido gran influencia sobre García Naranjo y Valenti.[85] Así, aunque la haya encabezado García Naranjo, debe concluirse que la lucha contra el positivismo fue una cruzada generacional en la que participaron casi todos los intelectuales y universitarios de entonces, incluso los de mayor edad.

Además de a estos consejeros individuales, García Naranjo sometió el nuevo programa al Consejo Universitario para que fuera discutido formalmente. ¿Fue modificado allí? ¿Sufrió sólo cambios menores? ¿Estaba García Naranjo

dispuesto a que se discutiera libremente y se modificara al gusto de los consejeros universitarios? ¿Les remitió el proyecto sólo para cumplir con el protocolo, habiendo negociado antes su cabal aceptación? A diferencia de Eguía Lis, cuyo periodo había concluido en septiembre, el nuevo rector era un hombre activo y con experiencia política. En efecto, Ezequiel Chávez presionó a los consejeros y dirigió con tino las discusiones, buscando que pronto se alcanzaran los acuerdos deseados; más aún, antes influyó en las juntas de profesores de las escuelas para que éstas fijaran la postura de su respectivo representante en el Consejo. A su vez, García Naranjo había hecho lo propio con los delegados de la secretaría. Curiosamente, un alto funcionario universitario asegura que la propuesta fue modificada radicalmente, hasta el grado de que el nuevo programa de la Preparatoria debía ser considerado un producto del Consejo Universitario, y en especial de Antonio Caso, Valentín Gama, Pedro Henríquez Ureña, Federico Mariscal y del propio Ezequiel Chávez.[86] Sin embargo, es poco probable que los consejeros universitarios hayan prolongado y multiplicado las sesiones durante las vacaciones navideñas, cuando rápida e inexorablemente —no debe ser descartada una calendarización mañosa— tuvo que ser discutido el documento. Así, puede asegurarse que el proyecto de García Naranjo no sufrió allí modificaciones profundas, y la paternidad del mismo, por lo tanto, no puede ser puesta en duda.

Como quiera que haya sido elaborado, el nuevo plan de estudios de la Preparatoria fue aceptado formalmente a principios de enero de 1914. Las mayores novedades eran los cursos de ética, filosofía y arte, así como que se otorgó mayor peso a los ya establecidos de historia, geografía y literatura; por otra parte, fueron suprimidos algunos cursos considerados “infructuosos”. Debido a que el viejo profesorado positivista se hallaba incapacitado para impartir las nuevas materias, tuvo que ser suplido por varios intelectuales jóvenes como Genaro Fernández Mac Gregor, Carlos González Peña, Julio Torri, Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado, Manuel Toussaint, Carlos Díaz Dufoo hijo y Manuel Herrera y Lasso, estos últimos de la Escuela Libre de Derecho. Claro está que también fueron contratados intelectuales de edad madura, como Enrique González Martínez, Francisco de Olaguíbel, Manuel Puga y Acal y hasta Luis G. Urbina. Si la edad no fue un común denominador, sí lo fue el antipositivismo: incluso un joven profesor de matemáticas, José A. Cuevas, aseguró que Comte estaba muerto, metafóricamente, y prometió que su curso tendría una metodología más humana y espiritual. Además, como principal colaborador del director —Genaro García— fue designado Mariano Silva y Aceves, ateneísta, escritor en ciernes y por entonces profesor de literatura latina en la Escuela de Altos Estudios. Dicha mancuerna de autoridades habría sido

inaceptable poco antes, lo que confirma que la Preparatoria iniciaba una nueva etapa con una naturaleza muy distinta: a principios de febrero, cuando comenzaron los cursos de 1914, la poesía y la filosofía espiritualista habían sustituido al conocimiento científico como principal objetivo de la institución.[87]

La reforma de la Preparatoria fue la más importante pero no la única. Medicina, Jurisprudencia e Ingenieros también modificaron sus planes poco después, aunque lo hicieron con una mayor dosis de libertad y con más participación del profesorado respectivo. Esto no significa que dichos cambios se introdujeran sin la intervención de García Naranjo.[88] Este, a diferencia de Vera Estañol, se hallaba más interesado en la educación superior que en la elemental y rudimentaria; por ende, destinó la mayor parte de su tiempo y esfuerzos a la educación profesional y, sobre todo, promovió importantes transformaciones en varias escuelas universitarias. Por ejemplo, en Ingenieros se desarrolló un plan para hacer los estudios más prácticos y para producir ingenieros y arquitectos al unísono; en Jurisprudencia, una comisión formada por Miguel Macedo, Victoriano Pimentel y Antonio Ramos Pedrueza decidió que la "carrera" debía durar cinco años; que se debía volver a enseñar derecho romano; que el derecho internacional debería dividirse en público y privado, y que debían establecerse dos cursos prácticos.[89] En Medicina hubo varios proyectos: uno fue hecho por el director Urrutia y la mayoría de los profesores; un plan alternativo fue presentado por el director anterior, Fernando Zárraga; por su parte, García Naranjo pidió a médicos como Eduardo Liceaga, Fernando López y José Terrés su opinión sobre ambas propuestas. A pesar de los problemas políticos inherentes, Medicina obtuvo un programa más breve, práctico y orientado a la investigación, sin cursos de psiquiatría y psicoterapia por considerárseles "superfluos".[90]

Por su parte, Altos Estudios no cambió de programa, pues el que tenía coincidía con el nuevo clima espiritual. En todo caso, al ser nombrado rector Chávez fue sustituido en Altos Estudios por Antonio Caso. En más de un sentido este periodo fue una continuación de los dos anteriores —los de Alfonso Pruneda y Chávez—; sin embargo, aunque siguió predominando el interés por la literatura, Caso dio gran apoyo al estudio sistemático de la filosofía; además, Caso buscó crear el primer programa de nivel licenciatura, lo que implicaba continuar con la tendencia de hacer de Altos Estudios una escuela cada vez más regular y mas distante del proyecto original. Con todo, se siguieron ofreciendo cursos "libres" en temas tan variados como física, química, dibujo, historia del arte, literatura española, latín y hebreo.[91] Su indefinición era congènita.

Pudiera pensarse que un ministerio más fuerte y activo debió implicar una Universidad Nacional más débil, en tanto que no era autónoma. Puesto que éste no fue el caso, resulta casi obligado imaginar numerosos conflictos entre ambas instituciones, pero tampoco esto se ajusta a los hechos. En realidad, las relaciones entre García Naranjo y Chávez fueron muy cordiales,[92] a pesar de que pertenecían a generaciones distintas, a que la reforma del primero implicaba una dura crítica al proyecto universitario de Sierra y Chávez, muy envejecido en menos de un lustro, y a que el ataque al positivismo era una censura directa al propio Chávez, quien había tenido un lugar importante en el desarrollo de esa corriente de pensamiento.

Por otra parte, es indiscutible que Ezequiel Chávez fue un rector con iniciativa y que tenía una idea más precisa que Eguía Lis de lo que debía ser la Universidad Nacional. Paradójicamente, como había sucedido con García Naranjo, Chávez llegó a la rectoría como consecuencia de varias contingencias: siendo Lozano el secretario, trató de nombrar como sucesor de Eguía Lis a Emilio Rabasa, político liberal del grupo de los 'Científicos', de filiación intelectual positivista, ameritadísimo jurista y novelista de considerable talento; sin embargo, a Rabasa no se le permitió abandonar el Senado, por lo que no pudo aceptar tan honroso nombramiento.[93] La contingencia resultó significativa pues Rabasa no hubiera promovido profundos cambios. Lo curioso es que Chávez tampoco era el segundo candidato: después le fue ofrecido el cargo a Antonio Caso, quien lo rechazó porque repudiaba las promociones meteóricas.[94] Sólo después surgió la candidatura de Chávez, quien a finales de 1913 se convirtió en el segundo rector de la Universidad Nacional,[95] cargo que ambicionaba desde que colaboró en el diseño de la institución, proyecto que, previsiblemente, defendería al máximo.

¿Qué pretendía Lozano con los nombramientos de Rabasa o Caso? ¿Puede hablarse de un proyecto coherente con candidatos tan distintos? ¿Qué implicaciones trajo la designación de Chávez? ¿Hasta qué grado el nombramiento de éste fue un intento por mantener a la institución fiel al proyecto original? ¿Se previo un enfrentamiento entre un secretario innovador y un rector ya maduro, comprometido personalmente con la institución existente? ¿Era un nombramiento conciliador, con cierta dosis de continuismo? ¿Se sabía que Chávez era un hombre adaptable? ¿Fue su alejamiento del positivismo producto del oportunismo político, o el resultado de una auténtica conversión filosófica y pedagógica? Es indudable que dicho cambio, oportunista o razonado,

tuvo que ser un proceso desgarrador; igualmente doloroso fue reconocer que la fidelidad al proyecto de 1910 ya no era viable. La admirable capacidad de adaptación —él la llamaría evolutiva— de Chávez explica las virtudes de su rectorado, aunque nunca llegó al grado de sólo buscar contemporizar o posponer, evadir o ignorar los conflictos. Chávez tenía sus propias ideas sobre la universidad, y siguió siendo un abierto e indoblegable defensor de la institución.[96] Por otra parte, Chávez intentó dar mayor fuerza al rector y, consecuentemente, reducir el poder de los directores de las escuelas; para él la feudalización era uno de los peores riesgos. Con todo, no era un simple autoritario: también trató de fortalecer el Consejo Universitario.[97] Además, intentó contratar a los mejores profesores disponibles y, sobre todo, dar a la Universidad Nacional, por primera vez, un auténtico sentimiento de comunidad.[98]

En el proceso de transformación se tuvo que cambiar la Ley Constitutiva de la Universidad Nacional.[99] Como en el caso de los programas de cada escuela, en el Consejo Universitario se discutió el proyecto de la nueva ley bajo la vigilante dirección de Chávez. Desde mediados de diciembre hasta finales de marzo los delegados discutieron “escrupulosamente” las cuestiones esenciales, si bien las relaciones entre el gobierno y la institución permanecieron intactas. Los cambios se concentraron en asuntos internos, aunque de ninguna manera irrelevantes, como las normas para la aceptación de nuevos alumnos o las funciones de los directores y de las juntas de profesores. Aunque la nueva ley otorgaba algo más de independencia a la institución, la transformación fundamental consistió en separar a la Preparatoria de la Universidad Nacional, a cambio de lo cual se le incorporó la Biblioteca Nacional y se creó la Facultad Odontológica.[100] La nueva ley fue firmada por Huerta el 15 de abril, publicada en el *Diario Oficial* dos días después, y entraría en vigor el 15 de mayo.[101] Sin embargo, Huerta fue derrocado un par de meses después por el Ejército Constitucionalista, que no reconoció ninguna de sus disposiciones y leyes. Cualesquiera que hayan sido sus virtudes, la nueva ley sólo tuvo una vigencia efímera; sin embargo, el golpe al positivismo resultó definitivo.

Sería erróneo creer que durante el periodo de García Naranjo no hubo conflictos y problemas. En realidad, desde finales de 1913 el gobierno de Huerta enfrentó una severa crisis financiera, por lo que el presupuesto de la Secretaría de Instrucción Pública fue reducido considerablemente. Surgió entonces un problema político, pues circuló el rumor de que parte de él había sido transferido a la Secretaría de Guerra. Aun cuando el rumor parecía verosímil, y hasta explicable debido a la situación militar del país, García Naranjo aseguró que la

mayor parte de la reducción del presupuesto se había hecho en la partida de la "educación rudimentaria", proyecto del que se podía prescindir dada la situación nacional, y que las otras reducciones se habían hecho en gastos marginales, como en los uniformes de los estudiantes preparatorianos o en los comedores.[102] La ausencia de críticas o enfrentamientos por dichas reducciones presupuéstales debe ser vista como otra demostración del apoyo de la comunidad universitaria a Huerta y a García Naranjo; es más, hubo profesores de la Preparatoria que buscaron cooperar con el gobierno mediante la donación de una parte de su salario mensual.[103]

Incluso es válido preguntarse si las razones económicas hicieron que las reformas de García Naranjo fueran más ideológicas y teoréticas que institucionales, pues éstas habrían implicado la creación de nuevas dependencias, por ende sólo posible mediante el aumento de erogaciones. También podría preguntarse si la preferencia de García Naranjo por la educación superior, concentrada en la ciudad de México y en algunas capitales de provincia, estuvo determinada por razones geopolíticas y militares: puesto que desde finales de 1913 y principios de 1914 Huerta había perdido el control del área rural, y que los profesores rurales y de educación elemental simpatizaban con el movimiento constitucionalista, debían beneficiar a los sectores y zonas que apoyaban al gobierno, y no habrían de invertir en beneficio de los enemigos.

Las autoridades universitarias sólo tuvieron un enfrentamiento directo con Huerta, el cual, aunque parecía de naturaleza financiera, tuvo en verdad causas políticas. En efecto, lo único que Huerta se negó a conceder a la Universidad Nacional fue la creación de un instituto de estudios geográficos; si bien alegó que la situación económica no permitía nuevos gastos, era evidente que tal instituto habría rivalizado con la Comisión Geográfico-Exploradora, perteneciente a la Secretaría de Guerra.[104] Así, Huerta estuvo dispuesto a apoyar cualquier solicitud del sector educativo salvo que pudiera ser interpretada como contraria a los militares, pues como tantas veces lo demostró, para él nada podía oponerse al interés del Ejército Federal.

Obviamente, hubo otros conflictos relacionados directamente con la militarización de las instituciones educativas. Al margen de la leve oposición que provocó su anuncio a mediados de 1913, a principios de septiembre los estudiantes del Internado Nacional organizaron una huelga contra el director y los asesores militares por la disciplina impuesta en la escuela. No obstante su postura siempre favorable a la comunidad, García Naranjo también podía ser severo, como lo prueba la clausura del Internado Nacional después de la huelga.[105] Para colmo, en las postrimerías del periodo uno de los más altos

oficiales del ejército, el general Ignacio A. Bravo, comandante militar de la ciudad de México, no sólo utilizó los patios de la Escuela de Agricultura para el fusilamiento de varios rebeldes, sino que obligó a los estudiantes a estar presentes en el acto. Su decisión provocó el reclamo de las autoridades de la escuela, a las que Bravo respondió que la militarización implicaba mucho más que el simple uso de uniformes vistosos. ¿Cómo se explica la actitud de Bravo si el mismo Huerta había dado instrucciones de que los estudiantes fueran tratados como personas "de cultura" y no como "hombres rudos"?[106] ¿Se trató de una advertencia a la supuesta simpatía creciente de los estudiantes de Agricultura por los rebeldes? ¿Provocó alguna reacción la drástica actitud de Bravo? En realidad ésta no tuvo más consecuencias que el enfrentamiento entre el secretario de Agricultura, Tamariz, y las autoridades militares, por lo que puede decirse que el apoyo de los académicos a Huerta permaneció incólume a pesar de dicho exceso.

El mayor conflicto surgido entre García Naranjo y la comunidad fue básicamente educativo. Cuando el director de Medicina, Urrutia, se enteró de que la suya no era la única propuesta de reforma a la escuela, presentó su renuncia confiado en que por su amistad con Huerta el joven secretario no tendría el valor de aceptársela. Para su sorpresa, García Naranjo la aceptó de inmediato, decisión que obtuvo el apoyo del propio Huerta. García Naranjo también recibió el apoyo del rector y de los otros directores de las escuelas, quienes envidiaban y temían el poder y el estilo de Urrutia. Así, todos se liberarían de él. Los únicos que lucharon en su favor fueron sus alumnos. No obstante su oposición, fue nombrado como sustituto un desconocido llamado Julián Villarreal, del que los estudiantes pidieron la remoción un mes después, solicitud que fue rechazada, por lo que aprovecharon la primera ceremonia oficial para expresar pública y violentamente su doble enfado.[107] Debido a agudos conflictos internos y a sus deficientes instalaciones, Medicina había sido la escuela más problemática desde finales del porfiriato. Posteriormente, Vázquez Gómez y Vera Estañol habían intentado estabilizarla satisfaciendo todas las solicitudes de Medicina y todas las demandas de Urrutia. García Naranjo procedió de igual modo al principio, pero luego decidió enfrentarse a Urrutia y a sus seguidores. Aun cuando la oposición a Villarreal no era muy grave, no quiso correr riesgo alguno, pues podría enturbiar el proceso general de reforma, por lo que ordenó el cierre de Medicina y la suspensión de los pagos a los profesores durante dos meses, lo cual fue visto como una acusación poco velada de su participación en el conflicto.

Significativamente, los estudiantes de Medicina no recibieron el apoyo de los de las otras escuelas universitarias, y menos aún el del rector Chávez o el de

alguna otra autoridad universitaria. Por el contrario, se vieron tan aislados que tuvieron que suavizar su postura: una comisión aseguró a García Naranjo que los desórdenes habían sido obra de una minoría y que el profesorado era ajeno al conflicto, por lo que pedían la reapertura de la escuela, confirmándose así su debilidad, igual que al ya no solicitar el retiro de Villarreal.[108] Sin embargo, para no relajar la disciplina García Naranjo rechazó las solicitudes de la comisión; es más, amenazó con militarizar Medicina, o por lo menos con endurecer el orden en la escuela. El rector Chávez lamentó los sucesos pero apoyó la actitud de García Naranjo. Medicina permaneció cerrada y las otras escuelas continuaron tranquilas, aunque sólo durante poco más de un mes, pues la invasión estadunidense a Veracruz obligó a Huerta a buscar cualquier respaldo posible. Los estudiantes, más nacionalistas que de costumbre, fueron los primeros en apoyarlo, y Medicina —estratégica en caso de que hubiera lucha— fue reabierta para facilitar la movilización de jóvenes con conocimientos médicos.[109] De cualquier manera, los conflictos en Agricultura y Medicina mostraron que, como en todos los ámbitos de la vida nacional, a partir de 1914 comenzó el declive de Huerta. Aunque se tratara de desórdenes menores, fueron de los primeros en estallar ese año en la ciudad de México. Sin embargo, no hubo signos mayores ni ulteriores de rompimiento entre los universitarios y el gobierno huertista; permanecieron juntos hasta el final.

Notas al pie

[1] James W. Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change since 1910*, Berkeley, University of California Press, 1967, pp. 160-162.

[2] Entre otros, regresaron a la docencia Manuel Flores, Francisco de Olaguíbel, José Juan Tablada, Pereyra, Miguel Macedo y Carlos Díaz Dufoo.

[3] A pesar de sus modestos orígenes sociales logró destacar por la calidad de sus estudios en el Colegio Militar, sobre todo en matemáticas y astronomía. Un problema familiar le impidió continuar sus estudios en Alemania.

[4] Informe presidencial de Huerta, abril de 1913, PMAN, III, p. 49. *El Imparcial*, 2, 6, 9 y 15 de marzo; 7 de mayo; 8 de junio; 15 de agosto de 1913; 1 de abril de 1914.

[5] A diferencia de Huerta y de Vera Estañol, García Naranjo pretendía también que la educación fuera considerablemente culturalista.

[6] El Imparcial, 16 de marzo; 25 de mayo; 23 de junio de 1913. *El País*, 6 de febrero de 1914. *DHBRM*, II, pp. 379-380.

[7] *El Imparcial*, 14 de noviembre; 15 de diciembre de 1913; 2, 15 y 24 de marzo; 1 de abril de 1914. *El País*, 22 de enero; 2 y 23 de febrero de 1914.

[8] *El Correo Español*, 31 de mayo de 1913. *El Imparcial*, 4-5, 7,13 y 30-31 de mayo; 1 de junio de 1913. García Naranjo, VII, pp. 350-351.

[9] “Acotaciones e iniciativas para destruir un o Altos Estudios”, 9 de mayo de 1913, en FUN, RR, c. 5, doc. 64. Véase también fech, RU, c. 4, docs. 55-56.

[10] De 13 926 600 pesos en total, 5 118 108 fueron para la educación elemental, 4 595 356 para la rudimentaria y 4 113 136 para la universitaria. Cf. *El Imparcial*, 13 de mayo; 22 de junio de 1913. García Naranjo, VII, pp. 179-180.

[11] DDCD, 30 de mayo de 1913, pp. 14-22. *El Correo Español*, 31 de mayo de 1913. *El Imparcial*, 31 de mayo de 1913.

[12] *Ibid*., 2 de marzo de 1913.

[13] Vera fue profesor únicamente en la Escuela Libre de Derecho desde su fundación, a mediados de 1912; sin embargo, desde julio de 1913, luego incluso de dejar la Secretaría de Instrucción, volvió a impartir en Jurisprudencia su curso. Cf. FECH, RU, c. 3, docs. 51-52.

[14] FIP y BA, c. 280, exp. 3-23 (147), f. 6.

[15] Vera insiste en que aceptó colaborar con Huerta, con quien no lo unían “compromisos personales", pues era un gobierno legal y porque durante un tiempo apoyó su labor en favor de la educación extensiva nacional, pero acepta que renunció por la llegada de Urrutia y cuando descubrió que Huerta se inclinaba cada vez más a “establecer la dictadura”. Cf AFLB, imp., c. 2, leg. 184. García Naranjo, VII, p. 350. Vera renunció justo cuando Urrutia fue nombrado ministro de Gobernación, seguramente porque no deseaba tener a su poderoso enemigo, antes colega y subalterno, como jefe del gabinete. Cf. *El Imparcial*, 14 de junio de 1913.

[16] FIP y BA, c. 280, exp. 3-23 (147), ff. 8, 10. *El Correo Español*, 12 de agosto de 1913. *El Imparcial*, 14 de junio de 1913. Mi amiga y colega Josefina Mac Gregor ordenó el archivo de Garza Aldape, sobre quien prepara un estudio.

[17] *El Correo Español*, 12 de agosto de 1913. *El Imparcial*, 1 y 11 de agosto de 1913. García Naranjo, VII, p. 307.

[18] *El Correo Español*, 13 de agosto de 1913. *El Imparcial*, 11-13 de agosto de 1913.

[19] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondmcia R-HU*, pp. 203, 206-207 y 211. García Naranjo, VII, pp. 139, 204. Para una semblanza biográfica de Rabasa véase *DHBRM*, II, pp. 178-180.

[20] FIP y BA, c. 280, exp. 3-23 (147), f. 12. fg, pr, c. 117, exp. 54.

[21] A mediados de junio de 1913, cuando Huerta desplazó a los felicistas del control de la Secretaría de Guerra, designó al general Rafael Eguía Lis como el nuevo Oficial Mayor. A finales del maderismo Eguía Lis era Jefe Político de Quintana Roo y estaba al frente de la campaña contra los mayas rebeldes. Cf. fg, pr, c. 95, exp. 20; c. 108, exp. 49.

[22] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (367), f. 49; (368), f. 100. De acuerdo con la información proporcionada por Clementina Díaz y de Ovando, Ávalos era profesor de historia en la Preparatoria cuando menos desde 1903, y su calidad y prestigio le permitían influir en aspectos generales de la institución. Cf. I, pp. 239, 263 y 279.

[23] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (367), f. 58; (368), f. 56. Informe de labores de Jurisprudencia, marzo de 1912 a febrero de 1913, *BIP*, XXI, p. 337. El director provisional en cuestión era Victoriano Pimentel.

[24] Informe de labores de Ingenieros, 1912, *BIP*, XXI, p. 406; Informe de labores de Ingenieros, 1913, *ibid.*, XXII, p. 291. *El Imparcial*, 4 de noviembre de 1913. *El País*, 11 de febrero de 1914.

[25] FG, PR, c. 116, exp. 2. *El Imparcial*, 4 y 14 de marzo; 10 de mayo de 1913.

[26] *Ibid.*, 9 y 13 de marzo; 7 de abril; 10 y 31 de mayo de 1913.

[27] FG, PR, c. 24, exp. 29. *El Imparcial*, 14, 16 y 19 de marzo; 7 y 10 de abril; 16 de octubre de 1913. *El País*, 31 de julio de 1913. Urrutia incluso contrató a un egresado de la Universidad Imperial de Tokio. Cf. *El Imparcial*, 1 de mayo de 1913.

[28] Adrián de Garay, editor de la Revista de la Escuela de Medicina, a Manuel Garza Aldape, secretario de Instrucción, 19 de junio de 1913, FIP y BA, c. 285, exp. 3, ff. 1, 3.

[29] *DDCD*, SO de mayo de 1913, pp. 10-13. *El Imparcial*, 4-5 y 10 de mayo de 1913. El mismo Urruda pidió a los influyentes diputados que conformaban el "cuadrilátero" que atacaran el modesto proyecto de presupuesto ofrecido por Vera. Cf. García Naranjo, VII, p. 35.

[30] *El Imparcial*, 8-9 y 13 de marzo de 1913. Urrutia era tan poderoso que casi obligó a los otros directores a cooperar para resolver la falta de instalaciones y espacio de Medicina. Cf. FIP y BA, c. 285, exp. 15, ff. 1-4, 72.

[31] *El Imparcial*, 14 de junio de 1913.

[32] Los crímenes de Urrutia son, hasta cierto punto, un mito historiográfico. Para comenzar, se le endilgan muertes acaecidas fuera de su periodo como secretario, que se prolongó de mediados de junio a mediados de septiembre de 1913. Así, podría ser responsable de las muertes de Adolfo C. Gurrión, Serapio Rendón, Juan Izábal, Juan Pedro Didapp y Mariano Duque; aunque esta lista es de por sí escalofriante, no pueden achacársele, por extemporáneas, las muertes de Gabriel Hernández, Solón Argüello, Pablo Castañón, Adolfo Zaragoza y, sobre todo, la de Belisario Domínguez, asesinado en octubre.

[33] *El Imparcial*, 15-8, 22 de junio de 1913. *El País*, 31 de julio de 1913.

[34] *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1913.

[35] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (375), f. 297. FG, PR, C. 116, exp. 2. *El Imparcial*, 21, 24 y 30 de octubre; 1 y 8 de noviembre; 6 de diciembre de 1913.

[36] Ezequiel Chávez, rector UN, a Nemesio García Naranjo, secretario Instrucción, 24 de enero de 1914, FECH, RU, C. 1, doc. 66,

[37] *El Imparcial*, 15 de marzo; 4, 14 y 16 de abril de 1913. *El País*, 4, 24 de febrero de 1914. Germán Fernández del Castillo, "Noticias históricas sobre la Escuela..., Institución permanente", *Revista Jurídica*

(julio-diciembre de 1928), pp. 136-137.

[38] *DDCD*, 10 de junio de 1914, pp. 3-13. *El Imparcial*, 15 de marzo; 9, 16-17 y 19 de abril; 31 de octubre; 6 de diciembre de 1913; 1 de marzo; 9-11 de junio de 1914. *El País*, 24 de febrero de 1914. Fernández del Castillo, *Institución permanente...*, p. 137.

[39] FIP y BA, c. 285, exp. 15.

[40] Fernández del Castillo, "Orígenes.,.", pp. 29-31.

[41] García Naranjo, VII, pp. 313-314. El cónsul estadunidense en Veracruz aseguró que Rabasa, jefe de la delegación, era el autor "del mejor libro mexicano sobre derecho constitucional y el candidato de Huerta para embajador en Washington, si su gobierno hubiera sido reconocido"; de Rodríguez dijo que era "el decano" de la "barra de abogados" del país. Cf. Cañada, cónsul de EE.UU. en Veracruz, al secretario de Estado, 12 de mayo de 1914, rds, 812.00/ 11914.

[42] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 25 de febrero de 1914, en *Correspondencia R-HU*, p. 281. *El Imparcial*, 14 y 28 de marzo; 26 de julio de 1913.

[43] FECH, RU, c. 3, docs. 51-52 y 57-59.

[44] *El Imparcial*, 1 y 9 de marzo de 1913. *El País*, 16 de febrero de 1914.

[45] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 28 de enero de 1914, en *Correspondencia R-HU*, pp. 265-266; *ibid.*, 25 de febrero de 1914, pp. 281-282. *El Imparcial*, 4-5 de junio de 1914.

[46] *El Imparcial*, 16 de abril de 1913. *El País*, 24 de febrero de 1914, García Naranjo, VII, p. 139. Fernández del Castillo, *Institución permanente...*, p. 135.

[47] *El País*, 26 de febrero de 1914.

[48] FECH, RU, c. 3, docs. 52-53 y 57-59.

[49] Para entonces Reyes se encontraba en prisión, de la que saldría en febrero de 1914 sólo para ir a un exilio vitalicio. Cf. Rodolfo Reyes, II, pp. 211-213. Véase también Garciadiego, *Política y literatura...*, pp. 50-52.

[50] También renunció el secretario, que era Alfonso Reyes. Cf. FIP y BA, c. 284, exp. 15(368), f. 100.

[51] Declaración de Ezequiel Chávez, 9 de mayo de 1913, en FUN, RR, c. 5, exp. 64, f. 1642.

[52] Jorge Vera Estañol, secretario Instrucción, a Ezequiel Chávez, director Altos Estudios, 28 de noviembre de 1913, en *BIP*, XXI, pp, 325-326.

[53] "Datos para mensaje presidencial", FIP y BA, c. 285, exp. 1, f. 30.

[54] El Imparcial, 26 de agosto; 5 de octubre y 19 de noviembre de 1913. *El País*, 18 de julio de 1913.

[55] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 22 de noviembre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 249.

[56] Declaración de Ezequiel Chávez, 22 de agosto de 1914, en FUN, RR, c. 6, exp. 75, ff. 2120-2124 y 2135. Henríquez Ureña, afirmó que aún en esos meses de violencia la escuela había sido un ejemplo "de devoción a la cultura". Cf. *El Imparcial*, 24 de marzo de 1914.

[57] *El Imparcial*, 14 de marzo; 20 de abril; 11, 17-18, 20 y 30 de junio; 2 y 20 de octubre de 1913. *El País*, 5 de enero de 1914.

[58] FUN, RR, c. 6, exp. 82, ff. 2360-2361, 2363-2370. *El Imparcial*, 17 de agosto; 2 de septiembre de 1913; 29 de abril; 1 y 5 de mayo de 1914.

[59] FIP y BA, c. 285, exp. 1, f. 29. *El Imparcial*, 13 de junio de 1913; 15 de marzo; 4 de abril; 21 y 27-28 de mayo; 12 de julio de 1914.

[60] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 208. *El Imparcial*, 23 de septiembre de 1913. En carta a Alfonso Reyes, del 14 de diciembre de 1913, Antonio Caso le dice que "los estudios superiores nada tienen que ver con un país en el que la barbarie cunde como quizá

nunca ha cundido en nuestra historia". Reproducida en la revista *Plural*, núm. 10, julio de 1972.

[61] Las actividades del Ateneo y de la Universidad Popular están bien descritas en varias cartas de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes. Algunos ejemplos, en *Correspondencia R-HU*, pp. 209, 226-227, 246-247 y 281. Véase también *El Imparcial*, 27 y 31 de agosto; 5 de septiembre; 24 de octubre de 1913; 6 de abril; 24 de junio de 1914.

[62] FIP y BA, c. 279, exp. 2 (116), ff. 3-4; c. 284, exp. 15 (373), f. 239. *El Imparcial*, 16 de agosto; 11, 17, 23 y 25 de octubre de 1913.

[63] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 211; *ibid.*, 7 de diciembre de 1913, p. 262. *El Imparcial*, 16 de mayo; 1 de junio; 5 de noviembre de 1913; 8 de marzo; 12 de junio de 1914.

[64] FIP y BA, c. 280, exp. 3-43 (147), f. 10. *El Imparcial*, 1 y 2-13 de agosto de 1913.

[65] Véase Carolina Elizondo Rodríguez, *Nemesio García Naranjo: un auténtico valor inteleciural de nuestro tiempo*, tesis de maestría en letras hispánicas, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1963.

[66] García Naranjo, VII, p. 12.

[67] *El Imparcial*, 11, 14 de agosto de 1913.

[68] Otra causa de su fracaso fue su licenciosa vida privada. Cf. FIP y BA, c. 280, exp. 3-43 (147), f. 12. Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 23 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 211.

[69] *El Correo Español*, 19 de septiembre de 1913. *El Imparcial*, 16 y 19 de septiembre de 1913.

[70] *El Imparcial*, 2 y 15 de marzo; 1 de abril de 1914.

[71] FG, PR, c. 117, exp. 54. *DDCD*, 18 de septiembre de 1913, pp, 1-18; *ibid.*, 19 de septiembre de 1913, pp. 2-13. *El Imparcial*, 19-21 de septiembre de 1913. García Naranjo, VII, pp. 134-151.

[72] FIP y BA, c. 280, exp. 3-23 (147), f. 14. *El Correo Español*, 7 de octubre de 1913. *El Imparcial*, 7, 10, 28 y 31 de octubre; 1 de noviembre de 1913. García Naranjo, VII, pp. 140-149.

[73] Nemesio García Naranjo se tituló de abogado por la Escuela de Jurisprudencia en 1909 y meses después fue nombrado sustituto de Carlos Pereyra en su cátedra de historia patria en la Preparatoria; en agosto de 1913, semanas antes de ser designado ministro de Instrucción, volvió a impartir la misma cátedra, pero ahora con carácter de profesor supernumerario. Cf. fea, núm. 29874. FEP, núm, 655.

[74] Es más, Henríquez Ureña acepta que fue Valenti quien lo introdujo en la lectura de las nuevas corrientes y temas filosóficos, especialmente al antintelectualismo y al pragmatismo. Cf. Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña: apuntes para una biografía*, México, Siglo XXI Editores, 1993, pp. 31-32. Véase también fea, núm. 47241. FEP, núm. 1728. Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, *Correspondencia R-HU*, p. 203. *El Imparcial*, 9-10 de octubre de 1913. García Naranjo, *op. cit.*, VII, pp. 167-169 y 194. Sobre los incidentes de aquel homenaje a Barreda véanse las cartas cruzadas entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña el 17, 21, 24 y 27 de febrero de 1908, en *Correspondencia R-HU*, pp. 90-105.

[75] García Naranjo, VII, pp. 148-149, 180-182 y 194-195.

[76] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 29 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 230; *ibid.*, 22 de noviembre de 1913, p. 250. García Naranjo, VII, pp. 180 y 196. En 1913 Chávez cambió el libro de texto para su curso de ética: Spencer fue sustituido por Rudolph Eucken.

[77] *El Imparcial*, 30 de octubre; 27 de noviembre de 1913. *El País*, 4 de febrero de 1914. García Naranjo, VII, p. 222.

[78] FIP y BA, c. 285, exp. 7, ff. 1-8. *DDCD*, 4 de diciembre de 1913, pp. 3-8.

[79] *El Abogado Cristiano*, 11 de diciembre de 1913. *El Imparcial*, 5 y 11 de diciembre de 1913. Carlos Toro, "Enseñanza Objetiva", en *El País*, 22 de febrero de 1914.

[80] *El Imparcial*, 11 de diciembre de 1913.

[81] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (377), f. 394. Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 206; *ibid.*, 22 de noviembre de 1913, p. 250. *El Imparcial*, 2 de marzo; 14 de diciembre de 1913.

[82] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (377), ff. 394, 460. *El Imparcial*, 16-17 de diciembre de 1913. El nombramiento de Genaro García es otra prueba de que, siendo amigos y compañeros políticos, Lozano y García Naranjo compartían muchas ideas sobre la educación nacional: durante el breve tiempo en que Lozano estuvo al frente del ministerio de Instrucción también quiso a Genaro García para la dirección de la Preparatoria. Cf. *ibid.*, 9 de septiembre de 1913. El zacatecano Genaro García era miembro de una conocida familia de mineros y políticos; se había titulado de abogado en 1891 y fue diputado en varias ocasiones desde 1894. Cf. FEP, núm. 619, donde se encuentran numerosas cartas de felicitación por su nombramiento.

[83] *El Correo Español*, 2 de julio de 1913. *El País*, 2-3 de julio de 1913.

[84] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 22 de noviembre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 250. García Naranjo, VII, pp. 204-205. Curiosamente, Henríquez Ureña asegura que a García Naranjo le había disgustado la propuesta de Castellanos Quinto.

[85] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 25 de febrero de 1914, en *Correspondencia H-HU*, p. 281.

[86] Ezequiel Chávez, rector un, a Nemesio García Naranjo, secretario Instrucción, 5 de diciembre de 1913, FIP y BA, c. 285, exp. 7, f. 10. Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 28 de enero de 1914, en *Correspondencia R-HU*, p. 265.

[87] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (377), ff. 376, 394. Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 25 de febrero de 1914, en *Correspondencia R-HU*, pp. 281-282. *El Imparcial*, 17 de diciembre de 1913; 4 de julio de 1914. *ElPais*, 8, 15 y 28 de enero de 1914. García Naranjo, VII, pp. 215-220. La conferencia de josé A. Cuevas en FIP y BA, c. 285, exp. 11, ff. 113-126.

[88] García Naranjo, VII, pp. 139, 180. Para la intervención de las juntas de profesores y del Consejo Universitario en la renovación de tales programas, véase Ezequiel Chávez, rector UN, a Nemesio García Naranjo, secretario Instrucción, 13 de junio de 1914, en FECH, RU, C. 2, doc. 157; véase también Rubén Valenti, subsecretario Instrucción, a Ezequiel Chávez, 2 de junio de 1914, en FUN, RR, c. 6, exp. 81, f. 2341.

[89] *El Imparcial*, 19 de diciembre de 1913; 26 de marzo de 1914. *El País*, 8 de enero; 15 de febrero; 7, 22 y 31 de marzo de 1914.

[90] *El Imparcial*, 30 ele diciembre de 1913; 2 de marzo de 1914. El País, 15 de febrero de 1914, García Naranjo, VII, pp, 222-226.

[91] FIP y BA, c. 284, exp. 115 (377), f. 373. *El Imparcial*, 4 de diciembre de 1913; 7,11 y 24 de marzo; 6 de abril; 6 y 15 de junio; 16 de julio de 1914. Para impartir los cursos de dibujo fueron contratados los hermanos del rector Chávez. Cf. FUN, RR, C. 6, exp. 75, ff. 2185-2186.

[92] García Naranjo, VII, pp. 205, 222. En varias ocasiones Chávez aseguró que, con la excepción de Sierra, García Naranjo había sido el ministro más generoso con la Universidad Nacional, y que por ello su gratitud no tenía límites. Por ejemplo, véase Ezequiel Chávez, rector UN, a Nemesio García Naranjo, secretario Instrucción, 31 de marzo de 1914, FUN, RR, c. 6, exp. 87, f. 2455. Chávez también afirmó que García Naranjo había sido un escrupuloso defensor de los derechos y libertades de la Universidad Nacional. Véase fech, RU, c. 2, doc. 157.

[93] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, *Correspondencia R-HU*, p. 206. *El Imparcial*, 8, 11 y 24 de septiembre; 3 de octubre de 1913.

[94] García Naranjo, VII, pp. 139, 204.

[95] FIP y BA, c. 284, exp. 15 (376), f. 347. *El Imparcial*, 27 y 30 de noviembre; 2 de diciembre de 1913.

[96] FUN, RR, c. 5, exp. 64, f. 1642. FECH, RU, c. 4, docs. 55-56 y 76-77. Siendo un alto empleado en la oficina rectoral, Pedro Henríquez Ureña escribió su tesis —en Jurisprudencia— sobre la universidad, que dedicó a los cinco que consideraba los mayores defensores de la institución; Chávez era uno de ellos. Véase Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 25 de febrero de 1914, *Correspondencia R-HU*, p. 279.

[97] Rubén Valenti, subsecretario Instrucción, a Ezequiel Chávez, rector un, 2 de junio de 1914, FUN, RR, c. 6, exp. 75, f. 2154; *ibid.*, 25 de junio de 1914, f. 2159. Ezequiel Chávez a Rubén Valenti, 27 de junio de 1914, *ibid.*, f. 2168.

[98] Rubén Valenti, subsecretario Instrucción, a Ezequiel Chávez, rector un, 3 de junio de 1914, en *ibid.*, f. 2155. Ezequiel Chávez a Nemesio García Naranjo, secretario Instrucción, 15 de enero de 1914, en *ibid.*, c. 5, exp. 72, ff. 2044-2046. Véase también FECH, RU, C. 2, doc. 161.

[99] FIP y BA, c. 285, exp. 7, ff. 8, 14-15.

[100] El proyecto de García Naranjo, en FUN, RR, c. 6, exp. 87, ff. 2423-2431. Genaro García, director de la Preparatoria, a Ezequiel Chávez, rector un, 17 de diciembre de 1913, en *ibid*,., f. 2422. Ezequiel Chávez a Nemesio García Naranjo, secretario Instrucción, 31 de marzo de 1914, en *ibid*ff. 2451-2455.

[101] *Diario Oficial*, 17 de abril de 1914, pp. 396-400, en FUN, RR, c. 6, exp. 81, ff. 2328-2330 y 2336-2338; exp, 87, ff. 2442-2444, 2456-2458.

[102] *El Imparcial*, 26 de diciembre de 1913. *El País*, 17, 29 y 31 de enero; 21 y 27 de marzo; 31 de abril de 1914.

[103] *El Imparcial*, 21 de marzo de 1914.

[104] Ezequiel Chávez, rector un, a Nemesio García Naranjo, secretario Instrucción, 10 de junio de 1914, FUN, RR, c. 6, exp. 75, f. 2179. Rubén Valenti, subsecretario Instrucción, a Ezequiel Chávez, 30 de junio de 1914, *ibid.*, f. 2176. Ezequiel Chávez a Alfonso Pruneda, jefe de la Sección Universitaria, 21 de marzo de 1914, FECII, RU, c. 2, doc 193.

[105] FUN, RR, c. 5, exp. 70, f. 2000. *El Imparcial*, 5-10 de septiembre; 25 de diciembre de 1913. *El País*, 4 y 11 de enero de 1914.

[106,] *El Imparcial*, 29 de agosto de 1913. García Naranjo, VII, pp. 307-309

[107] Ezequiel Chávez, rector UN, a Nemesio García Naranjo, secretario Instrucción, 24 de enero de 1914, García Naranjo, VII, pp. 222-230.

[108] Ezequiel Chávez, rector UN, ajulián Villarreal, director de Medicina, 9 de marzo de 1914, en FECH, RU, c. 1, doc. 61. *El Imparcial*, 9-11 de marzo de 1914. *El Paladín*, 19 y 29 de marzo 1914. García Naranjo, VII, pp. 222, 229-230.

[109] Ezequiel Chávez, rector UN, a Nemesio García Naranjo, secretario Instrucción, 11 de marzo de 1914, en FECH, RU, c. 1, doc. 48. *El Imparcial*, 10 y 13 de marzo; 22-23 de abril de 1914. García Naranjo, VII, p. 231.

VII. RADICALIZACIÓN Y CAOS

TIEMPOS NUEVOS Y NUEVOS HOMBRES

La influencia de los principales miembros de la comunidad universitaria en el huertismo no puede ser minimizada: Pedro Lascuráin, profesor en Jurisprudencia, había sido esencial en la legalización de la llegada de Huerta al poder; otro miembro de la comunidad académica, Francisco S. Carvajal, legalizó su renuncia: cuando los rebeldes constitucionalistas triunfaron a mediados de 1914, Carvajal, antiguo profesor en Jurisprudencia, era el jefe provisional del gobierno, con meros objetivos de negociación. Por otro lado, mientras Huerta y sus más cercanos colaboradores —como Nemesio García Naranjo y Rubén Valenti— abandonaron el país,[1] el rector Chávez y la mayoría de las autoridades universitarias permanecieron en sus puestos, confiados en que los rebeldes constitucionalistas respetarían a la Universidad Nacional como templo sagrado del conocimiento. Algunos más realistas, como Pedro Henríquez Ureña, huyeron fastidiados.[2]

La colaboración de los intelectuales con Huerta no pudo pasar inadvertida. Ingenuamente, Chávez, Caso, Pruneda y algunos otros confiaron en su supuesto apoliticismo o en su amistad e influencia con algunos constitucionalistas importantes como Fabela, Pañi o Vasconcelos, hasta hacía poco sus colegas y compañeros.[3] Parece evidente que Chávez también confiaba en su buen desempeño en la rectoría, en su experiencia como educador, en su dedicación,[4] en el prestigio de su mentor —don Justo Sierra— y, sobre todo, en su habilidad política: cuando el triunfo rebelde se hizo inminente, Chávez organizó un concurso entre la comunidad universitaria con el revelador tema de las formas más adecuadas para mejorar las condiciones económicas y sociales de los trabajadores.[5]

Además, tan pronto los constitucionalistas ocuparon la ciudad de México, Chávez proporcionó a las nuevas autoridades una semblanza apolítica del

profesorado y los estudiantes, asegurando que habían permanecido ajenos al huertismo, dedicados a sus deberes de enseñanza y aprendizaje, sin más ideal político que la hermandad de todos los mexicanos.[6] Más aún, trató de convencer a las nuevas autoridades de que sus colaboradores inmediatos y los directores de las escuelas no debían ser sustituidos.[7] Asimismo, quiso dar la apariencia de ser el respetable jefe de una institución antigua, tradicional, unificada y admirable. Por último, para controlar y facilitar el proceso, intentó ser el único negociador con el nuevo gobierno.[8] La candidez y el optimismo de Chávez no se redujeron a solicitar la permanencia de quienes habían sido funcionarios universitarios durante los últimos meses del huertismo. Aterrorizado por el triunfo de los constitucionalistas, y por consejo de Julio García —director de Jurisprudencia—, Chávez solicitó al nuevo responsable del sector educativo, Félix Palavicini, que concediera la "autonomía perfecta" a la Universidad Nacional, o que cuando menos se le permitiera conservar su misma situación jurídica.[9] Obviamente, los deseos de Chávez no fueron satisfechos: los funcionarios supuestamente irremplazables fueron sustituidos en seguida, y su inmejorable Universidad Nacional sufrió varias modificaciones mayores durante la segunda mitad de 1914.

¿Quiénes eran los nuevos funcionarios? ¿Cuáles fueron esas transformaciones? ¿Qué consecuencias trajeron los cambios políticos nacionales en la educación superior? ¿Cuál fue la actitud de la comunidad universitaria hacia los constitucionalistas? De manera inmediata, la comunidad universitaria sólo sufrió la comprensible incertidumbre: Jurisprudencia, Medicina, Altos Estudios, Bellas Artes y la Escuela Odontológica guardaron expectante y angustiosa calma, y sólo hubo un brote de indisciplina —léase rechazo a los vencedores— entre los estudiantes de Ingenieros.[10] La prueba de la calma que prevaleció en la Universidad Nacional durante esas semanas es que las actividades escolares sólo fueron suspendidas el día en que Carranza arribó a la ciudad de México. Es más, al día siguiente de su llegada don Venustiano fue visitado por una comisión de estudiantes encabezada por Miguel Gómez Noriega, de Jurisprudencia, que pidió el nombramiento de Manuel Bauche Alcalde como nuevo secretario de Instrucción Pública. La solicitud parecía viable: Bauche había sido director del Internado Nacional en la época de Madero y luego había luchado contra Huerta dentro del grupo villista, en el que había desempeñado puestos intelectuales.[11] Sin embargo, aun cuando Bauche estaba ya distanciado de Villa, para entonces Carranza prefirió nombrar al tabasqueño Félix Palavicini, más leal y capaz y con mayor jerarquía y proyección políticas, aunque lo haya designado sólo Oficial Mayor a cargo de la secretaría.[12]

Los orígenes políticos de Palavicini eran más afines a los de Carranza y tenía mayor experiencia en el sector educativo, pues no obstante ser ingeniero agrícola —agrimensor, decían sus enemigos—, desde principios del siglo se dedicaba a la política, al periodismo, a los estudios sociales y a la docencia y la pedagogía. Gracias ajusto Sierra había ampliado sus estudios en Europa y dirigido las Escuelas Industriales en las postrimerías del porfiriato. Maderista desde el principio, Palavicini había tenido importantes puestos en la campaña electoral contra Díaz, y con el nuevo régimen había sido director de la Escuela Industrial para Huérfanos y diputado "renovador" en la XXVI Legislatura, en la que presidió la Comisión de Educación. Al tomar Huerta el poder, Palavicini se hizo diputado oposicionista, hasta el grado de sufrir prisión.[13] Aun cuando Bauche Alcalde pudiera haber promovido un mayor número de cambios, es incuestionable que la llegada de Palavicini significó el arribo de nuevos hombres y nuevas ideas al sector educativo.

En lugar de los tradicionales funcionarios educativos y la élite intelectual, a la toma de posesión de Palavicini asistieron, significativamente, generales revolucionarios como Lucio Blanco, Alberto Carrera Torres y Antonio I. Villarreal. Los cambios iban más allá del mero protocolo. Para comenzar, todos los empleados no docentes fueron despedidos provisionalmente, hasta que Carranza tomara la decisión final de manera individualizada;[14] también se tomaron decisiones políticamente simbólicas, como eliminar varios beneficios económicos de que disfrutaban los funcionarios salientes o acusar de corrupción a García Naranjo. Al margen de desechar toda la política educativa de Huerta, ¿cuáles eran los objetivos y proyectos de Palavicini? ¿Quiénes fueron sus colaboradores? Sobre todo, ¿cuál fue su actitud hacia la Universidad Nacional? ¿Cuál hacia la Preparatoria? ¿Cuál hacia las reformas antipositivistas? No obstante las acusaciones de sus numerosos enemigos, es incuestionable que Palavicini conocía bien los problemas educativos de México.[15] Sin embargo, si bien habría sido difícil encontrar un hombre más adecuado para el puesto entre los colaboradores cercanos a Carranza, no es justificable la actitud de la prensa carrancista, que apenas un mes después de la designación de Palavicini aseguraba que éste era el mejor secretario que había habido en Instrucción Pública, incluyendo ajusto Sierra. El cambio principal aportado por Palavicini fue la creación de la Escuela Experimental Pedagógica; por otra parte, resultó muy revelador que iniciara los cuestionamientos de la existencia misma de la secretaría de Instrucción.[16]

Los planes de Palavicini para la Universidad Nacional eran también innovadores. Para comenzar, volvió a responsabilizarla de la Preparatoria, que

fue inmediatamente desmilitarizada. Sin embargo, su principal objetivo fue hacerla totalmente autónoma. Aunque es obvio que su idea no era consecuencia de la solicitud o propuesta de Ezequiel Chávez,[17] sus verdaderos motivos provocan varias dudas. ¿Fue una propuesta auténticamente libertaria? ¿Fue hecha sólo para ganar apoyo popular? ¿Se trató de una astuta estrategia para dejar indefensa a una odiada institución "porfirio-científica"? Si bien es cierto que el carrancismo fue siempre contrario a la existencia de una secretaría de Instrucción, su idea de la autonomía universitaria fue un proyecto efímero. Por ello resulta plausible considerar dicha idea como una medida oportunista, aunque también pueda ser contemplada como parte del proyecto carrancista de 1914 y 1915, más progresista que el que sostuvo a partir de 1916. Por otro lado, como Palavicini también mostró hostilidad hacia la Universidad Nacional en esos días, su oferta de autonomía no debe ser vista como la de un benefactor. En efecto, por un lado le ofrecía la independencia y por el otro clausuró la Academia Nacional de Bellas Artes sin previo aviso al rector; además, éste y el resto de los directivos universitarios fueron simplemente despedidos: algunos ejemplos son Julio y Genaro García, directores de Jurisprudencia y la Preparatoria; Luis G. Urbina, de la Biblioteca Nacional, y Julián Carrillo, del Conservatorio, además de diputado huertista. A éstos debe agregarse Ulises Valdés, director de Medicina, quien renunció antes de que Palavicini se lo pidiera.[18] La "caza de brujas" también incluyó al exrector Eguía Lis, cesado como director del Registro Público de la Propiedad.[19]

La situación política en la ciudad de México se hallaba en tal efervescencia, que varios de los que podían ser acusados de haber colaborado con el huertismo huyeron del país, si no lo habían hecho ya, mientras otros se escondieron o se redujeron a llevar una muy escueta vida privada. Al principio el régimen carrancista anunció que sólo serían cesados los profesores objetables políticamente, "por exigirlo así la necesidad de moralizar el espíritu público". Entre los primeros despedidos estuvieron Enrique González Martínez, Manuel Herrera y Lasso, Ángel de la Peña y Reyes, y Alfonso Teja Zabre, de la Preparatoria; Francisco Elguero, Antonio Ramos Pedrueza y Rodolfo Reyes, de Jurisprudencia, y Nicolás Mariscal, de Bellas Artes. Obviamente, el factor decisivo era político, no académico. La persecución hizo presa de Ricardo R. Guzmán, uno de los primeros colegas en oponerse a la llegada de Cabrera a Jurisprudencia y quien fue acusado de ser "amigo y cómplice" de Huerta, e incluyó a personajes secundarios como Daniel Vergara López y Alberto López Hermosa, ambos de Medicina, quienes gracias a Aureliano Urrutia habían sido hechos diputados, e incluso hubo casos de profesores apolíticos, como Miguel

Schultz, aunque de él también es verosímil una renuncia voluntaria, por la actitud antintelectualista del carrancismo.[20]

La pasividad de la comunidad ante los numerosos despidos puede explicarse —miedos, resignación o desinterés aparte— por el prestigio, la experiencia y la influencia de los sustitutos. Para comenzar, el principal colaborador de Palavicini fue Alfonso Cravioto, opositor liberal al porfiriato y fundador de la revista *Savia Moderna* y del Ateneo; leal diputado maderista, fue nombrado por Carranza jefe de la Sección Universitaria pero también se le responsabilizó de los asuntos culturales.[21] Además, poco después Cravioto fue sustituido en la Sección Universitaria por el poeta Ramón López Velarde, que aunque sufría el rechazo de los grupos culturales más exigentes de la ciudad de México, gozaba de la simpatía de numerosos estudiantes católicos o provincianos.[22]

Asimismo, aunque al principio se rumoró que Luis Cabrera sería hecho rector, lo que aterrorizó a los universitarios —y seguramente al propio Cabrera, cuya cercanía a don Venustiano le permitía alentar mayores ambiciones—, finalmente a principios de septiembre fue designado Valentín Gama, prestigiado profesor en Ingenieros.[23] Como secretario de la institución fue nombrado Martín Luis Guzmán, quien antes de su incorporación a la lucha antihuertista había llegado a ser secretario de la Universidad Popular.[24] Como director de Jurisprudencia quedó José Natividad Macías, guanajuatense, diputado maderista del grupo “renovador”, quien había estado parcialmente involucrado en el nacimiento de la Escuela Libre de Derecho; en Medicina fue nombrado José de Jesús Sánchez; Jesús Díaz de León, médico de profesión pero dedicado a la enseñanza del griego y el latín, lo fue en Altos Estudios, y el pintor “Dr. Atl”, que había estado en Europa haciendo propaganda en favor de Carranza y en contra de Huerta, fue nombrado director de la Escuela de Bellas Artes. Otro nombramiento de un hombre aceptable en el medio fue el de Vasconcelos para la Preparatoria, designado a pesar de las dudas políticas de Carranza, pero que demostró que conocía los mayores problemas de la Preparatoria, institución que de inmediato transformó de nuevo en civilista.[25] Algunos nombramientos bien recibidos fueron los de Alfonso Herrera y Luis Castillo Ledón, para los museos de Historia Natural y de Arqueología, Historia y Etnología, respectivamente. Los únicos problemas surgieron en Ingenieros, que quedó sin director por falta de una persona adecuada, y en la Facultad Odontológica, para la que fue designado Ramón Córdova sólo porque había sido un estudiante promaderista que luego luchó contra Huerta en las fuerzas de los generales Lucio Blanco y Ramón V. Sosa. Otro estudiante oposicionista que pronto inició su colaboración con los gobiernos revolucionarios fue Alfonso Cabrera, quien hacia octubre de 1914

sustituyó a don Manuel Toussaint en la dirección del Hospital Militar,[26] institución que debía permanecer ligada a la Escuela de Medicina pero extirpada de cualquier vestigio de influencia “urrutista”.

No obstante estos nombramientos, y a pesar del profesorado que permaneció en sus puestos —Caso, Erasmo Castellanos Quinto, Galindo y Villa, Sotero Prieto, Manuel Torres Torija y Julio Torri, entre otros—, es indudable que en la segunda mitad de 1914 decreció la calidad académica de la Universidad Nacional: Palavicini estaba lejos de ser un García Naranjo, en términos académicos, lo mismo que Martín Luis Guzmán respecto a Henríquez Ureña;[27] por otra parte, Vasconcelos sólo era entonces una promesa intelectual, sin experiencia docente ni administrativa, mientras que Genaro García era uno de los intelectuales más sabios y experimentados del país.[28] Asimismo, al margen de sus diferencias políticas personales, Julio García era mucho mejor jurista que Macías, y su conocimiento de la escuela era tan grande como la ignorancia de su sucesor, quien ni siquiera era egresado de ella y había llegado a la dirección antes de dar allí su primer curso.[29] A su vez, Jesús Díaz de León, a pesar de su experiencia y respetabilidad, no era comparable con Caso, pues representaba a los viejos académicos y era, sobre todo, un médico vergonzante hecho filólogo; menos aún lo era Luis Manuel Rojas respecto a Luis G. Urbina.[30] Seguramente motivó burlas y denuestos que un periodista carrancista de apellido Revilla fuera nombrado jefe de los profesores de literatura y lengua española en la Preparatoria,[31] cargo que en los últimos años había detentado siempre algún miembro del Ateneo.

Con todo, lo más grave fue que, a diferencia de Ezequiel Chávez, Valentín Gama carecía de consenso y de un proyecto para la Universidad Nacional. Con relación al profesorado, Enrique Fernández Granados no era Enrique González Martínez, ni Manuel Velasco era Miguel Schultz, y la elocuencia de Jesús Urueta no podía sustituir a la sabiduría de Francisco Elguero. Resultó imposible sustituir a profesores de la calidad de Joaquín D. Casasús, Carlos Pereyra, Rodolfo Reyes, Jorge Vera Estañol y Aureliano Urrutia, entre otros exiliados. Un ejemplo extremo es el de Pereyra, sustituido por el periodista Rafael Martínez, “Rip Rip”, a quien se encargó acabar con la visión tradicionalista y con los elogios a Porfirio Díaz en el curso de historia en la Preparatoria.[32] Por lo tanto, puede concluirse que las designaciones carrancistas sirvieron para mantener a la institución laborando pacíficamente, aunque fueran insuficientes para conservar la calidad lograda durante los periodos porfirista y huertista. Así, el costo de la Revolución mexicana en materia de cultura y educación superior comenzó a sentirse desde entonces.

Sería falso decir que el grupo carrancista carecía de un proyecto para la Universidad Nacional. Sin embargo, dicho proyecto era básicamente político y buscaba sobre todo eliminar el carácter elitista de la educación superior. Por ejemplo, Palavicini prohibió los festejos en los días de graduación y suspendió las becas de aquellos que estudiaban en Europa. Asimismo, quitó las comisiones —auténticas sinecuras— de que gozaban algunos intelectuales como Enrique de Olavarría y Ferrari y Manuel M. Ponce, aunque de manera incongruente —acaso por deficiencias administrativas— fueron mantenidas otras, como las de Diego Baz, Cecilio A. Robelo, Julio Zárate y Federico Delegé, a pesar de que este último ya había fallecido. En cambio, Palavicini instituyó el Premio Republicano, consistente en una beca para el mejor de los estudiantes entre los que carecían de recursos económicos, al mismo tiempo que suprimió los premios tradicionales para los mejores alumnos.[33]

Sorprendentemente, a pesar de la profundidad que suponían los cambios en la naturaleza y dirección de la educación superior, los universitarios permanecieron en calma. Tan sólo hubo un par de protestas moderadas: primero, un grupo de estudiantes de Jurisprudencia se opuso en forma ordenada a la sustitución de Julio García; después, el cierre de la Academia de Bellas Artes fue protestado únicamente por Antonio Caso.[34] Si se considera el explícito huertismo y la gran movilización de la comunidad universitaria por la invasión norteamericana, ¿cómo se explica su timorata conducta ante los cambios impuestos por el carrancismo? En primer lugar, la promesa hecha por Palavicini de otorgar la autonomía seguramente llevó a pensar a ciertos grupos con poder en la institución que, si tenían paciencia y no se precipitaban, podrían quedarse con el control de ésta; en segundo lugar, pronto percibieron los universitarios que los carrancistas no eran los sangrientos salvajes que había descrito la prensa huertista: Palavicini aseguró durante la toma de posesión de Valentín Gama, precisamente, que los constitucionalistas no eran unos bárbaros;[35] además, los nombramientos de gente conocida y respetada para los puestos principales terminaron por acabar con ese prejuicio; más aun, si había habido una “caza de brujas” de académicos e intelectuales ligados al régimen anterior, ésta se redujo a los más ostensiblemente huertistas, siendo mayoría los que conservaron sus puestos, quienes seguramente agradecieron el gesto disciplinándose a las nuevas autoridades; por último, la ausencia de los caudillos de la comunidad, como García Naranjo, los hermanos Macedo, Rodolfo Reyes, Aureliano Urrutia o Jorge Vera Estañol, entre otros, desalentó toda movilización oposicionista.

Respecto a los jóvenes, habría que preguntarse ¿qué fue de los belicosos líderes que en 1912 crearon la Escuela Libre de Derecho y luego simpatizaron con el huertismo? ¿Qué actitud asumieron, por ejemplo, Ezequiel Padilla y Manuel Herrera y Lasso? Acaso la respuesta se halle en la astuta política de concesiones llevada a cabo por los carrancistas: por ejemplo, se concedieron facilidades en lo referente a los calendarios de exámenes; se otorgaron becas a varios de los principales líderes —como fue el caso de Jorge Prieto Laurens—, y se incorporó a muchos —entre otros a Luis Montes de Oca— al aparato burocrático, en el que había numerosos puestos vacantes por el cese o fuga de muchos huertistas. Es indudable que todas estas argucias carrancistas ayudan a explicar la repentina transformación política de los estudiantes, quienes —para sorpresa de todos— participaron en una manifestación en honor de Madero.[36] De hecho, Carranza enfrentó peores problemas con sus propios colaboradores que con esos exhuertistas. En efecto, la disidencia y las escisiones pronto afectaron al sector educativo: Vasconcelos y Martín Luis Guzmán fueron removidos porque simpatizaban con la emergente facción convencionista, y aun cuando se rumoró que Manuel Bauche Alcalde, ya distanciado de Villa, sería el sucesor de Vasconcelos, Carranza decidió mantener la Preparatoria sin director, demostrando con ello que tampoco confiaba en Bauche Alcalde, que había escasez de personas calificadas y que tenía problemas más graves que resolver. Así, la profunda división entre los constitucionalistas afectó al sector educativo y se manifestó claramente con la prisión y fuga de Vasconcelos.[37]

¿En qué consistió la política de Carranza hacia la Universidad Nacional durante la segunda mitad de 1914? ¿Hubo algo más que la incumplida promesa de autonomía, la reintegración de la Preparatoria, la sustitución de todas sus autoridades y el despido de varios profesores acusados de huertistas? Igual de significativo fue que durante esos meses se hicieron intentos por modificar los programas de Medicina, Ingenieros, Jurisprudencia y la Preparatoria. El nuevo programa de Jurisprudencia fue diseñado por el director José Natividad Macías, quien decidió que el adoptado durante la época de Huerta no era válido. De acuerdo con Macías, el objetivo era erradicar el empirismo para que el derecho pudiera ser enseñado como ciencia, pues no debía ser sólo práctico, sino también teórico e histórico. De conformidad con el nuevo espíritu imperante en el país, Macías alegó que la finalidad de los estudiantes no debía ser la adquisición de riqueza y poder, sino el bienestar de los pobres y la colaboración con las nuevas autoridades judiciales.[38] Es obvio que estos objetivos eran consecuencia del movimiento social habido desde principios de 1913 y que constituían un rechazo a las ligas de la Escuela de Jurisprudencia con los regímenes de Díaz y Huerta.

Lo sorprendente es que no hayan provocado la oposición de una comunidad tan tradicionalista.

El director de Medicina también cambió el programa de la escuela, eliminando cursos y especializaciones "inútiles" y modificando los métodos pedagógicos.[39] Los cambios en la Preparatoria fueron más drásticos y se caracterizaron por la intervención directa de Palavicini, cuyo deseo era que se ofrecieran programas de acuerdo con la carrera universitaria que los estudiantes pretendieran seguir.[40] De cualquier modo, dicho proyecto de preparatoria continuaba con la tendencia antipositivista, mientras que negaba la idea de que hubiera un núcleo de materias imprescindibles que todos los jóvenes debían estudiar, forzosamente y en rígido orden, cualquiera que fuera su vocación profesional. Todos estos nuevos programas fueron diseñados para ser aplicados a partir del año académico de 1915; sin embargo, como la facción carrancista dejó de dominar en la ciudad de México, no pudieron ser puestos en práctica.

Carranza y Palavicini también intentaron promulgar una nueva ley universitaria. Primero desconocieron la de Huerta y García Naranjo; después derogaron varios artículos —3, 5, 6, 7, 8 y 12— de la Ley Constitutiva de 1910, buscando liberar a la Universidad Nacional de la Secretaría de Instrucción Pública, aunque se advirtió que la ley de Díaz y Sierra desaparecería por completo posteriormente.[41] Se procedió, por lo tanto, a organizar la comisión que redactaría la nueva ley, quedando compuesta por Palavicini, Ramón López Velarde, Alfonso Cravioto, Valentín Gama y los directores de las escuelas universitarias.[42] La propuesta de Palavicini fue en favor de una universidad autónoma, en la que los estudiantes pagarían colegiaturas para evitar que la institución dependiera económicamente del gobierno y en la que los profesores serían seleccionados libremente y sólo por razones académicas. Durante las discusiones se enfrentaron Palavicini y Gama, pues diferían respecto a la inclusión de la Preparatoria y a la libertad real que pudiera tener una institución financiada por el gobierno. Los otros miembros de la comisión apoyaron la propuesta de Palavicini y rechazaron las ideas de Gama.[43] Paradójicamente, parecía que el gobierno deseaba otorgar la libertad a los universitarios, pero que algunos de éstos la rechazaban. Como finalmente los funcionarios universitarios apoyaron al secretario y no a su rector, la autonomía ofrecida fue aceptada. Sin embargo, aunque Carranza llegó a firmar la ley que declaraba la autonomía de la Universidad Nacional,[44] a los pocos días los constitucionalistas tuvieron que abandonar la ciudad de México, por lo que dicha ley no fue aplicada.

Y LLEGÓ VASCONCELOS...

El traslado de Carranza y sus colaboradores al estado de Veracruz fue provocado por la presión del ejército convencionista, compuesto por villistas, zapatistas y un número considerable de fuerzas más o menos independientes de los grandes caudillos revolucionarios. Como sección del gobierno que era, la Secretaría de Instrucción pasó a Orizaba, mientras que sus instalaciones y escuelas en la ciudad de México —desde elementales hasta universitarias— fueron declaradas oficialmente cerradas.[45] De manera previsible, la gran mayoría de los empleados y profesores permaneció en la capital, al margen del conflicto entre los dos bandos; quienes sí se trasladaron a Orizaba fueron los altos funcionarios, muy cercanos a don Venustiano, llevando consigo el membrete de la dependencia, lo que les permitiría seguir diseñando la política educativa carrancista, ahora desde Veracruz, o al menos conservar el membrete.

El traslado de Carranza a Veracruz fue la cuarta ocasión en menos de cuatro años en que los universitarios eran testigos del derrocamiento del gobierno nacional. ¿Cuál fue su postura esta vez? ¿Cuáles fueron las consecuencias de este cambio para la institución y su comunidad? Puesto que tenían muchas menos simpatías por Carranza que las que habían tenido por Díaz o Huerta, y puesto que los universitarios eran ajenos a las facciones constitucionalista o convencionista, pudieron permanecer distantes, algo más que neutrales. Por otra parte, lo difícil de la situación los obligó a preocuparse más por problemas cotidianos e inmediatos que por asuntos tales como el destino de los estudios universitarios. Así, su mayor preocupación gremial serían los exámenes finales, programados para finales de 1914 y principios de 1915. A diferencia de las autoridades carrancistas, que advirtieron que el cierre de las instalaciones debía ser cumplido sin excepciones,[46] el primer gobierno convencionista —que ocupó la ciudad de México a principios de diciembre de 1914— mostró una actitud amigable hacia la comunidad universitaria, abriendo inmediatamente las instalaciones para que los jóvenes pudieran presentar sus exámenes.[47]

La Convención había nombrado a Eulalio Gutiérrez —antes carrancista pero reciente y crecientemente independiente, además de hombre bueno— presidente del país. En el ámbito educativo su gobierno fue mucho más tolerante que el de Carranza. Varios entre los que habían tenido que huir o permanecer escondidos pudieron ocupar puestos de importancia. Por ejemplo, Ezequiel Chávez —subsecretario con don Porfirio y rector con Huerta— fue nombrado abogado consultor del ministerio, no obstante su nula experiencia como litigante; Julio García, un par de veces antes director de Jurisprudencia —una de ellas con Huerta—, recuperó el puesto que había perdido con el triunfo de Carranza. Sin embargo, la política educativa de Eulalio Gutiérrez no fue restauradora sino que

también se caracterizó por el ascenso de jóvenes intelectuales ligados al maderismo. Por ejemplo, Vasconcelos fue puesto al frente de la Secretaría de Instrucción, aunque los estudiantes proponían a Miguel Silva, oftalmólogo, gobernador maderista de Michoacán y luego intelectual cercano a Villa; asimismo, Martín Luis Guzmán fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, después de ser considerado para encargársele la Preparatoria.[48]

La breve estancia de Vasconcelos en el puesto se caracterizó por su apoyo a varios intelectuales jóvenes, aunque algunos de ellos hubieran colaborado en el ministerio o en la Universidad Nacional durante la época de Huerta. Los más beneficiados fueron, comprensiblemente, sus antiguos compañeros del Ateneo: Julio Torri fue designado secretario de la Preparatoria y, posteriormente, bibliotecario de Altos Estudios; Mariano Silva y Aceves, secretario particular de Vasconcelos, y Eduardo Colín subdirector de la Biblioteca Nacional.[49] También se beneficiaron algunos miembros del siguiente grupo —en términos cronológicos— de jóvenes intelectuales, como Manuel Toussaint, nombrado director de la biblioteca del Museo de Arqueología, Historia y Etnología, o Alberto Vázquez del Mercado, quien quedó como responsable de las publicaciones del mismo museo. Vasconcelos también permitió la promoción de intelectuales revolucionarios, y varios de sus nombramientos buscaron halagar a los caudillos de los ejércitos que apoyaban a la Convención. Por ejemplo, escogió al villarrealista David Berlanga y al villista Ramón Puente para dos puestos importantes: la Normal y la Preparatoria; al mismo tiempo, designó a Gregorio Quesnel, delegado de Zapata en la convención de mediados de 1911 del Partido Constitucional Progresista, como secretario de la Escuela Odontológica.[50] En resumen, el equipo educativo de Eulalio Gutiérrez fue ecléctico. Si Madero había descansado al principio sobre intelectuales porfiristas, y si Carranza los había despedido de inmediato, Gutiérrez, previo consejo de Vasconcelos, conservó a los más capaces y menos inmiscuidos en política, lo que demuestra que Vasconcelos tenía un proyecto más académico que político. Para él no importaban la edad o la ideología, sino la calidad intelectual.

¿En qué consistía dicho proyecto? ¿Cómo hubiera afectado a la Universidad Nacional en caso de haber sido aplicado? ¿Cuál fue el desempeño de ésta durante el periodo gutierrista? En términos generales puede decirse que la Universidad Nacional pasó por un periodo prometedor, pero confuso. Por principio de cuentas, debido a que el rector Valentín Gama fue nombrado ministro de Fomento por Gutiérrez,[51] no pudo seguir al frente de la institución universitaria, encargo que, por otro lado, le había confiado el gobierno carrancista y legalmente había perdido al no trasladarse a Veracruz. Así, puede

decirse que la Universidad Nacional quedó acéfala, situación que se agravó pues Gama invitó al ingeniero Agustín Aragón como Oficial Mayor de Fomento, quedando así alejados del sector educativo dos intelectuales que, siendo positivistas populares, eran ideales para aquella transición universitaria, política y académicamente. Pese a ello, Vasconcelos decidió que sólo se nombraría oficialmente rector hasta después de promulgada la nueva ley de la Universidad Nacional, pero que entretanto Antonio Caso sería el encargado de la oficina. Sin embargo, luego de la renuncia de Ramón Puente, a días de nombrado, Caso quedó al frente de la Preparatoria.[52] Nunca se aclaró si con esto acababa su otra responsabilidad, pero es indudable que la Universidad Nacional careció de autoridad máxima durante la primera etapa del gobierno convencionista. Aunque Ramón López Velarde permaneció como jefe de la Sección Universitaria,[53] es evidente que los hombres más influyentes en la institución eran el propio Vasconcelos, Antonio Caso y Ezequiel Chávez.

¿Cuáles fueron los proyectos de éstos? ¿Cuál fue su impacto? ¿Qué respuesta dio la comunidad? En cuanto a planes de estudio y programas, hubo tanta confusión como respecto a las autoridades. Por ejemplo, Julio García no sabía qué programa utilizar en Jurisprudencia: si el de Macedo de 1907, el suyo del periodo de García Naranjo, o el de José Natividad Macías de octubre de 1914. Aunque es obvio que habría preferido el suyo, por ser un programa del periodo huertista no se pudo poner en práctica; significativamente, se impuso entonces el de Macedo, de 1907, pero agregándosele un curso de derecho romano, lo que confirma la derrota del positivismo y de los ‘Científicos'. También hubo confusiones similares en la Preparatoria, hasta que Vasconcelos optó por el plan de García Naranjo, no importando en este caso que fuera huertista, dándole tan sólo una orientación aún más práctica.[54] En términos más amplios, es un hecho que Vasconcelos quiso federalizar la educación pública elemental y secundaria; desde entonces también pretendió aumentar los objetivos de la secretaría, para que ofreciera una auténtica educación y no una mera instrucción.[55] Desde entonces —y siempre— aseguró que la educación era el factor decisivo en la transformación del país. Respecto a la Universidad Nacional descansó mucho en Ezequiel Chávez, quien redactó un proyecto de ley —junto con Julio García y Jesús Galindo y Villa, ambos académicos favorecidos por el viejo régimen— y dirigió las discusiones que desde principios de diciembre sostuvieron aproximadamente cincuenta universitarios destacados sobre la mejor manera de dar autonomía a la institución y el mejor método de autogobierno. Aunque Vasconcelos no asistió a las discusiones, envió a Antonio Caso y a Martín Luis Guzmán como sus representantes, y mediante ellos prometió aceptar la

independencia de la Universidad Nacional.[56]

De las discusiones resultaron tres documentos, entregados a Vasconcelos a principios de 1915: el Proyecto de Ley de Independencia de la Universidad Nacional de México, su propuesta de reglamentación y un largo memorándum introductorio. En estos últimos se argumentaba la urgencia de que la Universidad Nacional fuera independiente y que dicha independencia había sido y era deseada por los secretarios del ramo —desde Sierra—, por la comunidad y, más importante, por los propios revolucionarios. Por lo tanto, se decía que era lógico que éstos, libertarios por antonomasia, concedieran la autonomía a la institución aunque implicara una reforma constitucional, ya que los revolucionarios estaban dispuestos a hacer todos los cambios que fueran necesarios y, sobre todo, puesto que la Constitución de 1857 ni siquiera estaba vigente y se gobernaba por decretos. La propuesta de Chávez y sus colaboradores era distinta a la de Palavicini, pues consideraba a la Preparatoria y a los institutos de investigación científica como elementos fundamentales de la Universidad Nacional: “pies” y “cabeza”, respectivamente.[57] También era contraria a la de Gama, entonces secretario de Fomento pero rector con Carranza y Palavicini, en tanto que Gama se oponía a la independencia universitaria porque temía que ello la llevaría a convertirse en una institución aristocrática.[58] El conflicto no puede reducirse a uno entre autoridades y universitarios: varios funcionarios eran tan partidarios de la independencia como Chávez y sus colegas; por otra parte, Gama se oponía a ella a pesar de que era político reciente y tan universitario como cualquiera de los colegas de Chávez. Tal vez la diferencia entre él y éstos fuera sociopolítica: quizás Gama veía en el gobierno revolucionario, cualquiera que fuese su origen faccional, al defensor de los intereses populares; acaso Gama creía también que la independencia de la Universidad Nacional podría servir como defensa del proyecto porfiristahuertista y sierrista-naranjista, ambos partidarios de las élites.[59]

Como quiera que haya sido, el Proyecto de Ley de Independencia de la Universidad Nacional tampoco tuvo impacto, pues el gobierno de Eulalio Gutiérrez pronto tuvo que huir de la ciudad de México. El breve mandato de Vasconcelos —apenas de mes y medio— estuvo próximo a dejar una herencia innovadora para el gobierno de la Universidad Nacional: Antonio Caso, en lugar de ser designado director de la Preparatoria, fue elegido por los miembros de la comunidad. Otra característica de aquella efímera universidad vasconcelista fue la coexistencia de académicos porfirio-huertistas y revolucionarios bajo nuevos ideales y procedimientos.[60] Sin embargo, tales intentos democratizadores y conciliadores desaparecieron pronto. Vasconcelos pasó de secretario a exiliado

político en Estados Unidos, situación que pronto compartió Martín Luis Guzmán.[61] El poder nacional fue tomado por la facción villista de la Convención, encabezada por Roque González Garza, quien nombró a Ramón López Velarde como secretario de Instrucción Pública.[62] Comenzaron entonces los tiempos más difíciles para el sector educativo. Afortunadamente fueron breves: González Garza sólo pudo mantenerse en la ciudad de México durante dos semanas, y a finales de enero ésta fue ocupada por las fuerzas constitucionalistas de Alvaro Obregón. Sin embargo, debido a que enfrentó todo tipo de problemas socioeconómicos además de la presión militar de las fuerzas zapatistas que controlaban las inmediaciones de la ciudad, Obregón no puso atención a la Universidad Nacional, formalmente cerrada desde la evacuación carrancista de finales de 1914. Cuando los convencionistas recuperaron la ciudad de México, a mediados de marzo, encontraron las instalaciones educativas igual que como las habían dejado a su partida.[63]

EL CAÓTICO 1915

¿Qué sucedió a la Universidad Nacional, realmente, durante los primeros meses de 1915? Ramón López Velarde y Joaquín Ramos Roa, su sucesor en la secretaría, no hicieron mucho. El gobierno de González Garza estuvo ocupado, comprensiblemente, resistiendo la presión militar de los constitucionalistas; además, los pocos días que detentó el poder no podían ser suficientes para conformar un gobierno y diseñar un proyecto político completo. González Garza debió pronto trasladar su gobierno a Cuernavaca, quedando cerradas las instalaciones universitarias, y expectante la comunidad durante el breve dominio que Obregón ejerció en febrero sobre la ciudad. Si bien a éste no le interesó modificar la disposición de Carranza y Palavicini que ordenaba la suspensión de las actividades universitarias,[64] sí se mostró interesado en encontrar apoyo popular para la lucha contra los ejércitos villista y zapatista, lo que explica que haya solicitado el respaldo de los estudiantes en una junta celebrada en la Casa del Obrero Mundial.[65] A pesar de que la prensa proconvencionista asegurara que los estudiantes negaron su apoyo a Obregón mediante claras exclamaciones en favor de Villa y Zapata,[66] es innegable que por lo menos obtuvo un respaldo considerable de numerosos estudiantes de Medicina.[67] Empero, ¿qué actitud tomaron hacia el constitucionalismo los estudiantes de las otras escuelas?

Cualquiera que haya sido la postura de la mayoría de los jóvenes, Obregón abandonó la ciudad de México en la segunda semana de marzo, permitiendo al

gobierno convencionista recuperarla. Sin embargo, a diferencia de Carranza y de Eulalio Gutiérrez, durante su segunda estancia en el Palacio Nacional, iniciada a mediados de marzo, González Garza no tuvo un buen secretario de Instrucción Pública: Joaquín Ramos Roa carecía de la capacidad política de Palavicini; del carisma, la cultura y la inteligencia de Vasconcelos, así como de la honda sabiduría de López Velarde. Tan pronto tomó posesión de la oficina, Ramos Roa intentó revitalizar las actividades educativas. Sin embargo, dos de sus primeras disposiciones fueron especialmente fallidas: buscó deponer a las autoridades nombradas por Palavicini o Vasconcelos,[68] y sustituyó a Ezequiel Chávez como principal asesor en materia universitaria por un tal José Ortiz Rodríguez.[69] Es incuestionable que la Universidad Nacional pasó entonces los peores momentos desde su creación. Con todo, la tendencia autogestionaria y democratizadora surgida a finales de 1914 y principios de 1915 con los ofrecimientos libertarios de Palavicini y el proyecto independentista de Ezequiel Chávez, fue revitalizada por Rafael Pérez Taylor, un empleado menor en la secretaría a finales del porfiriato que luego se había dedicado a labores sindicalistas. Pérez Taylor fue nombrado jefe de la Sección Universitaria, y conminó inmediatamente a los directores de las escuelas y de las otras dependencias universitarias para que propusieran al presidente González Garza tres nombres, entre los cuales se elegiría al rector. El escogido fue Valentín Gama, pero se hizo cargo del puesto a partir de finales de abril; entre tanto, el oftalmólogo Miguel Silva ocupó la rectoría.[70]

Obviamente, el problema no se reducía a la torpeza de esos funcionarios educativos y universitarios. Lo grave era la carencia de un proyecto universitario coherente; la confusión era inmensa: Gama, que había sido rector meses antes, director de la Preparatoria con Madero y durante cierto tiempo miembro del Consejo Universitario, no supo qué actitud tomar. Primero solicitó urgente consejo a la secretaría —no obstante estar encabezada por un hombre que desconocía el medio— sobre cómo actuar y con qué ley debía legitimar sus actos, pues consideraba —erróneamente— que la de 1910 había sido suspendida, sin notar que dicha suspensión —dictada por Carranza y Palavicini en octubre de 1914, siendo él el rector— se reducía a determinados artículos, permaneciendo vigente el resto.[71] Gama tampoco sabía con precisión qué escuelas y dependencias integraban entonces la Universidad Nacional; menos aún conocía sus necesidades y la mejor forma de satisfacerlas.[72] Su concepción de la Universidad Nacional era un problema mayor que su ignorancia, pues su diagnóstico era pesimista pero correcto: creía que más que de una auténtica universidad se trataba de un grupo de escuelas independientes, no gobernadas

por las autoridades universitarias —rector o Consejo—, sino por un par de funcionarios gubernamentales; para colmo, consideraba que dichas escuelas carecían de la calidad académica necesaria. Por lo mismo, se hallaba convencido de que el rector era una figura inútil que duplicaba las labores de los directores de las escuelas o de los funcionarios del ministerio,[73] lo que hace paradójico que haya aceptado su designación. ¿Fue presionado u obligado a aceptar, como permite suponerlo el que haya pasado casi un mes entre su nominación y su toma de posesión? ¿Se debió esto a que las autoridades dudaron en darle posesión dado que había propuesto cambios radicales, consecuentes con su diagnóstico? De ser ésta la causa, ¿lo convencieron de olvidar sus propósitos, o intentó realizar dichos cambios? Si lo correcto es lo segundo, ¿cuáles fueron los principales intentos y logros de su gestión? ¿Cómo fueron vistos por la comunidad y por las autoridades del país?

Gama consideraba que había tres maneras de mejorar la educación profesional: una consistía en volver a la situación anterior a 1910, lo que implicaba la supresión de la Universidad Nacional y de su puesto de rector; otra era organizar una universidad tradicional, similar a la mayoría de las universidades del mundo, con un rector independiente y poderoso y sin directores de escuelas. Su dilema era, por lo tanto, enorme: por un lado pretendía aumentar el poder rectoral; por el otro aceptaba que la desaparición de dicha figura podía ser la solución. La última propuesta de Gama era absolutamente irrealizable en ese momento: la cesión por el gobierno de la educación profesional a empresarios privados, cuidando solamente que no cayera en manos de la Iglesia católica.[74] Gama creía que una administración centralizada en un rector poderoso sería académicamente peligrosa pero muy conveniente en términos políticos; para él, el mayor riesgo era la interferencia de la Secretaría de Instrucción Pública. En ese sentido podría ser considerado partidario de la autonomía; sin embargo, explícitamente dijo que ésta implicaba un privilegio aristocratizante para la institución. Las contradicciones y dudas de Gama podrían haber sido superadas si el gobierno o los delegados en la Convención hubieran tenido una idea clara sobre la estructura y los objetivos de la Universidad Nacional. Desgraciadamente ése no fue el caso: los funcionarios ignoraban casi todo al respecto, salvo Rafael Pérez Taylor, jefe de la Sección Universitaria y delegado en la Convención, quien sólo una vez debatió el asunto, proponiendo la abolición de la Secretaría de Instrucción Pública y la emancipación de la Universidad Nacional.[75]

Las indefiniciones y contradicciones se hicieron evidentes en la nueva ley constitutiva, hecha a finales de mayo por una heterogénea comisión compuesta

por el rector Gama, el general Federico Cervantes y el poeta Ramón López Velarde. La integración de la comisión tuvo indudables razones políticas: independientemente de su puesto, Gama era considerado zapatista gracias a su sobrino Antonio Díaz Soto y Gama; Cervantes, graduado en el Colegio Militar y con estudios de especialización en Europa, era un militar profesional muy cercano a Felipe Ángeles, por lo tanto villista, sin experiencia universitaria; Ramón López Velarde era, políticamente, un católico simpatizante de Madero, y también carecía de una auténtica experiencia universitaria, aunque por un tiempo fuera, también, jefe de la Sección Universitaria.[76] Como era previsible, Gama aprovechó sus conocimientos y cargo para dominar la comisión. Por lo tanto, la propuesta de ésta debe ser vista como suya, aunque también como producto de la situación política imperante a mediados de 1915. Gama recomendó la disolución de la Universidad Nacional y de la Secretaría de Instrucción, lo que implicaba volver a la situación anterior a 1905, aunque propuso que los asuntos educativos no fueran resueltos por la Secretaría de Justicia, sino por la de Fomento, coto de los zapatistas, quienes confiaban ciegamente en las potencialidades de esa oficina; a su vez, los asuntos universitarios serían resueltos por una Junta Directiva de Instrucción Pública, formada por los directores y un delegado de cada escuela profesional y de la Preparatoria, cuerpo que se instalaría cuando se restableciera un gobierno constitucional.[77] Sin embargo, debido a lo efímero del segundo gobierno de González Garza —semejante en eso a todos los habidos desde mediados de 1914—, la propuesta de Gama fue solamente otro frustrado capítulo del proceso transformador de la Universidad Nacional, comenzado por García Naranjo y continuado por Palavicini, Vasconcelos y Ezequiel Chávez.

Es incuestionable que esos meses fueron terribles para la institución. Sin embargo, lo peor estaba todavía por venir, cuando la facción zapatista de la Convención desplazó en junio al grupo de González Garza, quien fue sustituido por Francisco Lagos Cházaro. Éste nombró secretario de Instrucción a Otilio Montaño, joven profesor rural, de los primeros en tomar las armas en Morelos y autor del Plan de Ayala. El problema no se redujo a poner a un profesor rústico al frente de todo el sistema educativo público, sino que se agravó con la designación del mexiquense Lucio Tapia como subsecretario.[78] Como consecuencia de estos nombramientos inadecuados, Gama y López Velarde renunciaron de inmediato a sus cargos de rector y de jefe de la Sección Universitaria.[79] Si se considera que Montaño tenía, además, graves responsabilidades militares y políticas,[80] y que no hubo sustituto de Gama,[81] debe concluirse que desde principios de junio hasta mediados de julio la Universidad Nacional estuvo acéfala. Desgraciadamente, lo más grave no era la

falta de autoridades, sino la parálisis casi total de las actividades universitarias cotidianas: muchos de los mejores académicos e intelectuales del país se encontraban en el extranjero, y buena parte de los que permanecieron en México dejaron de cumplir sus obligaciones docentes.[82] Obviamente, la situación militar de la ciudad y sus pésimas condiciones económicas, policiales y sanitarias explican el ausentismo de profesores y estudiantes. Dado el caos imperante en la ciudad, era un grave riesgo —innecesario, además, por las ausencias constantes de ios profesores justificadas por la suspensión de sus pagos— asistir a las escuelas.[83]

A pesar de que Montaño prometió que haría una reforma radical de todo el sistema educativo, concentró sus esfuerzos, comprensiblemente, en la educación infantil. Sus principales objetivos eran la construcción de escuelas primarias y rudimentarias en todo el país, especialmente en los pueblos más pobres y pequeños; erradicar la burocratización del sector; imponer una mínima uniformidad a la educación nacional; promover las escuelas normales, para mejorar la enseñanza, y dignificar al profesorado y mejorar su nivel socioeconómico.[84] En rigor, sus objetivos estaban acordes con la ideología y el proyecto estatal zapatistas, y partían de un atinado diagnóstico de la pésima situación educativa de la mayor parte del país, pero desgraciadamente eran irrealizables. Militar y políticamente, el gobierno de Lagos Cházaro sólo controlaba la ciudad de México y algunos de sus alrededores; económicamente carecía hasta de los mínimos recursos. Problemas estructurales aparte, el jefe de la Sección Universitaria —Juan Mancilla Río— y sus principales autoridades propusieron a Montaño que la Universidad Nacional permaneciera como cuando fue creada en septiembre de 1910, sin autonomía y con un rector que fuera, simplemente, el intermediario entre la secretaría y las escuelas universitarias; esto es, para ellos la Universidad Nacional debía ser una dependencia gubernamental, y el rector y el Consejo Universitario, cuando mucho, funcionarios locales y órganos consultivos. Por lo tanto, podría decirse que durante el dominio zapatista desaparecieron, incluso formalmente, los ideales y proyectos autonomistas, aunque también se propuso que, de federalizarse la educación universitaria, habría que crear una Dirección General de Enseñanza Universitaria que fuera el órgano coordinador de un sistema de por lo menos cinco universidades regionales.[85] Aunque esta idea era indudablemente sensata y confirmaba el anticentralismo zapatista, el problema fue que el gobierno de Lagos Cházaro carecía de legitimidad y poder.

Si las propuestas anteriores fueron de Mancilla Río y sus colegas, ¿cuál fue la actitud personal de Otilio Montaño hacia la institución? Si bien nunca hizo

explícito su proyecto universitario, sus actos fueron más que elocuentes: atacó fieramente en la Convención a Rafael Pérez Taylor, único delegado que se había interesado por la Universidad Nacional; permitió que las tropas de Alfredo Serrato, que resguardaban la ciudad de México, dispusieran de las instalaciones de Altos Estudios para usos militares; confiscó la Casa del Estudiante donada hacía años por el hacendado porfirista Limantour, y criticó severamente al profesorado universitario, reclamándole que la mayoría tuviera más de un empleo, a pesar de que no existía la posibilidad de ser profesor de tiempo completo. En resumen, se negó a apoyar a la Universidad Nacional en cualquier sentido.[86] Su actitud afectó pronto a los miembros de la comunidad: numerosas autoridades y profesores renunciaron, y otros muchos que no lo hicieron fueron remplazados por sustitutos escogidos más por afinidades políticas que por su capacidad académica.[87] Por su parte, los estudiantes tampoco apoyaron al gobierno convencionista de Lagos Cházaro y prefirieron esperar el predecible e inminente triunfo constitucionalista. Obviamente, fueron muy pocos los profesores que acompañaron a Lagos Cházaro a Cuernavaca a finales de julio, cuando tuvo que abandonar la ciudad de México, y en todo caso regresaron a la capital para trabajar con el gobierno de Carranza tan pronto éste la recuperó definitivamente.

"CATRINES", AGRARISTAS O "DOITORES"

Con excepción de algunos estudiantes de Agricultura, dependientes de la Secretaría de Fomento y no de la de Instrucción Pública, la etapa convencionista terminó a mediados de julio para la comunidad universitaria. Sin embargo, por desatendida que haya estado la institución, ese año se experimentó el cambio más sorprendente y radical en materia de conducta política estudiantil de todo el decenio. Hasta entonces, salvo raras excepciones, los jóvenes no habían mostrado grandes simpatías hacia el villismo o el zapatismo. Sin embargo, esta situación cambió cuando fue obvio que el viejo régimen había sido derrotado definitivamente, que la reforma agraria pasaba a ser una de las principales tareas y finalidades nacionales y que las facciones villista y zapatista habían dejado de ser simples conglomerados de grupos populares armados, con conductas más propias de bandidos, pues ahora incluían a varios intelectuales y se habían convertido en fuerzas políticas fundamentales que incluso daban la impresión de tener posibilidades de convertirse en la facción triunfadora. Por lo tanto, cuando apelaron a los estudiantes encontraron buena acogida entre los alumnos de Agricultura. ¿Cómo y por qué sucedió así? ¿Obtuvieron los convencionistas

otros apoyos del resto de los estudiantes? ¿Cuáles eran las peculiaridades de los alumnos de Agricultura? ¿Cuáles fueron las particularidades de su apoyo? ¿Por qué se lo negaron los otros jóvenes?

Previsiblemente, por sus orígenes sociogeográficos e intereses profesionales, los estudiantes de Agricultura estaban altamente interesados en el reparto agrario. Sin embargo, se hallaban muy divididos respecto al grupo agrarista que preferían apoyar. Los provillistas, gracias a Raúl Aguirre Benavides "hermano menor de Luis, Eugenio y Adrián, importantes exmaderistas y villistas— crearon un grupo encabezado por Gilberto Fabila, que fue a Chihuahua para colaborar con Manuel Bonilla en sus intentos de reformar la estructura agraria chihuahuense.[88] Sin embargo, el grupo mayor, que casi alcanzaba los cuarenta jóvenes, se hizo zapatista. Bajo la influencia de su profesor Ignacio Díaz Soto y Gama, hermano de Antonio —abogado y político potosino de ideología liberal y anarquista, convertido en intelectual adherido al zapatismo—, y de uno de sus compañeros, Alfonso Cruz —de tiempo atrás relacionado con Manuel Palafox, poblano que hizo algunos estudios de ingeniería, comerciante y empleado antes de incorporarse a la lucha, en la que llegó a ser el más influyente intelectual y político con Zapata, lo que lo convirtió en secretario de Agricultura del gobierno de la Convención—,[89] aquellos cuarenta jóvenes arribaron a los campamentos zapatistas de Morelos a principios de 1915.[90]

¿Quiénes eran estos estudiantes? ¿Qué labores realizaron en Morelos? ¿Cómo fueron aceptados por los vecinos? ¿Cómo, por los jefes y soldados zapatistas? ¿Cuál fue el resultado de sus esfuerzos? ¿Cuáles fueron sus posteriores destinos? Según un veterano de aquella aventura, la gran mayoría de los involucrados procedía de la clase media rural del norte del país.[91] Ello explica que a los ojos de los campesinos morelenses y de los zapatistas fueran unos "catrines". Como quiera que fuera, tanto por ser tiempos de grandes alianzas políticas como por su dedicación a la tarea de determinar rigurosamente las extensiones y límites de las tierras de los pueblos, aquellos jóvenes fueron bien aceptados por los lugareños. Lo mismo podría decirse de los jefes zapatistas, aunque es evidente que recibieron mejor trato de los jefes fuereños, urbanos, que de los auténticos jefes locales. Considérese, por ejemplo, que fueron apoyados por Manuel Palafox, Antonio Díaz Soto y Gama, Rafael Cal y Mayor y Rafael Eguía Lis y su hijo, ambos exsoldados federales que estaban encargados de la fábrica zapatista de municiones. El padre, como su pariente Joaquín Eguía Lis, primer rector de la Universidad Nacional, era un intelectual: se asegura que ocupaba su tiempo libre en Morelos explicando difíciles problemas matemáticos al grupo de estudiantes de Agricultura.

Cuando el gobierno convencionista fue derrotado y las tropas constitucionalistas invadieron Morelos, aquellos jóvenes tuvieron que huir y esconderse durante un tiempo. Sin embargo, posteriormente muchos de ellos se hicieron carrancistas y trabajaron en las oficinas agrarias de Yucatán, Sonora o Veracruz. Por lo tanto, sería erróneo afirmar que los estudiantes de Agricultura fueron todos zapatistas; algunos eran villistas; otros, carrancistas desde un principio, y unos más llegaron incluso a luchar contra el zapatismo, como Hermógenes Vázquez y Gilberto Ponce.[92] Lo que resulta innegable es que la mayoría, debido a la influencia de su profesor Ignacio Díaz Soto y Gama, a la cercanía de Morelos, al saberse más necesarios allí o por sinceras afinidades ideológicas, prefirió a la facción zapatista.

Sin embargo, debido a que la Escuela de Agricultura no pertenecía a la Secretaría de Instrucción Pública, y menos aún a la Universidad Nacional, sino que era una dependencia de la Secretaría de Fomento, y debido a que los orígenes sociales de sus estudiantes eran básicamente rurales, diferentes a los de los jóvenes universitarios, puede afirmarse que su “aventura”, siendo uno de los aspectos más relevantes de la participación política estudiantil durante la Revolución mexicana, no es representativa de los estudiantes universitarios, más urbanos y clasemedieros. Así, tampoco resulta ilustrativo el mayor radicalismo de los jóvenes normalistas, de orígenes urbano-populares y cuya profesión descansa en su imprescindible conciencia social. Obviamente, toda generalización es tan contundente como riesgosa. Aquí debe recordarse que hubo varios estudiantes típicamente universitarios que se hicieron zapatistas, como el grupo de preparatorianos encabezado por José Inclán y Jorge Prieto Laurens, como el chiapaneco Rafael Cal y Mayor, o como los pretendientes a médicos Gustavo Baz y José Parrés, quienes sabían que los zapatistas requerían de médicos igual que de agrimensores.

Sin embargo, la verdad es que Baz era miembro de un grupo de conspiradores y oposicionistas antihuertistas —encabezado por el doctor Alfredo Cuarón— que simpatizaba con los rebeldes norteños. Sólo la urgencia de huir de la capital cuando fueron descubiertos los llevó a los cercanos campamentos zapatistas, única “salida rápida” a su “desbandada”. Además, las características de Baz le permitieron trascender los aspectos médicos, por lo que pronto fue también un político usado por los zapatistas para los escenarios nacionales y los asuntos administrativos, primero como representante del cabecilla Francisco Pacheco en la Convención, y luego como gobernador convencionista del Estado de México.[93]

En realidad, y al margen de Baz y de algún otro joven médico zapatista, los

alumnos de Medicina que participaron en la lucha armada lo hicieron en los ejércitos carrancistas, más profesionales y con una organización que incluía equipos médicos, o en la política constitucionalista, en la que tendrían más influencia que en la convencionista. Además, Alfonso Cabrera, Francisco Castillo Nájera, Fidel Guillén y José Siurob influyeron en la elección de sus condiscípulos más jóvenes, entre los que cabe mencionar a Florencio Carrillo, Galileo Cruz Robles, José E. Franco y, sobre todo, a Guadalupe Gracia García, miembro fundador de la Cruz Blanca Neutral y del Cuerpo Médico Militar, que aprovechó el convoy sanitario para editar un periódico, *El Noroeste*, durante la campaña contra el villismo, y quien a principios de 1917 fue el primer director de la Escuela Constitucionalista Médico Militar.[94]

La fundación de esta escuela, y el haber puesto como director del Hospital General en 1918 a Castillo Nájera, demuestra el interés de las autoridades porque la profesión médica estuviera dominada, gremial, ideológica y políticamente, por partidarios de la Revolución mexicana, para acabar con el dominio que habían tenido los “porfirio-científicos” Eduardo Liceaga y José Terrés, o el huertista Aureliano Urrutia.[95] Es obvio que la transformación también tenía que darse en el ámbito profesional, y muy especialmente en el médico, que como el normalista, requería de una considerable conciencia social congènita.

Notas al pie

[1] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 5 de octubre de 1914, en Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario íntimo con Alfonso Reyes*, *1906-1946*, II, p. 69 (en adelante *Epistolario HU-R). El Pueblo*, 16 de abril de 1915. García Naranjo, VII, p. 333.

[2] FUN, RR, c. 6, exp. 88, ff. 2492-2494. Pedro Henríquez Ureña abandonó el país pues las condiciones le impedían desarrollar adecuadamente su obra intelectual; además, como extranjero estaba justificado su rechazo a compartir la crisis nacional.

[3] Como ejemplo de esta actitud, véase la carta de Antonio Caso, director de Altos Estudios, a Ezequiel Chávez, rector UN, 24 de agosto de 1914, FUN, RR, c. 6, exp. 75, f. 2136.

[4] Chávez trabajó intensamente durante el gobierno de Huerta. Véase *ibid*., c. 7, exp. 95.

[5] Curiosamente, no había científicos sociales en el jurado, compuesto por Antonio Caso, filósofo; Federico Mariscal, arquitecto, y Luis Salazar y Valentín Gama, ingenieros. Véase *ibid.*, c. 5, exp. 73, f. 2053.

[6] Ezequiel Chávez, rector un, a Félix Palavicini, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, 26 de agosto de 1914, en fech, RU, c. 1, doc. 46. Véase también FUN, RR, c. 6, exp. 75, f. 2134.

[7] Véase la carta de Chávez a Palavicini citada en la nota anterior. Véase también FUN, RR, c. 6, exp. 85, ff. 2414-2418.

[8] *Ibid.*, exp. 75, ff. 2112 y 2139-2140. FECH, RU, c. 1, doc. 60; c. 2, docs. 155.

[9] Julio García, director de Jurisprudencia, a Ezequiel Chávez, rector un, 24 de agosto de 1914, FUN, RR, c. 6, exp. 75, ff. 2147-2150. Ezequiel Chávez a Félix Palavicini, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, 31 de agosto de 1914, *ibid*,, ff. 2172-2173.

[10] Ezequiel Chávez, rector un, a “los alumnos de Ingenieros”, 22 de agosto de 1914, en *ibid.*, ff. 2120-2121. Véase también ff. 2124-2125, 2130, 2134-2135 y 2145.

[11] El hidalguense Gómez Noriega simpatizó con el maderismo y en 1914 se incorporó a las fuerzas de Pablo González, del que fue asesor jurídico entre 1916 y 1918; además, fue periodista en *El Pueblo.* Cf. *DHBRM*, III, pp. 582-583. Para Bauche Alcalde, *ibid.*, VII, pp. 394-395.

[12] *El Liberal*, 21 de agosto de 1914. Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, p. 207.

[13] “La vida de un luchador”, en *Boletín de Educación*, México, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1916, vol. I, parte 1, pp. 7-15 (en adelante, be). La versión manuscrita, en FUN, RR, c. 8, exp. 105. *El Liberal*, 25-26 de agosto de 1914. Para una irónica biografía de Palavicini véase Marcos E. Becerra, *Palavicini desde allá abajo...*, México, Talleres de El Hogar, 1924.

[14] Félix Palavicini, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, a Ezequiel Chávez, rector un, 26 de agosto de 1914, FUN, RR, c. 6, exp. 75, f. 2146. *El Demócrata*, 18 de septiembre de 1914. *El Pueblo*, 9, 19 y 26 de octubre de 1914.

[15] Una breve descripción de sus principales actividades, en FUN, RR, C. 8, exp. 105. Véase también be, 1-1, pp. 4-6. *El Abogado Cristiano*, 17 de septiembre de 1914. *El Pueblo*, 4 de octubre de 1914.

[16] *BE*, 1-1, pp. 4-6, 28-32. *El Correo Español*, 14 de septiembre de 1914.

[17] Ezequiel Chávez, rector UN, a Félix Palavicini, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, 26 de agosto de 1914, FECH, RU, c. 1, doc. 42.

[18] Ulises Valdés, director de Medicina, a Ezequiel Chávez, rector UN, 29 de agosto de 1914, *ibid.*, c. 2, doc. 144. *El Liberal*, 17-19 de agosto; 2 de septiembre de 1914.

[19] *El Demócrata*, 25 de septiembre de 1914. El clima contrario a los intelectuales huertistas se evidencia con el trato dado a Luis G. Urbina, encarcelado por un par de días a pesar de su edad y prestigio. En conmovedora carta a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1914, le decía: “todo se ha perdido fuera de mí; el medio es... hostil a la cultura... tengo horror a la calle; una enfermedad que tal vez pudiera llamarse viafobia”. Cf. Alfonso Rangel Guerra, *Alfonso Reyes en tres tiempos*, Monterrey, Gobierno de Nuevo León, 1991, pp. 56-58.

[20] FG, PR, c. 122, exps. 2-3, 5; c. 126, exps. 81, 93-94. *El Demócrata*, 25-28 de septiembre de 1914. *El Liberal*, 28-29 de agosto; 13 de septiembre de 1914. *El Pueblo*, 6, 13, 25 y 30 de octubre de 1914.

[21] En rigor, Cravioto fue nombrado Oficial Mayor, pero se dispuso que tomara participación “en todas las labores que están encomendadas a este Ministerio". Cf. fg, pr, c. 33, exp. 30. Véase también *DHBRM*, III, pp. 564-565. Poco después fue puesto formalmente al frente de la dirección de Bellas Artes.

[22] Las mejores y más actualizadas aproximaciones biográficas a López Velarde son las de Guillermo Sheridan y Gabriel Zaid: del primero consúltese *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; del segundo, las páginas que le dedica en el tomo II de sus *Obras completas*, México, El Colegio Nacional, 1993, pp. 347-463.

[23] Respecto al rumor sobre Cabrera, véase la carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 28 de septiembre de 1914, en *Epistolario HU-R*, II, p. 61. Para el nombramiento de Gama, véase FEP, núm. 604.

[24] Aunque no hay constancia de su nombramiento, hecho en septiembre, el 1 de octubre se decidió que quedaba “insuficiente”. Cf. FEP, núm. 560.

[25] *Ibid*., núms. 1578, 1723. *DHBRM*, I, p. 52-53. *BE*, 1-1, pp. 31-32, 40, 43-46 y 74-81. *El Liberal*, 27-28, 30 de agosto; 1, 3, 5-6 y 11-2 de septiembre de 1914. *El Pueblo*, 4 y 29 de octubre de 1914. Palavirini, *Mi vida...*, pp. 207-209. Vasconcelos, *La Tormenta*, en *Memorias*, I, pp. 564-565.

[26] FUN, RR, c. 7, exp. 89, ff. 2522 y 2536. BE, 1-1, pp. 62-68, 111-113 y 131-132, *El Liberal*, 6 de septiembre de 1914. Para Cabrera, FG, PR, C. 119, exp. 22.

[27] Las relaciones entre Martín Luis Guzmán y Henríquez Ureña nunca fueron buenas. Por ejemplo, Guzmán confesó a Alfonso Reyes que sus relaciones con Henríquez Ureña eran “complicadas y dolorosas”, y en una ocasión lo llamó “ingrato”; a su vez, el dominicano lo consideraba “deshonesto”, incapaz de “vivir en paz” y falto “de tono”.

[28] FEA, núm. 1884. FEP, núm. 619.

[29] En efecto, Macías hizo sus estudios profesionales en el Colegio del Estado de Guanajuato. Fue nombrado director de Jurisprudencia el 30 de agosto de 1914 y profesor interino de derecho civil tres días después. Cf FEP, núm. 1578. Respecto a la política, recuérdese que Julio García intentó ser gobernador de Guanajuato a la caída de Madero. Cf. AFLB, imp., c. 2, leg. 173.

[30] La dirección de la Biblioteca Nacional fue el primer puesto académicointelectual de Rojas. Aunque abogado, antes de la revolución había sido periodista y político simpatizante de Díaz. Cf. FEP, núm. 8373. *DHBRM*, IV, pp. 156-157. Para Díaz de León véase su abultado expediente, en FEP, núm. 431; véase también *DHBRM*, I, pp. 52-53. En el Archivo Histórico de la UNAM existe el Fondo Jesús Díaz de León, donde en la caja 11, documento 67, se encuentra un detallado currículum suyo, en el que queda claro que sus principales intereses eran las lenguas muertas —griego, latín y hebreo—, así como la historia natural y la zoología.

[31] El Liberal, 16 de septiembre de 1914. *El Pueblo*, 13 de octubre de 1914.

[32] FIP y BA, c. 288, exp. 9 (1). FUN, RR, C. 7, exp. 89, ff. 2519-2552. Véanse también varias cartas entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, de mediados de 1914 a principios de 1915; por ejemplo, *Correspondencia R-HU* pp. 372, 406, 411, 415, 449 y 478; *Epistolario HU-R*, II, pp. 107, 118, 133,198 y 208.

[33] *El Demócrata*, 19 de septiembre de 1914. *El Pueblo*, 15, 23, 25 y 26 de octubre de 1914.

[34] Ezequiel Chávez, rector un, a Antonio Caso, director Altos Estudios, 25 de agosto de 1914, FUN,

RR, c. 6, exp. 75, f. 2138. *BE*, 1-1, pp. 166-167. *El Liberal*, 29 de agosto de 1914.

[35] *BE*, I-l,p. 31.

[36] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 5 y 24 de diciembre de 1914, en *Epistolario HU-R*, II, pp. 106, 118. *El Liberal*, 4 de septiembre de 1914. *El Pueblo*, 2-3, 5-6, 15, 25, 28 y 30 de octubre; 4 y 7 de noviembre de 1914.

[37] FEP, núms. 560, 1723. Cartas del 15 y 19 de octubre de 1914, en *Epistolario HU-R*, II, pp. 79, 81. *El Abogado Cristiano*, 22 de octubre de 1914. *El Pueblo*, 1-3 y 17 de octubre de 1914. Vasconcelos, *La Tormenta*, en *Memorias*, I, pp. 575-592.

[38] *BE*, 1-1, pp, 43-50. *El Demócrata*, 7 y 23 de octubre de 1914. *El Pueblo*, 2, 17, 22» 25, 28 y 31 de octubre de 1914.

[39] *BE*, 1-1, pp. 51-54. *El Demócrata*, 30 de septiembre de 1914. *El Pueblo*, 3 de octubre de 1914.

[40] *Ibid*., 28 de octubre de 1914.

[41] Félix Palavicini, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, a Valentín Gama, rector un, 2 de octubre de 1914, en FUN, RR, c. 6, exp. 80, f. 2320. Véase también, *BE*, 1-1, p. 183.

[42] *Ibid.*, p. 194. *El Pueblo*, 9, 27-28 de octubre; 1 y 10 de noviembre de 1914.

[43] Las transcripciones de las discusiones de la comisión pueden consultarse en De Maria y Campos, *Estudio*pp. 148-157.

[44] FUN, RR, c. 6, exp. 87, ff. 2482-2487.

[45] Félix Palavirini, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, a Valentín Gama, rector UN, 20 de noviembre de 1914, *ibid.*, exp. 80, ff. 2321-2322.

[46] *El Correo Español*, 26 de noviembre de 1914.

[47] Valentín Gama, rector un, a Alvaro Obregón, 21 de noviembre de 1914, FUN, RR, c. 6, exp. 80, f. 2323. Valentín Gama a Félix Palavicini, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, 11 de noviembre de 1914, *ibid*., 2324.

[48] *El Correo Español*, 30 de noviembre de 1914. *El Monitor*, 5-6, 8-9 y 13 de diciembre de 1914.

[49] *Ibid.*, 6, 9 y 27 de diciembre de 1914. Colín, también poeta del Ateneo, estaba en Europa como diplomático huertista; sin embargo, a pesar de una disposición de Carranza, Isidro Fabela lo ayudó a regresar al país. Véase Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 1 de noviembre de 1914, *Epistolario HUR*, II, pp. 85-86.

[50] *El Monitor*, 8 y 29 de diciembre de 1914. El nombramiento de Berlanga estaba justificado, pues tenía una enorme experiencia: normalista, con estudios en Europa de psicología y pedagogía, al triunfo maderista fue hecho director de educación en San Luis Potosí; por otra parte, luchó a las órdenes de Antonio I. Villarreal, también normalista. Cf. *DHBRM*, I, pp. 266-267.

[51] *El Monitor*, 5 de diciembre de 1914.

[52] FC, PR, c. 101, exp. 71. *El Abogado Cristiano*, 21 de enero de 1915. *La Convención*, 13 de enero de 1915. *El Monitor*, 17 de diciembre de 1914. *Los Sucesos*, 11 de enero de 1915.

[53] *El Monitor*, 9, 22 de diciembre de 1914.

[54] *Ibid*., 12, 15, 26 de diciembre de 1914.

[55] *Ibid.*, 6 de diciembre de 1914.

[56] Entre los que participaron en tales discusiones están: Enrique O. Aragón, Erasmo Castellanos Quinto, Luis Castillo Ledón, Jesús Díaz de León, Genaro Fernández Mac Gregor, Jesús Galindo y Villa, Manuel Gamio, Julio García, Carlos González Peña, Carlos M. Lazo, Agustín Loera y Chávez, Federico Mariscal, Alfonso Pruneda, Alejandro Quijano, Mariano Silva y Aceves, Miguel E. Schultz, Julio Torri, Manuel Toussaint, Alberto Vázquez del Mercado, Ulises Valdés y Luis G. Urbina. Véase FUN, RR, C. 7,

exp. 103, f. 2950. *El Monitor*, 9, 11, 13 de diciembre de 1914,

[57] "El Proyecto de Ley" y el "Memorándum", en De María y Campos, *Estudio*..., pp. 164-177.

[58] El conflicto entre Ezequiel Chávez y Gama no era nuevo: cuando éste fue hecho rector carrancista, en septiembre de 1914, durante su discurso de toma de posesión dirigió duras críticas a Chávez. Véase *BE*,.. 1-1, p. 36.

[59] Recuérdese que Gama era pariente de Antonio Díaz Soto y Gama, primero opositor liberal de don Porfirio, luego magonista y por último zapatista.

[60] *El Abogado Cristiano*, 21 de enero de 1915. *La Convención*, 13 de enero de 1915. *Los Sucesos*, 11 de enero de 1915.

[61] FIP y BA, c. 296, exp. 68. Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, marzo de 1915, en *Epistolario HU-R*, II, p. 162. Vasconcelos, *La Tormenta*, en *Memorías*, I, pp. 647 y ss.

[62] *Los Sucesos*, 19 de enero de 1915. El gobierno convencionista también lo nombró profesor de literatura en la Preparatoria. Cf. FEP, núm. 873. Zaid debate el asunto del nombramiento, que además de interino, cuando mucho duró cuatro días. Cf. Zaid, II, pp. 446-449.

[63] Oficial de la Universidad Nacional a Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, 17 de marzo de 1915, FUN, RR, c. 7, exp. 103, f. 2910.

[64] La Convención, 14 de febrero de 1915.

[65] *El Pueblo*, 12 de febrero de 1915.

[66] La Convención, 27 de febrero de 1915, *Los Sucesos*, 12 de enero de 1915.

[67] Guadalupe Gracia García, p. 215. Durante la lucha contra los villistas y zapatistas fue creado por Carranza, a mediados de 1915, el Cuerpo Médico Militar, que serviría para encuadrar la ayuda de los médicos a su facdón y del que serían jefes José María Rodríguez y Alfonso Cabrera. Cf. FG, PR, C. 5, exp. 11.

[68] A pesar del intento de Ramos Roa, y como prueba indudable de su debilidad, es de consignarse que la mayoría de los directores de las escuelas siguieron siendo los nombrados anteriormente, como Julio García, en Jurisprudencia; Jesús Díaz de León, en Altos Estudios; Jesús Galindo y Villa, en el Museo de Arqueología, Historia y Etnología, y Alfonso Herrera, en el de Historia Natural. Las novedades fueron Erasmo Castellanos Quinto, en la Preparatoria, sustituyendo a Caso; Carlos Daza, en Ingenieros; Rafael Tello, en el Conservatorio, y González Llorea como nuevo secretario de la Universidad. Cf. FUN, RR, c. 7, exp. 93, f. 2677; c. 8, exp. 104, ff. 3104, 3107-3108 y 3122-3123.

[69] FUN, RR, c. 7, exp. 93, f. 2675. *La Convención*, 28 de febrero; 25 de marzo de 1915.

[70] Todo parece indicar que Gama fue favorecido luego de que rechazó el puesto el escritor ateneísta Mariano Silva y Aceves. Cf. FEP, núm. 604. El moreliano Miguel Silva había realizado estudios de especialización en Europa. Cf. *DHBRM*, IV, pp. 252-253.

[71] Valentín Gama, rector UN, a Joaquín Ramos Roa, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, 30 de abril de 1915, FUN, RR, C. 6, exp. 75, f. 2210; c. 7, exp. 93, f. 2680; exp. 101, f. 2884; exp. 103, f. 2951.

[72] Valentín Gama, rector UN, a Joaquín Ramos Roa, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, 29 de abril de 1915, en *ibid*., exp. 95, f. 2964; exp. 103, f. 2951.

[73] Memorándum de Valentín Gama, rector UN, a Joaquín Ramos Roa, Oficial Mayor encargado de la Secretaría de Instrucción, 30 de abril de 1915, en *ibid*, exp, 101, ff. 1887-1888; véase también c. 6, exp. 75, ff. 2206-2208 y 2210.

[74] *Ibid.*, c. 6, exp. 75, ff. 2204, 2206-2208 y 2210; c. 7, exp. 101, ff. 2888 y 2890; c. 8, exp. 104, ff. 3122-3123.

[75] *La Convención*, 8 y 10 de mayo de 1915.

[76] El pensamiento político de López Velarde puede ser analizado a partir de numerosos escritos compilados con el título de Periodismo Político, sección de sus *Obtas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, pp. 523-751. Zaid asegura que ya había sido jefe de la Sección Universitaria, o sea empleado del ministerio, a finales de 1914. Cf. II, pp. 449-453.

[77] FUN, RR, c. 7, exp. 103, ff, 295B-2959 y 2974.

[78] *Ibid.*, exp. 96) f. 2718. *El Renovador*, 9 de julio de 1915. *DHBRM*, IV, pp. 556-559. Tapia era un oscuro profesor, y su participación en la lucha revolucionaria fue menor; fue coautor en 1916 de un folleto titulado *Trilogía heroica*, que contenía breves panegíricos de Madero, Carranza y Aquiles Serdán. A la derrota del convencionismo pasó a colaborar con el carrancismo en puestos menores: a finales de 1915 se le nombró Oficial 5º del Estado Mayor de la Secretaría de Guerra. Cf. FG, PR, C. 138, exp. 39. Para datos sobre el jefe suriano véase *DHBRM*, IV, pp. 556-559.

[79] FUN, RR, c. 7, exp. 96, ff. 2706, 2722-2723; c. 8, exp. 104, f. 3124.

[80] *El Combate*, 22 de junio de 1915.

[81] Juan Mancilla Río sustituyó a Ramón López Velarde en la Sección Universitaria. Cf. FUN, RR, c. 7, exp. 96, f. 2704. Véase también *El Renovador*, 25 de junio de 1915.

[82] FUN, RR, c. 7, exp. 96, ff. 2735, 2736 bis y 2737; exp. 103, f. 2977.

[83] Un estudiante de aquel entonces narra cómo, para llegar a su escuela, tenía que embarrarse "tanto como pudiera en los muros exteriores de las casas", guarecerse "detrás de cada pilar" y "apresurar el paso" para sortear a los tiradores. Cf. Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1977, p. 43.

[84] Memorándum de Juan Mancilla Río, jefe de la Sección Universitaria, a Otilio Montaño, secretario Instrucción, 1 de julio de 1915, FUN, RR, C. 7, exp. 103, ff. 2998-3000. *El Renovador*, 17 de junio; 1 y 3 de julio de 1915.

[85] FUN, RR, c, 7, exp. 101, f. 2883; exp. 103, f. 3000.

[86] FG, PR, c. 125, exp. 11. FUN, RR, c. 7, exp. 96, ff. 2710 bis y 2712 bis; exp. 101, f. 2882. *El Renovador*, 3 de julio de 1915.

[87] FUN, RR, c. 7, exp. 96, ff. 2699 bis, 2702 y 2727. *El Combate*, 16 de junio de 1915. *El Renovador*, 16, 25 y 29 de junio; 1, 3, 7 y 9 de julio de 1915.

[88] Marte R. Gómez, *La reforma agraria en las filas villistas*, México, INEHRM, 1966.

[89] *DHBRM*, V, p. 646.

[90] Toda la información sobre este asunto deriva del relato autobiográfico de Marte R. Gómez, *Las comisiones agrarias del sur*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1961.

[91] Antes de aceptarse esta aseveración tendría que hacerse una estadística de los alumnos que gozaban de algún tipo de beca.

[92] Recuérdese que la información procede de la obra citada en la nota 90.

[93] La versión del propio Baz en Alicia Olivera de Bonfil y Eugenia Meyer, *Gustavo Baz y sus juicios como revolucionario, médico y político*, México, inah, 1971. Véase también la obra citada en la nota 61 del capítulo V y el *DHBRM*, III, pp. 618-619.

[94] Guadalupe Gracia García, *DHBRM*, I, p. 509; II, pp. 79 y 956-958; III, pp. 109 y 581.

[95] *Ibid.*, II, pp. 884-885.

VIII. MADURACIÓN Y MODERACIÓN

COLABORADORES Y REFRACTARIOS

El primer gobierno carrancista, y con él su primera política educativa, terminó a finales de 1914, cuando tuvo que abandonar la ciudad de México y radicarse en Veracruz. Dado que las instalaciones educativas permanecerían cerradas en la capital, la facción carrancista hizo un llamado a la comunidad educativa para que la apoyara en el inminente conflicto. Sin embargo, muy pocos se alistaron en el Ejército Constitucionalista y sólo algunos se trasladaron a Veracruz para seguir trabajando como burócratas o como funcionarios,[1] por lo que debe concluirse que muy pocos apoyaron prácticamente al carrancismo, seguramente porque todo parecía indicar que su derrota era ineluctable y dado que la Convención ocupó la ciudad de México.

Al margen de las decisivas consideraciones militares y políticas, era evidente que Carranza y Palavicini no habían llegado a formar un grupo medianamente cohesionado en el sector educativo. Los conflictos con José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Valentín Gama eran los más espectaculares pero no los únicos. Además de José Natividad Macías, director de Jurisprudencia y hombre de confianza de Carranza, el único otro director universitario que se trasladó a Veracruz fue Ramón Córdova, de la Facultad Odontológica. No obstante las repetidas invitaciones de Carranza para que se presentaran en Veracruz, y a pesar de las amenazas de Palavicini contra quienes permanecieran en la capital,[2] la verdad es que sólo un puñado de universitarios participó en la aventura veracruzana de Carranza. Después de tantos años pacíficos con el porfirismo y de la relativa tranquilidad de que gozó la ciudad de México durante las primeras fases de la Revolución mexicana, dicha invitación no resultó muy atractiva, ni siquiera cuando empeoraron las condiciones de vida cotidiana en la capital.

Carranza y Palavicini prometieron que todos tendrían un empleo o, en su defecto, que recibirían apoyo económico gubernamental; prometieron también

que después del triunfo constitucionalista recibirían un trato preferente en la reconstrucción del aparato gubernamental.[3] A pesar de ello, y al margen de los miembros de la comunidad universitaria que colaboraban con los ejércitos y gobiernos constitucionalistas del interior del país, del sector educativo sólo emprendieron el viaje a Veracruz los abiertamente carrancistas: además de Macías y Córdova lo hicieron Alfonso Cravioto y Luis Manuel Rojas, seguidos aproximadamente por diez profesores de la Preparatoria, dos de Odontológica —uno de los cuales era sólo ayudante de profesor—, uno de Ingenieros y otro de Jurisprudencia, además de por el secretario de la Facultad Odontológica, el bibliotecario de Medicina y una docena de empleados menores. Significativamente, la Universidad Nacional fue la dependencia de la Secretaría de Instrucción Pública con menor presencia en Veracruz; incluso si la comparación se limita a las escuelas profesionales, es evidente que la Odontológica estaba mejor representada que Jurisprudencia, seguramente por estar menos identificada con el régimen porfirio-huertista. Asimismo, mientras algunos empleados de la oficina rectoral se arriesgaron a ir a la costa, casi la totalidad de los empleados de las escuelas universitarias, en las que los revolucionarios habían podido hacer menos cambios, permanecieron en la capital: el empleado de Medicina que fue a Veracruz, el bibliotecario, era el único en una plantilla de treinta que había sido nombrado por los carrancistas,[4] haciendo evidente con ello que las nuevas autoridades desconocían la verdadera naturaleza de la Universidad Nacional, todavía parcelada por escuelas, y dejando claro que los cambios, si se deseaba que fueran profundos, no debían reducirse a los puestos directivos.

¿Qué hicieron en Veracruz los empleados de la Secretaría de Instrucción, en especial los de la Universidad Nacional? Debido a que se encontraban a cuatrocientos kilómetros de sus estudiantes y salones de clases, les fueron encomendadas muy diversas misiones y responsabilidades. Los profesores “comunes y corrientes” enseñaron en las escuelas de la entidad; los más politizados fueron enviados como propagandistas a entidades como Puebla, Tabasco, Yucatán, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato y Jalisco, entre otras, y los más experimentados fueron puestos a analizar y redactar planes y programas educativos. Asimismo, otros fueron enviados a Estados Unidos para que se informaran sobre las nuevas teorías y técnicas educativas —lo que resultó una decisión muy afortunada a largo plazo— y para que proyectaran una buena imagen del movimiento en ese país, lo que podría influir en el otorgamiento del reconocimiento diplomático.[5] Por último, personas como Palavicini, Cravioto, Macías y Rojas, políticos leales e ideólogos capaces, diseñaron varias de las más

importantes políticas sociales del constitucionalismo, para lo que crearon, dentro del organigrama de la propia Secretaría de Instrucción Pública, una oficina llamada Sección de Legislación Social.[6] Además, Luis Cabrera, importante miembro de la comunidad universitaria revolucionaria, pasó a ser el asesor de Carranza más influyente. La importancia de estos altos funcionarios educativos fue notable porque pronto dejó de reducirse a los asuntos educativos.

Cuando los constitucionalistas ocuparon definitivamente la capital del país, en agosto de 1915, el gobierno de Carranza tuvo que atender otra vez los asuntos universitarios, aunque ahora la situación de la institución distaba mucho de la encontrada un año antes. Debido a la guerra entre las facciones, a los numerosos cambios en el dominio de la ciudad, a la inseguridad en ésta y a la epidemia de tifo, las actividades universitarias se habían reducido al mínimo desde finales de 1914 hasta mediados de 1915.[7] A pesar de esto, por decisión de los gobiernos convencionistas se estaban impartiendo formalmente cursos, y el año académico de 1915 habría de concluir hacia noviembre. Por lo tanto, Carranza aceptó que permanecieran abiertas las instalaciones para que los cursos pudieran concluirse.[8] Esto implicaba que los profesores y otros trabajadores conservarían sus puestos, aunque disposiciones anteriores señalaran que todo aquel que no fuera a Veracruz perdería su empleo.

Habría sido imposible mantener funcionando las escuelas si se despedía a todos aquellos que habían permanecido laborando durante los gobiernos convencionistas. Para resolver el problema sin hacer mayores concesiones, Carranza decidió que Macías asumiera la rectoría y que los directores fueran inmediatamente sustituidos por el decano de cada escuela, decisión que se llevó a cabo con facilidad en todas ellas salvo en Altos Estudios, donde había dos decanos. Obviamente ésta no podía ser una decisión definitiva, porque el gobierno carrancista no habría de permitir que fueran directores los profesores más antiguos, con seguridad nombrados en la época porfirista: por ejemplo, Ezequiel A. Chávez en Altos Estudios o el exreyista Antonio Ramos Pedrueza en Jurisprudencia. Por lo tanto, resultó comprensible que los decanos fueran remplazados en la primera oportunidad: Ramos Pedrueza fue sustituido por Juan N. Frías, persona mucho más afín al carrancismo.[9] Por otro lado, se advirtió que todos los profesores de las escuelas debían considerarse contratados sólo provisionalmente, hasta que abierta y formalmente declararan su adhesión al carrancismo.[10]

El objetivo era conservar funcionando las instalaciones, pero sin directores anticarrancistas. Una vez logrado esto, un par de meses después, pudo comenzar la “cacería de brujas”. Debido a que los profesores eran más difíciles de

remplazar que los empleados administrativos, éstos sufrieron peores persecuciones. Aunque casi todos fueron investigados, para despedir a un profesor se requería una acusación escrita por un reconocido carrancista y que contuviera datos concretos.[11] Con tal de tener mejores y más tranquilas escuelas, unificadas en lugar de escindidas, incluso los nuevos directores nombrados por las autoridades carrancistas protegieron a su profesorado: el de Medicina, por ejemplo, aseguró que allí no había profesores anticonstitucionalistas; más aún, el de la Facultad Odontológica protegió a unos que habían servido como médicos en los ejércitos de Huerta y de la Convención.[12] Además, comparada con la presión hecha sobre algunos profesores huertistas a finales de 1914, la de principios de 1916 resultó blanda: cierto es que se procedió a intervenir las propiedades del doctor Fernando Zárraga, exdirector de Medicina, y de Agustín Rodríguez, primer rector de la Libre de Derecho; sin embargo, al primero se le acusó de haber participado en el cuartelazo contra Madero, y al segundo de ser abogado del arzobispo de México y de la compañía petrolera inglesa El Águila.[13]

¿Cuál fue el resultado de tales amenazas? ¿Cuántos profesores, autoridades y empleados fueron despedidos? ¿Cuántos no sólo tuvieron que cambiar de empleo sino que prefirieron esconderse o huir de la ciudad o del país? Sobre todo, ¿cuáles fueron las consecuencias académicas de dicha política? ¿Qué pretendía obtener Carranza con tal actitud? ¿Cómo pensaba que se llevarían a cabo las actividades universitarias durante el año académico de 1916? Desde un principio quedó claro que don Venustiano prestaría mayor atención a la educación elemental, industrial y técnica que a mucha de la que ofrecía la Universidad Nacional. Respecto a ésta, era de suponerse que trataría de llevar a cabo las reformas ofrecidas en la segunda mitad de 1914, que habían tenido que ser pospuestas porque los convencionistas lo desalojaron temporalmente de la ciudad de México. Sin embargo, si en ese lapso había cambiado notablemente la situación del país, del sector educativo y de la institución, ¿cambió también el proyecto universitario carrancista? ¿Cómo veía don Venustiano, un año después, la solución de sus problemas? ¿Afectaban a sus proyectos de mediano y largo plazos sus necesidades más imperiosas?

De libertarios a autoritarios

El proyecto carrancista para la Universidad Nacional tenía tres características básicas: concederle su cabal autonomía; restructurarla con las escuelas profesionales únicamente, sin la Preparatoria, y actualizarla y mejorarla

mediante cambios en todos los planes y programas de estudio.[14] Carranza y Palavicini habían sido muy alabados por su promesa de autonomía, y antes de que finalizara 1915 fue revivida y publicada la “Ley que declara la autonomía de la Universidad Nacional”, discutida y redactada un año antes.[15] Al principio pareció que se haría realidad el ofrecimiento: se suprimió la Sección Universitaria de la secretaría y pronto desaparecieron los puestos de secretario y subsecretario, quedando sólo el de Oficial Mayor encargado del Despacho, alegándose que el ministerio sería cada vez responsable de menos asuntos.[16] Sin embargo, la promesa volvió a quedar incumplida. Incluso puede cuestionarse si acaso fue todo un proyecto falso, si don Venustiano en algún momento intentó conceder en verdad la autonomía: ¿Pudo haber sido sincero al principio, cambiando luego de parecer? ¿Siguió fiel a su idea, pero encontró irrealizable el proyecto en esos momentos? De haber sido ésta la situación, ¿cuáles fueron los terribles obstáculos encontrados?

Carranza ha sido acusado de haber hecho falsas promesas en asuntos agrarios y laborales, por lo que no sería sorprendente que también hubiera hecho promesas espurias en materia educativa. Sin embargo, es difícil creer que haya podido engañar a toda la población del país. Resulta más razonable pensar que sus promesas fueron sinceras durante cierto tiempo, hacia finales de 1914 y principios de 1915. En efecto, durante esos meses todas las facciones participantes en la lucha revolucionaria vivieron su mayor radicalismo. Incluso el carrancismo tuvo entonces su momento más radical, aunque se haya debido a la euforia de la victoria sobre el antiguo régimen o a la necesidad de competir con el villismo y el zapatismo por el apoyo de las masas. Sin embargo, para 1916 la situación del país había cambiado del todo. Seguramente esto explica que Carranza empezara a negar sus ofrecimientos más radicales, incluyendo los de la autonomía. No obstante que Palavicini asegurara que durante su periodo las instituciones universitarias habían sido mucho más libres, y que don Venustiano criticara a la universidad “esclava” creada por Díaz y Sierra,[17] la verdad es que a mediados de 1916 la Universidad Nacional era una institución muy debilitada y empequeñecida, manejada por lo que quedaba de la Secretaría de Instrucción Pública.

En la reorganización hecha en la Secretaría de Instrucción Pública en mayo de 1916, la Universidad Nacional quedó conformada por las escuelas de Ingenieros, Jurisprudencia, Medicina, Altos Estudios y Odontológica, mientras que la Preparatoria fue entregada a la Dirección General de Educación Pública, encabezada por el influyente carrancista Andrés Osuna. Asimismo, instituciones como la Escuela Nacional de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional y el Museo de

Arqueología, Historia y Etnología, al igual que tareas culturales como la organización de concursos literarios, conferencias y congresos, fueron encomendados a la crecientemente importante Dirección General de Bellas Artes, creada por —y para— el poderoso Alfonso Cravioto, quien llegó al puesto procedente de la subsecretaría.[18] Una secuela de su nombramiento fue el conflicto en la Escuela de Arquitectura: desde finales de 1914 se había acordado que ésta se incorporaría a la de Ingenieros, "su lugar natural", pero a mediados de 1916 Cravioto, crítico de arte, decidió que la educación arquitectónica se impartiría en la Escuela de Bellas Artes. Para ello argumentó que, con excepción de un par de universidades estadunidenses, la arquitectura siempre había sido enseñada junto con la pintura y la escultura, en escuelas especializadas y academias; también alegó que era peligroso romper los contactos entre los arquitectos y los artistas; además, su separación traería el problema concreto de la división de la biblioteca; por último, insistió en que no podía suponerse que la Universidad Nacional formaría mejores arquitectos que Bellas Artes, por lo que el cambio no sólo sería inútil sino contraproducente.[19]

Puede aceptarse que esta nueva estructura fuera más racional y que era atinado liberar a la Universidad Nacional de la educación intermedia y de la divulgación cultural en el país. Sin embargo, políticamente implicaba el debilitamiento de la Universidad Nacional, lo que se confirma al considerar que bajo los nuevos reglamentos internos la función del rector quedaba muy limitada: ahora sólo podía resolver asuntos administrativos menores y contratar a empleados de nivel bajo; en cambio, le fue prohibido cuestionar el desempeño de los directores y profesores.[20] Otra demostración concreta del debilitamiento de la institución fue que Cravioto se encargara de la secretaría durante una ausencia de Palavicini; otra más, que el mismo Cravioto llegó a ser simultáneamente Oficial Mayor y Director General de Bellas Artes.[21] Estaba claro que, contra lo prometido, el rector no habría de ser una figura importante en el sector educativo del país, situación que cambiaría radicalmente en 1920 con la llegada a escena de Vasconcelos.

Sería injusto afirmar que la falta de libertad y el debilitamiento de la Universidad Nacional se debieron al creciente conservadurismo de Carranza y Palavicini, a las ambiciones po litico-administrativas de Cravioto o a la incapacidad de Macías. También incidieron algunos cambios y conflictos dentro de la élite carrancista: por ejemplo, para mediados de 1916 Palavicini, creador de la ley de autonomía, se hallaba al margen de los asuntos educativos como consecuencia del papel protagónico que pasó a desempeñar en la política nacional, al encabezar la campaña periodística en favor de que la Constitución

de 1857 no fuera sólo reformada sino sustituida por una nueva, así como al crear y dirigir un ambicioso y nuevo periódico, *El Universal*,[22] Desafortunadamente para la Universidad Nacional, Cravioto, que tenía una conflictiva relación con Palavicini, aprovechó su ausencia y comenzó a dirigir el sector educativo. Para colmo, también José Natividad Macías empezó a desempeñar importantes funciones políticas, lo que lo hizo desatender sus responsabilidades rectorales.[23] Otra explicación de la triste situación de la institución es que, para evitar que se repitieran problemas como los de finales de 1914, por tener colaboradores tan independientes o contradictorios como Vasconcelos y Gama, ahora don Venustiano puso en la Universidad Nacional —y en todas las dependencias— a incondicionales: como secretario de la Universidad Nacional quedó Alfonso Herrera, normalista campechano que había fundado la Escuela Pestalozzi en Mérida, que antes de 1910 se había radicado en Puebla, donde había entrado en contacto con Aquiles Serdán, y quien había sido secretario de Jesús Carranza; como director de Jurisprudencia fue designado Femando Lizardi, porque era de los que habían ido a Veracruz apoyando al grupo carrancista y porque era miembro del equipo político de Macías, conformado en Guanajuato desde la lucha maderista de 1910.[24] Consecuentemente, más que independiente, durante 1916 la Universidad Nacional se hizo muy progubemamental, muy carrancista.

NUEVA REFORMA

¿Qué consecuencias tuvo la falta de libertad? ¿Qué otros cambios o mejoras impidió don Venustiano? ¿Fueron momentos mediocres para la institución, o peor que eso? En términos generales, considerando que Macías y sus colaboradores carecían de un proyecto académico;[25] que muchos de los mejores profesores estaban exiliados o habían sido despedidos, sin haber sido sustituidos siempre por los mejores elementos disponibles;[26] que había una grave falta de recursos, hasta el grado de iniciarse el cobro de colegiaturas, suspenderse todas las becas[27] y buscarse la colaboración del mayor número posible de profesores "libres" —esto es, gratuitos—,[28] y que, por último, los cursos se iniciaron con retraso por la grave epidemia de tifo que asoló a la capital,[29] debe concluirse que 1916 no fue un año provechoso en términos académicos.

Pese a todo, ni los convencionistas volvieron a tomar la ciudad de México ni la moderada actitud de los estudiantes hacia la "expedición punitiva" dificultó gravemente la vida universitaria durante ese año. Aunque 1916 fue un año mediocre, al menos resultó tranquilo. Si la matrícula no fue tan alta como en

1913,[30] al menos las escuelas funcionaron. Con todo, Altos Estudios tuvo un pésimo año: sin la esperanza y ánimo de 1910 ni la febril actividad de 1913 y 1914, todavía permanecía indefinida respecto a su objetivo último y su finalidad inmediata —aún no se sabía qué grados debían otorgarse—, con un currículum excesivamente amplio, pues incluía desde historia antigua hasta botánica, pasando por cuando menos seis literaturas nacionales distintas, ciencias médicas y electricidad, y para colmo con un profesorado en buena medida inexperto.[31] Por otra parte, la escuela Odontológica pasaba por un buen momento, con su elevación a dependencia universitaria —igual a las otras— y la inauguración de su biblioteca, lo que implicaba un reconocimiento de su proceso de maduración académica y de su creciente importancia profesional.[32]

El desempeño de las otras escuelas fluctuó entre el de estas dos; puede decirse que, dadas las circunstancias, fue considerablemente bueno: en efecto, en Ingenieros, Jurisprudencia y Medicina lograron conformarse cuerpos profesorales regulares a pesar de los enormes problemas nacionales. En la primera, por ejemplo, había profesores tan destacados como el matemático Sotero Prieto; además, para personas como Antonio Anza, Carlos Dasa y Fernando Dublán —recientemente posgraduado en Europa—, la "caza de brujas" había sido una amenaza irreal; por otro lado, la obligada contratación de profesores jóvenes para suplir las ausencias resultó muy atinada, como lo prueba que Enrique Soto y Peimbert haya sido nombrado asistente de profesor. En Jurisprudencia, por su parte, continuaron enseñando Antonio Alcocer, Francisco de P. Herrasti, Manuel Mateos Alarcón, Victoriano Pimentel y Antonio Ramos Pedrueza, entre otros; además, Antonio Caso y Eduardo Pallares habían regresado a la docencia después de sendas licencias durante buena parte de 1915; por último, las nuevas contrataciones, sin garantizar un gran futuro académico para la escuela, distaban de ser equivocadas: Fernando González Roa había trabajado en la Secretaría de Justicia en la época de Madero y conocía bien los problemas del país, y Manuel G. Revilla era por lo menos experimentado en cuestiones de historia del arte mexicano.[33] Medicina, por último, además de contar con Darío Fernández, Adrián de Garay, Angel Gaviño, Tomás Gutiérrez Perrín, Fernando Ocaranza, Ignacio Prieto, Luis Rivero Borrell, José Terrés, Manuel Uribe y Troncoso y con el "comodín" Alfonso Pruneda, pudo acabar con sus conflictos político-académicos internos, lo que trajo una estabilidad de la que se había carecido durante años.[34]

Con todo, ¿sería correcto decir que 1916 no fue más —pero tampoco menos — que un año de lucha por la sobrevivencia académica? ¿Qué tan meritorio resultó haber sobrevivido? ¿Fue obra de las autoridades, o de la comunidad?

¿Pretendió alguien ir más allá de la sobrevivencia? ¿Era posible hacerlo? La concesión de la autonomía no había sido el único objetivo de Carranza respecto a la Universidad Nacional, ni puede ser vista como una astuta manera de desembarazarse de sus engorrosos problemas. Su proyecto contenía por lo menos otros cuatro elementos importantes: reformar los planes y programas de todas las escuelas; modificar la estructura de la institución; crear algunas carreras modernas, propias de los tiempos, y sobre todo, cambiar su naturaleza y finalidad última.

En realidad, aunque los cambios no habían sido llevados a la práctica por los problemas políticos y militares de la primera mitad de 1915, los planes y programas habían sido rediseñados desde la segunda mitad de 1914, cuando los constitucionalistas ocuparon la capital. Puesto que las autoridades educativas y universitarias no eran las mismas, ¿se impondrían ahora aquellos planes y programas? ¿Se harían otros para 1916? De ser éste el caso, ¿cuándo y quiénes los hicieron? ¿Fueron legalmente elaborados por las juntas de profesores y posteriormente discutidos en el Consejo Universitario? ¿Qué clase de planes y programas eran? ¿Qué cambios implicaban? Como el proyecto educativo carrancista y las autoridades habían cambiado, resulta comprensible que los nuevos directores y pequeños grupos de profesores hayan elaborado nuevos programas a finales de 1915 y principios de 1916. Aun cuando hubo algunas juntas y discusiones, se puede decir que el Consejo Universitario no participó formalmente en el proceso, ya que ni siquiera estaba debidamente conformado.[35]

Muy importante fue que los nuevos programas buscaran imponer una educación más práctica, signo de continuidad con los cambios ocurridos desde el estallido de la lucha revolucionaria. La única excepción fue la Facultad Odontológica, donde las obligaciones académicas aumentaron y se endurecieron, lo que se explica por su reciente elevación a la categoría de escuela universitaria. Por otra parte, aunque en Medicina se estableció un año más de estudios, los cursos se volvieron más prácticos: los menos sustanciales fueron eliminados, y los laboratorios fueron agrandados y dotados de materiales nuevos,[36] tendencia que confirma las nuevas exigencias para graduarse: cada estudiante tenía que realizar cuando menos sesenta exámenes de cadáveres y tres de pacientes vivos. En las otras escuelas hubo intentos semejantes: en Ingenieros, por ejemplo, además de que varios cursos teóricos fueron eliminados, a los restantes se les agregaron aspectos concretos. Asimismo, en Jurisprudencia se rechazó la idea de la especialización y se decidió dar a los estudiantes los conocimientos y el entrenamiento básico que todo abogado debía tener, incluyendo dos cursos de latín y uno de historia del derecho, impartido éste por Caso.[37] Si se habían

realizado revisiones de programas cada vez que había habido cambio de gobierno desde la caída de Díaz —una generación de estudiantes de Medicina tuvo tres a lo largo de su "carrera"—,[38] y si en cada oportunidad se había buscado hacer más práctica —hasta antipositivista— la educación universitaria, ¿cuál fue la peculiaridad del proyecto de Carranza, si es que tuvo alguna?

Carranza pretendió cambiar sustancialmente la estructura de la institución. Aunque histórica, física y espiritualmente la Preparatoria era parte de ella, fue legalmente desmembrada a principios de 1916.[39] Don Venustiano y sus principales colaboradores creían que las universidades debían contar solamente con escuelas universitarias, concepción radicalmente contraria a la de Sierra, quien hizo de la Preparatoria parte fundamental de la Universidad Nacional. Don Justo y los constitucionalistas también diferían en cuanto a la naturaleza y objetivos de las universidades: si el primero creía que éstas no debían tener "carreras" utilitaristas, concretas e industriales —como contabilidad, economía o química—, los segundos pensaban exactamente lo contrario; así, en 1916 se apoyó ese tipo de "carreras", asignándoles un nivel profesional para que posteriormente pudieran pasar a formar parte de la Universidad Nacional. De esta forma debe interpretarse la creación de la Escuela de Química, así como la de la Escuela Práctica de Ingenieros Mecánicos y Electricistas, la transformación de la escuela elemental "Doctor Mora" en una de comercio y la actualización del programa de la Escuela Superior de Comercio y Administración, cuya dirección fue confiada a un reconocido carrancista, Gregorio A. Velázquez. Además, Carranza, miembro de una familia de rancheros —como tantos otros correligionarios-", a partir de la vieja Escuela de Agricultura creó una de veterinaria, independiente y con un programa con aspiraciones profesionales —de cuatro años de duración—, al tiempo que planeó la construcción de cuatro escuelas agrícolas en puntos distantes del país. El cambio fue nacional y no sólo capitalino: como ejemplos considérese que en Aguascalientes se dispuso la creación, a finales de 1914, de la Escuela Superior de Comercio y Agricultura, y que en Hidalgo se fundó en 1915 la Escuela de Comercio, mientras que en 1916 se establecieron, por obvias razones, las carreras de ingeniero civil, de minas, electricista mecánico, químico, topógrafo y geodesta.[40]

Obviamente, los cambios en la estructura implicaban otro tipo de transformaciones. Si se compara el discurso de Sierra para la fundación con el pronunciado por Palavicini en la inauguración de cursos de 1916, las diferencias se hacen evidentes: el primero era mucho más culturalista y abogaba por una institución de excelencia académica; el segundo sostenía que la Universidad Nacional debía ser dirigida por la nueva generación de intelectuales, estar

compenetrada con los problemas sociales de las masas y dirigida al progreso económico del país.[41] Palavicini, ingeniero agrónomo de profesión, más que pretender una institución que fuera reconocida en el ámbito académico internacional, deseaba una que inmediatamente propiciara el desarrollo socioeconómico de México. Además del nuevo tipo de "carreras" promovidas, el gobierno carrancista procuró hacer auténticamente nacional la institución, para lo cual facilitó el ingreso a los estudiantes de provincia. Por último, buscando ofrecer a los jóvenes una instrucción profesional a la brevedad posible, se decidió que los estudios preparatorianos se redujeran un año.[42] El objetivo era claro: acentuar la instrucción profesional en lugar de la educación general que brindaba la Preparatoria.

En rigor, si bien en términos escolares 1916 fue un año mediocre, las modificaciones propuestas respecto a la institución creada en 1910 resultaron fundamentales. A diferencia de Madero, que nunca cuestionó su estructura y finalidad, el gobierno de Carranza fue un abierto y agudo crítico del proyecto sierrista, como cuando dijo que la universidad porfirista era conservadora, elitista y hasta racista. De manera significativa e ilustrativa, las autoridades carrancistas se desentendieron de las tribulaciones del exrector Eguía Lis, anciano y con graves problemas económicos y de salud.[43] A pesar de que la autonomía no había sido finalmente concedida, los cambios aportados en 1916 por el gobierno carrancista eran esenciales. El mayor mérito fue haber adecuado el proyecto previo de educación superior a la nueva situación nacional: a diferencia de lo deseado en 1910, ahora se requería una universidad acorde a un país que acababa de sufrir varios años de guerra civil, al que le urgía volver a la senda del crecimiento económico, y que sería dirigido por jóvenes provenientes de la nueva burguesía y de la creciente clase media, pues habían tomado el mando del país, desplazando a la vieja oligarquía.

MADUREZ POLÍTICA

Los cambios de 1916 fueron menos faccionales y más académicos que los de 1914, así como más institucionales y tolerantes; aun así, se trataba de cambios de gran contenido político. Lo sorprendente fue que se sustituyeron programas, autoridades y profesores sin provocar oposición estudiantil. Gomo don Porfirio con la fundación, y como Huerta con su alianza con los universitarios, Carranza buscó desde un principio mejorar su imagen en la comunidad, mostrando sobre todo que era un hombre de orden y un auténtico estadista. Por ejemplo, a finales de 1915, poco después del arribo de don Venustiano a la capital, fueron

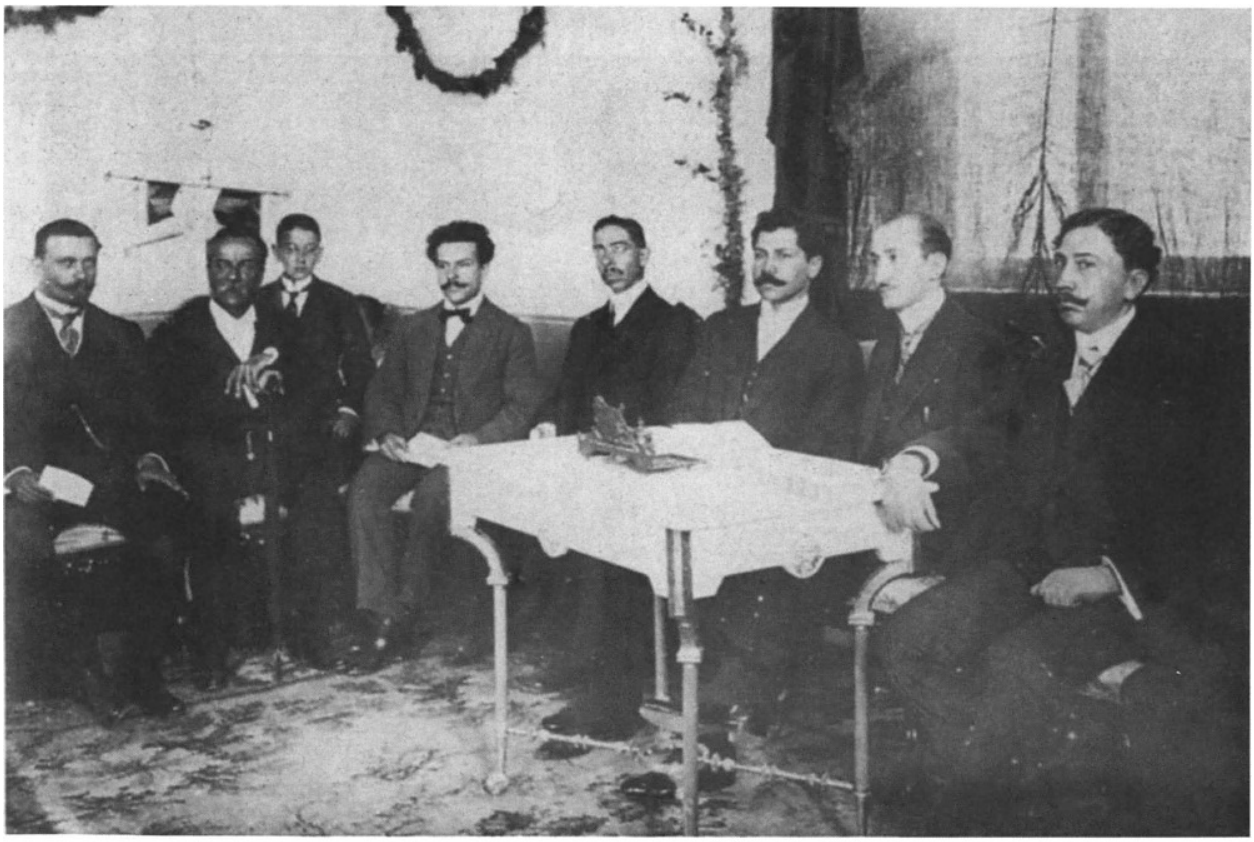
inauguradas la Escuela de Industrias Químicas y la Escuela de Bibliógrafos y Archiv'eros; como prueba de su contraste respecto al gobierno usurpador, fue reabierto el Internado Nacional, clausurado por Huerta; asimismo, a lo largo de 1916 el gobierno financió la edición de varios libros y la instalación de varias exposiciones artísticas.[44] Sería erróneo sostener que la comunidad universitaria simpatizó con Carranza sólo por agradecimiento a tales acciones, o que los universitarios creyeron realmente que éstas demostraban que el país se hallaba, gracias a Carranza, en los inicios de su reconstrucción.[45] ¿Cuál fue, entonces, la causa de sus buenas relaciones?

La simpatía y el apoyo que los universitarios otorgaron a Carranza desde 1916 se debieron, básicamente, a que impuso orden en la capital, a que era la única posibilidad de gobierno moderado y, sobre todo, a que estaba claro que su aparato político se encontraba abierto a todos aquellos —profesores y estudiantes— que quisieran colaborar con él: Alfonso Cabrera, Adolfo Cienfuegos, Enrique Estrada, Arnulfo González, Pascual Morales y Molina, Andrés Ortiz y José Siurob, antes o después gobernadores, eran atractivos ejemplos. En efecto, los universitarios atisbaron el papel protagónico que habría de tomar la clase media, a la que pertenecían, y les quedó claro que el fin de la lucha armada daba paso al periodo de la reconstrucción, en el que obligadamente tendrían gran participación; percibieron que la lucha contra el viejo régimen había sido hecha contra los hombres concretos que conformaban dicho régimen, por lo que la reconstrucción y modificación del aparato gubernamental abría innumerables oportunidades de empleo: si varios miembros de la comunidad habían alcanzado el puesto de gobernador Jesús Acuña fue secretario de Gobernación en 1915; Lorenzo Hernández, con estudios mercantiles y de ingeniero, sería presidente municipal de la ciudad de México en 1919; Hilario Medina alcanzó los más altos puestos en la cancillería; Manuel Pérez Treviño, de Ingenieros, fiie Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra durante el carrancismo, y Jesús Rodríguez de la Fuente, coahuilense titulado de abogado en 1916, fue secretario particular del general Pablo González. Si los ejemplos pueden ser numerosísimos, incluir el nombre de universitarios que colaboraron en los aparatos político y burocrático de los estados haría interminable la lista; basten como ejemplos Guillermo Ordorica, Salvador Martínez de Alva, Joaquín Moreno, Isaac Olivé, Francisco Ramírez y Eduardo Suárez, secretarios de gobierno, respectivamente, de México, Sinaloa, Durango, Oaxaca, San Luis Potosí e Hidalgo.[46]

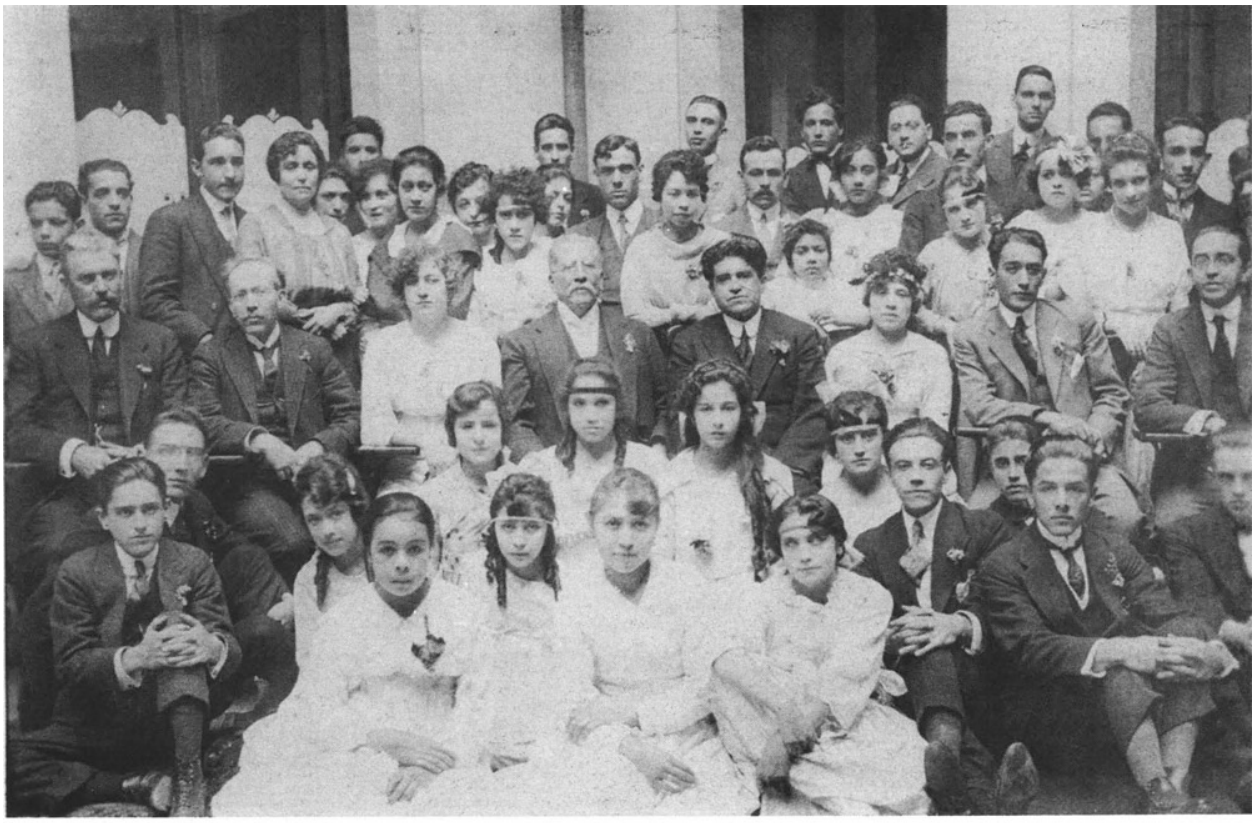
La simpatía por Carranza se manifestó utilizando los medios antes acostumbrados: varias organizaciones estudiantiles premiaron su arribo a la

capital con una medalla de oro; por su parte, semanas antes varios profesores lo habían felicitado por su triunfo diplomático al ser reconocido por el gobierno estadunidense. Las autoridades educativas parecían encabezar los homenajes: una llegó a decir que Carranza era “un *maestro* en cuanto a conciencia nacionalista y energía personal”.[47] Asimismo, poco después los universitarios organizaron varios festejos para celebrar el inicio de la presidencia constitucional de Carranza.[48] En agradecimiento a tales muestras de simpatía, don Venustiano y otros importantes políticos comenzaron a asistir a las festividades estudiantiles; además, a diferencia de 1914, cuando se dijo que los jóvenes favoritos eran los de menos recursos económicos, esta vez se renovó la tradición de entregar premios a los mejores estudiantes del año; incluso se promovió la difusión de los trabajos hechos por esos jóvenes.[49] Mayor significado tuvo que el gobierno contratara a varios líderes estudiantiles antes de que se titularan: desde finales de 1915 Prieto Laurens pasó a ser subjefe de la biblioteca de Jurisprudencia, y meses después fue ascendido a responsable de la misma, siendo designado como su asistente otro importante líder estudiantil, Miguel Torner; a su vez, Enrique Soto y Peimbert fue nombrado, además de ayudante de profesor, oficial de la Dirección de Estadística.[50]

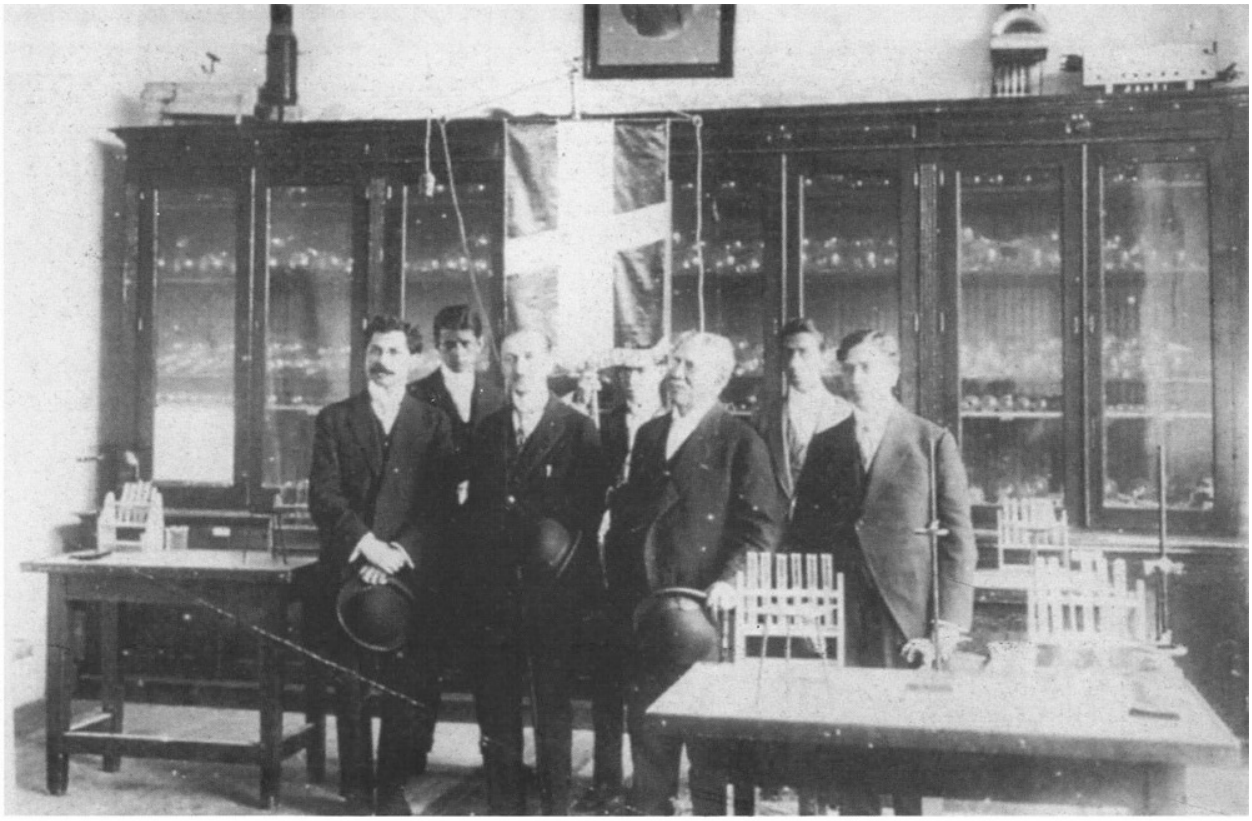
José Natividad Macías, principal funcionario universitario carrancista.
(AHUNAM, Fondo Rectores.)



Palavicini y Macías con profesores de la Facultad Odontológica. (AHUNAM, Fondo Rectores.)

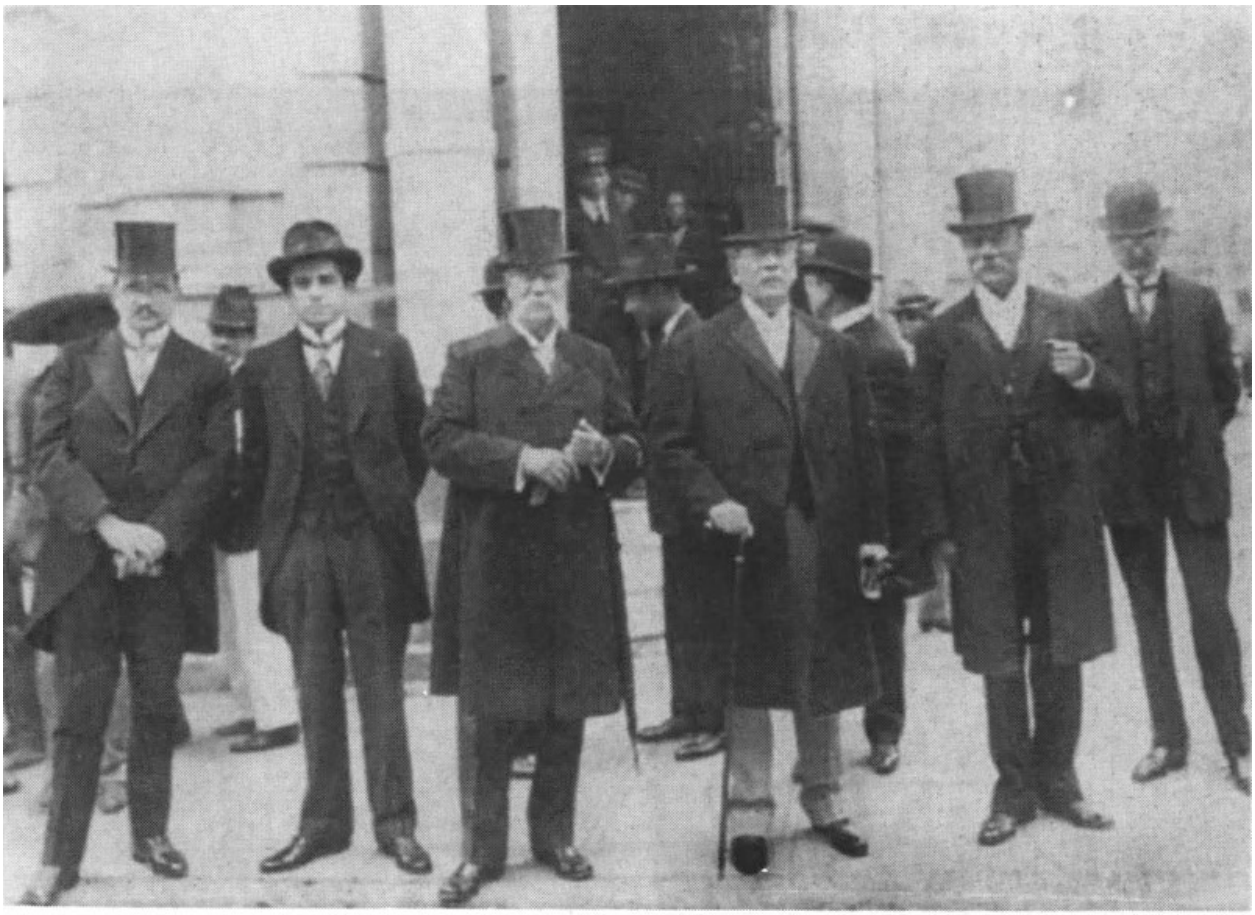


José Natividad Macías, Antonio Caso y Ezequiel A. Chávez, con alumnos de Altos Estudios. Entre ellos Vicente Lombardo Toledano y Alfonso Caso. (AHUNAM, Fondo Rectores.)

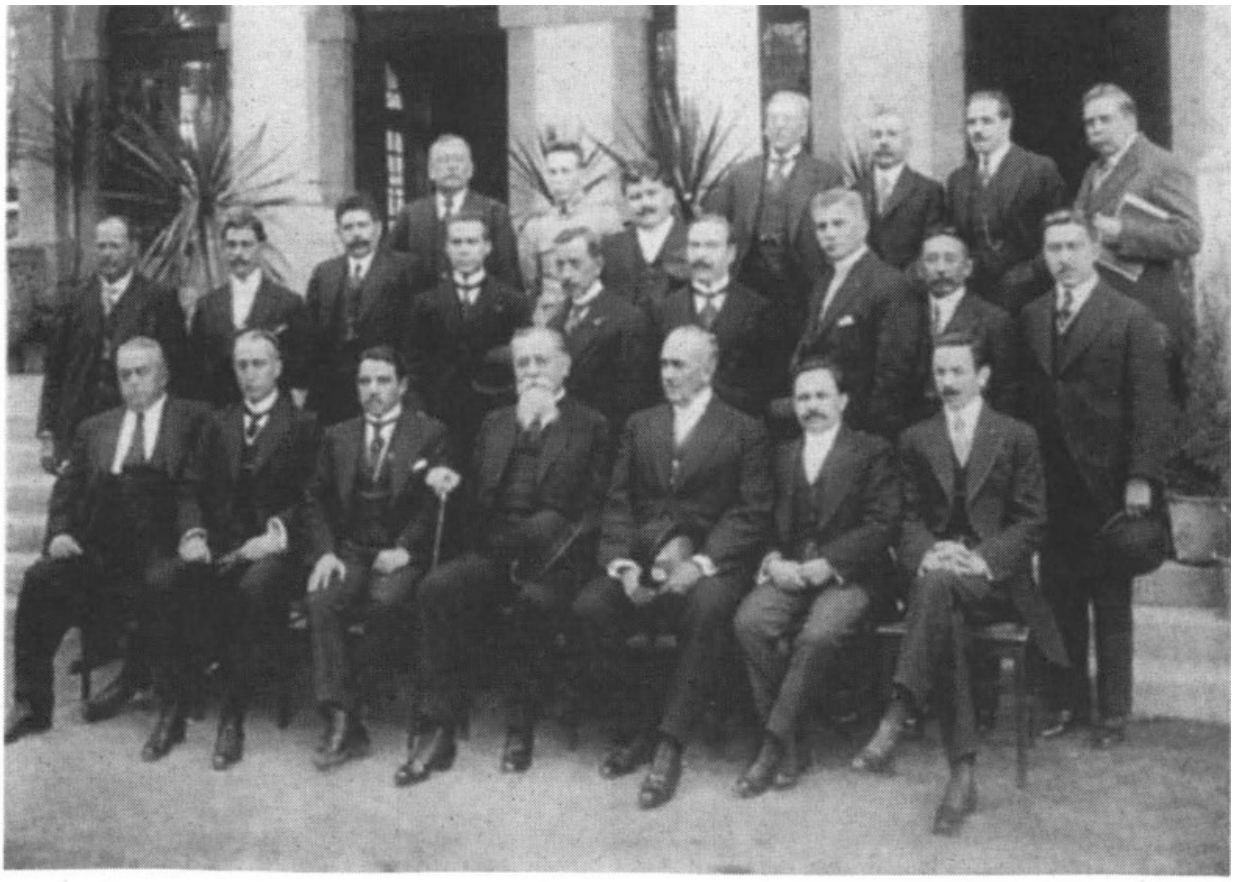


Palavicini con profesores universitarios. (AHUNAM, Fondo Rectores.)

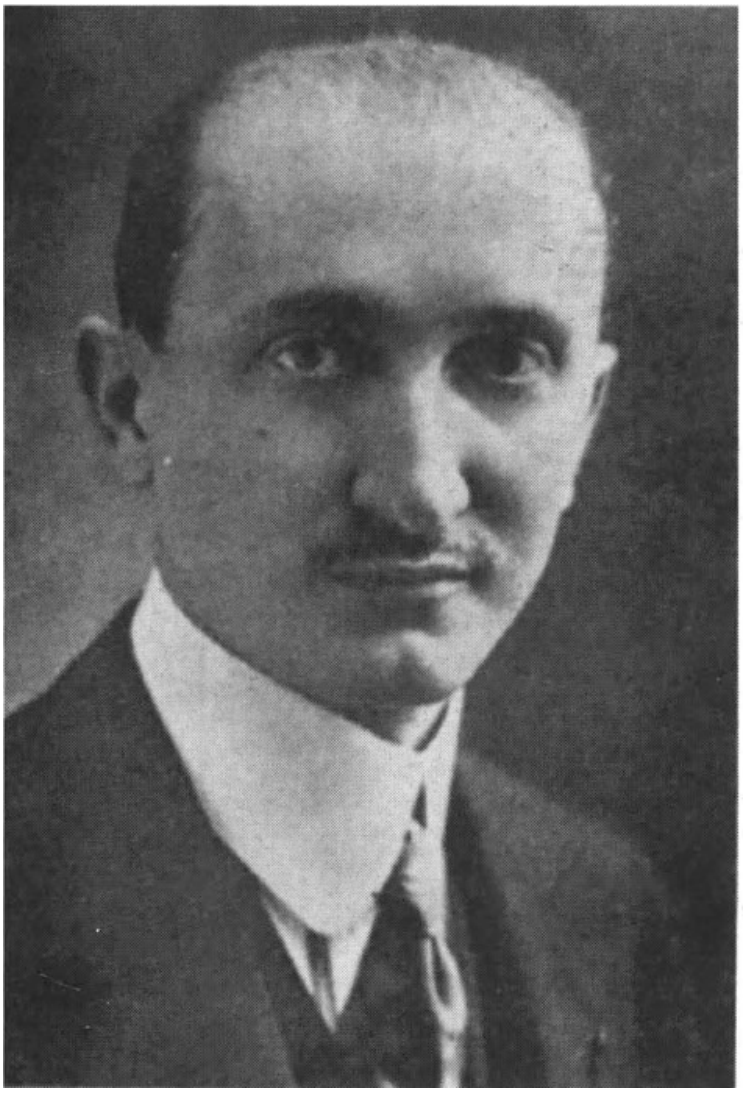
Macías, en el festejo inaugural de Ciencias Químicas. (AHUNAM, Fondo Rectores.)



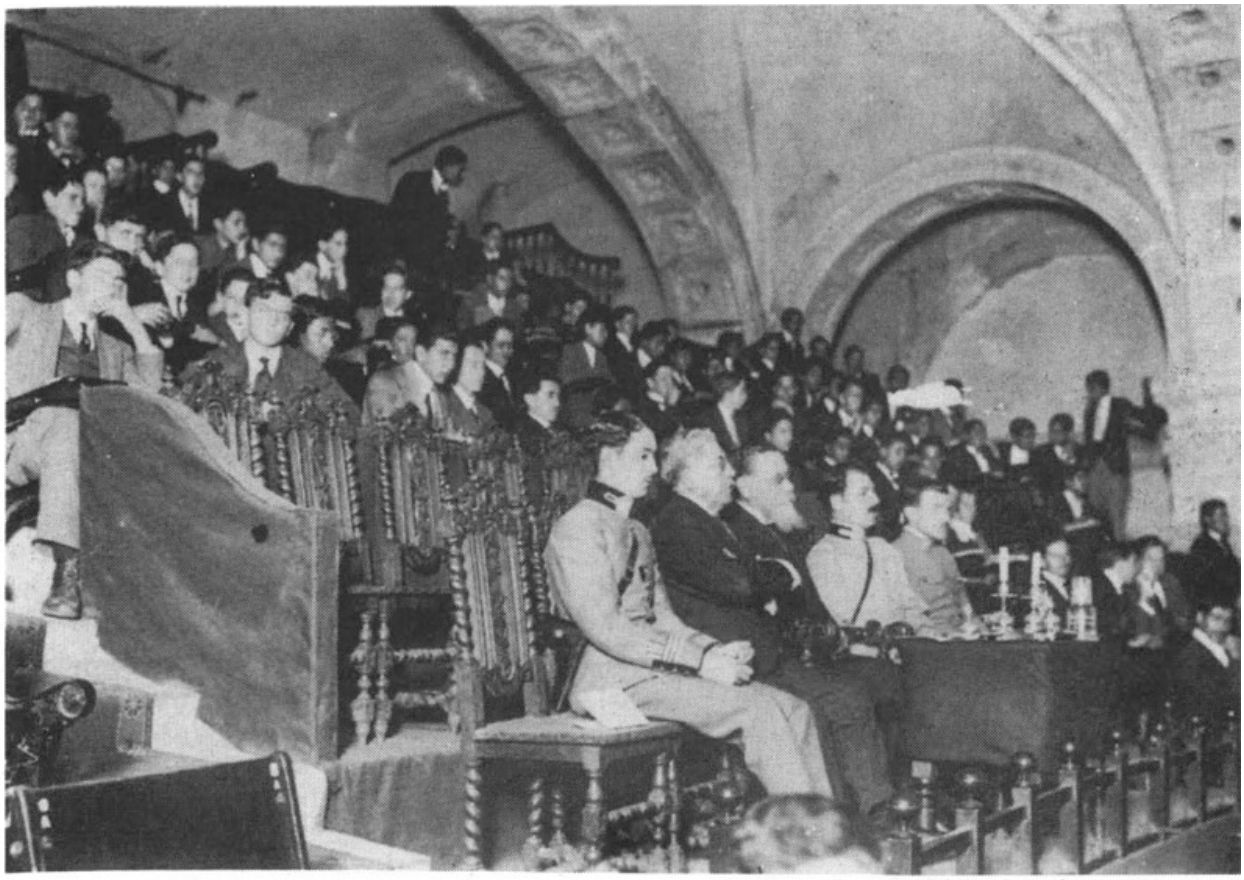
Macías y Caso durante la estabilización universitaria carrancista.
(AHUNAM, Fondo Rectores.)



Macías, jefe del Departamento Universitario, última dependencia del aparato burocrático carrancista. (AHUNAM, Fondo Rectores.)



Félix F. Palavicini,
impulsor de la transformación
de la educación nacional.
(Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, t. 4, p. 1115.)



Carranza, Macías y Calles en una ceremonia con universitarios.
(Archivo Casasola, INAH.)

Carranza entrega diplomas a estudiantes destacados. (Archivo Casasola, INAH.)

Alfonso Cabrera, líder estudiantil antiporfirista y gobernador carrancista de Puebla.
(Archivo particular.)

Las buenas relaciones no fueron sólo producto de los intereses inmediatos de gobernantes y universitarios. Uno de los principales objetivos del movimiento constitucionalista era abrir el aparato gubernamental a las jóvenes generaciones de clase media, por lo que resulta comprensible que estos grupos apoyaran tailes políticas. Sin embargo, surge un par de dudas al respecto: ¿Por qué no apoyaron a Madero, quien sostenía una política similar? ¿Por qué no apoyaron a Carranza desde 1913? En otras palabras, ¿por qué simpatizaron con la revolución sólo hasta que ésta hubo triunfado? ¿Eran los universitarios de lento entendimiento o simples oportunistas? Ni total utilitarismo ni torpeza, hubo otros factores que explican por qué sólo a partir de entonces los estudiantes prometieron que apoyarían los principios revolucionarios, pero al margen de cualquier personalismo, con lo que pretendían evitar el debate sobre su pasado huertista o sobre su simpatía por el zapatismo. En efecto, pretendiendo simpatizar con el triunfo de la causa, en 1916 crearon un par de organizaciones cuyos nombres

contenían por primera vez la palabra “revolución”, tales como la Liga Revolucionaria de Estudiantes y la Confederación Revolucionaria de Estudiantes[51] Asimismo, en su calendario de festejos cívicos introdujeron la caída de Huerta y dejaron de celebrar el 2 de abril, fecha del triunfo de Porfirio Díaz contra los invasores franceses.[52]

Las razones de esta gran transformación política son menos evidentes que sus manifestaciones. Demográficamente, a finales de 1915 y principios de 1916 los estudiantes veteranos de los esplendorosos tiempos de Díaz y Sierra eran clara minoría. Políticamente, como Madero no destruyó el aparato gubernamental porfirista, pudo ofrecer a los jóvenes muchas menos posibilidades de empleo que Carranza. Además, los profesores-caudillos, como Nemesio García Naranjo, Rodolfo Reyes, Aureliano Urrutia y Jorge Vera Estañol, no sólo dejaron de ser una alternativa por su exilio sino que quedaron enormemente desprestigiados por su cercanía a Huerta. Sociológicamente, mientras disminuyó el número de alumnos descendientes de familias porfiristas, muchas de ellas fuera del país,[53] aumentó el de los jóvenes procedentes de la provincia —donde siempre había habido mayor antiporfirismó y menor sierrismo— debido a que muchas escuelas profesionales regionales habían cerrado por la guerra civil y a que mejoraba día a día la situación en la ciudad de México.[54] Económicamente, los universitarios comprendieron que el triunfo de la revolución terminaría por generar una mejoría en la situación de las masas y una actitud más nacionalista en los ámbitos laborales profesionales, lo que provocaría una mayor demanda de sus capacidades técnicas.[55] Con todo, si bien es comprensible el entendimiento habido entre la mayoría de los universitarios, más o menos apolítica, neutral o moderada, y el gobierno carrancista, ¿cuál fue la actitud de aquellos que habían sido abiertamente huertistas? Unos, como Ezequiel Chávez y Genaro Estrada —hasta hacía poco joven escritor antimaderista y partidario de su militarización cuando fue secretario de la Preparatoria—,[56] simplemente cambiarían sus alianzas y lealtades; otros, como Antonio Caso, Julio Torri o Manuel Toussaint, se harían apolíticos; otros más, como Manuel Herrera y Lasso, habrían de ser opositores de los gobiernos posrevolucionarios durante el resto de sus vidas.

El paulatino acercamiento también pudo deberse a un posible distanciamiento entre los universitarios y Huerta, provocado por el enfrentamiento entre éste y varios de sus colaboradores más intelectuales, como Jorge Vera Estañol y Rodolfo Reyes, o por haber descubierto la manipulación de que habían sido víctimas por el oportunista nacionalismo de Huerta durante la invasión estadunidense a Veracruz. Otra posible explicación es el proceso de maduración política sufrido entre 1914 y 1915, que se hizo evidente en su

comprensión de la nueva circunstancia sociohistórica nacional: muchos universitarios se dieron cuenta de que los conocimientos y las ideas estaban desplazando a la lucha armada; en forma más aguda, algunos empezaron a considerarse intermediarios sociales y miembros del grupo avocado a mediar entre "el trabajo y el capital" y entre "gobernantes y gobernados"; por ejemplo, un profesor de Ingenieros afirmó que la comunidad universitaria era un "puente" social y constituía el grupo que mejor conocía las reformas que necesitaba el país. Entre atinado y soberbio, dicho profesor solicitó que se concediera a los universitarios un lugar estratégico en la reconstrucción nacional.[57]

Otra manifestación de la creciente madurez política fueron las actividades extraescolares de los estudiantes. A diferencia de las épocas porfiristas, en 1916 realizaron pocas actividades puramente recreativas —corridas de toros, concursos de belleza, etc.—, y las que hubo fueron organizadas para financiar el Congreso Local Estudiantil y el Congreso Nacional de Estudiantes.[58] Es indudable que los objetivos y procedimientos de los jóvenes de 1916 resultaron novedosos. Por ejemplo, organizaron una suscripción para contribuir a solventar la crisis financiera del gobierno; además, participaron en la reaparición de las competencias electorales, al crear asociaciones gremiales -entre ellas la Liga de Estudiantes Revolucionarios y el Partido Liberal Estudiantilpara apoyar la candidatura presidencial de Carranza y las candidaturas locales de varios carrancistas importantes. Estas organizaciones editaron *La Lucha* y *La Patria* con el fin de convencer a la gente de que votase por don Venustiano, para lo cual realizaron un par de manifestaciones.[59] También utilizaron sus conocimientos para apoyar al nuevo gobierno y los ideales revolucionarios al margen de los aspectos electorales. Por ejemplo, la Confederación Revolucionaria de Estudiantes tenía como uno de sus objetivos ganar adeptos para la causa constitucionalista; así, algunos estudiantes procarrancistas hicieron una gira propagandística por los estados de Puebla y Tlaxcala, y posteriormente otro grupo organizó el Centro Liberal Estudiantil de Educación Cívica.[60]

Estas expresiones de simpatía palidecen frente a la participación de los universitarios en el congreso constituyente de 1916-1917. Más aún, su participación se dio por medio del grupo que apoyó el proyecto carrancista de carta magna. Ellos sabían que era el momento político, ideológico y legislativo más importante del decenio, y que con él se iniciaba una nueva etapa en la vida nacional, pues finalizaba el periodo de la lucha, de las armas, el revolucionario, y daba comienzo el de las leyes e instituciones. Por ello, comprensiblemente, la participación de los abogados fue superior a la de los otros profesionistas. Su presencia en el constituyente abarcó varias generaciones de universitarios.

Para comenzar, participaron las mayores autoridades educativas, leales carrancistas y con la experiencia de ser responsables de gran parte de la legislación revolucionaria previa: Félix Palavicini, exsecretario de Instrucción Pública, presumía de haber sido quien ideó la necesidad de una nueva constitución; Luis Manuel Rojas, jefe del departamento de Bellas Artes, fue el presidente del congreso; Alfonso Cravioto también estuvo presente, lo mismo que José Natividad Macías, rector de la Universidad Nacional, cuya presencia simbolizaba la de toda la institución[61] y legitimaba académicamente la ley resultante. También estuvieron presentes profesores en activo, como Fernando Lizardi, secretario del congreso y director de la Escuela de Jurisprudencia, y como Juan N. Frías, director interino de esa misma institución en 1915, lo que avalaba la actualidad de los principios jurídicos acordados. Asimismo, participaron egresados recientes con experiencia política y administrativa, como Manuel Aguirre Berlanga, Enrique Enríquez, José E. Franco, Juan Manuel Giffard, Fidel Guillén, Hilario Medina, Guillermo Ordorica, Francisco Ramírez Villarreal y Rafael de los Ríos, entre muchos otros. Incluso participaron algunos jóvenes todavía estudiantes, como Emilio Araujo, titulado de abogado en 1917, Fidel Jiménez, que cursaba el tercer año en Jurisprudencia, y Ramón Rosas, que cursaba el cuarto. Finalmente, algunos de los mejores alumnos de Jurisprudencia, como Manuel Gómez Morín, fueron privilegiados con una invitación a asistir a varios debates.[62]

En resumen, si su participación en la lucha armada contra el antiguo régimen fue magra, su colaboración en la construcción del nuevo México, iniciada en 1917, ha sido invaluable.

EL NUEVO NACIONALISMO

Fieles a su tradición, los estudiantes tuvieron una participación considerable en el otro gran conflicto del año: la llamada “expedición punitiva”. Aunque apoyaron en todo la actitud de Carranza ante la invasión estadunidense, resulta sorprendente que su nacionalismo y yancofobia no hayan hecho erupción en marzo, cuando el general John Pershing y sus tropas penetraron a México en persecución de Villa. En efecto, las principales manifestaciones universitarias se realizaron a finales de mayo y durante todo junio, una vez que fracasó el intento de alcanzar un arreglo diplomático y después de que otra fuerza estadunidense entrara en México para cooperar con sus compañeros, pues para entonces ya era evidente su incapacidad para capturar a Villa. Esto es, los jóvenes se involucraron una vez que el afectado era más Carranza que Villa. Curiosamente,

a pesar de que este conflicto con Estados Unidos era mucho más grave que el linchamiento de un mexicano en Texas a finales de 1910 o que la toma del puerto de Veracruz en abril de 1914, las expresiones de nacionalismo fueron mucho menos radicales y violentas. El momento en que se realizaron dichas marchas y su ordenada naturaleza permiten suponer que se trató de expresiones de una u otra manera controladas por el gobierno; es más, la afirmación de un líder estudiantil de que actuaban libre e independientemente fue desmentida por sus compañeros.[63]

El nacionalismo estudiantil de 1916 fue en parte semejante al de 1914, pues ambos fueron apoyados por el gobierno —ya fuera el de Huerta o el de Carranza— y dirigidos contra sendas agresiones armadas de Estados Unidos. En cambio, el de 1912 fue más dirigido contra Madero que contra Estados Unidos. De cualquier modo, el de 1916 tuvo sus peculiaridades: aunque las primeras acciones parecen haber sido de estudiantes de Jurisprudencia, y aunque esta escuela y la Preparatoria fueron especialmente activas, el conflicto permeó a todas las escuelas universitarias; incluso tuvo un considerable impacto en todo el país, como lo demuestra el hecho de que estudiantes de Puebla, San Luis Potosí, Querétaro, Toluca, Morelia, Guanajuato, Orizaba, Tabasco, Monterrey y Chihuahua, entre otros estados, apoyaran abiertamente la actitud de Carranza.[64] Si alguna escuela pudiera reclamar el liderazgo, no podrían hacer lo mismo personas u organizaciones: el Congreso Local Estudiantil, presidido por Jorge Prieto Laurens, inútilmente trató por momentos de asumirlo; asimismo, los jóvenes Rafael Ramos Pedrueza, de la Escuela Superior de Comercio, y Manuel Villavicencio, de Jurisprudencia, pronunciaron notables discursos; Eduardo Suárez, también de Jurisprudencia, mostró sus aspiraciones y habilidades políticas, y Luis Enrique Erro comenzó entonces su vida pública. Aunque Aurelio Manrique, ya graduado de Medicina, incrementó su prestigio como dirigente estudiantil, nadie podría ser considerado el líder por antonomasia de ese movimiento nacionalista.[65]

Otra peculiaridad fue que dicho movimiento no tuvo muchas expresiones públicas. Carranza tenía el control de la situación, y si bien estimuló las expresiones yancófobas, dio prioridad al orden y al protocolo. A diferencia de las manifestaciones de 1914, encabezadas por el propio secretario de Instrucción Pública, en las de 1916 no hubo participación física de miembro alguno de la élite carrancista. En efecto, Carranza presionó e impresionó al gobierno de Washington por medio de los estudiantes, pero nunca pensó en situaciones dramáticas. Así, en lugar de manifestaciones públicas y callejeras hubo conferencias de tema y espíritu patrióticos, artículos periodísticos y ordenadas

asambleas que concluían siempre con la designación de una pequeña comitiva que debía presentar sus respetos y apoyo a don Venustiano. Es más, los jóvenes llegaron a crear un periódico estudiantil, bautizado de manera ilustrativa como *La Lucha*, cuyo propósito no era inmediatista sino "cooperar a la obra de la formación de la nacionalidad, ...en el excepcional y trascendentatísimo momento histórico por el que pasamos".[66]

El auge nacionalista tuvo cierta repercusión en la vida académica. Por ejemplo, los jóvenes preparatorianos solicitaron que sus cursos de historia antigua fueran sustituidos por unos de temas coyunturales; los estudiantes en Ingenieros ofrecieron construir armas, y los de Medicina afirmaron estar dispuestos a enseñar cursos básicos de enfermería y "primeros auxilios". Más aún, los jóvenes solicitaron que se les impartiera enseñanza militar, lo que el gobierno aprovechó para crear el Departamento de Militarización de la Juventud,[67] mediante el cual la Secretaría de Guerra habría de dar instrucción militar en las escuelas por medio de soldados profesionales. En la segunda mitad de junio ya se impartía dicha instrucción en la Preparatoria, la Escuela Superior de Comercio y Administración, el Internado Nacional y en las escuelas universitarias de Jurisprudencia e Ingenieros. Sin embargo, a diferencia de con Huerta, ahora las escuelas no fueron militarizadas, lo que hizo aún menos conflictivo el proceso. Además, la instrucción castrense fue impartida sólo los sábados, por lo que sus consecuencias académicas fueron mínimas. Obviamente, dado que los soldados estadunidenses permanecieron en el norte del país, sin mayores enfrentamientos con las fuerzas carrancistas, los jóvenes no tuvieron oportunidad alguna de participar en la lucha: el aprendizaje castrense sólo les sirvió para hacer más correcta su participación en algunos desfiles cívicos, como el del 5 de mayo de 1917.[68]

Una vez pasada la efervescencia nacionalista, Carranza pensó que disponía de un recurso para hacer permanente la educación militar de la juventud, tema muy en boga en el mundo entero como consecuencia de la primera guerra mundial. Así, el Departamento de Militarización de la Juventud fue disuelto y remplazado por la Dirección de la Enseñanza Militar, ésta sí dependiente de la Secretaría de Instrucción Pública. Su objetivo era ofrecer instrucción militar y médica a los —y las— jóvenes, para prepararlos para defender "la soberanía nacional y la integridad del territorio del país". Como era previsible, el director del programa —el general Jesús Garza— sufrió obstrucciones e intrigas de los funcionarios civiles —señaladamente, de Andrés Osuna—, problemas que desaparecieron con la disolución de la Secretaría de Instrucción Pública, pues la Dirección de la Enseñanza Militar fue suprimida al unísono.[69]

Si bien es evidente que el impacto de la “expedición punitiva” respecto a militarización de la educación superior fue reducido, sus consecuencias políticas e ideológicas fueron mayores, pues se estrechó la alianza entre el gobierno de don Venustiano y la comunidad universitaria. Es más, puede decirse que Carranza quedó en deuda con los estudiante«, quienes se comportaron como se les indicó o sugirió. También dio lugar a que antiguos miembros de la comunidad que estaban exiliados por su oposición al constitucionalismo, como Miguel Díaz Lombardo, Martín Luis Guzmán y Jorge Vera Estañol, entre otros, trataran de aprovecharse de la situación expresando su apoyo a la postura de don Venustiano, lo que ayudó a paliar algunos de los conflictos entre éste-y aquéllos, facilitando futuras distensiones.[70]

Por otro lado, ese momento de yancofobia provocó un notable crecimiento de las actitudes latinoamericanizantes de los universitarios —actitud surgida un par de decenios atras, ante el crecimiento de Estados Unidos y la crisis de 1898—, lo que produjo otra identificación ideológica con el gobierno. A diferencia de Madero, que abiertamente criticó a los países latinoamericanos durante el conflicto por Ugarte, Carranza declaró que tarde o temprano México tendría que defender la soberanía de todo el subcontinente; a su vez, el periódico semioficial *El Pueblo* comenzó a publicar una sección dedicada a noticias sobre Latinoamérica, y Cándido Aguilar, secretario de Relaciones Exteriores muy cercano a Carranza —su yerno—, obsequió a los representantes diplomáticos latinoamericanos con una velada literario-musical en honor de sus países, en la que también desempeñaron una parte fundamental el Congreso Local Estudiantil, que se encargó de la organización del acto, y Alfonso Herrera, Secretario de la Universidad Nacional, quien pronunció el discurso principal.[71] Comunión ideológica auténtica o mera astucia política, lo cierto es que los latinoamericanismos gubernamental y estudiantil fueron un factor clave en la conciliación entre ellos; sólo así se explica que Carranza haya invitado al propio Manuel Ugarte a impartir varias conferencias en el país durante el preciso momento de la víspera de su ascenso a la presidencia constitucional,[72] momento que coincide con el retiro de las fuerzas punitivas, lo que implicaba un triunfo de la diplomacia nacionalista de don Venustiano.

El aumento del latinoamerícanismo entre los estudiantes fue notable. El Congreso Local Estudiantil, buscó establecer relaciones formales con las organizaciones estudiantiles al sur del país y creó el Comité Interamericano, encabezado por Miguel Tomer; por si esto fuera poco, Prieto Laurens, Enrique Schultz y otros jóvenes crearon el Centro Internacional Americanista. Ambas asociaciones organizaron conferencias, festejos cívico-culturales y pacíficas

manifestaciones para conmemorar las independencias de Argentina, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia y Uruguay. Asimismo, el Congreso Local Estudiantil y la Universidad Nacional organizaron una manifestación el 12 de octubre para celebrar el "día de la raza".[73] Más radicales y novedosas, respectivamente, fueron las manifestaciones de protesta contra la invasión norteamericana a Santo Domingo, en enero de 1917, y la petición al gobierno de que enviara estudiantes universitarios a ocupar los empleos secundarios de las legaciones y consulados que hubiera en esos países.[74] El latinoamericanismo estudiantil también se expresó en asuntos culturales: además de las actividades luctuosas por la muerte de Rubén Darío, un grupo de estudiantes —herederos de la afición "arielista" de los jóvenes del Ateneo— encabezado por el joven poeta Carlos Pellicer, formó la Sociedad Ariel, en homenaje al escritor uruguayo José Enrique Rodó, a quien además se hizo un homenaje en la Preparatoria en septiembre de 1917.[75]

Si el proceso de moderación y maduración políticas de los estudiantes se manifestó básicamente mediante su colaboración para superar la crisis financiera del gobierno y por su apoyo a la actitud de Carranza ante la "expedición punitiva", también fue ilustrativa la notable reducción en el número de conflictos por motivos educativos: las excepciones fueron unas protestas ligeras por la recontratación de varios profesores considerados mediocres y por la sustitución del secretario en Ingenieros; por la petición de vacaciones durante la semana de Pascua, y por las reformas de los planes, programas y sistemas de evaluación en la Preparatoria, oposición que ocasionó un efímero cierre de las instalaciones.[76] En cambio, en concordancia con los tiempos nacionales de reorganización político-administrativa, los estudiantes se afanaron en actitudes organizativas: a principios de mayo de 1916 los jóvenes de la ciudad de México crearon el Congreso Local Estudiantil, cuyo primer presidente fue Jorge Prieto Laurens, sustituido a fin del año por Enrique Soto y Peimbert, de Ingenieros.[77]

Además, durante la segunda mitad de 1916 y los primeros meses de 1917 se empeñaron en cumplir el compromiso de los líderes de 1910, quienes habían ofrecido realizar pronto un segundo congreso nacional de estudiantes, para lo que se instaló una comisión que lo debía organizar. Lo revelador es que en esta ocasión los objetivos fueron distintos, pues los asuntos claramente políticos predominaron sobre los educativos. Los cambios ideológicos aportados por los nuevos tiempos y circunstancias eran evidentes, como lo prueba el hecho de que ahora se pretendiera discutir la manera de integrar a los estudiantes de todo el país, sin importar diferencias políticas, sociales o regionales; el modo de fortalecer las relaciones con los jóvenes centroamericanos y sudamericanos; el posible papel de los estudiantes en la pacificación del mundo; los medios más

adecuados para favorecer la participación de los jóvenes en la política, y sobre cómo podían ayudar al gobierno en la reconstrucción del país y en la educación de las masas.[78] Si en 1910 insinuaron con timidez su deseo de incorporarse al aparato gubernamental, ahora, sabiendo sus potencialidades como gremio, las carencias de aquel y las características del nuevo Estado mexicano, fueron confiadamente propositivos, sin limitarse a los asuntos docentes. Al igual que en el primer congreso, los estudiantes más activos en los preparativos fueron, además de los capitalinos, los de Puebla y San Luis Potosí. Asimismo, los jóvenes de todo el país obtuvieron apoyo financiero y político de los gobiernos locales, incluso de una manera más abierta y generosa que en 1910; es más, el propio Carranza apoyó económicamente la organización del nuevo congreso.[79]

La generosidad de don Venustiano, más que desinteresada, fue el pago por el apoyo recibido. Su actitud fue distinta con quienes prefirieron apoyar a la facción convencionista. En efecto, fue revanchista y vengativo con los estudiantes de Agricultura, muchos de los cuales habían colaborado con los zapatistas: durante buena parte de 1916 la Escuela de Agricultura permaneció cerrada; además, para debilitarla le fue extraída la sección pecuaria, creándose una Escuela de Veterinaria absolutamente independiente; por si esto fuera poco, se planeó la instalación del Instituto Agrario Nacional, para estudiantes “serios”, y fueron inauguradas un par de escuelas agrícolas regionales.[80] Obviamente, el gobierno procuró evitar que los estudiantes proconvencionistas siguieran actuando en política. Un ejemplo podría ser el de Gustavo Baz, quien luego de haber sido gobernador convencionista del Estado de México tuvo que limitarse a volver a sus estudios de medicina después de la derrota de esa facción. La severidad del trato se confirma con Baz, a quien se le hizo una falsa promesa de enviarlo becado a estudiar a Europa. Para poder sostener sus estudios sólo pudo conseguir un puesto sin importancia en el Cuerpo Médico Militar.[81]

Para los otros, la invitación a participar fue amplia y sincera. Los más beneficiados fueron los estudiantes de Jurisprudencia, quienes con desdén habían desatendido, en cambio, el llamado del gobierno convencionista a colaborar en su aparato judicial.[82] Varias fueron las causas de dicha conducta: cuando la mayoría de los profesores y alumnos antirrevolucionarios creó la Escuela Libre de Derecho, la de Jurisprudencia quedó bajo control de los neutrales, de los reyistas y de los maderistas, quienes apoyaron a Cabrera, luego importante carrancista; debido a que las burocracias porfirista y huertista habían sido reducidas drásticamente, los estudiantes de leyes encontraron muchas oportunidades en el aparato gubernamental constitucionalista en vías de construcción, no así en el convencionista, mucho más reducido y en el que todo

parecía indicar que los “derechos históricos” de los campesinos —villistas y zapatistas— prevalecerían sobre las leyes escritas. Su madura y moderada postura, por ende, tampoco fue desinteresada. Al margen de algunos aprovechados, que más que empleos buscaban sinecuras,[83] en general su postura fue lógica, totalmente predecible, estimulada por varios ejemplos de condiscípulos y estudiantes ligeramente mayores que pronto ascendieron en el nuevo aparato gubernamental.

NUEVA CULTURA Y NUEVOS PROTAGONISTAS

Desde el inicio de 1915 hasta finales de 1916, como en los años precedentes, la cultura capitalina estuvo ligada a la comunidad universitaria, aunque no mediante las instancias oficiales sino por medio de algunos de sus miembros. Los principales protagonistas fueron Antonio Caso, como escritor y conferencista; Julio Torri, con sus revistas *La Nave* y *Cultura*, y Alfonso Pruneda, cabeza y “alma” de la Universidad Popular. Aparte de ellos destacó Alfonso Cravioto, responsable de la política cultural carrancista.

En forma congruente con los cambios en el ámbito nacional, la política cultural de convencionistas y constitucionalistas pretendía, por diferentes medios y con distintos matices, “democratizar” la cultura. Esto implicó, igual que en el área de la educación superior, que los más prestigiados literatos, músicos o pintores quedaran marginados en dicho proceso de cambio. Algunos se fueron al extranjero; otros tuvieron que vivir muy discretamente en México, convirtiéndose —como atinadamente lo definierajulio Torri— en exiliados en su propio país,[84] dedicados únicamente a sobrevivir, Al igual que en el ámbito educativo, también en el cultural una nueva generación fue obligada a asumir el liderazgo y definir la nueva orientación. Obviamente, la situación política nacional se reflejó en la producción cultural, siendo claro que el año de 1916 fue comparativamente mejor que el de 1915; en todo caso, es indudable que durante ambos cambió la naturaleza de la cultura nacional, como consecuencia final de la transformación sociopolítica del país.

Constituye ya un “lugar común” —comprensible, por otro lado— afirmar que el ambiente cultural de entonces era paupérrimo. Sin embargo, para tener una perspectiva adecuada se requiere considerar las terribles condiciones que se vivían, y analizar qué hizo en verdad el gobierno en favor de la cultura y qué hicieron los grupos y personajes que abnegadamente se esforzaban por ella. Sobre todo, se requiere analizar dicha transformación para comprender su nueva orientación y naturaleza, su nuevo sentido y contenido. Oficialmente, hasta 1915

los asuntos culturales habían sido responsabilidad de la Universidad Nacional o de la Secretaría de Instrucción por medio de la Sección Universitaria, ya se tratara de museos, bibliotecas, publicaciones, conciertos, conferencias, congresos, becas para los artistas jóvenes, sinecuras para los consagrados o de otras actividades afines. Carranza modificó radicalmente esta tradición al crear la Dirección General de Bellas Artes, responsable desde entonces de todos estos asuntos y a la que dio básicamente el objetivo de democratizar la cultura, amparado en un argumento: sólo podría hacerlo un Estado revolucionario y nunca una institución del viejo régimen. Sin embargo, la tarea era muy imprecisa. Primero tenía que distinguirse entre cultura democratizada y cultura no democratizada: ¿Quién y cómo resolvería la cuestión? ¿Sería sinónimo de una cultura popular, o de una nacionalista? ¿Implicaría esto cierta dosis de xenofobia cultural? ¿Quién crearía y difundiría ese tipo de obras culturales? ¿A quién debían dirigirse? ¿Cómo debían ser ofrecidas?

Puesto que la Universidad Popular seguía impartiendo numerosas y variadas conferencias, el gobierno optó por asumir otra función, comprometiéndose con proyectos y tareas de mayor magnitud, como la reorganización de la Biblioteca Nacional y la creación de la Orquesta Sinfónica Nacional. Sin embargo, es evidente que la vida cultural cotidiana fue mediocre y limitada, como se puede deducir de la frecuencia de los actos, la calidad de los conferencistas, la naturaleza y tema de las charlas y las características de los auditorios. Las brillantes conferencias que los miembros del Ateneo habían pronunciado ante un nutrido público en 1910, apenas eran recordadas. De hecho, el grupo del Ateneo, el principal animador cultural desde finales del porfiriato, estaba prácticamente disuelto, sin haber sido sustituido por un nuevo grupo, lo que tardaría más de un decenio en sobrevenir. Lo mismo podría decirse de las muchas charlas que impartieron algunos miembros de ese grupo durante 1913 y 1914 en la librería de Francisco Gamoneda.[85] El ímpetu con el que a finales de 1912 surgió la Universidad Popular había decaído tanto que su desaparición era probable. Aunque desde la segunda mitad de 1914 la Universidad Popular era la única institución que, salvando dificultades sin límites, persistía en la lucha en favor de la cultura, ya no era la encomiable institución inicial. Si bien Carlos Reiche, Federico Mariscal y Alfonso Pruneda seguían activos y fieles,[86] algunos de los miembros fundadores se encontraban en el exilio, como Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y Pedro Henríquez Ureña, mientras que otros, como Alberto J. Pañi e Isidro Fabela, se dedicaban por entero a la política, lo que forzó la utilización de nuevos conferencistas, como Rafael Ramos Pedrueza y Gregorio Torres Quintero, entre otros.[87]

La conducta de los funcionarios culturales carrancistas hacia la Universidad Popular no fue siempre de complementariedad o sana competencia. Así, otra prueba de la crítica situación de entonces fue que la Dirección de Bellas Artes, que monopolizaba peligrosamente la realización de las actividades culturales, dejó de apoyar a la Universidad Popular, a diferencia de lo que antes había hecho el gobierno de Madero gracias a Vasconcelos y Pañi, e incluso el gobierno de Huerta, que también le brindó su apoyo. Por lo tanto, la labor de ésta debe ser doblemente estimada. Además de conferencias organizó conciertos "clásicos" cada semana, así como actos "mixtos", con charla y música. Para ello dispuso de dos locales, además de sus propias instalaciones: la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA) y la Alianza de Ferrocarrileros. Difundir cultura entre los ferrocarrileros era prueba de que la Universidad Popular respondía a la demanda de la época, democratizando la cultura, como correspondía a su proyecto original de finales del maderismo pero que había sufrido algunas modificaciones durante el huertismo. Además del público al que se dirigían, los temas de las conferencias confirman el cambio: hubo varias sobre la higiene en general, y en particular sobre alcoholismo, salud sexual, tuberculosis y tifo, el flagelo de la época. También fueron recurrentes las conferencias sobre los problemas socioeconómicos y los conflictos diplomáticos del momento, aunque es reveladora la inexistencia de charlas sobre temas políticos locales.[88] Asimismo, resulta comprensible que también fueran numerosas las pláticas dirigidas a capacitar a las clases populares, llegando a ofrecerse un curso práctico de mecanografía.[89]

La Universidad Popular fue la institución más importante pero no la única dedicada a la difusión de la cultura: si a finales de 1914 un grupo de intelectuales trató de formar la Asociación de Educación Nacional Libre, a principios de 1917 se creó el Centro de Conferencistas Independientes y un grupo de estudiantes planeó una Universidad del Pueblo.[90] Al margen de los verdaderos objetivos y resultados de estos intentos, es innegable que la democratización de la cultura era ya una bandera inamovible de los gobiernos emanados del movimiento revolucionario. A su vez, la mayor dificultad para la conservación de la cultura consagrada fue la carencia de gente capaz y reconocida. La mayoría de los escritores reconocidos, como Salvador Díaz Mirón o Federico Gamboa, se encontraba fuera del país y sin posibiliddes de volver, exiliados por sus conexiones con los gobiernos de Díaz o Huerta; incluso algunos de los escritores jóvenes más talentosos, como Alfonso Reyes, tuvieron que permanecer en el extranjero por sus conexiones con el gobierno de Huerta, cualquiera que haya sido su grado de compromiso. Otros, como Martín Luis Guzmán y José

Vasconcelos, que habían combatido a Huerta pero que luego se opusieron también a Carranza, fueron igualmente desterrados.

Otros escritores políticamente menos importantes descubrieron pronto que permanecer en México podía ser como vivir en el extranjero. Julio Torri, por ejemplo, intentó irse voluntariamente a Estados Unidos en 1915 pero no lo pudo hacer por falta de dinero para el viaje; aunque su situación mejoró en 1916 en términos políticos y económicos, no dejaba de ser difícil e incierta. Así, su despido de la Preparatoria lo obligó a buscar otros empleos;[91] fue entonces cuando trabajó en la Dirección de Bellas Artes y en una novedosa empresa editorial —*Cultura*— que publicó una revista y varios libros y que estaba dirigida por Agustín Loera y Chávez, antes responsable de la transformación de la Biblioteca Nacional y director de la Escuela de Bibliotecarios y Archivistas, lo que demuestra su cercanía al círculo carrancista a pesar de su parentesco con Ezequiel Chávez.[92] Lo mismo podría decirse de Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Alberto Vázquez del Mercado, que perdieron sus puestos docentes pero encontraron empleo en otras secciones del gobierno. ¿Era más exigente la Universidad Nacional que la Dirección de Bellas Artes? ¿Eran más tolerantes Alfonso Cravioto y los políticos revolucionarios que los funcionarios educativos? ¿Crecía el aparato administrativo en mayor proporción que la educación superior?

Además de la publicación de *Cultura*, Torri, Carlos Díaz Dufoo, Julio Jiménez Rueda, Pablo Martínez del Río y Manuel Romero de Terreros, entre otros, editaron una hermosa revista literaria, *La Nave*. Aunque fue un fracaso comercial y desapareció luego del primer número,[93] el esfuerzo implicó algo fundamental: el surgimiento de grupos culturales nuevos, obligados a madurar y tomar puestos protagónicos precozmente, situación impensable en el sistema porfirista. Sin lugar a dudas el más importante dentro del ámbito universitario fue el llamado grupo de “los siete sabios”, formado básicamente por unos alumnos de Jurisprudencia que a principios de septiembre de 1916 crearon la Sociedad de Conferencias y Conciertos con el objetivo de promover la cultura entre sus compañeros. Con la excepción de Jesús Moreno Baca, que murió muy joven, los otros terminaron destacando en la política, la cultura y educación, o en el ejercicio profesional. Además de aquél, los otros miembros del grupo eran Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea y Leyva y Alberto Vázquez del Mercado, a los que se agregó un nutrido número de colaboradores y simpatizantes, entre los que se encontraban Narciso Bassols, Daniel Cosío Villegas, Luis Enrique Erro y Miguel Palacios Macedo.[94]

A diferencia de los jóvenes del Ateneo y de la Universidad Popular, ‘ios siete sabios” se limitaron al principio a actuar al interior de la Universidad Nacional. Sin embargo, por “sabios” que fueran no eran suficientes para satisfacer las necesidades del mejoramiento urgente de la institución. Además, a diferencia de los miembros del Ateneo, y seguramente motivados por los años de lucha y transformaciones sociopolíticas, los “siete sabios” tenían preocupaciones concretas, inmediatas: su objetivo era el progreso de México, más que la difusión de la cultura. Resulta incuestionable, sin embargo, que aquellos jóvenes realizaron una labor tan destacada como imprevista.

También emergió entonces un liderazgo intelectual del que se carecía desde la muerte político-académica de Justo Sierra. El sucesor fue Antonio Caso, el más académico y leal de los universitarios. Si bien algunos de sus antiguos compañeros del Ateneo criticaban su religiosidad, su estilo oratórico, la mediocridad de sus amigos y seguidores cercanos y su falta de estabilidad y madurez sentimental,[95] es indudable que Caso resultó el más universitario de los ateneístas. De no haberse producido el colapso que sufrió el gobierno porfirista, el sucesor de Sierra hubiera sido, seguramente, un miembro más joven del grupo ‘Científico’, como Emilio Rabasa o Francisco Bulnes, o en todo caso un intelectual representante de la generación intermedia, como Ezequiel A. Chávez o Carlos Pereyra. La revolución aceleró el ascenso de Caso, que se debió a sus admirables esfuerzos docentes e intelectuales y a su permanente lucha en defensa de la educación superior. En efecto, a mediados de 1915, el año más problemático de todo el decenio, Caso publicó su primer libro, *Problemas filosóficos*, e impartió cursillos sobre Hegel, Croce y Bergson en Altos Estudios, y meses después pronunció una celebradísima serie de charlas sobre el cristianismo y publicó su segundo libro, *Filósofos y doctrinas morales*. De manera inmediata y justificada se convirtió en el principal intelectual del país. Incluso su amigable rival y fraternal crítico, Pedro Henríquez Ureña, tuvo que aceptar que sus libros tenían calidad. Causa o consecuencia de su misión, sus escritos y conferencias produjeron el único motivo de debate y polémica intelectual durante esos años. Es un hecho que Caso fue el único universitario capaz de convocar a numerosos escuchas, y los suyos fueron —toda proporción guardada— los únicos libros serios que alcanzaron cierto éxito comercial.[96]

Caso fue acusado por alguien escondido detrás del seudónimo de “Fray Tizón” de proponer que la Iglesia católica retomara el dominio educativo del país. Según el susodicho “Fray Tizón”, tal era el mensaje y el objetivo del esplritualismo de Caso. En verdad, Caso proponía un nuevo estilo de espiritualismo, opuesto al positivismo pero distinto también del de las religiones

convencionales, y deseaba que la educación fuera más moral y espiritual, para servir de antídoto a la corrupción gubernamental y al predominio de los intereses egoístas.[97] Sin embargo, su propuesta pedagógica también era contraria a la orientación práctica, utilitaria y concreta que deseaba imponer el gobierno carrancista. ¿Qué tipo de educación triunfó entonces? ¿Cuál fue el proyecto pedagógico vencedor, el espiritualista de Caso o el pragmático del gobierno? En caso de que haya prevalecido este último, ¿hasta qué grado permearon las ideas de Caso al nuevo clima intelectual? ¿Estuvo su influencia limitada a un grupo minoritario de universitarios? ¿Se hallaba reducida a cursos y materias que podrían considerarse marginales, impartidos en Altos Estudios? La respuesta debe ser pesimista: es indudable que la revolución propició una educación más popular y con mayor orientación social, y que afectó a la investigación científica y a la llamada "alta" cultura. Por lo tanto, a pesar de la creación de la Dirección de Bellas Artes, de los incansables esfuerzos de la Universidad Popular, del surgimiento de grupos como "los siete sabios" y del liderazgo ejemplar de Caso, aún subsiste la duda: ¿En verdad se democratizaron la educación superior y la cultura, o simplemente decayeron?

El declive era inocultable. Por ejemplo, los institutos de investigación de problemas médicos, creados y apoyados durante el porfiriato, entraron en franca crisis durante los años violentos pues sus aparatos, instrumentos y útiles, todos "de manejo delicado", sufrieron "las peripecias de la lucha armada", llegando a darse el caso de que sus caballos "inmunizados" fueran usados por los ejércitos. De allí su débil participación en la lucha contra las sucesivas epidemias —tifo, peste bubónica e influenza española—, lo que explica la severidad de éstas.[98]

En el ámbito cultural el declive fue igualmente evidente, pues tanto los grupos maduros y consolidados como los emergentes, ambos favorecidos por Díaz y Huerta, se encontraban mayoritariamente en el exilio. Las propuestas de solución de las autoridades carrancistas eran atinadas en parte, aunque sus frutos habrían de verse varios años después.

Sin duda la mediocridad de los intelectuales cercanos a don Venustiano, como Ciro B. Ceballos y Marcelino Dávalos,[99] urgía a seducir y atraer a varios de los escritores consagrados. Aunque la mayoría de éstos siguió siendo reacia —incluso enemiga— al gobierno carrancista y al proceso revolucionario en su conjunto, como lo prueban los casos de Francisco Bulnes, Salvador Díaz Mirón, Federico Gamboa, Nemesio García Naranjo, Enrique González Martínez, Carlos Pereyra y Victoriano Salado Álvarez, hubo algunos que se plegaron a los ofrecimientos gubernamentales, como Amado Ñervo, quien había sido diplomático hasta la caída de Huerta y quien volvió a serlo desde 1918,

muriendo meses después como diplomático carrancista; como José Juan Tablada, quien de vivir con estrecheces en Nueva York pasó a convertirse en panegirista de don Venustiano, o como Luis G. Urbina, cercano colaborador de Justo Sierra, que salió a Cuba en 1915 “en busca de pan para los míos, que ya ladran”, que allí trabajó de “saltimbanqui literario” por un año, radicándose luego en España, donde a partir de 1918 trabajó en la representación diplomática mexicana, gracias a las influencias de Isidro Fabela.[100]

El gobierno carrancista intentó también apoyar el surgimiento de intelectuales jóvenes y partidarios del proceso revolucionario, a partir del principio de que “la renovación” que debía producir “el gran sacudimiento que ha conmovido a la nación” no podía limitarse a la esfera política, pues tenía “más hondas y nobles tendencias y más dilatados horizontes”. De no apoyar a la nueva generación de escritores, la literatura sería víctima de un “estancamiento”, pues sólo “los hijos de esta época” pueden llevar “hasta la floración de la poesía y la perpetuidad de la crítica histórica, las ideas, los sentimientos, las emociones, las angustias de un pueblo que emprendió la lucha más formidable de su vida”. El gobierno solicitó a editores y directores de periódicos una actitud “más generosa” con esos nuevos intelectuales, sobre todo con aquellos que reflejen “artísticamente las hondas palpitaciones de la nueva vida nacional”.[101] Con esta decisión don Venustiano se mostraba coherente con toda su política, en la que conjugaba continuidades con innovaciones.

Notas al pie

[1] *Los Sucesos*, 12 de enero de 1915.

[2] *El Pueblo*, 9 de febrero de 1915.

[3] *Ibid*., 18, 24 de febrero de 1915.

[4] FUN, RR, c. 7, exp. 89, ff. 2495-2518; c. 8, exp. 111, ff. 3372-3377; exp. 116, ff. 3514 y 3521. *BE*, 1-2, p. 201; 1-4, pp. 349-360. *El Pueblo*, 21 de febrero de 1915.

[5] Las "instrucciones generales" para los profesores que viajaron a EE.UU., en fg, pr, c. 80, exp. 4. *BE*, 1-2, pp. 10-12; 1-4, p. 363. *El Pueblo*, 24-25 de febrero; 5 de abril; 10 y 13 de mayo de 1915.

[6] FG, PR, c. 60, exp. 16. *BE*, 1-2, p. 195. *El Pueblo*, *27* de febrero; 10 de abril de 1915. En la sección de Legislación Social también participaron Manuel Andrade Priego y Juan N. Frías, después casi todos destacados constituyentes. Cf. Palavicini, *Mi vida...*, pp. 234-239.

[7] *BE*, 1-4, p. 27. Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 43.

[8] Alfonso Cravioto, subsecretario Instrucción, a José Natividad Macías, rector ijn, 11 de agosto de 1915, FUN, RR, c. 7, exp. 92, f. 2655.

[9] FEP, núm. 1578. FUN, RR, C. 7, exp. 92, ff. 2655-2670. kg, pr, c. 42, exp. 2. *El Demócrata*, 21 de agosto de 1915.

[10] Alfonso Cravioto, subsecretario Instrucción, a José Natividad Macías, rector un, 24 de agosto de 1915, FUN, RR, c. 7, exp. 92, f. 2671; *ibid*., 27 de agosto de 1915, c. 8, exp. 111. Véase también *BE*, 1-2, pp. 201-202.

[11] Memorándum dirigido a los directores de las escuelas universitarias, 15 de octubre de 1915, FUN, RR, c. 7, exp. 103, f. 3024. Alfonso Cravioto, subsecretario de Instrucción, a José Natividad Macías, rector UN, 10 de diciembre de 1915, *ibid.*, c. 8, exp. 108, ff. 3318-3319. Véase también *BE*, 1-3, pp. 4-5. Una copia del cuestionario con que se les investigaba, en FUN, RR, c. 8, exp. 108, f. 3327.

[12] Nicolás R. de Arellano, director de Medicina, a José Natividad Macías, rector un, 17 de diciembre de 1915, *ibid.*, f. 3324. José Rojo, director de Odontológica, a José Natividad Macías, 4 de febrero de 1916, *ibid.*, exp. 115, f. 3471. Palavicini desmintió al director de Medicina, Arellano, y ordenó que fueran cesados José Meza Gutiérrez y otros profesores de la escuela, porque habían declarado oficialmente que Enrique Cepeda, gobernador del Distrito Federal durante el huertismo, tenía atrofiadas sus facultades mentales, buscando así salvarlo de todo castigo por sus crímenes. Cf *ibid.*, exp. 113.

[13] FG, PR, c. 6, exps. 16, 68. Acaso el mejor trato a Rodríguez lo expliquen sus nexos con el rector Macías.

[14] *BE*, 1-2, p. 223.

[15] FUN, RR, c. 6, exp. 87. *BE*, 1-2, pp. 21-9.

[16] Oficial Mayor encargado de la Secretaría Instrucción, a José Natividad Macías, rector un, 30 de agosto de 1915, FUN, RR, c. 8, exp. 106, f. 3221. *BE*, 1-4, p. 27. *El Demócrata*, 8 de marzo; 20 de mayo de 1916.

[17] *BE*, 1-4, pp. 27-32. *Boletín de la Universidad*, 3 vols., México, Departamento Universitario y de Bellas Artes, 1917-1921,1-1, p. 10 (en adelante, *BU).*

[18] La Universidad Nacional también perdió los institutos de investigación —Médico y Bacteriológico — y el Museo de Historia Natural. Véase *BE*, 1-2, pp. 9 y 15. El tamaulipeco Andrés Osuna se había graduado de profesor en la Escuela Normal de Monterrey. Cf. *DHBRM*, VII, pp. 155-156.

[19] *BE*, 1-1, p. 162; 1-4, pp. 121-125. *BU*, 1-1, pp. 34-36. *El Demócrata*, 24 de mayo de 1916. *El*

Pueblo, 7 de junio de 1916.

[20] El "Reglamento interior de la Secreta...," en FUN, RR, c. 8, exp. 113, ff. 3336-3338. *BU*, 1-2, p. 161. bu, 1-1, p. 10. *El Demócrata*, 25 de enero; 20 de mayo de 1916. *El Pueblo*, 23 de enero; 20 de mayo de 1916.

[21] Alfonso Cravioto, director de Bellas Artes, a José Natividad Macías, rector un, 15 de junio de 1916, FUN, RR, c. 8, exp. 113, f. 3391. Véase también *ibid.*, f. 3392, *El Demócrata*, 28 de septiembre de 1916. *El Pueblo*, 3 de agosto de 1916.

[22] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 5 de febrero de 1916, *Epistolario HU-R*, II, p. 225. *BE*, 1-3, p. 233. *El Demócrata*, 28 de septiembre de 1916. Palavicini, *Mi vida*..., pp. 242 y 353-359.

[23] *BE*, 1-2, p. 195. *El Pueblo*, 10 de abril de 1916.

[24] FUN, RR, c. 7, exp. 116, f. 3524. Lizardi fue llevado a Jurisprudencia por Macías luego de que éste tuvo un conflicto con el director Frías. Véase *El Demócrata*, 6 de mayo de 1916. *El Pueblo*, 5 de mayo de 1916. La cercanía entre Macías y Lizardi se confirma al ver que éste figuraría como secretario del Congreso Constituyente, del que Macías sería presidente. Véase *DHBRM*, I, pp. 206-207; III, pp. 335-336.

[25] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 5 de febrero de 1916, *Epistolario HU-R*, II, p. 225.

[26] Para mencionar sólo un par de los muchos profesores exiliados, recuérdense los casos de Carlos Pereyra y Rodolfo Reyes; como ejemplos de las sustituciones inadecuadas véase que Aurelio Manrique remplazó a Jenny Bozzano en literatura italiana, y Guillermo Gándara a Carlos Reiche en botánica. *El Pueblo*, 26 de mayo; 3 de junio de 1916.

[27] Alfonso Cravioto, subsecretario Instrucción, a José Natividad Macías, rector un, 7 de enero de 1916, FUN, RR, c. 8, exp. 110, f. 3337; véase también, *BE*, 1-3, p. 9, y FUN, RR, c. 8, exp. 113, f. 3381. Cravioto alegó que la colegiatura era lo suficientemente baja como para que la pudiera pagar hasta el estudiante más pobre. Cf. *El Demócrata*, 23 de febrero de 1916.

[28] Félix Palavicini, subsecretario encargado de Instrucción, a José Natividad Macías, rector un, 18 de marzo de 1916, FUN, RR, c. 8, exp. 113, f. 3382. Véase también *ibid.*, f. 3390. *BE*, 1-4, p. 24.

[29] *El Pueblo*, 5 de enero; 3 y 24 de febrero; 12 de marzo y 21 de abril de 1916.

[30] Por ejemplo, en Jurisprudencia hubo 333 alumnos en 1913 y sólo 272 en 1916. Cf. Informe de labores de Jurisprudencia, 1916, en *BU*, 1-1, p. 46.

[31] Discurso de inauguración de cursos de Altos Estudios, 1916, *BE*, 1-4, pp. 51-53. *El Pueblo*, 9 de marzo; 6 y 9 de abril; 2, 4 y 7 de mayo; 25 de junio de 1916.

[32] Discurso de inauguración de cursos de Odontológica, 1916, *BE*, 1-4, p. 55. *El Pueblo*, 21 y 25 de enero; 27 de febrero de 1916.

[33] FUN, RR, c. 8, exp. 116, ff. 3488-3490, 3493-3494 y 3524. FEP, núms. 1289 y 1514. En los expedientes de Sotero Prieto y Soto Peimbert aparecen los interrogatorios políticos carrancistas. En el suyo, Soto Peimbert aseguró haber "ayudado al triunfo de la revolución propagando sus ideas y en la obstrucción a los grupos reaccionarios en el seno de los estudiantes".

[34] FUN, RR, c. 8, exp. 116, ff. 3516-3519. Discurso de inauguración de cursos de Medicina, 1916, *BE*, 1-4, pp. 34-36. Lo curioso es que Gaviño había sido antes seriamente presionado por los carrancistas: acusado de haber sido legislador huertista, fue condenado a muerte, sentencia que no se cumplió: Cf. *DHBRM*, II, p. 722. En el expediente de Pruneda se evidencia que desde 1916 tendió a concentrar sus actividades en la Escuela de Medicina. Cf. FEP, núm. 577.

[35] Félix Palavicini, subsecretario encargado Instrucción, a José Natividad Macías, rector un, 2 de diciembre de 1915, FUN, RR, c. 7, exp. 92, f. 2673. Véase también exp, 103, ff. 3015 y 3074; c, 8, exp. 117, f. 3548. Cf. Discurso de inauguración de cursos de Altos Estudios, 1916, *BE*, 1-2, p. 223; 1-4, pp. 33 y 54. *BU*, 1-1, pp. 34-36. *El Demócrata*, 7 de diciembre de 1915; 12 de febrero de 1916.

[36] *BE*, 1-2, p. 223; 1-4, p. 34. *BU*, 1-1, p. 37.

[37] *BE*, 1-4, pp. 33-34. *BU*, 1-1, pp. 34-37. *El Pueblo*, 2 de marzo; 17 de mayo de 1916.

[38] *BE*, 1-4, p. 33.

[39] *BU*, 1-1, p. 36. *El Demócrata*, 25 de enero de 1916. *El Pueblo*, 23 de enero de 1916.

[40] FUN, RR, c. 7, exp. 89, f. 2497; exp. 103, f. 3100. be, 1-4, pp. 281-285. *BU*, 1-1, p. 37. *El Constitucionalista*, 27 de abril de 1916. *El Demócrata*, 25 de diciembre de 1915; 12 y 14 de abril; 4 de mayo de 1916; 27 de marzo de 1917. *Excelsior*, 28 de marzo de 1917. *El Pueblo*, 13, 17 de abril; 6 de mayo de 1916. *El Universal*, 4 de enero; 12 y 15 de febrero de 1917. *DHBRM*, I, pp. 68-69; III, pp. 573-575; IV, pp. 165-166.

[41] El discurso de Palavicini, en *BE*, 1-4, pp. 27-32.

[42] FUN, RR, c. 8, exp. 111, f. 3350. *BE*, 1-3, p. 16; 1-4, pp. 23, 28-29. *El Demócrata*, 20 de diciembre de 1915. *El Universal*, 27 de febrero de 1917.

[43] Fernando Lizardi, director de Jurisprudencia, a José Natividad Macías, rector un, 6 de noviembre de 1916, *BE*, 1-4, pp. 39-43. *BU*, 1-1, p. 10. *El Demócrata*,, 7 de enero de 1916.

[44] Félix Palavicini, subsecretario Instrucción, ajosé Natividad Macías, rector UN, 2 de diciembre de 1915, FUN, RR, C. 7, exp. 92, ff. 2673-2674.

[45] Discurso de inauguración de cursos de Ingenieros, 1916, *BE*, 1-4, p. 45.

[46] A pesar de no haber resultado elegido, el hecho de que Cienfuegos haya sido candidato al gobierno de su estado, Guerrero, era más que alentador. Cf. *El Pueblo*, 26 de abril de 1917. *El Universal*, 27 de enero de 1917. Para los otros ejemplos, cf. FG, PR, c. 137, exp. 34. *DHBRM*, I, pp. 350-351, 360-361, 409-410, 415, 423-424; II, pp. 486-487, 523-524; III, pp. 172-173, 185, 319-320 y 367-369.

[47] *El Demócrata*, 26 de octubre; 13, 29 de noviembre de 1915. *El Pueblo*, 4 de enero de 1916.

[48] *El Demócrata*, 30 de marzo de 1917. *Excelsior*, 4 de abril de 1917. *El Pueblo*, 5 de abril de 1917.

[49] Félix Palavicini, subsecretario encargado Instrucción, a José Natividad Macías, rector un, 16 de noviembre de 1915, FUN, RR, c. 7, exp. 92, f. 2672; exp. 103, f. 3047. *El Demócrata*, 15 de noviembre; 2 de diciembre de 1915; 6 de noviembre de 1916. *El Pueblo*, 7, 17 de agosto; 6 de noviembre de 1916. *El Universal*, 6 de febrero de 1917.

[50] FUN, RR, c. 8, exp. 116, ff. 3488-3490, 3493-3494 y 3524. FEP, núm. 1514. *El Pueblo*, 17 de abril de 1917. Poco después Soto y Peimbert cambió de empleo y se hizo, al margen de sus funciones docentes, ingeniero de la Dirección de Caminos en la Secretaría de Comunicaciones.

[51] *El Demócrata*, 29 de noviembre de 1915; 4 de noviembre de 1916. *El Pueblo*, 24 de mayo; 7, 13 y 16 de noviembre; 5 de diciembre 1916.

[52] *El Demócrata*, 3, 22 y 23 de diciembre de 1915; 13 de septiembre de 1916. *El Pueblo*, 22 de julio; 6, 21 y 23 de agosto de 1916.

[53] Por ejemplo, el joven Pablo Martínez del Río fue a estudiar a Oxford, Inglaterra.

[54] Sucedió, por ejemplo, en Yucatán y Querétaro. Cf. FUN, RR, c. 8, exp. 111, f. 3350. *BE*, 1-4, p. 23. *El Demócrata*, 22 de diciembre de 1915. *El Pueblo*, 8 de enero de 1916.

[55] Esta idea fue claramente expuesta por Palavicini en su discurso de inauguración de los cursos de 1916. Cf. *BE*, 1-4, p. 32.

[56] *El Imparcial*, 26 de marzo de 1913.

[57] Discurso de inauguración de cursos de Ingenieros, 1916, *BE*, 1-4, pp. 32, 45-48. *El Demócrata*, 4 de noviembre de 1916.

[58] *Ibid.*, 22 y 26 de abril; 6 y 12 de junio; 5, *7*, 21, 23, 26, 28 y 29 de agosto; 12, 14 de diciembre de 1916. En un editorial del periódico *El Occidental*, de Guadalajara, del 1 de septiembre de 1917, se compara ventajosamente a “la juventud que ahora —después de los años de luchas revolucionarias— surge vigorosa y altiva”, con aquella “que se desarrolló egoísta y servilmente en la época de la dictadura”. Cf. *Documentos*

históricos de la Revolución mexicana, editados por la Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana, México, Jus, 1976 (en adelante *DHRM)*, XVII, doc. 819.

[59] *El Demócrata*, 4 y 27 de mayo. *El Pueblo*, 22 y 27 de mayo; 1 y 10 de junio; 4, 14-16 de noviembre de 1916; 21 de marzo de 1917. Acaso este partido sea el mismo que el Liberal Juvenil, fundado por Rafael de los Ríos, antes estudiante en Jurisprudencia y antirreeleccionista desde 1909, empleado de influencia en la secretaría de Fomento carrancista y luego diputado constituyente. Cf. *DUBRM*, II, p. 794.

[60] *El Demócrata*, 26 de octubre de 1915; 4 de noviembre de 1916. *El Pueblo*, 15 de junio de 1916; 27 de abril de 1917.

[61] También fue diputado constituyente el secretario de la Universidad Nacional, el normalista Alfonso Herrera. De un total de 225 diputados, cerca de 120 eran profesionistas. La participación universitaria fue igualmente significativa en los congresos constituyentes estatales, pero su enumeración prolongaría esta nota sin enriquecerla, pues sería un abultado listado.

[62] *El Abogado Cristiano*, 21 de diciembre de 1916. *El Demócrata*, 17 de noviembre de 1916. *El Pueblo*, 1 de abril; 16 y 18 de noviembre de 1916. AMGM, vol. 561, exp. 1768. Para un listado confiable de los constituyentes véase a Jesús Romero Flores, *Historia del Congreso Constituyente 1916-1917*, México, INEIIRM, 1986.

[63] Una prueba de la coordinación de las manifestaciones por las autoridades educativas, en fc., pr, c. 7, exp. 31. *El Pueblo*, 24 y 27 de mayo; 7, 20 y 28-29 de junio; 2 de julio de 1916. Taracena, *La verdadera...*, IV, pp. 185-187.

[64] *El Demócrata*, 28 de junio de 1916. *El Pueblo*, 24 y 27 de mayo; 7-8 y 10-11,18, 20-21, 23, 25 y 28 de junio de 1916.

[65] *BE*, 1-4, p. 366. *El Demócrata*, 24 de junio de 1916. *El Pueblo*, 7, 26 y 28 de junio; 18, 23 de agosto de 1916.

[66] FUN, RR, c. 7, exp. 103, f. 3093. fo, pr, c. 82, exp. 3. *El Demócrata*, 24 de junio de 1916. *El Pueblo*, 20, 26, 28 de junio; 2 de julio; 18 y 23 de agosto de 1916.

[67] *El Demócrata*, 28 de junio de 1916. *El Pueblo*, 9-10,20 y 24 de junio de 1916.

[68] FUN, RR, c. 8, exp. 111, f. 3353 bis. FG, PR, c. 175, exp. 60. *El Demócrata*, 14 y 21 de junio de 1916. *El Pueblo*, 9 de junio de 1916.

[69] El decreto de Carranza, del 23 de octubre y firmado por Alfonso Cravioto, en FUN, RR, c. 7, exp. 103, ff. 3097-3099. Véase también *El Pueblo*, 11 y 18 de julio de 1916. *El Universal*, 8 y 19 de febrero de 1917. Paradójicamente, Garza era estudiante de la Escuela de Agricultura en 1913, pero abandonó sus estudios y se unió a la lucha contra Huerta en protesta por la militarización de la institución. Cf. *DHBRM*, V, pp. 117-118.

[70] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 10 de julio de 1916, en *Epistolario HU-R*, II, p. 269. Taracena, *La verdadera...*, IV, p. 157.

[71] *El Pueblo*, 28 de junio; 12-13 de julio de 1916. Considero que el surgimiento de la ideología latinoamericanista está ligado a un movimiento más amplio en favor del mundo hispánico en general. Cf. Friedrich Pike, *Hispanismo, 1898-1936. Spanish conservatives and liberáis and their relations with Spanish America*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 1971.

[72] *Excelsior*, 12 de abril de 1917. *El Pueblo*, 7, 12 y 14 de abril de 1917. *El Universal*, 3 de enero de 1917. Quien gestionó la invitación fue Isidro Fabela. La visita de Ugarte implicó numerosas actividades, como discursos, conferencias, visitas a sitios de interés, etc. A lo largo de su estancia hizo explícitos su apoyo al gobierno de Carranza y su antimperialismo. A su regreso a Argentina realizó valiosas gestiones para mejorar las relaciones diplomáticas entre ambos países. Véase el trabajo de Pablo Yankelevich, *"Argentina y la Revolución mexicana: la campaña solidaria de Manuel Ugarte*" inédito.

[73] *El Demócrata*, 5 de marzo de 1917. *El Pueblo*, 17 y 29 de junio; 3, 7, 12, 20 de julio; 7, 11, 13, 27 y 28 de agosto de 1916.

[74] *El Demócrata*, 5 de marzo de 1917. *Excelsior*, 24 de marzo de 1917. *El Universal*, 22 de enero de 1917.

[75] El joven Manuel Gómez Morín, orador en el homenaje preparatoriano, también era miembro de la Sociedad de Literatura y Arte Ariel. Cf. AMGM, vol. 562, exp. 1770; vol. 563, exp. 1774. *Excelsior*, 12 de abril de 1917. *El Pueblo*, 29 de febrero; 21 de mayo de 1916; 19 de abril de 1917. Darío murió a principios de 1916, y Rodó a mediados de 1917.

[76] José Natividad Macías, rector UN, al director de Ingenieros, 15 de abril de 1916, FUN, RR, c. 7, exp. 103, f. 3080. Véase también f. 3082; c. 8, exp. 111, ff. 3348-3351. *El Demócrata*, 13 de marzo; 6 de abril; 5, 9 y 28-29 de septiembre; 3 de noviembre de 1916. *El Pueblo*, 5 de abril de 1916.

[77] En abril de 1917 Miguel Torner fue elegido para sustituir a Soto y Peimbert. Véase *El Demócrata*, 8 de mayo de 1916; 11 de abril de 1917. *Excelsior*, 9 de abril de 1917. *El Pueblo*, 2 de diciembre de 1916.

[78] *El Demócrata*, 21 de octubre de 1916. *Excelsior*, 17 de abril de 1917. *El Pueblo*, 26 de abril y 5 de mayo; 7, 21 de junio; 25 de agosto; 1, 9 y 14 de noviembre de 1916.

[79] *El Demócrata*, 12 de junio de 1916 y 26 de marzo de 1917. *Excelsior*, 25 de marzo; 12 de abril de 1917. *El Pueblo*, 26 de abril; 6-7 de junio; 28 de agosto de 1916. *El Universal*, 29 de enero y 25 de febrero de 1917.

[80] *El Consfitucionalista*, 27 de abril de 1916. *El Demócrata*, 12 de febrero; 4 de mayo de 1916. *Excelsior*, 28 de marzo de 1917. *El Pueblo*, 21 de marzo; 13, 17 de abril; 6 de mayo; 19 de diciembre de 1916. *El Universal*, 4 de enero; 27 de febrero Je 19,17.

[81] Rodolfo Alanís Boyzo, *Gustavo Baz...*, pp. 85-89.

[82] FUN, RR, c. 7, exp. 96, f. 2736. *La Convención*, 8 de junio de 1915.

[83] Un estudiante de leyes pidió al Oficial Mayor de la Secretaría de Gobernación un empleo con "facilidades para continuar mi carrera". Cf. FG, PR, c. 199, exp. 54.

[84] Julio Torri a Pedro Henríquez Ureña, sin fecha, en el apéndice a Serge I. Zaitzeff, *El arte de Julio Torri*, México, Editorial Oasis, 1983, p. 129 (en ade lante, *Epistolario T-HU).*

[85] Gamoneda, español de nacimiento, había llegado a México en 1909, estableciendo la Librería General, que pronto se convirtió en un centro cultural. Hacia 1913 estableció otra librería, "Biblos", sitio de tertulia intelectual, de charlas y conferencias de los principales escritores, y de exposiciones gráficas. Cf. Varios autores, *Homenaje a don Francisco Gamoneda*, México, Imprenta Universitaria de la UNAM, 1946.

[86] *El Liberal*, 18, 21-22 y 25 de agosto; 9 de septiembre de 1914. *El Pueblo*, 20, 25, 27-28 de octubre; 3 y 11 de noviembre de 1914.

[87] Según Torri, cuando Pañi, Fabela y Guzmán entraron en la capital con las victoriosas fuerzas carrancistas, ni siquiera reconocieron a sus viejos amigos y compañeros ateneístas. Cf. Julio Torri a Pedro Henríquez Ureña, 22 de octubre de 1914, *Epistolario T-HU*, p. 126.

[88] Algunos ejemplos en *El Demócrata*, 21 de noviembre; 5 de diciembre de 1916. *El Pueblo*, 16 y 30 de enero; 5, 12, 27 y 29 de febrero; 4 y 20 de marzo; 4 y 9 de abril; 9 de mayo; 21 y 27 de noviembre de 1916.

[89] El Liberal, 26 y 31 de agosto; 2 y 9 de septiembre de 1914. El *Monitor*, 6, 11, 16 y 28 de diciembre de 1914. *El Pueblo*, 11 de noviembre de 1914; 24 de enero; 5, 21 de febrero; 2 de mayo de 1916.

[90] *Excelsior*, 24 de abril de 1917. *El Pueblo*, noviembre de 1914; 28 de abril de 1917.

[91] FEP, núm. 1680. Julio Torri a Alfonso Reyes, 13 de diciembre de 1916, en *Epistolario T-R*, pp. 199-201. Le dice: "estás muy pobre, al grado de pertenecer a 'la cofradía de los sin hogar'".

[92] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 3 de diciembre de 1915, en *Epistolario HU-R*, II, p. 199; *ibid*,, 5 de febrero de 1916, II, p. 225. Véanse también varias cartas de Julio Torri a Henríquez Ureña, entre septiembre de 1915 y enero de 1917, en *Epistolaño T-HU*, pp. 128-131, 134 y 138-139.

[93] El único número está fechado en mayo de 1916, y “su salida fue, quizá, prematura: el ambiente local, reciente aún la lucha, no estaba preparado para recibirla”. Cf. Francisco Monterde, *Las revistas literarias de México*, México, INBA, 1963, pp. 121-122.

[94] AMGM, vol. 561, exp. 1768. La fuente clásica para el tema es Luis Calderón Vega, *Los siete sabios de México*, México, Editorial Jus; el mejor ensayo histórico-interpretativo es el de Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976.

[95] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 18 de enero de 1915, en *Epistolario HU-R*, II, p. 137; *ibid.*, Julio Torri a Henríquez Ureña, 22 de octubre de 1914, en *Epistolario T-HU*, pp. 127-128; *ibid.*, 13 de febrero de 1916, p, 131.

[96] Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 1 de octubre de 1915, en *Epistolario HU-R*, II, p. 192; *ibid.*, 29 de diciembre de 1915, pp. 207-210; *ibid*., 5 de febrero de 1916, p. 225. Julio Torri a Henríquez Ureña, 4 de enero de 1917, en *Epistolario T-HU*, pp. 138-139. *El Demócrata*, 23 de noviembre; 2 de diciembre de 1915, *El Pueblo*, 24 de enero de 1916. *El Renovador*, 1 de julio de 1915.

[97] *El Demócrata*, 29 de noviembre; 2, 12 y 20 de diciembre de 1915. Caso fue defendido, entre otros, por su joven alumno Manuel Gómez Morín. Cf. AMCM, vol. 568, exp. 1779. El debate en cuestión se dio por medio de los artículos “Otro defensor oficioso del sistema católico-filosófico de don Antonio Caso", y “Crítica de la crítica de Fray Tizón”, en *El Demócrata*, 27 y 29 de noviembre de 1915.

[98] FG, PR, c. 71, exp. 37; c. 126, exp. 91.

[99] Ceballos fue redactor de la *Revista Moderna.* En política fue reyista y durante la presidencia de Madero dirigió el periódico *El Intransigente*. Desde temprana fecha fue partidario de la lucha constitucionalista, y siempre leal a Carranza. El tapatío Marcelino Dávalos se dedicó al periodismo en Jalisco, y escribió teatro y cuentos. Fue diputado maderista en la XXVI Legislatura, por lo que tuvo que exiliarse del país con la llegada de Huerta al poder. Pronto se unió a Carranza, quien lo hizo subsecretario de Relaciones Exteriores. Cf. *DHBRM*, II, pp. 675-676; IV, pp. 78-79.

[100] Ñervo murió en Montevideo en mayo de 1919, cuando era ministro plenipotenciario ante los gobiernos de Argentina y Uruguay. El traslado de su cadáver a México sirvió de pretexto para numerosas muestras de fervor latinoamericanista. Para Tablada véase Nina Cabrera, Jaré *Juan Tablada en la intimidad*, México, UNAM, 1954, y José Juan Tablada, *Diario (1900-1944)*, edición de Guillermo Sheridan, México, UNAM, 1993, pp. 69-152. Por último, véanse las cartas de Luis G. Urbina a Alfonso Reyes, del 28 de mayo de 1915 y del 1 de julio de 1917, en *Cartas LU-AR*, pp. 61-74.

[101] Circular de la Secretaría de Gobernación a los directores de varios periódicos, como *El Nacional*, *El Demócrata*, *Revista de Revistas* y *El Pueblo*, entre otras. Cf. FG, PR, c. 61, exp. 16.

IX. EL PACTO POLÍTICO-ACADÉMICO

FALSA PROMESA Y DURA REALIDAD

En mayo de 1917 reinició la vida constitucional en México, a partir de lo cual el país sería gobernado por una nueva Constitución que modificaba la estructura gubernamental en varios aspectos. El sector educativo sufrió cambios profundos: desapareció la Secretaría de Instrucción Pública y las escuelas primarias, normales y preparatorias pasaron a depender del respectivo gobierno municipal.[1] La Universidad Nacional también fue transformada: además de que la Preparatoria fue desincorporada, las escuelas profesionales quedaron bajo un flamante Departamento Universitario y de Bellas Artes, cuyo director sería rector al mismo tiempo.[2] La naturaleza menos académica y más político-administrativa de la nueva institución era imposible de ocultar, igual que su dimensión cultural, paralela a la estrictamente docente.

El anuncio de la nueva situación provocó varias dudas: ¿Sería más independiente la Universidad Nacional una vez desaparecida la Secretaría de Instrucción Pública? ¿Cuál sería el carácter de ese nuevo Departamento Universitario? ¿Dependería de alguna otra secretaría, o directamente del presidente de la República? En este caso, ¿no sería contraproducente, puesto que siempre habría mejores posibilidades de negociación con cualquiera de los secretarios que con el presidente, con quien no habría más alternativa que obedecer? Por otro lado, los componentes y objetivos del Departamento Universitario y de Bellas Artes no estaban claros: ¿Habría de constituirse sólo con las escuelas profesionales tradicionales? ¿Incluiría las nuevas, como Ciencias Químicas y Comercio? Más aún, ¿cuál sería la situación de la nueva institución respecto a la cultura, ya que integró también a la Dirección General de Bellas Artes? ¿Por qué Carranza revirtió su decisión de 1916, cuando hizo a ésta más poderosa que a la Universidad Nacional?[3] Si bien el nuevo organismo heredó la mayoría de las responsabilidades de ambas dependencias, por lo que

tuvo que tramitar mayor papeleo administrativo,[4] de hecho se convirtió en la única institución responsable de la educación superior y los asuntos culturales, con lo que se evitarían los celos y las duplicidades de 1916;[5] además, no sufriría más supervisión que la del propio presidente del país, quien siempre estaría preocupado, comprensiblemente, por otro tipo de asuntos y problemas, más graves y urgentes, lo que hacía predecible que gozaría de buena dosis de independencia real.

¿Podía considerarse la creación del Departamento Universitario como la disolución de la Universidad Nacional, ya que en lugar de un rector ahora tenía como autoridad máxima a un jefe de departamento gubernamental, a un funcionario? En todo caso, con esa estructura la autonomía era imposible, a pesar de que algunos miembros de la comunidad creyeran que la sola desaparición de la secretaría traería la libertad de la institución.[6] Junto con estas interrogantes surgieron otras dudas: ¿Cuál sería el papel del Consejo Universitario? ¿Serían puestos académicos o burocráticos las direcciones de las escuelas? ¿Cómo se conformaría el cuerpo profesoral? Era difícil ocultar que la Universidad Nacional se había convertido en una humilde oficina gubernamental, sin el brillo y prestigio que le daba el formar parte de la secretaría creada por Sierra en 1905. Carranza y Palavicini habían supuesto que la disolución de la Secretaría de Instrucción Pública traería, necesariamente, mayor libertad a la Universidad Nacional. Sin embargo, con su transformación en Departamento Universitario y de Bellas Artes su promesa de conceder la autonomía había sido radicalmente distorsionada. ¿Cómo reaccionó la comunidad ante tal cambio? ¿Qué tan insatisfactoria resultaba la decisión definitiva de don Venustiano respecto a la educación superior?

La consecuencia mayor fue que durante la segunda mitad de 1917 el debate por la independencia universitaria se hizo intenso. A diferencia de 1914, cuando el otorgamiento de la autonomía era un proyecto gubernamental o de la élite universitaria —como García Naranjo y Ezequiel Chávez o con Palavicini y Vasconcelos—, ahora se trataba, por primera vez, de un asunto que involucraba a la mayoría de la comunidad, especialmente a los estudiantes,[7] si bien fue todavía un movimiento tibio, pues la demanda de autonomía estaba lejos de ser una preocupación fundamental para los miembros de la comunidad. Es más, la lucha no fue una respuesta a la creación del Departamento Universitario sino al intento de los diputados y senadores de que la nueva dependencia fuera adscrita a la Secretaría de Gobernación. Aunque resulta imposible precisar si se debió a la oposición de los universitarios o a la división imperante entre los legisladores, lo cierto es que dicha propuesta fue derrotada por pocos votos, por lo que el

Departamento Universitario permaneció como estaba, entre independiente e indefinido.[8] El objetivo político de dicha incorporación era confuso; sin embargo, sería ingenuo achacarlo a una simple perogrullada. Por principio de cuentas, debe considerarse que la mayoría de los legisladores era enemiga del jefe de la dependencia, José Natividad Macías, así como del director de la sección de Bellas Artes, Luis Manuel Rojas, debido a sus actitudes durante el congreso constituyente y al creciente y generalizado descontento contra los colaboradores más cercanos de don Venustiano. Por las mismas razones los legisladores odiaban a Palavicini, uno de los más abiertos defensores de la autonomía. El intento, finalmente fallido, mostraba claramente la vulnerabilidad de la Universidad Nacional ahora que se había convertido en una dependencia político-burocrática.

¿Guardaban los legisladores algún agravio particular contra la Universidad Nacional? ¿Lo tenían contra sus funcionarios? ¿Actuaron tan sólo como políticos de oposición, siempre a la búsqueda de cualquier pretexto para desencadenar su lucha? ¿Proponían alguna alternativa? ¿Qué consecuencias políticas y académicas previeron para el caso de que el Departamento Universitario pasara a depender de la Secretaría dé Gobernación? Es un hecho que la mayoría de los que solicitaron tal sujeción, pertenecía al crecientemente independiente Partido Liberal Constitucionalista, y que buena parte de ellos consideraba que la Universidad Nacional y los universitarios eran contrarios a la revolución. José Siurob, uno de los pocos estudiantes antiporfiristas, fue de los más vehementes críticos de sus exprofesores y excondiscípulos, por ‘Científicos’ y huertistas, así como de la Escuela de Altos Estudios, a la que acusó de ser extremadamente conservadora. Con todo, lo cierto es que los miembros del Partido Liberal Constitucionalista carecían de una propuesta propia, a pesar de que en él militaban universitarios politizados como Jesús Acuña, Eduardo Neri y Basilio Vadillo, y lo único que hicieron fue solicitar, sin fundamento ni razón alguna, que el secretario de Gobernación o los senadores y diputados gobernaran la Universidad Nacional. Aun así, sería erróneo concluir que sus amenazas y ataques habían sido motivados por su animosidad contra el círculo de políticos moderados cercanos a don Venustiano, como también lo sería concluir que las posturas estaban claramente delimitadas; al efecto considérese que Luis Cabrera, recalcitrante carrancista, se manifestó contrario a la autonomía: recordando su terrible experiencia como director de Jurisprudencia cinco años antes, alegó que otorgar dicha independencia sería dar a los enemigos libre acceso “a nuestro más sagrado tesoro”.[9]

Si la Universidad Nacional tuvo en Siurob a un enemigo, también contó con

varios defensores. El más activo de ellos fue Aurelio Manrique, quien años antes había sido dirigente estudiantil en Medicina. Su postura también previene contra las generalizaciones, pues aunque se hallaba abiertamente enfrentado al círculo íntimo de Carranza, encabezó el debate autonomista contra Cabrera, apoyado por el gran orador Jesús Urueta y por Emilio Portes Gil, exalumno de la Escuela Libre de Derecho, quien por lo mismo 110 debía tener cariño por la Universidad Nacional, pero quien tampoco podía oponerse a la libertad de la educación superior. Manrique actuó como intermediario entre varios influyentes diputados y algunos miembros destacados de la comunidad universitaria, como Antonio Caso, Jesús Díaz de León, Genaro Fernández Mac Gregor, Jesús Galindo y Villa y Alfonso Pruneda, quienes a finales de 1914 y principios de 1915 habían apoyado el proyecto de autonomía de Chávez y Vasconcelos. Su propuesta de 1917, presentada por Caso, consistió en demandar que el Departamento Universitario y de Bellas Artes permaneciera como había sido originalmente diseñado, más ligado al poder ejecutivo que al legislativo.[10] No obstante las críticas que recibió por su moderación y aparente gobiemismo, en rigor Caso percibió correctamente que no se podía pedir más en ese momento, y que cualquier retroceso en la libertad de la institución sería una costosa derrota política que debía y podía ser evitada si se actuaba con decisión y sensatez. En forma paralela a los profesores, las autoridades universitarias también defendieron la dependencia. Haya sido para congraciarse con la comunidad o para presionar al gobierno, Macías presentó su renuncia por si se llevaba a cabo el cambio propuesto por los legisladores.[11]

Sin embargo, el hecho más importante fue que el conflicto provocó la movilización estudiantil. A diferencia de las anteriores reformas e intentos autonomistas, en esta ocasión tuvieron un papel protagónico jóvenes como Miguel Torner, Antonio Castro Leal, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea, Alberto Vázquez del Mercado y Luis Enrique Erro. Por ejemplo, asistieron a reuniones en las que importantes profesores discutieron el tema, y consiguieron numerosas firmas en apoyo de la petición a los legisladores de que el Departamento Universitario no fuera modificado; es más, un par de ellos participó en una comisión que redactó un proyecto de independencia de la Universidad Nacional.[12] La participación estudiantil también fue física: colmaron la Cámara de Diputados cuando el asunto fue discutido, y protestaron ruidosamente cada vez que la Universidad Nacional o los miembros de su comunidad eran atacados. Dichas protestas deben haber violado el reglamento de debates, pues algunas sesiones fueron interrumpidas, teniendo que intervenir la policía en una ocasión;[13] un testigo

incluso aseguró que su conducta fue mucho más radical y violenta que la descrita por la prensa.[14]

Cualquiera que haya sido el resultado de su participación, lo más importante de este pacífico e institucional movimiento estudiantil de 1917 fue haber permitido la primera aparición pública de personas que influirían notablemente en la vida cultural y política del país durante los siguientes cincuenta años. Luis Enrique Erro, por ejemplo, además de escribir la novela *Los pies descalzos*, llegó a ser un notable científico; Castro Leal, uno de los críticos literarios más influyentes a mediados del siglo, a finales del decenio de los veinte llegó a la rectoría de la Universidad Nacional; como él, Manuel Gómez Morín y Alfonso Caso lo serían después; además, mientras Alfonso Caso destacó como arqueólogo e historiador del México antiguo y como el más importante ideólogo de las políticas indigenistas del gobierno, Gómez Morín abandonó la vida académica para crear y dirigir el más importante partido político de oposición del país, y Lombardo Toledano fundaría el que fue el más importante partido político de izquierda a mediados de siglo.

La participación estudiantil resultó más importante que lo que el número y peso político de aquellos jóvenes permitía suponer. Algunos de sus líderes actuaron como consumados intelectuales y políticos; por ejemplo, Alfonso Caso, Antonio Castro Leal y otros dirigieron a los diputados una solicitud más radical que la remitida por los profesores, demandando que la Universidad Nacional fuera absolutamente libre, con la única obligación de dar al gobierno un reporte anual de sus actividades.[15] Por otra parte, el alumno en Jurisprudencia Vicente Lombardo Toledano, quien años después sería director de la Preparatoria —puesto que abandonó para convertirse en dirigente obrero—, pronunció un refinado discurso en la celebración del séptimo aniversario de la Universidad Nacional, en septiembre de 1917, en el que dijo que los estudiantes esperaban confiados el cumplimiento de la promesa de autonomía hecha por el carrancismo, si bien eran conscientes —aceptó— de que las condiciones del país obligaban a su aplazamiento.[16] ¿Era abnegación o realismo lo que Lombardo descubrió en sus compañeros? ¿Cómo se explica que haya decaído tan pronto la demanda de autonomía? ¿Cómo puede entenderse tal actitud, después de un sangriento movimiento libertario?: “parece mentira”, se dijo en el periódico de Palavicini, “que la libertad de enseñanza sea todavía materia de discusión”.[17]

LA PÉRDIDA DE LA HIJA PREDILECTA

Además del incumplimiento de la promesa de libertad, surgió el problema de la

nueva estructura impuesta a la Universidad Nacional. Oficialmente, desde mayo de 1917 las escuelas profesionales, incluyendo a Ciencias Químicas aunque no a Comercio, pasaron a pertenecer al Departamento Universitario. En cambio, la Preparatoria fue asignada al gobierno municipal de la ciudad de México y los institutos de investigación científica a varias dependencias.[18] Por lo tanto, tan pronto se supo que los legisladores revisarían el decreto de Carranza, varios universitarios solicitaron formalmente la reintegración de tan "indispensables" dependencias. Para aumentar la presión sobre los diputados y senadores, el rector dijo públicamente que si no se devolvían a la Universidad Nacional todos sus elementos, éstos serían reconstruidos sin importar la onerosa duplicación de funciones, y advirtió que era inconcebible una universidad "incompleta". Asimismo, Antonio Caso exigió la devolución de todas esas dependencias, y el joven Vicente Lombardo Toledano argumentó que debido a las circunstancias nacionales podía ser tolerada temporalmente una universidad no autónoma, pero nunca una "mutilada"; para él, la segregación de la Preparatoria era como cortarle "las alas" a la Universidad Nacional.[19] En otro escrito dirigido a la Cámara de Diputados, Manuel Gómez Morín argumentó que la Preparatoria estaría mejor en la Universidad Nacional puesto que ofrecía una educación previa, preparatoria en sentido estricto, a los estudios profesionales; según Gómez Morín la separación de la Preparatoria era producto de "la ignorancia y la maldad" y traería la gravísima consecuencia de desviarla de "su destino propio".[20]

El resultado de los debates legislativos no premió los argumentos de los universitarios, a pesar de que los parlamentarios mostraron profundas divisiones internas. Entre los senadores hubo uno que argumentó que la Preparatoria debía pertenecer a la Universidad Nacional, ya que era una institución muy intelectual; en cambio, Cutberto Hidalgo y Luis G. Monzón rechazaron dicho punto de vista: el primero incluso propuso disolver del todo la Preparatoria; el otro se redujo a alegar que estaba más cerca de la educación básica que de la profesional. No obstante su debilidad, estos argumentos fueron aceptados y la Preparatoria permaneció alejada de la Universidad Nacional.[21] La Cámara de Diputados también asumió una postura ambigua: por un lado, Moisés Sáenz se opuso a que la Preparatoria fuera parte de la Universidad Nacional, y Jonás García hizo lo mismo, repitiendo los argumentos que Andrés Osuna había usado frente a los diputados cuando alegó que los jóvenes preparatorianos eran contrarios a los principios revolucionarios, por lo que debían ser disciplinados y reorientados por el gobierno. En cambio, Aurelio Manrique aseguró que la Dirección de Educación Primaria ya había manejado la Preparatoria durante los últimos dos

años sin lograr mejoría alguna. Asimismo, a diferencia de cuando el asunto de la autonomía, en esta ocasión Luis Cabrera apoyó a la Universidad Nacional, a la que deseaba ver completa, aunque también propuso que los estudiantes preparatorianos pagaran una colegiatura especial con el fin de financiar la creación de un sistema de educación secundaria con objetivos prácticos, lo que coincidía con el proyecto gubernamental de educación.[22] De modo que, al igual que el rector Macías, el influyente carrancista Cabrera proponía un sistema educativo suplementario, al mismo tiempo que procuraba evitar al gobierno un conflicto estudiantil similar al de 1912; a semejanza de Macías, pretendía quedar bien con los universitarios y con don Venustiano.

Después del discurso de Cabrera pareció que la Universidad Nacional obtendría una victoria legislativa. Sin embargo, el secretario de Gobernación, Manuel Aguirre Berlanga, advirtió a los diputados que Carranza deseaba que la Preparatoria estuviera adscrita a la oficina de educación pública de la ciudad de México, pues tenía otros objetivos además de preparar a los alumnos para ingresar a las escuelas universitarias. En esta ocasión el deseo de don Venustiano fue obedecido, lo que provocó el mayor enfrentamiento de éste con los jóvenes durante todo su mandato presidencial; en efecto, encabezados por Prieto Laurens y Lombardo Toledano, los estudiantes organizaron un par de agresivas manifestaciones, sobre todo contra Andrés Osuna, hombre que concitaba la animadversión, por lo que la policía se vio obligada a intervenir.[23] Tales esfuerzos también fueron vanos: de hecho se perdieron otras dependencias además de la Preparatoria. Por ejemplo, el Instituto Biológico fue transferido a la Secretaría de Fomento y cambió su nombre por el de Dirección de Estudios Biológicos, y el Museo de Historia Natural y el Instituto Geológico también fueron asignados a la misma secretaría; a su vez, la Escuela de Comercio y Administración pasó a la Secretaría de Industria, encabezada por el universitario Alberto J. Pañi, hombre consciente del valor de la educación.[24] En resumen, no obstante haberse eliminado la vigilancia y el dominio de la Secretaría de Instrucción Pública, y haber recuperado el control de las actividades culturales, la Universidad Nacional recibió un golpe terrible con la pérdida de los institutos científicos y la Preparatoria. No sólo no fue hecha autónoma en 1917, a pesar de los ofrecimientos del grupo carrancista, sino que le fueron amputadas partes muy identificadas con ella.

Si bien el asunto de la autonomía no supuso una gran preocupación para la mayoría de la comunidad, el conflicto por la Preparatoria adquirió graves proporciones y se prolongó hasta el final del régimen carrancista. El motivo del conflicto fue el generalizado supuesto de que la nueva ubicación de la

Preparatoria provocaría su decadencia de manera irremediable. Contra los pesimistas pronósticos de los agoreros, la verdad es que incluso hubo algunas mejoras, como el cambio de programa para permitir a los alumnos dedicar el último año a hacer estudios relacionados con la “carrera” profesional que habían decidido seguir. Sin embargo, los razonamientos políticos se imponían a los académicos. Los universitarios sabían que podían seguir demandando de manera pacífica y moderada la autonomía, pues les había sido prometida; en cambio, insistir en recuperar la Preparatoria molestaría profundamente a don Venustiano —reconocidamente terco hasta por sus partidarios—, quien había decidido separar ambas instituciones desde finales de 1914. Con todo, no había un acuerdo al respecto entre los políticos, como lo prueba que más de cincuenta diputados propusieran a finales de 1918 que la Preparatoria pasara al dominio del gobierno federal, pues el municipal era incapaz de dirigirla y controlarla. Acaso percibiendo tales fisuras gubernamentales, en una hábil maniobra algunos universitarios decidieron crear una Preparatoria “libre”, con sede en Altos Estudios;[25] como no podían recobrar por el momento su Preparatoria, decidieron construir una nueva, su sustituta.

¿Cómo reaccionó el gobierno? ¿Cuál fue la actitud de las autoridades educativas? ¿Quiénes idearon el plan? ¿Qué miembros de la comunidad estuvieron inmiscuidos en el asunto? ¿Participaron solamente universitarios, o establecieron alianzas con otros grupos? ¿Se limitó a ser una respuesta político-burocrática, o se aprovechó la ocasión para introducir novedades académicas? ¿Se trataba de una respuesta política a Andrés Osuna, Moisés Sáenz y otros funcionarios educativos, o era una lucha ideológica y pedagógica contra la irrupción del protestantismo y la imposición de técnicas norteamericanas de aprendizaje? ¿Era vista la llegada de Osuna y Sáenz como la imposición del pragmatismo educativo?[26] ¿Qué programas y cursos habrían de utilizarse en la institución “libre”? ¿Quiénes serían los profesores? ¿Cuál fue la reacción de los jóvenes que cursaban sus estudios en la Preparatoria? ¿A cuántos jóvenes atrajo la aventura? ¿Cuánto tiempo duró? ¿Cómo fue financiada? En resumen: ¿Cómo funcionó la Preparatoria “libre”? ¿Tenía posibilidades de ser mejor que la oficial y tradicional? ¿Afectó al funcionamiento de ésta? ¿Qué diferencias tuvo con la escisión de Jurisprudencia en 1912, que dio lugar a la Escuela Libre de Derecho? ¿Qué similitudes tuvo con ésta? ¿Fue su creación parte de una tendencia más amplia de instalación de escuelas “libres”, clara respuesta a la dominante actitud del Estado en materia educativa?

Obviamente, las noticias de su fundación provocaron gran alarma entre los estudiantes preparatorianos. Para tranquilizarlos, las autoridades universitarias

declararon que los estudios en la Preparatoria oficial, ahora gubernamental y ya no universitaria, seguirían siendo plenamente reconocidos, por lo que sus egresados podrían ingresar en cualquier escuela universitaria; se dijo también que no existía antagonismo entre las dos preparatorias, y que la nueva, la “libre”, estaba dirigida a los que deseaban afinar su instrucción y cultura, para que pudieran aprovechar mejor su subsecuente educación profesional. A pesar de ello, es evidente que la creación de la Preparatoria “libre” no fue sólo un proyecto educativo y culturalista de varios profesores jóvenes de Altos Estudios, apoyados por algunos estudiantes avanzados de las otras escuelas profesionales, sino que gozó del apoyo de la mayor parte de la comunidad. Significativamente, la inauguración de sus cursos fue presidida por el rector y el director de Altos Estudios.[27]

No obstante las conciliadoras declaraciones de las autoridades universitarias, más fieles a Carranza que a la comunidad y a la institución, pocos meses después se creó una comisión encargada de diseñar un programa particular para la nueva escuela; posteriormente, el Departamento Universitario y de Bellas Artes convocó a una convención en la que se debían presentar propuestas para homologar los estudios preparatorios de todo el país,[28] lo que mostraba muy a las claras que se deseaba influir en todas las escuelas preparatorianas para así dejar aislada a la vieja Preparatoria capitalina. Era inocultable el enfrentamiento entre las autoridades educativas oficiales, como Andrés Osuna y Moisés Sáenz, y la comunidad universitaria, problema que puso en difícil situación a José Natividad Macías y a Luis Manuel Rojas, quienes no debían traicionar a los universitarios pero tampoco podían generar conflictos al grupo gobernante. Sin embargo, buscando no perder poder ni áreas de dominio, y más como venganza política que como precaución académica, la Universidad Nacional comenzó a exigir el cumplimiento de ciertos requisitos a los egresados de la Preparatoria oficial que deseaban ingresar en las escuelas de Ingenieros, Jurisprudencia y Medicina; también en abierto desafío a las autoridades educativas, se aumentó la severidad con los jóvenes provenientes de la Normal, a los que se comenzó a exigir que aprobaran algunos cursos complementarios.[29]

A primera vista podía parecer un intento de elevar el nivel académico de la Universidad Nacional. Sin embargo, es obvio que tenía objetivos políticos, pues el asunto iba dirigido contra Osuna, buscándose —con éxito— que renunciara al Departamento de Educación Pública.[30] Además, el conflicto no se limitó al enfrentamiento entre dos grupos de carrancistas: en efecto, algunos viejos ‘Científicos’ preferían ver a su amada escuela controlada por los jóvenes intelectuales antipositivistas, concentrados en Altos Estudios, que por burócratas

carrancistas de segundo nivel, que además tenían fama de protestantes y proestadunidenses, admiradores de su odiado Woodrow Wilson. Acaso esto explique la participación de Miguel Macedo, quien en 1912 había estado muy involucrado en la creación de la Escuela Libre de Derecho y ahora era señalado como uno de los autores de la idea; asimismo, el católico Luis Elguero y Eduardo Dondé lograron que la Fundación Mier y Pesado apoyara económicamente a la nueva Preparatoria.[31] Si la participación del 'Científico' Miguel Macedo pudo provocar sospechas de un regreso del positivismo, la de Elguero obliga a pensar que, como en 1910 y 1912, la creación de toda nueva institución exigía pluralidad ideológica y colaboracionismo político.

¿Cuál fue el resultado académico de la nueva Preparatoria? Es difícil evaluarlo, pues sólo duró hasta 1920, aunque debe aceptarse que enfrentó muchos problemas organizativos, de espacio y de instalaciones. Con todo, está claro que funcionó mediante cursos aislados y no con un programa riguroso, si bien fueron impartidos —gratuitamente— por profesores excelentes, como Miguel E. Schultz, en geografía; Guillermo Gándara, en botánica; Jesús Galindo y Villa, en historia, y Enrique Fernández Granados, en literatura. Más importante resultó quizá la colaboración de jóvenes que aún eran prometedores estudiantes, quienes de ese modo iniciaron una destacada participación en la vida intelectual nacional, como Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano. La calidad de los profesores y la amplitud y libertad del programa fueron la causa del considerable número de jóvenes que allí estudiaron a pesar de que tenían que pagar colegiaturas, medio fundamental para el financiamiento de la escuela en ausencia de una partida presupuestaria propia. En efecto, en 1919 congregó a quinientos jóvenes, mientras que la vieja Preparatoria contó con menos de setecientos; aunque en 1920 decayó su matrícula, todavía atrajo a un número alto de estudiantes.[32]

¿Debió su éxito a que era mejor escuela que la Preparatoria oficial, o a que se prometió a los alumnos que ingresarían automáticamente en cualquiera de las escuelas universitarias? ¿Sospecharon los jóvenes que enfrentarían obstáculos administrativos para continuar sus estudios profesionales si provenían de una escuela manejada por el grupo contrario al de los universitarios? En rigor, debido a que los cursos de la nueva institución eran más bien complementarios, sucedió que un buen número de jóvenes asistió a las dos preparatorias, lo que ayuda a explicar la creciente mejoría en la calidad de los estudios medios y superiores después de diez años de guerra civil y el renacimiento cultural del decenio siguiente.

Por todo lo anterior se puede concluir que la Universidad Nacional del

periodo carrancista, sin la Preparatoria y los institutos de investigación científica, se hallaba lejos de tener el brillo que Sierra le había vaticinado en 1910. Se puede concluir también que la creación de alternativas como la Preparatoria "libre" y el aceptable funcionamiento de la Escuela Libre de Derecho y de la Universidad Popular confirmaban la presencia de posturas liberales, contrarias al enorme estatismo porfirista y revolucionario, a la vez que demostraban que la lealtad de la mayoría de los miembros de la comunidad se reducía a su escuela: en 1918 y 1919 la idea de pertenecer a una universidad aún no estaba consolidada. Por último, a diferencia de Madero, que mantuvo a Cabrera en Jurisprudencia a lo largo del conflicto escisionista, Carranza rápidamente quitó a Osuna del sector educativo y lo envió a la gubematura de Tamaulipas, conservando con ello la calma en la capital y la simpatía y el apoyo de los estudiantes y profesores universitarios. Es indudable que don Venustiano tuvo perspicacia suficiente para percibir la importancia de una alianza entre los inminentes profesionistas y el gobierno en una etapa de reconstrucción nacional.

"GRILLOS" FRENTE A POLÍTICOS

Políticamente, los estudiantes de 1917 a 1920 eran muy distintos de aquéllos de 1912 y 1913, pues no fueron contrarios al proceso revolucionario. También eran diferentes de los de 1915, ya que no fueron indecisos y volubles en sus filiaciones ideológico-políticas; en efecto, en términos generales mantuvieron una buena relación con Carranza. Asimismo, a diferencia de sus predecesores, los nuevos estudiantes concedieron prioridad a las labores organizativas sobre las movilizaciones espontáneas: acordes al signo de los tiempos, de reorganización estatal, las principales actividades de esos años fueron corporativas, dedicándose los jóvenes a crear sus asociaciones, con una idea muy clara de su valor y fuerza política, de sus objetivos y del mejor modo de obtener beneficios concretos a partir de su relación con el gobierno.

Sin embargo, no debe idealizarse la historia de sus actividades de aquellos años: hubo numerosos conflictos entre los diferentes grupos estudiantiles y no fueron pocos los fracasos sufridos por las diferentes asociaciones; de cualquier modo, dichos fracasos deben medirse en relación con las posibilidades reales y no con sus más ambiciosas pretensiones. En efecto, el Congreso Local Estudiantil anunció planes desmedidos para 1917, destacando la creación de la Confederación de Estudiantes Mexicanos, de alcance nacional, y el establecimiento de relaciones formales y permanentes con los estudiantes sudamericanos; también pretendió adquirir sus propias instalaciones y publicar

una revista, y prometió intentar construir una escuela y una casa hogar para los niños desamparados que vivían de la venta de periódicos.[33] Si bien no se concluyó ninguno de estos proyectos, en 1917 el Congreso Local Estudiantil desempeñó un importante papel en la defensa de la Universidad Nacional contra los diputados y senadores que pretendieron controlarla mediante la Secretaría de Gobernación.

Al principio el Congreso Local Estudiantil estuvo dominado por Jorge Prieto Laurens y su grupo. Cuando tuvo lugar su renuncia, hacia marzo de 1917, el sucesor fue Miguel Tomer, amigo suyo desde sus años preparatorianos y su colaborador más cercano, cuando formaron parte de la sociedad "Francisco Díaz Covarrubias". Durante el periodo de éste se aprobó la creación de la *Revista Técnica Universitaria* y se solicitó formalmente a Carranza apoyo económico para la construcción del Centro Social Universitario, donde se reunirían para su esparcimiento y ofrecerían conferencias y charlas a "las clases populares". Además, pidieron al gobierno que enviara al extranjero a algunos de sus directivos.[34] Para su desgracia, la crisis económica que sufría el país impidió la realización de sus planes. Miguel Torner también dedicó mucho tiempo a la organización de sociedades estudiantiles en provincia, como paso previo a la creación de la Confederación de Estudiantes Mexicanos, hasta el grado de visitar cuando menos diez entidades a mediados de 1917.[35] No obstante sus esfuerzos, a finales de ese año los jóvenes de la mitad de los estados del país aún no lograban organizarse; para colmo, en seis entidades la falta total de estudiantes universitarios impedía cualquier asociación.[36]

Por lo tanto, el fracaso de Torner se debió más a los graves problemas socioeconómicos nacionales que a sus ambiciones o desaciertos políticos, como tanto se argumentó. De cualquier modo, a finales de 1917 y principios de 1918 se eligió nueva directiva del Congreso Local Estudiantil. Aun cuando Prieto Laurens, Torner y Juan Espejel permanecieron en ella, otro grupo alcanzó los puestos más importantes. Entre los nuevos directivos aparecieron Miguel Palacios Macedo, Teófilo Olea y Alfonso Caso. Como el Congreso Local Estudiantil iba a entrar en receso durante el periodo de exámenes y de vacaciones navideñas, se eligió una comisión permanente, y otra vez el resultado reflejó la existencia de ambos grupos: junto a Torner quedaron Teófilo Olea, Alfonso Caso, Vicente Lombardo Toledano y Clementina Batalla, hija de un político porfirista —con cierta dosis de independencia— y luego esposa de Narciso Bassols.[37] Algunos de estos últimos formaban parte del pequeño grupo de "los siete sabios", y aunque ya destacaban académicamente, comenzaron entonces a involucrarse en la política gremial: por las mismas fechas otro

miembro del grupo, Manuel Gómez Morín, fue elegido presidente de la sociedad de alumnos de Jurisprudencia.[38] La diferencia principal entre estos grupos fue que mientras el de Prieto Laurens y Tomer estaba más interesado en la política nacional, “los siete sabios” y sus simpatizantes y amigos se interesaban más por lo académico y lo intelectual, actitud que mantendrían durante unos años todavía, lo que permitió al primero acusar a algunos de los “siete sabios” de huertistas, sólo porque Castro Leal y Vázquez del Mercado habían sido profesores en la Preparatoria durante el gobierno huertista. Con todo, los objetivos de la nueva directiva reflejan la incorporación de los segundos: creación de una oficina de empleos para los estudiantes, impartición de una serie de conferencias y realización de una campaña en favor del mejoramiento de la educación pública.[39]

Pasar al ámbito de la política nacional o viajar a Sudamérica como diplomáticos no eran los objetivos de los nuevos dirigentes. Por ejemplo, mientras Manuel Gómez Morín rechazó ser enviado a Uruguay, Enrique Soto Peimbert y Adolfo Desentis, miembros del equipo anterior, fueron acusados de haber viajado aprovechándose de sus puestos en la organización gremial.[40] Obviamente, las diferencias no eran sólo de escenarios: además de meramente gremial, el nuevo grupo pretendía hacer una política más clara y limpia más democrática y menos aparatosa. A diferencia del grupo fundador, que deseaba crear una organización nacional con sedes en la ciudad de México y Saltillo —seguramente por los apoyos que les ofrecía el exestudiante y para entonces gobernador coahuilense, Gustavo Espinosa Mireles—, la nueva camada puso énfasis en las organizaciones locales y logró que la sede del segundo congreso nacional de estudiantes, que debía realizarse a principios de 1918, fuera Yucatán, entidad todavía dominada por Salvador Alvarado, prestigiado revolucionario en creciente distanciamiento de don Venustiano, sinceramente interesado en la educación, y quien estableció relaciones estrechas con algunos de los jóvenes más brillantes de aquella generación.[41]

Entre los delegados de los estudiantes capitalinos en el congreso de Yucatán se encontraban Miguel Torner, por un lado, y Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea, Miguel Palacios Macedo y Narciso Bassols, por el otro. Se hizo evidente entonces que el nuevo grupo detentaba la mayoría de los puestos, que había ganado el control de la asociación y que gozaba de la admiración y el reconocimiento de casi todos sus condiscípulos. En buena medida, el nuevo grupo desplazó al de Prieto Laurens porque la idea de éste sobre las organizaciones gremiales estaba “anquilosada”, y porque muchos estudiantes consideraron riesgosos y hasta “lesivos“ para la

educación superior sus claros intereses políticos.[42] A pesar de ello, el año de 1918 todavía estuvo permeado por los problemas entre ambos grupos. Por ejemplo, en julio el Congreso Local Estudiantil decidió formalmente mantenerse al margen de la política nacional e internacional y de los asuntos religiosos, lo que significaba un gran triunfo para el equipo de "los siete sabios". La resolución se tomó luego de un debate entre Prieto Laurens y Lombardo Toledano, quien como buen polemista aprovechó la ocasión para atacar rudamente al otro grupo, demandando incluso que se procesara a Juan Espejel por corrupto.[43] Un par de meses después, y como obvia venganza, Palacios Macedo fue acusado de favorecer a sus amigos en la asignación de los puestos para estudiantes en las legaciones de Sudamérica.[44] La acusación no debe haber sido muy convincente, pues Palacios Macedo, de gran linaje político pues era nieto de liberal e hijo de un médico revolucionario, conservó prestigio suficiente como para ser reelegido presidente del Congreso Local Estudiantil en junio de 1919; es más, no obstante algunos intentos renovadores, Palacios Macedo permanecio en 1920 en la mesa directiva y en la comisión permanente de dicha asociación,[45] lo que confirma el dominio de su grupo en los asuntos gremiales durante esos años.

¿A qué se debió la longevidad en política estudiantil de Palacios Macedo? ¿Cómo explicar su triunfo donde tantos otros habían fracasado? Es indudable que las actividades políticas nacionales de Prieto Laurens y Torner y los intereses más académicos e institucionales de "los siete sabios" le facilitaron el triunfo. Sin embargo, en 1920 surgió una fuerte oposición contra sus principales lugartenientes, que derivó en la creación de la Liga Estudiantil Renovadora, oposición seguramente causada porque algunos de los objetivos y compromisos previos a Palacios Macedo no habían sido cumplidos al término de su segundo año en el puesto. Por ejemplo, la *Revista Técnica Universitaria*, anunciada a mediados de 1917, aún no había sido puesta —jamás lo sería— en circulación; asimismo, a mediados de 1919 el Congreso Local Estudiantil seguía careciendo de instalaciones propias.[46] Los logros de sus propios ofrecimientos también pueden ser cuestionados: ¿Pudo instalar la oficina de empleos para los estudiantes? ¿Cuántas conferencias y charlas se impartieron? ¿En qué sentido intervino el Congreso Local Estudiantil en el mejoramiento de la educación superior del país? De hecho, la oficina en cuestión nunca fue instalada; se impartieron pocas charlas a las clases populares, en ocasiones incluso por personas cercanas al grupo de Prieto Laurens y Torner; por último, su colaboración en la mejoría de las escuelas universitarias se redujo al mutuo apoyo con Macías y demás autoridades.[47]

¿Cuál fue, entonces, el valor de esa agrupación? Es indudable que su mayor mérito consistió en la defensa de la Preparatoria como institución universitaria, y en su apoyo a la “Libre” una vez perdida aquélla. Además, como el Congreso Local Estudiantil siempre fue moderado y progubernamental —en cierto sentido hasta apolítico— y era casi hegemónico entre los estudiantes universitarios de la ciudad de México, llegó a ser un elemento importante para alcanzar y sostener la estabilidad capitalina. Para conservar su apoyo Carranza sólo tuvo que enviar a algunos estudiantes a Sudamérica, cumplir con algunas tradiciones —como asistir o hacerse representar por uno de sus colaboradores cercanos en las principales festividades estudiantiles— y apoyar a la agrupación con algunos donativos económicos.[48] Como era previsible en él, don Venustiano se esmeró en mejorar sus relaciones con los jóvenes a principios de 1920, cuando el conflicto por la sucesión presidencial fue más intenso.[49] Debe concluirse que su gobierno siempre consideró que apoyar a los estudiantes era poco oneroso y muy útil en términos políticos.

¿A qué debe atribuirse que los años de 1917 a 1920 fueran los más tranquilos del decenio en cuanto a movilizaciones políticas estudiantiles? Es probable que la violencia sufrida en el país desde 1910 y las terribles condiciones en la ciudad de México durante 1915 hicieran a los jóvenes apreciar las ventajas de la paz y la estabilidad; además, la ausencia física o la pérdida de prestigio de sus anteriores ídolos llevó a los estudiantes a olvidar las promesas y pretensiones del pasado; en cambio, desde 1916 los principales líderes estudiantiles simpatizaban con el proceso revolucionario;[50] asimismo, los triunfos de exlíderes estudiantiles, como Alfonso Cabrera, Gustavo Espinosa Mireles y Enrique Estrada, ahora gobernadores de Puebla, Coahuila y Zacatecas respectivamente, o los de Aurelio Manrique y José Siurob, diputados en la XXVII Legislatura, e incluso unos más modestos, de personas como Emilio Portes Gil, hicieron ver al aparato gubernamental, en proceso de construcción, como un espacio abierto y accesible a ellos;[51] por otra parte, el nacionalismo y el latinoamericanismo de Carranza gozaron de la total simpatía de los jóvenes; finalmente, debido a que don Venustiano promovió todo tipo de organizaciones sociopolíticas moderadas, los estudiantes pudieron dedicarse a dichas labores con entera confianza.

Por lo tanto, una de las más importantes características de los líderes estudiantiles de esos años fue que, a diferencia de sus antecesores, no alcanzaron el poder y la popularidad mediante movimientos de oposición. El primer grupo, el de Prieto Laurens y sus compañeros, ascendió gracias a sus habilidades organizativas y políticas, que los llevaron a participar destacadamente en la política nacional en todos los niveles, desde el municipal hasta el federal. En

efecto, figuraron entre los fundadores del Partido Cooperatista, que se caracterizó por sus numerosos contingentes de jóvenes de la clase media urbana: Prieto Laurens, Fernando Saldaña Galván y Miguel Torner, todos estudiantes en Jurisprudencia, fueron elegidos para un puesto en el Consejo Municipal de la ciudad de México[52] Por su parte, "los siete sabios" y sus numerosos seguidores triunfaron por sus capacidades intelectuales; por sus esfuerzos para divulgar cultura entre las clases populares, por entonces en ascenso sociopolítico, y sobre todo por su lucha en defensa de la integridad de la Universidad Nacional.[53]

CIVILISTAS Y COSMOPOLITAS

La conclusión obligada es que durante esos años los estudiantes estuvieron más dedicados a los asuntos gremiales. La expresión más extrema de esta actitud se dio a principios de 1920, en el momento más álgido de la campaña electoral por la presidencia del país, cuando un líder estudiantil afirmó que la contienda por la sucesión de Carranza les resultaba menos importante que sus labores organizativas.[54] Al mismo tiempo, parecían estar más interesados en la guerra europea que en los alarmantes casos de rebelión que asolaban a buena parte del país. Ilustrativamente, desde su primer número la revista *Pegaso* tuvo secciones permanentes dedicadas al ajedrez y al conflicto europeo, mientras que el primer comentario sobre un movimiento rebelde mexicano apareció hasta su duodécima edición.[55] ¿Hasta qué grado era sincero su cosmopolitismo? ¿Hasta qué punto era producto de una autocensura? ¿Seguían los autores de *Pegaso* instrucciones gubernamentales al mantenerse al margen de los problemas nacionales?

No obstante esta actitud progubernamental, sería erróneo suponer que esos estudiantes fueron refractarios a toda acción independiente. De hecho, participaron en algunos conflictos políticos, aunque lo hicieron de manera previsible o en forma ridicula. Por un lado, jóvenes de las escuelas de Jurisprudencia y Libre de Derecho asistieron a las manifestaciones contra los obstáculos puestos por Carranza a la libertad de prensa, y en varias ocasiones algunos grupos estudiantiles fueron acusados de simpatizar con el movimiento contrarrevolucionario de Félix Díaz, como cuando el exlíder oposicionista de 1910, Alfonso Cabrera, ya como gobernador de Puebla clausuró el colegio profesional de la entidad, pues en el periódico estudiantil local se habían publicado algunas cartas y artículos elogiando a Félix Díaz, a Toribio Esquivel Obregón y al rebelde campesino Cirilo Arenas.[56] Por otra parte, un acontecimiento cómico se suscitó en octubre de 1918, cuando los estudiantes organizaron violentas manifestaciones para protestar por el secuestro de la

esposa del profesor de Jurisprudencia Eduardo Pallares. Debido a que Pallares había tenido un altercado con el general Juan Mérigo un par de semanas antes, los estudiantes concluyeron que éste era el autor del secuestro, que venía a ser el enésimo ejemplo de la terrible indisciplina de los militares revolucionarios, problema que bien valía su repudio. Los jóvenes publicaron varios desplegados —uno de los cuales fue firmado por Gabino Fraga— y organizaron un par de manifestaciones que terminaron en enfrentamientos con la policía y en la aprehensión de varios de los líderes, como Aurelio Manrique y Alvaro Pruneda. Para sorpresa de todos, días después quedó claro que la señora Pallares había huido con su amante. A pesar de que los jóvenes pretendieron disculparse asegurando que habían actuado de buena fe, la Escuela de Jurisprudencia permaneció cerrada durante un tiempo y Manrique sufrió un breve encarcelamiento.[57]

Al margen del ridículo, su preocupación e indignación por la suerte de la señora Pallares es muy ilustrativa: al protestar en favor de su profesor los estudiantes mostraban sus preferencias civilistas y su repudio a los militares. De hecho, una característica común a los estudiantes del grupo de los “siete sabios” o de los prietolaurentistas fue su civilismo: recuérdese que el Partido Cooperatista, en cuya creación —agosto de 1917— participaron numerosos universitarios, proponía la desintegración del Ejército Nacional y su sustitución por una guardia civil; recuérdese también que en varios estados los jóvenes formaron clubes “Civilistas”, para presionar en las contiendas electorales locales.[58] Acaso esto explique que, salvo los involucrados en la política nacional, los jóvenes hayan mostraron un considerable desinterés por la contienda presidencial, pues en ella se enfrentaban el más poderoso grupo dentro del Ejército Nacional, encabezado por Alvaro Obregón, y un grupo supuestamente civilista, débil y artificial, cuya única posibilidad de triunfo consistía en aliarse con el otro grupo poderoso de militares, el de los gonzalistas. Conscientes de ello, los jóvenes no apoyaron la candidatura independiente de Obregón y rechazaron la invitación a un acercamiento que Pablo González les hizo a principios de 1920. En efecto, cuando se preguntó al líder estudiantil Rodulfo Brito Foucher —que, como otros, luego llegaría a ser rector— su opinión sobre el manifiesto de autopostulación de Obregón, se negó a responder alegando que los estatutos de su organización prohibían cualquier participación en política nacional.[59]

Una vez derrocado el gobierno carrancista, los jóvenes se negaron otra vez a participar en el enfrentamiento final entre Obregón y González, actitud que confirma su simpatía por el civilismo, corriente representada por individuos

como Carranza, Palavicini y Cabrera —quien, aunque había sido objeto de los odios de los alumnos de Jurisprudencia en 1912, recuperaba así su prestigio—. Paradójicamente, muchos de los jóvenes más politizados habían apoyado a Obregón en su lucha contra Bonillas y la maquinaria carrancista. Las posturas no son fácilmente identificables, pues varios miembros del civilista Partido Cooperatista terminaron apoyando a los sonorenses, como Jorge Prieto Laurens y Jesús M. Garza, mientras que otros miembros prominentes, como Miguel Torner y Fernando Saldaña Galván abandonaron el partido para incorporarse a una agrupación puramente electorera, obviamente bonillista, el Partido Civilista. Asimismo, universitarios como Enrique Estrada, Luis L. León, Aurelio Manrique, Eduardo Neri, Emilio Portes Gil, José Domingo Ramírez Garrido, Luis Sánchez Pontón, Basilio Vadillo y Gilberto Valenzuela fueron activos obregonistas, y casi todos los del grupo de los "siete sabios" apoyaron la rebelión aguaprietista.[60] Con Carranza y Bonillas quedaron los funcionarios educativos y muy pocos jóvenes, como los diputados universitarios Emilio Araujo y Román Rosas, que respectivamente acompañaron a don Venustiano hasta su muerte o se exiliaron luego de su caída,[61] al grado de poderse afirmar que la lucha encabezada por los sonorenses también era un desafío generacional.

El que los estudiantes universitarios sólo se hayan opuesto a Carranza en un par de ocasiones antes de 1920 no implica necesariamente que le hayan brindado siempre su apoyo. Aún queda por dilucidar en qué ocasiones, cuándo y cómo dieron respaldo real a sus políticas. Al parecer, a diferencia de los asuntos de política nacional, de los que se les mantuvo al margen, el gobierno instó a los jóvenes a que se involucraran en las cuestiones internacionales. Así, desde mediados de 1917 suscribieron la decisión de don Venustiano de asumir una estricta neutralidad en la guerra europea, en contra de las presiones estadunidenses para que México favoreciera a los aliados, postura que les valió ser considerados germanófilos por Palavicini.[62] A finales de 1917, cuando "los siete sabios", más culturalistas que políticos, asumieron el liderazgo gremial, se intentó que los estudiantes desatendieran también los asuntos internacionales. De hecho, Alfonso Caso, Lombardo Toledano, Medellín Ostos, Teófilo Olea, Palacios Macedo y Villavicencio Toscano, entre otros, pretendieron que temas como el de la neutralidad ni siquiera fueran discutidos, por lo que Prieto Laurens los acusó de ser cobardes y "aliadófilos", y en previsible respuesta ellos lo llamaron germanofilo. Después de una tumultuosa sesión, el Congreso Local Estudiantil ratificó la decisión tomada en julio, de apoyar la postura oficial de estricta neutralidad.[63]

La polémica entre aliadofilia y germanofilia, o entre neutralidad estricta —

acusada de beneficiar a Alemania— y neutralidad favorable a los aliados, fue por momentos enconada entre los estudiantes. Considerando su yancofobia, y puesto que apoyar a los aliados significaba sobre todo unirse a Estados Unidos, resulta explicable su postura. Sin embargo, los profesores no eran tan antiyanquis; además, para ellos la aliadofilia era, principalmente, la defensa de Francia, país que tenía una mayor influencia intelectual en México. Ya fuera por el positivismo de Comte o por el espiritualismo de Bergson, Francia ocupaba el primer lugar entre las preferencias de los principales profesores, los que por ser mayores de edad habían sido formados durante el afrancesamiento porfiriano. Antonio Caso podría ser el mejor ejemplo, pero de ninguna manera el único, ya que la mayoría deseó y aplaudió su triunfo: por ejemplo, Alfonso Teja Zabre escribió un poema sobre la victoria francesa en la batalla del Marne; por otra parte, los profesores tendieron a simpatizar con Woodrow Wilson, finalmente colega suyo, pues hasta hacía pocos años había sido profesor y rector de la Universidad de Princeton. Esto explica que Alejandro Quijano —quien poco después sería director de Jurisprudencia— reconociera su admiración por Wilson en una celebración oficial de la escuela.[64] Por lo tanto, a diferencia de los estudiantes, más neutralistas por yancófobos, los profesores no simpatizaron con la postura de Carranza en el conflicto europeo.

Astuta e inteligentemente, Francia trató de aumentar su influencia académica en el país. Para ello concedió el prestigioso premio “Las Palmas Académicas” a cuatro miembros distinguidos de la intelectualidad mexicana: Antonio Caso, Enrique González Martínez, Jesús Urueta y Ángel Gaviño. Como institución, la Universidad Nacional prefería la postura de sus profesores a la del gobierno, como lo confirma que haya organizado un homenaje a un científico francés, el físico Paul Tillaux, y ninguno a científicos alemanes.[65] Es más, aun los homenajes a científicos alemanes, como los dedicados al zoólogo Emest Haechel y al naturalista Alexander von Humboldt, fueron organizados por la Dirección de Estudios Biológicos, dependencia de la Secretaría de Fomento, y por la Sociedad de Geografía y Estadística y la Sociedad Científica Antonio Alzate, respectivamente, pero no por la Universidad Nacional, que en cambio fue acusada de suspender los cursos de idioma alemán que ofrecía.[66]

La aliadofilia de la Universidad Nacional implicaba una disidencia con la política gubernamental, sorprendente por su naturaleza no autónoma; sin embargo, también puede ser considerada parte de una estrategia de la cancillería, que buscaba dar la imagen de país imparcial y pretendía no inclinar abiertamente a la opinión pública nacional en favor de alguno de los contendientes. La aliadofilia del profesorado y de las autoridades universitarias también puede ser

vista como consecuencia de la falta de presencia e impacto de las ideas alemanas entre los intelectuales mexicanos. Esa obvia diferencia entre ambas culturas fue percibida por Arnold Krumm Heller, quien trató de remediarla y convertir la influencia alemana en equiparable a la francesa. Para ello propuso en 1918 que se tradujeran al español algunos libros "de texto" alemanes y se crearan departamentos de estudios regionales —Asia, América y África— en varías universidades alemanas; en concreto, según Krumm Heller los estudios sobre América Latina debían ubicarse en Bonn y en Aachen. También propuso enviar al extranjero a profesores alemanes, así como recibir en Alemania a estudiantes latinoamericanos.[67] Para su desgracia, dichas propuestas fueron demasiado tardías, pues a mediados de 1918 las relaciones con las universidades norteamericanas habían progresado notablemente como consecuencia de que desde 1914 —por no decir 1910— las relaciones con las europeas estaban suspendidas, mientras que geográficamente era más fácil tener contacto con aquéllas. De cualquier modo, de haber sido llevados adelante, el resultado de la guerra pronto habría destruido todos los planes de Krumm Heller. Como es obvio, la influencia intelectual que habría de rivalizar —y acaso desplazar— con la francesa no sería la alemana, sino la estadunidense.

Los estudiantes universitarios también apoyaron activamente la política internacional de Carranza en otros asuntos. A mediados de 1919, cuando el senador por Nuevo México Albert Fall organizó una comisión para investigar los agravios sufridos por los norteamericanos en México durante los años revolucionarios, los jóvenes decidieron movilizarse para balancear la "injustificada" campaña política y periodística contra el país. Primero enviaron un mensaje a los estudiantes estadunidenses, solicitándoles que actuaran para impedir actos injustos contra México. Como era de esperarse algunos nacionalistas exaltados propusieron medidas más radicales y patrióticas,[68] prevaleciendo, no obstante, la postura moderada que apoyaba sin trascender la actitud gubernamental. Sin embargo, en ocasiones los jóvenes disintieron de la diplomacia carrancista, como cuando se contrató a un profesor norteamericano como asesor de Cabrera,[69] demostrando con ello que los estudiantes universitarios fueron coherentes a lo largo del decenio en sus filias y fobias.

LATINOAMERICANISTAS VIAJEROS

El tema político que interesó más a los jóvenes fue el latinoamericanismo, aspecto clave en la ideología diplomática de Carranza. En principio, el latinoamericanismo era una constante en la ideología estudiantil —e intelectual

— surgida desde los inicios del siglo con la guerra de independencia de Cuba, las ideas de Rodó y la poesía de Darío. Sin embargo, fue con Carranza cuando se convirtió en un aspecto fundamental de la política mexicana, pues Madero, Huerta y los gobiernos convencionistas no lo promovieron con tanta vehemencia. Los estudiantes encontraron en ello otra razón para apoyar a don Venustiano; a su vez, éste vió allí otra veta de la que podría obtener el apoyo de las clases medias y populares sin quedar obligado a hacer mayores concesiones socioeconómicas internas.

Desde 1917 el latinoamericanismo de los jóvenes mexicanos resultó novedoso y creativo, y trascendió a las tradicionales celebraciones del "día de la raza" organizadas por las autoridades[70] y a los rutinarios homenajes en favor de los escritores e intelectuales centro y sudamericanos.[71] Uno de los principales objetivos de los líderes estudiantiles fue desarrollar todo tipo de relaciones con sus similares latinoamericanos, pretensión en la que Carranza encontró un medio para mejorar las relaciones diplomáticas con esa gran parte del continente: si muchos de los futuros políticos y diplomáticos tendrían que haber sido antes universitarios, su cariño a otro país serviría después para un mejor entendimiento subcontinental;[72] es más, un colaborador de don Venustiano —su embajador en Cuba, Heriberto Jara— dijo claramente que el intercambio estudiantil reduciría los malentendidos y las críticas injustas a la Revolución mexicana.[73]

En concreto, la Universidad Nacional sirvió para dignificar y hacer más atractivas las actividades cotidianas de los diplomáticos de esos países en México: por ejemplo, los ministros de Argentina, Chile y Uruguay, entre otros, asistieron a varias festividades del Congreso Local Estudiantil; asimismo, los estudiantes agasajaron —con bailes y veladas literario-musicales— a los marinos sudamericanos que trajeron el cadáver de Amado Ñervo, mientras el rector Macías homenajeaba al comandante del navio.[74] Indudablemente, el momento académico por excelencia de tan amistosas relaciones fue a principios de 1920, cuando la Universidad Nacional otorgó grados honoríficos a los representantes de Argentina y Uruguay, Manuel Malbrán y Pedro Erasmo Callorda.[75] Sin embargo, al margen del amigable trato, resulta obligado cuestionar el resultado de esa política latinoamericanista: ¿En verdad mejoraron las relaciones diplomáticas con esos países? ¿Se fortalecieron frente a Estados Unidos? ¿Fueron aquellos jóvenes embriones de la concordia latinoamericana, concediendo que ésta exista?

Puede afirmarse que la actitud latinoamericanista tuvo un gran impacto político, diplomático y cultural a partir del decenio siguiente, después de que Vasconcelos activara y profundizara dicha postura. Con todo, lo cierto es que fue

durante el periodo carrancista cuando surgió la idea de que jóvenes mexicanos viajaran al sur de la frontera. A principios de 1917, en efecto, Prieto Laurens propuso al gobierno que enviara a varios jóvenes, elegidos por el estudiantado, para que ocuparan puestos secundarios en las representaciones mexicanas allí establecidas, idea que fue inmediatamente aceptada por la secretaría de Relaciones Exteriores. Algunos de los estudiantes escogidos para viajar fueron Enrique Soto Peimbert, Carlos Pellicer, Gabino Palma, Feliciano Escudero y Manuel Gómez Morín.[76] Para su desgracia, ya fuera por las dificultades financieras del gobierno o por algún engorroso obstáculo administrativo, varios meses después éstos aún no iniciaban su viaje, aunque sí lo hicieron Soto Peimbert y Adolfo Desentis, pero como delegados al Congreso Internacional Latinoamericano, que tuvo lugar en Chile.[77] Como prueba de las dificultades que enfrentaba este programa, a finales de 1917 hubo discusiones sobre si los estudiantes debían mejor ser enviados a realizar estudios de posgrado o especialización, lo que resultaría más barato, más sencillo administrativamente y, sobre todo, menos peligroso políticamente, que tenerlos como agentes diplomáticos, por bajo que fuera su nivel.[78]

A principios de abril de 1918 una comisión de estudiantes, compuesta entre otros por Miguel Palacios Macedo e Ignacio García Téllez —posteriormente primer rector del periodo autónomo en 1929, secretario de Educación Pública y de Gobernación con Lázaro Cárdenas e influyente consejero de este en sus decisiones sobre la nacionalización del petróleo y la guerra civil española—,[79] pidió el cumplimiento de las promesas gubernamentales, a lo que el canciller Cándido Aguilar contestó que el asunto estaba aún en estudio, aunque prometió que los primeros jóvenes viajarían “pronto”.[80] En septiembre de ese año fueron elegidos otros estudiantes, entre los que figuraban Pablo Campos, Luis Norma y Luis Padilla Ñervo —con el tiempo, secretario de Relaciones Exteriores y embajador en las Naciones Unidas—. Para entonces las demoras político-administrativas comenzaron a deteriorar los afanes latinoamericanistas; por ejemplo, mientras que algunos alegaban que los estudiantes elegidos anteriormente ya no debían viajar porque habían perdido su representatividad, otros creían que era injusto escoger nuevos delegados antes de que los primeros cumplieran su encargo. Por su parte, el gobierno reclamó que el número de estudiantes seleccionados se había hecho excesivo para las cuatro representaciones que México tenía en Sudamérica.[81] Otro obstáculo fueron los celos y competencias al interior del gobierno: para empezar, Alberto J. Pañi, secretario de Industria y Comercio, siempre inmediatista, reclamó que mejor dichos puestos consulares fueran cubiertos por “graduados en las escuelas

comerciales”.[82]

A principios de 1920 los estudiantes escogieron otra vez representantes, a pesar de que eran muy pocos los que habían podido viajar, como Pablo Campos, quien estuvo en Brasil varios meses.[83] En esta ocasión destacaban, además de Miguel Palacios Macedo, incontrovertible líder estudiantil por esos años, Daniel Cosío Villegas, posteriormente creador de varias instituciones culturales —e institución cultural en sí mismo—; Gabriel Fernández Ledesma, pintor y promotor del arte popular mexicano; Herminio Ahumada, años después uno de los más leales vasconcelistas, y Renato Leduc, conocido como “el último bohemio mexicano”.[84] Debido a que por esas fechas se hallaba en pleno auge la campaña electoral, el astuto Carranza permitió a los estudiantes aumentar el número de sus representantes, pues la carga financiera y el riesgo político serían para su sucesor, e incluso prometió enviar a uno a España.[85] Obviamente, su interesada generosidad fue recibida con alegría; sin embargo, por el resultado de la contienda electoral, correspondió a Vasconcelos ampliar dichos ideales latinoamericanistas.

¿Qué otras formas, además de viajar, fueron utilizadas para relacionarse con los estudiantes latinoamericanos? ¿Cuál fue la actitud de los jóvenes mexicanos ante los problemas de los países al sur de nuestra frontera? Al igual que respecto a los asuntos nacionales, los jóvenes de 1917 a 1920 fueron considerablemente apolíticos en su latinoamericanismo, que era más étnico y culturalista. Por ejemplo, por un lado el Congreso Local Estudiantil y la Asociación Católica de la Juventud Mexicana organizaron una campaña para obtener recursos materiales y económicos en beneficio de las víctimas del temblor que asoló a El Salvador a mediados de 1917; por el otro, el movimiento estudiantil autonomista que estalló en Argentina a principios de 1918 apenas fue mencionado en la prensa mexicana; es más, cuando se propuso dedicar una sesión del Congreso Local Estudiantil a discutir el tema, ésta no pudo llevarse a cabo por falta de *quorum*. Asimismo, en abril de 1920 varios estudiantes guatemaltecos y un grupo de exiliados centroamericanos pidieron que los mexicanos apoyaran la idea de la unificación de algunos países de la zona, en particular de Guatemala y Nicaragua, y que públicamente condenaran la dictadura de Manuel Estrada Cabrera. Sin embargo, Daniel Cosío Villegas y otros líderes rechazaron tal solicitud, argumentando que los estatutos de su organización disponían que ésta fuera apolítica y que carecían de información pertinente sobre ambos temas.[86] Por lo tanto, puede concluirse que el latinoamericanismo estudiantil entre 1917 y 1920 era semejante al nacionalismo de los años anteriores, en tanto que fue un latinoamericanismo conservador, más culturalista e histórico que político y

crítico de su tiempo.

Notas al pie

[1] Meneses, pp. 184-189.

[2] *El Demócrata*, 17 de abril de 1917. *Excelsior*, 14 y 17 de abril de 1917. *El Pueblo*, 17 de abril de 1917. *El Universal*, 12 de febrero de 1917.

[3] Significativamente, mientras que Carranza aceptó la renuncia de Cravioto, Macías fue confirmado y, en rigor, promovido. Cf. *El Demócrata*, 31 de marzo; 3, 19 y 23 de abril de 1917. *El Pueblo*, 15 de abril de 1917.

[4] FIP y BA, c. 295, f. 1.

[5] José Natividad Macías, rector UN, a Miguel Schultz, director Altos Estudios, 19 de marzo de 1917, FUN, RR, c. 5, exp. 73, ff. 20-27. *BU*., 1-1, pp. 239-240.

[6] Entre otros, Enrique Aragón. Cf. *ibid.*, 1-2, p. 29.

[7] Para el tema de la autonomía consúltese, además del libro ya citado de Alfonso de María y Campos, a Juan Molinar, *La autonomía universitaria de 1929*, tesis de licenciatura en Ciencias Políticas, México, UNAM-Acatlán, 1981.

[8] *Excelsior*, 17 de julio de 1917. *El Universal*, 29 de septiembre; 6 de octubre de 1917.

[9] *Ibid.*, 29 y 30 de septiembre; 2 y 4-5 de octubre de 1917. Entrevista a Neri, en Urióstegui, p. 466.

[10] *Excelsior*, 17-18 de julio de 1917. *El Universal*, 27 y 29-30 de septiembre; 2 de octubre de 1917.

[11] *BU*, 1-1, pp. 192-193. *Excelsior*, 25 de julio de 1917.

[12] *El Demócrata*, 26 de julio de 1917. *Excelsior*, 17 y 25 de julio de 1917. *El Universal*, 8 y 30 de septiembre de 1917.

[13] *Ibid*., 29 de sepdembre; 6 de octubre de 1917.

[14] La "fuente" es un memorándum anónimo, fechado el 26 de octubre de 1917, localizable en el archivo de José Ivés Limantour. Agradezco la información a mi amigo y colega Alfonso de Maria y Campos. Véase también *DHRM*, XVII, doc. 866.

[15] *DDCD*, 5 de octubre de 1917, pp. 12-13. *El Universal*, 17 de junio de 1917.

[16] *Ibid.*, 5 de octubre de 1917. Para la biografía deljoven Lombardo Toledano véase la obra de Enrique Krauze, *Caudillos culturales*...

[17] *El Universal*, 29 de septiembre de 1917, en *DHRM*, XVII, doc. 866.

[18] FIP y BA, c. 298, exp. 24, f. 1. *El Demócrata*, 17 de abril de 1917. *Excelsior*, 14 y 17 de abril de 1917. *El Universal*, 5 de agosto de 1917.

[19] *BU*, 1-1, pp. 249-264.

[20] AMGM, vol. 567, exp. 1768; vol. 568, exp. 1774. *El Universal*, 28 de septiembre; 6 de octubre de 1917.

[21] *El Demócrata*, 7 y 22 de noviembre de 1917. *Excelsior*, 7, 16, 22 de noviembre de 1917.

[22] *El Demócrata*, 4, 6-7 de noviembre de 1917. *Excelsior*, 4 y 6-7 de noviembre de 1917.

[23] *El Demócrata*, 8 de noviembre de 1917. *Excelsior*, 8 de noviembre de 1917. *El Universal*, 29 de septiembre de 1917. Sus propios empleados habían pedido meses antes su remoción de la Dirección de Educación Pública, argumentando que era "malísimo", "bandido" y "tirano". Cf. FC, PR, C. 190. exp. 57.

[24] *El Demócrata*, 7, 10-11, 13 y 16 de noviembre de 1917. *Excelsior*, 7, 10, 16 y 30 de noviembre de 1917.

[25] FG, PR, c. 264, exp. 74. *Excelsior*, 17, 19 de enero; 24 de abril de 1918. *El Universal*, 19 de abril de 1918.

[26] El pragmatismo provenía de dos pensadores norteamericanos, William James, que lo definió filosóficamente, y John Dewey, que lo aplicó a la pedagogía. En esencia, rechazaba cualquier tipo de metafísica y sostenía que el criterio de verdad es menos importante que los de utilidad y provecho para la vida práctica. Desde principios del siglo Dewey, profesor en la Universidad de Columbia, era el pedagogo más influyente en Estados Unidos, influencia que también se hizo sentir entre los funcionarios educativos de Carranza, varios de ellos ligados a la Universidad de Coiumbia.

[27] *Excelsior*, 25-26 de abril/1918. *El Universal*, 6-7 de mayo de 1918.

[28] José Natividad Macías, jefe del DUBA, a Luis Manuel Rojas, jefe de Bellas Artes, 2 de febrero de 1918, FIP y BA, c. 298, exp. 26, f. 1. *Excelsior*, 9 de abril de 1919.

[29] FUN, RR, c. 9, exp. 138, ff. 3963-3965. *Excelsior*, 28 de febrero de 1920. *El Universal*, 2 de agosto de 1919; 11, 20, 28 de enero de 1920.

[30] Alfonso Herrera, secretario del DUBA, a Andrés Osuna, director de Educación Pública, 29 de mayo de 1918, FIP y BA, C. 295, exp. 23. *Excelsior*, 2 de febrero de 1920.

[31] Además de que se aseguró que Osuna era "una calamidad peor que el cáncer", se dijo que era insostenible que la Preparatoria estuviera "en manos de un fúnebre ministro de Lutero, incapaz de comprenderla y amarla". Cf. fc;, pr, c. 190, exp. 57. *DHRM*, XVII, doc. 866. *Excelsior*, 4 de noviembre de 1917. *El Universal*, 4 de septiembre de 1918.

[32] FUN, RR, c. 9, exp. 135, f. 3943. *BU*, 1-2, p. 38. *El Demócrata*, 25 de junio de 1919. *Excelsior*, 14 de febrero de 1919; 2 y 20 de febrero de 1920. *El Universal*, 19 de abril; 3 de marzo; 3 de septiembre de 1918; 1 de mayo de 1919; 24 y 29 de enero de 1920.

[33] *El Demócrata*, 6 y 9 de agosto de 1917. *Excelsior*, 5 de diciembre de 1917.

[34] *BU*, 1-1, pp. 246-248. *El Demócrata*, 30 de julio; 20 de agosto de 1917. *Excelsior*, 24 de junio; 16 y 30 de julio de 1917. *El Universal*, 18 y 20 de agosto 917. Prieto Laurens, *op. cit.*, pp. 13, 35.

[35] *El Demócrata*, 11 de agosto de 1917. *El Universal*, 9 de agosto de 1917.

[36] *BU*, 1-1, p. 246. *El Demócrata*, 30 de julio de 1917.

[37] *Excelsior*, 2 de diciembre de 1917.

[38] Clementina Batalla era hija de Diódoro Batalla, fundador del Partido Liberal, por lo que creció en un ambiente familiar politizado y progresista, lo que explica que estudiara una profesión universitaria y que tuviera una ideología liberal, AMGM, vol. 562, exp. 1770. *El Universal*, 6 de octubre de 1917.

[39] *Excelsior*, 24 de febrero de 1918. *El Universal*, 4 de marzo de 1918. Prieto Laurens, *op. cit*., pp. 36, 54.

[40] *Excelsior*, 26 de noviembre de 1917. *San-Ev-Ank*, 8 de agosto de 1918.

[41] En 1919 Alvarado fundó un periódico moderadamente anticarrancista, *El Heraldo de México*, en el que invitó a colaborar a jóvenes provenientes de los dos principales grupos estudiantiles: Jorge Prieto Laurens, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano. Cf. AMGM, vol. 561, exp. 1768. Prieto Laurens, *op. cit*., pp. 61-63.

[42] AMGM, vol. 561, exp. 1768. *El Demócrata*, 20 de agosto de 1917. *Excelsior*, 9 de noviembre; 24, 30 de diciembre de 1917; 1, 4, 21 y 29-30 de enero de 1918. *El Universal*, 18, 20 de agosto de 1917.

[43] *Excelsior*, 1 de julio de 1918. *San-Ev-Ank*, 11 de julio; 29 de agosto de 1918.

[44] *El Universal*, 24 y 26 de septiembre de 1918.

[45] *Demócrata*, 19 y 23 de junio de 1919. *Excelsior*, 24 de febrero; 25, 27 de abril de 1920. Para Palacios Macedo véase Krauze, *Caudillos culturales*p. 99.

[46] *BU*, 1-1, pp. 241-243. *Excelsior*, 27 de abril de 1920. *El Universal*, 10 de septiembre de 1918; 30 de

agosto de 1919.

[47] *Excelsior*, 8 de julio de 1918; 30 de abril de 1919. *El Universal*, 24 y 31 de marzo de 1918.

[48] *El Demócrata*, 11 de agosto de 1917. *Excelsior*, 30 de julio de 1917. *El Universal*, 31 de agosto de 1917; 11 de marzo; 12 de mayo; 3, 20 y 30 de septiembre; 13 de octubre de 1918.

[49] *Excelsior*, 25 de febrero de 1920.

[50] Recuérdese que el Congreso Local Estudiantil había sido creado para fomentar el espíritu revolucionario entre los jóvenes, según afirmación de su fundador. Cf. Prieto Laurens, p. 54.

[51] A finales de 1915 Portes Gil había sido nombrado subjefe del Departamentó de Justicia Militar; unos meses de 1916 los pasó en Sonora como juez de primera instancia y como magistrado del Tribunal Superior de Justicia; luego fue abogado consultor de la Secretaría de Guerra y en 1917 fue electo diputado a la XXVII Legislatura; por último, en 1918 fue secretario general de gobierno de su estado natal, Tamaulipas. Con todo, su ascenso político vertiginoso comenzó en 1920. Cf. *DHBHM*, VII, pp. 162-164.

[52] *El Demócrata*, 9 de septiembre de 1918. *Excelsior*, 21 de noviembre de 1917; 8 de julio de 1918. *El Universal*, 10 de marzo de 1919. Prieto Laurens, *op. cit.*, p. 54.

[53] *San-Ev-Ank*, 25 de julio de 1918. Para la defensa de la Universidad Nacional hecha por “los siete sabios”, véase *BU*, 1-1, pp. 249-264. *El Universal*, 5 de octubre de 1917. Manuel Gómez Morín asegura que la lucha de su grupo en defensa de la institución fue una “pelea abierta”. Cf. AMGM, vol. 561, exp. 1768.

[54] *Excelsior*, 1 de abril de 1920.

[55] “Memorándum”, 7 de noviembre de 1918, en RDS-8 12.42. *Excelsior*, 31 de julio de 1918. *El Universal*, 26 de julio; 2, 21 de agosto de 1919. La única justificación posible es que *Pegaso* no era una revista política sino literaria, dirigida por Enrique González Martínez, Efrén Rebolledo y Ramón López Velarde. Sin embargo, nunca se redujo a la poesía, y tenía aspectos de magazine de actualidades; incluía referencias constantes a los acontecimientos en Rusia y a las novedades teatrales y cinematográficas.

[56] *El Universal*, 4, 16, 18-19, 23 y 29 de octubre de 1918.

[57] Los estudiantes de Jurisprudencia habían publicado una protesta contra las agresiones de Mérigo a Pallares. Cf. *Excelsior*; 4 de octubre de 1918. Dado el caudal de acusaciones y críticas que se dirigieron a Mérigo y que se generalizaron al Ejército Nacional, cuando se descubrió la falsedad del secuestro se dijo que “la liviandad de una bella Elena —su nombre era Esperanzapudo ocasionar graves incidentes”. Cf. *El Demócrata*, 16 de octubre de 1918. Según este periódico, “el mitote podría ser disculpable desde el punto de vista de la impresionabilidad y ligereza propias de la juventud”. *Ibid.*, 18 de octubre de 1918.

[58] *DHBRM*, II, pp. 53,782-783. Según Prieto Laurens, el Partido Cooperatista se fundó, físicamente, en la biblioteca de la Escuela de Jurisprudencia, afirmación plausible pues él dirigía dicha biblioteca. Cf. FG, PR, c. 225, exp. 67; c. 227, exp. 65. Prieto Laurens, pp. 15, 58.

[59] *El Demócrata*, 8 de junio de 1919. *El Universal*, 27 de enero de 1920. Paradójicamente, el Partido Cooperatista pasó a ser dirigido por Jacinto Treviño y Gustavo Espinosa Mireles, el primero militar gonzalista, y el segundo civilista carrancista.

[60] *DHBRM*, II, pp. 421, 442-444 y 797; IV, pp. 168-170. *Excelsior*, 30 de abril; 18 de julio de 1919. *El Universal*, 24, 31 de marzo; 3 de octubre de 1918. Entrevista a Eduardo Neri, en Urióstegui, pp. 459-460. Prieto Laurens, pp. 66-92.

[61] A la muerte de Carranza se publicó en *El Universal* —23 de mayo de 1920— un “escrito de protesta” por su desaparición, firmado por “numerosos estudiantes de todas las escuelas”. Cf. DHRM, XVIII, doc. 963. *DHBRM*, II, pp. 42, 797.

[62] *El Demócrata*, 4-6 de julio de 1917. *Excelsior*, 6 de julio de 1917. *El Universal*, 5 de julio de 1917.

[63] *El Demócrata*, 2-3, 8 de noviembre de 1917. *Excelsior*, 2, 7 y 11 de noviembre de 1917. *El Universal*, 22 de octubre de 1917.

[64] *Excelsior*, 13 de julio de 1919. *Pegaso*, 20 de julio de 1917.

[65] *BU*, II-1, pp. 85-101. *Excelsior*, 29 de julio de 1918. *San-Ev-Ank*, 1 de agosto de 1918.

[66] Secretario de la Sociedad de Geografía y Estadística a José Natividad Macías, jefe DUBA, 6 de septiembre de 1919, FIP y BA, c. 296, exp. 28, f. 1. *El Universal*, 26 de octubre de 1918.

[67] Arnold Krumm Heller a Cándido Aguilar, secretario Relaciones Exteriores, 15 de marzo de 1918, FIB y BA, C. 295, exp. 36, ff. 10-15. Krumm Heller era nacido en México, hijo de inmigrante alemán, y durante la lucha revolucionaria colaboró con la facción carrancista. Intelectual mediano, con motivo de los festejos del Centenario publicó en 1910 una biografía de Humboldt, y años después la novela *El médico de Carranza*, así como *La Ley del Karma*, pues también era espiritista. Cf. *DHBRM*, II, p. 734; VIII, pp. 208-209.

[68] *Excelsior*, 11 de agosto de 1919. *El Universal*, 12 de agosto de 1919.

[69] La referencia es a Edwin Kemmerer, profesor de economía en una universidad del noreste estadunidense. En una publicación estudiantil se criticó el "espectáculo lastimoso de una política hacendarla hecha por financieros improvisados (léase Cabrera, su "blanco" favorito), que nos obliga hasta la vergüenza de importar contadores extranjeros". *San-Ev-Ank*, 29 de agosto de 1918.

[70] Fir y ba, c. 296, exp. 10, ff. 12-13, 16-17, 22 y 24. FUN, RR, C. 9, exp. 125, f. 3782. *El Universal*, 6, 13-14 de octubre de 1917.

[71] *Excelsior*, 28 de noviembre de 1917. *El Universal*, 18 de agosto; 8 de septiembre de 1917.

[72] *BU*, M, p. 246. *Excelsior*, 25 de febrero de 1920.

[73] *Excelsior*, 5 de julio de 1919. Como confirmación de lo dicho por Jara, considérese que un grupo de estudiantes hondureños hizo en su país una campaña publicitaria en favor de la Revolución mexicana, campaña que les acarreó serios problemas con sus gobernantes. Cf. Benjamín Hill a Pedro Gil Farías, secretario particular de Venustiano Carranza, 7 de febrero de 1919, en AHUNAM, Fondo Juan Barragán, sección Secretaría Particular, caja IX, exp. 12, f. 1558.

[74] FU, RR, c. 9, exp. 125, ff. 3750-3751. *El Demócrata*, 30 de julio de 1917. *Excebior*, 28, 30 de julio de 1917; 8, 20-21 de julio de 1918. *El Universal*, 24 de octubre de 1917; 19, 25 de septiembre de 1918.

[75] *Ibid*., 10 de marzo de 1920.

[76] *El Demócrata*, 20 de agosto de 1917. *El Universal*, 20 y 27 de agosto de 1917. Prieto Laurens, pp. 35-36.

[77] *El Universal*, 9 y 15 de septiembre de 1917. Soto Peimbert y Desentis regresaron al país a mediados de 1918, luego de haber viajado por Perú, Chile, Argentina y Estados Unidos. Cf. *ibid*., 25 de marzo de 1918. *Excelsior*, 24 de abril de 1918.

[78] *El Demócrata*, 24 de noviembre de 1917. *Excelsior*, 24 y 28 de noviembre; 10 y 26 de diciembre de 1917.

[79] FEA, núm. 3 229. El leonés García Téllez realizó sus estudios para abogado entre 1916 y 1920, sustentando su examen profesional en marzo de 1921.

[80] *El Demócrata*, 7 de abril de 1918. *Excelsior*, 7 de abril de 1918.

[81] *Ibid*., 14 de julio de 1919. *El Universal*, 10, 12-13, 19-20, 24 y 26 de septiembre de 1918; 6 de enero de 1919.

[82] FG, PR, c. 255, exp. 16.

[83] AMGM, vol. 582, exp. 1893.

[84] En sus *Memorias*, Cosío Villegas se autoasigna el papel principal creador de la idea de que los estudiantes fueran a cargos diplomáticos a centro y sudamérica: "fui a ver al presidente Carranza para decirle que... " Cf., pp. 54-55.

[85] *Excelsior*, 25 de febrero de 1920. *El Universal*, 4 de marzo de 1920.

[86] *Excelsior*, 10 de junio de 1917; 10 de febrero de 1918; 3 y 13 de abril de 1920.

X. LA LENTA RECUPERACIÓN

PROBLEMAS FINANCIEROS

Entre 1917 y 1920 la vida académica de la Universidad Nacional pasó por una etapa cuyas principales características fueron un constante aunque lento mejoramiento de las escuelas —no obstante sus problemas financieros—, la introducción de un concepto más moderno de educación superior y el surgimiento de un grupo de estudiantes y profesores jóvenes que pronto influirían en el curso de la historia nacional. Lo sorprendente es que se alcanzaron tales logros no obstante la existencia de varios problemas serios. Para comenzar, debido a la grave situación militar del país, la mayor parte del presupuesto gubernamental se destinaba a la Secretaría de Guerra. Así, en mayo de 1917, a principios de la presidencia constitucional de Carranza, el Departamento Universitario y de Bellas Artes tenía el presupuesto más reducido de todas las dependencias gubernamentales: disponía de 200 000 pesos para los siguientes dos meses, mientras que la Secretaría de Guerra contaba con 18 millones; asimismo, el presupuesto anual del Departamento Universitario llegaba a cuatro millones y el de Guerra alcanzaba los 120 millones de pesos.[1]

La falta de recursos económicos fue especialmente severa en algunas escuelas, como Medicina, que para colmo arrastraba la carga terrible de un edificio severamente dañado, en el que los salones de clases estaban completamente destruidos, al igual que los laboratorios y la biblioteca.[2] Asimismo, a mediados de 1917 los salones de Altos Estudios carecían del mobiliario imprescindible y los profesores de las secciones de biología, física y medicina no contaban con instrumentos y materiales de laboratorio.[3] Las escuelas Odontológica y de Ciencias Químicas sufrían problemas peores: la primera rentaba un edificio inadecuado, tenía una biblioteca paupérrima y enfrentaba dificultades terribles para conseguir los instrumentos y materiales básicos;[4] la segunda había sido fundada en 1916, coyuntura nada favorable

económicamente, por lo que a pesar de su naturaleza experimental carecía de laboratorios y talleres; peor aún, las sustancias químicas tenían que ser importadas de Estados Unidos, pero debido a la guerra europea se había prohibido la exportación de algunas o se había comenzado a exigir permisos oficiales para hacerlo; por último, como la escuela de Ciencias Químicas se encontraba en Tacuba, en las afueras de la ciudad, el edificio era tomado "muy seguido" para cuartel de soldados.[5] Las otras dos escuelas universitarias, Jurisprudencia e Ingenieros, sufrieron menos, sobre todo la primera, institución poco costosa pues no requería gastar en laboratorios, instrumentos o materiales, hasta el grado de que durante 1917 su presupuesto fue el menor sin dañar su desempeño.[6]

Las carencias económicas también afectaron al tamaño y calidad del profesorado y de los apoyos administrativos. Por ejemplo, en 1917 Altos Estudios pidió la contratación de tres profesores de lenguas modernas y la ampliación de su cuerpo administrativo; Medicina solicitó cuatro mecanógrafas para convertir los apuntes de varios profesores en libros de texto, y un profesor para impartir un curso nuevo, pero muy necesario, sobre enfermedades tropicales; asimismo, Ingenieros demandó más dinero para mejorar las prácticas estudiantiles. Todo parece indicar que ninguna de esas peticiones fue satisfecha; más aún, los edificios dañados o inadecuados tampoco fueron reparados o acondicionados, pues el presupuesto para 1918 sólo contemplaba arreglos urgentes, y el de 1919 ni siquiera ello. Con todo, la situación más grave se dio respecto a la planta docente: hubo casos, como los de Medicina y Odontológica, que sufrieron la supresión de varias plazas.[7]

Obviamente el problema mayor era el de los salarios. A mediados de 1917 el director de Altos Estudios solicitó un aumento "equitativo" para docentes y empleados, con el objetivo de "hacerles justicia"; el de Jurisprudencia hizo lo mismo, alegando que en 1917 ganaban menos que en 1912 —3.80 y 3.90 pesos respectivamente— no obstante la terrible inflación sufrida en ese lapso; a su vez, el de Ingenieros recordó a las autoridades que el aumento salarial a los profesores era una promesa de la revolución que debía ser cumplida; por último, el director de Medicina pidió un aumento salarial generalizado pero que contemplara las responsabilidades particulares, alegando, por ejemplo, que un curso práctico en el que el profesor tuviera que manipular cadáveres debía ser mejor remunerado que cualquier curso teórico.[8] De cualquier manera, a lo largo del gobierno de Carranza apenas fue perceptible el aumento salarial: para el ejercicio de 1919 se recomendó, más que un aumento, una reducción..., de ser posible.[9]

¿Cómo reaccionaron los profesores y empleados? ¿Se opusieron a dicha política salarial? Sorprendentemente, no hubo una reacción ruidosa o violenta, lo que no se debió a que los profesores fueran apóstoles abnegados, como decían algunos funcionarios universitarios,[10] sino a que eran muy pocos y carecían de organización gremial; para colmo, los más politizados se encontraban en el exilio, como Rodolfo Reyes y Jorge Vera Estañol, o integrados en el gobierno carrancista, como Luis Cabrera. Por otro lado, la gran mayoría tenía otros empleos, y como lo reducido de los salarios no se debía a una política particularmente dirigida contra el profesorado, sino que era consecuencia de la situación económica nacional, los profesores universitarios optaron por permanecer en calma y no arriesgar ese ingreso. También es posible que para finales de 1918 los profesores prefirieran esperar a que se consiguiera la pacificación del país, que parecía cercana y que permitiría una drástica reasignación del presupuesto de egresos gubernamentales.[11] Sin embargo, este sueño sólo se haría realidad a finales de 1920, ya con Obregón y Vasconcelos en el poder, lo que constituye otro factor para explicar el auge que alcanzaron con ellos la educación y la cultura.

Recuperación y transformación

A pesar de las carencias materiales, durante esos años la Universidad Nacional laboró con bastante seriedad, hasta el grado de que puede asegurarse que hubo cierta mejoría académica a partir de 1918. En términos generales, entre 1915 y 1917 la política nacional permeó todas las actividades académicas; en cambio, desde principios de 1918 la Universidad Nacional pudo dedicarse más libremente a sus funciones primordiales. Considerando que apenas sobrevivió en 1915 y que fue legalmente amenazada por poderosos políticos durante parte de 1917, ¿cómo consiguió mejorar, así haya sido moderadamente? ¿Quiénes eran los hombres que encabezaron sus esfuerzos? ¿Cuáles fueron las principales medidas tomadas? ¿Cuáles fueron los resultados y consecuencias? En primer lugar, el periodo fue mucho más pacífico que los años precedentes; además, como institución ya no sufrió confrontaciones graves; por último, no se hicieron —ni se intentaron— cambios internos mayores, e incluso se gozó de considerable estabilidad en el aspecto administrativo. Sobre todo, la Universidad Nacional volvió a funcionar más como institución de enseñanza que como escenario político: terminó la “caza de brujas” de profesores porfiristas o huertistas y en cambio comenzaron a aceptarse algunas colaboraciones provechosas de los menos ostensiblemente políticos, si bien es cierto que los

profesores de filiación convencionista continuaron siendo rechazados, seguramente porque Villa y Zapata eran todavía temidos enemigos del gobierno. Por otra parte, los más conflictivos entre los funcionarios educativos carrancistas precedentes, como Palavicini, Novelo, Cravioto y Cabrera, fueron mantenidos lejos del sector, siendo sustituidos por gente imposibilitada de cualquier protagonismo.

A lo largo de esos años el rector fue José Natividad Macías, hombre tranquilo y moderado, que aunque no era un auténtico académico ni un educador nato, se dedicó por completo a su cargo, acaso porque su carrancismo a ultranza le había provocado tales y tantas enemistades durante el congreso constituyente que hacía conflictiva su participación en la política nacional. Además, Macías era un hombre de enorme experiencia político-administrativa: originario de Guanajuato, donde su familia tenía algunas propiedades agrarias —según algunos gracias a los favores del gobernador porfirista Manuel González—, en política había sido, sucesivamente, gonzalista y corralista, para terminar simpatizando con el Partido Católico antes de adherirse al carrancismo.[12] Casi lo mismo podría decirse de Luis Manuel Rojas, jefe de la sección de Bellas Artes. Aunque ninguno tenía experiencia educativa, lograron dar estabilidad a la institución. Asimismo, los directores de las escuelas fueron por lo general, capaces: por ejemplo, Altos Estudios fue dirigido por Miguel Schultz y Antonio Caso; Jurisprudencia, por Manuel Mateos Alarcón y Alejandro Quijano; Medicina, por Rosendo Amor; Ingenieros, por Mariano Moctezuma, y Ciencias Químicas por Adolfo Castañares y Francisco Lisci.[13] Al margen de sus cualidades personales y profesionales, por primera vez las autoridades universitarias lo eran de tiempo completo, innegable signo de modernización.[14]

En el profesorado había también personas de calidad: Jurisprudencia tenía, entre otros, a Manuel Mateos Alarcón, Antonio Ramos Pedrueza, Victoriano Pimentel, Luciano Wichers, Antonio Alcocer y Antonio Caso, junto con profesores jóvenes pero prometedores como Alejandro Quijano y Genaro Fernández Mac Gregor; Ingenieros contaba con Sotero Prieto, Antonio Anza, Daniel Olmedo y Octavio Bustamante; Medicina había conservado a profesores como Jesús González Ureña, Adrián de Garay y Ernesto Cervera, y había incorporado a elementos nuevos como Fernando Ocaranza, médico militar que había participado en la campaña contra los indios yaquis y que con el tiempo llegaría a director de la escuela y a rector durante la presidencia de Lázaro Cárdenas.[15] Finalmente, en Altos Estudios enseñaban Enrique González Martínez, Enrique Fernández Granados, Enrique O. Aragón, Juan Mancilla Río y, por encima de todos, Antonio Caso,[16] muy probablemente el más destacado,

popular y dedicado miembro del profesorado en su conjunto,[17] además de ser el más decidido defensor de la institución y un hábil orador en cualquier ocasión.[18]

Sería erróneo concluir que por esa época se contó con un magnífico profesorado, pues la gran mayoría se limitaba a cumplir con sus obligaciones docentes. Además, se tuvo que improvisar como profesores, para cubrir las vacantes, a estudiantes todavía no graduados.[19] Para colmo, algunos de los mejores profesores, como Jesús Díaz de León y Adolfo Castañares, de Altos Estudios y Ciencias Químicas, murieron por ese entonces.[20] Si bien fueron recontratados algunos maestros diligentes y experimentados como Ezequiel Chávez, que comenzó a enseñar historia y filosofía del derecho, o como Miguel Schulz y Jesús Galindo y Villa, que impartieron clases de geografía e historia mexicana en la Preparatoria "libre",[21] la calidad de la institución no era comparable con la que había tenido hasta 1914. A pesar de ello fueron pocas las quejas y protestas por asuntos cualitativos de la enseñanza, como cuando los estudiantes de Ciencias Químicas acusaron al director —Juan Salvador Agraz— de contratar a parientes como profesores, o cuando los de Jurisprudencia protestaron ruidosamente contra el suyo —Fernando Lizardi—, por ser un profesor peor que mediocre y carente de educación.[22]

La mejoría académica, perceptible desde principios de 1918, se debió también a cambios en los programas y en los procedimientos de enseñanza y evaluación, así como al establecimiento de una disciplina más estricta y de otras innovaciones prácticas que a la postre resultaron importantes. Los cambios de programa más renovadores fueron los de Medicina e Ingenieros. En la primera se introdujo un curso sobre las enfermedades más comunes en México y se dio a la "carrera" una naturaleza práctica, haciendo que los jóvenes trabajaran en hospitales y aprendieran anatomía mediante la disección de cadáveres.[23] Los cursos de Ingenieros fueron agrupados en "para mecánicos" y "para eléctricos", y se impuso la obligación de que los jóvenes realizaran varias prácticas durante su carrera; así, hubo grupos que fueron a las minas de Tlalpujahua o a una fábrica textil en Querétaro, mientras otros hicieron mediciones topográficas en Jalisco o análisis hidráulicos en Necaxa.[24] La tendencia a hacer más prácticos los estudios profesionales no se redujo a estas escuelas. Por ejemplo, en Ciencias Químicas se estableció la "carrera" de Farmacia, que antes se impartía en Medicina; además, algunos cursos considerados no esenciales fueron eliminados, por lo que durante el mismo espacio de tiempo se podrían estudiar más concienzudamente los cursos fundamentales. Imponer estudios más prácticos no significaba hacer más accesibles las "carreras". Por ejemplo, por primera vez la Escuela Odontológica exigió como prerrequisito que los jóvenes hubieran

cursado los estudios preparatorianos: al principio la medida provocó un declive en la matrícula, pero pronto la cifra de estudiantes reinició su ascenso, esta vez con jóvenes mejor preparados.[25]

A diferencia de todas estas escuelas, Altos Estudios continuó sufriendo de indefinición, aunque ya fue claro el intento de consolidación, hasta el grado de que empezó a ofrecer grados de licenciatura. Sin embargo, su principal tarea fue la Preparatoria "libre" y continuó ofreciendo un amplio abanico de cursos, con grandes diferencias en cuanto a temas, contenido, seriedad, duración, audiencia y éxito. Mientras los cursos de lenguas modernas atrajeron a numerosos jóvenes, uno de fisioterapia, dermatología y masaje no atrajo a ninguno; asimismo, mientras algunos cursos duraban sólo algunas semanas, el de literatura latina que impartió Mariano Silva y Aceves se prolongó dos años.[26] A pesar de que el peor problema seguía siendo que los alumnos eran mayoritariamente irregulares —esto es, simplemente "oyentes"—, lo que dificultaba mucho su control, el mayor éxito de la escuela —incluso el prestigio de que aún hoy goza— se debió a su evolución posterior y a la gran calidad de sus primeros egresados, como Palma Guillén y Samuel Ramos: la primera llegó a ser una de las principales educadoras del país; el segundo, uno de los filósofos mexicanos más importantes del siglo XX.[27]

Las medidas para renovar los métodos de enseñanza, aprendizaje y evaluación fueron varias. Desde un principio el rector Macías afirmó que el tradicional recurso de memorización debía ser sustituido por una relación basada en profesores que guiaran y alumnos que investigaran. A finales de 1919 Macías aseguró que el intento de cambio estaba resultando exitoso, pues los jóvenes dedicaban cada vez más tiempo a labores de investigación. Si por un lado dicho cambio pudo haber sido forzado por la relativa escasez de profesores, el optimismo de Macías debe ser matizado, pues las deficiencias bibliotecarias seguramente dificultaron dichas labores de investigación. Por otra parte, las modificaciones a los métodos de evaluación generaron predecibles reacciones, pues los estudiantes son especialmente sensibles a este tipo de cambios. En efecto, varios profesores comenzaron a exigir trabajos escritos y reportes de lecturas en lugar de los consabidos exámenes a finales de año, lo que suscitó airadas críticas de muchos jóvenes, acostumbrados a estudiar sólo una vez al año.[28] El asunto era tan riesgoso, que desde mediados de 1919 hasta principios de 1920 se discutió oficialmente en el Consejo Universitario la conveniencia de imponer esos nuevos requisitos. Entre las varias propuestas alternativas destacaron dos: tener exámenes mensuales y cambiar del sistema anual a uno semestral, buscándose que los jóvenes estudiaran permanentemente o, por lo

menos, dos veces al año; hubo también quien propuso que si los cursos anuales se dividían en dos semestres, uno se dedicara a los asuntos teóricos y el otro a los prácticos. Por lo demás, no sólo se discutió sobre la adecuada frecuencia de los exámenes, sino también sobre los mejores modos de evaluarlos.[29]

Finalmente, entre los medios para imponer mayor disciplina destaca que por primera vez se hizo obligatorio asistir a clases regularmente. En efecto, a principios de 1918 se anunció de manera oficial que la puntual asistencia a clases repercutiría en la calificación; más aún, a principios de 1920 se amenazó a los jóvenes con no permitir examinarse a aquellos que no alcanzaran un determinado porcentaje de asistencia puntual a clases. Para forzar la presencia de los profesores, se impusieron también castigos a los ausentistas. Es obvio que no se hizo depender la mejoría académica de la asiduidad, sino que paralelamente se intentó que la contratación de los profesores dependiera de concursos auténticamente académicos.[30]

Por otra parte, también se buscó mejorar las bibliotecas de las escuelas. A este respecto la situación más dramática era la de la Escuela Odontológica, pues su biblioteca necesitaba todo; a su vez, aunque Ingenieros contaba con un rico acervo de libros antiguos, carecía de espacio, de muebles y de libros y revistas contemporáneos, como lo prueba el dato de que durante 1916 sólo incorporó 560 materiales, promedio menor al de dos unidades por día. Los jóvenes estaban muy conscientes de la gravedad de la situación bibliotecario -dado que eran sus primeras víctimas—, por lo que a principios de 1920 condicionaron pagar un aumento en las colegiaturas a que esos nuevos ingresos se destinaran a mejorar las bibliotecas.[31] Otro problema que se intentó remediar fue el de los “libros de texto”, pues debido a la crisis económica nacional y a las circunstancias político-militares imperantes en Europa, se había entorpecido enormemente la importación de libros franceses, españoles y estadunidenses. Como mejor alternativa se promovió el mecanografiado y la reproducción masiva de algunos “apuntes” de profesores.[32] En conclusión, si bien eran muchos los problemas que aquejaban a la Universidad Nacional, a partir de 1918, seguramente como reflejo de la creciente estabilidad nacional, son perceptibles los intentos por resolverlos, uno a uno, mediante reformas sin duda limitadas pero plausibles.

¿RESTAURACIÓN UNIVERSITARIA?

La mejoría de la Universidad Nacional también dependió de un cambio de actitud respecto a sí misma y a su pasado. Los años de 1915 y 1916 se caracterizaron por las constantes y acerbas críticas dirigidas contra los

fundadores, la naturaleza y los objetivos de la universidad de 1910. En cambio, de manera sorpresiva se celebró en septiembre de 1917 el séptimo aniversario de la institución, así haya sido con un festejo modesto e impersonal. La nueva actitud se confirmó un año después, en virtud de que en 1918 las celebraciones fueron lujosas y se convirtieron en un homenaje a Joaquín Eguía Lis y Justo Sierra, cuyo sexto aniversario de fallecimiento había sido recordado un par de semanas antes.[33] Los festejos de 1919 fueron aún más explícitos en su intención, pues se reconocieron pública y oficialmente las ascendencias y continuidades de la Real y Pontificia Universidad y del proyecto porfirio-sierrista.[34] Aunque había buena dosis de exhibicionismo y tradicionalismo en su postura —recuérdese que Macías hizo un largo elogio de la institución en latín—,[35] es innegable que la Universidad Nacional pretendía ser considerada una institución de antiguos orígenes y distinguidos fundadores, buscando no sólo dignificarse sino legitimarse. Al parecer, el objetivo era mostrar que la Universidad Nacional no había sido creada por la revolución, sino transformada por ella, atinada y moderadamente, sin acabar con sus nobles raíces.

¿Cuál fue el origen y objetivo de esta nueva actitud? ¿Se buscaba crear una mejor imagen de la Universidad Nacional, tanto dentro como fuera de la comunidad? ¿Era otra manifestación del conservadurismo del régimen presidencial de Carranza? ¿Había otro símbolo unificador además de Sierra? ¿Honrarlo implicaba la aceptación de una continuidad auténtica del proyecto porfirista de educación superior? ¿Se trataba de una maniobra política de don Venustiano para obtener la confianza y el apoyo de las élites precedentes y del gobierno estadunidense? ¿Fue producto sincero de una evolución de la institución, cada vez más académica y menos política? ¿Era muestra de la mediocre realidad que imperaba en la Universidad Nacional, que sólo podía mejorar su imagen mediante pasadas glorias? ¿Constituía una prueba de la falta de nuevos líderes intelectuales?

En realidad, sería injusto constreñir el cambio de actitud a objetivos políticos —institucionales o gubernamentales— o escenográficos. Es evidente que las celebraciones no fueron sólo organizadas por las autoridades, pues los estudiantes realizaron sus propios festejos a Sierra, al margen de las autoridades;[36] además, si bien los homenajes a Sierra fueron los más importantes, de ninguna manera fueron los únicos: también se honró al primer rector, Joaquín Eguía Lis, a pesar de que distaba de ser una figura con fuerza política unificadora; por otra parte, también hubo homenajes a Gabino Barreda, fundador de la Preparatoria, y a Eduardo Liceaga, quien encabezó la política sanitaria porfirista en la ciudad de México, festejos que eran académicamente

incuestionables pero políticamente inútiles y riesgosos:[37] si bien Barreda era un conocido juarista que se había mantenido distanciado de Díaz, también se trataba del ídolo de los 'Científicos'; además, Liceaga era visto como uno de los universitarios más beneficiados por don Porfirio, de quien había sido médico personal, razón que lo llevó a director de Medicina, la escuela con mayores manifestaciones de oposición estudiantil a finales del porfiriato. Para demostrar que dichos homenajes no eran síntoma de conservadurismo político, también se organizó un festejo por Manuel Mateos Alarcón, enemigo de Díaz y Huerta,[38] lo que permite concluir que se honró a hombres de calidad académica cualquiera que fuera su origen político, pluralismo impensable en los sectarios años de 1914 a 1917 y prueba de la despolitización de la institución, condición indispensable aunque no suficiente para su mejora académica.

La comunidad universitaria sabía que para tornarse una institución académica respetable no bastaba homenajear a viejas glorias de la docencia. De mayor importancia era el cortejo y la atracción de profesores vivos de gran calidad, sin importar su pasado político, como lo podían ser José Terrés, Antonio Ramos Pedrueza y Ezequiel A. Chávez, entre otros.[39] Amenazados por el recuerdo de las terribles condiciones académicas de 1915 a 1917 y conscientes de que la nueva generación estaba aún inmadura para asumir la responsabilidad de la educación de los jóvenes, las autoridades universitarias entendieron que la única opción era acudir a los educadores experimentados, sin cuestionar ya sus filiaciones y simpatías políticas. El caso de Chávez es muy ilustrativo, pues la amplia y variada gama de reponsabilidades que se le asignaron confirma que la Universidad Nacional y el gobierno sufrían una grave carestía de individuos como él. El proceso de reintegración de Chávez muestra las dificultades que enfrentó dicho plan: de mediados de 1916 a finales de 1917 Chávez vivió exiliado en Estados Unidos, aunque más por carecer de empleo que por razones políticas;[40] debido a que tampoco pudo obtener un empleo definitivo en la universidad neoyorquina de Columbia, a pesar de haber traducido al español un libro del rector, Nicholas Murray Butler, don Ezequiel tuvo que trabajar de manera independiente —por ejemplo, escribiendo una "imparcial historia" de América Latina para la editorial Mac Millan— antes de decidirse a regresar al país.[41]

Una vez en México, Chávez fue inmediatamente recontratado por la Universidad Nacional; además, se le nombró miembro de la comisión para mejorar el Museo Comercial, candidato a la presidencia de la Sociedad de Geografía y Estadística, miembro de la Junta Organizadora del Congreso del Niño y conferencista de temas educativos para el ayuntamiento capitalino. Por

otra parte, la Universidad Nacional le encargó que guiara al rector de la Universidad de Arizona en su visita a México y que representara a la institución en el Congreso Nacional de Pedagogía que se celebraría en Michoacán. Por si fuera poco, participó activamente en la redacción y discusión de las nuevas disposiciones disciplinarias, y a mediados de marzo de 1920 fue hecho miembro del Consejo Universitario.[42] Por su parte, José Terrés presidió el Congreso del Tabardillo y el Sexto Congreso Médico Nacional, a principios de 1919 y principios de 1920 respectivamente;[43] asi, Antonio Rivas Mercado, director de la Escuela de Bellas Artes al finalizar el porfiriato, fue hecho responsable del edificio de la Escuela de Ingenieros, el célebre Palacio de Minería.[44] Aunque a él no le podían endilgar pecados políticos, Alfonso Pruneda volvió a sobresalir en la Universidad Nacional en 1917, cuando se le nombró director de la Escuela de Comercio.[45] El hecho de que Pruneda fuera médico confirma la carencia de personal adecuado que se sufría, sobre todo para ese tipo de disciplinas nuevas, modernas.

¿Cuál fue el verdadero interés para recuperar este tipo de profesores? ¿Qué actitud tomaron los que acaudillaban ya las escuelas universitarias? ¿Se amoldarían aquéllos a la nueva situación ideológico-pedagógica? ¿Podrían, en caso de que lo intentaran, restaurar los principios y métodos de la educación porfirista? Considerando la ausencia de los más violentos críticos del positivismo, ya fueran Henríquez Ureña, Vasconcelos o García Naranjo, ¿implicaba el regreso de Chávez y Terrés la vuelta del positivismo? La duda se justifica porque en varias ocasiones el mismo Macías reconoció públicamente la importancia del positivismo[46] y porque los cursos de la Preparatoria “libre” estuvieron muy influidos por él.[47] Como el positivismo había demostrado decenios atrás su eficacia para establecer y consolidar una ideología basada en la disciplina colectiva y en la unidad nacional, y dado que éstos eran dos principios imprescindibles en el proyecto carrancista, tal vez se pueda suponer que don Venustiano propiciaba su restauración. Con todo, a pesar de los homenajes a Sierra, Eguía Lis y demás viejos profesores; de la nueva influencia de Chávez, y cualquiera que haya sido la naturaleza de la Preparatoria “libre”, es innegable que el proyecto universitario de Carranza y Macías, incluso entre 1918 y 1920, fue radicalmente distinto al de don Justo. El sierrismo de aquellos años fue esencialmente epidérmico.

MODERNIZACIÓN Y TRANSFORMACIÓN

El nuevo proyecto carrancista descansaba en cuatro principios ausentes en el de 1910. El primero era que la Universidad Nacional no debía ser exclusiva de una minoría intelectual ni de los jóvenes de la élite nacional; segundo, que estaba obligada a convertirse en una “tribuna gigantesca” para difundir la cultura entre todos los mexicanos, sin importar el nivel social o los conocimientos previos; tercero, que debía luchar por la “justicia”, la “libertad” y la “solidaridad” tanto como debía buscar las verdades científicas; y finalmente, tenía que ofrecer carreras técnicas e industriales. Es evidente que había una gran distancia entre la retórica de Macías y la realidad, hasta el grado de que fue permanentemente criticado por demagogo. Sin embargo, su apoyo a la educación técnica e industrial es innegable, como lo prueba la creación de la Facultad de Ciencias Químicas en septiembre de 1916, con dos objetivos: el conocimiento de la química y el progreso industrial del país. Así, la escuela debía investigar sobre los recursos naturales del país, brindar consejos a los industriales mexicanos y ofrecer conferencias y charlas para el público en general; sobre todo, debía preparar a los jóvenes para la explotación científica “de los fecundos tesoros de nuestro país”,[48] objetivo abiertamente rechazado por Sierra. Por lo tanto, puede asegurarse que en este sentido el proyecto de Carranza y Macías era más moderno que el de don Justo, y que reflejaba el pragmatismo y nacionalismo de su gobierno, así como el espíritu de los nuevos tiempos.

La fundación de Ciencias Químicas no fue el único avance en este tipo de educación. Otro ejemplo se dio en Ingenieros, donde se creó una especialización en minería, que provocó un notable aumento en la matrícula de la escuela, reflejo de su importancia para la economía del país; más aún, en dicha especialización se dio cabida por primera vez a estudios prácticos sobre asuntos petroleros, e incluso algunos jóvenes realizaron prácticas en la zona de Tampico.[49] Las pretensiones de Carranza y de sus colaboradores se expresaron de varias maneras: por ejemplo, en Altos Estudios se buscó ofrecer cursos de electricidad y de ingeniería mecánica; además, a finales de 1917 Carranza envió al director de la Facultad de Ciencias Químicas —Juan S. Agraz— a Estados Unidos para que visitara una exposición industrial; sobre todo, se pensó crear la Escuela Politécnica, con el objetivo de preparar “hombres prácticos para la industria y el comercio”, proyecto que podría ser considerado un antecedente del Instituto Politécnico Nacional, creado años después por Lázaro Cárdenas.[50]

El viaje de Agraz fue sólo el comienzo de un creciente intercambio entre la Universidad Nacional y varias universidades estadunidenses. Si el sector juvenil de la comunidad concentró sus relaciones políticas en los estudiantes latinoamericanos, y los interesados en la literatura —profesores o alumnos—

concentraban sus relaciones en los escritores españoles, los funcionarios orientaron sus relaciones institucionales a las universidades estadunidenses. Debido a la primera guerra mundial, que aislaba a Europa, y a sus orígenes geográficos norteños, Carranza promovió el intercambio intelectual con Estados Unidos, sobre todo con algunas universidades sureñas. Podría argumentarse que las alianzas con éstas habían comenzado desde la época de Sierra, gracias a la influencia de Ezequiel Chávez, pues se nombró a la Universidad de Berkeley "madrina" de la Universidad Nacional y los primeros dos profesores extranjeros que enseñaron en Altos Estudios eran angloamericanos: Franz Boas, de Columbia, y James Baldwin, de Johns Hopkins. Con todo, fue con Carranza cuando se inició un acercamiento constante y creciente a las universidades norteamericanas, comenzando por el otorgamiento de becas a algunos jóvenes mexicanos para que estudiaran en ellas, uno de los cuales fue su propio sobrino, Jesús, mientras que otro fue Francisco Vela González, quien había actuado como médico en las fuerzas de Pablo González.[51] Al margen de esos favoritismos y premios políticos, también se becó a varios jóvenes para que hicieran allá estudios universitarios y agrícolas.[52]

A principios de 1918 el acercamiento a dichas instituciones pasó a ser una estrategia diplomática de las autoridades universitarias. Primero se aprovechó el cincuentenario de la Universidad de Berkeley, pues al mismo tiempo que se la felicitó se instó a aumentar sus vínculos con México. Como consecuencia inmediata, un profesor de Berkeley vino a impartir varias conferencias.[53] A finales de ese año, y luego de un esmerado proceso de seducción institucional e intelectual hecho por Macías, el embajador Fletcher organizó un programa de intercambio cultural entre ambos países, que se inició con la invitación a una comisión de estudiantes mexicanos para visitar algunas universidades norteamericanas. Así, a principios de 1919 Antonio Castro Leal y César Pellicer iniciaron el viaje como representantes del Congreso Local Estudiantil.[54] Fletcher pretendía que se estableciera y consolidara un programa de intercambios constantes. Aunque es evidente su interés en competir con el latinoamericanismo dominante en los medios estudiantiles mexicanos y lograr que los jóvenes simpatizaran con Estados Unidos gracias a sus instituciones de educación superior, lo cierto es que mientras las relaciones al sur del continente eran básicamente políticas, las otras serían estrictamente académico-profesionales.

Las relaciones entre las universidades del sur de Estados Unidos y la mexicana fueron especialmente promovidas a partir de mediados de 1919: en abril, la universidad texana de Austin ofreció varias becas a jóvenes mexicanos, y en junio el rector de la de Arizona visitó México, donde se le otorgó el

doctorado *honoris causa*. En correspondencia a dicha cortesía, Macías fue inmediatamente invitado a Arizona, viaje que prolongó con visitas a las universidades de Austin y Berkeley, regresando al país con un grado honorario de la primera y con ofrecimientos formales de intercambio con las tres.[55] ¿Cuáles fueron las consecuencias concretas de esos contactos? ¿En verdad propiciaron un intercambio fluido entre las comunidades académicas de ambos países? ¿Tuvieron consecuencias de mediano y largo plazos? Debido a las limitaciones financieras de México y a una exagerada arrogancia, pues se consideró "indecoroso" usar dinero extranjero para la educación de jóvenes mexicanos,[56] pocos estudiantes pudieron trasladarse a Estados Unidos. Por lo que se refiere a intercambios docentes, algunos profesores estadunidenses vinieron a México a investigar sobre el tifo, y una profesora de la Universidad de Chicago —Sonia Baker— enseñó en México a principios de 1920. De otra parte, el gobierno carrancista emitió el decreto que reglamentaba la revalidación de estudios realizados en el extranjero. Acaso, el efecto del gran cambio que estaba ocurriendo en el mundo con el ascenso de Estados Unidos como potencia y el declive de Europa, se expresó en el hecho de que muchos jóvenes comenzaron a estudiar inglés en lugar de francés, tanto para poder leer los libros "de texto" estadunidenses que comenzaron a usarse, como para prepararse para realizar después estudios en ese país, llegándose en Altos Estudios a no impartirse el curso de literatura francesa durante un tiempo, si bien siempre se conservó uno para la inglesa,[57] situación inconcebible durante el porfiriato, cuando la cultura y la educación superior eran afrancesadas.

Obviamente, otros educadores estadunidenses tenían proyectos distintos respecto a la educación superior mexicana. Con seguridad el ejemplo más significativo es el de Samuel Guy Inman, misionero protestante que mantenía relaciones amistosas con Carranza y Osuna desde principios de siglo, cuando inició en Coahuila sus actividades educativas.[58] Su objetivo era crear una universidad protestante en México, para lo cual decía contar con la simpatía de Carranza y con el apoyo de las fundaciones Camegie y Rockefeller; además, estaba convencido de que la oposición católica no sería suficientemente fuerte como para impedir su realización.[59] Inman discutió el asunto con gente experimentada como Ezequiel Chávez, quien rechazó la idea de una universidad más preocupada por la difusión de una creencia religiosa que por la academia.[60] Debido a que no había un grupo protestante en particular suficientemente poderoso como para construir una universidad, se hizo evidente que ello sólo podría lograrse con el esfuerzo de varios grupos, negociación que resultaba muy difícil, como lo demostró el hecho de que Inman no recibiera el apoyo de las

otras sectas protestantes que operaban en el país, pues consideraban que era preferible fomentar la educación básica e industrial.[61]

Debido a que el intercambio efectivo fue menos intenso de lo que se esperaba, y dado que no se fundó la universidad protestante anhelada por Inman, debe aceptarse que las consecuencias académicas y políticas inmediatas fueron más bien magras, sobre todo si se prescinde del turismo académico y la parafernalia.[62] Sin embargo, el intento debe ser visto como otra manifestación de las aspiraciones por mejorar que tenía la institución. Cierto es que la confianza internacional sólo habría de obtenerse una vez pacificado el país. Sin embargo, es evidente que empezó a imperar un clima de optimismo en la comunidad, en contraste con los años anteriores: Genaro Fernández Mac Gregor afirmó durante el discurso de inauguración de los cursos de 1919 que la Universidad Nacional estaba comenzando una "nueva época".[63] El optimismo era justificado: si bien la institución había estado en mejor situación hasta mediados de 1914, se había logrado un avance indudable en comparación con los años de 1915 a 1917, al igual que en el país en su conjunto, pues el ansia de reconstrucción y renovación había desplazado al afán de destrucción en casi todos los ámbitos nacionales y locales.

Si el mejoramiento era tenue pero incuestionable, ¿por qué las amargas críticas de García Naranjo, Martín Luis Guzmán y Vasconcelos?[64] ¿Se debían éstas a un mero revanchismo? ¿Ignoraban ellos las transformaciones y tendencias de la Universidad Nacional en 1918 y 1919? ¿Les parecían erróneas? En rigor sus evaluaciones eran, más que subjetivas, meras opiniones, pues dicho mejoramiento era difícil de medir en términos objetivos; si las cifras de las matrículas podían haber sido ilustrativas, desgraciadamente los datos eran incompletos, muy poco sistemáticos y hasta contradictorios;[65] además, cualquiera de ellos habría argumentado que la recuperación habida en la matrícula de 1918 no se debía a méritos propios sino a que las condiciones económicas, militares y políticas de la ciudad habían mejorado notablemente. Para colmo, no existía una institución con la cual comparar a la Universidad Nacional, salvo la Escuela Libre de Derecho, víctima entonces de deficiencias propias[66] y útil sólo para ser cotejada con la Escuela de Jurisprudencia. Por último, según ellos era increíble —y con cierta razón— cualquier mejoría encabezada por el mediocre Macías y sus colaboradores.

MODERACIÓN Y SENSATEZ

Acaso la mejor prueba de dicha mejoría provenga de la conducta de los propios estudiantes, quienes se comportaron de manera más seria, a consecuencia del desvanecimiento de la confianza efímera en alcanzar el éxito sin un título universitario, como lo había pregonado el radicalismo imperante en 1915. Esto es, el conocimiento volvió a ser valioso, como lo prueba que la Sociedad de Alumnos de Jurisprudencia —encabezada por Manuel Gómez Morín— comenzara a organizar conferencias y concursos intelectuales entre los jóvenes, intentara crear una Academia de Ciencias Políticas y Sociales de naturaleza independiente y presionara a las autoridades de la escuela para que crearan una sección de posgrado o, cuando menos, algunos programas de especialización.[67] Aunque por lo general se niega que una crisis institucional pueda ser compatible con grandes logros individuales, durante esos años emergieron numerosos jóvenes de gran talento. Es probable que para moldearlos espléndidamente se hayan combinado los residuos del riguroso sistema educativo previo y la dura experiencia de los sucesos revolucionarios. De aquellos años datan los "siete sabios" y sus muchos acompañantes y seguidores, como Daniel Cosío Villegas y Miguel Palacios Macedo, entre otros; también destacaron Samuel Ramos en Altos Estudios, Ignacio Chávez en Medicina, y comenzaron a sobresalir en la Preparatoria quienes luego serían conocidos como "los Contemporáneos".[68] Puesto que todos ellos surgieron de diferentes escuelas, no se puede explicar el fenómeno por la buena situación de alguna de ellas; obviamente, tampoco se explica sólo con el esfuerzo y talento de dichos jóvenes. Se impone una hipótesis: pasados los años críticos de 1915 a 1917, los estudios universitarios recuperaron su situación previa, que era considerablemente aceptable.

La mejoría de la institución no fue sólo consecuencia de la feliz coincidencia de tantos jóvenes magníficamente dotados; también se debió a la aceptable disciplina de la mayoría. Si los estudiantes de entonces fueron apolíticos o simpatizantes del gobierno de Carranza y casi nunca oposicionistas, ¿cuál fue su conducta con los profesores y con las autoridades educativas? En términos generales puede decirse que tampoco hubo conflictos mayores o numerosos entre ellos. Por ejemplo, el rector Macías asistió con regularidad a las sesiones del Congreso Local Estudiantil, tanto durante el mandato de Prieto Laurens como durante el de "los siete sabios", grupo que a su vez apoyó casi todas sus decisiones rectorales. Cuando mucho un grupo de estudiantes más jóvenes, unidos alrededor de la revista *San-Ev-Ank*, fue un constante e irrespetuoso crítico de Macías, al que llamaban demagogo, gordo, viejo y hasta cretino. También fueron objeto de sus críticas y mofas otras autoridades y algunos profesores: por ejemplo, al leal carrancista Fernando Lizardi, director de Jurisprudencia, lo

llamaron “anarquista de cuarta categoría”; a Alfonso Herrera, secretario de la universidad, le fue peor, pues lo consideraban “oportunista, corrupto y haragán, sin cerebro alguno: el perfecto *homus idiotus”*.[69] Asimismo, mientras el grupo de “los siete sabios” y sus seguidores elogiaban y defendían enfáticamente a sus profesores, especialmente a Antonio Caso, los más jóvenes se burlaban permanentemente de los suyos: si bien su “blanco” preferido fue Erasmo Castellanos Quinto, también bromeaban con Miguel E. Schulz, Francisco de P. Herrasti, Manuel G. Revilla, Marcelino Dávalos, José Terrés, Enrique Fernández Granados y, a veces, hasta con Antonio Caso.[70]

Al margen de apodos y caricaturas, los estudiantes de Jurisprudencia estuvieron en un par de ocasiones insatisfechos con su director, Fernando Lizardi; en Medicina hubo desórdenes a principios de 1918, pues el director intentó remover la estatua de San Lucas, patrono de los médicos;[71] por último, un par de meses después los estudiantes de Ciencias Químicas pidieron la renuncia de Juan Salvador Agraz y Rafael Aguilar, director y secretario de la escuela, a quienes acusaron de corrupción.[72] El mayor conflicto estudiantil de esos años lo motivaron las cuotas: sucedió que a principios de su gobierno Carranza redujo el costo mensual de la colegiatura —de cinco a tres pesos— y decretó que la educación sería gratuita para los jóvenes sin recursos, con el inocultable objetivo de obtener apoyo popular. Sin embargo, desde principios de 1918 revirtió su decisión debido a la carencia gubernamental de recursos económicos, por lo que la colegiatura tuvo que subir otra vez —a cinco pesos—, teniendo que ser pagada, además, trimestralmente. Al principio no hubo mayor oposición y el gobierno se mostró complacido con el dinero obtenido,[73] pero luego algunos estudiantes comenzaron a objetar tal decisión, solicitando que los pagos pudieran hacerse mensualmente o pidiendo que se suprimieran totalmente las colegiaturas.[74] Al inicio del año académico de 1919 las autoridades universitarias aún no tomaban una posición definitiva al respecto, pero pronto se creó una comisión en el seno del Consejo Universitario para estudiar el asunto. A principios de 1920, sin haberse acordado la decisión definitiva, fueron aumentadas las cuotas y cobros por servicios administrativos, a lo que el Congreso Local Estudiantil se opuso moderadamente, aunque luego aceptó tales aumentos, siempre y cuando el dinero se invirtiera en el mejoramiento de las bibliotecas.[75]

A mediados de ese año de 1920 fue derrocado el gobierno carrancista, llegando José Vasconcelos a la rectoría de la Universidad Nacional con el ascenso del nuevo gobierno, el de los sonorenses. Con él mejoraron notablemente las bibliotecas sin necesidad de aumentar las cuotas.[76] En éste,

como en tantos otros asuntos, el brioso Vasconcelos hizo posible un mejoramiento tal, que oscurece y convierte en ridículos los esfuerzos del desanimado Macías.

LAS VIEJAS ARTES Y LA NUEVA CULTURA

Para 1917 la Universidad Nacional no había cumplido con su compromiso de divulgar la cultura. Primero, la Universidad Popular había funcionado como su sustituta; después, en 1916, se responsabilizó oficialmente del compromiso a la Dirección de Bellas Artes; finalmente, con la reorganización administrativa provocada por la supresión de la Secretaría de Instrucción Pública al reinicio de la vida constitucional, los asuntos universitarios y culturales pasaron a ser responsabilidad de una sola dependencia, el Departamento Universitario y de Bellas Artes. La postura de Carranza al respecto era cuando menos titubeante: ¿Cuáles fueron sus razones para disolver la Secretaría de Instrucción, pero conservando la Dirección de Bellas Artes, aunque transformada? ¿Por qué buscaba federalizar la instrucción pública y al mismo tiempo centralizar la promoción y supervisión de la cultura? Si en 1916 la Dirección de Bellas Artes había tenido preeminencia administrativa y política sobre la Universidad Nacional, ¿por qué un año después decretó lo contrario? El problema no se reducía a la comprensible falta de claridad y coherencia del proyecto cultural estatal durante el decenio revolucionario, sino a que las críticas condiciones del país imponían otras prioridades.

En efecto, debido a los problemas financieros la sección de Bellas Artes fue amenazada con desaparecer a mediados de 1918. Aunque Luis Manuel Rojas conservó su puesto, algunos empleados fueron despedidos y algunas de las dependencias disueltas, como la Escuela de Bibliotecarios y Archivistas de la Biblioteca Nacional, los orfeones populares, la Orquesta Sinfónica Nacional y el taller de encuadernación del Museo de Arqueología, Historia y Etnología.[77] ¿Cuáles fueron los beneficios de tales economías? ¿Hasta qué grado contradecían los objetivos gubernamentales de promover y supervisar las actividades artístico-culturales del país? Obviamente, Carranza y las autoridades universitarias alegaron que los beneficios económicos eran sustantivos y que no se afectaba el progreso cultural del país. Si bien es cierto que la Escuela de Bibliotecarios y Archivistas permaneció abierta gracias a que se dieron cursos “libres”, y que el gobierno siguió apoyando a varios pintores y escultores —como a Saturnino Herrán, Gonzalo Argüelles Bringas y José C. Tovar—, también lo es que muchos proyectos fueron suspendidos. Peor aún, los deseos de

reiniciar la construcción del Teatro Nacional —posteriormente Palacio de Bellas Artes— fueron enterrados y acabaron los esfuerzos para transformar el antiguo Convento de la Merced en Museo de Arte Colonial.[78]

Todo parece indicar que la integración de la sección de Bellas Artes en la Universidad Nacional no afectó la marcha académica ni la capacidad administrativa de ésta, ya que la anexión fue estrictamente formal. La coexistencia fue posible porque a diferencia de la tirante relación habida entre Macías y Alfonso Cravioto, director anterior de la independiente dirección de Bellas Artes y más capaz que Rojas, éste y Macías mantuvieron siempre una magnífica relación, pues eran amigos cercanos, compañeros políticos y gemelos ideológicos. Además, también debe haber influido que la sección de Bellas Artes fue constantemente disminuida, por lo que no representó para la Universidad Nacional ni una amenaza ni una apetitosa "carnada". Cuando mucho Rojas demandó la creación de otro Consejo Universitario, paralelo e independiente, para que resolviera de manera colegiada los asuntos artístico-culturales, pero su petición fue rechazada.[79] Sin embargo, si la Universidad Nacional no se vio afectada por dicha integración, tampoco influyó en la mejora de tales asuntos: no lo había hecho desde 1910 y tampoco lo hizo ahora. Las simples soluciones administrativas no eran suficientes ante obstáculos tan terribles.

Para comenzar, por motivos políticos el país no contaba con sus mejores artistas, especialmente con los escritores, casi siempre los más conocidos, politizados y extrovertidos entre los artistas. En efecto, desde Salvador Díaz Mirón hasta Victoriano Salado Álvarez, pasando por Federico Gamboa, estaban exiliados. Carranza estaba consciente de que los que simpatizaban con él, como Ñervo, Tablada o Urbina, eran insuficientes cualitativa y cuantitativamente para lograr el resurgimiento de la cultura nacional. Así, además de dar sinecuras a sus pocos artistas partidarios, como Ciro B. Ceballos y Marcelino Dávalos,[80] contrató luego a algunos de los jóvenes más capaces y considerablemente apolíticos, aunque algunos hubieran desempeñado cargos menores en el gobierno de Huerta. Durante su periodo constitucional Carranza aplicó estrategias más reconstructivas que sectarias, las que habían prevalecido en los años precedentes. Dicho cambio se confirma con la inclusión en las nóminas de conocidos porfiristas. Con todo, a pesar de esa cooptación de intelectuales existe el riesgo de sobrestimar la calidad de la vida cultural mexicana desde 1917 hasta principios de 1920. Las opiniones vertidas son terriblemente dispares: el gobierno no sólo negó que se estuviera en crisis sino que afirmó que se vivía una etapa de renacimiento,[81] y el siempre benévolo Alfonso Reyes celebró que la vida literaria hubiera sobrevivido los "tumultuosos" conflictos sociopolíticos de

los años anteriores; por otra parte, si el débil Julio Torri lamentaba que los escritores mediocres se multiplicaban mientras los de calidad —él y sus amigos— permanecían inactivos, el pesimista Martín Luis Guzmán criticó severamente a la intelectualidad mexicana de entonces.[82] Si se contemplan hechos en lugar de opiniones, resulta ilustrativo que durante 1918 Antonio Caso redujera el número de sus conferencias y que la calidad de las actividades culturales organizadas por el Ateneo Hispánico de México, de Francisco Gamoneda, declinara dramáticamente.[83]

Peor aún, durante esos años la Universidad Popular enfrentó serios problemas, independientes de la competencia del Departamento de Conferencias gubernamental y de la Sociedad de Conferencias y Conciertos de "los siete sabios". Acaso el más grave fue el intento de Alberto J. Pañi de utilizarla para su promoción política personal: habiendo sido su primer rector, como secretario de Industria y Comercio de Carranza intentó orillarla a impartir conferencias a empresarios y trabajadores.[84] Con todo, permaneció activa: además de los conciertos dominicales, durante la primera mitad de 1918 organizó dos series de conferencias: una, sobre temas culturales, en la que algunos de los ponentes fueron Enrique González Martínez, Alfonso Pruneda, Mariano Silva y Aceves y Julio Torri; la otra, con temas sociales y tecnológicos, estaba dirigida a los obreros, y sus escenarios fueron la Sociedad Mutualista de Empleados de Comercio y la Alianza de Ferrocarrileros, siendo impartidas las charlas por estudiantes como Vicente Lombardo Toledano y Eliseo Ramírez.[85]

Otra expresión de la crisis de la Universidad Popular fue el alejamiento de los miembros fundadores, con excepción de Alfonso Pruneda, de ejemplar lealtad. A partir de 1918 sólo ocasionalmente impartieron las conferencias antiguos miembros del Ateneo de la Juventud, quienes fueron relevados por miembros de grupos culturales posteriores, en particular por "los siete sabios". En efecto, desilusionados éstos por lo magro de la obra de difusión cultural hecha por la Universidad Nacional, y luego de fracasar económicamente su propia agrupación,[86] decidieron realizarla por medio de la Universidad Popular, aprovechando su prestigio y recursos. Así, Vicente Lombardo Toledano fue nombrado secretario de ella, y Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, Luis Enrique Erro y Miguel Palacios Macedo se volvieron conferencistas recurrentes, lo mismo que Enrique Delhumeau, Carlos Díaz Dufoo, Genaro Estrada, Martín Gómez Palacio, Julio Jiménez Rueda, Luis Padilla Ñervo y Jaime Torres Bodet, entre otros.[87]

No obstante la colaboración de todos estos jóvenes, la crisis de la Universidad Popular se agravó en 1919. Fue, sobre todo, de naturaleza

financiera, hasta el grado de verse obligada a solicitar apoyo económico al gobierno. Según algunos la crisis se debió a que Pañi, quien la había apoyado desde sus diferentes puestos políticos, dejó de estar en posibilidad de hacerlo al ser enviado por Carranza como diplomático a Europa. Lo cierto es que recibía algún soporte gubernamental, como lo demuestran las instalaciones que se le dieron, que la Universidad Popular quiso justificar con planes muy ambiciosos para 1920.[88] Sin embargo, pronto habrían de quedar en desuso, pues la institución pasó de un periodo de crisis a uno de disolución. La causa fue, simple y llanamente, la llegada de Vasconcelos a la Universidad Nacional, pues desde allí realizó una admirable —hasta hoy inigualada— obra de promoción y difusión cultural, que convirtió en inútil y superflua a la Universidad Popular. De manera que puede concluirse que la Universidad Nacional tuvo por entonces tres facetas en el ámbito cultural: si ciertos aspectos suponían la restauración parcial del espíritu porfirio-sierrista, y otros eran propios de la gran renovación cultural que implicaba el triunfo de la revolución —nacionalismo, rescate de clases populares, etc.—, y otros más fueron el antecedente de algunos de los rasgos más sobresalientes del proyecto cultural vasconcelista. Por lo tanto, en una institución como la Universidad Nacional, como en casi todos los aspectos de la vida nacional, el gobierno carrancista sirvió de transición entre el antiguo y el nuevo régimen.

Notas al pie

[1] Manuel Aguirre Berlanga, secretario Gobernación, a José Natividad Macías, jefe DUBA, 21 de mayo de 1917, FIP y BA, C. 294, exp. 39, f. 1. *BU*, 1-2, p. 22.

[2] Rosendo Amor, director de Medicina, a José Natividad Macías, jefe DUBA, 4 de octubre de 1917, FIP y BA, C. 295, exp. 1, ff. 116-117; *ibid.*, 26 de junio de 1917, en *BU*, 1-1, pp. 50-52.

[3] Miguel Schultz, director de Altos Estudios, a José Natividad Macías, jefe DUBA, 9 de junio de 1917, FIP y BA, C. 295, exp. 1, f. 131; *ibid.*, 15 de marzo de 1917, en *BU*, 1-1, p. 111.

[4] José Rojo, director de Odontológica, a José Natividad Macías, jefe DUBA, 27 de septiembre de 1917, Firy ba, C. 295, exp. 1, ff. 119-120; *ibid.*, 17 de abril de 1917, en *BU*, 1-1, pp. 78-79.

[5] Juan S. Agraz, director de Ciencias Químicas, a José Natividad Macías, jefe DUBA, 9 de junio de 1917, en *BU*, 1-1, pp. 98-100.

[6] FIP y BA, c. 295, exp. 1, ff. 105-107.

[7] *Ibid*., ff. 112, 115-116, 120-121 y 125; exp. 1 bis, ff. 136, 146-149, 165.

[8] *Ibid.*, exp. 1, ff. 114-116, 118, 124, 131; véase también *BU*, 1-1, p. 109.

[9] Oficial Mayor de Hacienda a José Natividad Macías, jefe DUBA, 22 de junio de 1918, FIP y BA, C. 295, exp. 1 bis, f. 136.

[10] Así io sostenían Migue! Schultz y Rosendo Amor, directores de Altos Estudios y Medicina, respectivamente. Véase *ibid.*, exp. 1, ff. 116, 136. A diferencia de los profesores universitarios, en mayo de 1919 los profesores de las escuelas municipales del Distrito Federal se lanzaron a la huelga, por razones salariales y laborales, pues cundió el rumor de que desaparecería la primaria superior. Cf. Gabriela Cano, *La huelga magisterial de 1919*, tesis de licenciatura en historia, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1984.

[11] Esta optimista perspectiva fue expresada en el discurso de inauguración de los cursos de 1918, dado por Alejandro Quijano. Véase *BU*, 1-2, p. 22.

[12] FG, PR, c. 42, exp. 2; c. 107, exp. 73. *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 20 de julio de 1919. Véase también FEP, núm. 1578.

[13] *BU*, II-l, p. 265. *Excelsior*, 4, 10 de febrero de 1920. *El Universal*, 12 y 14 de enero; 18 de agosto de 1919.

[14] FIP y BA, c. 295, exp. 1, f. 127.

[15] Si Ocaranza era profesor en Medicina desde 1915, en abril de 1918 fue nombrado secretario de la escuela, colaborando con el director —Rosendo Amor— en la revisión del plan de estudios. Cf. Fernando Ocaranza, *La tragedia de un rector*, México, s.e., 1943, pp. 167 ss. Adrián Correa, *Femando Ocaranza. Semblanza*, México, Andhra Research University, 1945.

[16] *BU*, 1-1, pp. 43-44. *Excelsior*, 21 de noviembre; 24 de diciembre de 1917. *El Universal*, 25 y 29 de agosto; 1 de sepdembre; 13 de octubre; 9, 16 de noviembre de 1917; 14 de noviembre de 1919.

[17] Otra versión permite sostener que el prestigio de Caso fue posterior y que por entonces sólo era seguido por un par de profesores “y seis o siete estudiantes”. Cf. *BU*, 1-1, p. 257.

[18] Paralelamente, González Martínez leía algunos versos en casi cada festejo universitario. Cf. *ibid.*, 1-2, pp. 152, 157; II-l, p. 276. *El Demócrata*, 25 de junio de 1919. *Excelsior*, 27 de febrero de 1920. *El Universal*, 23 de septiembre de 1917.

[19] *El Demócrata*, 9 de mayo de 1918. *Excelsior*, 27 de febrero de 1920. *El Universal*, 24 de marzo de 1920.

[20] *BU*, II-l, p. 267. *El Universal*, 16 y 18 de agosto de 1919.

[21] FECH, RU, c. 3, docs. 29-33 y 37. *El Universal*, 3 de mayo de 1918.

[22] *El Demócrata*, 9 de mayo de 1918. *Excelsior*, 27 de febrero de 1920. *El Universal*, 24 de marzo de 1920.

[23] FIP y BA, c. 295, exp. 1, f. 116. *BU*, 1-1, p. 58. *El Demócrata*, 5 de mayo de 1919. Los cadáveres se hicieron tan populares entre los estudiantes, que decidieron celebrarlos con un festejo anual; el joven Ignacio Chávez escribió un himno en su honor, *Suprema Angustia*. Véase *El Universal*, 11 de agosto de 1919.

[24] *BU*, 1-2, p. 41; II-1, pp. 12-13. *El Universal*, 17-18 y 20 de enero de 1920.

[25] *BU*, 1-2, p. 42; II-l, p. 14. *El Universal*, 20 y 31 de enero de 1919.

[26] *BU*, 1-1, pp. 107-111; 1-2, pp. 37-38; II-l pp. 8-9.

[27] La versión laudatoria por excelencia de la historia de Altos Estudios es la de Beatriz Ruiz Gaytán, quien sostiene que a partir del triunfo carrancista la escuela intentó ampliar sus objetivos; en efecto, acorde con la nueva situación política, se buscó darle una orientación más práctica, al servicio del pueblo, sin alterar sus responsabilidades con la alta cultura, por lo que se pensó en cambiar su nombre por el de Escuela de Estudios Especiales. Sobre todo, durante esos años se buscó ordenar su funcionamiento y darle el carácter de auténtica escuela universitaria, capaz de otorgar títulos de licenciatura con el mismo valor que las demás escuelas. Sin embargo, en los hechos comenzó a definirse como una escuela de pedagogía, con mayoría estudiantil de mujeres.

[28] FIP y BA, c. 295, exp. l,f. 131. *BU*, 1-1, pp. 109-111 y 265-289; 1-2, pp. 27-38 y 64-77; II-l, pp. 243-256. *Excelsior* 14, 24 y 29 de febrero de 1920. *El Universal*, 24 de enero de 1919.

[29] *BU*, 1-1, pp. 195-219; II-l, p. 5.

[30] FECH, RU, c. 4, doc. 74; c. 5, docs. 5-7. *BU*, 1-2, pp. 40-41. *Excelsior*, 26 de septiembre de 1919; 11 de febrero de 1920. *El Universal*, 22 de enero de 1920.

[31] FIP y BA, c. 295, exp. 1, ff. 116-117 y 120. *BU*, 1-1, p. 60. *Excelsior*, 1 y 16 de febrero de 1920.

[32] FIP y BA, c. 295, exp. 1, f. 115. *BU*, 1-2, p. 39. *El Universal*, 25 de enero de 1918.

[33] FIP y BA, C. 295, exp. 6, ff. 2, 4, 6, 8, 11. *BU*, 1-2, pp. 149-152, 155 y 157; II-1, pp. 68-69, 277. *Excelsior*, 17 de agosto de 1918. *El Universal*, 8, 12 y 23 de septiembre de 1917; 14, 20 y 22-23 de septiembre de 1918. La muerte de Sierra había sido recordada por los gobiernos de Madero y Huerta, pero había dejado de serlo desde el triunfo constitucionalista. Cf. FG, PR, C. 108, exp. 36. Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 20 de octubre de 1913, en *Correspondencia R-HU*, p. 208. Varios intelectuales percibieron el agravio de tal olvido y desdén, señalándolo públicamente: Enrique González Martínez se quejó de que México era injusto con el hombre “más influyente en su espíritu de hoy y en su vida intelectual de mañana”, y Francisco de Olaguíbel se quejó de “la insignificancia” de un diputado revolucionario que vetó se otorgara una pensión a la viuda de Sierra. Cf. AFLB, imp., c. 1, leg. 93. *La Unión Hispano-Americana*, 11 de octubre de 1920,

[34] Excelsior, 21 de septiembre de 1919. Durante su discurso el rector Macías dijo que la Universidad Nacional era “lo mejor y más sagrado” que el pasado había legado. Véase *BU*, II-l, p. 73; véase también, *ibid.*, p. 275.

[35] El elogio en latín fue de tres páginas completas. Cf. *BU*, 1-2, pp. 139-142 y 149. Como era de esperarse, estaba escrito de manera deficiente y recibió severas críticas de los expertos.

[36] *Ibid.*, pp. 149, 159-160. *El Universal*, 10, 13-14 de septiembre de 1918; 12 de mayo de 1919; 2 de enero de 1920.

[37] *BU*, 1-1, pp. 47-48. *Excelsior*, 17 de agosto de 1918. *El Universal*, 23 de septiembre de 1918; 3 de enero de 1919; 26 de enero de 1920.

[38] *BU*, II-l, pp. 265-266.

[39] y BA, c. 296, exp. 27, f. 1. *BU*, II-l, p. 263. *Excelsior*, 2 de febrero de 1920.

[40] Ante los impedimentos para que fuera contratado por la Universidad Nacional, pues fue cesado como profesor de ética en 1916, el gobierno mexicano decidió darle una ayuda económica mensual, gracias a la insistencia de Luis Cabrera y Alberto J. Pañi. Véase Luis Cabrera a José Natividad Macías, jefe DUBA, 20 de julio de 1917, FIP y BA, c. 294, exp. 5, ff. 2-4. Para justificar la ayuda económica se le pidió que estudiara la educación impartida a los indios y a los negros en Estados Unidos, así como la educación industrial y comercial. Cf. FEP, núm. 341.

[41] FECH, RU, c. 7, docs. 33, 67-68, 143-144, 147. Para sus vicisitudes personales de entonces véase el vol. IV de la obra de Leticia Chávez, la que transcribe numerosas cartas y partes del *Diario* y de los *Apuntes Autobiográficos* de don Ezequiel.

[42] FIP y BA, C. 296, exps. 24 y 79. FECH, RU, C. 2, docs. 127-128; c. 3, doc. 36; c. 4, docs. 73-75; c. 5, docs. 4-8, 10 y 12-15, 111-112 y 124; c. 6, docs. 31-32 y 35; c. 7, doc. 120. *Excelsior*, 9 de julio de 1919. *El Universal*, 3 y 29 enero; 11 de mayo de 1920.

[43] José Terrés a José Natividad Macías, jefe del DUBA, 24 de diciembre de 1918, en FIP y BA, C. 296, exp. 27, f. 1, *Excelsior*, 2 de febrero de 1920.

[44] FUN, RR, c. 7, exp. 100, f. 2810; c. 9, exp. 125, f. 3744.

[45] Alfonso Pruneda, director de Comercio, a José Natividad Macías, jefe DUBA, 13 de abril de 1918, FIP y BA, c. 295, exp. 26, ff. 1-2. *Excelsior*, 9 de julio de 1919.

[46] Un ejemplo sería su discurso en el séptimo aniversario de la inauguración de la Universidad Nacional. Cf. *BU*, 1-1, pp. 189-195.

[47] Informe de labores del DUBA, 1919, en *ibid.*, II-l, p. 9. Paradójica pero significativamente, también se alegó que los cursos “libres” habían sido organizados para contrarrestar los de la Preparatoria oficial, aún muy positivista. Cf. *ibid*., p. 55.

[48] *Ibid.*, 1-1, pp. 98-100 y 191-195; 1-2, pp. 21, 42. *El Universal*, 7 de enero de 1920.

[49] *BU*, 1-2, p. 41. *El Universal*, 7 de enero de 1920.

[50] *Ibid*., 16 septiembre de 1917; 18 y 20 de enero de 1920.

[51] FIP y BA, c. 294, exp. 6, ff. 1-4; exp. 7, f. 1; exp. 8, ff. 1-4; exp. 9, ff. 5-40; c. 295, exp. 16, ff. 1-7. FUN, RR, C. 9, exp. 125, f. 3760.

[52] *Excelsior*, 23 de mayo de 1917. *El Universal*, 3 de abril de 1919.

[53] FIP y BA, c. 295, exp. 13, ff. 2, 4. *BU*, 1-2, pp. 3-16. *Excelsior*, 9 de febrero de 1918. *El Universal*, 9 de marzo; 5 de abril de 1918.

[54] Castro Leal iba también comisionado oficialmente por la Universidad Nacional para que observara los programas vigentes en dichas instituciones y para estudiar arte. Cf. FIP y BA, c. 295, exp. 18, f. 2. *BU*, 1-2, pp. 154-155. *El Universal*, 7 de septiembre de 1918; 12 de marzo de 1919.

[55] *BU*, II-l, pp. 7, 271-273. *El Demócrata*, 2, 5, 8, 10, 18 de junio de 1919. *Excelsior*, 8, 24 de abril; 9, 16 de julio de 1919. Además de los convenios de intercambio con las tres universidades mencionadas, hubo otras, como la de Washington, que mostraron interés en tener intercambios similares. Cf. *El Demócrata*, 13 de octubre de 1919. *Excelsior*, 23 de julio de 1919. *El Universal*, 18 de agosto de 1919.

[56] *BU*, II-l, p. 7. *Excelsior*, 20 de febrero; 13 de octubre de 1919.

[57] *BU*, 1-1, pp. 109-110; II-l, pp. 6, 8 y 37-40. *El Demócrata*, 18 de junio de 1919. *Excelsior*, 2 y 27 de julio de 1919. *El Universal*, 10 de marzo de 1920.

[58] En el archivo de Inman, que se localiza en la sección de manuscritos de la Biblioteca del Congreso, en Washington, varios documentos prueban tales relaciones. Véase sobre todo, c. 12, exps. 2, 4 y 7; c. 13, exp. 1 (en adelante asgi).

[59] Samuel G. Inman a Boas Long, jefe de la Sección Mexicana del Departamento de Estado, 28 de

abril de 1919, en rds, 812. 42/21. Véase también *ibid.*, 812. 42/22, así como las páginas del "diario" de Inman referentes a principios de 1919, en ASGI, C. 1, exp. 3.

[60] Ezequiel Chávez a Samuel G. Inman, 25 de febrero de 1919, FECH, RU, c. 5, doc. 113.

[61] Isaac Joslin Cox a Samuel G. Inman, 15 de julio de 1918, ASGI, C, 13, exp. 4; Inman a A. E. Cory, 12 de noviembre de 1920, *ibid.*, exp. 6.

[62] En la prensa se criticó la "burda imitación" que implicaba la decisión de la rectoría de importar de Estados Unidos numerosas togas, "que en adelante portarán los profesores universitarios a la usanza de..," Cf. *Excelsior*, 31 de enero de 1919, en AMGM, vol. 568, exp. 1779.

[63] *BU*, II-l,p. 51.

[64] Hacia 1918 Martín Luis Guzmán escribió el ensayo "El mal ejemplo de la Universidad", publicado un par de años después en *A las orillas del Hudson.* Véanse sus *Obras completas*, I, pp. 46-52.

[65] De acuerdo con el único compendio estadístico disponible, los datos para los años comprendidos entre 1910 y 1923 son tan discontinuos que era "inapropiado publicarlos". Véase Arturo González Cosío, *Historia estadística de la Universidad, 1910-1967*, México, UNAM, 1968, p. 35.

[66] La gran mayoría de los extraordinarios profesores que la habían creado en 1912 se encontraba en el exilio a causa de su participación en el gobierno huertista; para suplirlos fueron improvisados como profesores varios alumnos muy talentosos, para quienes a la postre la experiencia resultó provechosa, lo que no puede decirse de quienes fueron sus primeros alumnos. Cf. Fernández del Castillo, *Institución permanente*, pp. 143-144.

[67] AMGM, vol. 563, exp. 1774. *Excelsior*, 10 de abril de 1919. *El Universal*, 8 de septiembre; 23 de noviembre de 1917; 1 de marzo; 19 de abril; 10, 17, 24 de mayo de 1918; 4 de agosto de 1919.

[68] Las tesis de licenciatura de Alfonso Caso, Vicente Lombardo Toledano y Samuel Ramos, entre otras, merecieron ser publicadas en el *Boletín de la Universidad.* Cf. II-l pp. 105-120, 173-241 y 243-256, respectivamente. Para los inicios de los "Contemporáneos" véase a Guillermo Sheridan, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 25-82.

[69] *El Demócrata*, 30 de julio de 1917. *Excelsior*, 28 de noviembre; 4-5 de diciembre de 1917. *San-Ev-Ank*, 11 y 25 de julio; 1, 8, 22 de agosto de 1918.

[70] *Ibid.*, 11 de julio; 1, 8 y 22 de agosto de 1918. *El Universal*, 4 de enero de 1918; 14 de enero de 1919.

[71] Para compensar tal actitud, que reflejaba el conservadurismo de los jóvenes, un par de meses después se erigió en la misma escuela un monumento del eminente médico liberal, Valentín Gómez Farías. Cf. FG, PR, C. 227, exp. 26.

[72] *El Demócrata*, 9 de mayo de 1918. *Excelsior*, 26 de mayo; 6 de junio de 1917; 26 de febrero de 1918; 27 de febrero de 1920. *El Universal*, 1 de marzo de 1918; 24 de marzo de 1920.

[73] FIP y BA, c. 294, exp. 43, ff. 1-3; exp. 47, f. 1. FUN, RR, C. 9, exp. 125, ff. 3737, 3761 y 3768. *BU*, 1-2, p. 48.

[74] *El Universal*, 16 de noviembre de 1917; 1 de marzo de 1918.

[75] FIP y BA, c. 296, exp. 12, f. 1. *Excelsior*, 1, 5, 9 y 18 de febrero de 1920. *El Universal*, 27 de enero de 1920.

[76] Para este tema en concreto véase la obra de Linda Sametz, *Vasconcelos, el hombre del libro. La época de oro de las bibliotecas*, México, UNAM, 1991.

[77] José Natividad Macías, jefe DUBA, a Luis Manuel Rojas, jefe de la Sección de Bellas Artes, 20 de mayo de 1918, en *ibid., c.* 298, exp. 25, f. 1. *El Demócrata*, 1 de junio de 1918. *El Universal*, 22 de mayo de 1918. La Escuela de Bibliotecarios y Archivistas había sido creada apenas un par de años antes. Cf. FG, PR, c. 43, exp. 43.

[78] FIP y BA, c. 294, exp. 46, ff. 1-399. *Pegaso*, 22 de marzo de 1917. *El Universal*, 23 de enero de

1920.

[79] *El Demócrata*, 24 de mayo; 1 de junio de 1918.

[80] Ceballos fue hecho director de la Biblioteca Nacional. Cf, FG, PR, C. 252, exp. 10.

[81] *BU*, 1-1, p. 243.

[82] Julio Torri a Alfonso Reyes, 28 de diciembre de 1917y 15 de octubre de 1918, en *Epistolario T-R*, pp. 216 y 222. Torri a Pedro Henríquez Ureña, 12 de julio de 1918, en *Epistolario T-HU*, p. 141. Véanse también otras cartas entre ambos, de marzo y mediados de agosto de 1919, en *ibid.*, pp, 144-145. La opinión de Reyes, en *Pegaso*, 7 de junio de 1917.

[83] Julio Torri a Alfonso Reyes, octubre de 1917, en *Epistolario T-R*, p. 207. *Excelsior*, 9 de junio; 16 de noviembre de 1917. *El Universal*, 25 de octubre de 1917.

[84] *Excelsior*, 11 de julio de 1917. *El Universal*, 22 de octubre de 1917.

[85] *Excelsior*, 16 de noviembre; 9 de diciembre de 1917; 8, 17 y 25 de febrero; 19 de abril; 4 de julio de 1918. *El Universal*, 6, 13, 27 de octubre; 16 de noviembre de 1917; 3 y 18 de marzo; 5, 17, 20 de mayo de 1918.

[86] AMGM, vol. 561, exp. 1768.

[87] *BU*, 1-1, p. 260. *Excelsior*, 4 de julio de 1918. *El Universal*, 6 de octubre de 1917; 22 de marzo; 19 de abril; 21, 24, 28 de junio de 1918.

[88] Julio Torn a Alfonso Reyes, 9 de enero de 1919, en *Epistolario T-R*, p. 225. *Excelsior*, 6 de agosto de 1919. *El Universal*, 2 de marzo de 1920.

EPÍLOGO. “YA LLEGÓ EL QUE ESTABA AUSENTE...”

Entre los muchos cambios que las transformaciones políticas nacionales del decenio trajeron a la Universidad Nacional, el más importante fue el provocado por el derrocamiento de Carranza por la revuelta de Agua Prieta, encabezada por los principales caudillos sonorenses a mediados de 1920. Además de las obvias diferencias geográficas, generacionales y sociales, otras características del régimen obregonista que lo hicieron tan distinto del acartonado gobierno carrancista fueron su audacia y frescura; esto es, sus afanes renovadores. Tales características se expresaron sobre todo en el ámbito de la educación, gracias a José Vasconcelos.

En rigor, éste fue nombrado rector antes de que llegara Obregón al poder, durante el interinato de Adolfo de la Huerta, el presidente albacea. Vasconcelos desarrolló una admirable labor durante esos meses y se ganó el apoyo de la opinión pública, por lo que fue ratificado como rector por Obregón no obstante que se había rumorado durante su campaña electoral, a finales de 1919, que sus candidatos para la Secretaría de Instrucción —que sería restablecida— y la rectoría eran José Inés Novelo y Antonio Caso.[1] El primero era un conocido político revolucionario, muy ligado al obregonismo como presidente del anticarrancista Partido Liberal Constitucionalista, y con una considerable experiencia en los asuntos educativos;[2] Caso tenía ya varios años de apoliticismo y de dedicación total a la educación superior y la cultura; por ende, varios grupos políticos pretendían utilizar su prestigio y conocimientos, lo que explica la actitud de Obregón. Es probable que la decisión final en favor de Vasconcelos se haya debido a su labor oposicionista contra Carranza, hecha desde el exilio, y a su abierto apoyo a la lucha aguaprietista.[3]

Cuando a principios de mayo de 1920 Carranza abandonó la ciudad de México y ésta fue ocupada por Pablo González y sus fuerzas, más cercanas a la

capital que las de los sonorenses, los nuevos mandatarios formaron inmediatamente un aparato gubernamental completo aunque efímero, pues fue desplazado a la llegada de los aguaprietistas a la ciudad de México, tan sólo días después. Como rector de la Universidad Nacional quedó el poeta Balvino Dávalos, a pesar de que fuertes rumores sostenían que el elegido saldría de entre Vito Alessio Robles —ingeniero militar del ejército porfirista y luego colaborador de Madero y figura importante en la Convención—, el poeta Enrique González Martínez o el mismo Antonio Caso.[4] Si estos dos últimos —sobre todo González Martínez— habían simpatizado con Díaz y colaborado con el régimen huertista, lo mismo podría decirse de Dávalos, durante largo tiempo diplomático porfirista y quien también había representado a Huerta, lo que orilló a los carrancistas a expulsarlo del país durante 1917 y 1918, sobreviviendo como profesor en un par de universidades norteamericanas.[5]

¿Cómo hubiera sido el rectorado de Dávalos de no haber sido tan breve? Las suposiciones tienen que ser negativas, pues Dávalos era prácticamente un extraño en la educación superior del país; además, nombró como su principal colaborador a Manuel Puga y Acal, también poeta e incluso menos relacionado que él con la comunidad universitaria capitalina, debido a que había estudiado en Francia y vivido —casi siempre— en Guadalajara.[6] Para colmo, ambos eran de edad considerable y conservadores en política, lo que los hacía inadecuados para dirigir una institución joven durante un periodo de grandes transformaciones sociopolíticas. Con todo, Dávalos sólo tuvo tiempo de tomar algunas decisiones: clausuró la Escuela de Arte Teatral, hizo algunos nombramientos sensatos —como los de Julián Carrillo para director de la Escuela de Música y Antonio Caso como su principal asesor— y designó a varios jóvenes como profesores, entre los que destacaban Alfonso Caso y Manuel Gómez Morín, de “los siete sabios”, o Salvador Urbina y Trinidad García, hijo de un empresario muy cercano a don Porfirio.[7]

Cuando los sonorenses desplazaron al gobierno de Pablo González al ocupar la ciudad de México, quedó eliminado, obviamente, el prescindible Balvino Dávalos, quien fue sustituido por José Vasconcelos. Aunque alejado del país desde 1915, después de la derrota del convencionista Eulalio Gutiérrez, Vasconcelos gozaba del prestigio de hombre talentoso y honorable, aunque era conocido también por impulsivo, intolerante y falto de las necesarias capacidad administrativa y madurez política para un puesto de tales características. Su designación demostró la auténtica naturaleza reformista del nuevo gobierno; es más, su actuación es una de las razones por las que se cataloga así al régimen obregonista. Vasconcelos actuó como se esperaba: tomó posesión de la jefatura

del Departamento Universitario y de Bellas Artes a principios de junio de 1920,[8] pero siempre se comportó como secretario de Instrucción Pública, no obstante que ya no existiera dicho ministerio. Desde su discurso de toma de posesión, brillante crítico, e independiente hizo claros sus objetivos y planes: no iba a limitarse a observar la lenta marcha de "tres a cuatro" escuelas profesionales, a presidir inútiles sesiones del Consejo Universitario, o a otorgar grados honorarios a algunos visitantes distinguidos; pretendía, en cambio, rehacer la Secretaría de Instrucción Pública y transformar la Universidad Nacional. Respecto a lo segundo, Vasconcelos deseaba que la comunidad se integrara al proceso revolucionario; en concreto, pretendía que los universitarios sostuvieran una cruzada educativa.[9] Puede concluirse, por lo tanto, que si en 1910 Sierra había creado una universidad limitada a sus funciones básicas, diez años después Vasconcelos haría exactamente lo opuesto.

La fundación de la Universidad Nacional en 1910 había tenido entre otros objetivos el de lograr un mejor entendimiento entre el gobierno y los jóvenes de la clase media urbana. A pesar de ello, tuvo que triunfar la revolución para que Vasconcelos fuera el primer rector joven, pues no alcanzaba los cuarenta años cuando llegó al puesto. Más aún, con él dirigieron la universidad sus compañeros de generación y sus amigos ateneístas, lo que explica varias de las diferencias entre la universidad de 1910 y la de 1920. Acaso los mejores ejemplos sean Mariano Silva y Aceves, quien fue hecho secretario de la Universidad Nacional; Julio Torri, que quedó al frente del proyecto de las bibliotecas populares, y Carlos González Peña, nombrado director del *Boletín de la Universidad.* Además, Vasconcelos ofreció el puesto de subsecretario a Alfonso Reyes para tan pronto se creara el ministerio, así como un alto puesto a Pedro Henríquez Ureña, no obstante ser dominicano y encontrarse fuera del país.[10] Aunque sus excompañeros del Ateneo predominaron, Vasconcelos también confió puestos directivos a miembros de grupos posteriores, los cuales, aunque más jóvenes, resultaron adecuados para sus funciones: piénsese en Antonio Castro Leal y Manuel Toussaint; en Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano; y en Jaime Torres Bodet.[11]

Si hubo un marcado predominio generacional entre los colaboradores de Vasconcelos, en ideología política hubo notable pluralidad. Es indiscutible que Vasconcelos aceptó colaborar con De la Huerta —como antes lo había hecho con Eulalio Gutiérrez— porque ambos eran civilistas, pacifistas y conciliadores. Así, pudo tener colaboradores con actitudes políticas diferentes: por ejemplo, a varios maderistas, como Manuel Mestre, a quien designó director de la Biblioteca Nacional, y a gente contraria a la Revolución, como Ezequiel Chávez, nombrado

director de la Preparatoria.[12] Tan sólo se negó a incluir carrancistas notorios, como Moisés Sáenz, a quien removió para colocar a Chávez. El procedimiento para remover a Sáenz tuvo sus complicaciones: Vasconcelos contaba con un motivo y un pretexto: lo culpaba de haber transformado la institución en un *high school* protestante, en contra de su previa naturaleza profrancesa, y de ser rechazado por los alumnos; sin embargo, también enfrentó serios obstáculos, pues Moisés Sáenz disfrutaba del apoyo de su hermano Aarón, muy cercano a Obregón. Vasconcelos demostró su cuestionada habilidad política en la solución del conflicto: en lugar de despedirlo lo envió becado a la Universidad de Columbia.[13]

Además de ser el único rector joven, Vasconcelos fue quien llevó a cabo la gran transformación de la institución al finalizar el decenio revolucionario. Fueron tales los cambios, con implicaciones a corto y largo plazos, que es plausible afirmar que Vasconcelos fue el rector de mayor impacto durante los primeros tres decenios de la institución, y acaso de toda su historia. Es más, la influencia de Vasconcelos trascendió el ámbito universitario, al transformar de manera radical el sistema educativo en su conjunto.[14] Para comenzar, reintegró la Preparatoria a la Universidad Nacional e hizo que los directores de las escuelas universitarias fueran parcialmente elegidos por el profesorado y los estudiantes, quienes debían seleccionar tres prospectos entre los cuales el rector escogería uno. Más bien se trataría de una especie de plebiscito, con el objetivo de evitar nuevos conflictos estudiantiles, pues en el nombramiento de los directores influiría “directamente la voluntad” juvenil. A diferencia de la recuperación de la Preparatoria, esta reforma recibió varias críticas severas: hubo quienes negaron su legalidad; otros afirmaron que se trataba de un subterfugio para ocultar la incapacidad de Vasconcelos para elegir al adecuado, por haber estado tantos años alejado del ámbito universitario; por último, otros sostuvieron que, para ser congruente, también el rector debía ser elegido. No obstante las críticas, los resultados no fueron malos del todo, pues resultaron elegidos directores de calidad y prestigio académico, como Ezequiel Chávez en la Preparatoria, Alfredo Ramos Martínez en la Escuela de Bellas Artes y Roberto Medellín en Ciencias Químicas.[15]

En el plano académico Vasconcelos logró que la contratación de los profesores dependiera de concursos sobre calidad profesional y capacidad docente. De acuerdo con su personalidad, también hubo contrataciones hechas por decisiones unilaterales suyas, a partir de la confianza que tenía a viejos profesores prestigiados que no estaban enseñando por razones políticas, o por la esperanza que depositó en algunos jóvenes brillantes: ejemplo de los primeros

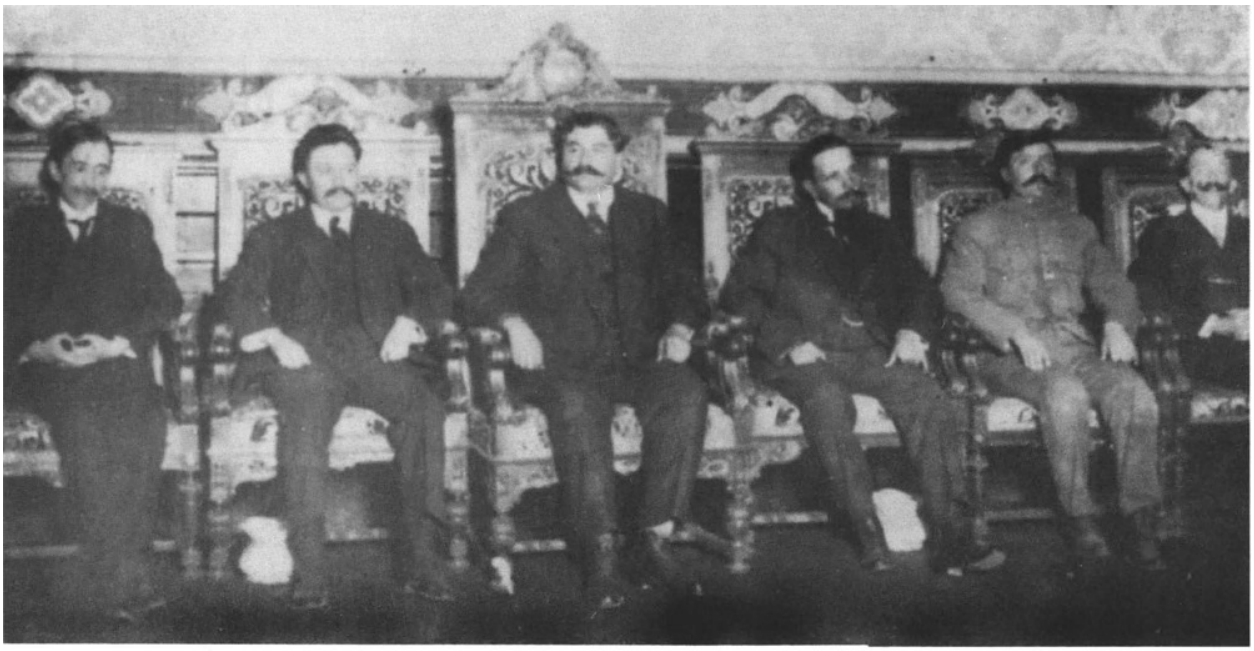
son Enrique González Martínez y Francisco de P. Herrasti, que en Altos Estudios recuperaron sus cursos de literatura francesa y latina, respectivamente; Daniel Cosío Villegas y Genaro Estrada constituyen ejemplos de los segundos: el primero como asistente en los cursos de sociología y economía política, y el segundo como profesor de literatura mexicana.[16] Dos de los mayores logros de Vasconcelos consistieron en volver más académica la Universidad Nacional y en darle un alto espíritu comunitario. Vasconcelos lo logró, paralela y paradójicamente, haciendo más abierta y popular la institución. En efecto, se suprimió la colegiatura para los jóvenes "notoriamente" pobres, a algunos de los cuales se les asignaron becas para su mantenimiento, y se facilitó la presencia de alumnos oyentes.[17]

Vasconcelos comprendía los problemas de México y tenía un proyecto educativo completo y complejo. Además de su talento, su personalidad lo hizo ser mucho más que un jefe de una dependencia oficial como el Departamento Universitario y de Bellas Artes, y mucho más, también, que el rector de una universidad disminuida y mediocre. En efecto, se lanzó no sólo a reformar el sistema educativo del país sino a crear y difundir una nueva cultura nacional, enraizada en nuestra historia y en la cultura clásica occidental, y actualizada y fortalecida con el nuevo espíritu aportado por los grandes cambios sociopolíticos de la época, ya fueran las revoluciones mexicana y rusa o el final de las aristocracias en Europa por la primera guerra mundial.[18] En lugar de dedicar todos sus esfuerzos a la educación superior, Vasconcelos puso especial atención en la organización de una auténtica cruzada alfabetizadora, para la cual pidió ayuda a la sociedad en su conjunto, aunque muy especialmente a las mujeres. Puesto que la tarea era noble y Vasconcelos tenía carisma, la nutrida y entusiasta respuesta no resultó sorpresiva: en ella participaron militares victoriosos como Salvador Alvarado y Silvino García; políticos influyentes como Cutberto Hidalgo; destacados jóvenes universitarios como Manuel Gómez Morín, Manuel Toussaint y Salvador Urbina; educadoras profesionales como María Arias Bernal, Palma Guillén y Eulalia Gúzman, y mujeres ligadas a intelectuales, como la madre de Gómez Morín y Emma Salinas, quien poco después sería la esposa de Daniel Cosío Villegas.[19] Asimismo, dispuso que las bibliotecas universitarias dieran servicio los domingos y apoyó la creación de bibliotecas populares ambulantes, para beneficio de los miembros de las clases populares que sabían leer.[20]

A diferencia de las autoridades educativas de los anteriores regímenes revolucionarios, ya fueran los maderistas Pañi o Cabrera o los carrancistas Palavicini y Macías, Vasconcelos fue un moralista como sólo lo había sido

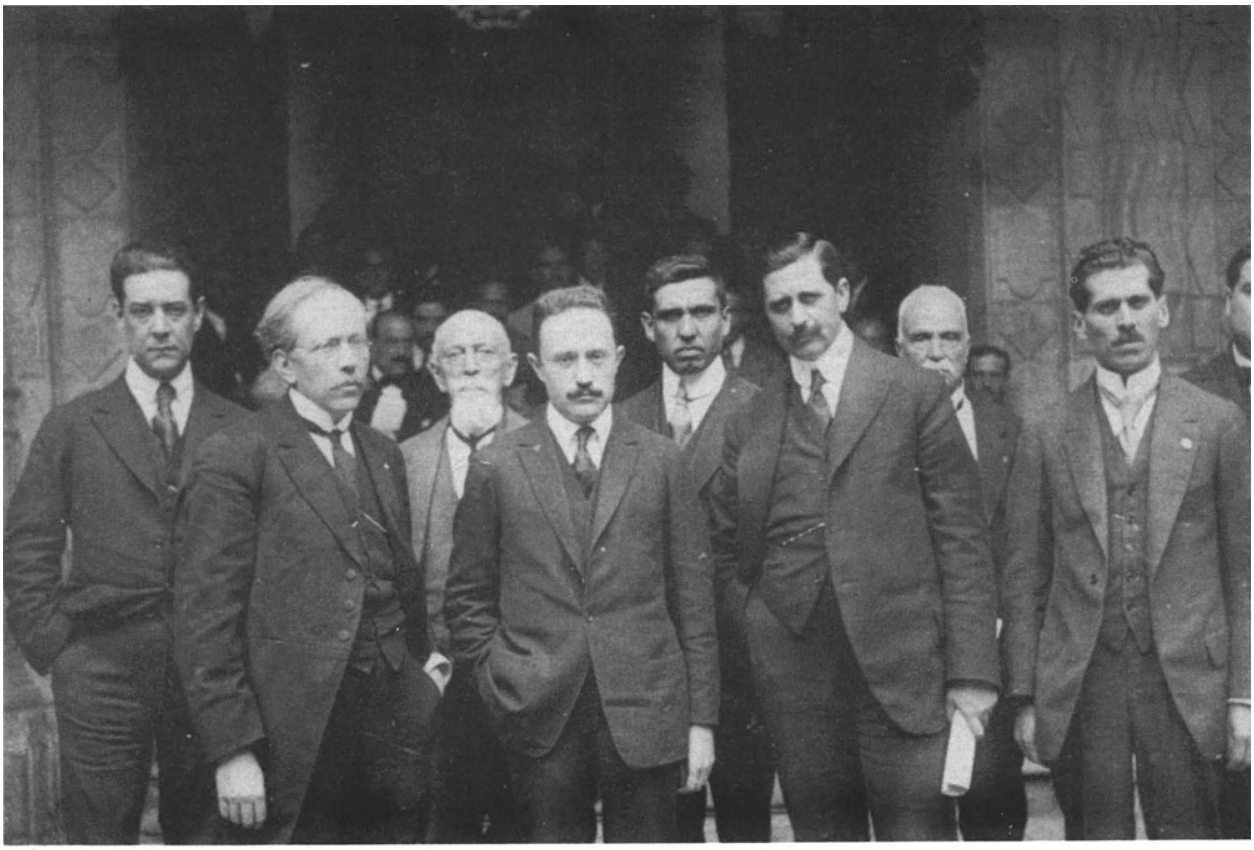
Sierra: hizo sus mejores esfuerzos para que los mexicanos leyeran, y con la misma intensidad se preocupó por aquello que debían leer; hombre apasionado y confiado en su genio, despreció a numerosos autores y rechazó varias corrientes de pensamiento, así como difundió a sus escritores favoritos, disparejos entre sí: juntó a Platón y a Dante con Romain Rolland, Pío tino y Rabindranath Tagore.[21] Además de popular y moralista, el proyecto educativo de Vasconcelos otorgó gran peso al aspecto cultural. Los factores esenciales en la vida cultural del país son desde entonces la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación Pública, creada por él en 1921. Se concedió apoyo financiero a numerosos artistas e intelectuales para que desarrollaran su obra pictórica, musical o literaria; muchos fueron enviados a Europa y Estados Unidos para que analizaran las mejoras que debían introducirse en los museos y bibliotecas de México, o para que promovieran todo tipo de intercambios culturales.[22] Fue tal la calidad y cantidad de obras culturales desarrolladas durante su gestión, que se tornó inútil la existencia de la Universidad Popular. A mediano y largo plazos su obra civilizadora, más que educativa, se convirtió en una leyenda y en un arquetipo.

Vasconcelos, aunque formalmente era el jefe del Departamento Universitario y de Bellas Artes —y por lo tanto un alto funcionario del gobierno—, evitó el uso de dicho membrete y siempre se presentó y actuó como un rector muy independiente. Incluso conservó gran dosis de autonomía cuando pasó de la rectoría a al Secretaría de Educación Pública. Por ejemplo, durante los festejos por el “día de la raza” de 1922 insultó públicamente al mandatario venezolano Juan Vicente Gómez, al que consideró el peor dictador de la historia latinoamericana y a quien llamó “cerdo humano”. Como consecuencia, el secretario de Relaciones Exteriores tuvo que ofrecer una disculpa al gobierno venezolano y el presidente Obregón criticó la postura de su colaborador. Sin embargo, su renuncia no fue aceptada y en cambio lo apoyaron masiva y decididamente la comunidad universitaria, los artistas e intelectuales y la opinión pública en general.[23] Al igual que había sucedido en 1912, en esta ocasión los universitarios volvieron a rebasar los límites de la política exterior oficial, a la vez que reafirmaron su espíritu latinoamericanista.



José Vasconcelos como parte del gabinete de Eulalio Gutiérrez.
(Archivo Casasola, INAH.)

Balbino Dávalos, efímero rector a la caída de Carranza.
(AHUNAM, Fondo Rectores.)

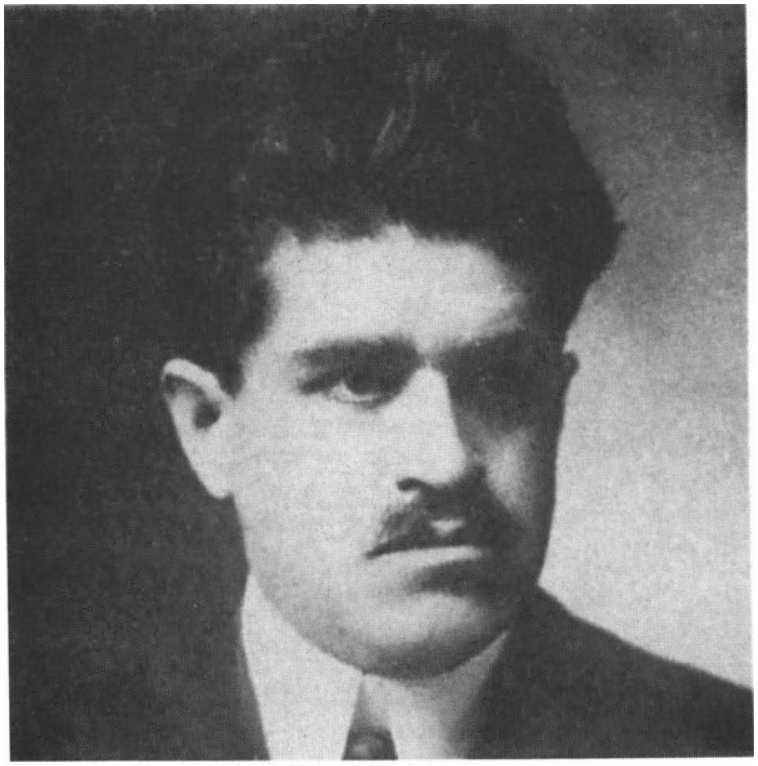


Vasconcelos recién ascendido a la rectoría. (AHUNAM, Fondo Rectores.)

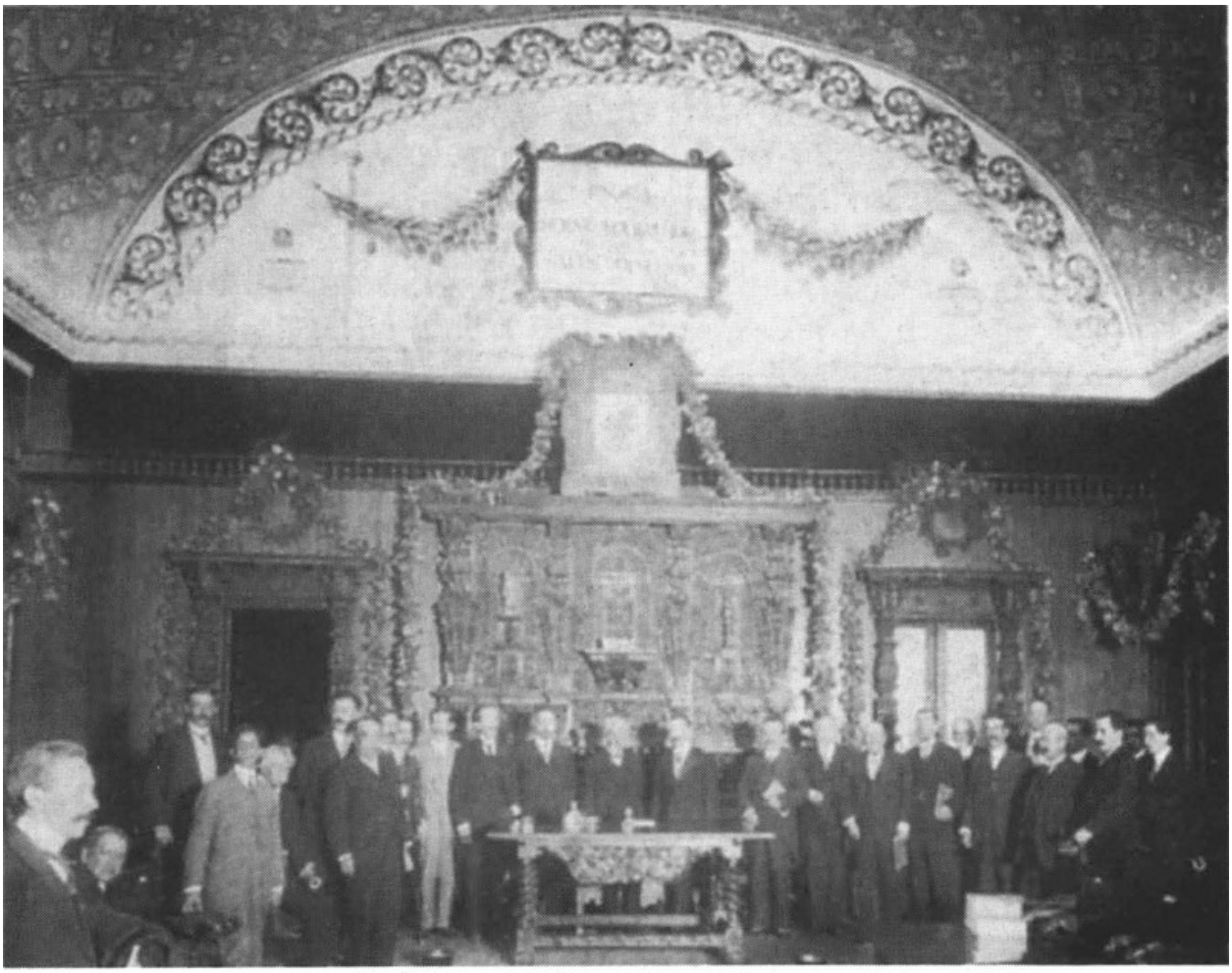
Grupo de profesores y alumnos, como Mariano Moctezuma, Roberto Medellín, Ezequiel A. Chávez, Porfirio Parra, José Siurob, Antonio Caso, Luis Castillo Ledón, Manuel Toussaint, Mariano Silva y Aceves y Alfredo Ramos Martínez con Vasconcelos y el presidente Adolfo de la Huerta. (Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, t. 5, p. 1545.)

Ing. Alberto J. Pani, universitario y político revolucionario.
(Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, t. 3, p. 848.)

El presidente, general Álvaro Obregón, acompañado de José Vasconcelos, Alejandro Quijano, Miguel Alessio Robles y el presidente de la Federación de Estudiantes Rodulfo Brito Foucher. (Casasola, *Historia gráfica de la Revolución mexicana*, t. 5, p. 1544.)

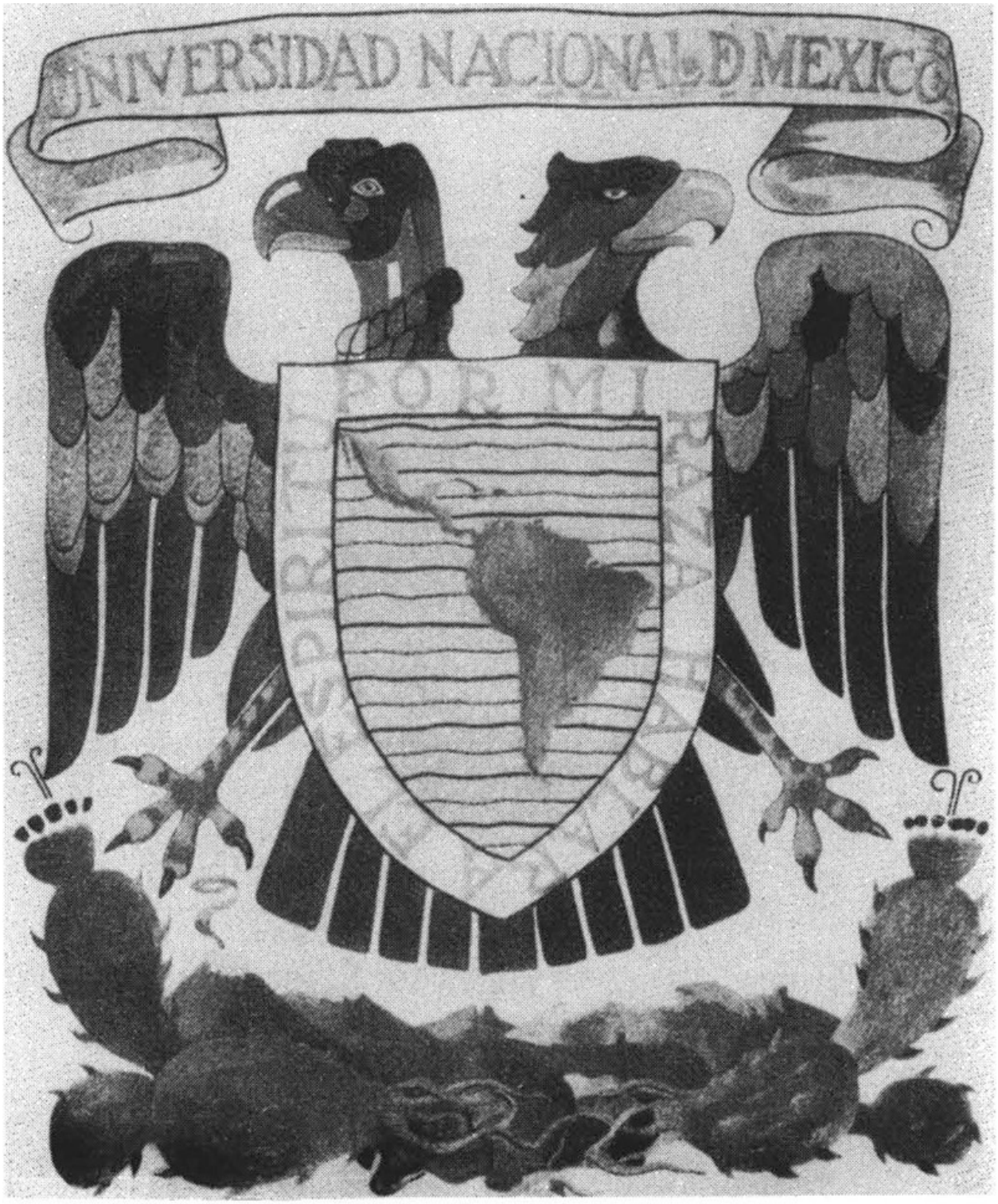


Antonio Caso, el más leal de los universitarios. (*Rotonda de los hombres ilustres*, Consejo Consultivo de la Rotonda, p. 59.)



Ceremonia en el Paraninfo de la Preparatoria. (AHUNAM, Fondo Rectores.)

Vasconcelos, verdadero creador
de la universidad mexicana.
(AHUNAM, Fondo Ezequiel A. Chávez.)



Escudo de la Universidad con Vasconcelos,
de espíritu latinoamericanista.

De hecho, puede decirse que otro legado del periodo vasconcelista es la gran

preocupación de los universitarios por los asuntos de política interior y exterior latinoamericana. Es de sobra conocido que además de las críticas a Gómez, Vasconcelos dio un apoyo irrestricto a los artistas, intelectuales y líderes estudiantiles que deseaban viajar por Centro y Sudamérica. La diferencia con la política que al respecto desarrolló Carranza era doble: por un lado cuantitativa, pues financió a un número mucho mayor de jóvenes; por el otro, cualitativa, pues con don Venustiano el proceso estuvo controlado por la Secretaría de Relaciones Exteriores, mientras que con Vasconcelos el asunto fue estrictamente universitario y educativo, con un menor contenido diplomático.[24] En todo caso, la postura de Vasconcelos en favor de la democracia y del espíritu latinoamericano tuvo su más clara expresión con el otorgamiento del doctorado *honoris causa* al cubano Manuel Márquez Sterling, único diplomático que se opuso al cuartelazo de Huerta y a los asesinatos de Madero y Pino Suárez.[25] Así, la Universidad Nacional de Vasconcelos se distanciaba del porfiriato, repudiaba al huertismo y se adhería a la corriente revolucionaria, sobre todo a la facción maderista: como dijo un líder estudiantil convertido en 1920 en joven profesor, Manuel Gómez Morín: los universitarios comenzaron a abjurar de los involucrados en los crímenes de presidentes.[26]

Es indiscutible que a pesar de la brevedad del rectorado de Vasconcelos, fue el que dejó la huella más duradera y profunda en el desarrollo posterior de la Universidad Nacional. En primer lugar, la adecuó a las condiciones y compromisos del México posrevolucionario. Para Sierra, Chávez, Eguía Lis, García Naranjo y Macías, debía ser una institución muy escolarizada, ajena y refractaria a los asuntos no académicos; en cambio, según Vasconcelos debía estar muy interesada y activa en la solución de los problemas sociales, políticos y culturales que aquejaban al país, convirtiéndose así en un factor importante de la historia contemporánea mexicana. Sin embargo, es posible suponer que su importancia habría sido todavía mayor sin la naturaleza que le imprimió Vasconcelos, cuyo rectorado estuvo dominado por escritores y artistas,[27] pues el país requería urgentemente de técnicos que coadyuvaran a la reconstrucción nacional.

Debido a la situación anterior, al credo filosófico del propio Vasconcelos, a la errónea creencia de los revolucionarios consistente en identificar cualquier conocimiento científico con el positivismo y, por ende, con el porfirismo y los ‘Científicos’, y a la prioridad otorgada a la educación básica y a la construcción de una cultura nacional posrevolucionaria, otro legado del rectorado de Vasconcelos es la actitud acientífica que dominó en la Universidad Nacional durante dos decenios. Esta naturaleza humanista también se dio gracias a la

derrota de Carranza y de sus educadores de orientación pragmatista, como Andrés Osuna y Moisés Sáenz. Aunque varias de las políticas educativas de Vasconcelos fueron modificadas tan pronto éste dejo de ser parte del equipo gobernante, y otras dejaron de aplicarse con el transcurso del tiempo y el cambio de circunstancias, es indudable que ciertas características de la actual Universidad Nacional Autónoma de México, como su efervescencia política y su generosidad cultural, datan de aquellos años. Fue tal la importancia de los cambios aportados por Vasconcelos que puede concluirse que la Universidad Nacional nació con el boato y tradicionalismo del porfiriato, con la incertidumbre que provocó el derrumbe del positivismo y el surgimiento de las nuevas corrientes espiritualistas, con la conciencia social que le impuso la lucha revolucionaria y con el ímpetu y el optimismo del inicio de la reconstrucción nacional. Tal es su naturaleza; tales sus virtudes y limitaciones.

Notas al pie

[1] *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 28 de diciembre de 1919.

[2] *DHBRM*, VII, pp. 731-732.

[3] Vasconcelos narra su acercamiento a Obregón poco antes de la campaña electoral por la presidencia, entre 1919 y 1920, y cómo "en hojas de segunda categoría o en publicaciones ocasionales" desarrolló, junto con Enrique González Martínez y Antonio I. Villarreal, una dura campaña anticarrancista en Los Ángeles, California. Cf. *La Tormenta*, en *Memorias*, I, pp. 932-935. Tales escritos fueron publicados en *La caída de Carranza*, México, s. e., 1920.

[4] *El Universal*, 12-13 de mayo de 1920.

[5] Balvino Dávalos también fue diputado porfirista por su natal Colima, DHBRM, I, p. 514. Para un mentís a Vasconcelos sobre su llegada a la rectoría, véase Balvino Dávalos, "El amago de *La Tormenta*", en *Excelsior*, 27 de mayo de 1936.

[6] *El Universal*, 16 de mayo de 1920.

[7] *El Universal*, 14, 19, 27 de mayo de 1920. Vasconcelos, *La Tormenta*, en *Memorias* I, pp. 946-947.

[8] FIP y BA, c. 296, exp. 31, ff. 1-3. *BU*, IV-1, p. 5. *Excelsior*, 10 de junio de 1920. *El Universal*, 8 y 10 de junio de 1920.

[9] Su discurso de inauguración, en *BU*, IV-1, pp. 7-11.

[10] FEP, núms. 573, 1 524, 1 680. Pedro Henríquez Ureña a Julio Torri, 19 de junio de 1920, en *Epistolario TR*, p. 146. José Vasconcelos a Alfonso Reyes, 27 de julio; 16 de septiembre de 1920; 28 de junio de 1921, en Claude Fell, *Ecrits oublies. Correspondance avec José Vasconcelos-Alfonso Reyes*, México, IFAL, 1976, pp. 38, 42, 52 (en adelante, *Correspondencia V-R).* Torri a Reyes, 26 de diciembre de 1920, en *Epistolario TR*, p. 232.

[11] Castro Leal fue el secretario particular del ministro, puesto en el que pronto lo sustituyó Toussaint; a su vez, Lombardo fue hecho secretario de la Escuela de Jurisprudencia, y Torres Bodet fue Secretario de la Preparatoria. Cf. FEP, núms. 263; 950.

[12] *BU*, IV-1, pp. 93, 95. *Excelsior*, 16, 22 de junio de 1920. *El Universal*, 11, 16 de junio de 1920.

[13] FIP y BA, c. 296, exp. 44, ff. 1-28. *Excelsior*, 23 de junio de 1920. *El Universal*, 22 de mayo de 1920. Vasconcelos, *La Tormenta*, en *Memorias* I, pp. 941, 948, 951.

[14] Acaso el mejor estudio sobre el Vasconcelos educador sea el de Claude Fell, *José Vasconcelos, Los años del águila (1920-1925)*, México, UNAM, 1989. Para su postura como rector véase, *José Vasconcelos y la Universidad*, editor Alvaro Matute, México, UNAM, 1983. Obviamente, el testimonio por excelencia es el tercer volumen de las memorias del propio Vasconcelos, titulado *El Desastre.*

[15] *BU*, IV-1, pp. 69-71, 73; IV-2, pp. 11-13. *Excelsior*, 16-17 y 22 de junio de 1920. *El Demócrata*, 6 de julio de 1920. *El Universal*, 16, 19, 22, 23 y 27 de junio de 1920.

[16] *BU*, IV-1, pp. 89, 91, 94. *El Universal*, 29 de junio de 1920.

[17] FIP y BA, c. 296, exp. 64, ff. 1-4. *BU*, IV-1, pp. 29-31. *El Universal*, 8 de junio de 1920.

[18] Un espléndido testimonio de sus objetivos y esfuerzos como el gran educador nacional se halla en un tomo de sus *Memorias*, *El Desastre.*

[19] *BU*, IV-1, pp. 32-34, 39-40, 42-48; IV-2, p. 35; IV-3, p. 29.

[20] Véase la obra de Linda Sametz, *Vasconcelos, el hombre del libro*, citada en la nota 76 del capítulo anterior.

[21] Tal parece que entre sus planes estaba editar también entre otros, a Homero, Marco Aurelio, *Los Evangelios*, Cervantes. Shakespeare, Schiller, Rousseau, Darwin, Marx y Spencer. Cf. *El Demócrata*, 10 de agosto de 1920.

[22] FIP y BA, c. 296, exps. 34-36, 39, 49, 71 y 75. Julio Torri a Alfonso Reyes, 24 de septiembre de 1920, *Epistolario T-R*, p. 231.

[23] *BU*, IV-1, pp. 167-281.

[24] FIP y BA, c. 296, exps. 51 a 54.

[25] *Ibid.*, exp. 56, f. 1; exp. 61, ff. 1, 5-10.

[26] AMGM, vol. 563, exp. 1774.

[27] Una anécdota lo refleja con claridad: se dice que durante un día de labores alguien preguntó a Vasconcelos por "el vate", a lo que contestó: "¿Qué vate? ¡Aquí en la universidad todos son vates!" Cf. Julio Torri a Alfonso Reyes, 26 de diciembre de 1920, en *Epistolario TR*, p. 232.

FUENTES

No existe otra monografía acerca de los estudiantes universitarios durante la Revolución mexicana. Asimismo, aunque el papel de los maestros rurales y de educación primaria ya ha sido estudiado, la actitud de los profesores universitarios durante esos años también era un misterio. Las historias generales de la Universidad Nacional que se han escrito fueron de muy poca utilidad para esta investigación: la mayoría son relatos “oficiales” escritos para conmemorar efemérides, y carecen dé rigor científico; además, casi siempre ignoran los conflictivos años de 1910 a 1920. Desgraciadamente, las obras de mayor calidad acerca de la historia de la Universidad de México abordan otros periodos, momentos y temas, tales como su fundación, la lucha por la autonomía, o el movimiento estudiantil de 1968, por lo que tampoco fueron útiles para esta investigación.

La casi absoluta ausencia de fuentes secundarias hizo más atractiva la investigación, pero también más difícil. Al no existir otras interpretaciones disponibles, no hubo manera de balancear mis propias opiniones; tampoco fue posible constatar la cronología ni aprovechar materiales no consultados por mí.

Las fuentes primarias consultadas pueden dividirse en públicas y privadas, y ambas se pueden subdividir en manuscritas e impresas. Los manuscritos públicos más importantes se encuentran en el archivo histórico de la UNAM. Sin embargo, como la Universidad Nacional dependía del Estado durante el periodo tratado, los numerosos documentos de dicho periodo que se encuentran en el Fondo Instrucción Pública y Bellas Artes del Archivo General de la Nación fueron tan valiosos como los de los repositorios universitarios, donde destacan los fondos Rectoría, de las escuelas y los expedientes personales. Dado que la aproximación al tema fue más de historia política que educativa, en el Archivo General de la Nación fue igualmente rica la consulta del Fondo Gobernación, del periodo revolucionario. De los documentos manuscritos privados, los más importantes son los de Ezequiel A. Chávez, cofundador de la institución, rector

durante el régimen de Huerta y gran personaje de la universidad de aquella época; los de Francisco Vázquez Gómez, secretario de Instrucción Pública con León de la Barra y el primero en cuestionar la naturaleza porfirista de la universidad; los del propio León de la Barra, y los de Manuel Gómez Morín, líder estudiantil de Jurisprudencia en la etapa inicial de la reconstrucción nacional.

La falta de archivos privados de figuras como Justo Sierra, Jorge Vera Estañol, Joaquín Eguía Lis, Pedro Henríquez Ureña, Luis Cabrera, Alberto J. Pañi, Nemesio García Naranjo, Aureliano Urrutia, Félix Palavicini, José Vasconcelos y José Natividad Macías, entre muchos otros, constituye una limitante para la investigación. Afortunadamente, algunos de estos personajes publicaron sus memorias, lo que resultó de enorme utilidad. Aún más, parte de sus correspondencias ha sido publicada, resultando una fuente tan provechosa como el material inédito de archivo.

El material público impreso fue también muy importante. Destacan el *Boletín de Instrucción Pública*, el *Boletín de Educación*, y el *Boletín de la Universidad*. Sin embargo, ni siquiera en estas fuentes se pueden encontrar datos estadísticos consistentes. A pesar de que la prensa nacional no es particularmente confiable para una gran variedad de temas, por muchas y obvias razones cubría excelentemente a los grupos intelectuales urbanos; casi todos los periódicos eran hechos por ellos y para ellos. Desgraciadamente, salvo por un par de excepciones, no existían periódicos verdaderamente estudiantiles. Sin embargo, fueron consultados los periódicos y revistas de los distintos grupos culturales.

También se consultaron las memorias y autobiografías de los participantes. Casi todos ellos han fallecido, lo que impidió cualquier ejercicio de historia oral, aunque algunas entrevistas publicadas resultaron muy provechosas. En términos generales, a final de cuentas el autor no se queja de falta de fuentes, sino de todo lo contrario.

ARCHIVOS

Públicos

México. Archivo General de la Nación, Fondo Instrucción Pública y Bellas Artes, Fondo Gobernación (periodo revolucionario).

México. Archivo Histórico de la UNAM, Fondo Universidad Nacional, ramo Rectoría, Fondo Expedientes de Personal Académico, Fondo Expedientes de Alumnos.

Washington, D.C. National Archives, Records of the Department of State, Record Group 59.

Privados

México. Archivo Histórico de la UNAM, Fondo Ezequiel Chávez, ramo Universidad.

México. Archivo Manuel Gómez Morín.

México. Condumex, Archivo Francisco León de la Barra.

Washington, D.C. Library of Congress, Manuscript División, Samuel Guy Inman Papers.

Carbondale, Illinois. Morris Library, Southern Illinois University, Francisco Vázquez Gómez Papers.

FUENTES IMPRESAS

Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, *Boletín de Instrucción Pública*, 22 vols., 1905-1913.

Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, *Boletín de Educación*, 1 vol., 3 partes, 1914-1916.

Departamento Universitario y de Bellas Artes, *Boletín de la Universidad*, 3 vols., 1917-1921.

Universidad Nacional Autónoma de México, *La Universidad Nacional de México*, prólogo de María del Refugio González (facsimilar de la edición de 1910), 1985.

Cámara de Diputados, *Diario de los debates de la Cámara de Diputados del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos*, 1910-1920.

XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, *Los presidentes de México ante la nación*, 5 vols., 1966.

Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, *Historia de la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura Federal*, 6 vols., edición de Diego Arenas Guzmán, México, 1961-1963.

Documentos históricos de la Revolución Mexicana, editados por la Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana, México, Jus, 1976 (Fuentes y documentos de la historia de México XVII, XVIII).

COLECCIONES DE CORRESPONDENCIA

Martínez, José Luis (comp.), *Correspondencia de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, 1906-1914*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

Henríquez Ureña, Pedro, *Epistolario íntimo con Alfonso Reyes, 1906- 1946*, prólogo de Juan Jacobo de Lara, 2 vols., Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981.

Epistolario de Julio Torri y Pedro Henríquez Ureña, apéndice a *El arte de Julio Torri*, Serge I. Zaïtzeff (éd.), México, Editorial Oasis, 1983.

Epistolario de Julio Torri y Alfonso Reyes, apéndice a *Julio Torri. Diálogo de los libros*, Serge I. Zaïtzeff (ed. y comp.), México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Fell, Claude, *Ecrits oublies. Correspondance avec José Vasconcelos-Alfonso Reyes*, México, Institute Français d'Amérique Latine, 1976.

Correspondencia de Alfonso Reyes y Luis G. Urbina en: Alfonso Rangel Guerra, *Alfonso Reyes en tres tiempos*, Monterrey, gobierno de N. L., 1991.

Periódicos

Todos fueron publicados en la ciudad de México, salvo indicación contraria.

El Abogado Cristiano
La Actualidad
El Ahuizote
El Combate
El Constitucionalista
La Convención
El Correo Español
El Demócrata
El Diario
El Diario del Hogar
Excélsior
El Heraldo
El Imparcial
El Liberal
The Mexican Herald
México-Patria
El Monitor
Nueva Era

El País
El Paladín
La Patria
Pegaso
El Pueblo
El Renovador
Revista Mexicana (San Antonio, Texas)
Revista Nueva
San-Ev-Ank
Los Sucesos
El Universal

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Adame, Jorge, *El pensamiento político y social de los católicos, 1876-1914*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.

Aguilar, Gilberto F., *El barrio estudiantil de México*, s.p.i, 1951.

Alanis Boyzo Rodolfo, *Gustavo Baz Prada, vida y obra*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1994.

Alarcón, Alfonso G., *Burla, burlando... Anales epigramáticos del grupo de delegados al primer Congreso Nacional de Estudiantes*, prólogo de Francisco Castillo Nájera, México, Editorial Stylo, 1952.

Alessio Robles, Miguel, *Mi generación y mi época*, México, Editorial Stylo, 1949.

Alvarado, Lourdes, *De la Real y Pontificia Universidad de México a la Universidad Nacional de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Serie Pensamiento Universitario, núm. 65,1986.

———, *La polémica en tomo a la idea de universidad en el siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

———, "Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza biográfica", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, vol. XI, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.

Álvarez, José Rogelio (comp.), *Enciclopedia de México*, 12 vols., México, Enciclopedia de México, 1966-1977.

Altamira y Crevea, Rafael, *La formación del jurista*, estudio preliminar, edición y notas de Jaime del Arenal, México, Escuela Libre de Derecho, 1993.

Aragón Leyva, Agustín, *La vida tormentosa y romántica del general Adolfo*

León Ossorio y Agüero, México, Costa-Amic Editor, s.f.

Arenal Fenochio, Jaime del (ed.), "La fundación de la Escuela Libre de Derecho", en *Revista de Investigaciones Jurídicas*, núm. 11, México, 1988, pp. 555-805.

———(ed.), "Luis Cabrera, director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia", en *Cuadernos del Archivo Histórico de la* UNAM, núm. 10, México, 1989, 117 p.

———, "Religión y Política en los orígenes de la Escuela Libre de Derecho", en *Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, 2 vols., México, UNAM, 1988, I, pp. 3945.

———, "Vasconcelos, Herrera y Lasso y la Escuela Libre de Derecho", en *Revista de Investigaciones Jurídicas*, núm. 9, 1985.

Azuela, Mariano, *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

Barquín y Ruiz, Andrés, *Bernardo Bergóend*, S. J., México, Editorial Jus, 1968.

Bazant, Mílada, *Historia de la educación durante elporfiñato*, México, El Colegio de México, 1993.

Bernal, Manuel, *Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Datos históricos de su fundación (1919)*, Morelia, Universidad Michoacana, 1980.

Blanquel, Eduardo, "Setenta años de la entrevista Díaz-Creelman", en *Vuelta*, 17 de abril de 1978.

Blanquel Morán, Mario, "El incidente de la procesión de antorchas durante la celebración del Día de la Raza en 1918 en el Instituto Científico y Literario de Toluca", *Boletín del Archivo General del Estado de México*, Toluca, núm. 3, septiembre-diciembre de 1979.

Calderón Vega, Luis, *Los siete sabios de México*, México, Editorial Jus, 1961.

Camp, Roderic Ai, *Los líderes políticos de México. Su educación y reclutamiento*, Roberto Ramón Reyes Mazzoni (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Cardiel Reyes, Raúl, *Retomo a Caso*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Carreño, Alberto María, *Joaquín D. Casasús. Homenajes postumos*, México, s.e., 1920.

Caso, Antonio, *Obras completas*, 12 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971-1985.

Castillo Nájera, Francisco, prólogo a *Burla, burlando... Anales epigramáticos*

del grupo de delegados al primer Congreso Nacional de Estudiantes, de Alfonso G. Alarcón, México, Editorial Stylo, 1952.

Centro de Estudios Filosóficos, *Homenaje a Caso*, México, Editorial Stylo, 1947.

Chávez, Leticia, *Recordando a mi padre*, 10 vols., México, Asociación Civil "Ezequiel A. Chávez", 1967.

Cockcroft, James, *Intellectualprecursors ojthe Mexican Revolution*, Austin, University of Texas Press, 1968.

Correa, Eduardo J., *El Partido Católico Nacional y sus directores*, México Fondo de Cultura Económica, 1991.

Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1977.

Curiel Fernando, *Tercera función o crónica y derrota de la cultura*, México, Premiá editora, 1988.

Díaz y de Ovando, Ciernen tina, *La Escuela Nacional Preparatoria*, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.

Díaz Zermeño, Héctor A., Introducción a Manuel Flores, *Tratado elemental de Pedagogía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana, 8 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1990-1994.

Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México, México, Editorial Porrúa, 1964.

Dios, Jesús Ezequiel *de, José Domingo, el idealista*, Villahermosa, México, ICT Ediciones, 1989.

Ducoing, Patricia, *La pedagogía en la Universidad de México*, 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990-1991.

Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo*, Carlos Ortega (trad.), 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Ezequiel, Jesús, *José Domingo, el idealista*, Tabasco, Gobierno del Estado, 1989.

Fabela, Isidro, *Mis memorias de la Revolución*, México, Editorial Jus, 1977.

Fell, Claude, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

Fernández del Castillo, Germán, "Noticias históricas sobre la Escuela Libre de Derecho. Orígenes y fundación", en *Revista Jurídica*, 5, enero-junio de 1928.

———, "Noticias históricas sobre la Escuela Libre de Derecho. La Escuela, institución permanente", en *Revista Jurídica*, 5, julio-diciembre de

1928), pp. 133-155.

Fernández Mac Gregor, Genaro, *El rio de mi sangre; memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

Florescano, Enrique y Javier Garciadiego (coords.), *Así fue la Revolución mexicana*, vol 8, *Los protagonistas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985, 1986.

Gamboa, Federico, *Mi diario*, 5 vols., México, Ediciones Botas, 1907- 1938.

Garciadiego, Javier, *Política y Literatura. Las vidas paralelas de los jóvenes Rodolfo y Alfonso Reyes*, México, Condumex, 1989.

García, Genaro, *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México*, México, Museo Nacional, 1911.

García Morales, Alfonso, *El Ateneo de México (1906-1914*), Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1992.

García Naranjo, Nemesio, *Memorias*, 10 vols., Monterrey, Talleres de Eli Porvenir, 1946-1948.

———, *Discursos*, San Antonio, Texas, Casa Editorial Lozano, 1923.

García Verás tegui, Lía, *Del proyecto nacional para una universidad en México, 1867-1910*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

Garza Treviño, Ciro R. de la, *La Revolución mexicana en el estado de Tamaulipas*, 2 vols., México, Librería de Manuel Porrúa, 1973- 1975.

Gómez, Marte R., *Las comisiones agrarias del sur*, prólogo de J. M. González de Mendoza, México, Librería de Manuel Porrua, 1961.

———, *La reforma agraria en las filas villistas*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1966.

González Alpuche, Juan, *Gilberto Valenzuela*, México, s.e., 1968.

González Cosío, Arturo, *Historia estadística de la Universidad, 1910-1967*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968.

González Navarro, Moisés, *Historia moderna de México. El porfiriato. La vida social*, prólogo de Daniel Cosío Villegas, México, Editorial Hermes, 1957.

Gracia García, Guadalupe, *El servicio médico durante la Revolución mexicana*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1982.

Guzmán, Martín Luis, *Obras completas*, 2 vols., México, Compañía General de Ediciones, 1963.

Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Editorial Vuelta, 1991.

Hernández Luna, Juan (comp.), *La Universidad de Justo Sierra*, México,

Secretaría de Educación Pública, 1948.

———, “Sobre la fundación de la Universidad Nacional, Antonio Caso vs. Agustín Aragón”, *Historia Mexicana*, XVI, núm. 3, enero-marzo de 1967.

———, *Ezequiel A. Chávez, impulsor de la educación mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981. (comp.), *Conferencia del Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962.

Hernández Santamaría, Roberto, “Miguel S. Macedo. Forja y temple de abogados”, *Revista de Investigaciones Jurídicas*, México, Escuela Libre de Derecho, núm. 8, 1984.

Henríquez Ureña de Hlito, Sonia, *Pedro Heríquez Ureña: apuntes para una biografía*, México, Siglo XXI Editores, 1993.

Henríquez Ureña, Pedro, *Universidad y educación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969.

Huerta Jaramillo, Ana María Dolores, *Los estudiantes poblanos en 1910*, Puebla, Gobierno del Estado, 1992.

Innes, John S., “The Universidad Popular Mexicana”, *The Americas*, 30 de julio de 1973.

Jacobs, Ian, *Ranchero Revolt: The Mexican Revolution in Guerrero*, Austin, University of Texas Press, 1982.

Kaplan, Samuel, *Combatimos la tiranía*, Jesús Amaya Topete (trad.), México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1958.

Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1976.

———, *Daniel Cosío Villegas, una biografía intelectual*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1980.

———, “Antonio Caso: el filósofo como héroe”, *Revista de la Universidad de México*, Nueva Época, núm. 29 (septiembre de 1983), pp. 2-10.

———, “El crítico errante”, en *Memoria del segundo encuentro sobre historia de la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

León, Luis L., *Crónica del poder,*; *en los recuerdos de un político en el México revolucionario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

León Ossorio, Adolfo, *Memorias. Balance de la Revolución*, México, s.e., 1981.

López Victoria, José Manuel, *Alberto Oviedo Mota, rector fundador de la*

Universidad Michoacana, Morelia, Universidad Michoacana, 1983.

Lozano, Fortunato, *Antonio L VilXarreal. Vida de un gran mexicano*, México, Monterrey, Impresora Monterrey, 1959.

Mabry, Donald H., *The Mexican University and the State: student conflicts, 1910-1971*, College Station, Texas A & M University Press, 1982.

Mac Gregor, Josefina, "La Universidad Nacional: ¿porfirista o revolucionaria?", *Eslabones*, Revista semestral de estudios regionales, México, Sociedad Nacional de Estudios Regionales, núm. 4, julio-diciembre de 1992, pp. 29-40.

McGregor Giacinti, Carlos, *Trayectoria militar y política de un gobernante. Gabriel Leyva Velázquez*, México, s.e., 1963.

María y Campos, Alfonso de, *Estudio histórico-jurídico de la Universidad Nacional (1881-1929)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975.

———, "Protesta estudiantil durante el porfiriato", México, 1985 (mecanografiado).

Maria y Campos, Armando de, *Múgica. Crónica biográfica*, México, CEPSA, 1939.

Marsiske, Renate, *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina*;, *Perú, Cuba y México, 1918-1929*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

Martínez, José Luis, *Pedro Henríquez Ureña, estudios mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Martínez Múgica, Apolinar, *Isaac Arriaga, revolucionario nicolaíta*, Morelia, Universidad Michoacana, 1982.

Matute, Álvaro, "El Ateneo de la Juventud", *Mascarones*, 2, primavera de 1983.

Medina Neri, Héctor, *Gustavo Baz. Guerrillero de Emiliano Zapata*, México, s.e., 1979.

Memoria del primer encuentro de historia sobre la Universidad, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

Mejía Sánchez, Ernesto (comp.), *Estudios sobre Rubén Darío*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

Meneses Morales, Ernesto, *Tendencias educativas oficiales en, México, 1821-1911*, 4 vols., México, Editorial Porrúa y Centro de Estudios Educativos, A. C., 1983-1991.

Meyer, Michael C., *Huerta: a political portrait*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972.

Miranda Marrón, M., *Apuntes biográficos del maestro D. J. Eguía Lis*, México, s.e., 1909.

Molinar, Juan, *La autonomía universitaria de 1929*, ENEP-Acatlán, tesis de licenciatura en ciencias políticas, 1981.

Morales Jiménez, Alberto, *Maestros de la Revolución mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987.

Monterde, Francisco, *Personas, revistas y diarios*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1982.

Obregón, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, París-México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1917.

Ocampo de Gómez, Aurora, y Ernesto Prado Velázquez. *Diccionario de escritores mexicanos*, prólogo de María del Carmen Millán, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967.

O'Gorman, Edmundo, "Justo Sierra y la universidad moderna", *Pensamiento Universitario*, núm. 62, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Ortega, José Juan, *Odisea estudiantil revolucionaria*, México, s.e., 1955.

Ortoll, Servando, "Turbas antiyanquis en Guadalajara en vísperas de la revolución del diez", *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*, vol. 1, núm. 2, mayo-agosto de 1983.

Palavicini, Félix F., *Los diputados, lo que se ve y lo que no se ve de la Cámara*, México, Tipografía El Faro, 1913.

———, *Mi vida revolucionaria*, México, Ediciones Botas, 1937.

———, *La Patria por la escuela*, México, Linotipografía Artística, 1916.

Pañi, Alberto J., *Mi contribución al nuevo régimen (1910-1933)*, México, Editorial Cultura, 1936.

———, *Apuntes autobiográficos*, 2 vols., México, Librería de Manuel Porrúa, 1950.

Paz Solórzano, Octavio, *Hoguera que fue*, Felipe Gálvez (comp.), México, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, 1986.

Pastor y Carreto, Luis G., *La revolución, los Serdán, el protomártir y la historia*, México, Ediciones Casa Poblana, 1970.

Portes Gil, Emilio, *Autobiografía de la Revolución mexicana; un tratado de interpretación histórica*, con introducción de Antonio Luna Arroyo, México, Instituto Mexicano de Cultura, 1964.

Prieto Laurens, Jorge, *Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas*,

México, s.e., 1968.

Quintanilla, Susana, “El Ateneo de la Juventud. Balance de una generación”, tesis de doctorado en Pedagogía, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

———, “La formación de los intelectuales del Ateneo”, en *Historias*, núm. 26, abril-septiembre de 1991, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 89-103.

———, “Los intelectuales y la política en la Revolución mexicana: estudio de casos”, en *Secuencia*, núm. 24, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, septiembre-diciembre de 1992, pp. 47-74.

Ramírez Garrido, José Domingo, *Así fue*..., prólogo de Ernesto Higuera, México, Imprenta Nigromante, 1943.

Rangel Guerra, Alfonso, *Alfonso Reyes en tres tiempos*, México, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1991.

Reyes, Alfonso, *Universidad, política y pueblo*, José Emilio Pacheco (comp.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967.

Reyes, Rodolfo, *De mi vida. Memorias políticas, 2* vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1929-1930.

Ríos Zúñiga, Rosalina, “Educación y secularización. La problemática de los institutos literarios en el siglo xix (1824-1857)”, tesis de licenciatura en historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Rius Facius, Antonio, *La juventud católica y la Revolución mexicana, 1910-1925*, México, Editorial Jus, 1963.

Robles, Martha, *Entre el poder y las letras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

Rojas Garcidueñas, José, *El antiguo Colegio de San Ildefonso*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1951.

———, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979.

Ruiz, Ángeles, *José Vasconcelos durante la Revolución mexicana*, tesis de maestría en la Universidad de Chicago, 1981.

Ruiz Castañeda, María del Carmen, *La Universidad Libre (1875). Antecedentes de la Universidad Autónoma*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, serie Deslinde, núm. 110, 1979.

Ruiz Escalona, Alfonso, *Alfonso G. Alarcón. Vida y significado de un mexicano esencial*, Chihuahua, Editorial del Hospital Central, 1955.

Ruiz Gaytán, Beatriz, *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, 1954.

Santos, Gonzalo N., *Memorias*, México, Editorial Grijalvo, 1986.

Sheridan, Guillermo, *Los Contemporáneos ayer*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

———, *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Ve larde*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Sierra, Justo, *Obras completas*, 16 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948-1994.

Silva Herzog, Jesús, *Una vida en la vida de México*, México, Siglo XXI Editores, 1972.

Soberanes, José Luis, "La universidad frente al levantamiento de Hidalgo", en *Memorias del primer encuentro de historia sobre la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

Sodi, María Elena, *Demetrio Sodi y su tiempo*, México, Editorial Construcción, 1947.

Staples, Anne, "Los institutos literarios y científicos de México", en *Memorias del primer encuentro de historia sobre la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

Tablada, José Juan, *Obras*, volúmenes II y IV, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.

Taracena, Alfonso, *Historia de la revolución en Tabasco*, Villahermosa, México, Ediciones del Gobierno de Tabasco, 1974.

———, *La verdadera Revolución mexicana*, 18 vols., México, Editorial Jus, 1960-1965.

Urióstegui Miranda, Píndaro, *Testimonios del proceso revolucionario mexicano*, México, Talleres de Argrin, 1970.

Urueta, Margarita, *La historia de un gran desamor*, prólogo de Baltazar Dromundo, México, s.e., 1964.

Valdovinos Garza, José, *La generación nicolaíta de 1913*, Morelia, Universidad Michoacana, 1959.

Valle Heliodoro, Rafael *et al*, *Añoranzas del primer congreso de estudiantes (1910)*, México, s.e., 1943.

Vaughan, Mary Kay, *Estado, clases sociales y educación en México*, 2 vols., México, Secretaría de Educación Pública y Fondo de Cultura

Económica, 1982.

Varios autores, *La Universidad en el tiempo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.

Varios autores, *Tradición y reforma en la Universidad de México*, México, UNAM-Grupo Editorial Miguel Ángel Porrua, 1994.

Vasconcelos, José, *Memorias*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

———, *La Universidad*, Álvaro Matute (comp.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.

Vázquez Gómez, Francisco, *Memorias Políticas (1909-1913)*, México, Imprenta Mundial, 1933.

Velázquez, Lourdes, "La propuesta estudiantil de reforma en 1910 (Primer Congreso Nacional de Estudiantes)", en varios autores, *Tradición y Reforma en la Universidad de México*, México, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 1994, pp. 203-236.

Vélez Pliego, Alfonso "La Universidad Autónoma de Puebla en la historia de los estudios del Colegio del Estado de Puebla, 1867- 1910", mecanoscrito, Puebla, 1996.

Villegas, Gloria, "La Universidad de Justo Sierra y la Revolución", en *Memoria del primer encuentro de historia sobre la Universidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, pp. 76-106.

Wilkie, James W., *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change since 1910*, prólogo de Howard F. Cline, Berkeley, University of California Press, 1967.

y Edna Monzón Wilkie, *México visto en el siglo XX*, México, Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969.

Wolfe, Bertram D., *La fabulosa vida de Diego Rivera*, Mario Bracamontes (trad.), México, Editorial Diana-SEP, 1986.

Yankelevich, Pablo, "Ellos y nosotros: escenografía antimaderista y fervor latinoamericano en una conferencia de Ugarte en México", en *Eslabones*, México, Sociedad Nacional de Estudios Regionales, núm. 4, julio-diciembre de 1992, pp. 41-49.

———, "Argentina y la Revolución mexicana: la campaña solidaria de Manuel Ugarte", inédito.

Yáñez, Agustín, *Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1950.

Zaid, Gabriel, *Obras Completas*, México, El Colegio Nacional, 1993.

Zea, Leopoldo, *El positivismo en México*. *Nacimiento,, apogeo y decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

———, *Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana*, México, Secretaría de Educación Pública, 1963.

Rudos contra científicos.
La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana,
se terminó de imprimir en abril de 2000 en
Corporación Industrial Gráfica, S.A. de C.V.,
Cerro Tres Marías 354, 04200 México, D.F.
Composición tipográfica y formación: Grupo Edición, S.A. de C.V.
Se tiraron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.
La edición estuvo al cuidado del Departamento
de Publicaciones de El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Rudos contra científicos pretende ser historia política e historia cultural. Su objeto de estudio es doble: por un lado analiza la actuación política de la comunidad universitaria durante la revolución entre 1910 y 1920, intentando explicar su buena relación con Porfirio Díaz, su antimaderismo, las razones de su apoyo a Huerta el creciente entendimiento con la facción carrancista. En este sentido es un trabajo innovador, pues es el primero en estudiar la participación en el proceso revolucionario de un grupo importante de la clase media urbana, llegando a conclusiones que contradicen el el supuesto revolucionarismo de los jóvenes y los intelectuales de la época.

Por otro lado, en el trabajo se revisa la historia de la Universidad Nacional entre 1910 y 1920, con especial atención a su evolución curricular y pedagógica. Sobre todo, se analiza la transformación de una universidad fundada por Justo Sierra en las postrimerías del porfiriato, en una universidad propia de un país revolucionario, recreada por José Vasconcelos. Así, este estudio permite conocer, de manera pormenorizada, y a partir de una abundante y desconocida información, el proceso por medio del cual una institución concreta pudo sobrevivir el cambio del antiguo al nuevo régimen, a costa de una profunda transformación.

La gran importancia de la Universidad Nacional a lo largo de la historia del país en el siglo XX hace que sea en extremo relevante el conocimiento de su auténtica naturaleza original.

Este libro se hizo acreedor al premio Salvador Azuela, 1994 del INEHRM.

creative commons

9 789681 206901

EL COLEGIO DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO